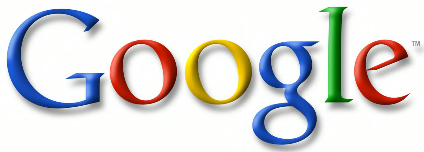
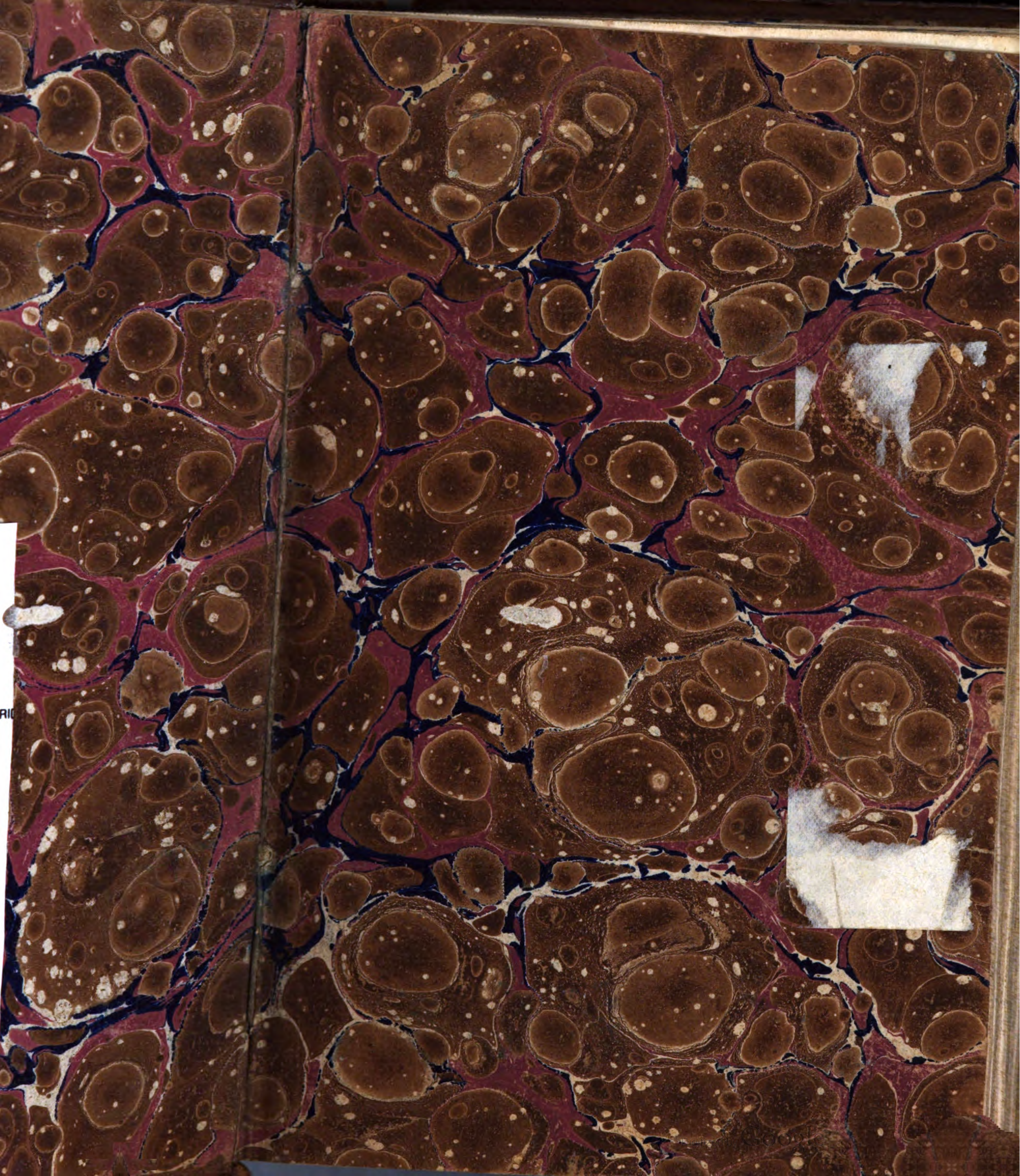

Google



240

Leandro Higueruela

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

TOMO XIII.

Para uso de Antonio Martín Asensio

Varios Prelados de España han concedido 1300 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

CONTIENE LA HISTORIA Ó EXPOSICION DEL MISTERIO
Ó DE LO MAS DIGNO DE SABERSE EN TALES DIAS; ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE LA EPÍSTOLA;
UNA MEDITACION DESPUÉS DEL EVANGELIO DE LA MISA,
Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Ó PROPÓSITOS ADAPTABLES Á
TODO GÉNERO DE PERSONAS.

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. JOSÉ MARÍA DIAZ JIMENEZ,
Presbítero.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION.

TOMO I.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1855.
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.

DE LAS FIESTAS MOVIBLES.

El Año Eclesiástico comienza el primer Domingo de Adviento, que cae el Domingo mas inmediato al dia de san Andrés, apóstol.

La *Septuagésima*, la *Sexagésima* y la *Quinquagésima* preceden inmediatamente á la Cuaresma.

La Cuaresma empieza el Miércoles de Ceniza, cuarenta y seis dias antes de *Pascua*, y comprende: 1.° los cuatro últimos dias de la semana de *Quinquagésima;* 2.° las cuatro semanas llamadas de *Cuaresma*; 3.° la Semana de *Pasion:* 4.° el Domingo de *Ramos,* y toda la *Semana Santa.*

Esta Semana, la de *Pascua,* y el Domingo de *Quasimodo,* forman la Quincena de *Pascua.*

La fiesta de *Pascua* se celebra en toda la Iglesia en memoria de la Resurreccion de Jesucristo, el domingo próximo siguiente al plenilunio del equinoccio de primavera.

Las *Rogaciones* son unas rogativas que se hacen durante los tres dias inmediatos precedentes á la *Ascension,* por los frutos de la tierra y la salubridad del aire.

La *Ascension* se celebra el Jueves, cuadragésimo dia: y *Pentecostes* el Domingo, quinquagésimo dia después de *Pascua.*

La fiesta de la *Santísima Trinidad* está fijada en el primer Domingo después de *Pentecostes,* y la de *Corpus* el jueves de la misma semana.

El año entero comprende cincuenta y dos Domingos. El número de los que se hallan entre la *Epifanía* y la *Septuagésima,* y entre *Pentecostes* y el *Adviento,* varia segun cae *Pascua,* mas ó menos inmediata al equinoccio.

Las *Cuatro Témporas* son un ayuno de tres dias, fijado en el miércoles, viernes y sábado de una de las primeras semanas de cada estacion: las de invierno tienen lugar la tercera semana de Adviento; las de la primavera, la primera semana de Cuaresma; las de verano, la semana de Pentecostes; y las de otoño, hácia mediados de setiembre.

TABLA DE LAS

AÑO DEL SEÑOR.	LETRA DOMINIC.	AUREO NÚMERO.	EPACTA.	SEPTUAGÉSIMA.	CENIZA.
1855	g	13	XII	4 Febrero.	21 Febrero.
1856	f e	14	XXIII	20 Enero.	6 Febrero.
1857	d	15	IV	8 Febrero.	25 Febrero.
1858	c	16	XV	31 Enero.	17 Febrero.
1859	b	17	XXVI	20 Febrero.	9 Marzo.
1860	A g	18	VII	5 Febrero.	22 Febrero.
1861	f	19	XVIII	27 Enero.	13 Febrero.
1862	e	1	*	17 Febrero.	5 Marzo.
1863	d	2	XI	9 Febrero.	18 Febrero.
1864	c b	3	XXII	24 Enero.	10 Febrero.
1865	A	4	III	12 Febrero.	1 Marzo.
1866	g	5	XIV	28 Enero.	14 Febrero.
1867	f	6	XXV	17 Febrero.	6 Marzo.
1868	e d	7	VI	9 Febrero.	26 Febrero.
1869	c	8	XVII	24 Enero.	10 Febrero.
1870	b	9	XXVIII	13 Febrero.	2 Marzo.
1871	A	10	IX	5 Febrero.	22 Febrero.
1872	g f	11	XX	28 Enero.	14 Febrero.
1873	e	12	I	9 Febrero.	26 Febrero.
1874	d	13	XII	1 Febrero.	18 Febrero.
1875	c	14	XXIII	24 Enero.	10 Febrero.
1876	b A	15	IV	13 Febrero.	1 Marzo.
1877	g	16	XV	28 Enero.	14 Febrero.
1878	f	17	XXVI	17 Febrero.	6 Marzo.
1879	e	18	VII	9 Febrero.	26 Febrero.
1880	d c	19	XVIII	25 Enero.	11 Febrero.
1881	b	1	*	13 Febrero.	2 Marzo.
1882	A	2	XI	5 Febrero.	22 Febrero.
1883	g	3	XXII	21 Enero.	7 Febrero.
1884	f e	4	III	10 Febrero.	27 Febrero.
1885	d	5	XIV	1 Febrero.	18 Febrero.
1886	c	6	XXV	21 Febrero.	11 Marzo.
1887	b	7	VI	6 Febrero.	23 Febrero.
1888	A g	8	XVII	29 Enero.	15 Febrero.
1889	f	9	XXVIII	17 Febrero.	6 Marzo.
1890	e	10	IX	2 Febrero.	19 Febrero.
1891	d	11	XX	25 Enero.	11 Febrero.
1892	c b	12	I	14 Febrero.	2 Marzo.
1893	A	13	XII	29 Enero.	15 Febrero.
1894	g	14	XXIII	21 Enero.	7 Febrero.
1895	f	15	IV	10 Febrero.	27 Febrero.

FIESTAS MOVIBLES.

AÑO DEL SEÑOR.	PASCUA.	ASCENSION DEL SEÑOR.	PENTECOSTES.	CORPUS CHRISTI.	DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.
1855	8 Abril.	17 Mayo.	27 Mayo.	7 Junio.	2 Diciem.
1856	23 Marzo.	1 Mayo.	11 Mayo.	22 Mayo.	30 Noviem.
1857	12 Abril.	21 Mayo.	31 Mayo.	11 Junio.	29 Noviem.
1858	4 Abril.	13 Mayo.	23 Mayo.	3 Junio.	28 Noviem.
1859	24 Abril.	2 Junio.	12 Junio.	23 Junio.	27 Noviem.
1860	8 Abril.	17 Mayo.	27 Mayo.	7 Junio.	2 Diciem.
1861	31 Marzo.	9 Mayo.	19 Mayo.	30 Mayo.	1 Diciem.
1862	20 Abril.	29 Mayo.	8 Junio.	19 Junio.	30 Noviem.
1863	5 Abril.	14 Mayo.	24 Mayo.	4 Junio.	29 Noviem.
1864	27 Marzo.	5 Mayo.	15 Mayo.	26 Mayo.	27 Noviem.
1865	16 Abril.	25 Mayo.	4 Junio.	15 Junio.	3 Diciem.
1866	1 Abril.	10 Mayo.	20 Mayo.	31 Mayo.	2 Diciem.
1867	21 Abril.	30 Mayo.	9 Junio.	20 Junio.	1 Diciem.
1868	12 Abril.	21 Mayo.	31 Mayo.	11 Junio.	29 Noviem.
1869	28 Marzo.	6 Mayo.	16 Mayo.	27 Mayo.	28 Noviem.
1870	17 Abril.	26 Mayo.	5 Junio.	16 Junio.	27 Noviem.
1871	9 Abril.	18 Mayo.	28 Mayo.	8 Junio.	3 Diciem.
1872	31 Marzo.	9 Mayo.	19 Mayo.	30 Mayo.	1 Diciem.
1873	13 Abril.	22 Mayo.	1 Junio.	12 Junio.	30 Noviem.
1874	5 Abril.	14 Mayo.	24 Mayo.	4 Junio.	29 Noviem.
1875	28 Marzo.	6 Mayo.	16 Mayo.	27 Mayo.	28 Noviem.
1876	16 Abril.	25 Mayo.	4 Junio.	15 Junio.	3 Diciem.
1877	1 Abril.	10 Mayo.	20 Mayo.	31 Mayo.	2 Diciem.
1878	21 Abril.	30 Mayo.	9 Junio.	20 Junio.	1 Diciem.
1879	13 Abril.	22 Mayo.	1 Junio.	12 Junio.	30 Noviem.
1880	28 Marzo.	6 Mayo.	16 Mayo.	27 Mayo.	28 Noviem.
1881	17 Abril.	26 Mayo.	5 Junio.	16 Junio.	27 Noviem.
1882	9 Abril.	18 Mayo.	28 Mayo.	8 Junio.	3 Diciem.
1883	25 Marzo.	5 Mayo.	13 Mayo.	24 Mayo.	2 Diciem.
1884	13 Abril.	22 Mayo.	1 Junio.	12 Junio.	30 Noviem.
1885	5 Abril.	14 Mayo.	24 Mayo.	4 Junio.	29 Noviem.
1886	25 Abril.	3 Junio.	13 Junio.	24 Junio.	28 Noviem.
1887	10 Abril.	19 Mayo.	29 Mayo.	9 Junio.	27 Noviem.
1888	1 Abril.	10 Mayo.	20 Mayo.	31 Mayo.	2 Diciem.
1889	21 Abril.	30 Mayo.	9 Junio.	20 Junio.	1 Diciem.
1890	6 Abril.	15 Mayo.	25 Mayo.	5 Junio.	30 Noviem.
1891	29 Marzo.	7 Mayo.	17 Mayo.	28 Mayo.	29 Noviem.
1892	17 Abril.	26 Mayo.	5 Junio.	16 Junio.	27 Noviem.
1893	2 Abril.	11 Mayo.	21 Mayo.	1 Junio.	3 Diciem.
1894	25 Marzo.	3 Mayo.	13 Mayo.	24 Mayo.	2 Diciem.
1895	14 Abril.	23 Mayo.	2 Junio.	13 Junio.	1 Diciem.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

HISTORIA DEL DOMINGO.

El domingo es el primer dia de la semana, al cual los griegos y los romanos después de haber aplicado á cada uno de los dias de la semana el nombre de uno de los siete planetas, llamaron dia del sol, *dies solis,* y los Cristianos han llamado siempre por excelencia dia del Señor, *dies dominica,* por ser el dia en que se cumplió el gran misterio de nuestra redencion por la triunfante resurreccion del Salvador, acaecida en el primer dia de la semana, *in prima sabbati;* esto es, el primer dia después del sábado. Por esto los griegos llamaban al domingo *anastastmos,* que significa dia de la resurreccion: de suerte que cada domingo es una octava continuada de ella. Como este gran misterio es el mas sólido fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza, y la base, por decirlo así, de toda la Religion, ha querido Dios que cada ocho dias renovásemos su memoria.

Nota san Juan que en el octavo dia después de Pascua, estando reunidos en oracion los Apóstoles, fue cuando el Salvador se presentó á ellos, y convenció al Apóstol incrédulo, mostrándole sus llagas. Quiso, sin duda, el Hijo de Dios enseñar con el ejemplo á sus Apóstoles, antes de instruirles con las palabras, que este primer dia de la semana debia ser en adelante un dia solemne entre los Cristianos, dia consagrado al culto divino, dia en el que derramaria sobre los fieles reunidos los tesoros de sus misericordias y sus mas señalados favores, si ellos eran exactos en santificar este dia en los ejercicios de religion, y singularmente con la oracion.

No hay duda que el Salvador después de su resurreccion, instruyendo á sus Apóstoles sobre todos los puntos de la Religion, y formando su Iglesia, durante el tiempo que aun permaneció visiblemente entre ellos sobre la tierra, les declaró que el domingo debia suceder á la solemnidad del sábado, como la nueva ley sucedia á la antigua; que estando ya abolidas las ceremonias legales, iba á renovar todas las cosas en el nuevo sistema de religion, y que así como el séptimo dia de la semana habia sido hasta entonces fiesta para los judíos, en memoria de haber descansado Dios el séptimo dia de la obra de la creacion, queria que el primer dia de la semana fuese en adelante religiosamente festivo para los Cristianos en memoria de que en este dia habia descansado, por decirlo así, el Salvador del mundo, cumplida ya la grande obra de la redencion de todos los hombres.

Es preciso convenir en que el nombre de domingo ó dia dominical es cuási tan antiguo como la Iglesia, puesto que se encuentra empleado en el Apocalipsis como de un uso ya muy comun entre los fieles. *Era domingo*, dice san Juan, *cuando el Señor me reveló los misterios mas ocultos*. Pasando san Pablo por Troades, en Frigia, para ir á Jerusalen, no faltó el primer dia de la semana, esto es, el domingo, á la asamblea de los fieles. En ella predicó, hizo oracion, ofreció el divino sacrificio, y dió á todos la comunion. *Hallándonos reunidos el primer dia de la semana para la fraccion*, se dice en los Hechos de los Apóstoles, *Pablo que debia marchar al dia siguiente, habló á los discípulos, y alargó el discurso hasta media noche*. Nadie ignora que por la fraccion del pan se entiende siempre en la Escritura la divina Eucaristía; y haciéndola el Salvador con los peregrinos de Emaús fue como se les dió á conocer: *Cognoverunt eum in fractione panis*.

La reunion de los fieles en este primer dia de la semana, en un sitio adornado é iluminado con multitud de lámparas, para asistir allí á los divinos misterios, para comulgar y para oir la palabra de Dios, demuestra bastante cuáles eran ya desde entonces los ejercicios piadosos con que aquellos primeros cristianos celebraban el dia santo del domingo.

En el domingo, que vosotros llamais dia del sol, decia san Justino mártir, que vivia en el segundo siglo, *todos los que habitan en las ciudades ó en la campiña, se reunen en un mismo lugar: allí se leen, cuando el tiempo lo permite, los escritos de los Apóstoles ó los libros de los Profetas*. Luego que concluye el lector, toma la palabra el sacer-

dote ó el obispo que preside, *y hace una exhortacion para animar á los asistentes á la práctica de aquello que han oido. Nos levantamos en seguida para orar todos juntos. Concluida la oracion se ofrece el pan, el vino y el agua. Después de la consagracion da el sacerdote la comunion á los que están presentes; y los diáconos llevan la divina Eucaristía á los que no han podido asistir. Y por último, antes de separarse,* añade el mismo Padre, *los que tienen con qué, contribuyen segun su voluntad para el alivio de los pobres y para la libertad de los encarcelados.* Tal era el modo de celebrar el santo dia del domingo desde los primeros tiempos de la Iglesia: de todas partes corrian en tropas al templo en donde se asistia á la misa, todos comulgaban en ella, se oia la predicacion, y se ejercitaban en grandes obras de caridad; allí se pasaba el dia en la lectura de los libros de piedad y en la oracion. La ley que ordena que se santifique así el domingo, no ha envejecido, el precepto todavía está en vigor. ¿Y los cristianos de nuestros dias santifican de este modo el domingo?

Hermanos mios, escribe san Ignacio mártir, discípulo de los Apóstoles, á los Magnesianos, vosotros no estais ya obligados á observar el sábado; pero estais indispensablemente obligados á observar y santificar por los actos mas perfectos de la Religion el santo dia del domingo. San Dionisio de Corinto, san Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Cipriano y otros santos Padres de la Iglesia primitiva son otros tantos testigos de esta tradicion apostólica, como de la observancia religiosa, del fervor, del celo, de la tierna devocion con que los fieles santificaban y celebraban el domingo.

Era tan religiosamente observada por los primeros fieles la santificacion del domingo, que á juicio de los paganos, era como que formaba su carácter; por esto los magistrados frecuentemente preguntaban á los Cristianos si habian ido á la iglesia el domingo, como si toda la religion cristiana se encerrase en este solo acto de religion. *Sí, yo soy cristiana,* exclamaba la generosa Thelica, *y porque soy cristiana he observado el santo dia del domingo; he concurrido á la asamblea de los hijos de Dios; he asistido á la celebracion de nuestros divinos misterios. Nosotros no tememos celebrar el santo dia del domingo, porque no se puede dejar de hacer sin pecado. La ley de Dios lo manda, y esta misma ley nos enseña cómo debemos observarle; y aun cuando debiese costarnos la vida, nosotros observaríamos y santificaríamos este santo dia. ¿Ignorais, señor,* decia Félix al procónsul Anulino, *que el cristiano en la celebracion de los sagrados misterios y en la religiosa observancia del domingo, hace una profesion solemne de su religion, y*

que esta observancia religiosa es una prueba brillante de la fe de los fieles? Yo no te pregunto si eres cristiano, decia aquel juez al santo Mártir, sino si has observado el domingo. Hablemos ahora de buena fe, el modo tan irreligioso, por no decir escandaloso, con que la mayor parte de los Cristianos observan hoy este santo dia, ¿podria servir para prueba de la pureza de su fe y de la santidad de su conducta?

Teófilo de Alejandría designa la solemnidad con que hay obligacion de celebrar este santo dia. *La ley, el uso, la solemnidad del oficio del dia, todo pide que honremos el domingo como dia del Señor, y que le celebremos como una fiesta solemne.* El sexto concilio de Paris, celebrado el año de 829, conducido por el mismo espíritu, ha dicho que *este dia es mas solemne y mas venerable que todos los demás.* Así es que una de las primeras leyes que promulgó el emperador Constantino después de su conversion, fue el ordenar que el domingo se celebrase en todo el imperio romano con una puntualidad y celebridad extraordinarias, dispensando en este dia á todos los soldados cristianos de todas las funciones militares; mandando al mismo tiempo, por medio de un segundo edicto, que los soldados paganos saliesen en este dia á campo raso para hacer todos juntos al solo Dios verdadero las preces que les estaban señaladas, queriendo que el domingo fuese reverenciado y observado religiosamente por todos los pueblos que dominaba. Creyó el piadoso Emperador que la ley del Príncipe, por el temor del castigo temporal, conduciria para hacer que se guardase con mas exactitud la ley de Dios sobre la observancia del domingo.

A la verdad, la solemnidad del dia santo del domingo ha sido mirada siempre como uno de los deberes mas esenciales de la Religion, como una ley sagrada respetable á todos los fieles. Dios soberano, señor de todo, podia exigir que todos los dias de la semana fuesen únicamente consagrados al culto divino; no se reservó, sin embargo, mas que un solo dia, mas quiere que este dia se emplee todo en su servicio. No solo está entredicha en él, bajo pena de pecado, toda obra servil, sino que quiere tambien que todo este dia se santifique por los ejercicios de la Religion, y por la práctica de las buenas obras. San Teodoro de Cantorbery dice que el domingo nadie se hacia á la mar, no se montaba á caballo, no se escribia para el público, no se carreteaba sino para llevar á la iglesia á aquellos que no podian ir por su pié, no se cocia el pan, ni se hacia viaje. La obligacion de celebrar el domingo es tan antigua como la subrogacion de

su fiesta á la del sábado. Por mucho tiempo la solemnidad del domingo, y por consiguiente la cesacion de toda obra servil, empezaba desde las vísperas del sábado hasta las segundas vísperas del domingo, siguiendo el ejemplo de los judíos, á quienes Dios habia mandado observar el sábado desde la víspera por la tarde hasta la tarde del mismo dia. Nunca fueron los judíos tan exactos en la observancia del mandamiento del sábado, como lo han sido los Cristianos con respecto al santo dia del domingo. *Guárdese el dia del domingo desde las primeras vísperas hasta concluidas las segundas*, dice el concilio de Francfort celebrado el año de 764. Desde las vísperas del sábado, que son las primeras vísperas del domingo, cesaba todo alegato y toda obra servil. Los magistrados de policía, de acuerdo con los santos cánones y las ordenanzas de los príncipes, eran tan exactos para hacer que se observase esta ley, que al último golpe de las vísperas del sábado se veian cerrar todas las tiendas. Comenzando el oficio del domingo por las vísperas, continuaba entonces por el de la noche, que por lo comun se pasaba entera en la iglesia; de este modo se satisfacia á la santificacion del domingo, hasta que cesando la vigilia de la noche, y habiendo la Iglesia prohibido por razones de buena prudencia las asambleas nocturnas, ha transferido la fiesta del domingo al dia civil, que es de una media noche á otra, conservando, no obstante, siempre el antiguo uso en el oficio divino que comienza por las primeras vísperas, las cuales son la parte mas solemne del oficio, que concluye por las vísperas y completas del dia siguiente.

Ni la Iglesia reduce la celebracion del domingo á solo la cesacion de las obras serviles; nos obliga tambien á santificar este dia privilegiado por los ejercicios mas santos de la Religion, y por la práctica exacta de todas las virtudes cristianas. La observancia de la ley no se reduce toda á oir la santa misa. Antiguamente habia pocos fieles que no participasen en este dia de los sagrados misterios por la santa comunion, ninguno se dispensaba de oir la divina palabra. La oracion, la lectura de los libros de piedad, la meditacion, las buenas obras, son las únicas ocupaciones propias del santo dia del domingo. Para dar tambien á conocer la solemnidad de este dia, y para distinguirle de todos los demás del año, ha ordenado la Iglesia que no se ayunase en él, y que se suspendiesen aun los demás ejercicios exteriores de la penitencia. Como el domingo es la memoria y la octava continua del dia de la Resurreccion, no quiere la Iglesia que haya nada que turbe la alegría de este misterio. La costumbre

de orar en pié el dia de Pascua y todo el tiempo pascual, es muy misteriosa: pretende la Iglesia por medio de esta postura darnos á entender que habiendo resucitado con Jesucristo, no debemos ya apegarnos á la tierra. Este uso le conserva todavía la Iglesia, orando en pié el domingo, singularmente al decir el *Angelus* al toque de las oraciones, y las antífonas de la santísima Vírgen que se dicen después de completas.

¡Qué fondo de reflexiones no ofrece todo lo que acaba de decirse acerca de la institucion, de la solemnidad, de la santidad del domingo! Y ¿se celebra hoy con el mismo espíritu de religion, con los mismos sentimientos de piedad, con la misma veneracion, la misma exactitud? ¿Se le santifica con los ejercicios de devocion y con la oracion? ¡Ah! ¡Pocos dias se ven mas profanados! ¿Cuántos hay que no emplean el domingo mas que en ocupaciones suyas, en diversiones, en ejercicios profanos? Con tal que se haya asistido de priesa, y mas como pagano que como cristiano al tremendo sacrificio del altar, se cree haber satisfecho suficientemente á la estrecha obligacion de santificar el domingo. Una misa oida sin devocion, sin respeto, y aunque se diga sin sentimientos de Religion, equivale para muchos á todas las prácticas de piedad mandadas indispensablemente á todos los fieles. Si hay una partida de placer, una diversion campestre, una comida suntuosa que dar, en una palabra, todo lo que hay menos cristiano, por no decir mas pagano, todo se remite al dia santo del domingo. Hablemos, pues, de buena fe, ¿puede hoy llamársele dia del Señor? ¡Ah! El Señor apenas tiene parte en él: con mas razon se le podria llamar dia del hombre, puesto que es el dia del desórden, del juego, de las diversiones; que no se emplea mas que en lo que favorece, lo que nutre el amor propio, la inclinacion, las pasiones del hombre; y después de esto se extraña, si el Señor está irritado, si el cielo no oye nuestros votos, si la corrupcion del corazon y el error del entendimiento lo tienen cuási del todo inundado; se admira si la fe se extingue, si el número de los elegidos es tan pequeño, si por todas partes se hallan tan pocos verdaderos fieles: puede decirse que la profanacion del dia santo del domingo es el orígen de todos estos males.

Aunque todos los domingos del año sean solemnes, la Iglesia no obstante los distingue en dos clases: los de primera clase, cuya celebridad y oficio jamás se omiten, son: el primer domingo de Adviento, el primer domingo de Cuaresma, el domingo de Pasion, el de Ramos, el de Pascua, el domingo siguiente que se llama de *Qua-*

simodo, el de Pentecostes, y el domingo de la Trinidad. Los de segunda clase, que no ceden su oficio y su solemnidad sino á la fiesta del patron, del titular de una iglesia ó su dedicacion, son: el segundo, tercero y cuarto domingo de Adviento y de Cuaresma, los de la Septuagésima, de la Sexagésima y de la Quincuagésima, los cuales son todos los domingos privilegiados: los demás son solo de una solemnidad ordinaria.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

El primer domingo de Adviento es el primer dia del año eclesiástico, y el principio de un tiempo privilegiado que precede á la fiesta de Navidad, y que en la intencion de la Iglesia no es otra cosa que una preparacion para esta gran fiesta. Algunos creyeron que el Adviento era de institucion apostólica, pero por lo menos es tan antiguo en la Iglesia como la fiesta de Navidad. Desde que se ha celebrado el dia del nacimiento del Salvador, ha exhortado la Iglesia á los fieles á que se preparen para la celebracion de este dia venturoso, y ella misma les ha dado ejemplo por las oraciones que ha multiplicado en este santo tiempo y por los ejercicios de penitencia que les ha dictado.

Como el Adviento no es otra cosa, segun el espíritu de la Iglesia, que un tiempo destinado antes de la fiesta de Navidad para prepararse por medio de la oracion, el ayuno y los ejercicios de piedad á celebrar y hacerse favorable el advenimiento, esto es, la venida de Jesucristo, designada por la palabra *Adviento;* no hay prácticas de penitencia y devocion que los fieles no hayan puesto en uso durante este santo tiempo. San Perpetuo, obispo de Tours, que vivia hácia la mitad del siglo V, viendo que el fervor de sus diocesanos se resfriaba de dia en dia en los ejercicios piadosos de este santo tiempo, y sobre todo que se habian relajado mucho en cuanto al ayuno, ordenó que se ayunase por lo menos tres dias en la semana durante el Adviento, que era entonces de seis semanas como la Cuaresma. El primer concilio de Macon, celebrado el año de 581, ordenó lo mismo, y añadió que se celebrase la misa y el oficio divino segun el órden y la regla que se observa en la Cuaresma.

Este cánon del concilio de Macon, que dispone que durante el Adviento se celebre la misa como en Cuaresma, nos da bastante á conocer que el Adviento se ha mirado siempre como la Cuaresma de

Navidad; esto es, que así como la Cuaresma de cuarenta dias habia sido instituida en la Iglesia para que sirviese de preparacion á la fiesta de Pascua, del mismo modo fue establecido el Adviento para disponernos á la celebracion de la de Navidad. Los ayunos del Adviento tenian bastante relacion con los de Cuaresma en las iglesias donde se ayunaba todos los dias desde el siguiente á la fiesta de san Martin; y esto es lo que dió ocasion á los regocijos que se han acostumbrado en esta festividad, igualmente que se hacia en la víspera de Cuaresma, en cuyo dia era permitido comer carne, no comenzándose hasta el otro dia la abstinencia y el ayuno. En algunas iglesias el Adviento comenzaba en el mes de setiembre; pero como no se ayunaba mas que tres veces en la semana, resultaban siempre solos cuarenta dias de ayuno hasta Navidad. El segundo concilio de Tours, año de 567, obligaba á todos los religiosos á ayunar solamente tres dias en la semana durante los meses de setiembre, octubre y noviembre; pero el mes de diciembre debian ayunarle todo hasta Navidad. Todo esto manifiesta que el Adviento no ha sido en todas partes igual en cuanto al número de dias; ha sido mas largo ó mas corto, mas seguido ó mas interrumpido, en tiempos y lugares diferentes; esta diferencia de tiempos y de costumbre se halla en los antiguos sacramentarios: la práctica de observar un Adviento de cuarenta dias ó de seis semanas subsistia aun en el siglo XIII, al menos en algunas iglesias y entre los monjes; y aun después que la Iglesia ha reducido el tiempo de Adviento á cuatro semanas, la abstinencia y el ayuno son de regla indispensable en muchas Órdenes religiosas.

Los capitulares de Carlo Magno hacen el Adviento de cuarenta dias, dándole tambien el nombre de Cuaresma. Este pasaje de los capitulares atribuye solo á la costumbre los ejercicios piadosos del Adviento; sin embargo, no deja de declarar que es un tiempo de oracion, de ayuno y de penitencia. Y aunque todos los dias del año, añadieron, deben ser dias de oracion y penitencia, los dias del Adviento deben ser singularmente consagrados á estos santos ejercicios de Religion. San Pedro Damiano da tambien al Adviento el nombre de Cuaresma. El papa Nicolao I, exponiendo á los búlgaros recien convertidos á la fe las costumbres de la Iglesia católica, no olvida la cuaresma del Adviento como muy antigua en la Iglesia romana. Rodulfo, dean de Tongrés, dice que el Adviento era de seis semanas en Milan y en Roma, y que en Roma se ayunaba todavía entero en su tiempo. El papa Bonifacio VIII en la bula de la canonizacion de san Luis declara que este gran Príncipe pasaba en ayunos y oraciones los

cuarenta dias antes de la fiesta de Navidad. San Carlos no hacia mas que renovar los antiguos cánones de la Iglesia cuando queria que se exhortase vivamente á todos los fieles á que comulgasen por lo menos todos los domingos del Adviento, mandando á los curas que inclinasen sus parroquianos á observar religiosamente el antiguo estatuto del papa Silverio, que dice, que aquellos que no comulguen muy á menudo, comulguen al menos los domingos de Adviento y de Cuaresma. Estas palabras son muy notables: *Ut qui saepius non communicant singulis saltem dominicis diebus in quadragesima, corpus Domini sumant, ac praeterea diebus dominicis Adventus.*

Dirigió además san Carlos á sus diocesanos una carta pastoral en lengua vulgar, en la que les enseña, que si el Adviento era de seis semanas en la iglesia de Milan, era para prepararse á recibir el Hijo de Dios, que del seno de su Padre viene á la tierra para conversar con nosotros; que era por tanto necesario en todos los dias del Adviento quitar algun tiempo á las demás ocupaciones para meditar en secreto quién es el que viene, de dónde viene, cómo viene, quiénes son los hombres por quien viene, y por fin, cuáles son los motivos y cuál debe ser el fruto de su venida: añade que era necesario prepararse á recibirle, deseando su venida tan ardientemente como la han deseado los Profetas y los justos del Antiguo Testamento, purificándose por la confesion, por los ayunos y por la comunion sacramental. Les dice que en otro tiempo se habia ayunado todo el Adviento, como si todo este tiempo no hubiese sido mas que la vigilia de Navidad; la excelencia, la santidad y la celebridad de esta fiesta piden con razon, les dice, una preparacion tan grande, y una vigilia tan larga; les exhorta á que ayunen algun dia de la semana durante el Adviento, ó muchos dias segun la devocion de cada uno, y á distribuir con abundancia socorros y limosnas entre los pobres; en este tiempo, dice, en que la caridad del Padre eterno nos dió, y nos da aun todos los años su propio Hijo, como un tesoro infinito de todos los bienes, y como una fuente de gracias y de misericordias; que era preciso aplicarse mas que nunca á las buenas obras, y á la lectura de los libros de piedad; en fin, que era necesario disponerse de tal manera para este primer advenimiento del Hijo de Dios, que pudiésemos esperar su segundo advenimiento, no solo sin temer, sino con aquella confianza y aquella alegría que acompaña siempre á la buena conciencia. Hé aquí el resúmen de aquella admirable instruccion de san Carlos, por la que instruyendo á los pueblos tanto por su ejemplo, como por sus palabras, habia obligado á todos los ecle-

siásticos de su casa á comer al menos de pescado durante el Adviento, conforme á la costumbre antigua de los adscritos á la Iglesia, dicen las actas de la iglesia de Milan.

Tal ha sido en todo tiempo la persuasion de que el Adviento era un tiempo de penitencia, de oracion y de recogimiento, que los obispos de Francia se tomaron la libertad de representar al rey Carlos el Calvo, en 846, que no era conveniente que los obispos permaneciesen en la corte ni el santo tiempo del Adviento, ni en la Cuaresma, bajo cualquier pretexto que fuese, y que por tanto suplicaban á su Majestad les permitiese retirarse á sus diócesis para instruir los pueblos, y prepararlos para las fiestas de Pascua y de Navidad.

Hé aquí la idea que en todo tiempo ha formado la Iglesia del santo tiempo del Adviento, al cual ha mirado siempre cuási al par con el santo tiempo de Cuaresma. Y si todos los domingos del año, como se ha dicho, deben santificarse con tanta religion: ¿con qué ejercicios de devocion, y con qué pureza no deben santificarse todos los domingos del Adviento, tan privilegiados sobre todos los demás del año? El oficio empezaba antiguamente con este invitatorio: *Ecce venit Rex, occurramus obviam Salvatori nostro:* Hé aquí nuestro Rey que viene, salgamos al encuentro á nuestro Salvador. En otras partes se decia tambien, como se dice hoy: *Regem venturum Dominum: venite, adoremus.* Venid, hermanos mios, adoremos á nuestro divino Señor, nuestro soberano Rey que debe venir de aquí á pocos dias. En algunas iglesias, como en Auxerre, se decia por invitatorio: *Ecce lux vera:* Hé aquí que viene la verdadera luz; y durante este tiempo venia un niño desde detrás del altar hasta la silla de los cantores con un cirio encendido. En Marsella durante el Adviento, después de maitines, y antes de comenzar laudes, se interrumpia por algun tiempo el oficio para suspirar por la venida del Salvador, y la expectacion de la salud: se arrodillaba todo el coro, y se cantaba solemnemente: *Emitte Agnum Domine, Dominatorem terrae:* Enviad, Señor, el Cordero divino, Señor de toda la tierra; lo cual se continuaba hasta la vigilia de Navidad. De aquí aparece que en todo tiempo nada se ha omitido para reanimar durante el Adviento la Religion y la devocion de los fieles.

Para excitarnos, pues, á esto, la Iglesia nos propone á un tiempo en este dia las dos venidas de Jesucristo, como un doble objeto de la devocion de que quiere que estemos penetrados en todo este santo tiempo; persuadida de que si sabemos aprovecharnos de la primera, no podrá menos de ser favorable la segunda. El Evangelio de este

dia habla de la segunda venida, y la Epístola es una viva exhortacion para que salgamos del sueño letárgico en que vivimos, y que nos aprovechemos de estos dias de salud, á fin de que no inutilicemos la primera venida del Salvador, que debemos celebrar el dia de su nacimiento.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Excita, quaesumus, Domine, potentiam tuam, et veni: ut ab imminentibus peccatorum nostrorum periculis, te mereamur protegente eripi, te liberante salvari. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia saecula saeculorum. ℟. *Amen.*

Haced, Señor, que resplandezca vuestro poder, y venid, á fin de que con el auxilio y la proteccion de vuestra gracia, seamos libres y salvos de los peligros ejecutivos, que nos amenazan por nuestros pecados. Así te lo suplicamos á tí, Señor, que siendo Dios, vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

La Epístola es tomada de la que escribió el apóstol san Pablo á los Romanos, capítulo XIII, *vers. 11 á 14.*

Fratres: Scientes quia hora est jam nos de somno surgere. Nunc enim propior est nostra salus, quam cum credidimus. Nox praecessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. Sicut in die honeste ambulemus: non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus, et impudicitiis, non in contentione, et aemulatione; sed induimini Dominum nostrum Jesum Christum.

Hermanos mios: Sabemos que es tiempo ya de que despertemos y salgamos del sueño en que estamos; porque la salud está mas cerca que cuando hemos recibido la fe. La noche ha durado hasta aquí; el dia va á nacer: dejemos, pues, por tanto las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Caminemos con decencia como se hace durante el dia; no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidias; mas por el contrario vestíos de Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

La noche ha durado hasta aquí: el dia va á nacer. Muy larga es la noche cuando dura toda la vida; y es demasiadamente triste el no despertarse hasta la muerte. Sin embargo esta es la suerte deplorable de muchos. Todo el tiempo de la vida, esto es, este número determinado de dias que no se nos ha concedido sino para trabajar para el cielo, se nos pasa en un sueño letárgico con respecto á la salud. La vida de la mayor parte de los hombres cuási no es otra cosa que un sueño profundo, durante el cual el alma se alimenta de mil fantasías

quiméricas. Vastos proyectos de ambicion; fantasmas seductores de placeres; vanos, pero funestos triunfos, de todas las pasiones; planes magníficos de fortuna; hé aquí los sueños que no dejan de fatigar, pero que agradan. Cuási toda la vida se pasa en sueños. Se cree uno poderoso, se cree feliz, se lisonjea de que es rico; pero el adormecimiento no es eterno. La muerte despierta. No se ve el dia hasta que se va á perder, y se encuentra uno con las manos vacías, cuando se imaginaba que era mas rico. Grandes del mundo, dichosos del siglo, mujeres mundanas, ¡qué sorpresa, qué espanto, cuando os despertaréis á la hora de la muerte, y os dirá el soberano Juez: tiempo es ya de salir de ese adormecimiento, de ese sueño, de ese letargo! Se despierta entonces; la fe, la razon, la conciencia, todo entra en sus derechos. Somos entonces racionales, somos cristianos, se piensa con justicia, no se ve nada mas que un falso brillo: ¡buen Dios, qué bello punto de vista es el lecho de la muerte, desde el cual se presenta con toda claridad la vanidad de todo lo criado, de todo lo que deslumbra, de todo lo que pasa! En el lecho de la muerte, los mas grandes príncipes, los señores mas poderosos, los que ocupan los primeros puestos, se encuentran al nivel del mas vil esclavo: y ¿qué es lo que queda en el sepulcro de aquellos palacios magníficos, de aquellos soberbios equipajes, de aquellos tesoros acumulados con tantos afanes; qué queda de aquellos placeres tan buscados, de aquellas fiestas tan brillantes, de aquellos adornos tan ricos, de aquellos aires tan mundanos y tan joviales? ¡Qué espantoso, qué cruel es el no descubrir al tiempo de despertarse otra cosa mas que paños mortuorios, cenizas, sepulcro, una eternidad desgraciada! *La salud está cerca,* es decir, que llega el momento decisivo de la salvacion eterna, que el Esposo llama á la puerta, el Padre de familias viene á pedir cuenta del empleo de los talentos confiados y escondidos, de este número de dias, de horas y de años cuási del todo perdidos. *La salud está cerca*: ¡ah! ¡nunca estuvo mas léjos de muchos esta salud eterna! Aprovechémonos del consejo del Apóstol. Hé aquí el tiempo mas á propósito de despertarnos y salir de la somnolencia en que estamos. La Iglesia nos propone estas mismas palabras al principio del Adviento para despertar en nosotros el espíritu de piedad, al acercarse esta gran fiesta, que puede llamarse la fiesta de nuestra salud. Mucho tiempo hace que Jesucristo ha nacido, sin embargo se nos representa como si cada año naciese; y en el tiempo que precede á la solemnidad de su nacimiento, se nos dice que nuestra salud está cerca, y el mismo Apóstol nos instruye acerca de las disposiciones que debemos

tener para que el divino Salvador que nace sea nuestra salud. Dejemos, pues, por tanto las obras de las tinieblas, que son las obras del pecado. Revistámonos de Jesucristo, copiemos en nosotros este divino modelo, expresando en nuestra conducta la pureza, la inocencia, la dulzura, la humildad, la sencillez, la caridad, la mortificacion, la modestia, el desinterés y las demás virtudes de Jesucristo.

El Evangelio de la Misa es lo que sigue segun san Lucas, capítulo XXI, *vers. 25 á 36.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Erunt signa in sole, et luna, et stellis, et in terris praessura gentium prae confusione sonitus maris, et fluctuum, arescentibus hominibus prae timore, et expectatione, quae supervenient universo orbi: nam virtutes coelorum movebuntur: et tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna, et majestate. His autem fieri incipientibus, respicite, et levate capita vestra: quoniam appropinquat redemptio vestra. Et dixit illis similitudinem: Videte ficulneam et omnes arbores: cum producunt jam ex se fructum, scitis quoniam prope est aestas. Ita et vos cum videritis haec fieri, scitote quoniam prope est regnum Dei. Amen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia fiant. Coelum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas: y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion que causará el ruido del mar y de sus ondas: quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas, que sobrevendrán á todo el universo: porque todas las virtudes de los cielos serán conmovidas: y entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Cuando, pues, comenzaren á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas: porque cerca está vuestra redencion. Y les dijo una semejanza: Mirad la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de sí el fruto, entendeis que cerca está el estío. Así tambien cuando veréis hacerse estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo, que no pasará esta generacion hasta que todas estas cosas sean hechas. El cielo y la tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán.

MEDITACION.

Sobre la venida del Hijo de Dios como Salvador y como Juez.

Punto primero. — Considera con qué sabiduría y por qué motivo nos propone la Iglesia en este dia el doble advenimiento del Hijo de Dios, el uno al fin de los siglos como Juez soberano de todos los hombres, y el otro el dia de su nacimiento como Salvador del mundo. Como de estos dos advenimientos depende nuestra suerte eterna, y toda la economía de la salvacion, la sabiduría de Dios los ha hecho,

por decirlo así, con respecto á nosotros, mutuamente dependientes el uno del otro. La cualidad de Salvador debe ponernos en estado de mirar con confianza la de soberano Juez, y la de Juez severo debe conducirnos á ponerlo todo por obra para que nos sea útil y fructuosa la dulce cualidad de Salvador. Este es el espíritu de la Iglesia cuando en el primer dia del Adviento nos hace en el Evangelio de la misa una descripcion tan espantosa del último juicio, al mismo tiempo que en los oficios nos presenta la imágen mas interesante y la mas consoladora del nacimiento del Salvador: para que comprendamos que todo lo que Jesucristo tiene de amable, dulce, afable, y compasivo en el pesebre, tendrá de terrible, severo, inexorable, y espantoso, cuando apareciere sobre las nubes lleno de poder y de majestad en el último juicio, y para hacernos ver cuán justo es que sean rechazados por Jesucristo soberano Juez, aquellos que no quisieron prepararse á recibir á Jesucristo cuando nace como Salvador: ¡qué sentimiento, qué despecho, qué rabia para los réprobos el pensar que este Juez entonces tan terrible, tan espantoso, tan severo, se habia dignado hacerse niño por amor de ellos! que este Jesús se les habia mostrado todos los años, naciendo en un establo, en el estado mas pobre y mas humillado; con qué dulzura, con qué bondad habian sido recibidos los pastores, los Magos, y todo género de personas. En efecto, ¿qué hay en este nacimiento, que no convide, que no obligue, que no gane el corazon, que no encante? y ¿qué agravio no le hacen aquellos que no hubieren querido prepararse á recibirle con ansia, con amor, y con sentimientos de reconocimiento y de confianza? y ¿cuán justo será que la majestad de este soberano Juez postre y pierda á aquellos á quienes no ha ganado la humildad y la pobreza de su pesebre?

Punto segundo. — Considera que las disposiciones con que debemos recibir al Salvador que nace, se hallan en las circunstancias de su nacimiento: la humildad no descendió jamás tan bajo; la mortificacion no fué nunca tan léjos; ni en tiempo alguno fue tan perfecta la dulzura. En el tiempo en que todo el universo estaba en paz, durante el silencio mas profundo de la noche, en tales circunstancias es cuando ha nacido el Salvador. ¡Qué recogimiento, qué espíritu de oracion! pero ¡qué amor, qué fe, qué devocion, qué ternura en la santísima Vírgen y en san José, que fueron los primeros que le recibieron y le adoraron en el momento de su nacimiento! ¡Qué diligencia, qué fe, qué devocion en los pastores! Estas son las virtudes

que se deben adquirir durante el tiempo santo del Adviento; en esto debemos ejercitarnos, si queremos hallarnos con las santas disposiciones que se necesitan para hacer provechosa la celebridad del dia de su nacimiento. Por esto la Iglesia nos dice hoy con el Apóstol que es tiempo de despertarnos y salir de nuestra somnolencia, porque nuestra salud está próxima; ella nos dice que el Adviento es un tiempo de retiro, de oracion, de penitencia, que es un tiempo de santidad. Nos pone delante de los ojos el ejemplo de los primeros fieles, los cuales empleaban todo este santo tiempo en la práctica de las mas grandes virtudes; y el de tantos santos religiosos y personas piadosas, que aun hoy santifican estos dias con la oracion y la penitencia, y hacen que les sea favorable el nacimiento del Salvador, por el buen uso que hacen de estos santos dias. Por fin, por la misma causa nos habla la Iglesia del último juicio, y con las palabras mismas de Jesucristo, nos hace de él una pintura tan pavorosa y tan terrible; á fin de que si la dulzura del Salvador en su primera venida no nos interesa, el rigor de este mismo Salvador en su segunda venida nos espante y nos conmueva. ¿Á qué esperamos para aprovecharnos de unas lecciones tan saludables? ¿Será darnos demasiado pronto á Dios si comenzamos al presente? Tal vez es este el último Adviento que verémos; es seguro que lo será para un gran número de personas de las que habrán leido esta meditacion, de las que habrán hecho estas reflexiones, de las que habrán sentido las amorosas, las ejecutivas solicitaciones de la Gracia. ¡Qué desgracia para aquellos que hubiesen hecho infructuosa la fiesta de Navidad, por no haber querido pasar santamente el tiempo de Adviento!

No permitais, Señor, que yo sea de este número. Yo sé que es un tiempo de oracion, un tiempo de penitencia, un tiempo de retiro y de recogimiento. Estoy decididamente resuelto á pasarle en este espíritu. Os pido, pues, el auxilio de vuestra gracia para hacer un buen uso de este santo tiempo.

JACULATORIAS. — Venid, Señor, y no tardeis mas, y comenzad por perdonar á vuestro pueblo todos sus pecados. (*Eccles. in Offic.*).

Señor, haced que resplandezca vuestro poder, y venid á salvarnos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Aunque todos los tiempos del año son tiempos de salud para los que se convierten, y para los que emplean el tiempo en el nego-

cio importante de su salvacion; es sin embargo cierto que el tiempo del Adviento es un tiempo privilegiado, un tiempo sagrado, en el cual, siendo las oraciones de la Iglesia mas frecuentes, las penitencias mas comunes, y las gracias mas abundantes, es tambien Dios mas misericordioso. Hagámonos cargo de cuánto importa aprovechar un tiempo tan precioso, y para esto es necesario entrar en las miras y seguir los sentimientos de la Iglesia. El fin que esta se propuso al instituir el Adviento, fue honrar al Verbo encarnado en el seno de su Madre, y conformarse con sus disposiciones que son un profundo anonadamiento, una oblacion continua á su eterno Padre, un amor extremo á los hombres. Honremos este estado de anonadamiento del Verbo encarnado en el seno de su Madre, adorándole sin cesar en este estado de humillacion; unámonos á los santos Ángeles á quienes el Padre eterno mandó que le adorasen desde el primer momento de su encarnacion. Hagamos frecuentes actos de humildad y de humillacion durante el Adviento para honrar la humillacion del Salvador del mundo. Ofrezcámonos continuamente á él por medio de actos frecuentes de consagracion á su servicio; y no dejemos de hacer actos del amor mas puro, para corresponder al que él nos tiene. Hé aquí las disposiciones interiores que debemos tener.

2 Las disposiciones exteriores durante el Adviento son el ayuno, las penitencias, la oracion, las buenas obras, y todas las prácticas de piedad. Muchas personas piadosas ayunan tres veces á la semana, y pocos hay que no puedan ayunar á lo menos el sábado. Sobre todo abstengámonos en este santo tiempo de toda diversion poco necesaria; este es el espíritu de la Iglesia que en todo el Adviento no se sirve mas que de los ornamentos de penitencia, lo cual observan tambien los Prelados durante estos santos dias. Empleemos todas las tardes una media hora en oracion delante del santísimo Sacramento, en donde está el Salvador en un estado de tanta humillacion como en el de su encarnacion, y el de su nacimiento. Multipliquemos nuestras oraciones; digamos todos los dias el oficio parvo de la Vírgen, esta es tambien la práctica de la Iglesia; no dejemos al menos de rezar el pequeño oficio de la inmaculada Concepcion. Demos limosnas á los pobres en reconocimiento de todos los bienes que el Padre eterno nos da, dándonos á su Hijo. Aunque la devocion á la santísima Vírgen sea propia de todos los dias del año, la Iglesia nos la recomienda singularmente mientras dura el santo tiempo del Adviento. Repitamos muchas veces en el dia la antífona: *Alma Redemptoris mater*, que la Iglesia canta todos los dias al fin de completas, ó la

Salve Regina, que los Padres Carmelitas dicen al fin de cada hora del oficio, y aun al fin de la misa. En el Órden del Cister, y en el de los frailes Predicadores se dice todos los dias después de completās. Nangis, en la vida de san Luis, asegura que desde el tiempo de este santo Rey se cantaba la Salve con mucha solemnidad al fin de completas, y aun bien entrada la noche; esto era lo que se llamaba el saludo, lo que se practica todavía hoy en algunas iglesias.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

Estando todo el tiempo del Adviento singularmente consagrado al culto divino y á los ejercicios de piedad, y siendo los domingos unos dias que piden una aplicacion mas particular á la oracion, y á todos los deberes de la religion cristiana, es fácil concebir cuán santa debe ser la celebracion de los domingos del Adviento. En el discurso del domingo precedente ha podido verse lo que san Carlos dice de él en su admirable instruccion á su pueblo. La vigilancia y la solicitud infatigable de aquel Prelado le hizo reiterar las exhortaciones en órden al Adviento en sus concilios provinciales, en sus sínodos diocesanos, y en sus cartas pastorales, en una de las cuales nada omite para inclinar á sus ovejas á que comulguen todos los domingos del Adviento, y á que ayunen por lo menos el miércoles, el viernes y el sábado de cada semana de este tiempo de penitencia.

El segundo domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba el tercero antes de Navidad, parece consagrado del todo á la celebracion de la primera venida del Salvador, y á prepararse para la solemnidad de su nacimiento. La Epístola que se lee en la misa de este dia está tomada de la carta de san Pablo á los Romanos, á quienes dice el Apóstol, que todo lo que se ha escrito ha sido para nuestra instruccion; á fin de que por la paciencia y por la consolacion que se saca de las Escrituras, conservemos una esperanza firme de ver la verificacion de todo lo que se ha predicho. Hé aquí las promesas que Dios habia hecho á los Patriarcas y á los Profetas. Hé aquí lo que estaba escrito: *El Señor vuestro Dios suscitará un Profeta como yo, de vuestra nacion, y de entre vuestros hermanos; á él con preferencia á cualquiera otro es á quien debeis escuchar*. Moisés, inspirado de Dios, es el que habla al pueblo en este pasaje, prediciéndole el Mesías que debia ser el autor y el orígen de su felicidad, después de haber sido el objeto de sus deseos y de sus votos. Estaba prohibido

á los hebreos todo género de divinacion. *Cuando hubiéreis entrado,* les dice Dios, *en el país que os dará el Señor vuestro Dios, guardaos bien de querer imitar nunca las abominaciones de aquellos pueblos.* Estas abominaciones eran las supersticiones de los paganos, por medio de las cuales pretendian conocer el porvenir, ó precaver los accidentes molestos de la vida. *Como pretender purificar los hijos, haciéndoles pasar por el fuego.* De aquí procede sin duda la supersticion de que habla el Crisóstomo, la cual se practicaba saltando por encima de hogueras encendidas, supersticion que Teodoreto y el concilio *in trullo* condenan con razon como un resto de las antiguas impiedades del paganismo, lo mismo que el consultar á los adivinos, creer en los sueños, y consultar á los augures y á los que se meten á adivinar, y todas las demás supersticiones que Moisés refiere por menor en el cap. XVIII del Deuteronomio, y que el Señor abomina. Vosotros no debeis temer, añade el Profeta, que os falten personas que os descubran las cosas futuras y desconocidas. Dios suplirá cumplidamente á la falta de los adivinos y de los magos, de los encantadores y de los augures, por un Profeta que suscitará en medio de vosotros, y que os instruirá de su voluntad; no tendréis que trabajar para buscarle en las naciones extranjeras: *Dios os dará un Profeta suscitado de en medio de vosotros, que no tendrá menos conocimiento que yo*, y que os enseñará la verdadera senda de la salud, y el camino recto que conduce á la vida. Dice que será como él: esto es, Profeta, Legislador, Rey, Mediador, Jefe del pueblo de Dios; en una palabra, que será la realidad del que Moisés no era mas que la figura.

Es evidente que el Profeta de que habla aquí Moisés, no es otro que el Mesías prometido. Así es que los judíos, aun los del tiempo de Jesucristo, no dudaban que Moisés en este pasaje hablaba del Mesías. Los Apóstoles suponen en el pueblo esta opinion como un sentimiento comun y universal. San Pedro en el primer discurso que hizo en el templo de Jerusalen, después de la curacion del cojo, no tiene dificultad en asegurar que por fin en la persona de Jesucristo se ve el cumplimiento de la promesa que Moisés les habia hecho en otro tiempo, profetizándoles que Dios les suscitaria un Profeta como él de en medio de sus hermanos. (*Act.* III, 22). San Esteban pondera el mismo pasaje en favor de Jesucristo. (*Act.* VII). El apóstol san Felipe (*Joan.* I) dijo á Nathanael, que habia hallado el Profeta de quien habia hablado Moisés en el libro de la Ley. Por fin habiendo visto el pueblo judío la multiplicacion de los cinco panes, no dudó que Jesús fuese el gran Profeta prometido por Moisés. (*Joan.* VI).

En los últimos tiempos, dice Isaías, *la montaña de la casa del Señor se establecerá sobre lo mas alto de las montañas, y se elevará sobre las colinas, y todas las naciones correrán á ella en tropas. Él nos enseñará sus caminos, y marcharémos por sus senderos; porque la ley saldrá de Sion y la palabra del Señor de Jerusalen.* (*Isai.* II). La ley nueva ha salido de Sion. El Evangelio, el Cristianismo ha nacido en la Sinagoga; Jesucristo no ha predicado mas que en la Judea. No ha venido para destruir la ley, sino para cumplirla y perfeccionarla. *Hijos de Sion*, exclama el profeta Joel (*Joel*, II), *saltad de alegría, regocijaos en el Señor vuestro Dios, porque os ha dado un Maestro que os enseñará la justicia.* En otros cien pasajes de la Escritura se observa el verdadero retrato de Jesucristo en las profecías. Esto es lo que hizo decir á la santísima Vírgen en la primera conversacion que tuvo con su prima santa Isabel: Luego que el Verbo ha tomado carne en mi seno, *el pueblo de Israel ha recibido el cumplimiento de la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á todos sus descendientes.* Esto mismo es tambien lo que san Pablo queria dar á entender á los cristianos de Roma en la carta que les escribe, cuando les dice, que todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion; y que si el ministerio de Jesucristo miraba singularmente al pueblo circuncidado, esto es, si el Salvador ha querido nacer de la raza de David, y en medio de los judíos; si él mismo se ha dignado someterse á la ley de la circuncision, para pertenecer á su pueblo; si les ha predicado por sí mismo, lo que no ha hecho con los gentiles; si ha hecho sus milagros á su vista; si ha obrado la salud del mundo en medio de la Judea, todo esto ha sido para cumplir las profecías y verificar las promesas que Dios les habia hecho: privilegio que no han tenido los gentiles; aun cuando no hayan sido excluidos del beneficio de la Redencion; y que Dios no ha dejado de anunciar su vocacion y su conversion en innumerables pasajes de los Profetas, de los cuales habla san Pablo en la Epístola de la misa de este dia. Puede, pues, decirse que con predileccion habia mirado á los judíos; pero este pueblo ingrato se habia hecho indigno de ella. Así es que el santo Apóstol dando á conocer en esta Epístola las prerogativas en favor de los hebreos, no olvida la misericordia con que Dios ha mirado á los gentiles, y de la cual habian tantas veces hablado los Profetas. Aparecerá la vara de Jesé, dice Isaías, y el que saldrá de ella para ser el Maestro de las naciones, es aquel en quien todas pondrán su confianza.

Fácil es concebir cuán oportunamente está aplicada esta Epístola

á este dia, singularmente consagrado á celebrar el cumplimiento de las divinas promesas que Dios habia hecho, no solo á los judíos, sino tambien á todas las naciones del mundo, cuando dijo á Abraham, que todas las naciones de la tierra serian benditas en uno de sus descendientes. (*Genes.* XXII).

El Evangelio de este dia corresponde perfectamente al designio que tiene la Iglesia en este santo tiempo, de disponernos á celebrar dignamente el advenimiento del Salvador del mundo; puesto que se ve en él el testimonio que le ha dado su santo Precursor, á fin de que, por medio de la predicacion de aquel que ha sido destinado para anunciarle, sepamos quién es el que va á venir.

San Juan lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, alimentado en el desierto, se habia fortificado mucho mas en el espíritu que en el cuerpo. Salió por fin de su soledad, y se presentó al pueblo de Israel, al año treinta y uno de su edad, que era el trigésimo de la del Salvador, y el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fue cuando el primer heraldo del Redentor, este hombre nacido por milagro, y nutrido entre los rigores de la mas austera penitencia; este admirable solitario, oculto hasta entonces en la profundidad de un desierto, recibió la órden para comenzar á cumplir su encargo. Vióse, pues, aparecer el Precursor del Mesías que los Profetas habian llamado el Ángel de Dios, no solo porque era el enviado de Dios, sino tambien porque habia recibido grandes luces del cielo, y porque vivia en la tierra mas bien como Ángel, que como hombre. Era aquella voz poderosa, que, segun Isaías, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos á que se dispusiesen para la venida de su Rey. Él anunció el reino de Dios, clamó contra los vicios que reinaban en el pueblo y en la corte, y no se las ahorró ni con los grandes, ni con el Príncipe mismo.

Era este príncipe Herodes Antipas, el cual mantenia trato escandaloso con Herodías, mujer de su hermano Filipo. San Juan, que gozaba de cierto ascendiente con el Príncipe, no pudiendo ver con frialdad el que viviese en un adulterio escandaloso, le reprendia su crímen. Herodías irritada por el celo del hombre de Dios, obligó á Herodes para que le hiciese prender. Mientras que el santo Precursor estaba en la prision, el Señor llenaba toda la Judea con sus maravillas; acababa de curar en Cafarnaum al siervo del centurion, y de resucitar el hijo de la viuda de Naim, y por todas partes no se hablaba màs que de los milagros de este nuevo Profeta. El ruido de tantos prodigios, y la reputacion del que los hacia, llegaron á noti-

cia de san Juan. Queriendo el santo Precursor que sus discípulos conociesen el mérito y la cualidad de aquel del cual sabia muy bien que él no era mas que el heraldo, se aprovechó de esta ocasion para enviarle dos de los mas distinguidos de sus discípulos, á fin de que en su nombre, y en nombre de todos le hiciesen esta pregunta: *¿Eres tú el que debe venir, ó debemos esperar otro?* El Salvador no les respondió sino con los milagros; dió la vista á muchos ciegos en su presencia, curó instantáneamente á muchos enfermos, y libró un gran número de poseidos del demonio, después de lo cual les dijo: Id, y decidle á Juan Bautista lo que acabais de ver y de oir; decidle que al imperio de mi voz, los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan; decidle, en fin, que los pobres que son el desecho del mundo, los pobres, aunque miserables, aunque ignorantes y groseros, vienen á mí, yo les instruyo, y reciben y abrazan mi Evangelio, mientras que los sabios y los grandes de la tierra no pueden ni comprenderle, ni resolverse á observar sus preceptos y sus máximas. Vosotros sabeis que si se ha de creer á los Profetas, estas son las señales que deben dar á conocer al Mesías; pero que no obstante y á pesar de tantos motivos como hay para creer que soy yo verdaderamente este Mesías tan esperado y tan deseado, encuentro muy poca fe entre los del pueblo. ¡Oh, y qué dichoso será aquel que viéndome perseguido permaneciere firme en su fe; que en medio de mis tormentos no rebajará nada en la estima ni en el amor que me tenia, y para quien mi vida pobre y mis humillaciones no serán ocasion de escándalo!

Habiendo despedido el Salvador á los dos discípulos de san Juan, se extendió mucho en las alabanzas de este santo hombre, y dirigiéndose á los que estaban en rededor de él, les dijo: Cuando habeis ido á ver á Juan en el desierto, ¿qué es lo que pensais haber visto? ¿Acaso un hombre inconstante en sus resoluciones, ó ligero como una caña que es juguete del viento? ¿Acaso un hombre sensual, delicado, suntuoso en sus vestidos y criado en la molicie? No, no es en el desierto, es sí en la corte donde reinan la vida blanda y el lujo, y en donde se hallan esta especie de gentes. ¿Qué viene, pues, á ser este hombre á quien habeis ido á ver? Tal vez me diréis que es un Profeta; mas yo os digo que es mas que Profeta: que este es el Ángel de quien el Señor, hablando al Mesías, dice en la Escritura: *Hé aquí mi Ángel; hé aquí tu precursor, al cual he enviado delante de tí para allanarte los caminos.* Estas palabras que el Salvador cita aquí

son del profeta Malaquías en el cap. III, en todo el cual no habla mas que de la venida del Mesías.

Este Profeta acababa de dirigir una censura sangrienta á los judíos por el modo impío con que trataban al Señor, acusándole de injusticia: *Vosotros habeis hecho sufrir mucho al Señor por vuestros discursos*, les habia dicho concluyendo el capítulo precedente. *Y ¿en qué*, decís, *le hemos hecho nosotros sufrir? En que habeis dicho: todos los que obran mal pasan por buenos á los ojos del Señor, y tales personas le son agradables. ¿Dónde, pues, está este Dios tan justo?* El Profeta para responder á estas quejas de los judíos, cuenta lo que el Señor le ha dicho á él mismo. *El Señor dice*, añade, *que va á venir para castigar á los perversos cuya impunidad habia escandalizado á los flacos de su pueblo.* Inmediatamente el Profeta nos describe la venida de su Precursor, y en seguida la del Señor mismo. Mezcla allí las amenazas con las promesas, porque su venida al mundo debia ser á un tiempo para la salud y para la perdicion de muchos de los de Israel; y en efecto, la mayor parte han quedado en un lastimoso endurecimiento que dura todavía.

En cuanto al sentido de las palabras de Malaquías que refiere el Evangelio, algunos escritores antiguos, y entre otros Orígenes, han creido que el Profeta anunciaba la venida de un Ángel verdadero, y que san Juan era un Ángel encarnado; y san Cirilo de Alejandría ha tratado de sostener que este error, que él refuta, habia sido comun desde el tiempo de Jesucristo, y que el apóstol san Juan evangelista habia intentado oponerse á él y destruirle por estas palabras: *Hubo un hombre llamado Juan que fue enviado de Dios.* Pero el verdadero sentido de las palabras del Profeta, segun todos los santos Padres, es que Juan Bautista era un Ángel no por su naturaleza, sino por su ministerio de precursor, y por la pureza y la inocencia de su vida.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Excita, Domine, corda nostra ad praeparandas Unigeniti tui vias: ut per ejus adventum purificatis tibi mentibus servire mereamur. Qui tecum vivit et regnat...

Excitad, Señor, nuestros corazones, á que preparen los caminos de vuestro único Hijo, á fin de que purificadas nuestras almas por la gracia de su advenimiento, podamos rendiros un culto digno de vuestra soberana Majestad. Os lo rogamos por el mismo Jesucristo, que siendo Dios vive y reina, etc.

La Epístola es de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos, cap. XV, *vers. 4 á 13.*

Fratres: Quaecumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt: ut per patientiam et consolationem Scripturarum spem habeamus. Deus autem patientiae et solatii det vobis idipsum sapere in alterutrum secundum Jesum Christum: ut unanimes, uno ore honorificetis Deum, et Patrem Domini nostri Jesu Christi. Propter quod suscipite invicem, sicut et Christus suscepit vos in honorem Dei. Dico enim Christum Jesum ministrum fuisse circumcisionis propter veritatem Dei, ad confirmandas promissiones patrum: Gentes autem super misericordia honorare Deum, sicut scriptum est: Propterea confitebor tibi in Gentibus, Domine, et nomini tuo cantabo. Et iterum dicit: Laetamini, Gentes, cum plebe ejus. Et iterum: Laudate, omnes Gentes, Dominum: et magnificate eum, omnes populi. Et rursus Isaias ait: Erit radix Jesse, et qui exurget regere Gentes, in eum Gentes sperabunt. Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo, ut abundetis in spe et virtute Spiritus Sancti.

Hermanos mios: Todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion: á fin de que por la paciencia y por la consolacion que se saca de las Escrituras, conservemos la esperanza. Por lo demás el Dios de la paciencia y de la consolacion haga que tengais los mismos sentimientos los unos por los otros en Jesucristo, á fin de que, animados de un mismo espíritu, honreis con una misma voz á Dios que es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto sufríos los unos á los otros, como Jesucristo os ha sufrido para glorificar á Dios. Porque, yo os lo digo, el ministerio de Jesucristo miraba al pueblo circuncidado para que se verificase la palabra de Dios, y se diesen nuevas seguridades de las promesas hechas á nuestros padres, y que los gentiles honren á Dios, esperando en su misericordia, segun lo que está escrito; por esto, Señor, yo os rendiré el homenaje entre las naciones, y cantaré en honor de vuestro nombre. Dice mas: Regocijaos naciones de la gentilidad de concierto con su pueblo. Y además: Naciones todas alabad al Señor, y vosotros pueblos celebrad todos su grandeza. Isaías dice tambien: Aparecerá la raíz de Jessé, y saldrá de ella el que ha de ser el Señor de las naciones, y en él pondrán las gentes su confianza. El Dios, pues, de la esperanza os colme de toda especie de alegría y de paz, por medio de vuestra fe, á fin de que la esperanza se aumente en vosotros con la virtud del Espíritu Santo.

REFLEXIONES.

Todas las cosas que han sido escritas lo han sido para nuestra instruccion. Pero ¿se saca hoy mucho fruto de tantas instrucciones saludables que se contienen en las santas Escrituras? Nada hay mas marcado en los Libros santos que el vacío de los bienes criados, el falso brillo de los honores, el veneno de los placeres engañosos, seguidos siempre de un cruel arrepentimiento, siempre perniciosos al alma. Nada hay que esté mas declarado en las Escrituras que las ventajas y el mérito de los sufrimientos y de las humillaciones; nada

está proscrito en términos mas imponentes que la vida regalona. Dios no se ha contentado con que todo esto se nos dijese por los Profetas y por los Apóstoles; el mismo Hijo de Dios ha venido á darnos estas importantes lecciones, y ha comenzado á instruirnos por sus ejemplos, *erudiens nos*. Y ¿es muy grande el número de los que se aprovechan de sus instrucciones siguiendo sus máximas? Nunca ha habido tantos libros de piedad; el ejemplo de tantos Santos de la misma condicion y de la misma edad que nosotros es una bella leccion; los castigos mismos con que Dios corrige todos los dias nuestra indocilidad por medio de tantos azotes, son, en los designios de este Padre de misericordias, otros tantos avisos saludables con que deben llamar nuestra atencion: y ¿qué impresion hace todo esto en el dia de hoy sobre el entendimiento y sobre el corazon de la mayor parte de las gentes del mundo? Y las personas religiosas, los discípulos de Jesucristo, esta porcion escogida y privilegiada del rebaño ¿es mas dócil á su voz? ¿Sigue siempre sus consejos? Los fieles ¿adoptan constantemente sus máximas? ¿anima hoy á todos los Cristianos el espíritu del Evangelio? ¿no se deslizará nunca en el claustro y hasta en el santuario el espíritu del mundo? En todo el curso del año no hay tiempo mas santo que el del Adviento; todo nos predica en él la penitencia, la oracion y el recogimiento. En todas partes se anuncia la palabra de Dios; la Iglesia en todas partes solicita á todos sus hijos para que se dispongan con todo género de ejercicios de piedad á la celebracion de una fiesta tan grande. Las almas inocentes, las almas santas, entran perfectamente en estas piadosas disposiciones; pero las personas á quienes conduce el espíritu del mundo, las gentes dadas á los placeres, las almas que envejecen en la iniquidad, ¿se fatigan mucho, hacen grandes esfuerzos para reconciliarse con Dios y para disponerse á celebrar dignamente su nacimiento? ¡Ah! que el Apóstol tenia razon para decirnos que es tiempo de salir de nuestro sueño profundo y despertarnos: mas si no nos aprovechamos de este santo tiempo, ¿á cuándo esperamos? Es muy triste el no despertarse hasta la muerte.

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, capítulo XI, *vers. 2 á 11.*

In illo tempore: Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis, ait illi: Tu es, qui venturus es, an alium expectamus? Et respondens Jesus, ait illis: Euntes renuntiate Joanni quae audis-

En aquel tiempo: Habiendo Juan oido hablar en la prision de lo que obraba Jesucristo, envió dos de sus discípulos para decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar otro? Jesús les respondió: Id, y contad á

tis et vidistis. Caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur: et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me. Illis autem abeuntibus, coepit Jesus dicere ad turbas de Joanne: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam? Sed quid existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt. Sed quid existis videre? Prophetam? Etiam dico vobis, et plus quam prophetam. Hic est enim de quo scriptum est: Ecce ego mitto Angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.

Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio se predica á los pobres, y es feliz aquel que no se escandalizare de mí. Cuando los discípulos se iban, Jesús se puso á hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué habeis ido á ver al desierto? ¿una caña que agita el viento? pero ¿qué es lo que habeis ido á ver? ¿un hombre vestido blandamente? Mas los que están vestidos de este modo habitan en las casas de los príncipes. Y bien, ¿qué es lo que habeis ido á ver? ¿un profeta? Sí, en verdad, yo os lo digo, y mas que profeta. Porque de él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envio delante de tí mi Angel, el cual te preparará el camino.

MEDITACION.

De la vida blanda.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la vida blanda es una vida floja, afeminada, perezosa, sensual, voluptuosa, esto es lo que se llama comunmente una vida placentera; y ¿puede semejante vida llamarse cristiana? Es una vida dependiente de los sentidos, que tiene las pasiones por guia, el propio humor por regla; vida á la que el amor propio mantiene, y que á su vez mantiene ella al amor propio, cuyo ejercicio es la ociosidad, cuyos dias son todos vacíos: juzgad, pues, cuál debe ser su término y su suerte. El alma relajada por su pereza y por su incuria en el servicio de Dios, enflaquecida por un número infinito de infidelidades y de recaidas, no tiene mas que una fe lánguida y medio extinguida, y ya no hay nada que la mueva mas que el placer. Disgustada de las prácticas mas ordinarias de piedad, y cuási de todos los ejercicios de religion, apenas se presta á ellos sino por bien parecer. El yugo del Señor le parece amargo, y su ley una carga insoportable; ella no gusta mas que de las máximas del mundo; las alegrías, las diversiones y las fiestas mundanas despiertan toda su vivacidad, y no se pone en movimiento mas que para procurarse el placer: fuera de esto, ella se consume en una lastimosa inaccion y en un sueño letárgico. Representaos una persona que lleva una vida

blanda; esclava de los sentidos y de sus pasiones, se dispensa sin dificultad de cuási todas las leyes de la Iglesia. Está demasiado delicada para observar los ayunos mas sagrados. ¡Qué de pretextos para dispensarse de la abstinencia! Enferma hasta mover á compasion cuando se la habla de penitencia, de mortificacion, de regularidad; robusta hasta sobrepujar al mas vigoroso cuando se trata de un festin mundano. La mas corta lectura de un libro de piedad cansa sus ojos y los fatiga; lo que no la incomoda, lo que la conviene, lo que la recrea es la lectura de algunas historietas, algunas poesías chistosas, y todo lo que se llama vanos entretenimientos, frivolidades, pérdida de tiempo. En este infeliz estado nada la interesa mas que su placer. Insensible á las verdades mas terribles y mas espantosas de la Religion, vive fuertemente apoltronada en una especie de letargo. Á la ceguedad del entendimiento sigue de cerca la insensibilidad del corazon. Á la indolente ociosidad sucede una ignorancia crasa; en fin, llega á desconocer sus deberes mas esenciales á fuerza de descuidarlos. ¿Puede darse un estado mas infeliz ni mas lamentable que el de una persona que lleva una vida blanda? Y lo que hace todavía mas funesto este estado es la extrema dificultad que ofrece para la conversion. Los mas malvados, los pecadores mas endurecidos, los mas insignes libertinos, se les ve alguna vez rendirse á las ejecutivas solicitaciones de la Gracia; ¿se ve acaso que se conviertan muchos de los que llevan una vida blanda?

Punto segundo.—Considera que donde ciertamente reina la vida blanda es en las casas de los grandes y de los dichosos del siglo, en la corte, y entre las gentes acomodadas. Y ¿no se deja ver tambien alguna vez al través de los vestidos groseros y modestos? ¿no penetra hasta en las comunidades mas santas? ¿no se familiariza con una aparente virtud de que se hace ostentacion? ¿no se encuentra bajo un aire devoto y recogido? Como la sensualidad y el amor propio saben deslizarse con destreza en todas partes, la vida blanda que es su obra y su primer fruto, se hace lugar en todas partes. ¡Cuántas gentes se ven que bajo una máscara de piedad llevan una vida blanda, sensual, ociosa, y á las que parece que su pretendida devocion les da derecho para vivir en la molicie y en la ociosidad! Devotos de reputacion, solo aprecian las alabanzas que se dan á la mortificacion y á la penitencia. Su aficion no es mas que á la vida dulce y tranquila, y pretenden no haber nacido mas que para el reposo. La palabra sensualidad les escandaliza; pero son sensuales frecuentemente hasta

la demasía : el pretexto de una salud necesaria, en su concepto, para la gloria de Dios les asegura, y el artificio de su amor propio es tan ingenioso que muchas veces se lisonjean de que lo dan todo á Dios, cuando nada se niegan á sí mismos. De aquí aquella continua atencion sobre todo lo que puede acomodarles ó desagradarles. De aquí aquella delicadeza extremada sobre todo lo que imaginan que se les debe; aquella reserva estudiada para moderar el trabajo, midiéndolo siempre por su amor propio; de aquí, en fin, aquella vida del todo sensual, holgazana, inmortificada, y aun enfadosa, que tanto agravio hace á la verdadera devocion, y que sirve de pretexto á los libertinos para decir que los devotos son los mas delicados, los mas orgullosos, los mas ociosos, los mas molestos, los menos tratables. Jamás fue cristiana la vida blanda. ¿Cómo, pues, se atreveria nadie á llamar devotos á los que viven en la molicie y en una sensualidad disfrazada? La ilusion es todavía mucho menos perdonable cuando la molicie se encubre con la austeridad de la vida, y cuando penetra hasta en el desierto. El estado religioso no pone al abrigo del contagio. El amor propio nos acompaña hasta el claustro, y á pesar del rigor del instituto, sin embargo de la santidad de la profesion, no obstante la severidad de las reglas, posee el secreto de indemnizarse de la sujecion forzada y de la regularidad. Se sirve de la delicadeza del temperamento, de la prerogativa de los empleos, del rango, del nombre, de la edad misma, para insinuar la molicie; y alguna vez, ya por celo fingido, ya por destreza, en lugar de una vida laboriosa, mortificada y penitente, forma una vida blanda y ociosa que una indulgencia forzada tolera, pero que Dios condena y castigará seguramente. ¡Buen Dios, qué muerte tan triste, qué fin tan duro espera á una vida blanda!

No permitais, Señor, que todas estas reflexiones sean inútiles para mí. Yo sé que la vida de un cristiano debe ser una vida humilde, penitente, laboriosa; estoy, pues, resuelto á llevar una vida cristiana; concededme, Señor, la gracia de que tambien lo sea mi muerte.

Jaculatorias.—Enseñadme, Señor, el camino de vuestros mandamientos, y yo me aplicaré siempre á seguirlos. (*Ps.* cxviii).

Detesto, Dios mio, con todo mi corazon la vida blanda y ociosa, y he resuelto trabajar toda mi vida en mi salud, guardando todos vuestros mandamientos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 La vida blanda es tanto mas temible, cuanto que adormece la conciencia y la fe, y que á favor de este adormecimiento, sin ruido ni tumulto, corrompe el corazon y el entendimiento. Estad alerta contra un estado tan peligroso. Si teneis la desgracia de hallaros en él, salid sin dilacion y no escucheis ni los pretextos especiosos de una razon seducida por el amor propio, ni las quejas importunas del amor propio que tan bien se acomoda con la vida blanda y que se nutre con la ociosidad. El santo tiempo de Adviento es muy á propósito para la reforma; trabajad desde hoy en ella. Arreglad vuestros ejercicios de piedad, después de una confesion en la cual debeis sobre todo acusaros con una gran contricion de haber pasado y perdido la mayor parte de vuestros dias en una vida blanda, y de ninguna manera cristiana. Es extraño que haya tan pocos que piensen en acusarse en sus confesiones de una ociosidad y una molicie de vida que condena á tantos.

2 Comenzad por hacer todos los dias á la tarde una corta visita al santísimo Sacramento, y no dejeis dia alguno de oir misa. Rezad todos los dias el rosario: esta oracion tan santa, tan familiar á todos los Santos y á todas las personas verdaderamente cristianas, está cuási abolida en el dia de hoy en el gran mundo: un hombre poco devoto, una mujer mundana creerian, á lo que parece, envilecerse si rezasen el rosario, no obstante que haya pocas oraciones que estén mas autorizadas en la Iglesia.

¡Cosa extraña! se diria hoy que la mayor parte de las gentes del mundo se avergüenzan de llevar esta señal del catolicismo. No dejeis, pues, de hacer diariamente alguna lectura edificante en cualquiera libro de piedad, y emprender con eficacia una vida cristiana. Uno de vuestros primeros deberes es el cuidado de vuestros hijos, de vuestros domésticos, y de toda vuestra familia. De este deber tan esencial se disgusta muy pronto el que vive con molicie. Condenad vuestra negligencia sobre un punto tan importante, y que sea este uno de los primeros frutos de vuestra reforma.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

El tercer domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba segundo antes de Navidad, no es menos solemne en la Iglesia que los

dos precedentes. Como la venida del Salvador del mundo debe ser el objeto de la devocion, de las oraciones y de todos los ejercicios piadosos de este santo tiempo, la Iglesia tiene cuidado todos los domingos, dias singularmente consagrados para renovar el fervor de los fieles, de excitar su fe y su esperanza, á medida que se acerca el dia del nacimiento del Redentor; á fin de que despertándose su celo al aproximarse una fiesta tan grande, nada dejen de hacer para disponerse bien á ella.

El intróito de la misa de este dia es el mas á propósito para excitar este celo. Hermanos mios, *regocijaos siempre en el Señor*, nos dice el sacerdote subiendo al altar, *otra vez os lo digo, regocijaos*, no con aquella alegría vana y tumultuosa que nace mas bien de los sentidos que del corazon, la cual no teniendo por principio mas que un bien vacío y aparente, está siempre acompañada de amargura, y ordinariamente seguida del arrepentimiento; regocijaos con una alegría verdaderamente cristiana, y por consiguiente humilde, modesta, y al mismo tiempo pura, sólida, real; con una alegría que no teniendo mas que á Dios por principio, es inalterable, llena el corazon, y satisface el alma. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres, brille vuestra alegría porque el Señor está cerca: en efecto, ¿qué motivo mas justo para una santa alegría? *Señor, Vos habeis derramado vuestras bendiciones sobre vuestra heredad*, continúa, *Vos habeis puesto fin á la cautividad de Jacob*, os habeis compadecido de vuestro pueblo, y habeis, por fin, escuchado sus votos. La Judea que en otro tiempo habíais tratado con tanta bondad, y que después habíais repudiado con horror, como una tierra manchada con los crímenes de sus habitantes, ha encontrado nuevamente gracia en vuestros ojos; Vos le habeis, al fin, enviado el Mesías. El Rey tanto tiempo esperado, el Señor tan deseado, el Salvador objeto de tantos votos, el cumplimiento de vuestras promesas va á aparecer; ¿qué motivo mas justo para hacer resaltar nuestra alegría? De este modo consuela é instruye en este dia á sus hijos la Iglesia en el principio de la misa.

Las palabras que acaban de citarse son tomadas de la Epístola que el apóstol san Pablo escribe á los Filipenses, por las cuales empieza la Epístola de este dia.

Habiendo san Pablo sido llamado de Dios á Macedonia, vino á Filipos, ciudad de aquella provincia, edificada por Filipo, el cual la dió su nombre. El santo Apóstol tan luego como llegó allí convirtió á una mercadera de púrpura, llamada Lydia. Esta conversion fue muy pronto seguida de otras muchas; y los fieles se aumentaron tanto

en tan poco tiempo, que alarmados los magistrados hicieron prender á san Pablo, y Silas su compañero, les hicieron azotar, y los enviaron á una prision. Durante la noche se sintió un temblor de tierra que conmovió hasta los fundamentos el lugar en que estaban. Se abrieron las puertas de la prision, y se rompieron las cadenas de los prisioneros. Habiendo acudido el alcaide, y creyendo que los presos se habian salvado, trató de atravesarse con su espada; pero san Pablo le aseguró, le convirtió, y habiéndole instruido le bautizó con toda su familia. Amanecido el dia, enviaron los magistrados á decir al alcaide que dejase ir á Pablo y á Silas; pero san Pablo les hizo decir que no se trataba de este modo á unos ciudadanos romanos. Vinieron los magistrados á la prision, dieron sus excusas, y les rogaron que saliesen de la ciudad. El santo Apóstol fué desde Filipos á Tesalónica; pero siempre profesó mucha ternura y mucha bondad á los Filipenses. Él mismo dice que se acordaba siempre de ellos en sus oraciones. Los Filipenses por su parte mostraron el reconocimiento mas vivo á san Pablo, y no dejaron de enviarle socorros á todos los lugares donde predicaba. Habiendo sabido que se hallaba en prisiones en Roma, rogaron á su obispo Epafrodito que le llevase algun socorro de dinero: y á la vuelta del santo Prelado fue cuando san Pablo escribió á los Filipenses la hermosa carta de donde está sacada la Epístola de este dia. Les llama *su alegría y su corona.* Este elogio hace mucho honor á aquellos fervorosos fieles; y después de haberles exhortado á perseverar en la fe, en el temor y amor del Señor, les recomienda que se regocijen sin cesar en nuestro Señor, y la razon que les da para ello es, dice él, que el Salvador está cerca. Este mismo es el motivo que le obliga á exhortarles á que tengan una modestia mas edificante y mas cristiana, entendiendo el santo Apóstol por la palabra modestia la práctica de todas las virtudes, de aquella caridad, de aquella dulzura, de aquella paciencia, de aquella mortificacion, tan propia para hacer que nos sea favorable la venida del Salvador. Ya que san Pablo diciendo á los Filipenses que el Señor está cerca, haya querido decir que el Señor está continuamente cerca de nosotros para asistirnos, ó que lo haya entendido por el aniversario de su nacimiento; todo cuanto dice en este capítulo contiene las disposiciones santas con que debe uno prepararse para aprovecharse de él. El recogimiento y la oracion acompañada siempre de acciones de gracias por sus beneficios, deben sernos familiares en este santo tiempo: la paz y la tranquilidad del corazon preparan el alma para las visitas celestiales. En medio del reposo de la noche es cuando llega

el Esposo divino, y no hay nada tan opuesto á las íntimas comunicaciones de Dios con el alma, como el tumulto del mundo y la disipacion del corazon. Esto es lo que hace decir al santo Apóstol: *Y la paz de Dios guarde vuestros corazones y vuestros entendimientos en Jesucristo.* Por esto recomienda tanto, principalmente durante el Adviento, el recogimiento y el retiro, en razon de que en la soledad es donde siempre habla Dios al corazon. Antiguamente no entraba ningun lego en el coro desde este tercer domingo hasta la vigilia de Navidad, porque se suponian los canónigos como en retiro, y se procuraba no distraerlos en la solemnidad del oficio del dia. Por lo demás, añade el mismo Apóstol en el propio capítulo de que se toma la Epístola de la misa, lo que debe ocupar vuestros pensamientos y vuestros deseos, sobre todo en este santo tiempo, es todo aquello que es conforme á la verdad, todo lo que es puro, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo cuanto es digno de nuestra estima y de nuestro amor, todo lo que da una buena reputacion, todo lo virtuoso, todo lo que es laudable en materia de disciplina y de conducta.

El Evangelio de este dia refiere el testimonio auténtico que san Juan da á los judíos de la venida del Mesías en la persona de Jesucristo. Habiendo elegido la Iglesia para el oficio de los domingos de Adviento todo lo que tiene mas relacion con su nacimiento; despues de haber anunciado en el Evangelio del domingo precedente las pruebas que da Jesucristo de su divinidad y de su mision á los discípulos de san Juan, en el Evangelio de este dia cita el testimonio que el mismo san Juan da de Jesucristo delante de los principales de la nacion, y á la presencia de todo el pueblo.

Habiéndose querido humillar el Salvador, hasta recibir el bautismo de penitencia que predicaba su precursor san Juan Bautista, se habia retirado al desierto para ayunar allí por espacio de cuarenta dias antes de manifestarse al mundo. Entre tanto san Juan predicaba á lo largo del Jordan con tan buen éxito y tanto fruto, que el pueblo dejaba las ciudades para ir á oir á este nuevo Predicador; y como si no bastasen los habitantes de Jerusalen para formar su auditorio, y darle discípulos, corrian en tropas para oirle de todas las comarcas de la Judea, principalmente de las orillas del Jordan, y muchos movidos de un verdadero dolor de sus culpas hacian delante de él una sincera confesion de ellas, y le pedian su bautismo. No habia nadie, hasta los mismos fariseos orgullosos, y los saduceos, gente sin ley y sin piedad, que no quisiese ser bautizado, y la reputacion del hombre de Dios hacia tanto ruido, que el gran Sanhedrin, que era el

gran consejo de los judíos, en el cual se decidian los negocios del Estado y de la Religion, le envió una diputacion célebre.

Los principales de entre los judíos sabian bien por los oráculos de sus Profetas, y sobre todo por el de las semanas tan célebres de Daniel, que el tiempo en que debia nacer el Mesías estaba próximo. Por otra parte veían que por donde quiera no se hablaba mas que de Juan Bautista; que este santo hombre presentaba virtudes mas divinas que humanas, y que en un cuerpo mortal parecia verse la impasibilidad de un Angel. Todo esto hacia que se inclinasen al parecer del pueblo, que tomaba al Precursor del Mesías por el Mesías mismo por tanto tiempo esperado, y tan ardientemente deseado de todo el pueblo. Sin embargo, como nada haya que sea mas incierto que un rumor popular, no creyeron que debian darle fe, sin haber antes enviado los sacerdotes y levitas al hombre de Dios, para saber de él quién era, qué cualidad tomaba, y en virtud de qué autorizacion predicaba la penitencia. Escogieron personas de este carácter, porque eran del cuerpo de los eclesiásticos, al cual únicamente pertenecia el examinar á aquellos que se ingerian á predicar y explicar públicamente la ley al pueblo.

Jerusalen, aquella ciudad tan célebre, vió entonces á los primeros de sus sacerdotes y de sus levitas salir con un grande acompañamiento, para ir á mas de veinte leguas de distancia, á informarse de las cualidades y de la mision del nuevo Profeta, sin pensar que iban á recibir el testimonio mas brillante de la venida del Mesías; dirigiendo la divina Providencia esta diputacion para enseñar á los judíos, y que nunca pudiesen dudar, que Jesucristo, á quien un dia habian de maltratar con tanto encarnizamiento, era verdaderamente el Mesías.

Encontraron los diputados á san Juan en las cercanías de Bethabara, que tambien se llamaba Bethania; era esta una ciudad situada de la otra parte del Jordan, distante cerca de veinte leguas de la aldea de Bethania. Predicaba san Juan de la parte de acá en una campiña á cielo raso. Allí formaba un gran número de discípulos para aquel á quien reconocia por su Señor, y todo su cuidado era el disponerlos, tanto por su doctrina y sus ejemplos, como por su bautismo, para recibir la ley de Jesucristo.

Allí fue donde los diputados del Sanhedrin le representaron cuánta estima y veneracion habia concebido hácia él el consejo; que la santidad de su vida daba á conocer bastantemente que él no era como el resto de los hombres; que en el concepto del pueblo pasaba ya por el Mesías, y que ellos mismos no estaban distantes de esta opinion,

puesto que las cosas que hacia les parecian superiores á las fuerzas humanas; pero que para la satisfaccion comun, y para mayor seguridad, querian saber de su propia boca quién era.

No dudó el santo hombre: negó firmemente ser el que ellos creian; y á fin de que no tomasen su respuesta por alguna tergiversacion de una humildad poco sincera, les dijo en términos formales, y les repitió muchas veces que de ningun modo era el Mesías; declaró altamente y sin rodeos que no era el Cristo. Por mas franca y mas precisa que fuese esta respuesta, los diputados no pudieron borrar de su imaginacion la idea que habian concebido de su mérito. Vínoles, pues, al pensamiento que si no era el Mesías, podia ser muy bien que fuese un nuevo Profeta, igual á los antiguos, ó á un Elías, puesto que vivia como él, á mas de que sabian que Elías no habia muerto, y que segun la profecía de Malaquías debia volver al tiempo de una de las dos venidas del Mesías, antes del gran dia del Señor. (*Malach.* IV). San Juan se afligia al ver que se hacia tanto caso de él, y que se le igualaba con los grandes Profetas. Cuanto mas se le daban testimonios de estimacion, mas él se abatia. No solo negó que fuese Elías, sino que añadió que ni aun era Profeta; queria sin duda dar á conocer á los doctores y á los sacerdotes lo que ignoraban y lo que les importaba saber; que el tiempo de los Profetas habia pasado; que él no venia, como sucedia antiguamente para prometerles el Mesías, sino para advertirles que el Mesías habia venido, y que estaba en medio de ellos, y para mostrarles con el dedo Aquel que sus padres no habian visto sino en confuso, y de muy léjos, por un espíritu de profecía. No pudiendo sacar de san Juan mas que respuestas negativas y que no les decia lo que era, sino lo que no era, le estrecharon para que les declarase lo que se debia pensar de él, cuál era el carácter en virtud del cual predicaba, y lo que debian responder á los que les habian enviado, para saber de él mismo en qué concepto debia tenérsele.

El Santo no pudo ya menos de satisfacer su curiosidad. Se manifestó á ellos, y les declaró con mucha modestia y candor, que era aquel de quien habia hablado Isaías, cuando viendo en espíritu al Mesías que debia venir, le parecia oir ya la voz de su Precursor en el desierto, la cual exhortaba á los pueblos á que se preparasen para su venida. Yo soy esta voz, les dice, que viene para preparar los caminos al Mesías, y disponer por la penitencia que predico, y por el Bautismo que administro, los corazones y los espíritus para recibir al que viene para salvarlos. Los fariseos mas celosos por mantener su

autoridad, que en procurar su salud, se picaron de esta respuesta, y replicaron con altanería: Si no eres, pues, ni el Cristo, ni Elías, ni Profeta, ¿por qué bautizas? San Juan que queria con su humildad abatir su orgullo, no les habla ni de su mision que habia recibido inmediatamente de Dios, ni del cargo eminente con que el cielo le habia honrado: se contenta con responderles para su instruccion, y la de todo el pueblo, que el agua de su bautismo no obraba sobre las llagas del alma, mas que como el agua comun obra sobre las llagas del cuerpo; que no las curaba, sino que únicamente servia para lavarlas, á fin de que estando limpias se las viese, y se hiciese alto sobre ellas; que aquel hombre divino á quien buscaban, y que verdaderamente era su Mesías, les conferiria bien pronto un nuevo Bautismo del cual el suyo no era mas que la sombra, un Bautismo que curaria todas las llagas de sus almas: que por lo que hacia á él, habia recibido de lo alto una gracia particular para descubrir á los hombres sus errores y sus vicios, pero que era incapaz de remediarlos; que todo lo que podia hacer, era exhortarles á que reconociesen á su verdadero médico, el único de quien debian esperar su curacion. Que por lo demás, no era necesario que fuesen á buscarle léjos, que estaba en su país, y en medio de ellos, que era de su nacion y de sangre real, conforme á lo que habian predicho de él los Profetas; que, á la verdad, todavía no le conocian, pero que sus maravillas, de que ellos mismos serian testigos, se le descubririan muy pronto. Por lo que hace á mí, añadió, yo le conozco, y he venido delante de él, á fin de anunciaros su venida; y si él viene después de mí, esto consiste en que él es el Señor, y envia á su siervo para que avise que vendrá muy pronto. Y ciertamente yo valgo bien poco en su presencia, ni aun merezco emplearme en los ministerios mas humildes de su servicio. Él lo puede todo, y yo no puedo nada; mi bautismo no dura mas que un cierto tiempo, y no tiene virtud alguna en comparacion del suyo, el cual será hasta el fin del mundo una fuente inagotable de gracias y de salud. Él no os lavará simplemente con el agua, sino que os bautizará en el Espíritu Santo, y este santificador descenderá sobre los que recibieren el nuevo Bautismo, se comunicará á ellos, les animará con su presencia, les fortificará con su gracia, les abrasará con aquel fuego divino, que produce efectos maravillosos en las almas santas. Verdaderamente el bautismo de san Juan no era mas que una preparacion para el de Jesucristo, disponia los pecadores por la penitencia y por las obras de justicia, para escuchar al Mesías, y recibir el perdon de sus pecados por el bautismo del Salvador. El

Santo llama á este bautismo un bautismo de fuego, y conferido por el Espíritu Santo; es decir, que no será una simple ablucion del cuerpo metido en el agua, sino que por la virtud del Sacramento, quedando el alma purificada de todas sus manchas, será inflamada é ilustrada por el Espíritu Santo. Sabemos que en el dia de Pentecostes descendió el Espíritu Santo sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego, y pudo san Juan haber aludido no solo al efecto del Sacramento, sino tambien á este símbolo.

Después de haber dado el santo Precursor este testimonio de la venida de Jesucristo á los diputados, continuó en todas las ocasiones que se le ofrecieron publicando el mérito, la santidad y la omnipotencia del Salvador del mundo. Viendo san Juan al otro dia á Jesús que venia á él: Hé aquí, exclamó, el Cordero de Dios; hé aquí el que borra los pecados del mundo. Este es de quien yo he dicho: Hé aquí viene después de mí un hombre que es antes que yo; si yo he venido para administrar un bautismo de agua, esto no es sino para que se le conozca en Israel. Yo he visto, añade, bajar del cielo el Espíritu Santo en forma de una paloma, y se ha colocado sobre él. Y el que me ha enviado para administrar un bautismo de agua, me ha dicho: Aquel sobre el cual verás descender y colocarse el Espíritu, ese es el que administra el bautismo del Espíritu Santo. *Esto es puntualmente lo que yo he visto, y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios.*

Nada podia convenir mejor al designio de la Iglesia que este Evangelio, tan propio para reanimar nuestra fe y excitar nuestro fervor, en un tiempo que tanto lo requiere para prepararnos á recibir dignamente aquel que los judíos no han querido reconocer. Inexcusables después del testimonio de san Juan Bautista, todavía mas criminales después de haber sido testigos de sus maravillas, los judíos rehusaron tenazmente recibir á Aquel que habian pedido con tanto ardor y esperado por tanto tiempo, y le hartaron de oprobios. Y ¿no seríamos nosotros tan culpables como aquellos impíos, y todavía mas ingratos que aquellos, si conociendo y confesando á Jesucristo por nuestro Salvador, no cuidásemos de disponernos con tiempo á recibirle con alegría, con empeño, con fervor, y por decirlo así, con dignidad el dia de su nacimiento?

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Aurem tuam, quaesumus, Domine, precibus nostris accommoda: et mentis nostrae tenebras gratia tuae visi-

Dignaos, Señor, escuchar favorablemente nuestras oraciones, y en estos dias de vuestro dichoso adveni-

tationis illustra. Qui vivis et regnas cum Deo Patre...

miento disipad las tinieblas de nuestro entendimiento con la luz de vuestra gracia. Vos que siendo Dios vivís y reinais con Dios Padre, etc.

La Epístola es de la carta del apóstol san Pablo á los Filipenses, capítulo IV, *vers. 4 á 7.*

Fratres: Gaudete in Domino semper: iterum dico, gaudete. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus: Dominus enim prope est. Nihil solliciti sitis: sed in omni oratione, et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestrae innotescant apud Deum. Et pax Dei, quae exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: Regocijaos siempre en el Señor; otra vez os lo digo, regocijaos. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres: el Señor está cerca. No tengais inquietud por nada; antes bien toda vez que os pusiéreis en oracion, y rogáreis al Señor, aparezcan vuestras peticiones delante de Dios con acciones de gracias. Y la paz de Dios que sobrepuja á todo lo que se puede pensar, sea la defensa de vuestros corazones y de vuestros entendimientos en Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

La paz de Dios que sobrepuja á todo lo que se puede pensar, sea la defensa de vuestros corazones y de vuestros entendimientos en Jesucristo. La paz interior tan dulce, tan satisfactoria, tan superior á los sentidos, que el mundo no puede gustar, y mucho menos dar, esta paz extranjera, desconocida del espíritu del mundo, esta paz no puede ser sino el fruto de la virtud perfecta. ¡Cosa extraña! Nosotros no estamos nunca en paz con nosotros mismos. La multiplicidad de deseos, de proyectos, de designios, prueba demasiado nuestra inquietud. Cuando nuestras pasiones no nos hiciesen la guerra, nuestro mismo corazon es el enemigo de nuestro reposo. Siempre insaciable, jamás está contento. El amor propio pretende hallar esta paz que el mundo no puede dar, pero sus mismas investigaciones aumentan la turbacion. No hay cosa alguna, ni aun el goce de los bienes que se han deseado con mas ardor, que no incomode, que no altere, y por consiguiente que no turbe nuestro reposo. El libertino, el hombre mundano, el impío, se esfuerza para hacer creer á los simples que está en paz; mientras que su espíritu está inquieto, y su corazon nada en la amargura. Recorred todas las condiciones, todas las edades, todos los estados; buscad en la opulencia, en la prosperidad mas floreciente, y hasta en el trono mismo, no hay hombre alguno

del mundo que goce de un contento cumplido, de una tranquilidad perfecta; la inquietud y la tribulacion son la pertenencia inenajenable del corazon humano. En el mundo se contrahace, se disimula lo que se sufre, lo que cada uno es; el primer presente y cuási el único que hace el mundo es la máscara; el disimulo caracteriza á los mas dichosos del siglo. Se rien, se regocijan, y no se ve en el mundo mas que unas fiestas tras de otras, todas á cual mas tumultuosas, porque no se trata propiamente hablando mas que de embotar sus desazones, entontecerse. Artificio grosero que solo sirve para sustraerse al conocimiento del público, mientras que la inquietud, la agitacion y la turbacion tiranizan el corazon de los mas regocijados. La guerra es doméstica, y ni aun admite treguas. Se entrega uno á sus pasiones, y se hace esclavo de ellas. No hay alegría alguna en el mundo que no sea superficial; ninguna flor, por decirlo así, que no sea artificial. *Paz, paz, y no habia paz.* No la hay sobre la tierra, ni puede haber otra que la paz de Dios, que acompaña siempre á la buena conciencia. Esta paz que sobrepuja á todo lo que se puede pensar es exclusivamente el fruto de la virtud. De aquí nace aquella tranquilidad pura, aquella dulzura inalterable, aquella alegría tan dulce, aquel recogimiento tan gozoso, aquella modestia tan edificante que forman el carácter de todos los buenos. No, no es el mal humor, el poco espíritu, la melancolía, ni una falta de educacion ó un natural brusco y salvaje, lo que aleja á las personas verdaderamente piadosas de las reuniones mundanas, de sus partidas de placer, de sus diversiones tumultuosas; mucho menos sus pretendidas manías ni su humor caprichoso lo que las hace amar el retiro; son estas ya unas calumnias muy antiguas y usadas con que el mundo zahiere á los buenos. Su modestia, su exacta regularidad, su alejamiento de todas las diversiones mundanas, son efecto de su virtud y del contento interior de que gozan. Su corazon gusta de una paz que satisface, y no cuidan mas que de no turbarla. Solo la experiencia puede hacer comprender este misterio; es preciso gustar las dulzuras de esta paz interior para tener una justa idea de ella. *Gustad y ved*, dice el Profeta: haced la dichosa experiencia de ella, y después podréis juzgar con seguridad de lo que ella es.

El Evangelio de la Misa es de san Juan, capítulo I, *vers. 19 á 28.*

In illo tempore: Miserunt judaei ab Jerosolymis sacerdotes et levitas ad Joannem, ut interrogarent eum: Tu quis es? Et confessus est, et non ne-

En aquel tiempo: Los judíos de Jerusalen enviaron sacerdotes y levitas para que preguntasen á Juan: ¿Quién eres? Él lo confesó, y no negó; y lo

gavit: et confessus est, Quia non sum ego Christus. Et interrogaverunt eum: Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: Non sum. Propheta es tu? Et respondit: Non. Dixerunt ergo ei: Quis es, ut responsum demus his, qui miserunt nos? Quid dicis de te ipso? Ait: Ego vox clamantis in deserto: Dirigite viam Domini, sicut dixit Isaias propheta. Et qui missi fuerant, erant ex pharisaeis. Et interrogaverunt eum, et dixerunt ei: Quid ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elias, neque propheta? Respondit eis Joannes, dicens: Ego baptizo in aqua: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est: cujus ego non sum dignus, ut solvam ejus corrigiam calceamenti. Haec in Bethania facta sunt trans Jordanem, ubi erat Joannes baptizans.

volvió á confesar: Yo no soy el Cristo. ¿Quién eres, pues, le preguntaron? ¿eres Elías? No: dijo él. ¿Eres profeta? No: les respondió. Oyendo esto, le dijeron: Dínos, pues quién eres, para que podamos responder á los que nos han enviado; ¿qué es lo que dices de tí mismo? Entonces les respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Ordenad el camino del Señor, como lo ha dicho el profeta Isaías. Y los que habian sido enviados eran de la secta de los fariseos. Entonces le hicieron una nueva pregunta: ¿Por qué bautizas, le dijeron, si no eres ni el Cristo, ni Elías, ni profeta? Juan les respondió, diciéndoles: Yo no administro mas que un bautísmo de agua; pero hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conoceis. Este es el que debe venir después de mí, que es antes que yo, y del que yo no soy digno de desatar la correa de su calzado. Estas cosas pasaron en Bethania del otro lado del Jordan, en donde bautizaba Juan.

MEDITACION.

Cuán poco conocido es Jesucristo, y cuán poco amado de aquellos mismos que le conocen.

Punto primero.—Considera con cuánta razon podria decirse á muchos cristianos, lo que san Juan decia á los judíos: *Jesucristo nuestro Señor está en medio de vosotros, y vosotros no le conoceis.* Si le conociéseis no le tendríais tan poco amor, tan poca aficion, tan poco respeto, tan poco reconocimiento. ¡Qué desgracia para los judíos el no haber conocido á su legítimo Rey, su soberano Señor, su Redentor, su Mesías! el Mesías tan ardientemente deseado y esperado por tanto tiempo; estando tan claramente marcado el tiempo de su venida, y viéndose el cumplimiento de las profecías que le habian anunciado en su doctrina y en sus milagros. No es menor la desgracia de los Cristianos en no conocer á Jesucristo sino con una fe débil, lánguida y medio extinguida, una fe cuási muerta; que luce lo que basta para hacernos inexcusables, pero que no obra lo necesario para hacernos verdaderos cristianos. Jesucristo está realmente en medio

de nosotros en el adorable sacramento de la Eucaristía; y ¿se conoce á Jesucristo bajo estos velos? Grandes del mundo, ¿le conoceis vosotros? vosotros que castigais tan rigorosamente las menores faltas que se cometen contra el respeto que se os debe, mientras que sois tan insensibles á los ultrajes que se hacen al Señor soberano, á quien haceis profesion de conocer. Pueblos ¿conoceis vosotros á este Dios, á este Salvador que está en medio de vosotros? vosotros que sois tan frecuentes cerca de aquellos de quienes esperais alguna gracia, y tan respetuosos, tan comedidos en la presencia de los que temeis, mientras que no teneis respeto alguno en la iglesia, ni encontrais nunca un momento desocupado para venir á ofrecer vuestros homenajes á Jesucristo sobre nuestros altares. Los ministros del Señor, las personas consagradas á Dios por profesion y por estado conocen á Jesucristo; porque al fin, las funciones ordinarias del sagrado ministerio, los empeños tan solemnes y tan perfectos, la vida reglada y austera, todo esto prueba bastante que, por lo menos de esta porcion escogida y privilegiada del pequeño rebaño, no es desconocido Jesucristo; pero ¿corresponden á este conocimiento su aficion, su celo, su amor á Jesucristo? ¡Ah! y ¡con qué frialdad, acaso, se cumple todo esto! Hay poco empeño en hacer la corte á Jesucristo, se le mira con indiferencia, no se tiene confianza en él, porque no se le conoce sino imperfectamente; y si se ha de juzgar por los efectos y por la esterilidad de este infructuoso conocimiento, ¿podemos razonablemente lisonjearnos de que conocemos verdaderamente á Jesucristo?

Punto segundo.—Considera cuán poco amado es este amable Salvador de aquellos mismos de quienes es conocido. Representémonos aquí solo aquellas personas cristianas que haciendo profesion de conocer á Jesucristo, no ignoran ni lo que es, ni lo que ha hecho para ganar nuestro corazon, ni lo que está en estado de hacer en favor nuestro. Aquellas personas que perfectamente instruidas de todos nuestros misterios, no olvidan los señalados beneficios de la Redencion y de la Eucaristía, y admiran sin cesar la humildad de su encarnacion, la pobreza de su nacimiento, la oscuridad de la mayor parte de su vida mortal, las maravillas incomprensibles de la adorable Eucaristía, las humillaciones y sufrimientos de la pasion y la ignominia de su muerte, y que todo esto lo ha obrado por la salud de los hombres; estas personas, repito, ¿aman fervorosamente á Jesucristo? ¿corresponde su amor á la idea que deben tener de la excelencia y de la majestad del Salvador? ¿corresponde su amor á sus

beneficios? ¿corresponde al amor que él nos tiene? ¿corresponde al espíritu de nuestra Religion? y sin consultar mas que á la razon, nuestro amor á Jesucristo ¿corresponde á los bienes que nos ha hecho? ¿á los que recibimos de él todos los dias? ¿á los que esperamos en el tiempo y en la eternidad? ¿á los que estamos recibiendo á todas horas? Conocer á Jesucristo, y creer que está continuamente con nosotros sobre nuestros altares; y no tener, ni aquel empeño que se tiene por llenar los deberes contraidos con los grandes de quienes se espera todo, y no tener incesantemente presente en el entendimiento un objeto de que el corazon debe estar tan ocupado, y no aprovechar todas las ocasiones de agradar á Aquel que es el árbitro de nuestra suerte eterna; hé aquí un misterio de iniquidad incomprensible. Desgraciadamente lo demuestra una experiencia bien triste. Cuando se ama á Jesucristo, agrada todo lo que procede de él; se tienen en la memoria sus máximas, y ¡qué impresion no hacen en el alma sus ejemplos! Consultemos los sentimientos y toda la conducta de los Santos. Ellos han amado á Jesucristo: ¿qué fidelidad no han tenido todos ellos en conformarse con este divino modelo? ¡Qué transportes de amor por este Salvádor amable! ¡qué continuacion en hacerle la corte! ¡qué alejamiento de todo lo que él ha mirado con horror! ¡qué ansia por las humillaciones y los sufrimientos! Tales son las pruebas del amor y de la ternura que se tiene á Jesucristo. ¿Nos ofrece nuestra vida muchas de ellas? ¿por estas señales reconocemos en nosotros un grande amor al Salvador? Tenemos, es verdad, con frecuencia en la boca los nombres de Jesús y de María; pero son señales estériles, si estos santos nombres no están profundamente grabados en el corazon. Todo nos conduce en el tiempo de Adviento á excitar amor, á abrasar nuestros corazones en este amor, á amar á Jesucristo con ternura. No hay disposicion mas propia para recibir dignamente este divino Salvador en el dia de su nacimiento, que este amor divino.

No, Señor, nosotros no os conocemos. Yo confieso que hasta aquí no os he conocido, puesto que os he amado tan poco; pero yo espero que mi porte con Vos hará ver de hoy en adelante que comienzo de veras á conoceros, puesto que comenzaré verdaderamente á amaros.

JACULATORIAS.—Señor, aumentad mi fe, á fin de que os conozca mejor que lo he hecho hasta aquí. (*Luc.* XVII).

Yo os amaré, Señor, á Vos que sois toda mi fuerza, mi refugio y mi Salvador. (*Ps.* XVII).

PROPÓSITOS.

1 Amamos poco á Jesucristo, porque le conocemos poco. No tenemos mas que una fe débil, vacilante y medio extinguida; y ¿podríamos con una fe semejante amar á Jesucristo con ternura y con ardor? No se ignora lo que él es, se sabe lo que puede, no se ha olvidado lo que ha hecho en nuestro favor; mas estos conocimientos deben ser muy imperfectos, puesto que producen tan poco reconocimiento y tan poco amor. Aplicaos sobre todo en este santo tiempo, singularmente consagrado á celebrar su venida al mundo, aplicaos á conocer y á amar á este divino Salvador. Considerad lo que es, y lo que viene á hacer sobre la tierra. Cuál es el motivo de su venida, esto es, de su encarnacion, de su nacimiento. Representaos su vida y su muerte; recordad en vuestro entendimiento todas sus maravillas y sobre todo su amor á nosotros, y preguntaos luego si este Dios hecho hombre por salvar á los hombres merece ser amado por nosotros. Sea este el asunto ordinario de vuestras meditaciones durante este santo tiempo. Decidle muchas veces á este divino Salvador con fervor como san Agustin: *Haced, Señor, que yo os conozca, y que me conozca á mí mismo.* ¡Qué confusion, buen Dios, y qué sentimiento no debo yo tener por haberos amado tan poco, divino Salvador mio!

2 Poco importaria el que tuviésemos este sentimiento, si nuestra conducta no testificase nuestro amor. Probémosle desde hoy que le amamos por la resolucion que debemos tomar, de que no pase dia alguno de nuestra vida, si puede ser, sin hacerle una visita en el santísimo Sacramento. Probémoselo por nuestra caridad con los pobres; todos los bienes que les hiciéremos, los hacemos á Jesucristo: *Mihi fecistis.* Visitad por tanto á los pobres enfermos en los hospitales, y á los pobres vergonzantes en sus casas particulares. Visitad á los presos al menos una vez en la semana, y repartid limosnas entre los unos y los otros; esta caridad será una prueba de vuestro amor. Recibid á menudo á Jesucristo en la adorable Eucaristía; comulgad con mas frecuencia que lo ordinario durante el Adviento, y hacedlo cada vez con nuevo fervor. Es una práctica de piedad muy útil el rezar todos los dias, sobre todo en este santo tiempo, las letanías del santo nombre de Jesús [1] y las de la Vírgen. En fin, no omitais nada para amar con fervor y con ternura á este divino Salvador, y á la que ha sido destinada para ser su Madre.

[1] En España no se usan estas letanías del nombre de Jesús.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

El cuarto domingo de Adviento, que tambien se llamaba el primero antes de Navidad, debe excitar tanto mas nuestro fervor y nuestra devocion, cuanto mas cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro celo. Con este espíritu y con este fin ha dispuesto la Iglesia que preceda á este domingo el ayuno de las cuatro témporas, esto es, el ayuno del miércoles, del viernes y del sábado precedentes.

Llámanse cuatro témporas los ayunos que prescribe la Iglesia de tres en tres meses, el miércoles, el viernes y sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año por la penitencia de algunos dias de ayuno; para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, para darle gracias por los que ya ha concedido, y para obtener de él el que provea á la Iglesia en este tiempo en que se hacen las órdenes de ministros santos. Conociendo la Iglesia la flaqueza de sus hijos, ha querido darles á entender que no hay tiempo alguno en todo el curso del año en que les sea permitido relajarse ó interrumpir el ejercicio de la penitencia, porque en todo tiempo hay necesidad de purificar el alma con el uso frecuente de los Sacramentos, con la oracion y con el ayuno: y esto es lo que ha movido á determinar tres dias de ayuno en cada una de las cuatro estaciones del año, los cuales se llaman las cuatro témporas. San Leon dice que esta observancia se ha fijado á las cuatro témporas ó estaciones, á fin de que esta sucesion continua de tiempo con el círculo del año nos enseñase que continuamente teníamos necesidad de purificarnos, y que siempre debemos esforzarnos para borrar por medio de los ayunos y las limosnas las manchas que cuási incesantemente contraemos durante la vida por la fragilidad de la carne.

Acaso no hay observancia que sea mas antigua en la Iglesia que la de las cuatro témporas, puesto que, segun el mismo Santo, viene hasta nosotros desde los mismos Apóstoles. En el Antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos á ciertos meses del año. *Hé aquí lo que dice el Dios de los ejércitos*, dice el profeta Zacarías: *Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo, y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de regocijo y alegría, y en fiestas solemnes.* San Leon cree que estos ayunos, lo mismo que algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas y útiles que los Apóstoles han querido conservar de la antigua ley para el uso de la

Iglesia, pero por motivos mucho mas espirituales y mas perfectos que los del Antiguo Testamento. Lo que en la ley antigua no era mas que una simple figura, continúa el mismo santo Pontífice, ha cesado por la realidad en la ley nueva; mas en cuanto á los ayunos, como que nos son demasiado necesarios y sobremanera útiles, jamás ha pensado la Iglesia que cesasen. Añade que la Iglesia conducida y dirigida por el Espíritu Santo, ha distribuido de tal modo el ayuno en las cuatro estaciones del año, á saber, las cuatro témporas de primavera en Cuaresma; las del estío en la octava de Pentecostes; las de otoño en el mes de setiembre; y las de invierno en el décimo mes, que todas ellas se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios de la misa de estos tres dias de cuatro témporas de Adviento son particulares y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del miércoles de cuatro témporas se leen siempre dos Epístolas, para dar á conocer, dice Alcuino, á los que deben ser examinados en este dia, para recibir las órdenes el sábado siguiente, que deben tener un gran conocimiento de la santa Escritura. Las dos Epístolas que se leen en la misa del miércoles de la tercera semana de Adviento, son tomadas del segundo y del séptimo capítulo de Isaías, en donde el Profeta habla claramente de la venida del Mesías, y de las grandes ventajas que con él deben venir á los hombres; y en las que predice que una Vírgen será la Madre de este Salvador. El Evangelio que sigue á estas dos Epístolas contiene la historia de la Anunciacion del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel san Gabriel á la santísima Vírgen, segun que la refiere san Lucas. La Epístola de la misa del viernes siguiente se toma de la misma profecía de Isaías, donde predice que saldrá un vástago de la estirpe de Jessé, padre de David; que se levantará una flor de su raíz; y que el Espíritu del Señor reposará sobre ella. El Evangelio del dia es lo que sigue al del miércoles precedente, donde san Lucas describe la visita que la santísima Vírgen fué á hacer en las montañas de Judea á su parienta Isabel, embarazada de san Juan pocos dias después de haberla dejado á ella el Ángel, después de haber obtenido su consentimiento para la Encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del sábado de las cuatro témporas, que se llama tambien el sábado de las doce lecciones, porque antiguamente se acostumbraba en Roma leer en griego y en latin las seis lecciones que todavía hoy leemos en esta misa, las primeras en gracia de los griegos que asistian al oficio, y que habia en gran número en Roma, y las segundas para los latinos; se las contaba como doce lecciones, porque cada una

se leia dos veces en diferentes lenguas: todavía hoy, he dicho, se leen las seis lecciones latinas en la misa de este sábado: las cuatro primeras son tomadas de Isaías, cuya profecía no es propiamente mas que la historia profética del Salvador. La Iglesia ha creido mas conveniente tambien el componer los oficios del Adviento del libro de este Profeta. La quinta Epístola es tomada del profeta Daniel, comun á todos los sábados de las cuatro témporas, en la que se refiere la maravilla de los tres niños del horno de Babilonia. La sexta es de la Epístola de san Pablo á los fieles de Tesalónica. *Os rogamos, hermanos mios*, les dice, por Jesucristo nuestro Señor que debe venir, *y por la reunion que debe haber entre él y nosotros, que no os dejeis fácilmente arrastrar á creer de otro modo* que creeis. Aunque el Apóstol en este pasaje habla de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia le aplica á la primera para despertar la fe de los fieles. El Evangelio del sábado de estas témporas se reduce á la predicacion de san Juan, que comenzaba á ejercer sus funciones de precursor, ángel, ó enviado de Dios, para preparar los caminos, y disponer los ánimos á recibir al Mesías.

La misa de este cuarto domingo de Adviento no es, hablando con propiedad, mas que una viva expresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador, y conducir á todos los fieles á que celebren con dignidad y con fruto el dia de su nacimiento. Ella exclama con el Profeta en el intróito de la misa: *Cielos, enviad el rocío de lo alto, y tambien las nubes al justo, como una lluvia saludable. Ábrase la tierra, y veamos aparecer al Salvador como vemos salir el tronco de su gérmen.* Estas palabras indican el transporte y la impaciencia de los Profetas y de los justos del Antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La Epístola que se lee en la misa es tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, y mira á los ministros de Jesucristo, que son los dispensadores de los misterios de Dios, y los pastores de las almas. El Apóstol les exhorta en ella á que no hagan consistir su habilidad y su mérito en la doctrina, ni en el arte de bien hablar; sino en ser fieles en su ministerio, y en sostener la dignidad de su empleo por la regularidad y la santidad de su vida. La Iglesia después de haber exhortado á todos sus hijos á que se dispongan por la penitencia y la piedad para la venida del Salvador, se dirige en especial este dia, á los ministros sagrados, y les exhorta á que se distingan del resto de los fieles por su virtud, tanto como se diferencian por su carácter; y á que, ya que deben presentar al Salvador

que nace los votos del pueblo en cualidad de ministros de Jesucristo, y sus primeros oficiales, nada omitan á fin de hacerse ellos mismos mas agradables á sus ojos en las funciones sagradas de su ministerio.

El Evangelio es el mismo que el del sábado precedente. Contiene la historia de la predicacion de san Juan Bautista, y de la primera funcion que desempeña en cualidad de precursor del Salvador, como lo cuenta san Lucas. El Hijo de Dios, esta verdadera luz que ilustra á todo el que viene á este mundo, habia permanecido incógnito en Nazaret, y como oculto en la oscuridad de una vida privada, cuando Juan Bautista salió del desierto para prepararle los caminos; semejante á la aurora que precede al sol, y que da principio al dia, no era él mismo la luz, pero estaba para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en la soledad, en el ejercicio de la penitencia mas rigorosa, sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. Se presentó, por fin, delante del pueblo de Israel á los treinta años de su edad, y el veinte y nueve de la de Jesús, que era el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fue cuando el primer heraldo del Salvador, este hombre nacido por milagro, este admirable solitario, oculto en el fondo de su desierto, recibió órden para que empezase á desempeñar su encargo.

El reino que Herodes Ascalonita habia poseido enteramente, estaba entonces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable, que era el de Judea, habiendo quedado sometido al imperio romano, después del destierro de Arquelao, no hacia mas que una parte de la provincia de Siria. Fue este gobernado por Poncio Pilato, á quien los judíos daban el título de presidente, no obstante que los romanos no le diesen mas que á los gobernadores en jefe; mas su gobierno era subalterno y dependia del de Siria, de suerte que no le tenia mas que como agente, ó por hablar segun el uso de los romanos, como procurador de César: *Procurante Pontio Pilato Judaeam*. Los otros tres tenian sus príncipes particulares que se llamaban simplemente tetrarcas, que segun su etimología, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un grande Estado; pero se daba ordinariamente este nombre á aquellos príncipes pequeños que gobernaban con una autoridad soberana; y los Evangelistas dan tambien alguna vez á Herodes, tetrarca de la Galilea, el nombre de rey que los romanos le habian permitido tomar. Este Herodes era hijo del primer Herodes llamado el Grande, y poseia la Galilea, que era una parte de la Palestina, en los confines de la Samaria. Filipo su

hermano reinaba del mismo modo en la Iturea y la Traconitis hácia el Septentrion; era esta una provincia situada hácia el nacimiento del Jordan, la cual habia hecho parte de la Siria. En fin, un tal Lisanias, descendiente acaso de aquel otro Lisanias, que Marco Antonio habia hecho rey de los itureos, mandaba en un trozo de la Celesiria, que se llamaba Abilina, entre el Líbano y el Antilíbano. Por lo que mira á la Religion, como los romanos eran los señores de todo este Estado conquistado, y como poseian la capital donde estaban el templo y la silla del gran sacerdote, es probable que disponian ellos á su gusto de las dignidades eclesiásticas; y que queriendo contentar la ambicion desmesurada de Anás y de Caifás, los cuales pretendian uno y otro el pontificado, habian establecido la alternativa entre estos dos concurrentes, de los que el uno era suegro del otro, de modo que lo ejercian sucesivamente durante un año, lo cual se infiere por lo que dice el apóstol san Juan en el Evangelio, que Caifás era gran sacerdote el año que Jesucristo murió. Era una época tan importante y tan distinguida la venida del Mesías, que se necesitaba no menos que un pormenor tan preciso de todas las circunstancias del tiempo, en el que se encontraba cumplido todo lo que los Profetas habian predicho tocante á la venida del Mesías y de su Precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en la Religion y en el Estado fue cuando se vió aparecer el Precursor del Mesías, á quien los Profetas habian llamado el Angel de Dios, este hombre santificado en el vientre de su madre, y cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Porque su vestido era un áspero cilicio, hecho de pelo de camello, que traia atado al rededor de los lomos, con un cinturon de cuero, con lo cual condenaba la delicadeza y el lujo. Por todo su alimento no tomaba mas que langostas sin condimento ni compostura, alimento muy comun entre los pobres en la Palestina, y miel silvestre de mal gusto, que hallaba en las aberturas de las rocas, y en los huecos de algunos árboles. Su habitacion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalen, y de allí era de donde salia para allanar los caminos al Señor; esto es, para preparar los espíritus y los corazones á la venida del Salvador, predicando la penitencia con sus ejemplos y con sus palabras. Era él aquella voz poderosa que, segun Isaías, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos para que se dispusiesen para la venida de su Rey y de su Redentor. *La voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor,* exclamaba el profeta Isaías, viendo ya desde entonces al santo Precursor que, por tanto, se llama á sí mismo la voz del que

clama en el desierto. Él es en efecto el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que le recibiesen como á su Salvador, y demostrándoles que él era el Mesías. Nada hay tan claro, nada tan preciso, como lo que dice el Profeta en este pasaje con respecto á la venida del Salvador del mundo. Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice tu Dios. El Profeta en este capítulo y en los siguientes nos describe la felicidad de los israelitas después de la vuelta de la gran cautividad de Babilonia; sin embargo no es este el objeto que mas le ocupa. La venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia, la vocacion de los gentiles á la fe son sus miras principales. San Lucas fija el verdadero sentido refiriendo las palabras del Profeta con motivo del santo Precursor: *Hablad al corazon de Jerusalen y decidle: que sus males se han acabado, que sus iniquidades le han sido perdonadas. Dios, va por fin, á enviaros un Salvador;* yo oigo ya la voz de su Precursor, continúa Isaías, que clama en el desierto, como su heraldo que anuncia su venida, y que dice: preparadle los caminos para que entre en vuestro corazon, reformando vuestras costumbres, y rectificando vuestra conducta por la penitencia. Allánense todas las montañas, llénense todos los valles, enderécense todos los caminos torcidos, hágase practicable todo lo que está extraviado, áspero, escarpado. Es decir, que las almas tímidas tomen confianza, que las almas terrenas y materiales dejen de andar arrastrando por la tierra, y de hoy en adelante se eleven sobre todo lo que llena los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille por la penitencia; en fin, que reine en todas partes la inocencia; y entonces todo hombre verá la salud enviada por Dios. El texto dice, que *todos los valles serán exaltados y las montañas humilladas,* lo que en el sentido moral significa que el Salvador venia á humillar el orgullo del mundo, y confundir toda su falsa sabiduría, eligiendo para fundar su Iglesia hombres simples, pobres é ignorantes, y la muerte misma en la cruz para salvar á los hombres. *Dios ha escogido lo que es flaco en el concepto del mundo para confundir lo que hay de mas fuerte en él,* dice san Pablo. La salud se ha ofrecido á todos los hombres, puesto que Jesucristo se ha encarnado, ha nacido, y ha muerto por la salvacion de todos los hombres; pero ¡cuántos rehusan la salud, ó Dios mio, que vuestra bondad les presenta! ¡Oh, y cuán digno es de vuestra cólera el que desprecia vuestras bondades! Al paso que se acerca la fiesta de la Natividad, la Iglesia redobla sus convites y sus exhortaciones para mover á los fieles á que redoblen su cuidado y su fervor para ponerse en estado

de recibir con santas disposiciones el Salvador de nuestras almas, sin las cuales nada importa celebrar su nacimiento, ni se tiene parte en sus dones.

La Oracion de la Misa del dia es como sigue:

Excita, quaesumus, Domine, potentiam tuam, et veni, et magna nobis virtute succurre: ut per auxilium gratiae tuae, quod nostra peccata praepediunt, indulgentia tuae propitiationis acceleret. Qui vivis et regnas cum Deo Patre...

Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid, os suplicamos, y socorrednos con vuestra fortaleza omnipotente, á fin de que vuestra misericordia infinita se apresure á darnos por vuestra gracia el auxilio de que nos hacen mas y mas indignos nuestros pecados. Vos que siendo Dios vivís y reinais con Dios Padre, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo IV.

Fratres: Sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quaeritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur. Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die: sed neque meipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum: sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est. Itaque nolite ante tempus judicare, quoadusque veniat Dominus: qui et illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium: et tunc laus erit unicuique à Deo.

Hermanos mios: Cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Se pregunta ya si entre los dispensadores se halla alguno que sea fiel. Por lo que hace á mí, no me da gran cuidado el ser juzgado por vosotros, ó por el discernimiento de los hombres; ni yo tampoco me juzgo á mí mismo. De nada, pues, me reconozco culpable; sin embargo no me justifico por esto; mas el Señor es el que me juzga. Así que, hermanos mios, no juzgueis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas, y manifestará los secretos de los corazones, y entonces se dará á cada uno la alabanza que merezca por Dios mismo.

REFLEXIONES.

Cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Recuerden siempre á los fieles unos títulos tan gloriosos el respeto y la sumision que deben á aquellos á quienes Dios ha honrado con su sagrado ministerio; pero que no olviden estos nunca la humildad y la bondad con que deben servir á los fieles, en cuyo favor han sido honrados con el ministerio santo. ¡Buen Dios! ¡qué puras y qué fieles deben ser las manos que dispensan los sagrados misterios! ¡qué pureza de costumbres, qué in-

tegridad de conducta, qué tesoro de ciencia y de sabiduría, qué santidad no exige este carácter augusto de los que le han recibido! Se trata de sostener los intereses de Dios y de los hombres, de conciliar los derechos de su justicia y de su majestad, con los de su amor y de su misericordia. Se trata de la sangre de un Dios; temamos profanarla, dispensándola á pecadores impenitentes: pero es la sangre de un Dios muerto por los pecadores; temblemos cerrar estas fuentes saludables á los que quieren lavarse en ellas. Las personas consagradas al santo ministerio son unos ecónomos, cuya primera virtud es la fidelidad: fidelidad á Jesucristo, para no procurar mas que sus intereses; fidelidad á la Iglesia, para trabajar á sus órdenes con celo y sumision; fidelidad á los pobres, para administrar su patrimonio con sabia economía; fidelidad á todos los fieles, para edificarles é instruirles. Sean todos los ministros de Jesucristo santos, como deben serlo, y muy pronto quedará el mundo reformado. De nada me conozco culpable, decia san Pablo, y sin embargo de esto no me justifico. Un Apóstol á quien nada reprende la conciencia, no se atreve todavía á creerse justificado; ¿qué es, pues, lo que nos asegura y nos tranquiliza? ¿Será nuestra inocencia, ó nuestra penitencia? ¡Ah! quién sabe si nuestra tranquilidad es hija de aquella calma engañadora que da una falsa conciencia: no se teme cuando con frecuencia todo hace temblar. No se teme porque no se ve el peligro; pero ¿está por eso mas léjos el precipicio? Temamos si hemos tenido la desgracia de ofender á Dios; aun cuando hubiésemos lavado los pecados con las lágrimas de la penitencia, temblemos todavía, y no cesemos de exclamar con David: Señor, purificadme de los pecados que no conozco. Tres juicios tenemos que sufrir; el juicio de este mundo, que debemos despreciar; el juicio de la conciencia, que nos hemos de guardar de corromper; el juicio de Dios, que siempre debemos temer, y para el que nos interesa prepararnos.

El Evangelio de la Misa es de san Lucas, capítulo III.

Anno quintodecimo imperii Tiberii Caesaris, procurante Pontio Pilato Judaeam, tetrarcha autem Galilaeae Herode, Philippo autem fratre ejus tetrarcha Ituraeae, et Trachonitidis regionis, et Lysania Abilinae tetrarcha, sub principibus sacerdotum Anna et Caipha: factum est verbum Domini super Joannem, Zachariae filium, in deserto. Et venit in omnem

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato; tetrarca de Galilea Herodes; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea, y del país de la Traconitis; y Lisanias, tetrarca de la comarca de Abilinia; en el pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el país que está

regionem Jordanis praedicans baptismum poenitentiae in remissionem peccatorum: sicut scriptum est in libro sermonum Isaiae prophetae: Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus: omnis vallis implebitur: et omnis mons, et collis humiliabitur: et erunt prava in directa, et aspera in vias planas: et videbit omnis caro salutare Dei.

á la larga del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías profeta: La voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, hacedle sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles, y se abatirán todas las montañas y todas las colinas; lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso se hará un camino llano, y toda carne verá la salud que viene de Dios.

MEDITACION.

Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador.

Punto primero.—Considera cuáles han sido en todo el tiempo del Antiguo Testamento los deseos ardientes y los votos de todos los santos Patriarcas, de los Profetas, de los justos por la venida del Redentor: le llaman, le invitan á que venga, le ruegan con empeño, con transportes, con votos llenos de entusiasmo. Os suplicamos, Señor, que envieis cuanto antes al que debeis enviar para salvarnos. Venid, Señor, como nos lo habeis prometido. Apresuraos, Señor, á venir, y no lo difirais por mas tiempo. Ó cielos, haced que descienda de lo alto el Salvador á manera de una lluvia. Ábrase la tierra para producir al Salvador. No se retrase, Señor, el veros, ni nos aflijais mas con una dilacion tan larga. ¡Oh si os dignáseis abrir los cielos, y descender de ellos para rescatarnos! Así daban á entender los Santos del Antiguo Testamento el ardiente deseo que tenian de la venida del Salvador del mundo. La Iglesia no habla con menos énfasis: se aprovecha tambien de sus expresiones, y sus votos son todavía mas ardientes que los suyos. ¡Cuáles, pues, deben ser los nuestros! toda nuestra dicha está en Jesucristo, nuestra salud eterna depende de su venida, ¿con qué ansia no espera un esclavo á su libertador? cuanto mas pesados son sus hierros, cuanto mas dura es su esclavitud, mas se aumenta el deseo de su libertad. No cesa de preguntar cuándo debe llegar su libertador: se le señala el tiempo; y cuenta sin cesar todas las horas, todos los momentos: mas ¡cuál es su alegría, cuáles sus transportes, cuando sabe que se acerca su Salvador! sus deseos crecen con su conato, y nada le ocupa ya sino el dia de su libertad. Se le dice que no faltan ya mas que tres dias, que medio dia. ¡Buen Dios! ¡qué ardor! ¡qué santa impaciencia! ¿De qué na-

ce que nosotros no experimentemos la misma ansia, los mismos deseos, la misma santa impaciencia? Dentro de seis dias, dentro de tres dias, dentro de algunas horas, vuelve á venir el aniversario del dia afortunado del nacimiento del Salvador; ¿cómo es que no hacemos semejantes votos? ¿Por qué no importunamos al Señor con iguales demandas? La Iglesia, nuestra buena madre, nos da el ejemplo; ¿por qué no la imitamos? Esto consiste en que nos falta la fe y el deseo verdadero de nuestra salud.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nuestros deseos siguen siempre á nuestras ideas; no deseamos mucho lo que estimamos poco. ¿Comprendemos bien las consecuencias de esta verdad experimental? Nos fatigamos poco por ver llegar el dia del nacimiento del Salvador, y esto consiste en que le conocemos poco, en que nos interesa y nos conmueve poco el exceso de su amor; que no tenemos mas que una idea muy débil de las ventajas de su venida; que nos agrada el estado triste de error, de servidumbre, de pecado en que estamos; que amamos al mundo, cuyo espíritu viene á destruir, y cuyas máximas debe condenar el Salvador; que no tenemos gana de mudar de señor; por fin, que nuestra salud nos toca muy poco al corazon. Hé aquí la causa funesta de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia. Conocemos poco al Salvador, lo que es, lo que puede, lo que merece; y todavía nos conocemos menos á nosotros mismos, lo que somos, lo que merecemos por nuestros pecados, lo que debemos esperar de la justicia divina. ¡Cosa extraña! Desterrados en un valle de lágrimas, esclavos de un tirano, principio de todos nuestros males tanto en esta vida como en la otra; arrojados de nuestra patria celestial, ni aun nos dignamos pensar en Aquel que es el único que puede ponernos en libertad, librándonos de todas nuestras miserias. Nosotros esperamos, en verdad su venida; pero ¡con qué indiferencia, y aun con qué disgusto! La Iglesia hace tres semanas nos exhorta, nos estrecha á que nos regocijemos y pongamos en él nuestra confianza, anunciándonos su venida: el dia de su nacimiento está determinado, nosotros sabemos que está cerca. Él viene para poner fin á este destierro: viene para sacarnos de esta espantosa servidumbre; y ¿cuáles son nuestros conatos, ó qué es lo que hacemos para prepararnos á recibirle? ¡Buen Dios! ¡qué bien da á conocer nuestra indolencia la debilidad de nuestros deseos, y esta debilidad de nuestros deseos la languidez de nuestra fe!

Yo conozco, ó divino Salvador mio, toda la iniquidad de semejante

conducta; pero al fin Vos no me dais estas luces para dejarme por mas tiempo en un adormecimiento tan profundo y tan indigno. Venid, Señor, yo deseo vuestro nacimiento con todo mi corazon, y la solicitud con que voy á prepararme para recibiros probará la sinceridad y el ardor de mis deseos.

Jaculatorias.—Yo deseo, Señor, con todo mi corazon vuestra venida, y nada omitiré para recibiros dignamente. (*Psalm.* xxvi).
Venid, Señor: daos priesa á venir á salvarnos. (*Eccles. in Off.*).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa que se manifieste mas que un gran deseo. El corazon no está nunca mudo. Se explica de muchas maneras; todas las pasiones son elocuentes, ninguna es mas expresiva que la que nos conduce á querer un bien que juzgamos que nos conviene. ¡Qué bien mayor que la salvacion! ¡qué objeto mas digno de nuestros deseos que la venida del Salvador del mundo! ¡con qué ardor la deseaban los Patriarcas y los Profetas, con qué términos tan enérgicos la pedian! ¿Tenemos nosotros menos necesidad del Salvador que los antiguos justos? ¿por qué no tendrémos tanto ardor, tantos deseos, tantas ansias de recibirle como ellos? ¿testificamos estos deseos por nuestras peticiones? ¿os servís durante estos dias destinados á pedirle, de las oraciones jaculatorias que la Iglesia os ofrece, y que son tan propias para despertar nuestra fe y nuestro amor? Decidle muchas veces durante el dia: *Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid para salvarnos. Hé aquí nuestro Dios que va á venir y nos salvará. Mostradnos, Señor, vuestra misericordia; dadnos el Salvador que quereis enviar. No, Señor, ninguno de los que os esperan y os desean, será confundido. Animaos, y no temais ya, porque hé aquí á nuestro Dios que viene dentro de pocos dias para salvarnos*, etc. Estas pequeñas oraciones jaculatorias son muy á propósito para excitar el fervor en este santo tiempo.

Imponeos la ley de pasar cada dia, hasta Navidad, una media hora por la tarde delante del santísimo Sacramento para pedirle que él mismo prepare vuestro corazon delante de él por vuestros deseos, y ofrecedle señales de vuestra ansia, de vuestro fervor y de vuestro celo. No dejeis de interesar á la santísima Vírgen, por medio de alguna oracion particular, para que os obtenga nuevas gracias; reglad vuestras devociones con la Iglesia, la cual durante el Adviento, y señaladamente en estos últimos dias, mezcla tan oportunamente en

sus oficios las oraciones que dirige al Salvador con las que dirige á su Madre, que el oficio de la misa del dia es tanto en honor de la Madre como del Hijo. No dejeis de decir diariamente, al menos los ocho dias antes de Navidad, el oficio parvo de la Vírgen, con el fin de que os obtenga las gracias necesarias para lograr unas disposiciones santas el dia solemne del nacimiento del Salvador.

DOMINGO ENTRE NAVIDAD Y LA EPIFANÍA.

El espacio que media entre la fiesta de Navidad y la de la Epifanía se llama entre los griegos el *Dodecámeron*, porque consta de doce dias. Se ha considerado mucho tiempo como una sucesion de las fiestas continuas, al menos para la celebracion de los oficios, y para la cesacion del foro y de los negocios de palacio. No puede haber mas que dos domingos en este espacio. Los griegos dan al primero el nombre de domingo después de la Natividad del Salvador, y llaman al segundo el domingo antes de las luces: este nombre es el que dan al dia de la Epifanía, á causa de que el bautismo de Jesucristo, cuya gran fiesta celebran ellos en este dia, se llama entre ellos *iluminacion*.

La Iglesia latina llama á estos dos domingos *vacantes*, porque no tienen oficio propio de dominica, ni aun se hace conmemoracion alguna del segundo, cuando concurren dos fiestas, y el primero no tiene mas que la misa propia. Como este no se omite nunca, y se celebra aun cuando caiga en el dia 30 del mes de diciembre, hemos creido conveniente el dar la explicacion de lo que tiene de propio y particular.

El intróito de la misa está tomado del capítulo XVIII del libro de la Sabiduría: *Cuando todo reposaba,* dice el Sabio, *en un profundo y pacífico silencio: Cum quietum silentium tenerent omnia,* así dice el texto, *y la noche estaba en medio de su curso, vuestra palabra, omnipotente Señor, ha venido del cielo á la tierra: ella ha descendido del trono real que teneis eñ el cielo*. La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, verdadero Dios y Verbo eterno, que habiéndose hecho hombre ha nacido en medio de la noche, y en un tiempo en que todo el universo estaba en paz, bajo el imperio de Augusto. Es evidente que esta palabra omnipotente que ha venido de lo alto del cielo, y del trono real del mismo Dios, significa en el sentido alegórico y figurado el Verbo hecho carne (*Joan.* I), por el que todas

las cosas han sido hechas, y nada de lo que ha sido hecho lo ha sido sin él.

La Epístola está tomada del capítulo IV de la carta de san Pablo á los gálatas; se asegura que los gálatas son originarios de las Gaulas. Habiéndose esparcido algunas tropas de la Gaula en la Grecia, y después en el Asia Menor, bajo la direccion de Breno, fijaron, por fin, su habitacion entre la Capadocia y la Frigia, en una provincia que de su nombre se llamó Galacia. Llamábase tambien entonces Gallo-Grecia, para dar á entender que estaba ocupada por gaulas y griegos. Los gálatas eran paganos. San Pablo les predicó la fe de Jesucristo con un éxito prodigioso; hizo un gran número de conversiones, y formó allí una iglesia considerable. La primera vez que llegó allí, fue recibido como un Ángel de Dios. San Pedro habia predicado allí el Evangelio á los judíos, y san Pablo predicó en seguida á los gentiles. Se cree que fueron los judíos convertidos por san Pedro, siempre encaprichados con sus observancias legales, los que causaron entre los gentiles convertidos las turbaciones que dieron ocasion á san Pablo para escribirles esta carta, en la cual hace ver que antes del nacimiento de Jesucristo los judíos estaban bajo la direccion de la ley, como un pupilo bajo la direccion de un tutor; pero que este divino Salvador les habia sacado de la esclavitud de la ley, haciendo que por la fe llegasen á ser hijos de adopcion. Como habia entre los judíos convertidos falsos doctores que enseñaban públicamente la necesidad de la circuncision y de la ley de Moisés; habia entre ellos uno que se distinguia por sus arrebatos, y que sembró en aquella iglesia una levadura de una mala doctrina, como aparece por el verso séptimo del primer capítulo de esta Epístola, donde el Apóstol se queja que hay gentes entre ellos que perturban y quieren alterar el Evangelio de Jesucristo. San Pablo demuestra con diversas pruebas sacadas de la Escritura, que ni la circuncision, ni la ley de Moisés, ni las demás ceremonias legales sirven ya para nada; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que han creido en Jesucristo; que este divino Salvador y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abraham, y los herederos de las bendiciones y de las promesas; que los judíos carnales están figurados en Agar é Ismael, y por el contrario los Cristianos en Sara é Isaac; que por la fe estamos libres de la servidumbre de la ley, y hemos entrado en la libertad de los hijos de Dios; que los hebreos no han sido mas que esclavos; que la ley antigua no se les ha dado mas que para detener sus transgresiones; que todos los que vivian bajo la ley esta-

han sometidos á la maldicion; que solo Jesucristo nos ha librado de esta maldicion, satisfaciendo abundantemente á la justicia divina, cargándose con nuestras deudas, y pagándolas con la muerte de cruz que se habia dignado sufrir por amor de nosotros. En fin, les recuerda que por la fe, y no por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo que con respecto á ellos era una prueba sensible y sin réplica de que la ley no era necesaria de ningun modo para recibir la gracia de la justificacion, después del nacimiento y la muerte del Salvador del mundo. San Pablo les prueba claramente su apostolado y su mision; declara que Dios le ha escogido desde el vientre de su madre, y le ha llamado por su gracia, para anunciar la fe á los gentiles; que el Evangelio que ha predicado á los gálatas es el puro Evangelio de Jesucristo, que no hay otro; y que aun cuando él mismo fuese el que les anunciase otro Evangelio que el que les ha predicado, y aun cuando fuese un Ángel venido del cielo, se le tuviese como anatema: sí, añade, yo lo digo, si alguno os anuncia otro Evangelio que el que habeis recibido, que sea anatema. ¡Buen Dios, á cuántos falsos doctores habria quitado la máscara el sentido de estas palabras bien entendido! y ¡cómo una fe viva, y una entera sumision á la Iglesia, hubieran preservado del error á los fieles, que teniendo el espíritu vacilante como los niños, se han dejado llevar acá y allá de todo viento en materia de doctrina, seducidos por la malicia de los hombres, como se explica san Pablo, y por las astucias de que se sirven para inducir los sencillos al error!

Todo el tiempo que el heredero es niño, no se diferencia en nada del esclavo, dice el santo Apóstol, sino que depende de los tutores y de los que representan por él, hasta el tiempo señalado por su padre. San Pablo pretende hacer ver á los judíos la diferencia de su estado en el tiempo de la ley escrita, del que gozan en el tiempo de la ley de gracia. El estado de los judíos bajo la antigua ley era un estado de sujecion, un estado imperfecto, que no debia durar mas que cierto tiempo, y que este tiempo habia pasado; al paso que el estado de la ley de gracia es un estado exento de toda servidumbre, un estado permanente, superior á todos los demás; que es un estado perfecto y firme, que debe durar tanto como el mundo, y que no termina sino en la bienaventuranza eterna. San Pablo para hacer mas sensible esta verdad se sirve de la comparacion de un hijo que está bajo la direccion de los tutores que le gobiernan, y que administran sus bienes hasta el tiempo prescrito por su padre. En este estado, aun-

que dueño de todos sus bienes por el derecho de su nacimiento, no se diferencia, sin embargo, en nada de un siervo, puesto que está sometido á la voluntad de sus tutores. Este pupilo, segun los santos Padres y los Intérpretes, es la nacion judía, heredera de las bendiciones del Padre celestial en virtud de las promesas hechas á los santos Patriarcas del Antiguo Testamento; sus tutores, por decirlo así, son la Ley y los Profetas. Este pueblo privilegiado ha permanecido como en tutela bajo de su dependencia hasta la venida de Jesucristo, que le emancipó y le puso en libertad, librándole de la servidumbre de las observancias legales, cuyo pormenor era un yugo pesado. El designio de san Pablo es el persuadir á los judíos convertidos, que la ley antigua no obligaba ya desde que Jesucristo habia venido á establecer la nueva, de la que aquella no era mas que como el preludio y la preparacion. Los judíos eran los hijos de Abraham, y por consiguiente los herederos de todos los bienes espirituales que Dios habia prometido dar un dia á la posteridad de este Patriarca. Hasta la llegada de este tiempo, Dios los miró y los trató como hijos que no son capaces todavía de disfrutar de su herencia; aun cuando nosotros éramos hijos, vivíamos no obstante como esclavos, en la dependencia, en el temor, en la sujecion; se nos trataba tambien como niños, no se nos enseñaba mas que aquello de que los niños son capaces; se nos instruia solo en los primeros elementos de la ciencia de la Religion; ni hubiéramos sido tampoco capaces de comprender aquellas grandes verdades, aquellos dogmas sublimes, que piden una edad madura, un espíritu formado, una penetracion que no se halla en la infancia. Se nos gobernaba solo por una ley escrita y detallada, que reglaba hasta el número de nuestros pasos, hasta la cualidad de nuestras acciones, hasta las ceremonias mas pequeñas. Solo se nos prometian bienes terrenos que se perciben por los sentidos, recompensas temporales y sensibles: guardad mi ley, nos decia el Señor Dios, obedeced mis preceptos, cumplid con puntualidad todos mis mandamientos, y yo multiplicaré vuestros bienes; os daré una tierra fértil por la que corren rios de leche y miel; os haré poderosos y ricos, en grano, en vino, en ganado, en toda especie de drogas, recompensas todas terrenas. (*Prov.* III; *Lev.* XXVI). Apenas habréis concluido vuestra cosecha, se os echará encima la vendimia, y no bien habréis acabado la vendimia cuando ya os instará el tiempo de la sementera. El estado de la infancia, tal como era el de los judíos, no era susceptible de una doctrina mas sublime. Mas cuando se cumplió el tiempo señalado por el eterno Padre, Dios envió á su

Hijo nacido de una mujer, sujeto á la ley, para rescatar á los que estaban sujetos á la misma ley, á fin de que llegásemos á ser hijos de adopcion. El tiempo de la mayoría del pueblo de Dios es el de la venida del Mesías. Ni era solamente el pueblo judío el que vivia en la infancia, el pueblo de que habla el Apóstol, dice san Gerónimo, era todo el género humano; así es, que Jesucristo no ha venido á poner en libertad solamente á este pueblo; este divino Salvador ha nacido y ha muerto universalmente por todos los hombres: *no hay en Dios acepcion de personas* (*Rom.* II), *porque no hay distincion,* delante de él, *entre el judío y el gentil,* y así, *uno mismo es el Señor de todos* (*Rom.* x), y porque todos los que han recibido la fe, y han reconocido y recibido á Jesucristo, han sido hechos hijos de Dios. Dios ha derramado en sus corazones el espíritu de su Padre; así ya no hay esclavos ni del pecado, como lo han sido los gentiles, ni bajo la ley, como lo han sido los judíos, sino que ya son hijos por adopcion, y siendo hijos son herederos por la gracia de Dios. ¡Qué locura, pues, el querer renunciar á esta libertad, para sujetarse de nuevo á la servidumbre! De este modo demuestra san Pablo á los judíos la inutilidad de las ceremonias legales en el estado de la ley de gracia, que nos ha libertado de ellas. Por todo este razonamiento tan justo del Apóstol, se viene claramente en conocimiento, por qué la moral y el dogma de la ley antigua no se elevaban apenas sobre los sentidos, y por qué las grandes y mas sublimes verdades de la Religion no se les han enseñado mas que imperfectamente y en figura. Eran todos semejantes á unos niños terrenos, cuyo entendimiento era limitado, todos materiales é incapaces de los conocimientos sobrenaturales. (*I Corinth.* II). *El hombre animal no concibe lo que es propio del espíritu de Dios.* Porque para él es esto una locura, y nada puede comprender de ello, en razon de que esto no se examina sino espiritualmente. Solo el espíritu de Dios era el que podia darnos esta capacidad, esta inteligencia, y este espíritu de Dios no debia ser el don de otro que del Hombre Dios. *El Verbo hecho carne es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* (*Joan.* I). De consiguiente solo los verdaderos hijos de Dios, fuera de la tutela y puestos en libertad, eran los que estaban capaces de creer las sublimes verdades de la Religion: misterio de la Trinidad; Encarnacion del Verbo; muerte del Redentor; Resurreccion gloriosa; reino todo espiritual; estima y amor de la castidad; precepto del perdon de las injurias, de la mortificacion de los sentidos; consejo de la pobreza voluntaria; en fin, todas las importantes verdades de la religion cris-

tiana, *las cuales miran los judíos como un escándalo, y los gentiles no convertidos como una locura, pero que son la fortaleza y la sabiduría de Dios para los judíos y los gentiles que son llamados*. (*I Cor.* 1). Esta ciencia sobrenatural desconocida hasta entonces, debia ser el patrimonio de los Cristianos, y el fruto del nacimiento del Salvador de los hombres.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo segundo de san Lucas, en donde el santo Evangelista describe el recibimiento que el santo anciano Simeon y la profetisa Ana hicieron al niño Jesús en el templo. La santísima Vírgen pasados los cuarenta dias después de su parto, en que debia purificarse, llevó al Salvador á Jerusalen, para ofrecerle al Señor, como estaba ordenado por la Ley, á la cual obedeció siempre con una puntualidad ejemplar. Fue esta la primera vez que el Hijo de Dios compareció con su Madre en el templo; mas no todos los que allí se encontraron tuvieron la dicha de reconocerles. Esta gracia fue solo concedida á dos personas de una virtud eminente.

La primera fue un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, venerable por su edad, y mucho mas todavía por su piedad. Este santo viejo suspiraba habia mucho tiempo por la venida del Salvador que debia ser la consolacion de su pueblo. Estaba lleno del Espíritu Santo, y este mismo espíritu fue tambien el que le condujo al templo, al tiempo mismo en que María y José iban á él con el Niño; se le habia tambien prometido que no moriria sin que antes hubiese visto al Mesías, el Cristo del Señor. El cardenal Baronio con un gran número de antiguos autores cristianos, cree que Simeon era sacerdote de la Ley. Es indecible el transporte de alegría con que el santo viejo tomó en sus brazos al niño Jesús, y con qué afectos de reconocimiento comenzó á alabar á Dios y á bendecirle, diciendo: Vedme aquí, Señor, dispuesto á morir; tiempo es ya que mis ojos se cierren, puesto que nada les queda ya que ver, habiendo visto al que habeis enviado para salvar al mundo; al que debe instruir á las naciones, y disipar con su luz las tinieblas del error y de la infidelidad, esparcidas sobre la faz de la tierra; á aquel, en fin, que debe ser la gloria de vuestro pueblo de Israel, de este pueblo amado, el cual solo tendrá la ventaja de poseerle visiblemente, de oír su palabra, y de ser testigo de sus milagros.

Mientras que el hombre de Dios hablaba así de las grandezas y del poder del niño Jesús, su padre y su madre estaban poseidos de la admiracion. El Evangelista da á san José la cualidad de padre de

Jesús, porque la de esposo de la santísima Vírgen de que gozaba, le daba un derecho particular sobre la persona del Salvador. Ocupaba el lugar de tutor, y estaba encargado de mantenerle y de educarle. Así que, el nombre de padre de Jesucristo que se le da no es simplemente un título de honor; él ha hecho los oficios de tal, y llenado sus principales deberes. José y María estaban admirados al oir lo que se decia de él. El uno y la otra estaban perfectamente instruidos de lo que acababa de anunciar Simeon, no ignoraban ciertamente el misterio; pero la obra de la redencion de los hombres de que aquí se trata, el amor excesivo que Dios testifica aquí hácia los hombres, ¿pueden jamás considerarse sin un nuevo asombro? La admiracion de san José y de la santísima Vírgen no recaia sobre el fondo del misterio, sino sobre el encadenamiento de hechos maravillosos, sobre la sucesion de prodigios que la Providencia ordenaba con tanto cuidado para manifestar á un pequeño número de almas escogidas la majestad y la gloria de Jesús recien nacido. Lo que habia pasado con respecto á Juan Bautista é Isabel, en órden á san José y á los pastores, lo que acababa de suceder con Simeon y con Ana, eran en verdad motivos grandes de admiracion.

Otro no menos interesante fue cuando el santo anciano después de haberles bendecido, esto es, después de haberse congratulado con ellos por el honor que les resultaba de tener por Hijo al Mesías y Salvador de los hombres, y deseádoles toda suerte de bienes, dirigiéndose á María la dijo que no obstante que el designio de Dios fuese el de salvar generalmente á todos los hombres, su Hijo seria, sin embargo, un dia el motivo y la ocasion de la ruina de muchos, como tambien la causa de la salud de otros muchos en Israel. Mientras que viviere en el mundo, añadió, aparecerá como un prodigio á la vista del pueblo, y con todo, y por mas apasionados que sean los judíos á lo maravilloso, ellos conspirarán contra él; se opondrán á su doctrina; nada omitirán para destruirle con sus calumnias, y serán siempre sus mas implacables enemigos. Después, dirigiéndose á María, no creais, la dijo, que seréis Vos misma exenta de tribulacion; atormentándole á él os causarán un martirio cruel; tendréis mucho que sufrir, y una espada de dolor traspasará vuestra alma á la vista del último suplicio de este Hijo moribundo. Los ultrajes que se harán á vuestro Hijo serán para Vos como otros tantos golpes de cuchillo clavados en vuestro seno. Todo esto, por lo demás, sucederá como os lo he predicho á fin de que se descubran los pensamientos que tanto en órden á su interés como en órden al vuestro, abrigarán muchos en el fondo

de sus corazones. Las persecuciones que sufrirá este divino Salvador harán que resplandezca la fe y la firmeza de los que permanecieren unidos á su doctrina, y ellas servirán tambien para discernir á sus verdaderos discípulos. Y en efecto, se puede decir que la pasion y la muerte del Salvador fueron una prueba que dió á conocer los que eran sinceramente suyos; la cruz y las humillaciones del Salvador son las que prueban tambien hoy los verdaderos y los falsos fieles. El verdadero cristiano no se avergüenza de la cruz de su Dios; las adversidades son las pruebas sólidas; una virtud aplaudida en la prosperidad es siempre dudosa; en la adversidad es donde aparece la fidelidad del verdadero discípulo.

La otra persona que reconoció y adoró á Jesús en el templo fue una santa viuda de edad de ochenta y cuatro años, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, célebre por el don de profecía que habia recibido de Dios, y por la vida santa que hacia después de la muerte de su marido, con el cual no habia vivido mas que siete años, habiendo quedado viuda todavía muy jóven. Su abstinencia era continua; empleaba los dias y las noches en la oracion; el templo era, por decirlo así, su casa, y rara vez salia de él. Hallábase allí al mismo tiempo que Simeon, y poseida de una alegría semejante á la del santo viejo, comenzó por su parte á alabar al Señor y á publicar en presencia de todos los que allí se hallaban y esperaban la redencion de Israel, que ya por fin estaban cumplidos sus deseos; que el Salvador tan deseado habia venido, y que sus votos debian convertirse en adelante en acciones de gracias.

Habiendo, pues, cumplido José y María todo lo que estaba prescrito por la Ley, se volvieron á Nazareth, que era el lugar de su residencia, y el Evangelista añade que el niño Jesús crecia y se perfeccionaba, lleno de sabiduría, y que la gracia de Dios estaba en él. Jesucristo estuvo siempre lleno de sabiduría, como que él era la sabiduría misma; pero la iba descubriendo á medida que adelantaba en edad. Habiéndose el Salvador hecho niño, no ha querido llegar á la edad perfecta sino por grados, á fin de ser nuestro modelo en todas las edades. En esta edad tan tierna, siendo Dios poseia todos los tesoros de la sabiduría, de la ciencia, de la gracia, y no podia adquirir acrecentamiento alguno; y como hombre tampoco podia crecer en sabiduría, en perfeccion, en mérito, en ciencia, en gracias; pero podia dar señales más ó menos sensibles, segun las reglas que se habia prescrito, acomodándose á la edad y al tiempo, conforme al órden de su sabiduría y de su providencia.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, dirige actus nostros in beneplacito tuo; ut in nomine dilecti Filii tui mereamur bonis operibus abundare. Qui tecum vivit et regnat...

Ó Dios omnipotente y eterno, dirigid nuestras acciones segun el beneplácito de vuestra divina voluntad, á fin de que en el nombre y por los méritos de vuestro Hijo muy amado, podamos producir con abundancia los frutos saludables de las buenas obras. Por el mismo Jesucristo, etc.

La Epístola es de la carta de san Pablo á los Gálatas, capítulo IV.

Fratres: Quanto tempore haeres parvulus est, nihil differt à servo cum sit dominus omnium; sed sub tutoribus et actoribus est, usque ad praefinitum tempus à Patre: ita et nos cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes. At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Abba, Pater. Itaque jam non est servus, sed filius. Quod si filius, et haeres per Deum.

Hermanos mios: Todo el tiempo que el heredero es niño, no se diferencia en nada del esclavo, aun cuando sea el señor de todos sus bienes, sino que depende de los tutores y de los que tienen su accion hasta el tiempo señalado por su padre. Nosotros tambien cuando éramos niños vivíamos como esclavos, bajo los primeros elementos que se han enseñado al mundo: mas cuando se han cumplido los tiempos, Dios ha enviado á su Hijo, nacido de una mujer y sujeto á la ley, para rescatar á los que estaban sujetos á la ley, y que entrásemos en la adopcion de hijos de Dios. Y porque sois hijos de Dios, ha derramado en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual clama con todo derecho: Padre, Padre. Así que el que ha recibido este espíritu no es ya esclavo, sino hijo, y siendo hijo es por consiguiente heredero por la gracia de Dios.

REFLEXIONES.

Siendo hijo, es por consiguiente heredero por la gracia de Dios. ¿Qué título de honor mas augusto, qué cualidad mas noble, mas estimable, mas preciosa que la de hijo adoptivo de Dios por la gracia y heredero de todos sus bienes? Todos los títulos pomposos, los grandes nombres de distincion y de dignidad, los derechos de sucesion y las prerogativas de nobleza que dan el nacimiento, el favor de los grandes, los servicios, el puesto, el empleo, son derechos respetables, es verdad, son monumentos majestuosos, pero edificados sobre arena, á mas de que en su fondo son vacíos: ¿cuál es su solidez, su valor, su duracion? Por brillantes que sean en lo exterior, su brillo no es mas que superficial, el tiempo los consume, y la muerte los sepulta, ó á lo menos los confunde. ¿Cuál de todos estos títulos pomposos, de

todas estas ricas sucesiones, cuál de estas distinciones nos acompañan hasta la otra vida? Prodigiosa estatua de oro, de plata, de bronce ó de hierro; pero que no estriba mas que en unos piés de barro. Por mas ricos, por mas suntuosos, por mas soberbios que sean los mausoleos no contienen, sin embargo, mas que cenizas; esto es lo único que queda de todos aquellos emperadores romanos, de todos aquellos héroes tan ponderados, de todos aquellos grandes del mundo tan poderosos, de todos aquellos dichosos del siglo que fueron el terror ó la admiracion del público durante su vida. ¡Mundanos! presentadnos, si podeis, alguna cosa mas de todos sus títulos y de todos sus tesoros. La edad y el tiempo se anticipan aun á la muerte para despojarnos de todo este aparato de vanidad, de todas estas supersticiosas prosperidades de la felicidad humana. Solo la cualidad de hijo de Dios, de hijo adoptivo por la gracia, da un mérito que no envejece jamás, una nobleza cuyo esplendor está en el cielo, una herencia que nos enriquece mas allá del tiempo, una gloria que nada puede marchitar, una felicidad que es una participacion de la felicidad de Dios mismo. Hé aquí la nobleza que nos da la sangre del Redentor, la cualidad que el Bautismo nos adquiere, los derechos á la herencia de Dios que la gracia nos proporciona. ¿Qué idea formamos nosotros de todas estas cualidades, y cuál es el aprecio que hacemos de ellas? Esas gentes que no estiman mas que los bienes criados, que no se alimentan mas que de sombras y de vanidades, que están infatuadas con unos títulos vanos de honor que no subsisten mas que en la imaginacion y en la engañosa opinion de los hombres; todas esas personas mundanas que tienen el entendimiento tan insustancial como dañado el corazon; esas gentes que no salen jamás de la region de los sentidos ni de su esfera, ¿comprenden acaso que solo la cualidad de hijos de Dios absorbe, disipa, extingue todas las demás? ¿Que no hay con propiedad otra que ella que sea real, permanente, sólida, superior á todas las revoluciones de la vida y á todos sus accidentes? Ella sola hace á un hombre verdaderamente noble, rico, poderoso, feliz; sin esta cualidad todas las demás son nombres vacíos. Con ella y por ella el nacimiento mas oscuro queda ennoblecido, la pobreza mas espantosa enriquecida, las adversidades mas humillantes son un manantial de gloria y de felicidad; sin ella los títulos mas fastuosos no son mas que imágenes formadas en el sueño. ¡Buen Dios! ¡hasta cuándo ignoraremos el precio y el mérito de la augusta cualidad de hijos de Dios y coherederos con Jesucristo! ¡Cuándo reconoceremos la completa y sólida felicidad de ser cristianos! Pero ¿y cuándo lle-

narémos los deberes de tales para ponernos en estado de recoger nuestra herencia?

El Evangelio de la Misa es del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore: Erat Joseph et Maria, Mater Jesu, mirantes super his, quae dicebantur de illo. Et benedixit illis Simeon, et dixit ad Mariam matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israël, et in signum, cui contradicetur: et tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut revelentur ex multis cordibus cogitationes. Et erat Anna prophetissa, filia Phanuel, de tribu Aser: haec processerat in diebus multis, et vixerat cum viro suo annis septem à virginitate sua. Et haec vidua usque ad annos octoginta quatuor: quae non discedebat de templo, jejuniis, et obsecrationibus serviens nocte ac die. Et haec, ipsa hora superveniens, confitebatur Domino, et loquebatur de illo omnibus, qui expectabant redemptionem Israël. Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilaeam in civitatem suam Nazareth. Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia: Et gratia Dei erat in illo.

En aquel tiempo José y María madre de Jesús estaban admirados por las cosas que se decian de él. Simeon les dió su bendicion y dijo á María su madre: Hé aquí que este Niño ha venido al mundo para la perdicion y para la salvacion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion, y vuestra misma alma será traspasada con una espada, á fin de que se descubra lo que muchos piensan en el fondo de sus corazones. Y en aquel tiempo vivia Ana, la cual tenia el don de profecía y era hija de Fanuel, de la tribu de Aser: era de edad avanzada y habia vivido siete años con su marido con quien se casó siendo doncella, y permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del templo, pasando religiosamente en él las noches y los dias empleada en ayunos y en oraciones. Habiendo llegado á la misma hora, alababa tambien al Señor, y hablaba de este Niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Por fin, luego que dieron cumplimiento á todo lo que ordenaba la ley del Señor, se volvieron á Galilea á la ciudad de Nazareth que era el lugar de su residencia. Entre tanto el Niño crecia y se fortalecia lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

MEDITACION.

De la voluntad que Dios tiene de salvar á todos los hombres.

Punto primero. — Considera cuán cierto es que aunque Jesucristo haya nacido, haya sufrido y haya muerto por la salud de todos los hombres en general, no se salvarán, sin embargo, todos los hombres. Es un artículo de fe que el número de los elegidos, esto es, de los que se aprovecharán de la redencion, es el mas pequeño, al paso que la multitud se condena. El Salvador ha satisfecho sobreabundantemente; él mismo es una víctima de propiciacion por nuestros pecados, dice san Juan (*I Joan.* II), y no solo por los nuestros, sino tambien por los del mundo entero; pero no todos obedecen al Evangelio, dice san Pablo, y hé aquí por qué no todos se salvan. La vo-

luntad del Salvador es sincera, pero por nuestra pura malicia hacemos que no sea eficaz. ¿Podia Dios darnos pruebas mas sensibles y mas positivas del deseo que tiene de nuestra salud? Él ha hecho mas para salvarnos de lo que nosotros hubiésemos podido esperar, mas aun de lo que hubiésemos podido creer: si hubiese estado en nuestra eleccion el pedirle pruebas de su amor y de la voluntad que tiene de salvarnos, ¿nos hubiésemos nunca atrevido, nos hubiera jamás venido al pensamiento el pedirle que se hiciese hombre por amor nuestro, que naciese en el estado mas pobre y mas humillante del mundo, que sufriese lo que ha sufrido, y que fuese harto de oprobios, en fin, que este Dios hombre muriese en una cruz para rescatarnos? Y después de haber hecho todo esto, ¿se hallará un espíritu tan extravagante que imagine que Dios haya querido exceptuar un solo hombre del beneficio infinito de la redencion? ¿se hallará un genio tan maligno que se atreva á dudar de la sinceridad de la voluntad de Dios de salvar á todos los hombres? y ¿qué idea se formaria de la bondad y aun de la justicia de nuestro Dios, si á unos hombres á quienes sabe que ha reprobado por toda una eternidad, les exhortase de una manera tan viva, tan ejecutiva, tan patética, á que se convirtiesen? ¿Qué justicia seria el condenar al fuego eterno por no haber guardado sus mandamientos, á unas gentes á quienes no ha querido dar gracias verdaderamente suficientes? y ¿qué condenado no tendria derecho para quejarse y decirle á Dios por toda la eternidad: verdad es, Señor, los crímenes que he cometido merecen los suplicios á que me habeis condenado; pero podia yo, en verdad, evitar estos crímenes sin el auxilio de la gracia que me habeis rehusado, mientras la concedíais á gentes que no valian mas que yo, ni la habian merecido mas? Si me hubiéseis dado los mismos auxilios, las mismas gracias, yo hubiera guardado la misma fidelidad. No os habíais dignado morir por mí; ¿cómo podia salir de la esclavitud no teniendo nadie que pagase mi rescate? Vos no habíais muerto por Judas; ¿cómo podia haber sido tan fiel, tan penitente como san Pedro? No he tenido confianza en vuestra misericordia, es verdad; pero ¿podia yo tenerla no sabiendo si habíais muerto por mí? ¿dudando aun con razon no me hubiéseis excluido del libro de la vida, y si desde toda la eternidad me hubiéseis querido dejar envuelto en la masa de los réprobos? Yo tenia la gracia de orar, de pedir, es verdad; pero ¿de qué me servia esta gracia? y ¿qué esperanza, qué confianza podia yo tener en vuestra misericordia, si desde la eternidad me habíais reprobado? Comprendamos bien la impiedad, la malignidad, las espantosas consecuen-

cias de un dogma tan pernicioso, de una herejía tan abominable, que enseñando que no hay en Dios una voluntad sincera de salvarnos, y que Jesucristo no ha muerto generalmente por todos los hombres, destruye, con este solo error, toda la Religion, proscribe el uso de los Sacramentos, extingue la fe y la caridad, consume toda nuestra esperanza, é inspirando aversion á las buenas obras, á la penitencia y á la práctica de todas las virtudes, abre un campo espacioso al libertinaje.

Punto segundo. —Considera de cuánto consuelo es el vivir persuadido que Dios quiere salvar á todos los hombres; que es un artículo de fe que Jesucristo ha muerto por todos, y ha dado su sangre *á fin de que todos tengan vida y la tengan con abundancia* (*Joan.* XX) como dice el Salvador hablando de sus ovejas. Verdad consoladora, pero al mismo tiempo aflictiva y aun de desesperacion para aquellos que hubieren tenido la desgracia de condenarse. Dios queria salvarme; tenia una voluntad sincera de ello; me ha dado los medios, y yo no me he perdido sino porque no he querido servirme de estos auxilios. Mi salvacion era el precio y el fruto de su muerte, y mi reprobacion es obra mia. Dios queria salvarme, y si me he condenado ha sido solo porque no he querido aprovecharme del fruto de su muerte. Comprendamos, si es posible, la amargura de este sentimiento. Pero ¿quién es el que no quiere salvarse? ¿quién es tan insensato que quiera perderse? ¿quién no desea salvarse? Los que no quieren tomar todos los medios para ello. Satisfecho ya el precio para la redencion de un esclavo, este encalabrinado por el clima del país en donde está, fascinado por la desgraciada libertad de que goza en órden á sus costumbres ó por el libertinaje en que vive entre los infieles, rehusa embarcarse para volver á su patria; si este infeliz muere en la esclavitud, si queda sepultado entre los mahometanos, ¿á quién debe atribuirlo? ¿No tenia en su mano el medio para volver de su cautividad y salir de la triste condicion de esclavo? Y ¿son mas excusables los que viven en desgracia de Dios y mueren esclavos del pecado? ¿Han tenido menos medios para volver á la gracia de Dios, y ser recibidos después de su muerte en la patria celestial? Ni se da Dios por contento todavía con habernos probado sensiblemente en todo lo que ha hecho por nuestra salud cuán sinceramente quiere que seamos salvos; no hay nadie que no haya experimentado durante su vida señales las mas singulares y las mas precisas de su misericordia. ¿Cuántas veces aquel libertino, aquel pecador ha sentido vivos

remordimientos aun en medio de sus desórdenes? ¿Cuántas veces aquella mujer mundana ha percibido en el fondo de su corazon las saludables impresiones de la Gracia en medio mismo de sus placeres? No hay pecador tan poco cristiano que no haya oido la voz del buen Pastor que llama al redil á la oveja descarriada: sermones, lecturas, conversaciones, accidentes funestos, desgracias imprevistas, todo sirve al divino Salvador de medios para llamar, para conmover al hijo pródigo y para excitarle á que vuelva á la casa de su padre. Esta meditacion misma, estas reflexiones son, en los designios de Dios, otras tantas solicitaciones ejecutivas para convertir á muchos; y ¿cuántos de los que las leerán, y á quienes interesarán, no dejarán de continuar en sus desórdenes, en su indevocion, en su tibieza? Si estos cristianos cobardes, si estos cristianos ingratos se condenan, ¿á quién deben echar la culpa?

Alejad de mí, Señor, esta desgracia; no hagais caso de mis infidelidades pasadas. Yo espero lleno de confianza en vuestra misericordia el no abusar por mas tiempo de vuestra bondad. Vos quereis verdaderamente salvarme, yo lo quiero tambien con voluntad sincera; ella será eficaz con vuestra gracia, á la cual no quiero resistir ya mas.

JACULATORIAS.—Por mí mismo juro, dice el Señor nuestro Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta, que deje su mal camino y que viva. (*Ezech.* XXXIII).

La voluntad de Dios es que seais santos. (*Thess.* IV).

PROPÓSITOS.

1 Como nada hay mas á propósito para mantener un alma en relajacion y aun para alimentar el libertinaje que el herético pensamiento de que Dios no tiene una voluntad sincera de salvar á todos los hombres, y que Jesucristo no ha muerto por todos; así tampoco hay cosa alguna mas consolatoria, ni mas propia para convertir al pecador y sostener nuestra confianza que la verdad de fe que nos asegura que Dios quiere verdaderamente que yo me salve, que Jesucristo ha muerto tambien por mí, como ha muerto por san Pedro, y que si yo me condeno, mi reprobacion será obra mia; y que si soy reprobrado, es únicamente porque no habré querido hacerme santo. Convenceos de esta verdad tan importante; meditadla muchas veces, y por mas criminal y desarreglada que haya sido vuestra vida, decíos á vosotros mismos: si yo quiero, tengo el tesoro de los méritos infi-

nitos de Jesucristo con que satisfacer á la justicia de Dios. ¿Qué deudor rehusaria el pagar sus deudas si el príncipe le franquease sus tesoros? Penetraos bien de esta gran verdad, pero guardaos de abusar de ella contando con esta voluntad misericordiosa de Dios para perseverar en el crímen; porque esto seria querer condenaros mas maliciosamente y con mayor malignidad.

2 Dad gracias á Dios muchas veces en el dia, por la voluntad sincera que tiene de vuestra salud, por lo mucho que ha hecho, y por las gracias poderosísimas que cada dia os concede para preservaros de la perdicion. Es una ingratitud insigne, es una falta gravísima, el no dar gracias á Dios con frecuencia por el beneficio de nuestra redencion. Durante la misa, sobre todo, es cuando debeis agradecer particularmente á Dios esta gracia, y en especial cuando el sacerdote dice el *Credo*, puesto que rezando esta fórmula de fe se nos recuerda que Jesucristo ha muerto en la cruz para cada uno de nosotros. Mas al darle gracias por este señalado beneficio, protestadle que quereis eficazmente participar de todo su fruto, y para esto resolveos siempre á hacer ó sufrir alguna cosa como gaje de vuestra protestacion y de la sinceridad de vuestra voluntad; por ejemplo, tomad la resolucion de ver en el mismo dia aquella persona con quien hubiéseis tenido alguna diferencia, ó respecto de la que os portais con cierta frialdad, ó de quien hubiéreis recibido alguna injuria; de no frecuentar ciertas personas ó tertulias en las que correis peligro; de no dejaros llevar de la cólera; de hacer tal ó tal obra buena que Dios pide de vosotros; de practicar aquella mortificacion ó aquella virtud que os es tan necesaria. En fin, determinar el ejercitaros en algun acto de virtud, aunque no sea mas que una oracion ó una ligera limosna, para dar hoy una prueba de la voluntad sincera que teneis de conseguir vuestra salvacion y de poner todos los medios para ello.

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Como el espacio que media entre la fiesta de Navidad y la de la Epifanía, llamada comunmente la fiesta de los Reyes, se compone de solos doce dias, no puede haber en él mas que dos domingos, que se llaman vacantes, porque no tienen oficio propio ó dominical, ocupándose con él de alguna fiesta de Santo ó el de la octava de Navidad para el primero, ó el de la vigilia de la Epifanía cuando cae en domingo. De aquí es que hasta la Septuagésima restan á lo mas cinco

domingos, que muchas veces aun no llegan á este número, segun la época del dia de Pascua, la cual regla todos los domingos y todas las fiestas movibles del año; los ejercicios de piedad propios de estos domingos y su historia tomada del Evangelio del dia, es lo que se va á dar aquí.

La Iglesia comienza la misa de este dia por las palabras del tercer versículo del salmo LV, donde David convida á toda la tierra á adorar y bendecir al Señor. *Toda la tierra os adore y os bendiga: entone cánticos á la gloria de vuestro nombre, ¡ó Altísimo!* David hace hablar en este salmo al pueblo judío, que agradece á Dios su libertad, y convida á toda la tierra á que se una á él para dar gracias al Señor. Los judíos libres de su cautividad son la figura de los gentiles libertados de la esclavitud del demonio por el Bautismo. Puede tambien entenderse que el Profeta habla en nombre de todos los hombres rescatados por Jesucristo.

La Epístola de la misa está tomada del capítulo XII de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos, donde les advierte que renuncien á la vanidad del siglo para consagrarse enteramente á Dios, sin engreirse por los dones que han recibido, y sin pasar los límites de estos dones, aplicándose cada uno á las funciones de su ministerio, y á cumplir las obligaciones de su estado; refiriéndolo todo á la utilidad del prójimo, con el cual deben hacer un todo, como hacen los miembros de un mismo cuerpo, sin que el uno se ingiera en las funciones del otro. La comparacion de que aquí se sirve el santo Apóstol es expresiva. Como todos nosotros no formamos mas que un solo cuerpo de Jesucristo, todos recíprocamente somos miembros los unos de los otros, para aliviarnos por aquella funcion que es propia á cada miembro en particular. Así como todos tenemos dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado, es preciso que cada uno emplee sus talentos para el bien comun. Á la manera que en un solo cuerpo cada miembro tiene sus funciones particulares, que ejerce sin celos de parte de los otros miembros, así en la Iglesia cada fiel ha recibido de Dios el don que le es propio, y no debe envidiar á los demás el que ellos han recibido, sino contentarse con la medida de gracia que le ha sido acordada. La caridad debe hacernos comunes los favores que se han hecho á nuestros hermanos, y no debemos envidiárselos, así como la mano no envidia al ojo la facultad de ver, ni al pié la de caminar. Es preciso que haya una subordinacion de los unos á los otros, y una comunicacion de servicios, semejante á la que se ve en los diferentes miembros de un mismo cuerpo. El que está autori-

zado para predicar el Evangelio, y para interpretar las Escrituras, hágalo, no segun las luces de su propio juicio, sino segun las de la fe, del espíritu de Dios y de la Iglesia, á cuyas luces debe estar sometido todo espíritu particular; y guárdense de dogmatizar aquellos á quienes Dios no ha escogido para este ministerio. El que ha recibido el don de enseñar, hágalo con solicitud; y el que está encargado de la conducta de los demás, compórtese con ellos con mucha dulzura y caridad. El Apóstol después de haber instruido á los que ocupan los empleos, pasa á dar lecciones generales y propias para todos los fieles. No seais tardos, añade, en hacer en favor de vuestros hermanos todos los buenos oficios que pudiéreis, y no hagais desear vuestros servicios; mucho menos los hagais comprar demasiado caros. Sed fieles en cumplir con puntualidad todas vuestras obligaciones. Tened siempre un nuevo fervor en el servicio de Dios. Preveníos con urbanidad los unos á los otros; el agasajo, la cortesanía aun, sin afectacion y sin artificio, honran la piedad, y le son ordinarias. La esperanza cristiana debe inspirarnos siempre alegría. Perseverad en la oracion y en el ejercicio de las buenas obras. Tomad parte en las necesidades de los fieles, y ayudadlos con vuestras obras de misericordia. Ejercitad con gusto la hospitalidad. La paciencia es la virtud de los pobres, la caridad debe ser la virtud de los ricos; ellos no han recibido mas bienes que los otros, sino para socorrer las necesidades de los que viven en la pobreza, y frecuentemente carecen de todo. Haced bien hasta á vuestros enemigos; hasta aquí debe ir el heroismo y la perfeccion de la caridad cristiana; esta virtud heróica es la que debe hacer sentir al cristiano todos los bienes y todos los males que suceden á sus hermanos. Aumenta su alegría en el tiempo de su prosperidad por la parte que le ven tomar en ella; y endulza sus lágrimas mezclando las suyas con las que ellos derraman. No alterqueis; la diversidad de pareceres agria tanto el corazon como los espíritus. Al paso que se acalora la disputa, se resfria la caridad. No penseis presuntuosamente de vosotros mismos. La presuncion es una vanidad necia, que nace de la ceguedad en que estamos con respecto á nosotros mismos; nada hay mas opuesto al espíritu del Cristianismo que esta ridícula vanidad. Sed humildes, compasivos, dulces y modestos; no seais sabios á vuestros propios ojos, porque nos engañan siempre sobre lo que á nosotros nos interesa. Puede decirse que esta Epístola es el compendio de toda la moral cristiana.

El Evangelio no es menos instructivo. Contiene la historia del primer milagro de Jesucristo, verificado en las bodas de Caná á rue-

gos de la santísima Vírgen. Hé aquí cómo lo refiere san Juan.

Habia ya comenzado el Salvador á predicar, después de haber concluido su ayuno de cuarenta dias en el desierto, donde se habia retirado después que san Juan Bautista dió de él un testimonio tan brillante. Acababa tambien de elegir algunos discípulos; san Pedro, san Andrés, san Felipe y Nathanael habian sido ya llamados, y se habian agregado á él, cuando fue convidado á una boda que se celebraba en Caná de Galilea, que era una aldea á tres jornadas pequeñas de Bethabara, en donde á la sazon se hallaba el Salvador. La santísima Vírgen estaba tambien allí, y á lo que parece era alguno de sus parientes el que se casaba. Segun el parecer de san Epifanio se presume que estaba ya entonces viuda, pues en todo el resto de la historia de Jesucristo no se dice ya una palabra de san José. Algunos han creido que estas bodas se celebraban en la casa de Alfeo ó de Cleofás, que casaba á su hijo Simon, llamado el Cananeo. Otros han pretendido que era san Bartolomé, llamado Nathanael; pero el venerable Beda, santo Tomás y muchos otros creen que era san Juan Evangelista, á quien el Salvador llamó del estado del matrimonio al apostolado, y permaneció siempre vírgen, habiendo dejado á su esposa el dia mismo de sus bodas. Sea, pues, de esto lo que quiera, lo que sí es cierto, que el Hijo de Dios quiso hacer ver en esta ocasion, que se le puede hallar no solo en el retiro, sino tambien en las reuniones, cuando los deberes ó la beneficencia lo exigen, y todo lo que hay en ellas es cristiano. Se pregunta ¿por qué Jesucristo concurrió á estas bodas con su Madre y sus discípulos? parece que la vida austera y retirada que siempre habia llevado, apenas podia convenir con la alegría y la diversion que ordinariamente acompañan á esta especie de fiestas. La mayor parte de los Padres dicen que fué á fin de aprobar con su presencia el matrimonio. Como por su ejemplo y por sus discursos debia aconsejar á todos sus discípulos el celibato, y exhortar á todos los Cristianos á guardar la castidad, de la cual hacia en todas ocasiones tan magníficos elogios, queria tambien hacer ver que no desaprobaba el matrimonio, que debia elevar aun á Sacramento. Es bastante creíble, que como allí se encontraban muchos parientes suyos y los discípulos que hasta entonces habia reunido, quiso hacer en su presencia su primer milagro con el fin de afirmar la creencia de los que ya le reconocian por el Mesías, y de darse á conocer de los que no creian todavía en él.

Hácia el fin de la comida notó la santísima Vírgen que faltaba vino, y comprendió fácilmente el embarazo en que esto tenia á los que

servian, y el sentimiento que ocasionaba á los que celebraban la boda esta falta de prevision. Como era la caridad mas bien que el acompañarles lo que la habia traido allí, resolvió excusarles esta confusion, y proveer á la necesidad, sin ruido, pero de un modo eficaz. El camino que tomó, fue dirigirse á Jesús, que estaba colocado cerca de ella. Sabia bien que no tenia menos bondad que poder, y que bastaba para obligarle á hacer un milagro el manifestarle solamente la necesidad y la turbacion en que se encontraban. Volviéndose, pues, á él, se contentó con decirle: *Les falta el vino.* El Salvador, que respondiendo á su Madre queria instruirnos, y hacernos conocer que él no obraba mas que por motivos sobrenaturales, y de ninguna modo por mira alguna humana, le dijo con un tono grave, que conocia bien la necesidad que tenian, y que ella no tenia por qué apurarse por ella, que él haria todo lo que fuese necesario á su tiempo; pero el de manifestar mi poder y mi gloria, añadió, no ha llegado todavía. San Agustin, san Crisóstomo y muchos otros Padres dicen que el Salvador esperaba que el vino faltase absolutamente, á fin de que no se creyese que habia simplemente aumentado aquel licor, ó que solo habia mezclado el agua con el vino. Queria que su primer milagro fuese incontestable, y que toda la boda fuese testigo de él. Jesucristo quiso tambien dar á conocer por esta respuesta, que si no habia hecho hasta entonces brillar su poder por medio de los milagros, no era por falta de poder, sino porque aun no habia llegado el tiempo determinado por su sabiduría. Tambien parece que quiso dar á conocer cuán eficaz era la intercesion de su Madre, y el poder que tenia sobre él, pues habiendo dicho que su hora de hacer milagros no habia llegado todavía, no por eso dejó de hacer uno de los mas brillantes tan presto como ella le manifestó que lo deseaba.

Esto lo comprendió tambien perfectamente la santísima Vírgen. Porque sin insistir, ni explicarse mas con él, llamó á los que servian, y les dijo que hiciesen todo lo que Jesús les ordenase. Muchos habian ya advertido que no habia vino, el mismo esposo lo habia notado, cuando Jesucristo mandó á los que servian que llenasen de agua seis tinajas de piedra, esto es, seis vasijas de una especie de alabastro, ó de piedra serpentina, destinadas á las purificaciones de los judíos, los cuales antes de la comida acostumbraban lavarse los piés, las manos, desde el codo hasta la punta de los dedos, los vasos para beber, los cuchillos y otras cosas de que se servian en la mesa. Cada una de estas vasijas cogia dos ó tres medidas de agua, esto es, cincuenta ó sesenta azumbres. Luego que estuvieron llenas hasta arriba, mandó in-

mediatamente el agua de color y de naturaleza, y se convirtió en un vino excelente por la virtud de Aquel, que por un solo acto de su voluntad ha hecho todas las cosas de nada. Entonces dijo Jesús á los que servian : Sacad ahora, y llevad para que lo guste el director del festin; el que presidia el festin era ordinariamente, si se cree á las tradiciones judáicas, uno de sus sacerdotes; el cual tenia cuidado de arreglarlo todo, é impedir que se hiciese nada contrario á la honestidad y á la decencia. A este sacerdote, pues, fue á quien se presentó, segun la órden del Salvador, el vino nuevo. Le gustó; pero, como ocupado en muchas mas cosas, no sabia nada de lo que habia pasado, quedó sorprendido de la excelencia del nuevo vino. Llamó inmediatamente al esposo que, segun la costumbre, al ir á las mesas, daba órden de que todo fuese servido á tiempo, y que en nada se faltase. ¿Con qué de este modo nos engañais? le dijo sonriéndose; siempre se ha usado en los demás convites, que el buen vino se sirva al principio de la comida, y el peor cuando se ve que ya se ha bebido bastante; pero vos lo habeis hecho al contrario, habeis guardado el bueno para el fin. No dejó de advertirse esta reconvencion, y cada uno reconoció en el gusto, que un vino hecho inmediatamente por el Criador, es mejor sin comparacion que el que la naturaleza produce. En este prodigio, que fue el primero de sus milagros públicos, comenzó el Salvador á hacer brillar su poder; pues, como siente Maldonado, no puede dudarse que el Salvador no hubiese hecho ya otros innumerables, solo conocidos de la santísima Vírgen y de san José; mas como no habia llegado aun el tiempo determinado para darse á conocer, permanecian desconocidos del público estos milagros; y fue este el primero por el cual el Salvador manifestó su gloria, y no sirvió poco para darle á conocer y afirmar sus discípulos en la fe.

Los discípulos de Jesucristo habian creido en él desde que tuvieron la dicha de verle y de oirle : una prueba de su creencia es que le habian seguido, y se habian agregado á él, habiéndose hecho discípulos suyos; pero este milagro, de que fueron testigos, les afianzó en su fe.

Si esta maravilla manifestó la gloria y el poder del Salvador sobre todas las criaturas; si ella dió á conocer á aquella numerosa compañía lo que él era, no debe servir menos para dar á conocer á todos los fieles el poder que tiene la santísima Vírgen para con su querido Hijo, y la deferencia que este Hijo divino tiene á la voluntad de su muy amada Madre. Algunos han creido que el Salvador no quiso hacer el primero de todos sus milagros sino á ruegos de su Madre, y

aun que quiso, al parecer, adelantar el tiempo de manifestar su poder, desde luego que la santísima Vírgen le manifestó el deseo que tenia de que obrase esta maravilla. Motivo grande de confianza en la Madre de Dios, dicen los santos Padres, el saber cuán dichosos son aquellos por quienes María se interesa. Sabemos, dice san Anselmo, que la bienaventurada Vírgen tiene tanto valimiento con Dios, que no puede dejar de tener su efecto todo lo que ella quiere.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui coelestia simul et terrena moderaris, supplicationes populi tui clementer exaudi, et pacem tuam nostris concede temporibus. Per Dominum...

Dios omnipotente y eterno, que arreglais todo lo que pasa en el cielo y en la tierra, escuchad benignamente los ruegos de vuestro pueblo, y haced que durante esta vida gustemos las dulzuras de vuestra paz. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XII *de san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Habentes donationes secundum gratiam, quae data est nobis, differentes; sive prophetiam secundum rationem fidei; sive ministerium in ministrando; sive qui docet, in doctrina; qui exhortatur, in exhortando; qui tribuit, in simplicitate; qui praeest, in sollicitudine; qui miseretur, in hilaritate. Dilectio sine simulatione. Odientes malum, adhaerentes bono: charitate fraternitatis invicem diligentes: honore invicem praevenientes: sollicitudine non pigri: spiritu ferventes: Domino servientes: spe gaudentes: in tribulatione patientes: orationi instantes: necessitatibus sanctorum communicantes: hospitalitatem sectantes. Benedicite persequentibus vos: benedicite, et nolite maledicere. Gaudere cum gaudentibus: flere cum flentibus: idipsum invicem sentientes: non alta sapientes, sed humilibus consentientes.

Hermanos mios: Como tenemos dones diferentes segun la gracia que se nos ha dado, si es para hacer las funciones de profeta, hagámoslo de un modo proporcionado á la fe que tenemos; si es para algun ministerio, ocúpese cada uno en su ministerio; si es para enseñar, enseñemos. Aquel que la tiene para exhortar, que exhorte; el que la tiene para distribuir limosnas, distribúyalas con un espíritu recto y sencillo; el que gobierna, que sea solícito; el que asiste á los miserables, que lo haga con alegría; sea su caridad sin artificio. Tened horror al mal, y adheríos al bien; amaos mútuamente con una caridad fraterna; adelantaos unos á otros en la cortesía; no descuideis las cosas de que estais encargados; sed fervorosos de espíritu; servid al Señor; regocíjeos la esperanza; sed pacientes en las tribulaciones; orad continuamente; tomad parte en las necesidades de los santos; complaceos en practicar la hospitalidad; bendecid á vuestros perseguidores, bendecidlos y guardaos de imprecarles con maldiciones; alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran; entrad en los sentimientos los unos de los otros; no tengais pensamientos presuntuosos, sino por el contrario humildes y modestos.

REFLEXIONES.

Tenemos dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado. Para ser miembros útiles en el cuerpo místico de que es jefe Jesucristo, no tratemos mas que de cumplir sin celos y sin vanidad las funciones á que estamos destinados por su providencia. Precavámonos igualmente contra el disgusto que conduce á mudar de ministerio, y contra la ambicion que lleva á buscar los mas brillantes. Aquellos á quienes os dignais emplear en vuestro servicio, ó Dios mio, en esto solo quedan bastante honrados, sean cualesquiera los empleos á que os agrade aplicarlos. Nada hay bajo, nada es pequeño en vuestro servicio; los puestos menos elevados, los empleos mas viles y mas oscuros no han servido poco para formar los mayores Santos. Haced la limosna con un espíritu recto y sencillo, dice el Apóstol, esto es, sin buscar la gloria por lo que dais, y sin temer con demasía el ser engañados en la eleccion de aquellos á quienes dais. La pobreza fingida que os arrebatare una limosna, no podrá quitaros el mérito de ella; cualquiera que sea el sugeto á quien damos la limosna, siempre es á Jesucristo á quien la hacemos. El que gobierna, continúa san Pablo, sea solícito. El gobernar es un honor, pero es tambien una carga: olvidad el honor que tal vez os inflaria, y atended á la carga que debe haceros cuidadoso. Si los que tienen el trabajo de obedecer, pudiesen conocer lo que cuesta el mandar, no seria tan grande el número de los émulos y de los envidiosos. Los puestos mas elevados no son los mas tranquilos. Las prelacías son mas bien unos cargos que dignidades; siempre tienen obligaciones que cumplir; y ¿se hallan siempre en sugetos dignos? Y cuando falta el mérito ¿qué honor puede dar la dignidad? Los empleos envidiados por aquellos que no atienden mas que á su esplendor, no son siempre objetos dignos de envidia. Sus obligaciones no se llenan sino á costa de cuidados penosos, y no pueden descuidarse sin atraer frecuentemente sobre sí el desprecio, y siempre los remordimientos. Endulcemos al pobre, conforme al consejo del Apóstol, la pena de pedir, y alguna vez tambien la de pedir con instancia, por la alegría con que le demos; aumentémosle el contento que tiene de recibir, por el que le demostremos nosotros al darle la limosna, de suerte que mas parezca que es un beneficio que nosotros recibimos de él, que un servicio que le hacemos: en el fondo ganamos nosotros infinitamente mas que él. Sea la caridad, dice san Pablo, sin artificio. A la verdad, el artificio siempre odioso, nunca lo es mas que en la amistad. La amistad

cristiana es siempre sin disimulo, sin disfraz, y esto es lo que constituye su dulzura; por el contrario, lo que introduce la amargura en las amistades mundanas, es que siempre van acompañadas de algunas desconfianzas. Para amar cristianamente, es preciso no adherirse mas que al bien, es necesario aborrecer el mal en aquellos mismos á quienes se ama; es decir, que es preciso no lisonjear sus defectos y sus pasiones. Cuando se ama de este modo, el amor es una virtud de caridad y por consiguiente sin disfraz. Puede decirse que no hay verdadera amistad sobre la tierra sino la que está fundada en la virtud.

El Evangelio es de san Juan al capítulo II.

In illo tempore: Nuptiae factae sunt in Cana Galilaeae: et erat mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus, et discipuli ejus ad nuptias. Et deficiente vino, dicit mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dicit ei Jesus: Quid mihi et tibi est, mulier? nondum venit hora mea. Dicit mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis, facite. Erant autem ibi lapideae hydriae sex positae secundum purificationem Judaeorum, capientes singulae metretas binas vel ternas. Dicit eis Jesus: Implete hydrias aqua. Et impleverunt eas usque ad summum. Et dicit eis Jesus: Haurite nunc, et ferte architriclino. Et tulerunt. Ut autem gustavit architriclinus aquam vinum factam, et non sciebat unde esset, ministri autem sciebant, qui hauserant aquam, vocat sponsum architriclinus, et dicit ei: Omnis homo primum bonum vinum ponit: et cum inebriati fuerint, tunc id, quod deterius est: tu autem servasti bonum vinum usque adhuc. Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galilaeae: et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus.

En aquel tiempo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús se hallaba en ellas. Jesús fue tambien convidado á las bodas con sus discípulos. Y habiendo faltado el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús la respondió: ¿Mujer, qué nos importa ni á tí, ni á mí? Aun no ha llegado mi tiempo. Su Madre dijo á los que servian: Haced todo lo que él os dijere. Habia, pues, allí seis vasijas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, cada una capaz de dos ó tres medidas. Díjoles Jesús: Llenad las vasijas de agua; y ellos las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesús: Sacad ahora, y llevad al director del festin; y ellos lo hicieron así. Luego que este hubo gustado el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde venia este vino, porque solo los sirvientes eran los que sabian bien que habian sacado agua, se dirigió al esposo y le dijo: Todos ponen al principio el vino bueno, y después que han bebido bien, se pone el que no es tan bueno; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora. Jesús hizo este primer milagro en Caná de Galilea, y por él comenzó á hacer brillar su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

MEDITACION.

Cuánta fortuna tienen aquellos por quienes se interesa la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la bondad, la compasion y la misericordia son, por decirlo así, como las virtudes favoritas de la Madre de Dios. Basta que nos hallemos en la indigencia para excitar su caridad, basta que tengamos necesidad de su socorro para conmover su celo. Nuestras miserias son títulos suficientes para tener parte en sus bondades; ella se interesa en nuestros males; lleva como en su seno á todos sus hijos, provee á sus necesidades, y aun previene sus peticiones. María, dice san Bernardo, abre su seno misericordioso para recibir á todos los hombres. El que está cautivo, continúa el mismo Padre, halla en María su redencion, el enfermo su salud; el que está triste, su consuelo; el justo la gracia, y el pecador la misericordia y el perdon: así que, añade el mismo Santo, debe invocarse á María, é invocarla en todas nuestras necesidades. ¡Ó María! exclama san Buenaventura, por miserable que sea un pecador, teneis con él ternuras de Madre; no le abandonaréis ciertamente hasta dejarle reconciliado con Dios. Esta bondad afectuosa y universal es la que ha hecho decir á santo Tomás, que en cualquiera necesidad en que uno se halle, en cualquiera peligro en que esté, puede siempre esperar su salvacion, mediante el favor y la proteccion de la santísima Vírgen. Tambien por esta razon la saluda la Iglesia muchas veces al dia, como Madre de misericordia, vida nuestra, nuestro consuelo, esperanza nuestra en todas nuestras necesidades. Seguros de la bondad singular, de la caridad benéfica, de la extrema ternura que la santísima Vírgen tiene con todos los hombres; seguros del poder sin límites que tiene con su amado Hijo, comprendamos cuánta fortuna tienen todos aquellos por quienes se interesa. ¿Los dejará sin auxilio en la necesidad? ¿les rehusará su intercesion, su proteccion en los mayores peligros? ¿será insensible á sus gemidos? ¿se hará sorda á sus oraciones? No, dicen los Padres de la Iglesia, ella está atenta á todas las necesidades de sus devotos, previene todas las indigencias de los que se dedican á su servicio. Todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos, dice el bienaventurado san Pedro Damiano. ¿Los rehusará á los que la sirven? Tan dulce es el amar á esta buena Madre con ternura, como ventajoso el servirla con fervor y con fidelidad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo que pasa en las bodas de Caná como el Evangelio lo refiere. Los parientes, ó por lo menos los amigos particulares, convidan á la santísima Vírgen á las bodas, y Jesús es tambien convidado á ellas. Nunca se hallan el uno sin la otra. En vano se hubiera convidado á la Madre, si el Hijo no se hubiese hallado allí. ¡Qué ilusion! ¡qué error! imaginarse, que estando en desgracia del Hijo, pueda tenerse devocion á la Madre. Estando en la mesa, la santísima Vírgen notó que faltaba el vino, lo cual debia ocasionar gran confusion á los que celebraban la boda. Esta Madre de misericordia, siempre atenta á las necesidades de aquellos que la tienen consideracion y amor, quiso excusarles esta vergüenza suplicando á su Hijo amado que hiciese en favor suyo uno de los mas grandes milagros. No tuvo necesidad de hacer un gran discurso para obligarle, bastó que le insinuase su voluntad; su deseo suplió al ruego. Se vuelve á Jesús que estaba á su lado, y le dice simplemente: *No tienen vino.* Admiremos la atencion y el empeño benéfico de la santísima Vírgen; nadie se dirige á ella; muchos de los que celebraban la boda ignoran aun el embarazo que ocurria, y la mayor parte nada saben de la penuria en que se hallaban. No importa, la santísima Vírgen conoce la necesidad, y se interesa por ellos por pura amistad; no se necesita mas para que pida á su Hijo que haga un milagro, para salvar la vergüenza que este accidente iba á ocasionar á los recien casados; y sin decirles nada, emplea todo su crédito con Jesús para hacerles un servicio tan importante. Dios mio ¡qué dichosos son aquellos por quienes la santísima Vírgen se interesa! La respuesta que da Jesús á su Madre es misteriosa: *¿Qué nos importa ni á tí ni á mí, mujer?* como si dijese: ¿Pensais que ignoro la necesidad en que se hallan aquellos por quienes os interesais? ¿ó que no conozco el deseo que teneis de que yo haga un milagro para sacarles del apuro? pero Vos sabeis que hasta ahora no me he dado á conocer en nada, y que en todas las cosas no puedo obrar sino conforme á la voluntad de mi Padre. Si no hubiese llegado todavía el tiempo de hacer brillar mi gloria, y de hacerme conocer, ¿querríais que yo lo adelantase? La santísima Vírgen no ignoraba el misterio; sabia que Dios habia determinado desde la eternidad, que el Salvador no haria su primer milagro sino á ruego de su Madre. Esto es lo que la obligó, sin esperar otra respuesta, á llamar á los que servian á la mesa y decirles: *haced sin réplica todo lo que Jesús os ordenare,* porque sabia bien que bastaba haberle manifestado el deseo que tenia para obtener de él un milagro. En efecto, se hace el milagro, y to-

dos son testigos de la omnipotencia del Hijo, y del crédito cási omnipotente de la Madre. ¡Oh, dichosos aquellos por quienes se interesa la santísima Vírgen! ¡dichosos aquellos que tienen una devocion tierna á María! ¡dichosos los que la sirven, y la sirven con fervor y con fidelidad!

Haced, Señor, que yo sea de este número; y la gracia singular que os pido, Vírgen santa, el primer uso, por decirlo así, que yo deseo que hagais de vuestro crédito en favor mio, es que yo sea uno de vuestros mas fieles siervos el resto de mis dias.

Jaculatorias. — ¡Qué dichosos son vuestros verdaderos siervos, Vírgen santa, que están continuamente en vuestra presencia! (*III Reg.* x).

Haced ver en todas mis necesidades que sois mi Madre; y haga yo ver tambien en todas ocasiones que soy uno de vuestros hijos. (*Eccles.*)

PROPÓSITOS.

1 Para que la santísima Vírgen se interese por nosotros, es necesario que nosotros nos interesemos por ella. Interesémonos en su gloria, en su culto, y en todo cuanto pueda honrarla. No hay sociedad alguna erigida en honor de María, que no sea un antemural y un fuerte contra los insultos del enemigo de la salvacion; un abrigo contra la corrupcion del siglo, un asilo para los pecadores, una escuela donde se aprende la ciencia de la salud, un arsenal contra el vicio. Nada hay mas santo que estas cofradías, autorizadas por la Santa Sede, bajo el título y la proteccion especial de la Madre de Dios. ¿Puede dudarse que ella se interese por todos sus cofrades? La del Rosario y la del Escapulario son de las mas célebres en la Iglesia, lo mismo que las demás congregaciones. Haceos alistar en las unas y en las otras; pero cuidad de cumplir todas las obligaciones que imponen sus constituciones. Anumeraos en su congregacion: ninguna sociedad mas propia para interesar á la santísima Vírgen en todas vuestras necesidades, ninguna escuela mas útil á los verdaderos siervos de María, con tal que seais frecuentes en ella, y que sigais sus reglamentos.

2 Á mas de las prácticas de devocion á la santísima Vírgen, que se hallan en todo el curso del Año Cristiano, y de que no debeis nunca dispensaros, rezad todos los dias la oracion siguiente, que tan eficazmente obliga á la santísima Vírgen á no negarnos su auxilio, y una proteccion particular en todas nuestras necesidades. Esta es la oracion que era tan familiar al célebre Claudio Bernard, llamado co-

munmente el pobre sacerdote, y á la que este santo eclesiástico atribuia todos los favores que recibia del cielo, como se lee en la historia de su vida.

«Acordaos, Vírgen santa, llena toda de bondad, que jamás ha «sucedido que ninguno de los que han recurrido á vuestra poderosa «proteccion, que han implorado vuestro auxilio, que han confiado en «vuestra bondad y en vuestra benevolencia, haya nunca sido des-«pedido. Lleno de la misma confianza, recurro á Vos, Reina de las «Vírgenes, y aunque soy pecador, me atrevo á presentarme delante «de Vos, lamentando el recuerdo de mis miserias: Madre de Dios, «no desprecies mis humildes súplicas, antes bien, sedme propicia, «y dignaos escuchar mis votos. Así sea.»

Una dichosa experiencia ha demostrado que es tan grata esta oracion á la santísima Vírgen, que nunca se hace sin fruto, con tal que se haga con devocion y confianza.

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Este domingo nada tiene de particular que interese. Solo se sabe que en la antigüedad se le ha denominado de diferentes modos. Domingo del Leproso, domingo del Centurion, ó domingo después de la cátedra de san Pedro: las dos primeras denominaciones se tomaban del asunto del Evangelio; la otra procedia de que este domingo es siempre el primero que sigue á la celebracion de la cátedra de san Pedro en Roma, la cual está asignada al dia 18 de enero.

La misa de este dia comienza por estas hermosas palabras del versículo 8 del salmo XCVI: *Angeles del Señor, adorad al Salvador y Juez soberano de los hombres y vuestro. Sion ha salido fuera de sí de alegría al oir ensalzar la gloria de su Rey. Las hijas de Judá han dado saltos de regocijo, Señor, al saber que debeis juzgar al universo.* Restablecido David en su trono, se sirve del castigo de sus enemigos para describir en este salmo la segunda venida de Jesucristo en el dia del juicio universal. El Profeta convida á los Ángeles á que adoren á este Hombre Dios. Manifiesta la alegría que ha tenido Sion al saber cuál es el poder de que un dia ha de estar revestido su Rey. En fin, exhorta á los hombres á que huyan del mal á fin de merecer con su inocencia la proteccion y las recompensas de su soberano Juez. Así es como interpretan los santos Padres esté salmo. *Adorate eum omnes angeli ejus:* espíritus santos, ministros del Señor, adorad al soberano Dueño del

universo, ya que no lo hacen los hombres ingratos, los hombres vanos é impíos que le desprecian, hasta que él se haga á sí mismo justicia en el dia terrible del juicio universal. Angeles del Señor, rendid al Juez de toda la tierra las adoraciones y respetos dignos de su majestad, ya que nosotros somos tan poco capaces de rendirle los honores que merece. *Laetata est Sion:* toda la Iglesia, de que Sion es aquí la figura, triunfa llena de contento; y las hijas de Judá, esto es, todas las almas justas, las almas fieles, *exultaverunt*, dan á conocer su alegría cuando contemplan que en el gran dia de vuestras recompensas y de vuestras venganzas os haréis justicia á la faz de todo el universo recompensando con una gloria eterna á los que os han servido con fidelidad inviolable, y castigando con un suplicio eterno á los impíos que os han despreciado tan descaradamente.

La Epístola de la misa de este dia es continuacion de la del domingo precedente: está tomada del mismo capítulo XII de la carta de san Pablo á los Romanos. El Apóstol continúa enseñándoles los principales deberes de la vida cristiana. Como se habia introducido entre los fieles que habia en Roma no sé qué espíritu de imperfeccion, en el que tenian mucha parte el amor propio y los celos, y que producia entre los fieles de esta Iglesia el que los unos se prefiriesen á los otros; los judíos á los gentiles, pretextando que ellos habian sido escogidos por Dios para que fuesen la nacion privilegiada de la cual debia nacer el Mesías; y los gentiles á los judíos que habian sido tan ingratos y tan impíos que habian hecho morir en la cruz al Mesías tan esperado de ellos; el Apóstol se esfuerza en muchos parajes de esta carta en abatir la vanidad de los unos y de los otros por la consideracion de sus propias miserias, y teniendo presente la misericordia de Dios á la cual solamente debian todo el bien que habia en ellos. Les exhorta á que sufoquen enteramente el espíritu de nacionalidad tan opuesto al espíritu de Dios, el espíritu de partido que reina alguna vez entre las gentes que hacen profesion de piedad, y que no tiende mas que á mantener la division, debilitar la caridad y fomentar el espíritu de cábala. San Pablo recomienda á todos la humildad; pero una humildad sincera que consiste no en un desprecio exterior y afectado de sí mismo, sino en un conocimiento interior de su bajeza y de su miseria; una humildad de corazon que ama la humillacion sin querer hacer ostentacion de ella. Como la humildad de corazon es inseparable de la dulzura, el santo Apóstol la inspira á todos los fieles, exhortándoles á que perdonen de buena gana las injurias léjos de prevenir la venganza que Dios mismo tomará de la in-

justicia que se les pueda haber hecho, y hacer bien á aquellos que nos hacen mal; haciéndolo así, les dice, amontonais carbones ardientes sobre su cabeza. Segun san Gerónimo y san Agustin, amontonar carbones sobre la cabeza de su enemigo, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, causarle un vivo dolor de haber ultrajado á aquellas personas que le colman de bienes, forzarle á amarlos como á pesar suyo. Por poco honor y religion que uno tenga, nada llena tanto de confusion á un hombre como el verse colmado de beneficios por aquel á quien acaba de cargar de injurias ó de hacerle daño. Contrasta extraordinariamente el honor que le resulta al uno con la sinrazon del otro. El resplandor de la virtud del hombre cristiano patentiza con mayor claridad la malignidad y los vicios de un corazon ulcerado y de un espíritu perverso. En fin, concluye el Apóstol, no os dejeis vencer por el mal, antes bien tratad de vencer el mal por el bien. ¡Cuánta gloria y cuánto mérito hay en esta victoria! Es uno vencido por el mal cuando no teniendo fortaleza para sufrir los ultrajes de un enemigo, ultrajándole cae en el mismo pecado con respecto á él, que el que él habia cometido contra el otro. Vencer el mal por el bien es el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana, es la prueba mas auténtica de una virtud heróica.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la curacion del leproso y la del criado del centurion que refiere san Mateo al capítulo VIII. Habiendo Jesús llamado á su compañía á san Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan, recorrió con ellos muchas ciudades, aldeas y lugares enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á una montaña elevada, le siguió inmediatamente un pueblo numeroso, al que sus milagros atraian en pos de él y que ansiaba por oirle. Entonces fue cuando hizo el gran sermon que puede considerarse como el compendio de toda la doctrina del Salvador y como el resúmen de toda la moral cristiana. Habiendo bajado de esta montaña se le presentó un leproso; causaba horror el ver á este pobre enfermo; estaba todo cubierto de úlceras ó manchas deformes, á manera de escamas de pescado por todo el cuerpo, ó mas bien todo su cuerpo no era mas que una úlcera. Estaba tan espantoso que no se atrevia á manifestarse, así que se arrojó á los piés del Salvador, pegado el rostro á la tierra, le adoró humildemente, y abrazándole las rodillas, animado de una fe viva y lleno de una confianza firme: Señor, le dijo, yo sé que nada os es imposible, estoy seguro que si quereis me podeis curar de mi lepra; mi salud, pues, está en vuestras manos. Vos estais lleno de misericordia, veis mi mal, y esto

basta. Apenas hubo dicho esto, extendió Jesús la mano, le tocó, y le dejó tan limpio y tan sano como nunca lo habia estado, sin decir otra cosa mas que *yo lo quiero : queda curado*. Pero este Señor omnipotente que remedia las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo, queriendo enseñarnos, dice san Ambrosio, la humildad, prohibe al leproso que publique el milagro de su curacion, y la prohibicion que le hace va acompañada de amenazas. Hasta le despide con tal prontitud, que parece mas bien arrojarle de su presencia que despedirle. Vete, le dice, y guárdate bien de hablar á nadie de todo esto; preséntate únicamente al príncipe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moisés manda que se le ofrezca, á fin de que no vuelvas á entrar en el comercio con las gentes sin su consentimiento, y que él y todos los sacerdotes sean testigos del acatamiento que yo hago á la ley.

La ley establecia á los sacerdotes jueces de esta enfermedad: á ellos les tocaba declarar si los que se les presentaban estaban tocados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos que eran reconocidos por sanos ofrecian inmediatamente dos gorriones, y ocho dias después ofrecian dos corderos y una oveja; si eran pobres, un cordero y dos tórtolas, después de lo cual volvian á la sociedad. El sacerdote les introducia en seguida en la ciudad, y después en el templo donde ofrecian su presente, como estaba mandado por la ley.

Este hombre que debia su vida y su salud á Jesús, supo muy bien distinguir las dos cosas que se le habian dicho. En cuanto á la primera que le prohibia hablar de la curacion, no la consideró de ningun modo como un precepto, sino solo como una leccion ó como un ejemplo de humildad, dice san Ambrosio; por esto luego que pudo presentarse en público, y que hubo concluido el tiempo de su separacion, conforme á la disposicion de la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado. Si bien que habiéndose esparcido por todas partes la noticia, no se hablaba en todas mas que del milagro. La súplica de este leproso, dice san Crisóstomo, indica la grandeza de su fe, su firme confianza y su perfecta resignacion; es uno de los mas bellos modelos de oraciones que se ven en el Evangelio. Algunos creen que la prohibicion que hizo el Salvador al leproso de publicar su curacion milagrosa, no debia entenderse sino antes que hubiese satisfecho á la ley que le obligaba á irse á presentar al sacerdote, y hacer su ofrenda á Dios en el templo antes de presentarse en público.

El milagro del leproso curado se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesús en ella,

encontró inmediatamente á los ancianos y los mas calificados de los judíos, que vinieron á rogarle de parte de un centurion que se dignase curar á un criado muy querido de este oficial que se hallaba peligrosamente enfermo. San Mateo para compendiar la narracion nada dice de la mediacion de los judíos, y lo cuenta como si todo hubiese pasado solo entre el Salvador y el centurion. San Lucas, que circunstancia este hecho mas á la larga, no dice que el mismo centurion haya venido, sino que únicamente habia hecho suplicar á Jesús por medio de los mas notables de los judíos para que estos le hablasen en su nombre, sirviéndose aun hasta de sus propias palabras. No hay cosa mas comun en la Escritura que atribuir á alguno lo que ha hecho hacer ó decir por otro. Es verisímil que la primera súplica la hiciesen los ancianos de los judíos en nombre del centurion, y que sabiendo este oficial que Jesús venia á su casa, se presentase él mismo.

El centurion, que era un oficial romano de infantería que tenia á sus órdenes cien soldados, y que mandaba entonces en Cafarnaum, habiendo sabido que Jesús estaba en la ciudad, queria ir en persona á verle y decirle: Señor, tengo un criado en mi casa, que está cruelmente atormentado de una parálisis que Vos solo podeis curar; mas los que habia elegido por intermedios, se encargaron, segun el uso del tiempo y del país, de llevar la palabra en su nombre, y no contentos con esto añadieron de su parte solicitaciones ejecutivas, diciendo al Salvador: Este hombre merece que le concedais la gracia que os pide, porque aunque es extranjero ama á nuestra nacion, y aun nos ha hecho edificar una sinagoga.

No podian racionalmente concebir que serian mal recibidos de Aquel cuya bondad, no menos que su poder, no tienen límites. El Salvador, en efecto, les concedió mas de lo que pedian: Yo mismo iré, les respondió, y curaré al enfermo; y al momento se encaminó allá con ellos. Advertido el centurion de que venia Jesús á su casa, salió al encuentro de este médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia: Señor, le dijo, no os tomeis la pena de ir mas adelante, porque yo no merezco que entreis en mi casa. Ni aun yo mismo me habia juzgado digno de presentarme á Vos en persona: estoy seguro de que podeis, sin pasar adelante, decir una sola palabra, y no será necesario mas para curar á mi criado. Vos no recibís órdenes de ninguno, porque no hay nadie que sea superior á Vos. Es, pues, muy debido que toda la naturaleza os obedezca como á su Señor soberano, y yo no dudo que no hay enfermedad

que no disipeis, diciendo una sola palabra; porque yo que no tengo mas que una autoridad subordinada, me hago obedecer de mis inferiores á la menor señal de mi voluntad; con cuánta mas razon lo hallaréis Vos todo sumiso á vuestra sola palabra.

Este discurso agradó al Salvador, y no pudo menos de dar señales de admiracion. No porque la admiracion que demostró procediese de ignorancia, de asombro ó de sorpresa, como en nosotros, puesto que él lo sabia todo, lo preveia todo, y nada podia serle nuevo; era mas bien un efecto de la extraordinaria satisfaccion que le causó la fe de este oficial romano, y esto fue lo que le hizo decir á todos los que le seguian: En verdad que no he hallado tanta fe en Israel, en ninguno de los que he favorecido mas, y que están mas obligados á creer y á confiar en mí, debiendo sin duda ser tan firme vuestra fe como la de este extranjero. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío. Siempre debe exceptuarse la santísima Vírgen, san Juan Bautista y los Apóstoles, sin que esta excepcion impida que la fe de este extranjero fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Por esto, añadió el Salvador, debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos de Oriente y Occidente tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; se sentarán con estos santos Patriarcas entre las delicias y regocijos de un festin perpetuo, mientras que los hijos de la casa que podian aspirar los primeros á este reino, como á una herencia que se les destinaba con preferencia á los demás, serán desheredados y arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, y en donde no tendrán mas que lágrimas y crujir de dientes. Lo que el Hijo de Dios acababa de decir, indica bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecieron sustituir á los judíos, y sucederles en todos sus derechos. Se sentarán en el festin con Abraham, Isaac y Jacob, es decir, que las promesas hechas á los antiguos Patriarcas de una tierra de delicias y de una felicidad eterna, se cumplirán en sus personas, mientras que los judíos, vasallos naturales, por decirlo así, del reino del Mesías, no se aprovecharán de ellas. Después de haberse ellos mismos excluido de la Iglesia de Jesucristo y permanecido en la ceguera, serán arrojados para siempre de la sala del banquete celestial, arrojados á las tinieblas exteriores, y precipitados en las llamas del infierno. Este oráculo terrible habla tambien con los malos cristianos, que habiendo sido llamados al festin misterioso, y aun habiendo entrado en la sala con todos los convidados, no hu-

bieren llevado la ropa de boda, esto es, hubieren perdido la inocencia, y muerto en pecado.

Hasta aquí el Salvador solo habia alabado la fe heróica del centurion; pero no habia respondido á la súplica de este nuevo fiel, ni á los que habian pedido de su parte. No se atrevian, sin embargo, á urgirle sobre la curacion solicitada, ya por un género de respeto, ya porque sabian bien, que cuando quisiese, y en cualquier lugar que estuviese presente ó ausente, curaba los enfermos. Por fin, dirigiéndose al centurion: Vé, le dice, yo quiero que se cumpla tu deseo, y que esta sea la recompensa de tu fe; y en la misma hora el enfermo quedó perfectamente curado de su parálisis. Esta maravilla no obró solo la curacion del cuerpo; todos los que fueron testigos se llenaron de admiracion, y la mayor parte creyeron en el Salvador, embelesados y persuadidos de la eficacia de su palabra.

La Oracion de la Misa del dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, infirmitatem nostram propitius respice: atque ad protegendum nos dexteram tuae majestatis extende. Per Dominum nostrum...

Dios omnipotente y eterno, mirad nuestra flaqueza con ojos favorables, y extended la mano poderosa de vuestra Majestad para favorecernos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es tomada de la carta de san Pablo á los Romanos, capítulo XII.

Fratres: Nolite esse prudentes apud vosmetipsos: nulli malum pro malo reddentes: providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. Si fieri potest, quod ex vobis est, cum omnibus hominibus pacem habentes: non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum irae. Scriptum est enim: Mihi vindicta: ego retribuam, dicit Dominus. Sed si esurierit inimicus tuus, ciba illum: si sitit, potum da illi: hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus. Noli vinci à malo, sed vince in bono malum.

Hermanos mios: No seais prudentes á vuestros propios ojos: no volvais á nadie mal por mal. Portaos de modo que vuestras acciones sean buenas no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres; viviendo en paz con todo el mundo, si esto es posible, y en cuanto dependa de vosotros. No os vengueis vosotros mismos, sino dejad pasar la cólera. Porque está escrito: A mí es á quien pertenece la venganza: yo tomaré satisfaccion, dice el Señor. Al contrario, si vuestro enemigo está oprimido del hambre, dadle de comer; si está abrasado por la sed, dadle de beber; porque haciendo esto amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza. Guardaos de ser vencidos por el mal, antes bien tratad de vencer el mal por el bien.

REFLEXIONES.

No seais prudentes á vuestros propios ojos. La demasiada buena opinion que uno forma de sí mismo es la que causa la hinchazon del co-

razon, por la cual el hombre se infla, y encarece sus ideas. De aquí la diversidad de pareceres, las divisiones en la Iglesia y en el Estado; de aquí los celos y otras cien pasiones que desgarran el corazon, y ocasionan tantas turbulencias. No hallarémos nuestro reposo mas que en la humildad. La paz no reina mas que en las almas humildes. Para convenirse en los sentimientos es preciso muchas veces ceder á las luces de los otros, y esto es lo que no puede esperarse de los que son sabios á sus propios ojos. Ninguna cosa demuestra mejor la sublime perfeccion de la ley cristiana, que la obligacion que impone de volver bien por mal. Entonces merecemos doble corona por el mal que sufrimos con paciencia, y por el bien que la caridad nos impele á hacer á los que nos han hecho el mal. Se ha dicho, aun en el lenguaje del mundo, que no hay venganza mas heróica que la que atormenta á la envidia á fuerza de hacer bien; aun mejor puede decirse que no hay heroismo mas real, que el volver bien por mal, segun el espíritu del Cristianismo. La venganza tiene cierto carácter de bajeza, es una pasion comun al hombre y á los animales mas feroces. Ninguna cosa hay tan grande como el perdonar las injurias; pero no hay virtud ninguna que en cierto modo nos acerque tanto al mismo Dios, como el hacer siempre bien á aquellos mismos que nos desean y nos hacen siempre mal. Obrad de modo, dice el Apóstol, que vuestras acciones sean buenas, no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres. La caridad que nos obliga á edificar al prójimo, no es contraria á la humildad que nos inclina á ocultar nuestras virtudes. La humildad consiste entonces, no en evitar lo que nos atrae la gloria, sino en no buscarla. No siempre podemos mantener la paz con los hombres; pero por lo menos debemos siempre procurar que no se comience por nosotros la guerra y la division. Teniendo que vivir con personas de diferente humor, que tienen pasiones diferentes, tan vivas y tan fáciles de irritar, considerémonos como quien está rodeado de enemigos dormidos á quienes no se puede despertar sin peligro. A mí, dice el Señor, es á quien pertenece la venganza. ¿Cómo, pues, segun esto, se atreverá ninguno á tomarla por sí mismo. Esto seria desconfiar de la justicia de nuestro Dios, que se ha encargado de hacerlo. Este derecho no pertenece mas que á Dios, soberano juez, el único que no puede ser seducido, ni por la pasion, ni por el interés.

El Evangelio de la Misa es del capítulo VIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Cum descendisset Jesus de monte, secutae sunt eum turbae multae: et ecce leprosus veniens, adorabat eum, dicens: Domine, si vis, potes me mundare. Et extendens Jesus manum, tetigit eum, dicens: Volo. Mundare. Et confestim mundata est lepra ejus. Et ait illi Jesus: Vide, nemini dixeris; sed vade, ostende te sacerdoti, et offer munus, quod praecepit Moyses in testimonium illis. Cum autem introisset Capharnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus: Ego veniam, et curabo eum. Et respondens centurio, ait: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites, et dico huic: Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit. Audiens autem Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Israël. Dico autem vobis, quod multi ab Oriente et Occidente venient, et recumbent cum Abraham, et Isaac, et Jacob in regno coelorum: filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium. Et dixit Jesus centurioni: Vade, et sic ut credidisti, fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

En aquel tiempo: Como Jesús bajase de la montaña, le siguió una muchedumbre de gentes. Al mismo tiempo se llegó á él un leproso, y le adoró diciendo: Señor, si quereis, podeis limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano le tocó y le dijo: Quiero, queda limpio; y en el momento quedó limpio de su lepra. En seguida le dijo Jesús: Guárdate de decir esto á nadie, sino vé y muéstrate al sacerdote, y para prueba de que estás sano, ofrece el presente ordenado por Moisés. Habiendo entrado Jesús, después de obrado este prodigio, en Cafarnaum, se le acercó un centurion y le rogó en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa, que está en el lecho paralítico, y sufre gravísimos dolores. Díjole Jesús: Yo iré, y le curaré; á lo cual respondió el centurion: Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solamente una palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo al uno vé, y va; al otro ven, y viene; y á mi criado haz esto, y lo hace. Al oir Jesús este discurso manifestó admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel; pero tambien os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, al tiempo que los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas exteriores, en las que llorarán y crujirán los dientes sin remedio. Después dijo Jesús al centurion: Vé, y suceda como lo has creido. Y en aquella misma hora quedó el criado sano.

MEDITACION.

Sobre la confianza en Dios.

Punto primero. — Considera que la confianza en Dios comprende una fe viva y una esperanza firme en su misericordia. De modo que la fe, la esperanza y la caridad son inseparables de la confianza; no debe por tanto sorprendernos que la confianza en Dios sea

tan eficaz, y que se haga tan vivamente dueño del corazon de Dios. Se diria que el Señor no puede negar nada á la confianza. *Todo es posible para el que cree* (*Marc.* IX), y que tiene una verdadera confianza en Dios. Tu confianza te ha salvado, dijo el Salvador al ciego que estaba sentado en el camino cerca de Jericó. La palabra *fe* en todos estos parajes de la Escritura significa tanto la confianza como la fe; y á la verdad cuási no es posible que haya fe, donde no hay confianza. Parece que Jesucristo no exigia de todos aquellos en cuyo favor queria hacer algun milagro, mas que esta virtud; porque ella es la mas propia disposicion para todas las gracias. *¿No os he dicho,* responde el Salvador á los que dudaban si podria resucitar á Lázaro después de cuatro dias de enterrado, *no os he dicho que si creeis, veréis á Dios glorificado?* (*Joan.* XI). Vé, dice el Salvador al centurion de nuestro Evangelio, vé, y suceda como lo has creido. *¿Creeis,* dijo Jesucristo á los ciegos, *teneis confianza de que yo puedo hacer lo que deseais?* (*Matth.* IX). *Todo lo que pidiéreis con confianza en la oracion lo obtendréis.* Tened una confianza firme y de ningun modó vacilante, y *estad seguros, que no pediréis nada que no obtengais.* (*Matth.* XXI). *No temas,* dijo el Salvador al jefe de la Sinagoga que venia á pedirle la curacion de su hija, *no temas, ten confianza en mí, y tu hija no morirá.* (*Luc.* VIII). Esta confianza en Dios ha sido la principal virtud de todos los Santos de la antigua ley. *Yo confío firmemente,* decia David, *que el Señor que me ha librado tantas veces del furor de los leones y de los osos, me librará de las manos de este filisteo.* (*I Reg.* XVII). No debemos extrañar que esta virtud sea tan ordinaria en todos los Santos, puesto que sin ella todas las demás virtudes son defectuosas. Ni tampoco debe sorprendernos el que agrade tanto á Dios, puesto que no hay virtud, por decirlo así, que le haga mas honor. Ninguna que ofrezca una idea mas justa de su poder infinito, de su bondad sin límites, de su misericordia inagotable con todos los pecadores. ¡Qué desgracia carecer de una virtud tan útil y tan necesaria!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la confianza en Dios, obliga, por decirlo así, al Señor, á oir nuestros votos, y á derramar sobre nosotros los tesoros de su misericordia por indignos que seamos de ellos. Así es que los derrama con tanta abundancia sobre aquellas almas fieles que ponen en él toda su confianza. Aun parece que Dios nada desea tanto como persuadir esta consolante verdad á todos sus hijos. Se puede decir que acaso no hay nada mejor marcado, ni mas

veces repetido en la Escritura. *Yo he esperado siempre en Vos*, dice David, *y estoy seguro de no haber nunca esperado en vano.* (*Psalm.* xxx). *Los que temen al Señor,* dice en otra parte, *y esperan en su bondad, están seguros en todas partes.* (*Psalm.* xxxii). Gustad al Señor, y ved si en el tiempo de nuestras penas hay alguna cosa que sea semejante á las dulzuras que en él se encuentran. *Dichoso el hombre que pone toda su confianza en Dios.* (*Psalm.* xxxiii). El Señor no dejará que sucumba ninguno de los que esperan en él. *No hay uno de cuantos ponen su confianza en Dios que no sea feliz.* (*Psalm.* ii). *Los que confian en el Señor, serán tan inmobles como la montaña de Sion.* (*Psalm.* cxxiv). *Aquel,* dice el Sabio, *que pone su confianza en Dios, nada tiene que temer.* (*Eccli.* xxxii). *No, Señor,* exclama el profeta Daniel, *no se engaña uno jamás en su esperanza cuando pone su confianza en Vos.* (*Dan.* iii). *Toda mi felicidad consiste,* dice David, *en poner en Dios toda mi confianza.* (*Psalm.* lxxii). El Señor se halla siempre cerca de los que le invocan para consolarlos; pero de los *que le invocan con una verdadera confianza en su bondad.* (*Psalm.* cxliv). Todos los Salmos de David, todos los escritos de los Profetas, toda la Escritura santa está llena de exhortaciones á todos los fieles, para persuadirles que pongan toda su confianza en Dios, y asegurarles que ella es omnipotente y siempre eficaz. ¡Buen Dios, qué medio mas corto ni mas fácil! Nosotros nos quejamos de que no somos oidos; quejémonos de que nos falta la confianza.

En efecto, Señor, Vos no tendréis ya motivo para darme una queja semejante, porque yo espero con el auxilio de vuestra gracia, que mi confianza en Vos será de hoy en adelante tan perfecta, que os obligará á asistirme en todas mis necesidades, y á concederme todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS.—En Vos, Señor, he puesto toda mi confianza: estoy seguro que no he esperado nunca en vano. (*Psalm.* lxx).

He puesto mi confianza en el Señor; ¿por qué me decís que huya á la montaña? (*Psalm.* x).

PROPÓSITOS.

1 El Señor no nos pide, por decirlo así, para asistirnos en nuestras necesidades, y para colmarnos de sus gracias, mas que el que tengamos una entera confianza en su bondad. ¡Qué sentimiento, por toda una eternidad para un réprobo, el no haber tenido esta confianza! Si los príncipes no pidiesen á sus clientes mas que la confianza

para dispensarles sus favores, ¿se hallarian muchos vasallos ó cortesanos que no la tuviesen? y ¿tendrémos siempre nosotros necesidad de estos paralelos odiosos, de estas comparaciones tan desproporcionadas para hacernos conocer nuestra sinrazon, y cuán injusta es nuestra conducta con Dios? Fogosos por nuestros propios intereses, cuando se trata de los bienes perecederos, que nunca tenemos mas que en depósito, no omitimos ninguno de cuantos medios son necesarios para conseguirlos. ¿Dejaríamos de tener confianza, si supiéramos que ella fuese absolutamente necesaria para hacer eficaces nuestras demandas? ¿En qué consiste que nos falta ordinariamente con respecto á Dios? Procurad, pues, el no teneros que reprender de esto; es esta una virtud que Dios quiere que tengais; pedidla, y estad seguros que os la concederá. Decidle muchas veces: Yo creo, Señor, que me concederéis la gracia que os pido, y que aumentaréis la confianza que tengo en vuestra bondad.

2º Antes de todas vuestras oraciones, excitaos á esta misma confianza, mirándola como una disposicion esencial para ser oidos. No olvideis el excitarla igualmente en todas vuestras necesidades, al recurrir á Dios en cien acontecimientos pesados de la vida, en que necesitais siempre de un auxilio particular. Reanimad la confianza que teneis vosotros, inspirando á los demás esta virtud tan necesaria. En las ocasiones que se ofrezcan, dad pruebas de vuestra fe. Todos los dias puede decirse con mucho fruto la oracion siguiente: Creo en Vos, Señor; pero haced que mi fe sea siempre mas viva, y mi confianza siempre mas firme. Espero en Vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea siempre mas segura. Os amo, Señor; pero haced que mi amor sea siempre mas ardiente. Estoy pesaroso de haberos ofendido; pero haced que mi contricion sea siempre mas perfecta.

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Como el dia de Pascua es el que determina el número de los domingos después de la Epifanía, y después de Pentecostes; los que hay después de la Epifanía, y cuyo curso interrumpe la Septuagésima, se trasladan para llenar los que quedan vacíos hasta el Adviento, y que exceden el número de los veinte y cuatro después de Pentecostes. La movilidad, por decirlo así, de estos domingos, ha hecho que no se les haya asignado oficio propio para la misa del dia, y en esto consiste que el intróito ó principio de la misa del tercero, cuarto,

quinto y sexto domingo después de la Epifanía, es el mismo. Está tomado del octavo versículo del salmo XCVI., como queda dicho en el domingo precedente; solo son propios de este domingo la Epístola y el Evangelio.

Ángeles del Señor, adorad al Juez soberano de los hombres y de los Ángeles; Sion ha salido fuera de sí de regocijo al oir contar la gloria de su Rey; y las hijas de Judá han dado, Señor, saltos de alegría, al saber que Vos debeis juzgar el universo. El Señor es el rey de todo el universo: manifiesten su contento y hagan brillar su alegría todos los habitantes del continente, y todas las islas del mar. Se ha dicho ya que los santos Padres interpretan y explican este salmo de la primera y de la segunda venida de Jesucristo, de su reino en la Iglesia, y de la vocacion de los gentiles. El mismo san Pablo determina este sentido en la Epístola á los Hebreos, donde cita las palabras de este salmo, hablando del Verbo hecho hombre. Y cuando Dios haga entrar segunda vez en el mundo á su Hijo primogénito, dice: *Que le adoren todos los Angeles de Dios*. Es bien claro que por esta segunda entrada del Hijo de Dios en el mundo, quiere hablar el Apóstol de la segunda venida del Salvador, como juez soberano de los vivos y de los muertos. San Pablo le llama primogénito del Padre, no porque Jesucristo tenga otros hermanos de la misma naturaleza, ó que Dios haya engendrado otros de su sustancia después de él. Este término, *primogénito*, solo señala su grandeza sobreeminente, su generacion eterna, y su superioridad infinita sobre los Ángeles y los hombres, á los cuales da alguna vez la Escritura el nombre de hijos de Dios, pero en un sentido muy diferente. Se prueba que se trata aquí de la segunda venida en cualidad de juez, por las palabras del texto: *Cuando le haga entrar segunda vez;* lo cual hace relacion á una primera entrada que ha precedido, y porque el salmo de donde se ha sacado este versículo parece dirigirse todo entero á la segunda venida. Hay, sin embargo, muchos Padres, entre otros san Crisóstomo y san Cirilo de Alejandría, que por la primera introduccion del Hijo de Dios, entienden su generacion eterna, y por la segunda, su encarnacion ó su nacimiento temporal.

La Epístola de este dia es continuacion de la Epístola del domingo precedente. Está tambien tomada del capítulo XIII de la carta que san Pablo escribió á los fieles de Roma. Exhorta á los inferiores á obedecer á sus superiores, hasta por un principio de conciencia, lo que prueba que no se puede desobedecer á las potestades legítimas en materia grave sin pecado mortal. Exhorta á los fieles á dar á ca-

da uno lo que le es debido. Habla en seguida del amor del prójimo, al cual se refiere toda la ley. Someteos, no solo por miedo del castigo, sino tambien por deber de conciencia. Que es como si dijere: obedeciendo exteriormente á los hombres, evitais por parte de ellos la pena de la desobediencia; pero obedeciéndoles por solo este temor, no evitais el castigo de parte de Dios que ve el corazon, y atiende al motivo y á la disposicion interior. Poco importa eludir la venganza de los hombres; lo que es horrible es el caer en las manos de Dios vivo. Dad, pues, á cada uno, continúa el Apóstol, lo que debeis; el tributo á quien es debido el tributo; los impuestos á quien se deben los impuestos; el temor al que se le debe el temor; el honor á quien corresponde el honor. De este modo la ley cristiana afirma y eleva al mismo tiempo los deberes de la vida civil, por los santos fines con que los manda practicar.

El tributo es propiamente lo que los príncipes cobran de sus vasallos á proporcion de sus bienes, ó por capitacion. El impuesto lo que se cobra por las mercancías que entran ó por las que salen en un país. Pero, segun los intérpretes, por estas dos palabras deben entenderse generalmente toda suerte de tributos, de contribuciones y de cargas, que los príncipes y señores tienen derecho de exigir de sus inferiores. *Tratad de no deber nada á nadie mas que la caridad mutua.* Quiere decir con esto el Apóstol, que después de haber satisfecho todas las deudas temporales con respecto al prójimo, resta todavía una de la que no se descarga uno en toda la vida, y esta es el amor del prójimo. Los deberes de la caridad que hayan podido cumplirse con él en el tiempo pasado, no dispensan de la obligacion de prestarle continuamente otros nuevos. Como la caridad con el prójimo está fundada sobre el amor que debemos tener á Dios, y el segundo precepto es semejante al primero, la ley es tan indispensable como universal, y la ingratitud no dispensa de este deber. Que mi prójimo sea vicioso, que sea maligno, yo debo aborrecer sus defectos, pero amar su persona. *La caridad,* dice el apóstol san Pedro, *cubre la multitud de los pecados* (*I Petr.* IV), y hasta los hace desaparecer de la vista de las almas cristianas: cuando se ama verdaderamente á Dios, no se perciben los defectos que tienen los demás, no se hace alto mas que á los que uno mismo tiene. El que ama á su prójimo ha cumplido con la ley, continúa el Apóstol. El que ama á su prójimo no puede dejar de cumplir todo lo que la ley le manda con respecto á su prójimo. Da el Apóstol la razon, diciendo que los demás preceptos del Decálogo que miran al prójimo, se reducen

á prohibir el dañarle en nada. Ahora bien: el amor del prójimo impide el hacer cosa ninguna que pueda dañarle; así es que toda la plenitud de la ley con respecto al prójimo consiste en el amor que se le tiene. *Toda la plenitud de la ley consiste en el amor;* es decir, que la caridad que se tiene con el prójimo es la consumacion, la perfecta observancia de la ley con respecto á los deberes que nos ligan con los hombres. Ella nos prohibe el hacerles ningun agravio; no basta; ella nos conduce á hacerles toda suerte de bienes; por esto se puede decir, con san Gregorio el Grande, que todos los preceptos de la ley no tienen por objeto mas que la caridad. (*Hom. 27 in Evang.*). Amarás á tu Dios con todo tu corazon, dice el Salvador, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas: este es el mayor y el primer mandamiento; pero hay otro segundo semejante al primero, esto es, tan indispensable; el cual es el de que ameis á vuestro prójimo, como os amais á vosotros mismos. El amor, pues, que cada uno se tiene á sí mismo debe ser la medida y el modelo del amor que debemos tener al prójimo; cuidando hasta de apartar, y aun de prevenir, todo lo que pueda dañarle; y procurando con todo ardor y con todo empeño el hacerle bien. ¿De este principio puede concluirse que haya muchos que amen verdaderamente al prójimo? ¿le amamos nosotros, como nos amamos á nosotros mismos? Sin embargo, este es el espíritu del precepto, la prueba y la medida es este amor.

El Evangelio que se lee en la misa de este dia está tomado del capítulo VIII de san Mateo, en el que el historiador sagrado refiere la tempestad que se levantó repentinamente en el mar de Galilea, mientras que el Salvador dormia en una barca de pescadores, y que él mismo apaciguó inmediatamente que se hubo despertado.

Viéndose un dia Jesús rodeado de una gran multitud de pueblo sobre la ribera del mar de Galilea (estaba en el segundo año de su predicacion) entró en una barca, y mandó á sus discípulos que la pasasen al otro lado del lago; y así lo hicieron. Era el mar de Galilea un gran lago que tenia cerca de ocho leguas de largo, y tres ó cuatro de ancho; de modo que cuando se enreciaba el viento, se agitaba extraordinariamente el agua, hasta sumergir algunas veces los barcos de que se servian para pescar en el lago, y para pasar de una orilla á la otra. San Mateo dice que algunas otras barcas se juntaron á la en que estaba Jesús para hacerle compañía. Los verdaderos discípulos de Jesucristo no temen ni las fatigas ni los peligros cuando se trata de seguirle; los mares mismos no ponen coto á su celo. Cuan-

do se hallaban ya bastante internados en este gran lago, se levantó una tempestad tan furiosa, que entrando las olas con impetuosidad en la barca, estaba toda llena, y de tal modo oprimida por el agua, que parecia que iba á perecer á cada momento.

Jesús, sin embargo, no olvida á sus amados discípulos; pero esperaba al último apuro para socorrerlos, queriendo al mismo tiempo probar su fe y su confianza. Estaba entonces en la popa, donde dormia tranquilamente, apoyada la cabeza sobre un pedazo de madera que le servia de almohada. Reposaba allí en medio de la tormenta, como si estuviese en calma, y léjos del peligro. Jesús duerme en lo mas fuerte de la tempestad. Así era como formaba á sus discípulos para la vida apostólica, enseñándoles cuál debia ser la situacion de su corazon en medio de los peligros y de las persecuciones que les esperaban, y que en lo sucesivo debian exponer su confianza y su fe á las mas duras pruebas.

La barca cubierta de las olas, dicen los Padres, designaba la Iglesia, en el tiempo de las persecuciones, situada en medio del mar borrascoso del mundo, expuesta á mil tentaciones y tempestades violentas. Jesús está en la barca, no la deja, pero duerme; aun se diria que ignora el peligro; sin embargo sabe el estado en que se halla. No temamos nada, él sabrá despertarse á tiempo para socorrerla. ¡Qué borrascas, qué tempestades no ha excitado esa nube de herejes y de cismáticos! Mil veces se ha visto oprimida de las olas, de modo que parecia que iba á sumergirse, cuando despertándose Jesucristo, por decirlo así, á los clamores de los verdaderos fieles, que á ejemplo de los discípulos de nuestro Evangelio no han cesado de clamar en todos tiempos: Señor, somos perdidos, si Vos no nos salvais: la Iglesia ha visto perecer á todos sus enemigos por la tempestad que ellos mismos habian excitado. Los fuegos del horno han consumido á los que los habian encendido, y cuando todo parecia desesperado, ha visto la Iglesia nacer la calma. Puede decirse que la historia del milagro que refiere el Evangelio de este dia es la imágen ó el compendio del que Jesucristo hace todos los dias en favor de la Iglesia. Los Cristianos cuási de continuo se ven combatidos de la tentacion, como un navío lo está de la tempestad, y este es principalmente el tiempo de llamar á Jesús en nuestro auxilio, y decirle: Señor, salvadnos, porque si no, somos perdidos. Volvamos á nuestro Evangelio.

Espantados los discípulos, se llegan á Jesús, y le despiertan, diciéndole: Señor, apresuraos á socorrernos; ¿quereis que perezca-

mos? Salvadnos pronto, porque si no, somos perdidos. El Señor, que queria que le rogasen, les responde con un aire dulce y sereno, que demostraba bien que el sueño natural, pero voluntario, no le habia quitado de la vista el peligro que habia resuelto hacer que cesase por medio de un insigne milagro: ¿Qué temeis, ó dónde está vuestra fe? Por poca que tuviéseis, mientras estais conmigo ¿qué teneis que temer? No condena aquí Jesús la súplica de sus discípulos, sino su poca firmeza y confianza. Las tentaciones, las persecuciones, los diversos accidentes de la vida, pueden rodearnos, agitarnos; pero el Salvador no tiene mas que hablar para disipar la tempestad. Si no lo ha hecho siempre tan pronto como querríais, lo hace siempre al tiempo que nos conviene, cuando no ponemos obstáculos á ello. Parece que el Señor duerme cuando deja á sus elegidos, á sus amados discípulos, á su Iglesia misma en la tribulacion y en las adversidades; pero su paciencia, que nosotros tomamos con frecuencia por un sueño, no es involuntaria: Dios no permite las adversidades, los accidentes funestos, sino para su gloria y para nuestra salvacion. En efecto, no bien hubo el Salvador dado esta pequeña reprension á sus discípulos, la cual era una leccion para nosotros, cuando se levantó, habló como Señor al viento y á las olas, les mandó que se apaciguasen, y en la misma hora calmó las aguas, é hizo cesar la tempestad. Entonces fue cuando el temor del naufragio y de la muerte se cambió en admiracion. Esta subitánea calma del mar sorprendió desde luego á los que fueron testigos de ella. El respeto y la veneracion sucedieron al espanto, y vueltos en sí de su asombro, exclamaron: ¿Quién es este hombre maravilloso que manda con tanta autoridad á los vientos y á las olas, que en el momento que les ha hablado todo ha quedado en calma?

Nos admiramos, ó Salvador mio, de veros mandar así á los vientos y al mar, sin advertir que el imperio que ejerceis sobre nuestros corazones, en virtud de vuestra gracia, es mucho mas admirable todavía. El mio, Vos lo sabeis, está como un mar siempre agitado por el movimiento de las pasiones que reinan en él: mandadlas que se apacigüen, á fin de que la calma suceda á la tempestad, y que yo no siga mas que las dulces y pacíficas impresiones de vuestro amor.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui nos in tantis periculis constitutos, pro humana scis fragilitate non posse subsistere: da nobis

Ó Dios, que sabeis que siendo tan flacos no podemos subsistir en medio de tantos peligros como nos cercan;

salutem mentis et corporis, ut ea, quae pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus. Per Dominum nostrum...

concedednos la salud del alma y del cuerpo á fin de que sobrepujemos, con vuestra asistencia, los males que sufrimos por nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XIII *de la carta de san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis: qui enim diligit proximum, legem implevit. Nam: Non adulterabis: Non occides: Non furaberis: Non falsum testimonium dices: Non concupisces; et si quod est aliud mandatum, in hoc verbo instauratur: Diliges proximum tuum sicut teipsum. Dilectio proximi malum non operatur. Plenitudo ergo legis est dilectio.

Hermanos mios: Cuidad de no deber nada á nadie, mas que una caridad mutua; porque el que ama á su prójimo ha cumplido la ley. En efecto, no cometerás adulterio, no harás homicidio, no robarás nada, no levantarás falso testimonio, no codiciarás cosa alguna, y cualquiera otro mandamiento que sea, se contiene todo en esta palabra: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. El amor del prójimo no deja obrar nada que pueda dañarle. Así, toda la plenitud de la ley consiste en el amor.

REFLEXIONES.

Cuidad de no deber nada á nadie, mas que una caridad mutua. La caridad es una deuda inextinguible, que aun cuando siempre esté cumpliéndola el verdadero cristiano, no se desempeña jamás de ella. La caridad es una obligacion de toda la vida. No hay ninguno de nuestros hermanos á quien no debamos amar; ninguno, sea el que quiera, á quien no debamos amar siempre. Puede hacerse indigno de mi amor por su conducta irregular, viciosa, maligna, ingrata y aun escandalosa; pero nunca podria descargarme de la obligacion de amarle. Yo puedo desaprobar su conducta, condenar sus malas costumbres; pero no por eso estoy menos obligado á amar su persona. Es este un deber de religion, y no hay nada que pueda dispensarme de él. Reclamen contra este deber el amor propio y la razon humana; él es un mandamiento semejante al de amar á Dios, tan positivo, tan preciso, tan permanente, tan indispensable. Puede decirse que este deber indispensable caracteriza en algun modo nuestra Religion: ¡buen Dios! ¡qué dulce paz, qué tranquilidad, qué unanimidad habria en la vida civil, si se guardase este precepto! Guerras, diferencias, procesos, enemistades, celos, mala fe, todo

desapareceria de la sociedad humana. Pero ¡qué mal guardado está este precepto! Todos los demás preceptos se contienen y se reunen en el precepto de la caridad; pero desprendidos en alguna manera de lo que tienen por otra parte de incómodo y contrario á las inclinaciones de la naturaleza. No hay deseos en desventaja del prójimo que yo no reprima con facilidad y aun con alegría, con tal que le ame como á mí mismo, segun me está mandado. No seria necesaria otra ley en el mundo que la ley de la caridad si estuviese bien guardada. Si la amistad cristiana fuese recíproca, todo estaria bien ordenado, y no solo las familias estarian tranquilas, sino que todo el universo estaria en paz. Mas ¡ah! que este nudo tan santo se ve roto con frecuencia, este lazo de los corazones se ve desatado, la amistad pura y cristiana se ve hoy cuási arrojada del mundo. Lo que llaman en el dia los hombres amistad, cuási no es otra cosa que un comercio de interés, en el que el amor propio se propone siempre alguna cosa que ganar. No hay amistad sincera y durable mas que en la caridad cristiana. No hay verdadero amigo, sino aquel cuya amistad está fundada en la virtud. La afinidad, la sangre no forman mas que una amistad pasajera, interesada, y aun superficial, que el alejamiento debilita, que las adversidades alteran, que la pasion apaga, que la diversidad de intereses hace desconocer, y que un contratiempo extingue. La caridad, la amistad cristiana está exenta de esta triste vicisitud. La separacion de las personas no desune jamás los corazones. Las tempestades, las desgracias, los diversos accidentes de la vida no la hacen nunca vacilar. Se ama sin consultar sus propios intereses, sin escuchar sus pasiones, sin consultarse á sí mismo cuando hay una caridad verdaderamente cristiana. Se ama á su prójimo como á sí mismo, cuando se le ama como cristiano.

El Evangelio es del capítulo VIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus; et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat. Et accesserunt ad eum discipuli ejus, et suscitaverunt eum, dicentes: Domine, salva nos, perimus. Et dicit eis Jesus: Quid timidi estis, modicae fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna. Porro homines mirati

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesús en una barca le siguieron sus discípulos, y hé aquí que de pronto se levantó una gran tormenta en el mar, de suerte que las olas cubrian la barca. Mas él entre tanto dormia, y llegándose á él sus discípulos le despertaron. Señor, decian, salvadnos, porque somos perdidos. Jesús les respondió: ¿Por qué teneis miedo, gente de poca fe? Levantándose entonces mandó á los vientos y al mar, y quedó todo en

sunt, dicentes: Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei?

gran calma. Los que estaban presentes quedaron asombrados, y decian: ¿Quién es este hombre, á quien obedecen los vientos y el mar?

MEDITACION.

Sobre la falta de confianza y de fe.

Punto primero. —Considera que la falta de confianza es el efecto necesario de nuestra poca fe. Creemos con flojedad, y no debemos por tanto extrañar que nuestra confianza sea tan débil. No tenemos mas que una fe medio extinguida, una fe muerta, y por esto no puede ser viva nuestra confianza en Dios. Tampoco es mas animada nuestra caridad. Hay motivo para creer que es uno poco amado, cuando se ama poco. No nos quejemos, pues, ya si el Señor no nos oye; si nuestras oraciones son tan ineficaces; si pedimos mucho, y no obtenemos nada. La confianza es la condicion especial que Dios exige en todas nuestras oraciones. Estad ciertos, nos dice el Salvador, creed firmemente que obtendréis lo que pidiéreis, y vuestra confianza no será vana. Pero ¿tienen nuestras oraciones esta condicion? nuestra pretendida confianza en Dios ¿está revestida, acompañada al menos de esta formalidad? ¿rogamos, pedimos con una fe viva? ¿con una confianza entera? ¡Ah! mas bien tememos, que esperamos conseguir lo que pedimos; no tenemos mas que una confianza dudosa y vacilante. El Salvador parece que duerme en medio de la tormenta. La tempestad agita furiosamente el mar borrascoso en que estamos embarcados; las olas cuási cubren la barca; la vista del naufragio presente introduce en todas partes la consternacion y el susto; los que perecen á nuestra vista en el mar nos espantan; todo resuena con los gritos y los lamentos: y el Salvador duerme, como si fuera insensible á nuestros peligros, y aun se diria que á nuestra próxima perdicion. Mas no, si aparece que duerme, es porque quiere probar nuestra confianza; quiere hacernos conocer la necesidad que tenemos de su auxilio, y cuánto nos importa el unirnos á él, servirle con fidelidad, amarle con fervor, interesarle, por decirlo así, en todas nuestras penas. No, el Señor no duerme; nosotros somos los que dormimos verdaderamente con respecto al negocio de nuestra salvacion, y los que dormimos cuási toda la vida en los peligros mas urgentes y en las ocasiones mas delicadas. Y si por un efecto de la Gracia la tempestad nos despierta, y espantados á la vista del peligro, exclamamos: Señor, salvadnos, porque perecemos; ¿no hay motivo para

que nos diga con un tono menos dulce que á sus primeros discípulos: *Qué temeis, hombres de poca fe?* teneis miedo, temeis, y teneis razon; pero ¿por qué teneis tan poca fe y confianza? ¡Dios mio! ¡cuánto tengo yo que reprenderme sobre este punto!

Punto segundo.—Considera que la verdadera razon por qué no tenemos confianza en Jesucristo, aunque esta confianza sea tan justa, tan fácil y al mismo tiempo tan necesaria, es porque no amamos á Jesucristo, porque le negamos lo que nos pide de mas racional, de mas interesante, de menos monta, de mas fácil. Es porque no guardamos sus mandamientos; porque no gustamos, y mucho menos seguimos sus máximas. Cuando se ha rehusado el complacer ó el servir á alguno, no seria fácil persuadirnos que estuviese muy dispuesto á servirnos á nosotros. Bien puede mostrársenos agradable, prometernos su amistad, ofrecernos sus servicios; á pesar de todo queda un fondo de desconfianza que no es posible superar. La memoria de tantas infidelidades, de tantas desobediencias á un Dios á quien lo debemos todo, y que nos ha amado hasta darnos su Hijo único; el recuerdo de tantas ingratitudes hácia un Salvador que se ha dignado dar su sangre y su vida por rescatarnos; esta idea, este testimonio sensible de una conciencia que no cesa de reprendernos nuestro mal corazon extinguen nuestra confianza, así como nuestras costumbres y nuestra conducta prueban nuestra poca fe. Nosotros no ignoramos que negamos á Dios cuási todo lo que nos pide, le rehusamos una ligera mortificacion, una palabra, una accion, el menor sacrificio. Por mas que nos ha pedido, nos ha urgido, nos ha solicitado, no hemos querido obedecer su ley; aunque nada haya tan justo como lo que él exige, aun cuando nada nos pida que no sea para nuestro mayor bien. No ignoramos que si guardamos ciertos puntos de la ley, no es mas que por miedo del último castigo; que cuási nada hacemos por amor; que no le obedecemos, sino cuando nos manda bajo de graves penas; y que lo poco que le damos, se lo damos de tan mala gana, que acaso vale lo mismo que lo que le rehusamos. Hé aquí lo que extingue toda nuestra confianza, hé aquí lo que hace que no nos podamos persuadir que Dios quiera recompensar á un siervo tan infiel, y oir á un hijo rebelde, que continuamente se subleva contra la voluntad de su Padre á quien desobliga sin cesar. ¿Queremos, pues, que no nos falte la confianza en Dios? No dejemos de ser fieles en su servicio. ¿Tenemos la dicha de vivir en el estado religioso? Seamos extremamente exactos en observar hasta las reglas mas pe-

queñas. Cuanto mas pequeñas sean, mas imperdonable es la inobservancia: una mirada, una ligera satisfaccion del amor propio, una palabra son algunas veces la materia del sacrificio que Dios pide. ¡Qué lamentable ingratitud! ¡qué indignidad el rehusar á Dios lo que nos avergonzaríamos negar á cualquier hombre que nos pidiese un favor tan pequeño! ¿Vivimos en el siglo? Cumplamos con puntualidad todas las obligaciones de nuestro estado; ninguna cosa es mas capaz de ganarnos el corazon de Dios, nada es mas á propósito para excitar en nosotros nuestra confianza.

Haced, Señor, por vuestra gracia, que la resolucion que yo tomo de no negaros nada, me obtenga de vuestra bondad una perfecta confianza. Yo la tengo ya firme de que me la concederéis.

JACULATORIAS.—Señor, salvadnos, ¡porque si no, somos perdidos. (*Matth.* VIII).

Señor, no pase yo por la confusion de verme abandonado de Vos, después de haber invocado vuestro nombre. (*Psalm.* XXX).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que nuestras infidelidades en el servicio de Dios son el orígen mas comun de nuestra falta de confianza, agotemos esta fuente emponzoñada por medio de una exacta y constante fidelidad. No rehusemos á Dios nada de cuanto sabemos que nos pide, y seguramente pidiéndole serémos llenos de una santa confianza de obtenerlo todo. Emplead hoy por lo menos un cuarto de hora en examinar lo que el Señor pide de vosotros en el estado en que os ha puesto. No os será difícil el conocerlo. ¿Estais en el estado religioso? No busqueis otras señales mas evidentes de la voluntad de Dios que vuestras reglas; observadlas de hoy en adelante sin reserva y sin excepcion. ¿Estais honrados con la augusta dignidad del sacerdocio? Cumplid hasta los menores deberes de este estado tan sublime, y vivid conforme á la santidad de vuestro estado. ¿Estais en el siglo? Considerad cuáles son vuestras obligaciones, no en general, como se hace ordinariamente, sino en particular y por menor. Obligaciones con respecto á vuestra familia, á vuestros hijos, á vuestros domésticos; obligaciones de cristianos: prácticas de piedad constantes, ejercicios de religion continuos, observancia indispensable de los mandamientos del Señor y de las máximas del Evangelio, y tomad la resolucion eficaz de no rehusar nada en lo sucesivo al Señor.

2 Cuando advirtiéreis que vuestra confianza se debilita, no omi-

tais nada para reanimarla, ya renovando el fervor, ya haciendo reflexiones saludables sobre los motivos que teneis para sostenerla, y aun para aumentarla, ya ejercitándoos en frecuentes oraciones jaculatorias y en la oracion. Estad verdaderamente arrepentidos de no haber tenido confianza en Dios, y acusaos de ello en vuestras confesiones como de una falta: lo es en efecto. En fin, haceos familiar la oracion siguiente, haciéndola muchas veces al dia, y sobre todo á la mañana y á la noche; terminando con ella vuestra oracion ordinaria.

«Señor, haced que yo nunca quiera sino lo que Vos quereis; todo «lo que quereis; solo por el motivo que Vos lo quereis; que no lo «quiera sino como Vos lo quereis; y por fin, que no lo quiera sino «por el tiempo que Vos lo querais.»

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Ninguna cosa particular se halla en la historia de este domingo. Como es uno de los que regularmente se trasladan ó se omiten, no tiene mas propio de él que la Oracion, la Epístola y el Evangelio. El intróito de la misa es el mismo que el del domingo precedente, está tomado, como se ha dicho ya, del salmo XCVI. Los comentadores y los intérpretes dicen que el Hebreo no pone título á este salmo, y muchos ejemplares griegos antiguos nos advierten de lo mismo. Los que se adhieren á la Vulgata creen que este salmo fue compuesto por David, cuando después de la muerte de Saul se vió pacíficamente en su país y en posesion del reino que el Señor le habia prometido. Otros, como Belarmino y Tirino, lo refieren al tiempo inmediato á la muerte de Absalon. Algunos creen que contiene las acciones de gracias de los judíos libres de la cautividad de Babilonia, y la descripcion de la venganza que el Señor ha ejercido contra los babilonios. Pero todos los santos Padres le interpretan y le explican por la primera y segunda venida de Jesucristo, de su reino en la Iglesia, y de la vocacion de los gentiles. El mismo san Pablo, como se ha dicho ya, le cita en el mismo sentido, y no hay mas que leerle para hallar en él una descripcion profética de la majestad brillante del soberano Juez, y del aparato espantoso del último juicio. Vendrá un dia á la tierra rodeado de espesas nubes, dice el Profeta; su trono estará sostenido por la justicia y por la sabiduría. Le precederá un fuego devorante, que se esparcirá por todas partes y abrasará á sus enemigos. Todo el universo quedará consternado á vista de los re-

lámpagos que brillarán en los aires por todos lados. Las montañas, toda la tierra parecerá disolverse á la presencia del Señor, como la cera se derrite al fuego. Los cielos por una infinidad de prodigios anunciarán á los hombres que ha llegado el tiempo de su justicia, y todos los pueblos serán entonces testigos de su gloria. Entonces serán confundidos los que adoran los ídolos, y se apoyan en la proteccion de las vanas figuras que ellos han fabricado, es decir, todas las personas mundanas, esclavas de sus pasiones, tristes víctimas de su ambicion, idólatras del mundo. Ángeles del Señor, exclama entonces el Profeta arrebatado de un súbito entusiasmo; Ángeles del Señor, adorad á este Juez soberano. Y la Iglesia comienza hoy la misa por este versículo, exhortando al mismo tiempo á todos los justos á que se regocijen, y aun á que hagan ostentacion de su alegría. En fin, David concluye este salmo por convidar á todas las almas justas á que pongan todo su contento y su gloria en servir al Señor. ¿Qué pintura mas viva y mas precisa del juicio último? Hé aquí el sentido verdadero del salmo XCVI de que la Iglesia se sirve para el intróito de la misa.

La Epístola está tomada del tercer capítulo de la admirable carta que san Pablo escribió á los fieles de Colosos, hácia el año 62 de Jesucristo. La ciudad de Colosos era una de las principales de Frigia, cerca de Laodicea, que era la capital de esta provincia. Muchos creen que san Pablo no habia predicado á los colosenses, lo que parece insinuar él mismo en el capítulo II, cuando dice: Quiero que sepais el cuidado en que estoy por lo que os interesa á vosotros y á los que están en Laodicea, como igualmente á todos los que no me han visto nunca en este cuerpo mortal. Se cree que era Epafras el que les habia instruido y convertido á la fe. El Evangelio habia producido allí mucho fruto. Los colosenses estaban animados de la caridad con todos los fieles, y la fe triunfaba entre ellos con esplendor. Los falsos apóstoles convertidos del judaismo, que el demonio ha procurado siempre suscitar en la Iglesia para sembrar la zizaña entre el buen grano, y que corrian por todas las iglesias de los gentiles convertidos á la fe para hacer prosélitos, vinieron á Colosos, y allí predicaron la necesidad de la circuncision y de las observancias legales, y mezclando otros muchos errores tan groseros como este con las supersticiones de su propio espíritu, trataban de inspirar á los gentiles convertidos un fantasma abominable de religion.

San Pablo informado de todos estos perniciosos abusos ó por Epafras, que entonces se hallaba en prisiones con él en Roma, ó por una

carta que le habian escrito los de Laodicea, creyó que en cualidad de Apóstol de los gentiles debia emplear su autoridad y sus luces para sostener la fe de los colosenses, y para reprimir el atrevimiento de los falsos apóstoles, que bajo la máscara de celo esparcian por todas partes sus perniciosas máximas. Realza desde luego la grandeza de Jesucristo, que es la imágen del Padre, el mediador y reconciliador de los hombres con Dios, la cabeza de la Iglesia, y que como tal influye en sus miembros la accion, el movimiento, el espíritu y la vida. Les pinta de una manera viva y demostrativa los falsos profetas, y les hace ver que Jesucristo es el solo autor de la salud; que en él subsiste esencialmente la divinidad; que es infinitamente superior á todas las potestades, y á todas las virtudes celestiales; que en él han recibido la verdadera circuncision del corazon; que por su sangre han sido reengendrados, y que están resucitados con él por el Bautismo; y de todo esto infiere la inutilidad de las ceremonias legales, y la necesidad que tienen de despojarse del hombre viejo, y revestirse del hombre nuevo; y con la ocasion de estas verdades, les enseña la doctrina mas sólida y mas sublime. San Pablo estaba entonces en Roma preso por la fe de Jesucristo, y san Crisóstomo nota que de todas las Epístolas de san Pablo, las mas bellas, las mas instructivas y las mas interesantes son las que ha escrito en las prisiones; tales son las que dirigió á los Efesios, á los Filipenses, á Filemon, á Timoteo y á los fieles de Colosos.

Revestíos, como elegidos de Dios, santos y muy amados, les dice, de entrañas de misericordia, de dulzura, de humildad, de moderacion, de paciencia, sufriéndoos y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene motivo para quejarse de otro; y como el Señor os ha perdonado, hacedlo tambien vosotros; pero sobre todas las cosas tened caridad. Esta es la primera y la mas importante de todas las virtudes; ella es el vínculo de la perfeccion. Sin ella todas las demás virtudes no son nada, y desaparecen delante de Dios. Ella une los fieles á la Iglesia y entre sí; les une á Jesucristo que es su cabeza; así que ella es el mas perfecto de todos los vínculos, y sin él no hay perseverancia. Triunfe en vuestros corazones, añade, la paz de Jesucristo; sea inalterable en vosotros en medio de las persecuciones, de las adversidades, de todos los accidentes molestos de la vida. Es este un fruto que no acertaria á crecer en el mundo. *Paz, paz, y no habia tal paz.* Ella es únicamente el patrimonio de las gentes de bien. Solo la paz de Jesucristo es la que puede reinar en el corazon. Donde Jesús no está, todo es turbacion; y si se levanta alguna tempestad, él

es el que puede calmarla. Permanezca en vosotros, continúa, la palabra de Dios en toda su plenitud, escuchándola con perfecta sabiduría, meditándola, poniéndola en práctica. Animaos los unos á los otros con salmos, con himnos y con cánticos espirituales. Ciertamente es necesario que la tierra sea muy ingrata, que el corazon esté muy endurecido, ó que las espinas y malas yerbas sean muy abundantes, cuando un grano tan fecundo no produce nada. En fin, concluye, todo lo que hiciéreis, ya hableis, ó ya obreis, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando por él gracias á Dios Padre. ¡Buen Dios! ¡cuánto encierran en sí tan pocas palabras! Este es el resúmen de toda la perfeccion cristiana. Hé aquí la idea justa de la santidad. No decir nada, no hacer nada, de que Dios no sea el fin y el objeto. No tener otra mira que la pura gloria de Dios; no buscar otra cosa en todo y por todo que el agradarle. *Aquello que le agrada,* á mi Padre, *esto es lo que hago siempre.* Esto es lo que Jesucristo dice de sí mismo; esto es lo que han podido decir los mas grandes Santos; esto es lo que les caracteriza. No buscar ni los bienes del mundo, ni los honores, ni la reputacion, ni su satisfaccion, ni las comodidades de la vida; no proponerse en todas las cosas mas que la gloria y la voluntad de Dios; ¿qué vida mas santa? pero ¿qué vida mas dulce, mas tranquila? y ¿qué muerte al mismo tiempo mas serena ni mas preciosa? Si nuestro espíritu no puede tener siempre una intencion actual de agradar á Dios, dice santo Tomás, es preciso que esta intencion sea siempre habitual, y que persevere continuamente en nuestro corazon, si queremos obrar de una manera meritoria, y vivir conforme al espíritu de nuestra Religion.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo XIII de san Mateo, donde el Salvador propone al pueblo que le seguia la parábola del sembrador y de la zizaña. Como la multitud era grande, habia subido á una barca con sus discípulos, y en lo que predicaba les instruia para que ellos mismos buscasen el sentido de las parábolas, que siendo sencillas y familiares, les daban á conocer de un modo agradable y sensible las cosas de Dios y de la Religion: comparaba el principio y el progreso de la Religion en la ley nueva, unas veces al trigo entre el cual se ha sembrado la zizaña, y que no por eso deja de crecer insensiblemente; otras al grano de mostaza; otras á la levadura, ó á otras cosas muy comunes, y que son conocidas y familiares á los mas simples y á los mas rudos, hablándoles siempre en parábolas para hacerles comprender mas fácilmente las verdades del Evangelio.

Hablar en parábolas es servirse de comparaciones tomadas de cosas verdaderas ó verisímiles, de donde se saca después una moralidad. Este estilo figurado ha estado siempre muy en uso entre los orientales. Veamos cómo habla el Salvador en el Evangelio de este dia. El reino de los cielos, dice, es semejante á un hombre que habia sembrado buen grano en su campo. Este modo de hablar de que se sirve ordinariamente Jesucristo, proponiendo una parábola, no quiere decir que el reino de los cielos, por el cual entiende unas veces la Iglesia, otras el asiento de los bienaventurados en el cielo, algunas veces la salvacion, con frecuencia la predicacion del Evangelio, no quiere decir, repito, que el reino de los cielos sea precisamente semejante á la cosa de que se trata; sino tan solo que la parábola tomada por alto indica lo que pasa en el reino de los cielos. Veamos, pues, lo que significan estas parábolas en este paraje; sucederá en el reino de los cielos, esto es, en la predicacion del Evangelio, lo mismo que sucede en un campo, en que habiendo el labrador sembrado buen grano, viene su enemigo por la noche, siembra la zizaña, y se retira inmediatamente á favor de las tinieblas. La buena semilla, por consiguiente, se mezcla con la mala en el mismo campo. Cuando crece el uno y el otro grano son tan parecidos, y sus vástagos tan semejantes, que es muy fácil engañarse; y como los ojos del hombre no penetran á lo interior de la tierra, y no disciernen con facilidad lo que es malo de lo que es bueno cuando lo uno está confundido con lo otro, esta mezcla no se descubre hasta que el trigo se ha hecho ya yerba y espigado, porque entonces la zizaña se deja ver entre el trigo. Maravillados los criados al ver esto, vienen á su señor, y le dicen: Señor, ¿qué es esto? ¿no habeis sembrado buen grano en vuestro campo? ¿de dónde le ha venido esta zizaña? No puede ser otro, les responde, que mi enemigo el que la ha sembrado: á estas palabras los criados llenos de indignacion y de un celo precipitado por los intereses de su señor, le piden permiso para ir sobre la marcha á arrancar la zizaña. No hagais tal, les dice, porque al arrancar la zizaña podeis arrancar el trigo, ya por la semejanza de las dos plantas, ya porque sus raíces cuási siempre están mezcladas entre sí. Dejad crecer el uno y el otro hasta el tiempo de la cosecha; cuando estuvieren en sazon, yo mandaré á los segadores que los separen, y pongan la zizaña aparte para arrojarla al fuego; en cuanto al trigo les diré que lo recojan, sin perder un grano, y después de haberlo juntado lo lleven á mis graneros.

Este campo del Señor es el mundo, en donde Dios tiene sus hijos,

que son el buen grano, y en donde el demonio tiene tambien los suyos, que son la zizaña: es tambien este campo el corazon de cada uno de nosotros en particular, en el que sin cesar está derramando Dios la semilla de su gracia, para que produzcamos frutos de virtud, mientras que el demonio por su parte no pierde ocasion alguna para derramar en él la semilla del vicio. Este enemigo mortal de nuestra salud, no pudiendo hacerse dueño de nuestro corazon resistiéndolo nosotros, trata de insinuarse en él sin ser percibido, y aprovecha para esto aquel tiempo en que dejamos de velar sobre nosotros mismos. Nuestro amor propio, nuestras pasiones, nuestros mismos sentidos están muy de acuerdo con él. El Señor ha sembrado buen grano por su gracia en el corazon; el demonio por medio de nuestras pasiones y de nuestro amor propio ha sembrado en el otro muy malo: todo crece, todo arroja vástagos, todo parece bueno; pero en la muerte, que es el tiempo de la cosecha, se separará el buen grano del malo, el trigo de la zizaña. ¡Qué de acciones especiosas y laudables en la apariencia se hallarán entonces muy defectuosas por haberlas dirigido motivos siniestros! *Cuando dormian los hombres.* El enemigo para conseguir su fin no se vale nunca del tiempo en que se vela. Puede entenderse por el tiempo del sueño, el tiempo en que los pastores no velan por la conservacion de su rebaño, esto es, de las personas encomendadas á su cuidado. Los malos en este mundo estarán siempre mezclados con los buenos. No es decir que corresponda á los pastores de la Iglesia, que cultivan el campo del Señor, exterminar los malos; deben solamente trabajar para hacerlos buenos. ¿Quién sabe si el que hoy es zizaña, podrá en adelante venir á ser trigo puro por la solicitud y la paciencia de un ministro caritativo? Un celo demasiado duro y muy amargo irrita al pecador, y escandaliza ordinariamente al justo. *¿Quereis que vayamos á arrancar la zizaña?* Así habla un celo poco discreto, y poco conforme al espíritu de Dios. La dulzura y la paciencia hacen principalmente el carácter del Padre de las misericordias. Ningun falso profeta, ningun falso apóstol, ningun hereje ha habido que no haya tenido un celo duro y amargo.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Familiam tuam, quaesumus, Domine, continua pietate custodi: ut quae in sola spe gratiae coelestis innititur, tua semper protectione muniatur. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que guardeis á vuestros siervos por medio de una asistencia continua de vuestra bondad; á fin de que no apoyándose mas que en la única esperanza de vuestra gracia celestial, estén siempre sostenidos por vuestra divina proteccion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la carta del apóstol san Pablo á los Colosenses, capítulo III.

Fratres: Induite vos sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam: supportantes invicem, et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet querelam: sicut et Dominus donavit vobis, ita et vos. Super omnia autem haec, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis: et pax Christi exultet in cordibus vestris, in qua et vocati estis in uno corpore: et grati estote. Verbum Christi habitet in vobis abundanter in omni sapientia, docentes et commonentes vosmetipsos, psalmis, hymnis, et canticis spiritualibus, in gratia cantantes in cordibus vestris Deo. Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per Jesum Christum Dominum nostrum.

Hermanos mios: Revestíos como elegidos de Dios, santos y muy amados, de entrañas de misericordia, de dulzura, de humildad, de moderacion, de paciencia, sufriéndoos mutuamente, y perdonándoos entre vosotros mismos, si alguno tiene algun motivo de queja con el otro. Como el Señor os ha perdonado, hacedlo tambien así vosotros. Pero sobre todas las cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion. La paz de Jesucristo, á la cual tambien habeis sido llamados para hacer un solo cuerpo, triunfe en vosotros, y sed siempre agradecidos á este bien. Permanezca en vosotros la palabra de Dios en toda su plenitud y con una perfecta sabiduría: instruíos y animaos los unos á los otros con salmos, con himnos y con cánticos espirituales, cantando en honor de Dios de lo íntimo de vuestros corazones con un espíritu de reconocimiento. Todo lo que hiciéreis, ya hableis, ya obreis, hacedlo todo en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, dando por él gracias á Dios Padre.

REFLEXIONES.

Sobre todas las cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion. No hay nada sobre que tanto insista el santo Apóstol en sus cartas, como sobre la caridad. Es verdad que no es ella sola el vínculo de la perfeccion; pero es como la base y como el alma de ella: sin ella los mas raros talentos no tienen mérito, la virtud, aun la mas brillante, no es mas que un fantasma de virtud. Si alguno dice, yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es un mentiroso, dice el discípulo amado. Porque el que no ama á su hermano á quien ve ¿cómo puede amar á Dios á quien no ve? el que ama á Dios, ama tambien á su hermano. El que no ama á su hermano, añade, permanece en un estado de muerte. No es extraño que los discípulos nos recomienden tanto el precepto favorito del Maestro. Hé aquí mi mandamiento, dice el Salvador, que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado. Cosa extraña: ninguna leccion nos da el Salvador mas frecuentemente que la de que nos amemos los unos á los otros; y nada hay que sea mas raro hoy entre los fieles que este amor cristiano. Los

primeros fieles animados del espíritu de Jesucristo no tenian todos mas que un corazon y una alma. La caridad mutua formaba su carácter, y la misma virtud ha caracterizado todos los Santos. Y ¿se conocen en el dia los Cristianos por esta señal? ¿están todos marcados con este sello? ¡Ah! puede acaso decirse que la caridad es ya una virtud añeja; apenas queda entre los fieles otra cosa que la obligacion de amarse unos á otros. La ambicion, el interés, la envidia la han desterrado al parecer de la sociedad civil; pero ¿encuentra acaso asilo en las familias, y ni aun en las comunidades regulares? Este vínculo sagrado se ha aflojado mucho. Parece que todas las pasiones han conspirado contra esta virtud. Las gentes del mundo la han proscrito, al parecer, de su comercio; es esclava en la corte de los príncipes; apenas hay mas que una caridad artificial en el comercio de la vida; es desconocida entre el pueblo, es extranjera cuási en todas partes. No se tiene caridad mas que consigo mismo. El amor propio ha entrado en el lugar de la caridad cristiana, y si halla todavía abrigo entre algunas personas devotas, reina solo entre ellas como en la oscuridad. La caridad sigue siempre la suerte, y por decirlo así, la fortuna del espíritu de Dios y del Evangelio: este no se debilita jamás sin que ella no se consuma, y ella no subsiste desde que el espíritu de Dios se extingue. De aquí la indolencia sobre los males del prójimo; de aquí la indiferencia, la frialdad, esparcida sobre toda la faz de la tierra. Los herejes parece que tienen celo por el bien de sus hermanos; pero esta no es mas que una caridad de partido; así es que se ve en ellos aquella aversion, aquel odio contra todos los hijos de la verdadera Iglesia. Todos los partidos mantienen un espíritu de union; pero esta union no fue nunca el efecto de una caridad verdaderamente cristiana. Es siempre alguna pasion la que los liga, y el lazo no subsiste mas que lo que vive la pasion.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus turbis parabolam hanc: Simile factum est regnum coelorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo. Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit. Cum autem crevisset herba, et fructum fecisset, tunc apparuerunt et zizania. Accedentes autem servi patrisfamilias, dixerunt ei: Domine, nonne bonum

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un hombre que habia sembrado buen grano en su campo; pero mientras los criados dormian, vino su enemigo, sembró zizaña entre el trigo, y se retiró. Cuando hubo crecido la yerba y arrojado espigas, se echó de ver tambien la zizaña. Visto esto, los criados del padre de familia vinieron y le dijeron: Señor, ¿no habeis sembra-

semen seminasti in agro tuo? Unde ergo habet zizania? Et ait illis: Inimicus homo hoc fecit. Servi autem dixerunt ei: Vis, imus, et colligimus ea? Et ait: Non; ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem, et in tempore messis dicam messoribus: Colligite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum, triticum autem congregate in horreum meum.

do buen grano en vuestro campo? ¿en qué consiste que hay en él zizaña? Un hombre enemigo es el que ha hecho esto, les dijo; y sus criados le repusieron: ¿Quieres que vayamos á cogerla? No, les dijo, no sea que al coger la zizaña, arranqueis con ella el trigo. Dejad que crezca lo uno y lo otro hasta la cosecha; y al tiempo de la cosecha yo encargaré á los segadores que cojan primeramente la zizaña, y la aten en pequeños haces para quemarla, mas que el trigo lo recojan en mi granero.

MEDITACION.

Sobre la falsa virtud.

Punto primero. — Considera que nada hay mas opuesto ni mas contrario entre sí que la falsa y la verdadera virtud, y no obstante ninguna cosa que se confunda tan fácilmente y en que uno se engañe mas; nada presenta que las distinga por fuera, los mismos rasgos exteriores, el mismo aire imponente; los dos cuadros son del todo semejantes. El vástago de la zizaña no se parece del todo al del trigo; es ordinariamente mas verde, mas vivo y mejor nutrido; tal es la falsa virtud. La modestia es inseparable de la verdadera virtud: no hay hipócrita que no afecte una modestia aun excesiva. Cuando uno es virtuoso es tambien mortificado; el hipócrita lo parece todavía mas que los hombres de bien: no habla mas que de severidad, se lamenta sin cesar por la relajacion de la moral. No porque su conducta corresponda al rigor de sus máximas; nada hay mas inmortificado, nada mas sensual que un falso devoto; pero ninguno mas fecundo en disimulo y en disfraces, y como todo en él es estudiado, todo afectado, su exterior impone á los sencillos. Hé aquí la zizaña sembrada en el campo del Padre de familias, la cual crece en medio del buen grano; ella da mas en los ojos, sorprende, impone, crece con frecuencia aun mas que el buen grano, le cubre, y chupando mas humor y mas jugo, hace que se seque el buen grano, ó á lo menos le enflaquece. Esto es lo que sucede todos los dias en el campo de la Iglesia. Tomando la falsa virtud el exterior de la verdadera hace extraños progresos; como es artificiosa, brilla, impone, seduce. Sabiendo que la modestia sirve como de frontispicio al edificio espiritual, estudia por imitarla. Esta apariencia sirve para hacer seguro el enga-

ño. Pero, y ¿no seria fácil distinguir la zizaña del buen grano? La verdadera piedad es siempre humilde, dulce de corazon, caritativa; no busca mas que á Dios; no escucha ni los gritos importunos de las pasiones, ni las quejas fatigosas del amor propio; mira los sentidos como impostores. El mundo le es sospechoso, desconfia de su propio corazon, y no pierde jamás de vista las santas máximas del Evangelio; mientras que la falsa virtud todo lo sacrifica á su ambicion y á sus propios intereses, no consulta mas que á los sentidos, y no escucha mas que á sus pasiones y á su amor propio. ¡Buen Dios, qué fácil seria distinguir la zizaña del buen grano!

Punto segundo.—Considera que por mas semejanza que tenga la zizaña con el puro trigo, el Padre de familias sabrá bien distinguirla á su tiempo. Nada le está oculto, y no podria engañarse en esto. No se apresura á arrancarla, porque podria peligrar el buen grano. Su paciencia no se desmiente jamás, y su misericordia es sobre todas sus obras. Sus mas celosos y mas ardientes siervos podrán muy bien ofrecerse, y pedirle que extermine una semilla tan perniciosa que crece en su propio campo; él alaba el celo que tienen por su gloria, pero le rectifica moderándole. Quiere que se espere al tiempo de la cosecha, esto es, á la hora de la muerte, en la que el Señor entresaca, por decirlo así, el buen grano de la zizaña. Dios no juzga de las cosas por las apariencias, como hacen los hombres; penetra hasta el fondo del corazon, y desenvuelve los pliegues y repliegues de la conciencia. Conoce todos los verdaderos motivos de nuestras acciones. Nosotros podrémos muy bien engañarnos á nosotros mismos, mas él no se deja engañar: todo se le presenta al descubierto: conoce todas las astucias del amor propio. Motivos interesados, miras humanas, pretextos especiosos, simulaciones sutiles, ambicion disfrazada, misceláneas imperfectas, razones capciosas, todo está patente á sus ojos en todo tiempo; y á la hora de la muerte, en este último momento decisivo de nuestra suerte eterna, todo se patentiza á los nuestros. Libre entonces el alma de todas las preocupaciones, y de todas las sutilezas del amor propio, reconoce todos sus extravíos; conoce que si ha engañado á muchos con una superficie de virtud y una máscara de piedad, todavía se ha engañado mas groseramente ella misma. ¡Buen Dios! ¡cuál es entonces su sorpresa! pero ¡cuál es su espanto, y cuál su despecho! En la cosecha igualmente es arrancado el buen grano que la zizaña. Pero ¡qué diferencia de suerte! Aquel es cogido con cuidado, con complacencia, para ser puesto en el gra-

nero; esta es arrancada con indignacion, para ser arrojada al fuego; la zizaña no puede servir para otra cosa. Hablemos ya sin figura: ¿de qué sirve entonces haber aparentado una virtud de que no se tenia mas que la corteza? ¿de qué sirve el haber engañado al público con exterioridades estudiadas, con discursos tan poco sinceros? ¿de qué sirve haber tenido reputacion de devoto, y estar condenado al fuego eterno?

Preservadme, Señor, de esta desgracia, y por tanto, no permitais jamás que yo sea del número de los hipócritas, cuya herencia es el infierno. Haced, ó Dios mio, que yo profese una virtud pura, una devocion tierna, una perfecta caridad.

JACULATORIAS. —Cread, Señor, en mí un corazon puro, y un espíritu recto y sincero, á fin de que os ame y os sirva con fidelidad. (*Psalm.* L).

Esto es hecho, Señor: de aquí adelante pondré todo mi estudio en guardar vuestra ley con toda la sinceridad de mi corazon. (*Ps.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 ¿Qué mayor imbecilidad de entendimiento, y qué desarreglo mas lamentable, que el servir á Dios con simulacion? Dios no atiende mas que al fin porque le servimos. El hombre, dice el Profeta, se paga de un exterior compuesto é imponente; pero Dios mira el corazon, y por mas ocultos que sean nuestros motivos, por mas encubiertas que puedan estar nuestras intenciones, el Señor lo descubre todo, y conoce perfectamente todos nuestros subterfugios. Servid á Dios con sencillez, y con un corazon recto y sincero. Desconfiad de vuestras inclinaciones, de vuestras miras, de vuestro propio corazon. Sea vuestra virtud pura, simple, y desprendida de toda mira humana que le quite todo su precio. Haced estudio para adorar á Dios, amarle, y servirle en espíritu y en verdad. Purificad vuestra intencion no solo por la mañana para todo el dia, sino tambien al principio de todas vuestras obras. Tened horror á todo respeto humano. Nada hay mas indigno de un hombre de bien y de un hombre cristiano, que el obrar en materia de Religion por consideraciones humanas. Dios solo merece todo nuestro corazon: Dios solo debe ser nuestra recompensa: no obremos sino solo por Dios.

2 Supuesto que Dios solo debe ser el alma y el motivo de toda nuestra conducta, ni el tiempo, ni el lugar, ni las personas deben turbar nuestra virtud. La modestia es inseparable de la virtud: sed,

pues, tan contenidos y tan modestos estando solos, como en las sociedades mas distinguidas. La dulzura acompaña á todas partes á la virtud; sea, pues, tambien en vosotros y en todas partes inalterable: ya entre vuestros inferiores, ya entre vuestros iguales, sea vuestra dulzura una prueba de vuestra virtud. La caridad es el primer efecto de la virtud cristiana; haced que la vuestra sea sin artificio, sin alternativa, sin distincion. Pensad caritativamente, hablad bien de todo el mundo, en fin sea vuestra virtud á toda prueba, sin que se desmienta jamás.

SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Como el dia de Pascua, que es siempre el domingo que sigue al catorce de la luna de marzo, arregla el número de los domingos desde la Epifanía hasta la Septuagésima, sucede ordinariamente que este sexto domingo se transfiere, y es raro que haya seis domingos desde la fiesta de los Reyes hasta la Septuagésima. En esto, sin duda, ha consistido que este sexto domingo haya estado tanto tiempo sin tener un oficio particular. Cuando se celebraba este sexto domingo, se repetia el oficio entero del domingo precedente. El papa san Pio, V de este nombre, fue el que le agregó una Epístola y un Evangelio propios, con el intróito y las demás partes de la misa que se han hecho comunes á todos los domingos, desde el tercero después de la Epifanía, hasta la Septuagésima, como se ha dicho.

El intróito de la misa de este dia es el mismo que el de la misa de los tres domingos precedentes, del cual se ha hablado ya. Se añade solamente aquí, que san Pablo cita este pasaje en tercera persona: *adórenle todos los Ángeles*, dice, rindan sus homenajes y adoraciones al Hijo único de Dios Padre, revestido de nuestra carne. El Hebreo añade á la significacion de Ángeles, la de todas las potestades de la tierra, y principalmente los jueces y los príncipes, cualquiera que sobre la tierra ejerce alguna autoridad sobre los demás hombres, cualquiera que esté adornado con un carácter de grandeza, de independencia, de superioridad, venga á rendir homenaje al soberano Monarca de los monarcas, al supremo Juez de los jueces mismos; y segun el Caldeo, los Ángeles, los grandes de la tierra, todos los adoradores de los ídolos vengan á adorar al mismo Señor y solo verdadero Dios.

La Epístola de la misa está tomada del capítulo I de la primera carta de san Pablo á los Tesalonicenses. Habiéndose visto precisado el santo Apóstol á salir de Filipos, después de haber sido allí azotado públicamente con varas, y sufrido una prision cruel por Jesucristo, vino á Tesalónica, ciudad de Macedonia, en donde los judíos tenian una sinagoga. San Pablo fué á ella, segun su costumbre, y por tres sábados consecutivos (*Actor.* XI), les hizo discursos sacados de la Escritura, declarándoles y haciéndoles comprender que habia sido necesario que el Cristo sufriese y que resucitase; y este Jesucristo que yo os anuncio, les decia, es el verdadero Mesías. Un gran número de judíos, y todavía mayor de gentiles, creyeron y se juntaron á Pablo y á Silas, su discípulo y compañero; mas no tardó mucho el Apóstol en verse precisado á dejar esta ciudad, por la malicia y los celos de los judíos que le acusaron de que sublevaba al pueblo, y predicaba un nuevo rey, que era Jesucristo. De Tesalónica fué el Apóstol con Silas á Berea. Predicó allí, é hizo muchas conversiones; pero habiéndolo sabido los judíos de Tesalónica, vinieron para hacerles salir bajo los mismos falsos pretextos de que se habian valido en Tesalónica. Los fieles, pues, condujeron á san Pablo hasta el mar, donde se embarcó para Atenas. Silas y Timoteo permanecieron en Berea, para confirmar la nueva iglesia que acababa de fundarse allí. Desde Atenas pasó san Pablo á Corinto: se hallaba, no obstante, en grande inquietud sobre el estado de los nuevos fieles que habia dejado en Macedonia, cuando llegaron Silas y Timoteo, y le colmaron de alegría y de consuelo, haciéndole saber la perseverancia y el fervor de los fieles de Tesalónica y de toda la provincia. Le refirieron que perseveraban constantemente en la fe y en la caridad, á pesar de lo que habian tenido que sufrir, y de las persecuciones que se suscitaban contra ellos; en términos que habian sufrido de parte de sus conciudadanos los mismos tratamientos que los fieles de la Judea habian tolerado de parte de los judíos. Le dijeron tambien que habia entre ellos algunos que se afligian mucho por la muerte de sus allegados. Habiendo recibido san Pablo unas noticias tan consolantes de aquella naciente iglesia, escribió esta carta á los Tesalonicenses, en la que después de haber dado gracias á Dios, les alaba, porque habiendo una vez recibido la fe, la han conservado en su pureza, y porque siguiendo el ejemplo, no solo de Pablo, sino del Señor, han llegado á ser un modelo para todos los que creen, por cuanto ellos dan á conocer á todo el mundo qué fruto ha hecho entre ellos la palabra de Dios que él les ha predicado.

Damos, les dice, continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones; teniendo delante de Dios nuestro Padre la memoria de lo que obra vuestra fe, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, de vuestra firmeza en los peligros y en las persecuciones: en estas ocasiones es en donde la fe brilla en toda su fuerza; en ellas donde aparece su utilidad, y donde principalmente es necesario hacer uso de ella. Tambien sabemos, hermanos mios amados de Dios, como habeis sido escogidos, en medio de tantos otros que quedan sepultados en las tinieblas del error, mientras que vosotros habeis sido llamados á la fe y al conocimiento de su nombre; favor por el que nunca seréis bastante agradecidos al Padre de las misericordias. Á la verdad, añade el Apóstol, la virtud del Espíritu Santo y los milagros han acompañado mi predicacion; pero tambien vosotros habeis correspondido á la gracia, y habeis hecho tan grandes progresos en los caminos de Dios, que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de Macedonia y de la Acaya; y vuestra fe en Jesucristo, vuestro ánimo en los peligros, vuestra constancia en las mas violentas persecuciones y en todo género de pruebas os han atraido la admiracion de todas las iglesias; y lo que es mas consolante para mí y para vosotros, es que vuestra virtud os ha dado tantos imitadores como admiradores. Por la cruz ha entrado Jesucristo en su gloria; por los trabajos han hecho los Apóstoles triunfar el Evangelio; y por los sufrimientos se perfeccionan los Cristianos, y llegan á la felicidad que les está preparada. Ciertamente, nada contribuyó mas en los primeros tiempos al progreso del Evangelio, que la vida pura, irreprensible, edificante de los primeros fieles: nada contribuiria todavía hoy tan poderosamente á la conversion de los pecadores y de los herejes, que la pureza de las costumbres y la piedad de los Cristianos de nuestros dias. No se habla por todas partes mas, continúa, que de las maravillas que Dios ha hecho entre vosotros por nuestro ministerio; vuestra conversion maravillosa autoriza extraordinariamente nuestra doctrina; se publica por todas partes una mutacion de costumbres tan admirable, una conversion tan pasmosa, y de todo esto que se admira en vosotros se concluye, de esa inocencia que no se ha desmentido nunca, de esa modestia tan ejemplar, de esa caridad tan universal, de esa piedad, de esa hospitalidad, de esa tan benéfica cordialidad, que tanto honor hacen al Cristianismo; se concluye, repito, de todo esto que una religion que hace tantos prodigios, y que es tan eficaz y tan santa, no puede menos de ser la única verdadera. Concluyamos tambien nosotros,

que si todos los fieles viviesen hoy como cristianos, muy pronto habria bien pocos herejes é infieles.

El Evangelio de la misa de este dia es la continuacion de el del domingo precedente, tomado del capítulo XIII de san Mateo; donde el Salvador continuando en instruir al pueblo, les propone dos parábolas familiares, muy á propósito para suavizar los espíritus mas groseros, y hacerles espirituales.

Acababa el Salvador de comparar la Iglesia á un campo fértil y cultivado en donde el enemigo de la salud durante la noche habia sembrado zizaña entre el buen grano. Habia tambien comparado su doctrina con la semilla, que no pide mas cultura, después que el labrador la ha echado en tierra; ella brota, ella crece, sin que él sepa de qué manera se hace esto, ni ponga en ella la mano. Esta última parábola era muy clara, y no tenia necesidad de explicacion. Se dejaba ver bastante que el buen grano designaba la buena doctrina, la cual recibida en un alma bien dispuesta, hace en ella efectos prodigiosos; pero de un modo tan dulce que apenas se percibe. Lo que habia que temer era, dice el sabio de Montereul, que los discípulos del Salvador, viéndose en pequeño número, y rodeados de enemigos, no se dejasen poseer de la tristeza y del decaimiento. Quiso, pues, por tanto fortificarles, haciéndoles ver como su Iglesia, tan pequeña en su nacimiento, creceria de tal modo algun dia que llenaria toda la tierra. ¿Á qué, les decia, compararé yo el reino de Dios, y de qué parábola me serviré para daros una verdadera idea de él? Figuraos por una parte un grano de mostaza, y por otra un poco de levadura. Este grano tan pequeño entre las diversas especies de granos, cuando se siembra, ó en un huerto, ó en un campo bien cultivado; este grano, dice, produce una planta que crece hasta una altura tal, que no sòlo cubre todas las legumbres, sino que arroja grandes ramas, y puede pasar por un grande árbol. En efecto, sus ramas son tan extendidas, tan gruesas y tan fuertes, que los pájaros cansados de volar vienen á buscar en ellas la sombra, á reposar, y aun á hacer sus nidos. Hé aquí una imágen bastante natural de mi Iglesia, que debe extenderse de un modo incomprensible á los sabios del mundo, y á todo entendimiento humano.

Representaos tambien, añade, un poco de levadura que una mujer pone en tres medidas de harina, y que esparciéndose por todas, tiene bastante virtud para hacer fermentar toda la masa. De este modo instruia el Salvador al pueblo, complaciéndose en tratar con los mas sencillos, hasta familiarizarse con ellos; no diciéndoles nada

que fuese superior á sus alcances; no proponiéndoles en sus parábolas sino cosas muy comunes y de un uso ordinario; y acomodándose al carácter del espíritu de todos sus oyentes, por medio de este lenguaje figurado tan comun á las gentes del país. De este modo el Maestro de todos los doctores verificaba en su persona lo que en otro tiempo habia predicho de él un Profeta: *hablaré en parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo.*

La religion cristiana, la predicacion del Evangelio, la Iglesia designada aquí bajo el nombre de reino de los cielos, es semejante, dice el Salvador, á un grano de mostaza, el mas pequeño de todas las semillas; porque esta Iglesia, que no fue en su principio mas que un número pequeño de hombres sencillos y groseros, unidos á Jesucristo, se ha elevado en lo sucesivo sobre todas las falsas religiones del mundo, y esto con una rapidez tan grande, que en pocos siglos ha borrado y hecho desaparecer todas las demás religiones, á pesar del poder, la extension, y la antigüedad del paganismo. Los pájaros del aire han venido á posar sobre sus ramas; es decir, que de tal manera se ha aumentado, que los grandes del siglo, los entendimientos mas sublimes y mas distinguidos por su ciencia, no se han avergonzado de la simplicidad del Evangelio, y de la humildad de la cruz. Al parecer nada hay al principio en el corazon mas que la primera semilla de la gracia; pero seamos fieles á ella, y verémos lo que puede producir. En las obras de Dios no debe maravillarnos el ver lo débil de sus principios, es este su carácter propio.

La levadura de que habla aquí el Salvador, es la doctrina evangélica, que oculta al principio en un rincon de la Judea, extendió en seguida y ha esparcido su virtud por toda la tierra; es la gracia en un corazon que la conserva en secreto, y que le da tiempo para obrar su mutacion. Esta gracia es la que debe derramarse, y comunicarse secretamente en todas nuestras acciones para hacerlas meritorias. Esta levadura es la que hace fermentar la masa; sin la gracia todas nuestras acciones son insípidas, y no son agradables delante de Dios. ¡Dichosos los Cristianos, porque han aprendido estas verdades sublimes, y estas máximas admirables, que tantos siglos habian ignorado! pero desgraciados tambien aquellos cristianos á quienes este conocimiento no hace mejores, y que por consiguiente hace mas criminales. El Señor no nos habla ya por figuras y parábolas; el Espíritu Santo ha hecho á los fieles capaces de estas verdades tan sublimes; la fe ha disipado aquellas tinieblas tan espesas que impedian á los hombres el ver la verdad. Pero ¡qué desgracia mas temi-

ble, que el ver la verdad, y no seguirla! ¡qué desgracia el conocer el bien que se debe hacer, y no practicarlo!

El grano de mostaza se hace árbol. Ninguna cosa era mas conocida de las gentes del país que esta comparacion. En los países cálidos, y en los terrenos fértiles, las plantas llegan á una altura mucho mayor que lo que se ve en nuestros climas. Se lee en el Talmud de Jerusalen y de Babilonia, esto es, en las dos colecciones de las tradiciones judáicas que se hicieron la una en Jerusalen y la otra en Babilonia, que un judío llamado Simon tenia un vástago de mostaza que llegó á ser tan alto y tan fuerte, que un hombre hubiera podido subir encima sin romperle. Se refiere tambien allí que otro pié de mostaza tenia tres ramas, de las cuales la una servia de sombra á algunos olleros que trabajaban debajo en el estío, para guarecerse de los ardores del sol.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut semper rationabilia meditantes, quae tibi sunt placita, et dictis exequamur, et factis. Per Dominum nostrum...

Concedednos, os rogamos, Dios omnipotente, que nuestro entendimiento esté siempre de tal modo ocupado con pensamientos santos y razonables, que todas nuestras palabras y acciones no se dirijan mas que á agradaros, y seguir en todo vuestra soberana voluntad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es tomada de la primera carta de san Pablo á los Tesalonicenses, capítulo I.

Fratres: Gratias agimus Deo semper pro omnibus vobis, memorian vestri facientes in orationibus nostris sine intermissione, memores operis fidei vestrae, et laboris, et charitatis, et sustinentiae spei Domini Nostri Jesu Christi, ante Deum et Patrem nostrum: scientes fratres dilecti à Deo, electionem vestram: quia Evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti: ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Mace-

Hermanos mios: Damos continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones. Conservando delante de Dios y Padre nuestro la memoria de lo que obra vuestra fe, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, y de la constancia con que esperais en Jesucristo Nuestro Señor. No dudamos, hermanos mios muy amados de Dios, que habeis sido elegidos; porque cuando os hemos predicado el Evangelio, no ha sido solamente con palabras, sino tambien con milagros, con la operacion del Espíritu Santo, y con un bueno y completo resultado, habiendo observado entre vosotros, y por consideracion á vosotros, la conducta que sabeis. Tambien vosotros por vuestra parte habeis seguido nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo la palabra

donia, et in Achaia. A vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solum in Macedonia et in Achaia, sed in omni loco fides vestra, quae est ad Deum, profecta est, ita ut non sit nobis necesse quidquam loqui. Ipsi enim de nobis annuntiant qualem introitum habuerimus ad vos: et quomodo conversi estis ad Deum à simulachris, servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de coelis (quem suscitavit ex mortuis) Jesum qui eripuit nos ab ira ventura.

con la alegría del Espíritu Santo, aun en medio de diversas tribulaciones, de manera que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya. En efecto, no solo en la Macedonia y en la Acaya habeis dilatado la palabra del Señor, sino que por todas partes se ha dado á conocer vuestra fe en Dios, de modo que no nos ha quedado nada que hacer; porque estas gentes publican ya como nos hemos introducido con vosotros, y como vosotros os habeis convertido á Dios, dejando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar á su Hijo que ha resucitado cuando venga del cielo, á este Jesús que nos ha librado de la ira que nos amenazaba.

REFLEXIONES.

Habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya. Nosotros hemos recibido las mismas instrucciones, las mismas lecciones que los de Tesalónica, recibiendo la misma fe. Nosotros no tenemos otro Evangelio: y ¿puede decirse de nosotros lo que san Pablo decia de aquellos, que hemos seguido su ejemplo y el del Señor, y que hemos llegado á ser un modelo para todos los fieles? ¿Honramos nuestra Religion por la pureza de nuestras costumbres, por la rectitud de nuestros sentimientos, por la regularidad de nuestra conducta? La vida santa, edificante, irreprensible de los primeros fieles, hacia cuási tantas conversiones como el celo de los que predicaban la fe. Aquella mutacion improvisa de costumbres, de inclinaciones, de máximas, presentaba siempre algo de maravilloso; los espíritus quedaban sorprendidos á su vista: una modestia constante, una dulzura inalterable, una mortificacion de los sentidos generosa, una paciencia á toda prueba, una caridad sin límites, un desinterés universal, una práctica continua de los consejos mas perfectos y de las mas religiosas máximas del Evangelio; todo esto ingerido, por decirlo así, en una naturaleza corrompida, sobre unas inclinaciones viciosas, en un corazon avezado á la disolucion y á los excesos mas espantosos, no podia menos de mirarse como un fruto prodigioso. Gentes nacidas en el paganismo, alimentadas con sus supersticiones, todas las mas conformes á la corrupcion de la naturaleza, endurecidas en el vicio, fortificadas en el error por sus preocupaciones, alentadas por un largo hábito para toda suerte de crímenes, convertirse en un momento en modelos de la mas pura,

la mas perfecta, y la mas heróica virtud, solo la religion cristiana es la que puede hacer este milagro. Ella le ha hecho: y ¿de dónde viene que no continúa en nosotros estas maravillas? Nosotros pertenecemos á la misma Religion, tenemos la misma fe, su virtud no puede envejecer; tenemos aun sobre los primeros cristianos la ventaja de sus buenos ejemplos: ¿somos, pues, tales que podamos ser propuestos como modelos? La doctrina cristiana que hacemos profesion de creer y de seguir no ha degenerado de su primer espíritu. Somos, pues, nosotros los que degeneramos de aquellos que el Apóstol, la Iglesia, Jesucristo mismo nos propone por modelos. Nosotros tenemos la dicha de haber nacido en la Iglesia, de haber mamado la religion cristiana, por decirlo así, con la leche; y ¿cuántos cristianos desacreditan hoy el Cristianismo por la irregularidad de su conducta y la corrupcion de sus costumbres? ¿Cuántos se hallarán entre la multitud de cristianos del dia, que se puedan proponer por modelos? ¿Qué de gentes de toda edad, de todo sexo, de toda condicion, que no tienen de cristianos cuási mas que el Bautismo? Un espíritu de ambicion, de interés, de vanidad, sofoca cuási todo el espíritu de Religion; las pasiones reinan con imperio en los corazones que se abandonan al placer: y ¿Jesucristo reina en el corazon de todos los fieles? ¡Ó Dios mio! ¡qué pequeño debe ser el número de los elegidos!

El Evangelio es de san Mateo, capítulo XIII.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum grano sinapis, quod accipiens homo, seminavit in agro suo: quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus oleribus, et fit arbor, ita ut volucres coeli veniant, et habitent in ramis ejus. Aliam parabolam locutus est eis: Simile est regnum coelorum fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinae satis tribus, donec fermentatum est totum. Haec omnia locutus est Jesus in parabolis ad turbas: et sine parabolis non loquebatur eis: ut impleretur quod dictum erat per Prophetam dicentem: Aperiam in parabolis os meum, eructabo abscondita à constitutione mundi.

En aquel tiempo, se dirigió Jesús al pueblo con esta parábola: El reino de los cielos es semejante á la grana de la mostaza, que tomó un hombre y la sembró en su campo, la cual siendo la mas pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la mayor de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol, de suerte que los pájaros del cielo vienen á posar sobre sus ramas. Otra parábola les propuso tambien: El reino de los cielos es semejante á la levadura, que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que toda la masa está fermentada. Todas estas parábolas dijo Jesús al pueblo, y nunca le hablaba sin parábolas, á fin de que se cumpliese lo que habia dicho el Profeta: Yo hablaré en parábolas: yo publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo.

MEDITACION.

Sobre el pensamiento de la muerte.

PUNTO PRIMERO. —Considera que no hay cosa mas á propósito para desprendernos de los bienes y de los placeres de esta vida que la meditacion de la muerte. Puede decirse que el pensamiento de la muerte hace poco mas ó menos el mismo efecto sobre el corazon y sobre el espíritu, que la misma muerte. Él quita la máscara al mundo, descubre todos los falsos resplandores que deslumbran, deja percibir el vacío de todo lo que llama la atencion, da á conocer el veneno de todo lo que encanta, hace sentir la amargura de todo lo que se llama placer. Entre otros muchos y grandes frutos que se pueden sacar de la meditacion de la muerte, uno de los principales es el pensar que cuando uno está á punto de morir, viene la sabiduría, por decirlo así, de todos los extremos del mundo á la cabecera de un moribundo; es decir, que cuantas criaturas hay en el universo le predican entonces la verdad pura, sin velo, sin disfraz, y le hacen ver sin nieblas, y conocer sin confusion, que nada hay en esta vida mas digno de un hombre no solamente cristiano, sino racional, que amar á Dios, servirle, y agradarle; que todo lo demás no es otra cosa que vanidad y locura; y puede decirse que todas las criaturas vienen á descubrirle su nada y su indigencia, y á decirle todas que la mas insigne de todas las extravagancias es el apegarse durante la vida á otras cosas que á Dios solo. En esto conviene el sentido comun de los buenos y de los malos. Todos convienen entonces que nada puede contentar nuestro corazon mas que Dios solo; que no hay verdadera paz, verdadera dulzura, verdadero placer, verdadera sabiduría, verdadero mérito, mas que en el servicio de Dios. La muerte hace caer el velo á todos los objetos criados, y destruye su prestigio. ¡Qué bello punto de vista es el lecho de la muerte! Desde allí se ve que el nacimiento mas ilustre, el puesto mas elevado, la dignidad mas brillante, los placeres mas tentadores, los tesoros mas ricos, y la prosperidad mas seductora, nada tienen de sólido, nada de estable, nada de satisfactorio; nombres grandes, brillo superficial, opinion popular, idea arbitraria de una felicidad imaginaria; hé aquí lo que hay de real en todo lo que encanta durante la vida: en la muerte disipándose las nieblas, presentándose todas las criaturas sin máscara y sin disfraz, quedando libres la razon y la Religion, los mas libertinos y los mas impíos piensan como los mas justos; pero

¡qué efectos tan contrarios producen sus conocimientos! Estos llenos de reconocimiento á la bondad divina, poseidos de una dulce confianza en su misericordia, están contentos por haber llevado una vida cristiana, sienten una alegría la mas pura por no haberse dejado deslumbrar de tantas brillantes apariencias, mientras que aquellos, reconociendo su extraña locura, se entregan á la rabia y á la desesperacion, por haberse engañado tan groseramente, y haber errado el camino.

Punto segundo.—Considera que en la muerte todos tienen espíritu cristiano; el mismo efecto hace el pensamiento continuo de la muerte, con esta diferencia, que el corazon se penetra de él cuando uno se acerca con frecuencia á estas grandes verdades durante la vida. No solamente el moribundo es el que piensa de un modo tan justo, los que le sobreviven razonan tambien con sabiduría. Todos creen que el que muere no merece estima, ni alabanzas, sino por las buenas obras que ha hecho, y por la vida cristiana que ha llevado. ¿Se atreveria nadie para consolar á un padre en la muerte de su hijo, á una viuda en la muerte de su esposo, á un hijo en la muerte de su padre, se atreveria nadie á decirles que debian consolarse en la pérdida de aquel por quien lloraban, porque habia nacido grande, rico, poderoso; porque habia sido un hombre de talento, que habia hecho una bella figura en el mundo? ¿Se atreveria ninguno á ofrecer como motivo de consuelo su habilidad y su continuacion en el juego y en los espectáculos; sus placeres, sus diversiones, su mundanidad, su lujo, su alta fortuna? ¿No se diria que el tal hombre habia perdido el juicio si se proponia tales motivos para el consuelo? Esto es todo lo que se alaba, todo lo que se estima durante la vida; lo que se busca para consolarse en su muerte, es si ha sido virtuoso, temeroso de Dios, si ha llevado una vida cristiana y ejemplar. Se acuerda entonces su dulzura, su modestia, su caridad, su devocion, su fe viva. Se les dice á aquella mujer, á aquellos hijos: consolaos, porque vuestro marido, vuestro padre, ha vivido como buen cristiano, y ha muerto como verdadero predestinado; se trae á la memoria todo lo que ha dicho, todo lo que ha hecho de edificante, que ha recibido los últimos Sacramentos con una piedad ejemplar. En la muerte de aquella persona religiosa no se habla mas que de su fervor, de su humildad, de su mortificacion, de su exacta regularidad, de su obediencia. Su espíritu, su saber, sus raros talentos, no entran en su elogio, por decirlo así, mas que como acciden-

tes. Así es como se habla de un moribundo, esto es lo que se estima en la muerte; todo lo demás pasa por diversion, juego de niños, locura. ¿Y por qué, Señor, no hemos de pensar del mismo modo durante la vida?

Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo no piense de otra manera. Yo estoy resuelto á meditar tan de continuo esta verdad tan importante, que ya no juzgue de nada, durante la vida, sino como debo juzgar en la hora de la muerte.

Jaculatorias.—Acordaos de vuestro último fin; y no pecaréis jamás. (*Eccli.* vii).

Yo sé, Dios mio, que en la hora de la muerte todo aparecerá tal como es. (*Ibid.* xi).

PROPÓSITOS.

1 Es ciertamente una extrema imprudencia el aficionarse durante la vida á lo que en la muerte debe ser causa de sentimiento; y por el contrario, la verdadera sabiduría consiste en reglar uno su vida por el juicio que se hace de las cosas cuando está á punto de morir, y conceder su estima, su afeccion, su tiempo y su aplicacion á lo que puede servir de consuelo al alma en el paso formidable de este mundo al otro. Esta verdad bien meditada desengaña el ánimo de todos los embustes que le seducen, desprende el corazon de todas las aficiones que le cautivan, no se piensa mas que en adquirirse un fondo sólido para la eternidad, se adhiere uno solamente á Dios, y todo lo pasajero lo mira con desprecio. Este es el fruto como necesario de la frecuente meditacion de la muerte. Meditadla muchas veces, y preguntaos á vosotros mismos lo que pensaréis en la muerte de todo lo que ahora deslumbra, de todo lo que lisonjea mientras se vive. Cuando deseáreis alguna cosa con ansia, cuando se trate de emprender algo, juzgad de ello por lo que os parecerá en la hora de la muerte. Mirad todas las cosas molestas ó agradables como lo haréis entonces á la luz de la eternidad. No hay práctica de piedad que sea mas útil ni mas eficaz.

2 No paseis ningun mes sin meditar una verdad tan interesante. Es muy importante el hacer esta meditacion todas las semanas, y aun el pensar en ello muchas veces cada dia. Pero sobre todo, en donde el pensamiento de la muerte puede proporcionar armas para vencer, es en los combates que hay que sostener, y para las victorias que deben conseguirse sobre las pasiones. Nada hay mas á propósi-

to para endulzar los ejercicios penosos de la mortificacion, y para aumentar el ánimo y encender nuestro celo. La meditacion frecuente de la muerte es el contraveneno de los placeres de esta vida, y un remedio eficaz contra la tibieza.

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

Se llama domingo de Septuagésima el primero de los tres que preceden al primer domingo de Cuaresma, en cuyo tiempo comenzaba esta en lo antiguo, y en el cual principia la Iglesia á prepararse por la penitencia para celebrar con fruto la fiesta de la Resurreccion.

El sabio Alcuino, tan célebre desde el tiempo de Carlo Magno, pregunta por qué se da el nombre de Septuagésima á este domingo tan privilegiado; porque al fin, dice, aunque la autoridad de la Iglesia Romana debe ser suficiente para establecer un uso en materia de religion, sin embargo nunca la Iglesia ha establecido semejantes usos sin razon para ello. Y el mismo doctor responde, que una de las razones del establecimiento de estas tres semanas de penitencia que preceden á la Cuaresma, es que antiguamente, en aquellos lugares donde no se ayunaban los seis dias de cada semana de Cuaresma, se procuraban tomar los dias que faltan al número de los cuarenta de las semanas precedentes, para ayunar y cumplir así el número de los cuarenta ayunos prescritos. La Quincuagésima era por causa de los que no ayunaban el Jueves Santo, en razon de los grandes misterios que en él se obran, ni el Sábado Santo, atendiendo á la alegría de la fiesta de Pascua, cuya solemnidad comienza desde la víspera; y estos dos dias se reemplazaban por el ayuno del lunes y del martes que seguian al domingo de la Quincuagésima. La Sexagésima era para aquellos que, segun el uso de su iglesia, no ayunaban los jueves de Cuaresma á causa de que Jesucristo habia instituido la Eucaristía, y subido al cielo en este dia, de donde viene que el papa Melquíades prohibió ayunar el jueves en memoria de estos dos grandes misterios. Como desde la Sexagésima hasta Pascua hay ocho semanas, si se quitan los domingos y los jueves, quedan cuarenta dias de ayuno completos. En fin, la Septuagésima era para aquellos que no ayunaban en Cuaresma ni los jueves ni los sábados. Mas aun cuando comenzasen á ayunar desde el lunes de esta semana, no salen mas que treinta y seis ayunos en su cuaresma, que

ellos consideraban solamente como un diezmo del año que ofrecian á Dios.

Como el dia de Pascua es la regla de todas las fiestas movibles en todo el curso del año, la Septuagésima es el primer término de las que la preceden; y á ella ha fijado la Iglesia el principio de las lecturas que hace de la Escritura santa en sus oficios nocturnos. Por lo que hace al nombre de Septuagésima que se ha dado á este domingo, tomándolo literalmente, parece que deba indicar una época de setenta dias; y así es como pretenden explicarle la mayor parte de los autores litúrgicos. Los unos han creido que el decirse Septuagésima no era mas que porque es el séptimo domingo antes del de Pasion, como se llaman Sexagésima, Quincuagésima y Cuadragésima los tres domingos siguientes, que son el sexto, quinto y cuarto antes del mismo domingo. Otros quieren que el nombre de Septuagésima signifique los setenta dias que hay desde el domingo hasta la víspera de Cuasimodo, esto es, el sábado antes del domingo de Cuasimodo, no considerándose la octava de Pascua, segun el espíritu y el rito de la Iglesia, mas que como el mismo dia, y esta es la opinion del célebre Alcuino en su carta á Carlo Magno. Y así como al primer domingo de Cuaresma se le ha dado el nombre de Cuadragésima á causa de los cuarenta dias de ayuno prescritos en este santo tiempo, añade el mismo autor, y el de Quincuagésima al domingo precedente, porque efectivamente hay cincuenta dias desde el domingo hasta Pascua; del mismo modo, dice él, se ha llamado Sexagésima al domingo que precede, á causa de los sesenta dias que hay hasta el miércoles de la semana de Pascua, que es el medio entre la fiesta de Pascua y Cuasimodo. Pero sin ir á buscar tanto misterio donde tal vez no hay ninguno, se puede decir que como el primer domingo de Cuaresma ó de los cuarenta dias de ayuno se llama Cuadragésima en el lenguaje de la Iglesia, cuando se ha subido retrogradando hasta los tres domingos precedentes, cuyas semanas sirven de preparacion á la Cuaresma, se ha querido guardar el órden de los números por decenas, y se ha llamado Quincuagésima al domingo que precede al primero de la Cuaresma, y Sexagésima y Septuagésima los dos domingos precedentes.

Lo que hay de cierto en la institucion de esta anticipacion del santo tiempo de Cuaresma, es que la Iglesia ha pretendido en estas tres semanas que preceden al tiempo solemne de penitencia conducir á sus hijos para que les sea saludable, preparándose para ella por el recogimiento, los ejercicios de caridad, por la frecuencia de Sacra-

mentos y por la oracion. Nadie ignora que lo que se hace en estado de pecado mortal es perdido para siempre, y que á fin de que el ayuno y la abstinencia, para que toda penitencia sea meritoria, debe ser hecha en estado de gracia; la Iglesia, que nada desea tanto como la salud y la perfeccion de los fieles, ha consagrado á los ejercicios de piedad los tres domingos que preceden á esta penosa carrera, á fin de que les sea mas saludable. El sabio Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo VIII, explicando en su carta pastoral á sus curas cuáles eran los deberes de los fieles durante el santo tiempo de Cuaresma, dice que uno de los principales es confesarse en las semanas que preceden á este santo tiempo; y á fin de que la penitencia sea saludable, debe prevenirse por la reconciliacion con sus enemigos, poniendo término á todo proceso y diferencia con cualquiera.

Esto es lo que ha movido á muchas personas piadosas, y singularmente á muchos religiosos, segun Pedro de Blois, á comenzar en la Septuagésima el tiempo de penitencia, y aun empezando el ayuno y redoblando los ejercicios de la mortificacion desde este dia. Es innegable que la intencion de la Iglesia es el inspirar á todos los fieles el espíritu de penitencia y de mortificacion, sobre todo desde la Septuagésima, en que se cesa de cantar el *Alleluia*, hasta Pascua; suspendiendo todo cántico de alegría, y no permitiéndose mas que el luto de la penitencia. Este espíritu de la Iglesia es el que ha movido al demonio, siempre opuesto al espíritu de Jesucristo, á introducir en el mundo usos y costumbres profanas enteramente contrarias. Para impedir esta preparacion á la penitencia cuadragesimal, y sirviéndose de esta misma penitencia, ha introducido el demonio el carnaval, y ha convertido un tiempo tan santo en dias de disoluciones y desórdenes. Cuanto mas se acerca el santo tiempo de Cuaresma mas debe emplearse en la devocion, conforme á la intencion de la Iglesia; pero en el dia, cuanto mas se aproxima este santo tiempo, mas se abandonan las gentes á diversiones profanas, y á disoluciones enteramente paganas. La Septuagésima, esta primera época de los dias de penitencia, ha llegado á ser, por decirlo así, como el anuncio de las mas licenciosas partidas de placer: bien puede la Iglesia en los oficios de este tiempo deshacerse en llantos y en clamores de penitencia: se la deja gemir sin alterarse, y se entregan las gentes mas á los regocijos y á las fiestas mundanas. El espíritu del mundo ha prevalecido; sus perniciosas máximas tienen hoy fuerza de ley; el uso parece haber prescrito. Pero al fin el espíritu de Jesucristo y

de la Iglesia no se desmiente. Puede muy bien toda carne haber corrompido sus caminos; mas la Septuagésima viene todos los años á predicarnos la necesidad indispensable de la penitencia: ¡desgraciados aquellos que hacen de ella la época de sus placeres criminales y de su condenacion!

Toda la Epístola que la Iglesia hace leer en la misa de este dia, es la mas propia para desengañar á los Cristianos, con respecto á los placeres tan poco cristianos, á las comidas suntuosas, á las glotonerías, que el espíritu del mundo opone en este tiempo escandaloso del carnaval, al espíritu de penitencia á que nos convida la Septuagésima. Está tomada del capítulo IX de la primera carta de san Pablo á los Corintios, en la que el santo Apóstol exhorta á los fieles á la mortificacion y á la penitencia, y se sirve para ello del ejemplo de aquellos que para correr en la lid y ejercitarse en la lucha, llevan una vida tan austera, y esto para conseguir una corona que se marchita en el mismo dia; se sirve, digo, de este ejemplo para animar á los Cristianos á mortificarse y domar su cuerpo con el castigo para obtener una recompensa eterna.

Vosotros sabeis, les dice, la vida austera y mortificada que llevan los que combaten en los juegos públicos: ellos se abstienen de todo; se privan de los placeres, de los manjares mas delicados; ninguna vida mas frugal, y aun mas dura que la suya; y esto para conseguir un premio de muy pequeño valor, una corona de laurel, de olivo, ó de encina, mientras que los Cristianos prefieren á una corona de gloria eterna unos placeres empapados en muchas amarguras, y que ni aun duran mas que algunos momentos.

San Pablo para confundir á los cristianos flojos, les propone por modelos á los atletas, esto es, á los que combatian en los juegos públicos. Entre los cuatro famosos juegos de la Grecia, habia los que se llamaban ístmicos, así llamados del istmo, ó lengua de tierra que unia el Peloponeso al resto de la Grecia. Como estos juegos se celebraban cerca de Corinto, el Apóstol habla de ellos como de una cosa conocida de todos los corintios. Estos combates eran de cinco especies. el de la carrera, del que habla aquí el Apóstol; los de la lucha y del pugilato, á los cuales hace alusion en seguida; y los del salto y del disco, ó tiro del tejo. Los atletas que se ejercitaban en los combates, se abstenian de todo lo que podia disminuir sus fuerzas, ó hacerles menos ágiles. Guardaban continencia, observaban un régimen de vida muy frugal, y muy propio para endurecer y fortificar el cuerpo. Comian poco, y no se alimentaban mas que con vian-

das muy comunes. No usaban el vino, dormian poco, y huian toda delicadeza. Nada abrevia tanto la vida, ni consume tanto la salud como el uso de los placeres y la glotonería. Esto es lo que ha hecho decir á los antiguos que el verdadero medio de vivir sanos, vivir largo tiempo, y hacerse muy robustos, es vivir con régimen, en una exacta templanza, alejado de los placeres, en un trabajo moderado, en el ejercicio del cuerpo, y llevar constantemente una vida frugal. Todos corrian á un mismo tiempo, pero uno solo llevaba el premio; y este premio que se sabia bien que solo podia conseguir uno, no era mas que una corona tejida de ramas de algunos árboles, ó de algunas plantas, como de olivo, de mirto, de encina, de laurel ó de apio, que es una especie de perejil que se cria en las huertas, y que tiene al fin de sus vástagos flores blancas ó amarillas. Nada era, en efecto, mas corruptible que las coronas que constituian toda la gloria y el premio de estos penosos combates. *Por lo que hace á mí,* dice el Apóstol, *yo corro no como á la ventura,* sino como á una victoria cierta, y por una corona que pueden conseguirla muchos al mismo tiempo, sin que por esta multiplicidad de vencedores pueda disminuirse la recompensa. Yo combato, no como quien azota al aire, dice, sino que castigo mi cuerpo por la penitencia, lleno de confianza de que no me mortifico en vano. Aquí el Apóstol, como aparece por el texto Griego, alude al combate de los atletas llamado *pugilos;* en el que se agitaban ellos mismos para desentorpecerse, removian los brazos con furor, y azotaban al aire, antes de llegar seriamente á las manos los unos contra los otros, cuando armados de manoplas guarnecidas de hierro y de plomo, se herian y magullaban el cuerpo á grandes puñadas, hasta que uno de los dos quedase aterrado, y cayese bajo los piés de su antagonista. Á esto hace tambien alusion el Apóstol, diciendo que castiga su cuerpo, es decir, que le trata con dureza, que le tiene en sujecion, y como en esclavitud. La palabra griega que corresponde á *castigo,* expresa la accion de los atletas que se magullaban el rostro á puñadas. Ahora bien, si tanto se hace por una recompensa tan diminuta, por una gloria tan imaginaria; si los paganos nacidos y criados en la licencia y en la corrupcion de costumbres, y aunque se diga en la esclavitud de las pasiones, llegan hasta el punto de abstenerse de todos los placeres, y aun puede añadirse de todas las dulzuras de la vida; ¿qué excusa tendrán los cristianos que se entregan en estos dias á tan escandalosos excesos? La cercanía de los ayunos prescritos, el carnaval, ¿dan derecho á la disolucion? ¿dispensan de la penitencia? La condicion tan augusta y

tan santa de cristiano, la cualidad de nacion santa, pueblo amado de Dios, raza escogida y privilegiada, ¿bastará para salvarnos? San Pablo previene en esta Epístola contra esta falsa confianza: vosotros no ignorais, continúa el mismo Apóstol, que nuestros padres han estado todos bajo la nube, y que todos han pasado el mar Rojo; que todos han sido bautizados por el ministerio de Moisés en la nube y en el mar; que todos han comido la misma vianda misteriosa; y todos estos beneficios, todas estas maravillas obradas en su favor, no han impedido que la mayor parte de ellos hayan perecido en el desierto por haber desagradado á Dios, despreciando sus preceptos. Hermanos mios, añade, todas estas cosas han sido figuras con respecto á nosotros, á fin de que no nos inclinemos al mal, y que nos aprovechemos de sus ejemplos; y concluye que *aquel que cree mantenerse firme, mire no caiga.* ¿Queremos nosotros asegurar nuestra salvacion? Sigamos el espíritu y las máximas de la Iglesia.

Bien se ve que san Pablo no pretende hablar aquí del Bautismo propiamente dicho, solo quiere dar á entender que lo que pasó entonces era la figura del Bautismo de la ley nueva. La nube que cubria, y que conducia á los israelitas durante el dia, y les alumbraba durante la noche, es la figura del Espíritu Santo que por su gracia nos protege, nos dirige y nos ilustra. La salida de Egipto, el fin del cautiverio, el paso del mar Rojo, significa la salida del estado del pecado y de servidumbre en que nos tenia el demonio, y nuestra regeneracion por las aguas del Bautismo. Moisés, libertador de los israelitas, y mediador entre Dios y su pueblo, es el tipo y la figura de Jesucristo, verdadero libertador del género humano, y mediador por excelencia. El maná que Dios hacia llover caia para todos igualmente. El Apóstol llama á aquel alimento espiritual, ó misterioso, porque era un símbolo que representaba el cuerpo de Jesucristo, dado á los fieles en el misterio de la Eucaristía. Tambien llama espiritual la bebida de los israelitas, porque era igualmente la figura de la sangre de Jesucristo, ofrecida por todos los hombres sobre la cruz, y en el sacrificio de la misa. Todos saben que de mas de seiscientos mil hombres que salieron de Egipto, solo dos, Caleb y Josué, entraron en la tierra prometida: todos los demás perecieron en el desierto.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo xx de san Mateo, en donde propone Jesucristo la parábola de los obreros, tomados á jornal para trabajar en la viña, á los últimos de los cuales se les da el mismo salario que á los primeros. Queriendo el Salvador darnos una idea justa de toda la economía de la gracia y

de la salud, se sirve de esta parábola para explicarnos todo este misterio. Figuraos, dice, á un padre de familias que queriendo dar cultivo á su viña, sale muy de mañana, va á la plaza y ajusta jornaleros, á quienes envia allá desde el principio del dia, prometiendo á cada uno de ellos un denario de plata por su jornal. Hácia la hora nona, queriendo multiplicar los obreros para acelerar el trabajo, envia otros, diciéndoles que vayan á trabajar á su viña por el mismo precio. No pareciéndole suficiente este número, vuelve á la plaza tres horas después, y con las mismas condiciones envia otra nueva porcion de ellos. En fin, la impaciencia que tiene de ver cultivada toda su viña es tan grande que sale aun á la tarde, y sin considerar que no quedan mas que dos ó tres horas de dia, habiendo encontrado gentes ociosas, ¿por qué, les dice, estais aquí todo el dia sin hacer nada? porque nadie nos ha empleado, le responden; pues bien, les dice, id tambien á trabajar á mi viña. Es claro que el trabajo de todos estos viñadores no fue igual; trabajaron mucho menos los unos que los otros, y sin embargo todos recibieron la misma paga. Á la tarde, dice el Evangelio, dijo el Señor á su mayordomo: haz venir á los obreros, y págales comenzando desde los últimos hasta los primeros. Creyeron estos, que habiendo venido al trabajo antes que los otros, se les daria alguna cosa mas; pero engañados en su esperanza, no pudieron menos de dar á conocer su sentimiento: estos hombres, decian, han venido después que nosotros, no han trabajado mas que una hora, y nosotros hemos trabajado todo el dia: ellos han venido á la tarde cuando ya refrescaba, y nosotros hemos sufrido todo el calor del mediodia; ellos no han hecho mas que presentarse, y nosotros hemos trabajado y sudado doce horas. ¿Qué proporcion, pues, hay entre su trabajo y el nuestro? y ¿sin embargo les dais tanto como á nosotros? Amigo mio, responde el padre de familias, no te hago ningun agravio; el denario de plata que se te da, es cuanto te se debe por tu jornal: ¿no hemos quedado convenidos en esto? Si yo quiero dar á estos últimos tanto como á tí, ¿es hacerte á tí injusticia el hacer yo con ellos lo que me agrade? ¿no soy yo dueño de mis bienes? y ¿no me es permitido disponer de ellos á mi gusto? ¿Has de mirar con ojos malignos y celosos la ventaja de tu prójimo, como si te robase lo que se le da, y tu malicia ha de impedirme á mí el ser bueno? Así sucederá, concluye el Salvador, que muchos que hubieren venido los últimos, ocuparán los primeros puestos, porque son muchos los llamados y pocos los elegidos. No hay cosa mas clara que el sentido de esta parábola.

Este padre de familias es Dios, quien en el momento que tenemos uso de razon, nos convida como desde el principio del dia á trabajar en su viña, esto es, á cultivar nuestra alma por el ejercicio de las virtudes. Se concierta con nosotros en el salario, es decir, en darnos su gloria al fin de la vida, que no es mas que un dia en comparacion de la eternidad. Pocos son tan dichosos, que trabajen por su salvacion tan pronto como pueden hacerlo: no hay edad en la que no deba trabajarse por la salvacion. El Salvador que quiere la salvacion de todos los hombres, se ha dignado reanimar la confianza de los mas grandes pecadores, y hasta de aquellos que habiendo pasado toda su vida, no solo en el olvido de Dios, sino aun en los mayores desarreglos, se encuentran en la última hora. Esta parábola les demuestra que jamás debe desesperarse de la misericordia de Dios, aun cuando se haya envejecido en el pecado, con tal que se convierta de veras á Dios, por mas tarde que se convierta. Á la verdad, son raras las conversiones al fin de la vida, y serian aun inciertas, por no decir falsas, si se perseverase en el crimen, en la presuntuosa esperanza de convertirse en sus últimos momentos; pero se llega al fin de la vida, y se está todavía á tiempo de recibir la recompensa, con tal que se trabaje seriamente y con fervor durante la última hora. Dios no mira tanto el trabajo que se hace, como el fervor con que se trabaja. Los que solo habian trabajado en la última hora fueron recompensados tan liberalmente como los que habian trabajado todo el dia.

Muchos sabios intérpretes, entre otros Orígenes, san Hilario y san Gregorio, dicen que el Salvador habla tambien aquí de la vocacion y de la predestinacion al Evangelio. Que esta última hora puede significar la venida del Mesías, y que los gentiles convertidos á la fe serán tan liberalmente recompensados como los judíos mas santos en la antigua ley, aunque estos hayan sido llamados desde la primera hora. Debe tambien tenerse entendido que el denario de plata equivalia á diez sueldos de nuestra moneda, y esto era lo que ganaba ordinariamente un hombre de jornal.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Preces populi tui, quaesumus, Domine, clementer exaudi: ut qui juste pro peccatis nostris affligimur, pro tui nominis gloria misericorditer liberemur. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que oigais benigno los ruegos de vuestro pueblo, á fin de que vuestra misericordia nos libre por la gloria de vuestro nombre de los males con que vuestra justicia nos affige en castigo de nuestros pecados. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo IX *de la primera carta de san Pabla á los Corintios.*

Fratres: Nescitis quod ii, qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium? Sic currite ut comprehendatis. Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet: et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam. Ego igitur sic curro, non quasi in incertum: sic pugno, non quasi aërem verberans: sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo: ne forte, cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar. Nolo enim vos ignorare, fratres, quoniam patres nostri omnes sub nube fuerunt, et omnes mare transierunt, et omnes in Moyse baptizati sunt in nube, et in mari: et omnes eamdem escam spiritalem manducaverunt, et omnes eumdem potum spiritalem biberunt: (bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra: petra autem erat Christus) sed non in pluribus eorum beneplacitum est Deo.

Hermanos mios: ¿No sabeis que de los que corren en la lid, aunque todos corren, es solo uno el que consigue el premio? Corred vosotros de suerte que lo consigais. Todo el que combate en los juegos públicos, se abstiene de todo. Estos, sin embargo, lo hacen para recibir una corona que se marchita; nosotros para obtener una que nunca se aja. Así, pues, yo corro, no como quien va á la ventura; combato, no como quien azota al aire; sino que castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre: no sea que después de haber predicado á los demás, sea yo mismo reprobado. Porque no quiero que ignoreis, hermanos, que nuestros padres han estado todos bajo la nube, todos han pasado el mar Rojo; han sido todos bautizados por el ministerio de Moisés en la nube y en el mar; todos han comido la misma vianda misteriosa; todos han bebido la misma bebida espiritual. Bebian en verdad de la piedra misteriosa que les seguia; mas esta piedra era Jesucristo: sin embargo, la mayor parte de ellos desagradaron á Dios, y por esto perecieron en el desierto.

REFLEXIONES.

Estas gentes se abstienen de todo para recibir una corona que se marchita. ¡Cuántos falsos pretextos destruye esta comparacion y este ejemplo! Si por puros motivos humanos, si por adquirir una gloria tan diminuta, tan superficial, tan corta; si para conseguir una corona de laurel de tan poca duracion, y de un precio tan vil como las hojas, han podido los gentiles sujetarse á una vida tan dura, tan incómoda, tan mortificada; ¿qué puede asegurar á los Cristianos cobardes que espantados por las imaginarias dificultades de una vida cristiana, sacrifican todas las dulzuras de una vida santa, una gloria eterna y de un precio infinito, la posesion de un Dios, su salvacion, una felicidad sin límites? Cuando se piensa á sangre fria en la irregularidad extravagante de esta lamentable conducta, le da á uno gana de preguntar, ¿si esta especie de gentes son cristianas, ó si estos indignos cristianos son hombres racionales? Se diria que hay una

especie de fascinacion que suspende, por decirlo así, el uso de la recta razon, que embota el entendimiento, é interdice el juicio para todo lo que pertenece á la salud y á la conducta cristiana. Todo espanta, todo disgusta, todo desanima, cuando se trata de vivir conforme al espíritu y á las máximas de la Religion, y segun las leyes del Evangelio. Bien puede Dios presentar una felicidad eterna, una gloria pura y sólida; bien puede ofrecer al vencedor de las propias pasiones, de estos enemigos mortales de nuestra salvacion y de nuestro reposo, una corona preciosa que nunca se marchita, que jamás se desluce, una felicidad completa, satisfactoria, perfecta, y todo esto por algunos dias, por algunas horas, por algunos momentos de mortificacion de los sentidos y de las pasiones; sin embargo todo nos choca. Jamás tiene uno bastante salud, es demasiado jóven, está muy ocupado, se trabaja mucho, es muy delicado, ó de una edad muy avanzada; la abstinencia, el ayuno, son superiores á nuestras fuerzas. No traigamos aquí á la memoria, ni el ejemplo de tantos Santos mas jóvenes, y mas delicados que nosotros; no recordemos el ejemplo de san Pablo, ni de los atletas: las mismas personas tan jóvenes, tan delicadas, tan atareadas, destruyen con su conducta sus mas especiosos pretextos y sus mas plausibles excusas. ¿Qué no tiene que sufrir en el ejército aquel jóven tan delicado, aquel hijo de familias en la flor de su edad? La ambicion y el ansia de distinguirse, de adelantarse, y de adquirir nombre, hacen devorar todas las austeridades del servicio. No pide Dios ciertamente tanto de los que le sirven. ¿Qué no influye sobre un jóven corazon el interés y el deseo de hacer fortuna? ¿Qué poder no tiene aun sobre los mismos viejos una pasion violenta? Nada cuesta cuando se trata de satisfacerse uno á sí mismo: ¡Vos solo, Dios mio, Vos solo pareceis un Señor muy duro á todos estos esclavos del mundo! Se pasan sin quejarse, y cuási sin dificultad, los dias enteros sin comer, por hacer la corte á los grandes; se pone en una especie de tortura el cuerpo, para aparecer con un talle terso y agradable; se ayuna rigorosamente, se velan las noches enteras hasta alterar la salud, por asistir á los espectáculos ó al baile, nada se hace cuesta arriba para condenarse. ¿Qué vida mas cruda, mas austera, que la de las gentes de negocios? Y ¿todo es imposible cuando se trata de hacer alguna ligera mortificacion, alguna buena obra, por poco penosa que sea, por la salvacion propia, por una felicidad infinita, por una gloria eterna, por Dios, á quien se le niega todo? La gloria del mundo aunque falsa, aunque frágil, es incompatible con el deleite, con la delicadeza; no se compra sino á cos-

ta de trabajo y de peligros: ¿seria justo que no costase nada el obtener la corona inmortal que el Señor nos propone? Infelices esclavos de la ambicion y del interés, ¡cuántas pasiones os veis precisados á mortificar para satisfacer una! Y sin embargo estos honores tras de los que correis, no depende de vosotros el merecerlos; depende aun mucho menos el obtenerlos después de haberlos merecido. Sí, yo me atrevo á decirlo, no os costaria tanto, os costaria aun mucho menos, el aseguraros una vida exenta de muchos disgustos, una muerte dulce, una felicidad llena y eterna.

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, capítulo XX.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam. Conventione autem facta cum operariis ex denario diurno, misit eos in vineam suam. Et egressus circa horam tertiam, vidit alios stantes in foro otiosos, et dixit illis: Ite et vos in vineam meam, et quod justum fuerit dabo vobis. Illi autem abierunt. Iterum autem exiit circa sextam et nonam horam: et fecit similiter. Circa undecimam vero exiit, et invenit alios stantes, et dicit illis: Quid hic statis tota die otiosi? Dicunt ei: Quia nemo nos conduxit. Dicit illis: Ite et vos in vineam meam. Cum sero autem factum esset, dicit dominus vineae procuratori suo: Voca operarios, et redde illis mercedem, incipiens à novissimis usque ad primos. Cum venissent ergo qui circa undecimam horam venerant, acceperunt singulos denarios. Venientes autem et primi, arbitrati sunt quod plus essent accepturi: acceperunt autem et ipsi singulos denarios. Et accipientes, murmurabant adversus patremfamilias, dicentes: Hi novissimi una hora fecerunt, et pares illos nobis fecisti, qui portavimus pondus diei et aestus. At ille respondens uni eorum, dixit: Amice, non facio tibi injuriam; nonne ex de-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un padre de familias que salió muy de mañana, á fin de tomar trabajadores á jornal para su viña. Convenido con los operarios en un denario de plata por el dia, los envió á su viña. Habiendo salido hácia la hora de tercia, vió otros que estaban en la plaza sin hacer nada, y les dijo: Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo; y fueron allá. Salió tambien á la hora sexta, y á la hora nona, é hizo lo mismo. Cerca ya de la hora undécima salió otra vez, y habiendo hallado otros que estaban allí, les dijo: ¿Por qué estais aquí todo el dia sin hacer nada? Ellos le respondieron: Porque no nos han ocupado; y él les dijo: Id tambien vosotros á mi viña. Llegada la noche, el señor de la viña dijo á su mayordomo: Haz venir los trabajadores y págales, empezando desde los últimos hasta los primeros. Los que habian venido á la hora undécima recibieron cada uno un denario. Acercándose los que habian ido primero al trabajo creyeron que recibirian mas, pero no recibieron cada uno mas que un denario; y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias: Los últimos, le decian, no han trabajado mas que una hora, y no obstante les has pagado tanto como á nosotros que hemos sufrido el peso del dia y del calor. Mas respondiendo él á uno de ellos, le dijo: Amigo mio, ningun agravio te hago: ¿no te has convenido conmigo en un denario? Toma, pues, lo que te se debe, y marcha. Tengo yo gusto en darle á este último lo mismo que á tí. ¿No me es permitido el ha-

nario convenisti mecum? Tolle quod tuum est, et vade: volo autem et huic novissimo dare sicut et tibi. Aut non licet mihi quod volo facere? An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum? Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi. Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.

cer lo que yo quiera? ¿ó miras tú con malos ojos el que yo sea bueno? Así sucederá que los últimos serán los primeros, y los primeros vendrán á ser los últimos; porque son muchos los llamados y pocos los elegidos.

MEDITACION.

Sobre las diversiones del carnaval.

Punto primero.—Considera que nada hay mas opuesto al espíritu del cristianismo que lo que se llaman diversiones del carnaval; no solo porque es un resto del paganismo, sino tambien porque nada hay mas contrario al espíritu de Jesucristo, á las máximas del Evangelio, á la moral cristiana, y al ejemplo de los Santos. Ya se considere su orígen, y el fin de esta escandalosa licencia de costumbres; ya se reflexione sobre los perniciosos efectos de estos desarreglos, y sus consecuencias, nada se encontrará que no deba irritar á un espíritu cristiano, nada que no deba alarmar la conciencia. El mes de enero era profanado por los paganos con regocijos impíos, y con un libertinaje de los mas disolutos en honor de Baco, dios de la borrachera. Hé aquí el orígen de estas fiestas escandalosas del carnaval. No habiendo podido el demonio impedir la destruccion del paganismo, ha tratado de hacerle sobrevivir en las abominables costumbres de los paganos. Los cristianos de estos últimos tiempos, condenando y aborreciendo la idolatría que choca al espíritu y á la razon, se han familiarizado poco á poco con aquellos usos que mas lisonjean los sentidos. Contentos con mirar con horror el dogma extravagante de los paganos, han adoptado una parte de su moral; y hé aquí el principio de esa licencia de costumbres, de esas comidas sensuales, de esos bailes que son el oprobio de la Religion; de esas diversiones de carnaval, orígen funesto de la pérdida de tantas almas. Y ¿se pregunta qué mal hay en presentarse en estas partidas de placer, en estas fiestas de carnaval? ¿no deberia mas bien preguntarse si es posible tomar alguna parte en estas fiestas irreligiosas de carnaval, sin encender la cólera de Dios sobre vosotros y sobre toda vuestra familia? ¡Qué monstruosa contradiccion de creencia y de conducta! Creer todo lo que nuestra Religion nos propone para creer en órden á aquellas terribles verdades que han formado tantos penitentes y tantos mártires; en órden á aquellos peligros de perder la inocencia en el

mundo, que han poblado los claustros y los desiertos; en órden á la necesidad indispensable y universal de mortificarse continuamente, de macerar la carne, de hacer penitencia para salvarse; en órden, en fin, al alejamiento de las ocasiones de pecar, y al carácter de la vida cristiana: ¿creer todo esto, y gustar de las diversiones del carnaval, y tomar parte en estas diversiones? ¿conoceis bien la irregularidad, la impiedad, la extravagancia de una conducta tan lamentable?

Punto segundo. —Considera la indignidad extravagante de los motivos, todos los mas irreligiosos, los mas frívolos, que sirven de pretextos para el uso escandaloso de las diversiones del carnaval. El ayuno y la penitencia que debe hacerse en el tiempo de Cuaresma es uno de los principales pretextos para estas licenciosas diversiones. Se debe guardar una abstinencia rigorosa, se debe ayunar por espacio de cuarenta dias; es preciso, pues, otros cuarenta dias antes indemnizarse con adelanto de esta rigorosa abstinencia: es preciso hacer penitencia de sus pecados durante el santo tiempo de Cuaresma; pues tambien lo es el permitirse toda suerte de excesos, exponer la inocencia á todos los peligros, manchar su alma con mil pecados, conceder á sus sentidos todo género de libertades, abrazar todos los placeres criminales, antes de hacer esta penitencia. Se debe hacer una vida cristiana durante la Cuaresma, preciso es prevenir este tiempo de regularidad por una vida toda pagana; será necesario guardar los mandamientos de Dios por todo este santo tiempo, tambien lo será el violarlos en las seis semanas que le preceden; habrán de humillarse nuestras cabezas bajo de la ceniza el primer dia de Cuaresma, hágase, pues, ostentacion de un lujo fastuoso durante el carnaval; se deberá, en fin, asistir al sermon en este tiempo de penitencia, saciémonos, pues, con los bailes y con espectáculos antes de los dias del arrepentimiento. Dios pide un culto particular durante la Cuaresma, preciso es darle al demonio, durante el carnaval, el que él exigia en otro tiempo de los paganos. Y hé aquí las razones en que se pretende apoyar la licencia que se toma en estos dias de disoluciones; hé aquí con lo que se trata de autorizar un uso, que la menor nocion del Evangelio, la mas ligera tintura de la Religion proscribe, reprueba y condena. ¡Qué error, qué extraña ceguera la de los Cristianos de nuestros dias, el no ver la indignidad, la irreligion, la impiedad, de una conducta tan escandalosa! Y ¿nos quejamos, después de esto, de los azotes continuos con que Dios castiga al pue-

blo? ¿Extrañamos ver que la fe se entibia todos los dias? ¿Clamamos contra el pequeño número de los elegidos? Después de esto ¿se cuenta con algunos ademanes de religion, que no son delante de Dios mas que una visible mojiganga? Y lo que debe todavía excitar mas la indignacion es que aquellos que mas se entregan á estos desarreglos, á estas disoluciones, á estos excesos bajo el miserable pretexto del ayuno y de la abstinencia de Cuaresma, son los que no le guardan.

¡Ah Señor! ¡Cuál es nuestra ceguera! ¿Pudo darse jamás una locura mas grande ni mas criminal? Ilustrad, Señor, este entendimiento embrutecido por los sentidos; tocad este corazon para hacerle volver de su extravío; dadme vuestra gracia, Dios de misericordia, porque estoy resuelto á reparar con mi conducta verdaderamente cristiana los dias que he pasado hasta aquí como pagano.

Jaculatorias.—Apartad, Señor, mis ojos de todos los ejemplos peligrosos, y haced que marche con valor por vuestros santos caminos. (*Psalm.* cxviii).

Afirmad, Señor, vuestra ley en el corazon de vuestro siervo, manteniendo en él el temor de desagradaros. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Si el deseo de nuestra salvacion, si el celo de la Religion, si la obligacion de dar buen ejemplo nos interesan, tengamos presente que en ningun tiempo como en este deben darse á conocer. Privaos, pues, absolutamente de todas las diversiones profanas; es una práctica de piedad muy agradable á Dios, y muy sobremanera útil, el estar mas retirado, mas devoto, mas mortificado en este tiempo que en cualquiera otro del año. No solo no tomeis parte en estas diversiones del carnaval, sino tambien privaos durante estos dias hasta de las mas lícitas; vosotros experimentaréis bien pronto cuánto agrada á Dios esta práctica. Aumentad, durante el carnaval, vuestros ejercicios de piedad: haced un poco mas de oracion, aunque no sea mas que un cuarto de hora. Rezad el oficio parvo de la santísima Vírgen, y no dejeis de visitar todas las tardes á Jesucristo en el santísimo Sacramento. Confesad y comulgad con mas frecuencia que lo ordinario.

2 No os contenteis con observar una conducta del todo contraria al espíritu del mundo; inspirad los mismos sentimientos á vuestros hijos, y á todos los que están á vuestro cargo. Inclinadles á que se priven de todo lo que se llama diversiones de carnaval, sobre todo de los bailes y de los espectáculos profanos. Las diversiones domés-

ticas pueden permitirse con tal que sean cristianas. Es una industria santa el compensar así á vuestros hijos, por estos pequeños festines entre la familia. Pero lo que es de un gran mérito delante de Dios, es si dais á los pobres lo que hubiérais expendido en vuestros placeres, si hubiéseis seguido el torrente. ¡Cuántas familias honestas carecen de lo necesario, al paso que se prodiga en banquetes espléndidos lo que bastaria para mantener á muchos! Usad, pues, de esta santa industria.

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

El domingo de la Sexagésima no tiene otro misterio en su nombre, como ya se ha dicho, que el número de seis semanas hasta el domingo de Pasion, y los cuarenta dias de ayuno para los que no ayunaban los jueves ó los sábados, y que por consiguiente comenzaban la Cuaresma al otro dia del domingo de la Sexagésima.

La Iglesia en la semana de la Septuagésima toma por asunto de los oficios nocturnos la historia de la creacion y de la caida del primer hombre, y en la de la Sexagésima ha elegido en la Escritura la historia de la reparacion del género humano después del diluvio. La primera contiene la historia del Génesis desde Adan hasta Noé, y esta desde Noé hasta Abraham comprende la segunda edad del mundo.

La institucion de la Sexagésima ha seguido cuási en todas partes á la de la Septuagésima, y pueden las dos considerarse como de una misma antigüedad; mas habiéndose advertido en lo sucesivo que la dispensa del ayuno el jueves ó el sábado, durante la Cuaresma, no tenia mas objeto que el endulzar por esta interrupcion la continuacion del santo ayuno, los Padres del cuarto concilio de Orleans, celebrado en el año de 541, miraron esta templanza como un abuso y una relajacion en la disciplina, y establecieron un cánon por el cual ordenaron la uniformidad en todas las iglesias del reino de Francia para la observancia del ayuno de Cuaresma, conforme al uso de la Iglesia romana, y prohibieron á todo sacerdote ú obispo el indicar ó prescribir el principio de la santa cuarentena al otro dia de la Sexagésima, queriendo que los cuarenta dias de ayuno no fuesen interrumpidos mas que por el santo dia del domingo, el cual siendo mirado en la Iglesia como la octava continua de la fiesta gloriosa de la Resurreccion, es un dia de regocijo, exento por consiguiente del ayuno.

Algunos consideran tambien el domingo de la Sexagésima como

un dia consagrado en parte en honor ó á la memoria del apóstol san Pablo. La oracion de la misa está bajo de su invocacion particular, esto es, es una súplica hecha á Dios por su intercesion; no se ve otra razon que pueda traerse para la eleccion que la Iglesia ha hecho en este dia de la invocacion de san Pablo, sino porque la estacion de los fieles en Roma está asignada para este dia á la iglesia de este santo Apóstol.

La Epístola de la misa no es otra cosa que la historia ó descripcion que el mismo san Pablo hace á los Corintios de sus trabajos evangélicos, de sus sufrimientos, de su arrebatamiento al tercer cielo, de sus tentaciones, y de todo lo que ha creido que convenia decir de sí para oponerlo á la vanidad de los falsos apóstoles, que no omitian nada para hacerse valer y para desacreditar á san Pablo entre los Corintios.

No bien hubo el Apóstol salido de Corinto, cuando el demonio irritado por las prodigiosas conquistas que este Apóstol de las naciones habia hecho para Jesucristo, envió inmediatamente allá sus emisarios. Eran estos unos cristianos en la apariencia muy celosos, los cuales siendo judíos, querian mezclar las ceremonias de la ley con el Evangelio, y para desacreditar á san Pablo, cuya doctrina no concordaba con la suya, hablaban incesantemente con tanto desprecio de él, como ventajosamente de sí mismos. Se atrevian á sostener que san Pablo era relajado en su moral, y que bajo el pretexto de hacer valer la nueva ley, aniquilaba la antigua. Que no habia recibido su mision ni de Jesucristo, ni de los primeros apóstoles. Que tampoco habia dado prueba alguna de su apostolado; que despreciable por su persona no lo era menos por sus talentos, y que debian tener por sospechosa su doctrina. Como estos impostores afectaban en lo exterior un aire modesto y estudiado, y se adornaban sin cesar con la máscara de la mortificacion, de piedad y de reforma, imponian á los sencillos, y tenian admiradores y partidarios. Informado san Pablo de los artificios malignos de estos seductores, se creyó obligado á emplear todos los remedios propios para prevenir un tan gran mal, y hacer abrir los ojos á los que habian caido en el lazo. Se vió precisado á descubrir aquellos falsos profetas, y demostrar la autenticidad de su mision; y para esto, á pesar de su profunda humildad, á hacer su elogio, haciendo el compendio de la historia de su vida. Nada hay tan ingenioso como el rodeo que da á la necesidad en que se ve de referir hechos que le hacen tanto honor; nada mas elocuente que la misma sencillez con que habla en su favor. Previene por una humilde y sabia precaucion, lo que pudiera disgustar en el testimonio

ventajoso que se ve obligado á dar de sí mismo. Sé yo bien, dice, que no es propio de la sabiduría el elevarse; pero sé tambien que sois sobrado caritativos, y sufriréis un poco mi flaqueza. Porque vosotros que sois sabios sufrís de buena gana á los que no lo son; esto es, siendo, como sois, sabios y moderados, no os debe ser penoso el sufrir mis flaquezas. Vosotros que estais acostumbrados á sufrir los aires imperiosos, las altanerías, las vejaciones de vuestros pretendidos apóstoles, ellos han tratado de exponer vuestra paciencia á pruebas mucho mas duras, que lo que os la expondrémos por las alabanzas que nos concediéremos. Yo lo digo para mi confusion, y acaso para la vuestra: al tiempo que mostrais tanta deferencia hácia esos impostores, nos mirais á nosotros como gentes de poco valer y despreciables, porque no os hemos tratado con tanta altanería. Es solo propio de los herejes y de los falsos doctores el ser imperiosos, altivos, y el hablar siempre como gentes inspiradas; al paso que la dulzura, la modestia, la humildad forman el carácter de los verdaderos Apóstoles.

Como los falsos profetas se gloriaban de su nacimiento, de su celo y de los trabajos que se jactaban haber sufrido por Jesucristo, san Pablo les da en cara con el pormenor conciso de lo que ha hecho y sufrido en las funciones de su ministerio. Vuestros pretendidos apóstoles, dice, se alaban de que son judíos, yo tambien lo soy; se llaman hijos de Abraham, y yo tambien; se dicen ministros de Jesucristo, yo tambien lo soy aun mas que ellos, porque he sufrido mas trabajos y mas prisiones, he sido maltratado con exceso, y en muchos lances me he visto á pique de perder la vida. Cinco veces he recibido de los judíos treinta y nueve azotes; tres veces he sido golpeado con varas, es decir, que los judíos me han hecho azotar cinco veces, y como la ley les prohibia el dar mas de cuarenta golpes, para no ponerse en peligro de violarla no pasaban jamás del número de treinta y nueve por delicadeza de conciencia. He sido golpeado con varas por los romanos; porque estos se servian con mas frecuencia de varas, así como los judíos se servian ordinariamente de correas. En seguida continúa el santo Apóstol refiriendo todos los peligros que ha corrido, y lo que ha tenido que sufrir de parte de los falsos hermanos. Como el ministerio de Jesucristo y de sus Apóstoles es un ministerio de trabajo, de persecucion y de sufrimiento, san Pablo prueba por aquí la verdad de su mision y de su apostolado. Al dar el Hijo de Dios la mision á sus discípulos, les habia dado el poder de hacer milagros, y les habia predicho que tendrian que sufrir persecucio-

nes. (*Math*. x.) San Pablo presenta estas dos pruebas de su apostolado, cuando dice á los Corintios: Yo os he ofrecido las señales de mi apostolado por una paciencia á prueba de todo, por los milagros, los prodigios, otras tantas pruebas del poder divino. Forma luego un pormenor largo de los trabajos de su celo infatigable y de su caridad inmensa; he sido apedreado una vez; he naufragado tres veces; he estado un dia y una noche en la profundidad del mar. San Crisóstomo y santo Tomás creen que el Apóstol estuvo un dia y una noche en medio del mar después de un naufragio, habiéndose visto obligado todo este tiempo ó á nadar, ó á sostenerse sobre algunos restos del navío, combatiendo contra las olas, los vientos y la muerte misma. Añadid á todo esto el cuidado de todas las iglesias y la multitud de negocios de que estoy como sitiado. Además lo que sufre mi corazon por el ardor de mi caridad con todos y de mi celo. ¿Quién hay que desfallezca, que no me haga á mí desfallecer? ¿quién da una caida, un paso falso, que no me ocasione un dolor intenso?

Yo sé, continúa, que vuestros falsos profetas se vanaglorian eternamente de que son favorecidos de Dios, y tratan de sorprenderos con la relacion pomposa de sus pretendidas revelaciones. Sabed, hermanos mios, que Dios no se comunica á aquellos que no tienen su espíritu, y que no se someten á la Iglesia. Pero pues que ellos tratan de sorprenderos con hechos supuestos, me veo obligado á descubrirme á vosotros, debiendo yo á Dios los favores singulares de que me ha colmado, y que yo habia resuelto sepultar en un eterno silencio. Porque si yo hubiese de gloriarme, no lo haria por mi voluntad mas que de las cosas que me humillan. No me es decente, añade, el gloriarme; mas pues me veo precisado á ello por la necesidad de defenderme contra mis calumniadores, yo traeré aquí con toda la sinceridad de que Dios es testigo, lo que pasó de extraordinario en mí hace catorce años, cuando fuí elegido con Bernabé para predicar el Evangelio á las naciones y á los diferentes pueblos. Aquí la molestia y el trabajo que costaba á san Pablo el hablar de sus revelaciones, le hacen hablar en tercera persona. Es una gran disposicion para recibir de Dios las gracias mas singulares el saberlas sepultar en un silencio tan largo. Y ciertamente, después de catorce años concedidos á la humildad, era muy justo que el Apóstol concediese tambien alguna cosa á la caridad, y á la edificacion de sus hermanos y aun de toda la Iglesia.

Yo sé, dice, que un hombre consagrado á Jesucristo fue arrebatado hace catorce años hasta el tercer cielo: si esto fue con el cuerpo,

ó sin el cuerpo, es decir, en un éxtasis, esto es lo que yo no sé; Dios lo sabe. Yo solamente sé que él ha oido cosas llenas de misterios, de las que no es lícito á un hombre hablar. San Agustin y muchos santos Padres creen que las cosas misteriosas que san Pablo habia visto ú oido, eran superiores al alcance del entendimiento humano, y que una lengua humana no hubiera jamás podido expresar ni dar una justa idea de ellas. Que el tercer cielo á donde fue arrebatado es la mansion de los bienaventurados, segun los judíos, y que Dios le descubrió allí los mas secretos misterios de la religion cristiana, que ciertamente son superiores al concepto y á las expresiones de los entendimientos mas sublimes y mas sutiles. Sin embargo, como en esta relacion de los favores celestiales el santo Apóstol no perdia nunca de vista la humildad, su virtud favorita, añade que en medio de todos estos insignes favores, de que el Señor le ha colmado, le ha dejado el aguijon de la carne, que le ha hecho conocer su flaqueza, y que sirve de contraveneno á todos los sentimientos de la vanidad. El parecer mas comun es que por esta expresion metafórica ha querido el santo Apóstol indicar las rebeliones de la carne, de que los mayores Santos no siempre están exentos; queriendo Dios darles por medio de esta humillacion un ejercicio de paciencia y de mérito, y poner su virtud, aun la mas relevante, al abrigo del orgullo. Dios se sirve de la tentacion para impedir que uno se infle con sus dones; y se sirve tambien de la humilde disposicion de una alma á quien favorece, para confundir el orgullo del tentador y disipar sus esfuerzos. San Crisóstomo y algunos antiguos han creido que el Apóstol ha pretendido hablar bajo de esta metáfora de las persecuciones, de las aflicciones y de las contradicciones que el demonio le suscitaba en la predicacion del Evangelio; pero la primera interpretacion es mas universalmente seguida. San Pablo dice que ha rogado muchas veces al Señor que le librase de una tentacion tan importuna, y que el Señor le ha respondido que le bastaba su gracia. Dios permite al demonio que nos tiente; pero no sufre jamás que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, y siempre proporciona sus auxilios á los esfuerzos de nuestros enemigos. Dios nos es fiel en la tentacion combatiendo con nosotros, nos es fiel después de la tentacion coronando nuestras victorias: seámosle fieles por nuestra parte, combatiendo con valor y atribuyéndole la gloria del combate; pero para experimentar el auxilio de la gracia que Dios no niega jamás á nadie, no nos expongamos temerariamente á la tentacion.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo VIII

de san Lucas. Habiendo llegado el Salvador á la orilla del lago de Genezareth que se llamaba el mar de Galilea, se reunió inmediatamente al rededor de él una gran multitud que venia de todas las poblaciones vecinas, de tal modo que se vió precisado á entrar en una barca, que estaba bogando, y habiéndose sentado en ella, comenzó á instruir á aquella muchedumbre de oyentes esparcidos por la ribera. Su modo de enseñarles, como ya se ha dicho, era el proponerles parábolas tan agradables como útiles; y por medio de estas comparaciones familiares les representaba como en un cuadro las diversas disposiciones y los estados diferentes de las almas, de una manera tan inteligible aun á los entendimientos mas groseros, que cada uno comprendia lo que queria enseñarles. Hé aquí la primera parábola que propuso.

Salió el que siembra para sembrar su grano en la tierra: mas habiendo caido una parte de la semilla en el camino real, luego la pisaron los viajeros, ó se la comieron los pájaros. Otra habiendo caido en un paraje muy pedregoso, en donde el grano tenia poca tierra, creció inmediatamente, pero sin haber profundizado; mas apenas salió el sol, el bochorno abrasó la yerba, y la secó por falta de raíces. Otra parte cayó en un sitio lleno de espinas, y habiendo crecido las espinas la sofocaron; por fin, habiendo caido el resto de la semilla en buena tierra, echó raíces el grano, arrojó y produjo tan buenas espigas y tan llenas, que algunas dieron ciento por uno, otras sesenta, y otras treinta.

Después de esto, alzando mas la voz para llamar la atencion de sus oyentes y hacerles notar estas últimas palabras, que concluian la parábola, y contenian el sentido de ella: Hablo á todos, les dice, pero principalmente á aquellos á quienes el Espíritu Santo abre los oidos del corazon, para entender lo que digo, y penetrar su misterio. Esto dió ocasion á los discípulos cuando estuvieron solos con el Salvador para preguntarle, por qué cuando hablaba al pueblo se servia de parábolas. Para que este pueblo grosero, les respondió, y poco dócil, pueda comprender mejor unas verdades y una moral que mira como extraña, y que son superiores al alcance de su entendimiento. Porque el don de entendimiento, añadió, no es dado á todos; yo os lo he dado á vosotros con preferencia á muchos otros, porque os he elegido para instruir á todo el mundo, para llevar las luces de la fe, y para predicar mi Evangelio á todo el universo. Los conocimientos puros y perfectos se comunican solo á las almas dóciles que desean verdaderamente ser instruidas, y que están siempre prontas á escu-

char á Dios, y aprovecharse de todas las luces que reciben. Solamente á estas almas así dispuestas, á estas almas puras, como lo sois vosotros, es á quienes es dado el penetrar las verdades de la fe, y las máximas de la nueva ley. Además, si yo hablo en figuras á este pueblo, añadió, es á causa del abuso voluntario que hace de las gracias y de los beneficios de Dios, pues que oyendo todos los dias mis instrucciones no se hacen mejores ni mas dóciles. Se contentan con escucharme; pero sin fatigarse por poner en práctica lo que oyen: y á fin de que sean menos excusables y puedan retener mejor al menos las verdades que les enseño, me sirvo de comparaciones las mas sensibles. Mas su indocilidad con todo esto verifica lo que ha dicho el profeta Isaías: oiréis con vuestros oidos, y no oiréis; veréis con vuestros ojos, y no veréis, puesto que después de haber oido no han hecho nada de lo que les he enseñado. Por lo que hace á vosotros, dad gracias á Dios porque se os ha dado á conocer el reino de Dios, es decir, todo el fondo de la doctrina evangélica: á vosotros, digo, que abrís los ojos á la luz, y ansiais el ser instruidos; pero por lo que hace á aquellos que miran la verdad con indiferencia, la tienen delante de los ojos sin conocerla, la oyen sin comprenderla.

Por mas fácil que fuese esta parábola, todavía se dignó el Salvador explicarles el sentido moral de ella: la semilla es la palabra de Dios; el grano es excelente, pero encuentra muy poca buena tierra. Los unos escuchan la palabra de Dios con un espíritu disipado, con un corazon abierto, como un camino real á todo género de objetos, donde continuamente se admiten los vanos fantasmas del mundo. El demonio que los observa, y que procura prevalerse de su mala disposicion, arrebata tambien con facilidad de su corazon la divina semilla, como los pájaros se llevan el grano que se encuentra en los caminos. Hay otros oyentes un poco mas atentos; pero cuyo corazon es semejante á las tierras pedregosas en donde el trigo no puede echar raíz. Otros hay que no se hacen del todo sordos á la palabra de Dios; ella les entra por el oido, y aun hasta el corazon; pero es muy pronto sofocada en él por los cuidados punzantes de los bienes criados, por los incentivos del deleite, y por las espinas inseparables del amor, del placer y de las riquezas. En fin, hay almas puras, fervorosas y bien dispuestas, que semejantes á las tierras fértiles, jamás reciben en vano la palabra de Dios. Brota inmediatamente, y produce en ellas una cosecha de las mas abundantes. No solo se entiende en esta semilla divina la palabra de Dios que nos anuncian sus ministros; tambien se entiende aquella palabra de Dios interior, la gracia, que es la

única que puede dar eficacia á la palabra exterior. Recibamos esta preciosa semilla con un corazon recto y bien dispuesto, con un deseo ardiente y eficaz de ponerla en práctica; seguramente ella producirá fruto céntuplo. Conservemos esta divina semilla, no dejemos á los pájaros que nos la roben, esto es, estemos alerta contra las astucias y los esfuerzos del demonio, contra los asaltos impetuosos de las pasiones, contra la sedicion de nuestro propio corazon, contra la violencia de las persecuciones, contra los artificios de nuestro amor propio. Seamos fieles en seguir las santas inspiraciones, generosos para poner en práctica lo que Dios nos dice y nos manda; suframos con paciencia las contradicciones, y esperemos tranquilos el tiempo de la recoleccion.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui conspicis quia ex nulla nostra actione confidimus: concede propitius, ut contra adversa omnia Doctoris gentium protectione muniamur. Per Dominum...

Señor, que veis que no ponemos nuestra confianza en nuestras propias obras, concedednos benigno, que la proteccion del Doctor de las naciones nos fortifique contra todos los males que nos rodean. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XI *de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Libenter suffertis insipientes: cum sitis ipsi sapientes. Sustinetis enim, si quis vos in servitutem redigit, si quis devorat, si quis accipit, si quis extollitur, si quis in faciem vos caedit. Secundum ignobilitatem dico, quasi nos infirmi fuerimus in hac parte. In quo quis audet (in insipientia dico) audeo et ego: Hebraei sunt, et ego: Israëlitae sunt, et ego: Semen Abrahae sunt, et ego: Ministri Christi sunt (ut minus sapiens dico) plus ego: in laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequenter. A Judaeis quinquies, quadragenas, una minus, accepi. Ter virgis caesus sum, semel lapidatus sum, ter naufragium feci, nocte et die in profundo maris fui, in itineribus saepe, periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere,

Hermanos mios: Vosotros que sois sabios, sufrís llenos de bondad á los que no lo son; puesto que si se os reduce á servidumbre, si se os devora, si se os despoja, si alguno se levanta contra vosotros, si os da de bofetadas, lo sufrís. Hablo no con tan nobles sentimientos, y como si en esta parte nos hubiésemos portado con flaqueza. De cualquiera cosa que alguno se atreva á jactarse (hablo como un necio) tambien me atrevo á alabarme. Son hebreos; yo tambien; son israelitas, y yo; son hijos de Abraham, yo lo mismo; son ministros de Jesucristo (hablo como un hombre que apenas sabe), yo lo soy todavía mas que ellos, porque he sufrido mas trabajos y mas prisiones, porque he sido maltratado con exceso, y me he visto en muchos lances á punto de morir. Por cinco veces he recibido treinta y nueve azotes de parte de los judíos; tres veces he sido golpeado con varas; una vez he sido apedreado; tres veces he naufragado; he estado un dia y una noche en la pro-

periculis ex gentibus, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus: in labore et aerumna, in vigiliis multis, in famé et siti, in jejuniis multis, in frigore et nuditate: praeter illa quae extrinsecus sunt, instantia mea quotidiaha, sollicitudo omnium Ecclesiarum. Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego non uror? Si gloriari oportet: quae infirmitatis meae sunt, gloriabor. Deus et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui est benedictus in saecula, scit quod non mentior. Damasci praepositus gentis Aretae regis custodiebat civitatem Damascenorum, ut me comprehenderet: et per fenestram in sporta demissus sum per murum, et sic effugi manus ejus. Si gloriari oportet (non expedit quidem): veniam autem ad visiones, et revelationes Domini. Scio hominem in Christo ante annos quatuordecim, (sive in corpore, nescio, sive extra corpus, nescio, Deus scit) raptum hujusmodi usque ad tertium coelorum; et scio hujusmodi hominem (sive in corpore, sive extra corpus, nescio, Deus scit) quoniam raptus est in Paradisum: et audivit arcana verba, quae non licet homini loqui. Pro hujusmodi gloriabor: pro me autem nihil gloriabor, nisi in infirmitatibus meis. Nam, et si voluero gloriari, non ero insipiens: veritatem enim dicam: parco autem, ne quis me existimet supra id, quod videt in me, aut aliquid audit ex me. Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanae, qui me colaphizet. Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet à me: et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea: nam virtus in infirmitate perficitur. Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.

fundidad del mar; he hecho multitud de viajes, y corrido peligros en los rios, peligros de ladrones, peligros de parte de mi nacion, peligros de parte de los gentiles, peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, en la fatiga y en la miseria, en las vigilias sin descanso, en el hambre y en la sed, en los ayunos continuos, en el frio y en la desnudez: además de todo esto que es exterior, la multitud de negocios que me oprime diariamente en el cuidado de todas las iglesias. ¿Quién desfallece, que no me haga á mí desfallecer? ¿Quién da un paso falso, que no me cause un dolor intenso? Si es preciso gloriarse, por mí no me gloriaria sino de las cosas que me humillan; Dios que es Padre de Jesucristo Nuestro Señor, y que es bendito en todos los siglos, sabe que no miento. El que mandaba en el país de Damasco, en nombre del rey Aretas, hacia guardar las puertas de la ciudad para prenderme; pero se me bajó en una espuerta por una ventana que daba á la muralla, y así me escapé de sus manos. Si hay necesidad de gloriarse (en verdad no es conveniente) vendré á las visiones y á las revelaciones del Señor. Yo sé que un hombre consagrado á Jesucristo fue arrebatado hace catorce años al tercer cielo (si fue con el cuerpo, ó sin el cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe). Sé que este mismo hombre (si con el cuerpo, ó sin el cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) ha estado en el paraíso, y ha oido cosas llenas de misterio de que no es lícito á un hombre el hablar. Por un hombre semejante yo me gloriaré; mas por lo que hace á mí, no me gloriaré mas que en mis humillaciones. Por lo demás, si quisiera gloriarme, no seria una necedad, porque diria la verdad. Pero me guardo bien de hacerlo para que nadie conciba de mí una idea ventajosa por lo que vea, ó por lo que oiga en mi favor. Y para que estas grandes revelaciones no me engrian, se me ha dado el aguijon de mi carne, como un ángel de Satanás, para que me abofetee. Por esto he rogado al Señor por tres veces que le apartase de mí; y él me ha dicho: Te basta mi gracia; porque la virtud se aumenta en la enfermedad. Me gloriaré, pues, de buena gana de mi flaqueza, á fin de que la virtud de Jesucristo habite constantemente en mí.

REFLEXIONES.

Es asombroso que san Pablo, este vaso de eleccion, este Apóstol de las naciones, esta brillante lumbrera de la Iglesia, que habia bebido en el seno de Dios mismo, por decirlo así, en el cielo, la doctrina que enseñaba, que este doctor de los fieles, tan recomendable por sus trabajos por Jesucristo, tan respetable por el esplendor de su santidad, tan célebre por el número infinito de sus milagros, haya tenido calumniadores, y que para prevenir la seduccion se haya visto en la necesidad de justificarse, y obligado á probar su mision y la autenticidad de su apostolado con razones y hechos incontestables. Esto prueba que el hombre enemigo que siembra la zizaña, sigue de cerca al padre de familias que siembra el buen grano en su campo; y que los falsos doctores son cuási tan antiguos en la Iglesia como los verdaderos apóstoles. Se debe tambien esperar que mientras hubiere en la Iglesia verdaderos apóstoles, habrá en todos tiempos seductores que pondrán en movimiento todos sus artificios para seducir á los pueblos. Lo que hay mas que temer es la semejanza de los medios de que se sirven los unos y los otros para llegar á sus fines, bien poco semejantes. Los verdaderos apóstoles no trabajan mas que por la gloria de Jesucristo; los falsos doctores no buscan mas que la suya, y sus propios intereses, por mas desinterés que aparenten. Puede aun asegurarse que los artificios de estos son mas imponentes que el celo mas puro de aquellos; nada se asemeja mas á la verdadera caridad, que el falso celo, no hay ninguna cosa que sea mas insinuante, ni que mas sorprenda. Como el espíritu de Dios es el que anima á los verdaderos apóstoles, su caridad es dulce, pacífica, uniforme, compasiva: su celo es ardiente, pero no amargo, ni tumultuoso; ellos dan al alma la paz que la anuncian; no hay nadie excluido para ellos; la salvacion de sus contrarios es tambien objeto de su celo; se hacen todo para todos, para ganarlos todos para Jesucristo; al paso que el celo de los falsos doctores, animado siempre de un espíritu de partido, está por lo comun lleno de hiel, es impetuoso, turbulento, siempre acompañado de una odiosa aceptacion de personas, siempre apasionado, y siempre falso. La pasion puede muy bien contrahacer la virtud, pero no imitarla. Como las exterioridades son necesarias para imponer, el falso celo imita artificiosamente todo lo que es capaz de engrosar su partido y engañar: modestia estudiada, mortificacion exterior, aire recogido, devocion artificial, maneras afectadas, tono compungido, lamentaciones eternas sobre la

relajacion de las costumbres, de la moral y de la disciplina, limosnas capciosas, buenas obras de brillo, todo se pone por obra para disfrazarse los lobos que tiran al rebaño. Bien pueden ladrar los perros que le guardan; los pastores mercenarios emplean la fuerza y el crédito para alejarles, ó hacerles callar. Mentiras, calumnias, falsos retratos, todo se emplea para hacer pasar los mas santos doctores, los apóstoles mas celosos de Jesucristo, por unos impostores é hipócritas. San Pablo no era, al decir de estos calumniadores, sino un enemigo de la ley, un hombre ambicioso, un Apóstol sin mision, un hablador sin genio. Para hacer su retrato empleaban los colores mas negros y horrorosos. No teniendo nada que decir contra sus costumbres, se paran hasta en el tono desagradable de su voz, hasta en la irregularidad de su estatura. Con tal que se le desacredite en el ánimo de los Corintios, nada les importa el camino ó el motivo con que lo hagan, al paso que estos partidarios del error no cesan de ensalzar á los que son de su cábala. Todo aquel que les escucha es santo, todo el que les sigue es perfecto. Este espíritu de partido caracteriza todos los herejes. Tales han sido los Arrianos, los Nestorianos, los Eutiquianos, los Pelagianos, y todos los sectarios de los primeros y de los últimos siglos. La máscara impone, es verdad, pero no es difícil distinguir las gentes enmascaradas. El disfraz solo engaña á aquellos que no miran mas que de léjos. Una modestia sin artificio, una humildad sin simulacion, un celo puro y sin pasion, una caridad benéfica, que no excluye á nadie de sus beneficios, una piedad humilde, generosa, constante, quitan la máscara al fariseismo. Jamás se vió un apóstol de Jesucristo, fiero, orgulloso, duro con los demás, indulgente consigo mismo. Mas no es maravilla, añade san Pablo, que siendo esta especie de falsos apóstoles operarios artificiosos, tomen la apariencia de apóstoles de Jesucristo: si el mismo Satanás toma tambien alguna vez la apariencia de ángel de luz; no es extraño que sus ministros tomen la apariencia de ministros santos: el fin de todos estos será tal como sus obras.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo VIII *de san Lucas.*

In illo tempore: Cum turba plurima convenirent, et de civitatibus properarent ad Jesum, dixit per similitudinem: Exiit, qui seminat, seminare semen suum: et dum seminat, aliud cecidit secus viam, et conculcatum est, et volucres cœli comederunt

En aquel tiempo: Habiéndose reunido una gran multitud, que de todas las poblaciones corrian á Jesús, les habló así en parábola: Salió un sembrador para sembrar su grano, y cuando sembraba, una parte cayó cerca del camino, fue pisado, y los pájaros del cielo se lo comieron: otra cayó en un

illud. Et aliud cecidit supra petram, et natum aruit, quia non habebat humorem. Et aliud cecidit inter spinas, et simul exortae spinae suffocaverunt illud. Et aliud cecidit in terram bonam, et ortum fecit fructum centuplum. Haec dicens, clamabat: Qui habet aures audiendi, audiat. Interrogabant autem eum discipuli ejus, quae esset haec parabola. Quibus ipse dixit: Vobis datum est nosse mysterium regni Dei, ceteris autem in parabolis: ut videntes non videant, et audientes non intelligant. Est autem haec parabola: Semen est verbum Dei. Qui autem secus viam: hi sunt, qui audiunt: deinde venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. Nam qui supra petram: qui cum audierint, cum gaudio suscipiunt verbum; et hi radices non habent: qui ad tempus credunt, et in tempore tentationis recedunt. Quod autem in spinas cecidit: hi sunt, qui audierunt, et à sollicitudinibus, et divitiis, et voluptatibus vitae euntes, suffocantur, et non referunt fructum. Quod autem in bonam terram: hi sunt, qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia.

paraje pedregoso, y apenas nació se secó, porque le faltaba jugo: otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo con él las espinas, le sufocaron: la otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió un fruto centuplicado. Dicho esto, clamaba en alta voz: El que tenga oidos para oir, que oiga. Sus discípulos, oido esto, le preguntaron qué era lo que significaba esta parábola; y él les dijo: A vosotros se os ha concedido el que conozcais el misterio del reino de Dios; pero á los demás solo en parábolas, de suerte que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Oid, pues, lo que significa la parábola. La semilla es la palabra de Dios. Los que están cerca del camino, son los que la oyen; pero viene en seguida el demonio, y quita de su corazon la palabra, no sea que creyendo se salven. Los que reciben la semilla sobre un terreno pedregoso, son los que habiendo oido la palabra la reciben con alegría, mas no tiene en ellos raíces en que prender, porque creen un tiempo, y sucumben en el tiempo de la tentacion. La que cayó entre las espinas, son aquellos que han oido la palabra de Dios; pero que ellos mismos la sufocan, sin dejarla producir fruto, entregándose demasiado á los cuidados, las riquezas y los placeres de la vida. En fin, la que cae en buena tierra, son aquellos que, habiendo oido la palabra con un corazon recto y bien dispuesto, la conservan, y recogen el fruto por la paciencia.

MEDITACION.

De los obstáculos que impiden á la gracia el producir sus efectos.

Punto primero.—Considera que la gracia es una semilla fértil, capaz de producir ciento por uno. Como recibe su virtud de los méritos infinitos de Jesucristo, no debe extrañarse que sea tan poderosa. Consideremos todo lo que los Santos han hecho de grande, de sorprendente, de maravilloso: todos los prodigios de valor, de magnanimidad, de paciencia que admiramos en tantos millones de Mártires; todos los milagros de penitencia que no podemos admirar bastante en el número prodigioso de religiosos y de solitarios: jóvenes doncellitas de doce años desafiar los mas espantosos tormentos, reirse de los mas crueles suplicios, todas estas maravillas tan superio-

res á las fuerzas de la naturaleza son los efectos de la gracia omnipotente del Salvador. Ella es la que ilumina al alma con aquella luz sobrenatural, á favor de la que el entendimiento mas grosero, el mas oscuro, penetra sin trabajo los misterios de la fe mas incomprensibles, y descubre el sentido de todas las grandes verdades, que no se ven claramente sino en el cielo; ella es la que desenvuelve todos los secretos del corazon humano, y todas las astucias del enemigo de la salvacion; ella es la que disipa los prestigios de los sentidos, la que doma las pasiones mas fuertes, la que confunde todos los artificios del amor propio; ella, en fin, es la que inspira aquel disgusto tan absoluto de los bienes, de los honores, de los falsos placeres de esta vida, al paso que produce un gusto tan vivo y tan exquisito de los bienes de la eternidad. Hé aquí los efectos ordinarios de la gracia. Ella es el grano misterioso que el padre de familias no cesa de sembrar todos los dias en nuestro corazon. Ella no ha perdido su virtud: ¿en qué consiste que no produce cuási nada en nuestra alma? ningun valor en los peligros, ninguna fortaleza en los combates, ninguna fidelidad en las tentaciones, ninguna perseverancia en el bien, ningun fervor en el ejercicio de la penitencia. Las máximas del mundo se hallan establecidas en todos los estados, el espíritu del mundo gobierna en todas partes, la piedad cristiana está proscrita, está desterrada de todo lo que se llama gran mundo. ¿Dónde está, pues, la virtud de la gracia? y si está sembrada abundantemente en todas las condiciones, en todos los estados; si la gracia no falta á nadie, ¿de dónde viene que apenas produce? La corrupcion de costumbres es cuási general, la molicie, la indevocion, el libertinaje, se observan hoy en todas las edades: veamos cuáles son los obstáculos que impiden brotar á este grano misterioso.

Punto segundo. — Considera que los obstáculos que impiden á la gracia el germinar y producir, están todos en nosotros mismos. No nos servimos de nuestra libertad sino para hacerla estéril. La dureza de nuestro corazon, la disipacion de nuestro espíritu, están figurados por las piedras y el camino público de que habla el Salvador, y sobre el cual cae el grano, el cual no estando cubierto con la tierra, se lo llevan los pájaros del cielo. La sequedad le impide brotar, ó si nace, se seca inmediatamente por falta de jugo: ¿quién no ve que estos son los obstáculos ordinarios y comunes, causa necesaria de la esterilidad de la gracia? Pero los mayores obstáculos, sobre todo en estos dias de licencia y de excesos, son las diversiones tan

poco cristianas que el demonio ha introducido, y que el mundo ha adoptado como conformes á su espíritu y á sus máximas. Estas son las espinas que sufocan el buen grano. La gracia no falta en estos tiempos licenciosos; Dios no deja de hablar al corazon, toca, urge, solicita. Qué de piadosos movimientos, qué de pensamientos saludables, nos inclinan á privarnos de estas diversiones perniciosas, de esos placeres emponzoñados, de esas reuniones donde todo ablanda el corazon, donde todo tienta. Pero ¿se reciben con docilidad estas santas inspiraciones? ¿se escucha esta voz? ¿se huye de estos lazos? ¡Ah! se expone, por el contrario, se corre al peligro, se arrojan con plena deliberacion al precipicio. Se multiplican los festines, nada se niega á la sensualidad, se corre á los bailes, á los espectáculos. Todo lo que el lujo tiene de mas artificioso, todo lo que el artificio tiene de mas seductivo, todo lo que hay de mas tentador, todo se pone en movimiento. El carnaval es el tiempo del reinado de las pasiones; no solo no se las incomoda, se las deja toda la libertad, se las lisonjea. Y ¿se quiere que la gracia despliegue toda su virtud? ¿Se extraña que la gracia no produzca nada? ¿Se lamenta su debilidad? Quejémonos de nuestra pura malicia; nosotros solos somos los artífices de nuestra reprobacion. ¿Qué conciencia tan pura, qué alma tan inocente, qué corazon tan virtuoso, qué hombre tan cristiano hay que no se pervierta en medio de las fiestas del carnaval, si se halla en ellas? Los solitarios que han envejecido en los desiertos, los religiosos mas fervorosos que han pasado su vida en los mas santos ejercicios de la penitencia, los Santos de primer órden, no creerian poder resistir al torrente, preservarse del fuego, conservar un solo dia su inocencia, si se hallasen en estas fiestas licenciosas; y las gentes del mundo, mas flacas, mas susceptibles del contagio, la mayor parte ya medio vencidas, ¿esperarán conservar allí la gracia?

Vuestra gracia, Señor, es la que me da á conocer estos peligros: haced, Señor, que sea eficaz. Estoy resuelto á no ponerle ya obstáculos; concededme una gracia todavía mas eficaz, y haced que tenga todo su efecto.

Jaculatorias. — Señor, dadme de esta agua, para que no tenga ya mas sed. (*Joan.* IV).

Con el auxilio de vuestra gracia, Señor, combatirémos con esfuerzo, y Vos destruiréis á nuestros enemigos. (*Psalm.* LIX).

PROPÓSITOS.

1 Nada hay tan precioso como la gracia, no os expongais al peligro de perderla. Es una semilla estimable; cultivad con cuidado vuestro corazon, y arrancad de él todo lo que puede impedir á este grano celestial el que germine y produzca el ciento por uno. La cultura del corazon se hace arrancando las espinas, y ejercitándose en la mortificacion. Los mayores obstáculos á la gracia están en el corazon. Los abrojos nacen en él con abundancia, y por lo mismo es preciso echar mano del hierro y del fuego: el hierro de la penitencia, el fuego del amor de Dios. La mortificacion de nuestros deseos es una penitencia muy saludable. Reprimid con generosidad el amor del placer, la inclinacion á satisfacer vuestros sentidos, vuestras pasiones, vuestro amor propio. Procurad, sobre todo en este tiempo, aplicaros á la mortificacion interior, sacrificando generosamente todo lo que puede servir de obstáculo á las operaciones de la gracia; las espinas sufocan el buen grano.

2 Privaos, principalmente, de todas las fiestas del carnaval, de todas las diversiones profanas. Mirad los bailes como las bacanales de los paganos; los espectáculos, la comedia, la ópera, como una escuela de profanidad, y el famoso escollo de la inocencia: no permitais jamás que ni vuestros hijos, ni vuestros domésticos se presenten allí, inspiradles horror á todo esto. Es una práctica de piedad muy útil dar á los pobres el dinero que se sacrificaria á esto, estar algun tiempo en oracion delante del santísimo Sacramento, y santificar por este acto de religion el tiempo que tantas gentes pierden en los espectáculos profanos. Rezad todos los dias hasta el miércoles de Ceniza los siete Salmos penitenciales, ó á lo menos la Salve con el Miserere.

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

El domingo de Quincuagésima no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos precedentes. El sabio Alcuino no halla otra razon del nombre de Quincuagésima que se le ha dado, que porque precede inmediatamente al primer domingo de Cuaresma; y así como este se ha llamado domingo de Cuaresma porque es seguido de cuarenta dias que hay hasta Pascua, del mismo modo se ha llamado aquel domingo de Quincuagésima porque efectivamente es el quin-

cuagésimo dia antes de Pascua. Este es todo el misterio que se encuentra en el nombre de Quincuagésima, aunque algunos creen que la reflexion que se ha hecho sobre este número de cincuenta es posterior á su institucion.

Pedro de Blois dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma en la Quincuagésima, segun el decreto del papa san Telesforo que vivia en tiempo del emperador Adriano. Lo que dió sin duda ocasion á este decreto fue que en los primeros tiempos la mayor parte de los fieles no creian que se debiesen comprender en los cuarenta dias de ayuno de Cuaresma el Viernes y Sábado Santos, cuyos ayunos, destinados singularmente á honrar la pasion y la muerte de Jesucristo, los habian observado los mismos Apóstoles, antes que se impusiese una ley de tiempo determinado y del ayuno de Cuaresma. Por esto se comenzaba la Cuaresma desde el lunes, y se ayunaban cuarenta y dos dias durante las siete semanas. Vemos aun en nuestros dias que muchas comunidades y Órdenes religiosas comienzan el ayuno de Cuaresma desde el lunes de la Quincuagésima, como se hacia entonces. Se llamaba antiguamente este domingo *Cabeza de ayuno*, á causa de que el principio del ayuno solemne de Cuaresma no se habia fijado aun al miércoles de la semana, que nosotros llamamos miércoles de Ceniza. Por la misma razon que se llama todavía este domingo, domingo de Carnestolendas, porque en esta semana es cuando comienza la Cuaresma. Los griegos le llaman *Tyrophages*, porque empiezan en él la abstinencia de carnes y de lacticinios, y es un dia muy célebre entre ellos. En Occidente se acostumbra todo lo contrario, y se llama vulgarmente el domingo, lunes y martes gordo, desde que el principio de la Cuaresma se ha fijado al miércoles de Ceniza.

La Iglesia, que no intenta, como se ha dicho ya, mas que inspirar á los fieles el espíritu de compuncion, de penitencia y de recogimiento, durante las tres semanas que preceden al santo tiempo de Cuaresma, ha elegido en la Escritura para sus oficios nocturnos la historia de las tres primeras edades del mundo: la primera, que es desde Adan, esto es, desde la creacion del mundo hasta Noé, se lee en el oficio del domingo de Septuagésima, y de su semana: la segunda desde Noé hasta Abraham, hace el asunto del oficio de la Sexagésima y de los dias siguientes; y la historia de la tercera edad del mundo desde Abraham hasta Moisés comienza en la Quincuagésima. La Iglesia al representarnos la imágen de estos primeros tiempos, pretende trazarnos el plan de toda la economía de la divina

Providencia sobre los elegidos, y excitarnos por medio de la memoria del cuidado paternal que Dios tiene de sus hijos, á recurrir á él en todas nuestras necesidades, á tener cada vez mas confianza en su bondad, y á aprovecharnos del beneficio de la Redencion, llevando una vida inocente y penitente. La Epístola y el Evangelio de la misa de este dia concurren tambien al mismo fin. Aquella haciéndonos ver la necesidad que tenemos de vivir en la amistad de Dios y en el fervor de la caridad; este trayéndonos á la memoria lo que el Salvador ha sufrido por nuestra salud, y estimulándonos por esto á llorar sin cesar nuestros pecados, y llenar en nuestra carne, como habla el Apóstol, lo que falta á los tormentos del Salvador del mundo.

A la verdad el espíritu del siglo, siempre contrario al espíritu de la Iglesia y de Jesucristo, enseña máximas del todo opuestas. Él quiere que la tristeza y el recogimiento que la Iglesia nos predica en estos dias de devocion, se conviertan en fiestas y regocijos enteramente profanos, y que estos últimos dias de carnaval, que son como el preludio del santo tiempo de Cuaresma, sean dias de desenfreno y disoluciones, dedicados á diversiones del todo paganas, y á los espectáculos. Este desórden, que se ha hecho tan comun y tan universal, es el que ha animado el celo de los verdaderos fieles para procurar y emplear todo lo que puede servir de dique á este impetuoso torrente, y esto es lo que ha dado motivo al establecimiento de la oracion solemne de las Cuarenta horas. Hácia la mitad del siglo XVI fue cuando el Señor inspiró á algunos de sus mas celosos siervos el pensamiento de levantar esta contrabarrera contra la licencia del siglo y los esfuerzos del demonio [1].

El año de 1556 los Padres de la Compañía de Jesús, establecidos poco hacia en Loreto, habiendo sabido con un extremo dolor los preparativos extraordinarios que se hacian en la ciudad para una fiesta de carnaval, durante los tres últimos dias anteriores al miércoles de Ceniza, resolvieron emplear toda su piadosa industria para hacer inútil este artificio del demonio, atrayendo al pueblo á un espectáculo mas cristiano y mas santo. Erigieron una decoracion de las mas magníficas y de un nuevo gusto en la Iglesia. Estuvo expuesto el santísimo Sacramento durante los tres dias. Un excelente concierto, una música de devocion de las mas acabadas llenaba todo el tiempo que no estaba ocupado con la predicacion, las meditacio-

[1] El P. Fr. José de Milan, capuchino, estableció en 1556 las Cuarenta horas estos tres dias, en memoria de las que estuvo Jesucristo en el sepulcro; y en 1592 las instituyó en Roma Clemente VIII, concediéndolas para toda la Iglesia.

nes y las plegarias. Este religioso artificio surtió todo su efecto. La novedad y la santidad del espectáculo, llamando la curiosidad del público, interesó á los espectadores. Los espectáculos profanos quedaron abandonados; las academias de juego y de placeres quedaron desiertas, y deshechas las partidas de diversion. Los ejercicios de religion santificaron estos tres dias, y esta nueva devocion hizo tanto fruto, hizo tanto ruido, y fue tan universalmente aplaudida, que no solo la Italia sino tambien todas las principales ciudades de la Europa imitaron un artificio tan cristiano, y siguieron un ejemplo tan santo.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo XIII de la primera carta que san Pablo escribió á los Corintios, en donde el santo Apóstol hace ver la necesidad de la caridad, cuáles son sus deberes, que debe ser constante, y cuán superior es á la fe, á la esperanza y á los demás dones de Dios. Estando san Pablo en Éfeso supo por Estéfanas, Fortunato y Acayo, que le habian venido á ver de Corinto, ó sea por cartas que se le escribieron por los principales de la iglesia de Corinto, que después que se ausentó de ellos, se habia introducido un espíritu de cisma y de division entre aquellos fieles. Él les hace ver que aun cuando hubiesen recibido todos los dones de Dios, los mas apreciables, si carecen de la caridad cristiana, que es la que une todos los espíritus y todos los corazones, y la que quiere Jesucristo que sea el carácter de distincion de todos los que le sirven: todas sus pretendidas virtudes son defectuosas, aparentes y para nada valen.

Acostumbrados los Corintios á la distincion de las diferentes sectas de los filósofos que reinaban en la Grecia, creyeron que poco mas ó menos sucederia lo mismo en la Iglesia, y que Pedro, Pablo y Apolo, á quienes reverenciaban como los doctores de la fe, formaban otras tantas sectas particulares, y que tenian cada uno su partido. Y aun cuando todos enseñasen la misma doctrina, los Corintios se gloriaban de ser particularmente discípulos de aquellos que les habian bautizado; cada uno ponderaba el mérito de aquel que le habia instruido, y esta parcialidad causaba entre ellos la division, y formaba una especie de cisma. Yo sé, hermanos mios, con sumo dolor, les dice el santo Apóstol, que hay contiendas entre vosotros. Cada uno dice por su parte: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro. ¿Por ventura Jesucristo se ha dividido? ¿Ha sido Pablo, añade, crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en nombre de Pablo? En todos tiempos el odio y la envidia ocultos bajo la másca-

ra de la Religion han formado partidos entre las personas que hacen profesion de piedad. Pero ¡ah! no solo se dice hoy, yo soy de Pablo, y yo de Apolo; se añade no pocas veces, yo soy de Apolo contra Pablo, yo soy de Pablo contra Apolo! El espíritu de division y de partido no fue jamás el espíritu de Dios. El que san Pablo trata de destruir es un espíritu contencioso tan contrario á la caridad cristiana. Los Corintios eran naturalmente testarudos, contenciosos. San Clemente en la carta que les escribió algunos años después que el santo Apóstol, les echa tambien en cara su espíritu de contienda, sus pleitos y sus divisiones domésticas. San Pablo les reprende abiertamente de esto: oigo decir, les dice, que hay division entre vosotros. Para abolir estas divisiones y para obstruir su orígen se extiende tanto en el capítulo XIII, del cual está tomada la Epístola de la misa, sobre la caridad con Dios y con el prójimo. En un pormenor el mas concluyente hace ver su necesidad, descubre sus cualidades, presenta su verdadero carácter, muestra sus efectos, y esto de un modo tan elocuente, con un estilo tan vivo, que no es posible engañarse. Aun cuando yo tuviese, les dice, todas las virtudes en un grado eminente, aun cuando tuviese el don de lenguas, el de profecía, la inteligencia de los misterios mas profundos y una ciencia universal; si con esto tuviese todavía tanta fe que hiciese mudar de sitio á las montañas, si no tengo caridad, nada soy. Dios no hará caso de nada. La caridad es infinitamente mas apreciable que el don de hacer milagros: ni tampoco ha querido el Señor que se distinguiesen sus discípulos por el poder de obrar prodigios, sino por la caridad que se tuviesen los unos á los otros. San Pablo recorre todos los dones sobrenaturales, todas las virtudes aun las mas brillantes, y concluye que si no tiene la caridad de Dios y del prójimo, porque la una no puede estar sin la otra; concluye, digo, que nada ha hecho, que todo esto de nada le sirve para su salvacion. Si yo entregase mi cuerpo hasta ser abrasado, y me faltase la caridad, todo esto me seria inútil. El demonio tiene sus mártires, como tiene sus confesores; estos sostienen el error con tenacidad; aquellos dan hasta su sangre por cierto atractivo de secta. Pero ¿quién no sabe que el martirio sufrido fuera de la Iglesia, en la herejía, en el cisma, sufrido en odio de su prójimo, en el pecado, sin contricion, sin sentimiento de nada sirve para la salud á aquel que le sufre? El martirio no sirve sino mientras es el efecto del amor, de la verdad y de la justicia, el efecto del amor de Dios y del prójimo. ¡Qué ilusion, Señor, la de aquellos que se alimentan con una idea aparente de piedad y de re-

ligion, mientras que viven en la frialdad y aun en la enemistad con sus hermanos! San Pablo después de haber referido las cualidades de la verdadera caridad y los defectos de que está exenta, concluye por decir, que lo que es absolutamente y siempre necesario en esta vida, lo que sobre todas las cosas debemos desear no perder jamás no son los dones extraordinarios, sino la fe, la esperanza y la caridad. Y todavía de estas tres virtudes la fe y la esperanza no subsistirán ya en el cielo, á causa de la vision intuitiva y de la presencia de Dios; así que en todo sentido á la cariddd es á la que debemos dar el primer lugar.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo XVIII de san Lucas, en donde habiendo llamado aparte el Salvador á sus doce discípulos, les predijo claramente todo lo que debia sucederle en esta desgraciada ciudad. Era ya la última vez que Jesús debia ir á ella. Estaba en Efren, cerca del desierto de Judea, donde permaneció algun tiempo con sus discípulos después de la resurreccion de Lázaro; de donde no salió hasta el 22 ó 23 de marzo para ir á celebrar la Pascua á Jerusalen, y en este viaje fue cuando dijo á sus Apóstoles lo que leemos en el Evangelio.

Yendo á Jerusalen, caminaba tan apriesa, dice san Marcos, que aun cuando considerase aquella miserable ciudad como el teatro de sus oprobios; el celo en que ardia, y el ansioso deseo que tenia de dar su sangre por la salud de los hombres, le hacia correr y adelantarse mucho á todos los que le acompañaban. Les declaró, pues, que habia llegado el tiempo en el cual se cumpliria todo lo que habian predicho los Profetas acerca de sus tormentos y de su muerte. Vosotros veis, les decia, que vamos á Jerusalen. Allí el Hijo del hombre será vendido y puesto en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores de la ley y de los magistrados, que le entregarán á los gentiles. Allí se le expondrá á la risa de un populacho insolente, se le escupirá en el rostro, se le desgarrará con azotes, y se le condenará por fin á morir en una cruz; pero su muerte será seguida de una resurreccion gloriosa. Todo este discurso era para los Apóstoles un enigma del cual nada comprendian. Ellos no podian entender cómo el Mesías esperado tanto tiempo habia, debiese ser tratado de un modo tan indigno; ni podian concordar tantas ignominias con tanta dignidad y grandeza en la persona de su Maestro. El misterio de la muerte del Hijo de Dios por la salud de los hombres estaba todavía oculto para ellos. Jesucristo no dejaba de tener muchas veces con ellos este discurso, á fin de que cuando viesen que se

cumplia todo lo que se les habia predicho tan positivamente, se asegurasen, y comprendiesen al menos entonces que los tormentos del Salvador habian sido voluntarios, y que no habia muerto sino porque habia querido.

Así se entretenia Jesús con sus Apóstoles, cuando acercándose á Jericó, un ciego que estaba sentado á la orilla del camino, y pedia limosna, al oir pasar la muchedumbre que salia de la ciudad para ir al encuentro del Salvador, se informó de lo que era. Dijéronle que era Jesús Nazareno que pasaba, é inmediatamente exclamo: Jesús, Hijo de David, tened compasion de mí. ¡Qué dichoso fue este hombre por haber sabido aprovecharse tan bien de la presencia del Salvador! ¡Ah! si hubiera dejado pasar la ocasion es muy probable que hubiese muerto con su ceguera. Hay efectivamente momentos en que Jesucristo se acerca mas á un pecador, haciéndole sentir las mas vivas impresiones de su gracia; estos momentos son preciosos, y muchas veces no vuelven á presentarse. ¡Desgraciado aquel que los deja ir! Los que iban delante de él, dice el historiador sagrado, le decian bruscamente que callase; pero él gritaba con mas fuerza: Jesús, Hijo de David, tened compasion de mí. No solo los judíos, sino tambien los extranjeros y los paganos que trataban frecuentemente con los judíos, estaban persuadidos de que el Mesías debia descender de la estirpe de David; así es que no se le designaba mas que bajo de esta cualidad. Jesús se detuvo, hizo que se acercase el ciego, y le preguntó: qué era lo que deseaba. ¡Ah! respondió él, todo lo que yo os pido es que me concedais la vista. Pues ve, le dijo Jesús, y al punto vió. Este milagro hizo mucho ruido; y el ciego que habia sido curado no quiso ya dejar á un bienhechor tan insigne: le siguió, y se hizo uno de sus discípulos. Cualquiera, dice san Gregorio, que reconoce las tinieblas de su ceguera, cualquiera que conoce que está privado de la luz eterna, que clame de lo mas profundo de su corazon, que haga resonar la voz de su alma, y que diga en alta voz: Jesús, Hijo de David, tened compasion de mí.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Preces nostras, quaesumus, Domine, clementer exaudi: atque à peccatorum vinculis absolutos, ab omni nos adversitate custodi. Per Dominum...

Señor, escuchad favorablemente nuestros ruegos, y después de habernos desatado de los lazos de nuestros pecados, preservadnos por vuestra bondad de todos los males. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo XIII.

Fratres: Si linguis hominum loquar et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens. Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam: et si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest. Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. Charitas numquam excidit: sive prophetiae evacuabuntur: sive linguae cessabunt, sive scientia destruetur. Ex parte enim cognoscimus, et ex parte prophetamus. Cum autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est. Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus. Quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli. Videmus nunc per speculum in aenigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte: tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum. Nunc autem manent fides, spes, charitas: tria haec. Major autem horum est charitas.

Hermanos mios: Si yo hablase las lenguas que saben los Angeles y los hombres, y me faltase la caridad, seria no mas que como un bronce que suena, ó como una campana que tañe. Si tuviese el don de profecía, la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tambien tuviese toda la fe necesaria para hacer que mudasen de lugar los montes, y me faltase la caridad, nada seria. Si distribuyese todos mis bienes en sustentar á los pobres; si entregase mi cuerpo, hasta para ser quemado, y me faltase la caridad, nada me aprovecharia todo esto. La caridad es paciente, está llena de bondad; la caridad no es envidiosa, no hace nada malo de intento, no se infla, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la injusticia, se regocija por aquello que es segun la verdad; ella lo sufre todo, lo cree todo, lo espera todo, todo lo soporta. La caridad nunca perece, ya que se pierda el don de profecía, ya que cese el don de lenguas, ya que llegue á faltar la ciencia. Porque nosotros no sabemos las cosas mas que á medias, ni tenemos el don de profecía sino en parte; mas cuando llegare todo á su perfeccion, desaparecerá lo que no es mas que á medias. Cuando yo era todavía niño, hablaba como niño, pensaba como niño; mas habiendo llegado á ser hombre, he dejado lo que era propio de niño: porque ahora vemos las cosas como en un espejo, bajo de figuras enigmáticas, entonces las verémos cara á cara: ahora no conozco mas que á medias, entonces conoceré del mismo modo que soy conocido. Lo que hay ahora de permanente son estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; y la mas noble de estas tres es la caridad.

REFLEXIONES.

Seria no mas que como un bronce que suena. El mas elocuente predicador, sin la caridad que debe animar su voz y nutrir su elocuencia, no es mas que un bronce que suena, ó una campana que tañe. Puede servir á los otros por su elocuencia, como los instrumentos por

su sonido; pero no puede sacar utilidad alguna para sí mismo. Sin la caridad se puede anunciar la palabra de Dios como los jornaleros que siembran el grano, ó que cultivan la viña, pero que no tienen parte en la vendimia, ni en la cosecha. La caridad es paciente, está llena de bondad. En dos rasgos ha dado concluido el Apóstol el retrato de la caridad mas perfecta. La paciencia hace que se sufran sin dificultad los defectos de nuestros hermanos, y la bondad hasta previene todas sus necesidades; esto es lo sustancial, lo que hace toda la dulzura, todo el espíritu, cuási todo el ejercicio y el carácter mismo de la caridad. *La caridad no es envidiosa.* ¡Cuántos, pues, hay á quienes falta la caridad, y, á quienes esta sola falta presenta no mas que como poseidos de un falso celo! Donde se encuentra la envidia, no hay caridad. *No hace nada malo de intento.* La caridad es el único lazo que junta la prudencia y la sabiduría con el ardor y la vivacidad. Cualquiera otro amor es ciego cuando es ardiente; y el capricho, la indiscrecion, la temeridad, algunas veces la locura, y siempre alguna pasion es lo que le conduce. *La caridad no es ambiciosa.* Un ambicioso no amá á nadie cristianamente: desprecia á sus inferiores, no cede á sus superiores sino por interés: cree tener por lo menos los mismos y muchas veces mas méritos que ellos para obtener el puesto que ellos ocupan: si sus iguales pueden pretender los mismos honores que él, desconfia de ellos, y trata de engañarlos. Pero si él no ama á nadie, ¿es acaso amado de alguno? *No busca sus propios intereses.* Si no hay amor sincero que no sea desinteresado, el honor de formar verdaderos amigos está reservado á la caridad cristiana. ¿Qué es en efecto la amistad profana, mas que un comercio en que el amor propio se propone cási siempre algun interés? Puede decirse que la verdadera amistad está desterrada de lo que se llama mundo; cada uno se busca á sí mismo en la amistad; es uno amigo mientras que el amigo puede ser útil. ¿Es desgraciado, llega á ser pobre? ¿Conserva entonces muchos amigos? *La caridad no piensa mal de nadie.* Esos censores malignos que tienen siempre los ojos abiertos sobre los defectos de sus hermanos; y los que juzgando de los demás por sus propias disposiciones, sospechan el mal sobre las mas ligeras apariencias, ¿tienen una gran caridad con aquellos de quienes ponderan las menores faltas? En vano se lisonjea con el nombre especioso de celo: todo celo sin la caridad no es mas que un orgullo enmascarado, una maligna pasion disfrazada: *la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.* En fin, *la caridad,* segun el Apóstol, *lo sufre todo, lo cree todo, lo espera todo, todo lo soporta.* La amis-

tad hace las penas ligeras, la caridad llega hasta hacérnoslas amar; ¡qué humilde y sumisa hace la caridad la fe del entendimiento, sometiendo el corazon á la ley! ¡qué ardor y vivacidad le da á la esperanza! Porque yo amo á mi Dios, suspiro por la dicha de poseerle, y lo espero con confianza.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XVIII *de san Lucas.*

In illo tempore: Assumpsit Jesus duodecim, et ait illis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quae scripta sunt per Prophetas de Filio hominis. Tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur: et postquam flagellaverint, occident eum, et tertia die resurget. Et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebant quae dicebantur. Factum est autem, cum appropinquaret Jericho, caecus quidam sedebat secus viam, mendicans. Et cum audiret turbam praetereuntem, interrogabat quid hoc esset. Dixerunt autem ei, quod Jesus Nazarenus transiret. Et clamavit, dicens: Jesu Fili David, miserere mei. Et qui praeibant, increpabant eum ut taceret. Ipse vero multo magis clamabat: Fili David, miserere mei. Stans autem Jesus, jussit illum adduci ad se. Et cum appropinquasset, interrogavit illum, dicens: Quid tibi vis faciam? At ille dixit: Domine, ut videam. Et Jesus dixit illi: Respice: fides tua te salvum fecit. Et confestim vidit, et sequebatur illum, magnificans Deum. Et omnis plebs ut vidit, dedit laudem Deo.

En aquel tiempo: Tomó Jesús á los doce consigo, y les dijo: Ved aquí que vamos á Jerusalen, y se cumplirán todas las cosas que los Profetas han escrito del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, tratado con irrision, azotado, cubierto de salivas; y después de haberle azotado, se le condenará á muerte, y resucitará al tercero dia. Mas ellos no entendieron nada de todo esto; era una cosa oculta para ellos, y no comprendian lo que significaba este discurso. Como se acercase á Jericó, un ciego que estaba sentado cerca del camino, y que pedia limosna, oyendo pasar una muchedumbre se informó de lo que era: le dijeron que era Jesús Nazareno que pasaba, y al punto exclamó: Jesús, Hijo de David, tened compasion de mí. Los que iban delante le decian bruscamente que callase; pero él gritaba mas fuerte: Hijo de David, tened compasion de mí. Deteniéndose Jesús, se le hizo traer, y cuando tuvo cerca al ciego, le preguntó: ¿Qué quieres que yo haga contigo? Señor, respondió el ciego, haced que vea. Ve, le dijo Jesús, tu fe te ha salvado. Inmediatamente vió, y le siguió, publicando las grandezas de Dios. Todo el pueblo que vió este prodigio, dió tambien gloria á Dios.

MEDITACION.

Que los pecadores crucifican de nuevo á Jesucristo en sí mismos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el pecado mortal renueva en alguna manera en la persona del pecador el desprecio, los tormentos y la ignominia de la muerte del Salvador del mundo. Él fue harto

de oprobios por los judíos; pero no es mejor tratado por los pecadores cristianos: aquellos no le conocian, y si le hubiesen conocido, nunca le hubiesen crucificado, dice el Apóstol; estos le conocen y le crucifican con sus malas obras: los judíos no han cometido mas que una sola vez este deicidio; los pecadores renuevan los oprobios tantas veces como pecan, el mismo desprecio, la misma ingratitud, y puede tambien añadirse, la misma impiedad, la misma irreligion. Clamen enhorabuena la fe, la razon, la conciencia contra la impiedad y la injusticia; el pecador no deja por eso de clamar como los judíos: *Quítalo, quítalo, crucifícalo.* En concurrencia de la ley divina con aquella satisfaccion; entre aquel placer criminal y el Hijo de Dios, el pecador dice como el judío: *No á este, sino á Barrabás.* Puesto que depende de mi eleccion el escoger el placer criminal, con exclusion de Jesucristo mismo, yo quiero mas abrazar el placer prohibido, cometer la accion criminal, que obedecer á la ley divina que me lo prohibe, bajo pena de incurrir en la desgracia de Dios: quiero mas satisfacer mi pasion, mi inclinacion, seguir mi hábito perverso, que hacer lo que debo. Prefiero con pleno gusto á Barrabás al Salvador del mundo: hé aquí lo que dice el pecador con su conducta, cuantas veces peca mortalmente. San Pablo escribiendo á los hebreos (*ad Hebr.* VI), es decir, á los judíos convertidos, no es posible, les dice, esto es, es muy difícil que aquellos que han sido una vez iluminados; que han gustado tambien el don del cielo; que han participado del Espíritu Santo; que además han conocido la excelencia de la divina palabra y las maravillas del siglo futuro, y no por eso han dejado de caer, que estos se renueven por la penitencia, puesto que ellos crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios, y hacen de él un objeto de irrision. Es verdad que el Apóstol habla de un segundo bautismo de agua que es imposible recibir segunda vez, y que no excluye el bautismo de la penitencia; pero confiesa que es muy difícil que un pecador se convierta verdaderamente, cuando vuelve á caer con todo conocimiento en su pecado: ¡qué fondo de reflexiones no ofrece este oráculo!

Punto segundo. — Considera que si es verdad que el pecador crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, y le hace un objeto de irrision cuantas veces peca mortalmente, este crímen sobre todo le comete en las disoluciones del carnaval. La licencia que reina singularmente en este tiempo de desarreglo, la insolente y desenfrenada libertad con que se entregan sin vergüenza las gentes á tantos exce-

sos, la avilantez autorizada por unos abusos tan escandalosos con que se cree todo permitido en estos dias de disolucion, puede graduarse de una jactancia de indevocion, de relajamiento, de impiedad, de que apenas se hace escrúpulo. ¿Qué agravio no hacen estos indignos cristianos á una religion tan santa como la nuestra? Pero ¿con qué imprudencia no hacen de la Religion, del Evangelio y de Jesucristo mismo un objeto de irrision? ¿No es esto renovar públicamente todas las ignominias, todas las profanaciones, todos los oprobios de la pasion del Salvador? ¿no es convertir en burla las verdades mas terribles de nuestra Religion, los preceptos de Jesucristo y las máximas mas respetables del Evangelio? El mundo, enemigo declarado del Hijo de Dios, triunfa de Jesús mismo por estos desarreglos. Y ¿no podria decirse que hay aquí una especie de apostasía pública? Á lo menos hay un desprecio al parecer formal de cuanto hay de mas puro, de mas reservado, de mas santo en la moral del Hijo de Dios. ¿No se crucifica desapiadadamente á Jesucristo en los bailes por los crímenes que se cometen en ellos? ¿no se ultraja á Jesucristo en los espectáculos profanos, por las públicas lecciones que en ellos se dan de la profanidad y de la licencia mas opuesta al espíritu del Evangelio? ¿no es altamente preferido Barrabás al Salvador en esas reuniones mundanas, en esas partidas de placer, en esas academias de juegos, la mayor parte nocturnas? En fin, ¿no puede decirse con el Apóstol que el Hijo de Dios es crucificado en esos banquetes, de donde está desterrada la templanza, en esas diversiones tan poco cristianas, escollo necesario de la inocencia, en esas máscaras escandalosas?

¡Ah, Señor! ¿persistirá todavía mi desarreglo contra las luces y sentimientos que nacen de todas estas reflexiones? No, Dios mio, yo me rindo de buena gana á las urgentes solicitaciones de vuestra gracia, y si he sido bastante desgraciado por haber imitado á los judíos en su malicia, ya voy, mediante vuestra misericordia, á imitar á los que entonces se convirtieron.

JACULATORIAS. — Yo confieso, Señor mio Jesucristo, que nuestros pecados renuevan vuestra pasion. (*Therent.* 4, 20).

¿Qué vienen á ser, divino Salvador mio, esas llagas que teneis en medio de vuestras manos? ¡Ah! yo oigo que me respondeis: He sido traspasado con estas llagas en la casa de los que hacian profesion de amarme. (*Zach.* XIII).

PROPÓSITOS.

1 Si el enemigo de la salud lo pone todo en movimiento durante estos últimos dias de carnaval, para seducir á las almas por la reunion de los placeres y de las diversiones que el espíritu del mundo ha instituido, tampoco ha dejado el Espíritu Santo de sugerir industrias espirituales para santificar las almas por medio de las prácticas de piedad que la Iglesia ha autorizado. Pocos pueblos hay en el dia en donde no se halle establecida la indulgencia de Cuarenta horas; pocos donde no haya ejercicios de devocion, que son como otras tantas contrabaterías contra los esfuerzos del demonio, y muy capaces de hacer inútiles todos sus perniciosos artificios. Imponeos una ley de frecuentar en estos tres últimos dias todos estos ejercicios de piedad. No os dejeis arrastrar por el mal ejemplo, y aun cuando todo el mundo corriese en tropas á las reuniones de placer, al baile, á los espectáculos, imitad al santo Tobías, el cual aunque estaba en un país extranjero, mientras que todos sus compatriotas iban á adorar el becerro de oro, él solo se separaba de la compañía de todos los otros, é iba á Jerusalen al templo del Señor, en donde adoraba al Dios de Israel. Seguid generosamente este ejemplo. Dejad que vayan á los espectáculos aquellos á quienes el espíritu del mundo ha seducido; por lo que hace á vosotros pasad estos tres dias en todos los ejercicios de piedad; visitad los pobres en los hospitales, y sobre todo asistid cada uno de estos dias á la oracion de Cuarenta horas.

2 Las gentes del mundo, que están animadas de su espíritu, pervierten á todos los que pueden para tener mas compañeros en sus desórdenes, y engrosar el número de los que se pierden; por vuestra parte tened todavía mas celo por la gloria de Dios, que el que los mundanos tienen por el servicio del señor á quien sirven. Ganad todos cuantos pudiéreis para el Señor, empeñándolos con piadosa industria á emplear este tiempo precioso en santos ejercicios. No dejeis de confesar y comulgar por lo menos uno de estos tres dias. Asistid con frecuencia á los sermones, á la bendicion del santísimo Sacramento, y á todos los ejercicios piadosos. Cuanto mayor es el número de los que se pierden, mas liberal es Dios con sus siervos fieles. No temais que padezcan vuestros negocios temporales, ejercitándoos con fervor en los deberes de cristiano. ¡Ah! no se teme que padezcan cuando se trata de divertirse y de perderse.

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Empezamos hoy, hermanos mios, dice san Bernardo, el santo tiempo de Cuaresma; este tiempo de combates y de victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. ¡Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor debemos comenzar esta carrera! pero ¡con qué religion y con qué exactitud debemos observar este ayuno los viernes! Es esta una ley, dice san Bernardo, comun á todos los fieles. Habiendo Jesucristo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, ¿se atreveria un cristiano á dispensarse del ayuno de Cuaresma? San Agustin dice que el ayuno de cuarenta dias establecido en la Iglesia está autorizado por el Antiguo y por el Nuevo Testamento: por el Antiguo, puesto que Moisés y Elías han ayunado un número igual de dias seguidos; por el Nuevo, puesto que el Evangelio nos hace ver que Jesucristo ha ayunado otro tanto tiempo; por donde vemos la conformidad del Evangelio con la Ley figurada por Moisés, y con los Profetas representados por Elías. Sin duda por esto, añade este santo Doctor, apareció Jesucristo entre Moisés y Elías en su Transfiguracion, para significar mas auténticamente lo que el Apóstol dice del Salvador, que la Ley y los Profetas dan testimonio de él.

Puede decirse con verdad que el ayuno de Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio, puesto que el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio sino después de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches; pero aunque pueda decirse que fue esta la primera institucion de la Cuaresma, puesto que san Gerónimo dice que Jesucristo santificó entonces el ayuno de los Cristianos, no se puede decir que el ejemplo de Jesucristo haya sido desde entonces una ley inviolable, á la cual hayan estado sujetos todos sus discípulos. Aun por la misma respuesta que el Salvador dió á los fariseos, parece que no habia querido obligar á sus discípulos á que ayunasen, hasta después que estuviesen privados de la presencia del Esposo celestial: dia vendrá, dice, en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán. En efecto, apenas el Salvador habia subido al cielo, cuando los ayunos fueron muy frecuentes entre los Apóstoles, y entre los primeros fieles. Así es que aunque el ayuno sea de precepto divino, el establecimiento de la Cuaresma, esto es, la forma del ayuno, ó la manera de ayunar un número de dias reglado antes de Pascua, es

de institucion apostólica. El Salvador, dice san Gerónimo, santificó por su ayuno de cuarenta dias el ayuno solemne de los Cristianos, y su ejemplo fue la primera institucion de Cuaresma; pero no hizo entonces un precepto expreso: probablemente desde su Resurreccion hasta su Ascension fue cuando enseñando á sus Apóstoles acerca del modo con que debian formar su Iglesia, y las observancias religiosas que queria que se estableciesen en ella, les indicó el tiempo y la forma del ayuno de Cuaresma. El ejemplo del Salvador del mundo fijó el número de dias, y el tiempo inmediatamente anterior á la Pascua les pareció el mas propio para que sirviese de preparacion á esta gran fiesta. En efecto, dice san Agustin, no podria elegirse en todo el año un tiempo mas conveniente para el ayuno de Cuaresma que el que termina en la pasion de Jesucristo; y este es puntualmente el que el Espíritu Santo ha fijado en la Iglesia.

Como las seis semanas de Cuaresma no comprenden mas que treinta y seis dias de ayuno, la Iglesia, siempre conducida por el Espíritu Santo, ha añadido á ellas los cuatro dias precedentes, y ha fijado el principio de esta santa cuarentena al miércoles de Ceniza. Es bien sabido que se llama así este primer dia del ayuno de Cuaresma, á causa de la santa ceremonia de poner la ceniza sobre la cabeza de los fieles que en él se acostumbra. No solo en la nueva Ley, sino tambien en el Antiguo Testamento, han sido las cenizas el símbolo de la penitencia, y la señal sensible del dolor y de la afliccion. Queriendo Thamar dar á conocer su pesar y su dolor, puso ceniza sobre su cabeza. (*II Reg.* XIII). Yo me acuso á mí mismo, dice Job hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (*Job,* XLII). Asustados los israelitas al acercarse Holofernes, y queriendo los sacerdotes apaciguar la cólera de Dios, le ofrecen sacrificios con la cabeza cubierta de ceniza. (*Judith,* IV). Mardoqueo consternado con la nueva de la desgracia que amenazaba á toda su nacion, se reviste de un saco y se cubre la cabeza con ceniza. (*Esth.* IV). Todo el pueblo hizo lo mismo en las provincias. Los ancianos de la ciudad de Sion, dice Jeremías en sus Lamentaciones, han cubierto su cabeza con ceniza en espíritu de penitencia. (*Jer.* VI). Daniel juntó al ayuno y á la oracion la ceniza, para apaciguar al Señor irritado contra su pueblo. (*Dan.* IX). Deseando el rey de Nínive apaciguar al Señor, descendió de su trono, se cubrió con un saco, y se sentó sobre la ceniza. (*Jonae,* III). Los Macabeos acompañaron su ayuno solemne con la ceremonia de la ceniza que pusieron sobre la cabeza. (*I Machab.* III).

No se ha usado menos en la nueva Ley que en la antigua la cere-

monia de la ceniza. Reprendiendo Jesucristo á los de Corozain y de Bethsaida su endurecimiento y su indocilidad, dice, que si los milagros que se han hecho entre ellos se hubiesen hecho en Tiro y en Sidon, habria ya mucho tiempo que hubieran hecho penitencia en el saco y en la ceniza. (*Matth.* xi). Ninguna cosa fue mas comun entre los penitentes desde los primeros dias de la Iglesia. Los Padres y los concilios antiguos han añadido siempre la ceniza á la penitencia. Optato reprendia á los Donatistas el haber puesto en penitencia á las vírgenes consagradas á Dios, poniéndoles ceniza sobre la cabeza. San Ambrosio dice que la ceniza debe distinguir al penitente. (*Lib. 1 ad Virg. laps.* 8). Y san Isidoro, arzobispo de Sevilla, dice, que los que entran en penitencia ponen ceniza sobre su cabeza, en reconocimiento de que á consecuencia del pecado no son mas que polvo y ceniza; y que con justicia ha pronunciado Dios contra ellos la sentencia de muerte.

Reginon ha tomado de los antiguos concilios el modo con que se ponia la ceniza á los grandes pecadores, y la ceremonia del dia de ceniza. Todos los penitentes, dice, se presentaban á la puerta de la iglesia cubiertos con un saco, los piés desnudos, y con todas las señales de un corazon contrito y humillado. El obispo ó el penitenciario les imponia una penitencia proporcionada á sus pecados. Después, habiendo recitado los salmos penitenciales, se les imponian las manos, se les rociaba con agua bendita, y se cubria su cabeza con ceniza. Esta era la ceremonia del dia de ceniza, ó de los primeros dias de los ayunos de Cuaresma, para los pecadores públicos, cuyos enormes pecados habian hecho mucho ruido y causado escándalo. Pero como todos los hombres son pecadores, dice san Agustin, todos deben ser penitentes; esto es lo que movió á los fieles, hasta á los mas inocentes, á dar en este dia una señal pública de penitencia recibiendo la ceniza sobre su cabeza. Ninguno de los fieles se exceptuó; los príncipes como sus vasallos; los sacerdotes, y aun los obispos, dieron al público desde los primeros tiempos este ejemplo tan edificante de penitencia. Y lo que habia sido en el principio peculiar solo de los penitentes públicos, se hizo por fin comun á todos los hijos de la Iglesia, por la persuasion en que todos deben estar, conforme á la palabra de Jesucristo, que no hay nadie por inocente que se crea, que no tenga necesidad de hacer penitencia. Los mismos Papas se someten como los demás á esta ceremonia humillante de la Religion; toda la distincion respetuosa que se hace al Vicario de Jesucristo, consiste en no decir nada al imponerle la ceniza.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que te convertirás en polvo. Estas son las memorables palabras que Dios dijo al primer hombre en el momento de su desobediencia, y las mismas dirige la Iglesia en particular á cada uno de nosotros, por boca de sus ministros, en la ceremonia de este dia. Palabras de maldicion en el sentido que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salud, en el fin que se propone la Iglesia cuando nos las dice. Palabras terribles y fulminantes para el hombre pecador, porque significan el decreto irrevocable de su condenacion á muerte; pero palabras dulces y consoladoras para el pecador penitente, dice san Crisóstomo, porque le enseñan el camino de su conversion por la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aaron, y derramadla sobre el pueblo. (*Exodus*, IX). Esta ceniza así derramada, dice la Escritura, fue como la materia con que Dios formó los azotes que afligieron á todo el Egipto, y causaron en él una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este dia tiene un efecto muy diferente en el Cristianismo; porque los sacerdotes de la ley nueva no derraman hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para apaciguar la cólera del Señor por este acto de humillacion, para atraernos las gracias y los favores de Dios, para hacernos acreedores de su bondad, y para excitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia; y en este espíritu y con esta disposicion se debe practicar en este dia la ceremonia de la ceniza. Esta se hace de la leña de los ramos benditos en el año precedente, y llevados en la procesion el domingo de Ramos. Tambien se bendice esta ceniza por el sacerdote antes de ponerla sobre la cabeza de los fieles, y basta hacerse cargo de las oraciones de que la Iglesia se sirve en esta bendicion, para comprender con qué espíritu de religion se debe participar de esta saludable ceremonia.

Comienza el sacerdote la bendicion de las cenizas por el versículo del salmo LXVIII: Oid, Señor, mis ruegos, ya que tanto os complaceis en hacer bien; seguid los movimientos de vuestra infinita misericordia, y poned en mí vuestros ojos. Dios omnipotente y eterno, continúa el sacerdote, sed propicio á los que os ruegan con confianza, y perdonad á los pecadores penitentes. Dignaos enviar vuestro santo Ángel del cielo, que bendiga y santifique estas cenizas, para que sean un remedio saludable á todos aquellos que con un corazon contrito y humillado invocan vuestro santo nombre, confiesan públicamente que son pecadores, y penetrados de un vivo dolor de habe-

ros ofendido, se postran hoy delante de Vos, implorando vuestra infinita misericordia. Dignaos, Dios de bondad, dejaros inclinar por este acto de religion; y haced por la invocacion de vuestro santo nombre, que todos los que recibieren estas cenizas sobre su cabeza, además del perdon de sus pecados, reciban tambien la salud del cuerpo y del alma. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Ó Dios, que no quereis la muerte, sino la conversion de los pecadores, apiadaos de la fragilidad humana, continúa el sacerdote, y dignaos por vuestra misericordia bendecir Vos mismo estas cenizas, que queremos poner sobre nuestra cabeza, en señal de la humildad cristiana de que hacemos profesion, y para obtener por este acto de penitencia el perdon que esperamos; á fin de que, cuando por él reconocemos que no somos mas que polvo, y que en castigo de nuestra prevaricacion nos convertirémos en polvo, obtengamos de vuestra misericordia el perdon de todos nuestros pecados, y la recompensa que habeis prometido á los que hacen una verdadera penitencia. Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

Ó Dios, que os dejais rendir por la humillacion, y ganar por una satisfaccion sincera, prosigue, dignaos escuchar nuestros ruegos y nuestros votos, y mientras que la cabeza de vuestros siervos está cubierta con la ceniza, derramad vuestra gracia en sus corazones; á fin de que los lleneis del espíritu de compuncion, les concedais el efecto de su justa peticion, y que ya no pierdan las gracias que les hubiéreis concedido. Os lo suplicamos por Jesucristo nuestro Señor.

Dios omnipotente y eterno, que os habeis dignado perdonar á los ninivitas, cubiertos de ceniza, y revestidos con un saco en señal de su penitencia; concedednos, por vuestra misericordia, la gracia de que imitándoles hoy en las señales de nuestra penitencia, obtengamos como ellos el perdon de nuestros pecados. Por Nuestro Señor, etc. La Iglesia termina esta bendicion de la ceniza, exhortando á todos los fieles de una manera patética, y en el sentido del profeta Joel, á que se haga útil y eficaz la ceremonia de la ceniza. No nos reformemos solo en lo exterior, por la modestia de los vestidos, en la ceniza, y en el cilicio: ayunemos, y acompañemos nuestros ayunos con lágrimas de contricion, que debemos derramar delante del Señor; porque nuestro Dios está lleno de bondad y de misericordia, y siempre pronto á perdonarnos nuestros pecados: corrijamos las faltas que hemos cometido ó por flaqueza, ó por ignorancia, ó por malicia; y no difiramos el hacerlo, no sea que sorprendidos por la muerte no tengamos tiempo para convertirnos.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del profeta Joel al capítulo II. Nada podia convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este dia. Los azotes con que Dios castigaba los pecados de su pueblo le ofrecen una buena ocasion al Profeta para estimularle á que procure apaciguar la cólera de Dios por medio del ayuno y de la penitencia, prediciéndole que el Señor movido por la humillacion, por la maceracion del cuerpo y la oracion, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este Profeta es pomposo, magnífico, vehemente, expresivo, figurado, y al mismo tiempo vivo, interesante y patético. La alegoría de las langostas, comparadas á un ejército, está perfectamente bien sostenida. Sus pinturas son vivas. Pinta las cosas de modo que parece que se ven. Romped vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y todavía mas misericordioso que nosotros perversos. Era entonces una costumbre muy ordinaria el desgarrar los vestidos en el luto y en el transporte del dolor. Innumerables son los ejemplos que presenta la Escritura. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversion, de dolor y de arrepentimiento; quiere una conversion sincera, un dolor interior, un corazon contrito y despedazado de dolor; quiere la conversion del corazon, la reforma de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se aplacará con nuestras lágrimas, y se ablandará viéndonos humillados? El Profeta designa á la vez tres disposiciones con que debemos hacer la penitencia: la confianza en la bondad de Dios, la contricion de nuestros pecados, y la desconfianza de nuestros propios méritos. Se anunciaban las fiestas y las reuniones á son de trompeta, segun está ordenado en el décimo capítulo de los Números; y el Profeta exhorta á los jefes de la nacion á que reunan el pueblo, y en esta reunion general ordenen un ayuno solemne, y estimulen á todos, y en particular á los ministros del Señor, á apaciguar la cólera de Dios con sus lágrimas y su penitencia. Derramen lágrimas, dice, los sacerdotes postrados entre el vestíbulo y el altar, y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que vuestra heredad caiga en el oprobio, y que sea dominado por las naciones. ¿Sufriréis que los extranjeros digan de nosotros: dónde está su Dios? En el estado en que entonces se hallaba el país, nada hubiera sido mas fácil á los enemigos de los judíos, que el apoderarse de ellos. El pueblo consternado, abatido por el espanto, debilitado por una hambre

horrible, apenas estaba en estado de resistir á un ejército de asirios ó de caldeos. El Profeta exhorta, pues, á los ministros del Señor, á que le pidan que no permita que su pueblo caiga bajo de la dominacion de los extranjeros, y que las naciones infieles no tengan que acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza, ó de dureza, por haber así abandonado á su pueblo á la merced de sus enemigos. No bien el Profeta ha exhortado á todos sus hermanos á la penitencia, cuando les prédice que el Señor se dejará ablandar de sus clamores. El Señor se ha conmovido, dice, á vista de sus lágrimas, y les ha perdonado; y á este perdon ha seguido todo género de prosperidades, y de una bendicion abundante. Tanta verdad es que la penitencia desarma á Dios, por mas irritado que esté, y trae la prosperidad y la calma.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del sexto capítulo del Evangelio segun san Mateo, en donde Jesucristo nos enseña la pureza de intencion que debe haber en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus Apóstoles cómo debian orar, prescribiéndoles el modelo de la oracion mas excelente; y cómo debian perdonar las injurias, reservándose á sí mismo el ser el modelo mas perfecto de una caridad tan relevante. Después de haberles dado los preceptos sobre la oracion, y sobre el perdon de las injurias, les da tambien sobre el ayuno que debe acompañar y sostener la oracion. ¿Quereis saber, les dice, cuáles ayunos son santos y agradables á Dios? Son aquellos que se practican en secreto. No extrañeis que yo os prohiba el imitar á los hipócritas que ayunan, haciendo ostentacion de su austeridad; su virtud no está en el corazon sino en el rostro, y por una cara penitente, por un aire triste y austero, por ayunos largos y rigorosos, tratan de adquirir reputacion de gentes mortificadas, y con estas exterioridades afectadas é hipócritas embaucar á los hombres. Tened por cierto lo que os he dicho ya, y os digo ahora, que la recompensa de tales sugetos está reducida al honor vano con que se apacientan. Yo espero de vosotros un porte muy diferente; porque lo que yo quiero es que en los dias de ayuno os perfumeis la cabeza, y os laveis el rostro, como acostumbrais hacerlo en los dias solemnes y de regocijo, á fin de que á la sombra de un rostro festivo oculteis la austeridad de vuestro ayuno: de modo que si puede ser, solo Dios sepa que ayunais, y si es necesario, aquellos á quienes debeis dar buen ejemplo. Esto es lo que Dios quiere, esto lo que aprecia; cuanto mas ocultáreis á los hombres vuestras penitencias, tanto mas pública y gloriosa será algun dia vuestra recompensa. Un cristiano ver-

daderamente penitente oculta con cuidado á los ojos de los hombres los rigores á que se condena; como no ha ofendido mas que á su Dios, á él *solo* es al que quiere agradar; le parecen muy pequeñas las penas con que se aflige, para no temer el que se disminuya su mérito exponiéndolas á la vista de los hombres: por tanto, solo debemos hacer á los hombres testigos de nuestra penitencia, si les hemos hecho testigos de nuestros desórdenes: el escándalo solo se repara por la conversion y la reforma de las costumbres.

En el luto y en el ayuno no se usaba de baño ni de perfumes. Cuando Jesucristo manda que se sirvan de ellos en el ejercicio de la penitencia, no se ha de estar al sentido material de las palabras: quiere solamente que estemos tan léjos de la afectacion de parecer ayunadores, que antes bien parezcamos todo lo contrario, y que en vez del aire triste y austero de los fariseos, usemos de maneras francas, abiertas, de un aire festivo y contento; quiere que obremos sin afectacion, sin vanidad, sin máscara, sin hipocresía: á fin, dice san Ambrosio, que no parezca, por decirlo así, que vendemos á los hombres nuestro ayuno, y que trabajamos en nuestra salud con tristeza y con pesar, tomando un aspecto sombrío y lloroso, que vaya diciendo á todos que ayunamos.

Tambien, prosigue el Salvador, hay en el mundo otra flaqueza muy comun, que es la gran pasion de adquirir bienes. El Salvador añade el desprendimiento de los bienes terrenos al precepto del ayuno, para prevenir al indecente motivo de aquellos que llevados de una avaricia sórdida, solo ayunan para ahorrar. Ayunemos de tal modo, dice san Agustin, que el ahorro de nuestros ayunos entre en el tesoro de Jesucristo por las manos de los pobres, y no venga á ser el alimento de nuestra avaricia. Yo no os impido, dice el Salvador á sus discípulos, el que junteis grandes tesoros, con tal que no sean de la naturaleza de los que se juntan en la tierra, que los consumen el orin y los gusanos, y que pueden robaros los ladrones. No os afaneis por juntar otros tesoros que los del cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que excaven ni que roben: en el cielo donde los tesoros que juntáreis son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si segun el antiguo proverbio, donde está el tesoro allí está el corazon, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar vuestro corazon al cielo, querida patria vuestra, que apegarle á la tierra, triste lugar de vuestro destierro?

San Hilario explicando estas palabras de Jesucristo: no hagais, dice, vuestro tesoro de la opinion y de las alabanzas de los hombres;

no espereis de ellos vuestra recompensa; esperadla únicamente de Dios. ¡Ah! ¡qué poco racionales son los hombres! ¡qué poco conocen sus verdaderos intereses! no nos empeñamos con actividad mas que por los bienes de la tierra; bienes falsos, frívolos, vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, y que se nos deben quitar necesariamente tarde ó temprano. ¡Cuán ciegos somos! ¿por qué no dirigimos todas nuestras miras y nuestras solicitudes hácia el cielo, hácia las verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y que son las únicas que pueden para siempre llenar nuestros deseos? El justo no tiene aficion á la vida, porque cuenta como nada los bienes de que goza en ella. No ha trabajado, ni trabaja mas que para el cielo; allí está su tesoro, y por consiguiente su corazon. ¡Qué sabio, qué dichoso es este justo en no apegarse aquí abajo, donde es extranjero, y en hacer pasar todo el fruto de su trabajo al cielo, su verdadera, su eterna patria! ¡Qué diferencia en la muerte entre el pecador y el justo! el corazon del pecador está todo en la tierra, y le es preciso dejarla; el corazon del justo está en el cielo, y la muerte le abre la entrada en él. La palabra tesoro, dicen los intérpretes, significa no solo el dinero, sino tambien los muebles, los vestidos preciosos, los repuestos de grano y de provisiones para la vida; el orin no gasta mas que el metal, los gusanos roen los muebles, los vestidos y el grano.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta, Domine, fidelibus tuis: ut jejuniorum veneranda solemnia, et congrua pietate suscipiant, et secura devotione percurrant. Per Dominum...

Señor, conceded á vuestros fieles la gracia de que entren en la solemnidad sagrada del santo ayuno con la piedad que deben llevar á ella, y que se sostenga en toda la carrera con una devocion imperturbable. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada de la profecía de Joel, capítulo II.

Haec dicit Dominus: Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu, et in planctu. Et scindite corda vestra, et non vestimenta vestra, et convertimini ad Dominum Deum vestrum; quia benignus et misericors est, patiens et multae misericordiae, et praestabilis super malitia. Quis scit si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem, sacrificium et libamen Do-

Hé aquí lo que dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en el ayuno, en las lágrimas, y en los gemidos. Despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no se deja vencer por nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá á nosotros, si nos perdonará, si dejará después de sí la bendicion, á fin de que presentemos al Señor nuestros sacrificios y nuestras ofrendas?

mino Deo vestro? Canite tuba in Sion, sanctificate jejunium, vocate coetum, congregate populum, sanctificate Ecclesiam, coadunate senes, congregate parvulos, et sugentes ubera: egrediatur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo. Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini, et dicent: Parce, Domine, parce populo tuo; et ne des hereditatem tuam in opprobrium, ut dominentur eis nationes. Quare dicunt in populis: Ubi est Deus eorum? Zelatus est Dominus terram suam, et pepercit populo suo. Et respondit Dominus, et dixit populo suo: Ecce ego mittam vobis frumentum, et vinum, et oleum, et replebimini eis: et non dabo vos ultra opprobrium in gentibus: dicit Dominus omnipotens.

Haced resonar la trompeta en Sion, ordenad un ayuno santo, publicad una reunion solemne, haced venir á todo el pueblo, advertidle que se purifique, juntad los ancianos, traed tambien los niños, y los que todavía están al pecho; salga el esposo de su aposento, y la esposa del lecho nupcial. Llorarán los sacerdotes y los ministros del Señor, entre el vestíbulo y el altar, y exclamarán: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejeis que vuestra heredad sea entregada al oprobio, de modo que caiga bajo la dominacion de las naciones. ¿Sufriréis que las naciones digan de nosotros: dónde está su Dios? El Señor tiene un amor ardiente por este país que mira como suyo, y él ha perdonado á su pueblo. El Señor ha hablado á su pueblo y le ha dicho: Yo os enviaré trigo, vino y aceite, y quedaréis satisfechos; y no os abandonaré ya á los insultos de las naciones, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Convertíos á mí de todo vuestro corazon. Dios mismo es el que nos invita, el que nos urge, el que nos manda que nos convirtamos á él de todo nuestro corazon. Después de esto ¿á qué pecador puede faltarle la confianza? pero al mismo tiempo ¿quién puede diferir el convertirse? Si un príncipe ofreciese con tanta franqueza el perdon á un criminal; si él mismo convidase á un cortesano desgraciado á que volviese á la corte, ofreciéndole su amistad, sus favores, ¿se hallarian muchos que se resistiesen á partir? ¿que difiriesen su vuelta? ¿Á quién le ha parecido que era sobrado costoso, ó que eran demasiado onerosas cualesquiera condiciones para comprar el favor de un príncipe? ¡Ah! y ¿qué es el favor de un príncipe de la tierra, en comparacion de la amistad del soberano Señor del universo, del Dios omnipotente, fuente de todo bien, y único árbitro de nuestro eterno destino? Y sin embargo ¿quién se rinde á su voz? ¿quién responde con prontitud á su invitacion? ¿quién se apresura á entrar en su favor, por mas que nos ofrezca su amistad con empeño? Quieren convertirse; porque las gentes del mundo, los pecadores mas escandalosos, las mujeres mundanas, los libertinos de profesion, no querrian morir en su desgracia; quieren, pues, convertirse, pero se teme siempre el que sea demasiado pronto, si se hace inmediatamente. Dilacion de la conversion, paso seguro, gaje cuási cierto de la impeni-

tencia final. El que vive con un deseo ineficaz de convertirse, cuási por lo comun muere impenitente. Vos, Señor, convidais, solicitais al pecador para que se convierta, mas á él no le place. Cuando estarán de humor para ello, es decir, cuando ya estarán disgustados de sus placeres; cuando por enfermedad, por la edad, ó por algun accidente funesto, no estarán ya en estado de ofenderos; cuando se verán al borde del abismo, en que van á ser precipitados; cuando ya desagraden á los mundanos; cuando no serán ya buenos para nada; cuando el mundo á quién han servido, y de quien han sido esclavos, no admitirá ya sus servicios: entonces esos mundanos rendidos, esos pecadores cansados, esas mujeres coquetas, envejecidas ó desgraciadas, esos libertinos arrojados de las asambleas profanas, de las partidas de placer, que han llegado á ser odiosos en Babilonia, pensarán de veras en tomar el camino de Jerusalen, y en venir á ofrecer al Señor los miserables restos de una vida corrompida. Dios es misericordioso, es verdad; mas aun; es todo misericordia; pero no es menos justo. Y ¿creemos que estos regresos forzados, que estas pretendidas conversiones dilatadas, sean de un gran mérito delante de él? El pecador no debe jamás desesperar de su salvacion; aun cuando no le quedase mas que un soplo de vida, debe reanimar toda su confianza en un Salvador que ha hecho tan grandes gastos, y que ha muerto universalmente por todos los pecadores; pero un pecador que es insensible á las amorosas solicitaciones de la gracia, y que se endurece voluntariamente contra toda la impresion del Espíritu Santo, ¿no tiene nada que temer? *Convertíos á mí de todo vuestro corazon.* Quien dice de todo vuestro corazon, pide una conversion entera, perfecta, sin division. No hay conversion verdadera si no es de todo corazon. Reformar el lujo de los vestidos, cortar el juego, romper los vínculos criminales, no asistir mas á los espectáculos profanos, privarse de toda diversion poco cristiana, es una conversion muy edificante; pero si queda todavía alguna pasion dominante que sujetar, alguna aficion favorita que vencer, alguna injuria que perdonar, alguna frialdad que extinguir, algun lazo que romper, la conversion no es entera; no hay conversion de todo corazon, cuando hay alguna reserva en la conversion. He pasado á cuchillo, decia Saul al Profeta, á todos los amalecitas; nada he perdonado de cuanto les pertenecia, conforme al órden del Señor; y ¿qué significa, repone Samuel, el balido de esas ovejas, la voz de ese rebaño que has perdonado? ¡Buen Dios, qué de conversiones ambiguas, imperfectas, defectuosas! ¡cuán pocos se convierten á Dios de todo su corazon!

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, tomado del capítulo VI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae tristes; exterminant enim facies suas, ut appareant hominibus jejunantes. Amen dico vobis, quia receperunt mercedem suam. Tu autem, cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans, sed Patri tuo, qui est in abscondito, et Pater tuus qui videt in abscondito, reddet tibi. Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi aerugo, et tinea demolitur, et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in coelo: ubi neque aerugo, neque tinea demolitur; et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando ayunais, no afecteis un aire triste como los hipócritas. Ellos ponen su rostro macilento para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que han recibido ya su recompensa. Mas cuando tú ayunes, unge tu cabeza, y lava tu rostro, á fin de que no aparezca á los ojos de los hombres que ayunas, sino á los de tu Padre que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará. No junteis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos lo consumen todo, y donde los ladrones socavan y roban. Juntad, pues, tesoros en el cielo, donde no hay herrumbre ni gusanos que consuman, ni ladrones que caven ni que roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

MEDITACION.

Sobre la ceremonia de la ceniza.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la ceremonia de poner hoy la ceniza en la cabeza no es puramente una ceremonia exterior, vacía, indiferente, estéril; es una práctica religiosa que recordándonos la memoria del formidable decreto pronunciado contra nosotros por el soberano Juez, es tambien el símbolo de la penitencia y de nuestra mortalidad. ¿Qué hacemos, pues, hoy cuando ponemos la ceniza sobre nuestras cabezas? Hacemos lo que hacia Josué, cuando para apaciguar al Dios de los ejércitos, y reparar el latrocinio de los despojos de Jericó, él y los ancianos de Israel se cubrian la cabeza con el polvo. Hacemos lo que Jeremías recomendaba á los príncipes de Judá en la desolacion de su patria, recordándoles que moririan muy pronto. Hacemos lo que hacia Esther, Judith, Mardoqueo y el rey de Nínive. Hacemos, en fin, lo que en la ley de gracia nos ha dicho Jesucristo que habrian hecho Tiro y Sidon, si hubiese obrado á su vista los mismos prodigios que habia obrado en Corozain y en Bethsaida. Hacemos lo que tantos Santos han hecho. Las palabras humillantes que el sacerdote con la ceniza en la mano pronuncia hoy sobre el

hombre postrado á sus piés, son los mismos términos del decreto pronunciado contra el primer hombre en castigo de su pecado. El designio de la Iglesia poniéndonos la ceniza en la frente es excitarnos á la penitencia y al desprecio de nosotros mismos, á la vista de este débil resto en que vienen á parar todos los bienes, los placeres, los honores de esta vida, y á que nosotros mismos hemos de quedar reducidos en la muerte. Las oraciones que hace la Iglesia sobre estas cenizas, al bendecirlas, dan una virtud secreta á esta religiosa ceremonia, que no deja de inspirar la compuncion, y de atraer la gracia de la penitencia á todos los que reciben esta ceniza sobre su cabeza con disposiciones santas en el corazon. ¡Qué efecto no debe producir esta práctica de Religion! ¡qué desprendimiento de la vida! ¡qué disgusto de los bienes criados! ¡qué indiferencia por las dignidades mas brillantes! ¿Se puede ver este puñado de ceniza, imágen verdadera de lo que llegarémos á ser un dia; se puede oir este decreto, este oráculo terrible cuyas amenazas verificarémos nosotros muy pronto, sin que nuestro orgullo quede humillado, sin que nuestra molicie sea confundida, sin que queden confundidos nuestros ambiciosos proyectos, sin que nos llenemos de vergüenza, y tengamos un verdadero sentimiento de haber hecho tanto caso de las engañosas conveniencias de esta vida? ¡Qué remedio tan saludable son estas cenizas derramadas sobre la hinchazon del corazon humano! ¡qué propias para abrir los ojos sobre el falso resplandor de mil objetos seductivos! ¡qué bien que pueden sazonar las mas amargas adversidades de esta vida!

Punto segundo.—Considera cuántos buenos efectos puede producir esta ceniza recibida sobre nuestras cabezas con un espíritu de Religion, con un corazon contrito y humillado, y con las disposiciones que pide esta santa ceremonia. El pensamiento de la muerte, inseparable de esta santa ceremonia, es el primer efecto que produce. Aun cuando uno fuese el mas poderoso monarca del universo; aun cuando fuese el hombre mas dichoso del siglo, morirá, y toda aquella pompa, aquella grandeza, aquella majestuosa reputacion, aquella tumultuosa felicidad que tiene tantos envidiosos, todo esto se extingue en el sepulcro; escudriñad esos soberbios mausoleos, orgullosos monumentos de la vanidad mundana; no encontraréis en ellos mas que un puñado muy pequeño de cenizas, menos preciosas que la urna que las contiene. Hé aquí lo que queda por fin de esos grandes príncipes, terror ó admiracion de su siglo, de todos esos héroes de los siglos pasados, de todos esos favoritos de la fortuna, para ha-

blar segun el lenguaje de las gentes del mundo; algunos restos de huesos calcinados, un puñado de cenizas fétidas, á esto se reduce todo. No tendrémos otra suerte, aun cuando fuésemos todavía mas poderosos, mas ricos, mas llenos de satisfacciones que lo han sido todos estos; algun dia se dirá tambien de nosotros lo que hoy se dice de esas víctimas de la ambicion humana, y cada uno es á su vez una prueba sensible de esta verdad. La estima y el amor mismo de la virtud es otro efecto de la ceremonia de las cenizas. ¡Buen Dios, qué propia es esta ceremonia misteriosa para desengañarnos de tantas grandezas falsas, de todas esas opiniones populares que encantan y seducen! pero al mismo tiempo qué eficaz para descubrirnos el mérito sólido, y el precio inestimable de la verdadera virtud! Los Santos, se dirá, mueren tambien como los pecadores, pero ¡qué diferencia de cenizas á cenizas! Las unas son objeto de horror, las otras objeto de veneracion; tanto poder y atractivo tiene la santidad. Aquellas se arrojan á los piés, delante de estas se postran con veneracion. La tierra misma que ha cubierto los cuerpos de los Santos tiene virtud de hacer milagros. ¿Qué debe concluirse de todo esto, sino que es una insigne locura buscar la felicidad en los honores, en los placeres, en los bienes de esta vida, y que es preciso haber perdido el juicio para estudiar en otra cosa que en hacerse santo?

Este es tambien, Señor, el fruto que yo espero sacar de esta meditacion con el auxilio de vuestra gracia.

JACULATORIAS.—¡Vanidad de vanidades, todo no es mas que vanidad! ¿Qué le queda al hombre mundano de todos sus afanes, y á qué queda, en fin, reducido sino á un poco de ceniza? (*Eccles.* I).

Señor, yo detesto con todo mi corazon mi vida pasada; yo me acuso á mí mismo, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (*Job,* XLII).

PROPÓSITOS.

1 Como la ceremonia de la ceniza es una práctica de Religion, hacedla con todas las disposiciones y con el espíritu que pide una ceremonia tan santa. Es inútil que se ponga la ceniza en la cabeza, si reina el orgullo en el corazon. Dios mira con horror toda gazmoñería. Si el alma no está contrita y penetrada de la idea de su nada, toda esta humillacion exterior no pasa de una pantomima. Guardaos bien de llevar la irreverencia y la indevocion hasta á los ejercicios mas humillantes de la Religion. Presentaos á recibir la ceniza en la frente con un corazon contrito y humillado; escuchad el decreto de

muerte con una perfecta resignacion, y haced al mismo tiempo el sacrificio de vuestra vida; aceptad la muerte á que Dios os ha condenado en satisfaccion de vuestros pecados, y como una pena que habeis merecido justamente. En la hora de la muerte apenas está uno capaz de hacer un sacrificio meritorio; hoy propiamente es, al recibir la ceniza en la cabeza, cuando el sacrificio que haréis de vuestra vida puede ser muy agradable á Dios y de un gran mérito.

2 No perdais de vista la muerte, de la que el símbolo mas natural es la ceniza. Este pensamiento persuade fácilmente la penitencia, y endulza su rigor. Comenzad la Cuaresma con espíritu de penitencia; ¡para cuántos será esta la última! Y ¡qué consuelo no tendréis de haberla observado cristianamente, si debiese ser la última para vosotros! Unid vuestro ayuno al de Jesucristo, para hacérosle por este medio mas meritorio. Una de las astucias mas perniciosas del demonio, es el hacernos mirar las ceremonias mas santas de la Religion como costumbres indiferentes. Acompañad y animad esta de un espíritu cristiano; y en todo lo que hiciéreis, deciros á vos mismo: Acuérdate que no eres mas que polvo, y que serás reducido á polvo dentro de pocos dias.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA.

Como el ayuno de Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia dos curaciones corporales, milagrosamente obradas en dos personas, de las cuales la una era de la primera y mas noble cualidad entre los hombres, y la otra de una condicion la mas vil y mas abyecta, para hacernos ver que no hay ningun estado en el mundo exceptuado del beneficio de la redencion y de la salud. *Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad.* (*I Timoth.* II). El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia nos hace leer la Iglesia en la Epístola de la misa. El otro es el del criado de un centurion, capitan de una compañía de cien hombres; y este milagro hace el asunto del Evangelio de este dia.

Ezequías, rey de Judá, hijo de Achaz y de Abías y nieto de Joatham, era un príncipe religiosísimo. Restableció enteramente el culto del verdadero Dios en el reino de Judá, en cuyo gobierno entró hácia el año 727 antes de Jesucristo. Habian caido los judíos en la ma-

yor parte de las supersticiones paganas por la negligencia y acaso la irreligion de los que les gobernaban, y por el comercio que habian tenido con los paganos. El piadoso Príncipe hizo derribar todos los altares que se habian erigido sobre las colinas en honor de los falsos dioses; quemó los bosques consagrados á estas falsas divinidades, é hizo pedazos la serpiente de metal que los judíos conservaban, y todo esto á fin de quitarles todo motivo de idolatría. Eusebio dice que suprimió muchos libros de Salomon, que trataban de las cosas naturales, á causa del abuso que los sencillos hacian de ellos. Después de haber restablecido la Religion y el buen órden en el reino, hizo la guerra á los enemigos del Estado. Tan valiente como religioso, destrozó á los filisteos que se habian rebelado ya contra su padre.

En el cuarto y sexto año de su reinado, Salmanasar tomó á Samaria y puso fin al reino de Israel, habiendo hecho prisionero al rey Ozías, el cual murió en la prision. Por el mismo tiempo Sennacherib, rey de los asirios, hizo grandes conquistas en la Palestina y en las provincias vecinas; entró en Egipto y le conquistó. Irritado contra Ezequías que habia rehusado pagarle el tributo que exigia de él, envió á Rabsaces, uno de sus oficiales, con órden de hacerle amenazas fulminantes, burlándose de la confianza que este religioso Príncipe tenia en Dios contra las fuerzas de un Monarca á quien ningun poder habia resistido hasta entonces. Habiendo oido Ezequías estas insultantes amenazas, recurrió á Dios, y para implorar su socorro se vistió de un saco, fué al templo, donde hizo leer las blasfemas cartas de Sennacherib, y pasó allí mucho tiempo en oracion. El profeta Isaías le envió á decir que no temiese estas amenazas, y le prometió que Dios combatiria en su favor. En efecto, habiendo puesto Sennacherib el sitio á Jerusalen con un ejército de mas de doscientos mil hombres, envió Dios un Ángel durante la noche, que mató á ciento ochenta y cinco mil del ejército de este Príncipe, con todos los jefes. Viendo á la mañana Sennacherib esta gran derrota, huyó á sus Estados, dejando todo su equipaje en poder de aquellos cuya ruina creia segura.

Ezequías admiró sí la mano omnipotente del Dios de los ejércitos en esta derrota milagrosa del ejército del rey de los asirios; pero la Escritura dice que este Príncipe no reconoció, como debia, las gracias que Dios le habia hecho, y que habiéndose dejado llevar del orgullo, le habia Dios castigado y humillado. Pero Dios no le castigó sino como un padre bueno, y su castigo fue para él una nueva prueba de su bondad. Ezequías cayó peligrosamente enfermo. Pretenden los

judíos que el haber sido así castigado, fue por no haber hecho solemnes acciones de gracias por un beneficio tan señalado, y no haber cantado un cántico de alabanza al Dios de los ejércitos después de la derrota de Sennacherib, á imitacion de Moisés, de Ana, madre de Samuel, y de Débora. Sea como quiera, Ezequías se halló muy malo: y su enfermedad se presentó mortal. Habiéndole ido á visitar el profeta Isaías, le dijo : Príncipe, hé aquí lo que el Señor me manda que os diga : arreglad los negocios de vuestra casa, porque moriréis y no saldréis de esta enfermedad. Este decreto de muerte anunciado por la boca de un tan gran profeta, consternó al Príncipe que solo contaba entonces catorce años de reinado. Volvió el rostro hácia la pared para rogar con mas recogimiento y respeto, y para derramar lágrimas en la amargura de su corazon con mas libertad. San Gerónimo cree que se volvió del lado del templo. Derramando entonces su corazon delante de Dios : Señor, exclamó, compadeceos de vuestro siervo, y dejaos enternecer de mis lágrimas. Acordaos que he caminado delante de Vos con un corazon recto y puro, con una fidelidad firme y perseverante, y que aunque sea pecador no por eso os he pretendido nunca desagradar deliberadamente, y siempre he procurado hacer lo bueno y agradable delante de Vos. Abandonándose en seguida al dolor, derramó lágrimas con grande abundancia.

Los justos del Antiguo Testamento han dirigido muchas veces á Dios ruegos en que le suplicaban se acordase de sus buenas obras. David en sus Salmos recuerda mas de una vez su inocencia, su dulzura, su justicia; y Nehemías le pide á Dios que no olvide las obras de piedad que ha hecho para el restablecimiento del templo y de las ceremonias de la Ley. Este modo de pedir podia tener un sentido bueno, sobre todo en un pueblo grosero y del todo material, hasta en las cosas mas espirituales. Jesucristo nos ha enseñado una manera de pedir mas justa, mas espiritual y mas santa; nos ha enseñado de un modo muy distinto la necesidad continua que tenemos de que la gracia del Señor nos prevenga, nos fortifique y nos dé la perseverancia; reconocemos con justicia que cuando Dios corona y recompensa nuestros méritos, recompensa y corona sus propios dones y sus beneficios.

Podria sorprendernos el ver uno de los reyes mas santos, tan celoso por hacer florecer la Religion en sus Estados, y que ha llevado una vida tan inocente y tan llena de obras buenas, temer tanto el morir, abatirse y entregarse al dolor en las cercanías de la muerte, al paso que vemos tantos Santos en la ley nueva mirar la muerte con

alegría, saltar de gozo cuando ven que se les acaba su destierro, y no temer en la aproximacion de la muerte nada tanto como el que no se verifique. ¡Cuán bien prueba esta diferencia de los Santos del uno y del otro Testamento la excelencia de la ley nueva sobre la antigua! es preciso convenir que el Antiguo Testamento nos propone grandes ejemplos de virtudes en sus Santos y Patriarcas; pero tambien es indispensable reconocer que su virtud, por mas verdadera, por mas grande que fuese, era todavía tosca y en algun modo terrena. Solo la sangre de Jesucristo es la que ha producido en los Santos de la nueva alianza sentimientos mucho mas nobles y mas elevados, y una virtud mas depurada y mas sublime. Era necesario un hombre Dios para hacer espirituales á los hombres, y solo en la religion cristiana es en la que se encuentra la idea justa de la santidad.

Dios se rindió á la oracion y á las lágrimas de Ezequías. No habia aun salido el Profeta del patio del palacio cuando Dios le mandó que volviese á la habitacion del Rey, y le dijese que el Dios de David, su padre, habia oido su oracion, y atendido á sus lágrimas. Que no moriria de esta enfermedad; que viviria todavía quince años, y que no tendria ya mas que temer de los asirios. Corrió Isaías á llevar esta agradable noticia al Rey, el cual recibió tanto gozo con ella, que le parecia dudosa su curacion; tanto la deseaba. Pero ¿qué señal me das, le dijo el Príncipe, que me asegure esa palabra? Era después de mediodia, y el sol estaba ya cerca de su ocaso. ¿Quereis por prueba de mi prediccion, respondió Isaías, que la sombra del sol adelante diez líneas, ó que las atrase? Muy fácil es, dijo el Rey, que la sombra adelante diez líneas; pero haz que las retroceda. Habiéndose puesto inmediatamente el Profeta en oracion, se vió la sombra que habia pasado ya diez líneas, volver hácia atrás igual número de grados en el reloj de Achaz. Ezequías vivió todavía quince años después de este milagro; y habiendo reinado veinte y nueve años, es claro que esto sucedió el décimocuarto de su reinado.

Los intérpretes difieren bastante sobre el modo en que estaba dispuesto el reloj de Achaz. San Gerónimo al parecer cree que era una escalera dispuesta con arte, sobre la cual la sombra del sol señalaba las horas. San Cirilo de Alejandría le ha concebido tambien como una escalera que Achaz, padre de Ezequías, habia hecho construir con tal artificio y proporcion, que por la sombra de los escalones se designaban las horas y el curso del sol. Es de presumir tambien que el Rey podia ver estos escalones desde su cámara y aun desde su lecho, de modo que pudiese ser testigo del retroceso del sol. Algunos

otros quieren que este reloj haya sido un verdadero cuadrante, ó una muestra solar, semejante á las primeras que se usaron en la Grecia y en la Italia, en donde una pequeña columna, colocada sobre un plano horizontal, ó perpendicular, designaba por medio de su sombra, sobre diferentes líneas, las diversas horas del dia.

Por lo que hace á la retrogradacion, claramente dice el Profeta, no solo que fue la sombra la que retrocedió diez líneas, sino que el sol retrocedió diez grados por los cuales habia ya bajado, y por consiguiente este dia debió ser diez horas mas largo que los dias ordinarios. No cuesta mas trabajo á Dios el hacer retroceder diez horas en un momento la sombra del sol, que hacer retrogradar al sol mismo en tan poco tiempo; y todos los sistemas, las consecuencias, y los razonamientos de los filósofos deben desvanecerse cuando se trata de milagro. Todo el universo quedó sorprendido por un acontecimiento tan extraordinario y tan maravilloso. La fama de él se esparció entre los pueblos vecinos, y que el cielo habia hecho este prodigio en favor de Ezequías. Berodach-Baladan, rey de Babilonia, le envió sus embajadores para cumplimentarle por el restablecimiento de su salud, y al mismo tiempo para informarse de él acerca del prodigio que habia sucedido en la tierra. (*II Paralip.* XXXII).

El Evangelio de la misa de este dia cuenta la historia de la otra curacion milagrosa obrada en favor del siervo de un centurion. Habiendo bajado el Hijo de Dios de la montaña en que habia predicado con tanta admiracion y fruto, vino á Cafarnaum, seguido de una muchedumbre que no se cansaba de oirle. Los mismos gentiles que oian hablar de las maravillas que obraba, le profesaban una veneracion y una estimacion sin límites; hasta el centurion que mandaba la guarnicion romana en Cafarnaum le salió al encuentro, y habiéndole saludado con una profunda reverencia: Señor, le dijo, tengo un criado en mi casa, que se halla en la cama paralítico, y sufre grandes dolores. Bella leccion para los amos cristianos sobre la caridad con sus domésticos. Deben enternecerse por sus males, buscar los medios de aliviarles, y no descansar de tal modo sobre los otros, que no hagan tambien personalmente algunas diligencias. Superiores á los que os sirven, tambien vosotros perteneceis al mismo Señor: usad de vuestros derechos sobre ellos, como quereis que Dios use de los suyos sobre vosotros. ¡Qué dureza echar de casa á los que han caido enfermos en nuestro servicio! Los paganos se hubieran avergonzado de echar fuera de su casa á los que hubieran caido enfermos en su servicio. Aprended de este centurion pagano á obrar como cristianos.

Yo iré á tu casa, le responde el Salvador, y curaré al enfermo. ¡Qué bien significada está aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestros males! ¡Qué no tenga yo tanto empeño por la curacion de mi alma, como Vos tendríais facilidad para decirme, si yo os la pidiese, yo iré y la curaré! El que Jesucristo quiere ir á curar en persona es un simple doméstico: ¿deberán, pues, los ministros del Señor en el ejercicio de las funciones de su ministerio distinguir mas al rico que al pobre, al hombre de calidad que al artesano, al señor que al siervo?

Señor, repone el centurion, ¿Vos quereis venir á mi casa? ¡Ah! yo no merezco que me hagais este honor, ni que os tomeis este trabajo; no teneis mas que decir una palabra allí donde os halleis, y yo estoy seguro que con esto quedará curado mi criado. Vos de nadie recibís órdenes, porque no hay ninguno que sea superior á Vos. Toda la naturaleza os obedece como á su Señor soberano, y no teneis mas que decir que un enfermo sea curado, y lo será inmediatamente. Yo que no soy mas que un oficial subalterno, no tengo mas que decir á mis servidores y á mis soldados: ven acá, ves allá, haz lo que yo te mando; y soy obedecido sin réplica en el momento. Este discurso agradó al Salvador, y no pudo menos de confesar su admiracion. No porque la admiracion que manifestó procediese de ignorancia ó de sorpresa; pues él lo sabia todo, todo lo preveia, y nada podia cogerle de nuevo; esta admiracion aparente era mas bien un efecto de la extrema satisfaccion que tuvo por la fe de este oficial romano, y que le hizo decir á todo el pueblo que le seguia: En verdad que no he hallado tanta fe en todo Israel, en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas bien, y que están obligados á creer y á confiar en mí. No; está muy léjos de que vuestra fe sea tan pura, tan firme, tan perfecta, como la de este extranjero. Pero tambien debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos que han venido de los extremos de Oriente y de Occidente, serán colocados con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos de la casa, que podian pretender los primeros puestos en este reino, como herencia que se les destinaba con preferencia á otros, serán arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, donde no habrá para ellos mas que desesperacion, qué crujir de dientes, qué lágrimas amargas. De este mismo modo reciben todavía hoy los hijos infieles la luz del Evangelio, y hacen revivir en Oriente y en Occidente el fervor de los primeros cristianos, al paso que vemos debilitarse y cuási extinguirse la fe entre nosotros. ¿De qué nos sirve haber nacido hijos

del Rey, si por nuestras infidelidades dejamos pasar á otras manos la herencia de los hijos? La fe se extingue desde que las costumbres se corrompen. Se comienza ordinariamente por la corrupcion del corazon, antes que se vean nacer los errores del entendimiento; ellos nacen todos de la corrupcion de las costumbres. Pocos herejes, pocos cismáticos, pocos sectarios hay que no tengan las costumbres dañadas. Disfrácese cuanto se quiera el desarreglo, enmascárese la pasion: siempre las pasiones mas vergonzosas son ó el orígen, ó á lo menos el efecto de la herejía y del error. Los jefes de partido, los heresiarcas han tomado la máscara de la piedad, han afectado motivos especiosos y seductivos de su rebelion contra la Iglesia, para engrosar su partido, para imponer á los sencillos; pero no hay secta que no produzca, que no inspire la relajacion, y tarde ó temprano la disolucion. Fuente eterna será de llanto y de rabia en el infierno para aquellos hijos desheredados, el haber tenido tan cerca el reino de los cielos, y verse privados de él por su culpa. No queriendo el Salvador dejar sin recompensa la viva fe del centurion: Vé, le dijo, suceda todo segun que has creido; y en aquella misma hora quedó sano el criado. En efecto, habiéndose vuelto á su alojamiento aquel oficial y los de su comitiva, hallaron al enfermo perfectamente curado de su parálisis.

Cuando el Evangelio dice que Jesucristo se manifestó admirado, es solo un modo de hablar para expresar la satisfaccion que tuvo el Salvador de encontrar en este extranjero una fe tan viva y tan firme. Suponiendo siempre el asombro y la admiracion alguna ignorancia, ó alguna sorpresa, jamás se podrán atribuir con propiedad á Aquel que nada ignora. Cuando el Salvador mismo dice que no ha encontrado una fe tan grande en Israel, debe siempre exceptuarse la santísima Vírgen y los Apóstoles, y esta excepcion no impide que la fe de este extranjero no fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Se ve bien que aquellas palabras: *muchos vendrán del Occidente y del Oriente*, esto es, de todas las partes del mundo, significan visiblemente la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio han merecido sustituir á los judíos y sucederles en todos sus derechos, como se ha verificado. Los judíos eran los vasallos naturales del reino del Mesías: habiéndose ellos mismos excluido por su ingratitud y por su pura malicia de la Iglesia de Jesucristo, han merecido ser desterrados para siempre de la sala del banquete celestial y ser precipitados en el fuego del infierno.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui culpa offenderis, poenitentia placaris; preces populi tui supplicantis propitius respice: et flagella tuae iracundiae, quae pro peccatis nostris meremur, averte. Per Dominum nostrum...

Ó Dios, á quien ofende el pecado, y aplaca la penitencia, escuchad favorablemente los ruegos de vuestro pueblo postrado en vuestra presencia, y apartad de sobre nuestras cabezas los azotes de vuestro enojo que tan justamente hemos merecido por nuestras culpas. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo XXXVIII *del profeta Isaías.*

In diebus illis: Ægrotavit Ezechias usque ad mortem: et introivit ad eum Isaias filius Amos propheta, et dixit ei: Haec dicit Dominus: Dispone domui tuae, quia morieris tu, et non vives. Et convertit Ezechias faciem suam ad parietem, et oravit ad Dominum, et dixit: Obsecro, Domine, memento quaeso quomodo ambulaverim coram te in veritate, et in corde perfecto, et quod bonum est in oculis tuis fecerim. Et flevit Ezechias fletu magno. Et factum est verbum Domini ad Isaiam, dicens: Vade, et dic Ezechiae: Haec dicit Dominus Deus David patris tui: Audivi orationem tuam, et vidi lacrymas tuas: ecce ego adjiciam super dies tuos quindecim annos: et de manu regis Assyriorum eruam te, et civitatem istam, et protegam eam: ait Dominus omnipotens.

En aquellos dias: Cayó Ezequías enfermo mortalmente, y el profeta Isaías, hijo de Amós, vino á visitarle y le dijo: Hé aquí lo que dice el Señor: Arregla tu casa, porque morirás, y no saldrás de esta enfermedad. Entonces Ezequías volvió su rostro á la pared, y oró al Señor, diciendo: Acordaos, Señor, os ruego, que he caminado delante de vos en la verdad, y con un corazon perfecto, y que he hecho siempre lo que era bueno y agradable á vuestros ojos. Y Ezequías derramó abundantes lágrimas. Entonces el Señor habló á Isaías y le dijo: Vé, y díle á Ezequías: Hé aquí lo que dice el Señor Dios de David, tu padre: He oido tu oracion y he visto tus lágrimas, y hé aquí que yo añadiré todavía quince años á tu vida, y te libraré del poder del rey de los asirios; libraré tambien esta ciudad y la protegeré, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Arregla los negocios de tu casa, porque morirás. No solo se dirigen estas palabras al rey Ezequías, hablan tambien con todos los que viven sobre la tierra. Grandes del mundo, felices del siglo, ricos negociantes, gentes de negocios, pobres artesanos, cualquiera que seais, de cualquier estado, en cualquiera condicion, viejos y jóvenes, hé aquí lo que dice el Señor: poned en órden los negocios de vuestra casa; ó conforme á un sentido todavía mas justo, segun el espíritu de la Escritura: poned en órden los negocios de vuestra conciencia,

porque moriréis muy pronto, y siempre mas pronto de lo que pensais. No hay necesidad de un profeta para anunciarnos este decreto: Escritura santa, libros espirituales, oráculos divinos, luz de la gracia, inspiraciones santas, todo lo publica; y á pesar de esta publicidad, ¿cuántos mueren sin haber puesto en órden los negocios de su conciencia, y sin estar dispuestos para ello? Nada hay durante la vida de que se dude menos, de que jamás se haya nadie atrevido á dudar, que de la muerte. Nacemos con la certidumbre de que hemos de morir. No es una certidumbre que se adquiere; puede decirse que ella previene, en algun modo, al uso de la razon. Estamos seguros de que es preciso morir, y se vive como si la muerte fuese incierta. ¿Se viviria con mas licencia é irregularidad, en un olvido de Dios mas largo y mas irreligioso, en una indolencia mas constante por su salvacion, en un caos mas embrollado y mas espantoso de conciencia que lo que se vive? ¿se viviria de un modo menos cristiano, si no se debiese nunca morir? Se espera arreglarlo todo en la hora de la muerte; pero ¿es aquel el tiempo? ¿Se tratan así los negocios temporales? ¿Se deja para la hora de la muerte el tomar cuentas á un arrendador? ¿se difiere para la muerte el reglar sus negocios, examinar la ganancia ó la pérdida con un asociado? ¿Se dilatan hasta entonces los negocios del comercio, la venta ó la compra de una tierra, la discusion de sus derechos sobre una herencia, la instruccion de un proceso? ¿Quién no tiene por la locura mas insigne, y la imbecilidad de entendimiento mas bien marcada, el dejar para la última enfermedad un negocio de alguna consecuencia? Uno de los primeros avisos de un médico, uno de los primeros cuidados de los parientes, de los amigos, y hasta de las personas mas sabias, es que no se hable de ningun negocio á un enfermo, impedir aun que piense en él, porque no está en estado de oir hablar ni aun de bagatelas, ¿y se deja para aquel tiempo corto é incierto, para aquel tiempo de dolor, de espanto, de turbacion, de flaqueza de cuerpo y de espíritu, el negocio de la salvacion, que es el que pide mayor aplicacion, mas tranquilidad, penetracion y fuerza? En el tiempo en que se goza de perfecta salud es cuando se debe pensar, cuando es preciso arreglar los negocios de la conciencia; pero ¡entonces se alega que está uno fatigado, atolondrado, apurado! y ¿en la muerte se tendrá toda la libertad, todo el espacio, toda la aplicacion y fuerza necesarias? ¡Qué estudio, qué penetracion, qué paciencia, cuando es preciso desembrollar una conciencia cargada de restituciones, de reparaciones, de circunstancias, de injusticias: y ¿será tiempo de hacer todo esto

en la muerte? ¡Qué error! ¡qué extravagancia! ¡qué locura! Sin embargo nada hay mas comun en el dia que esta conducta tan lamentable.

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, del capítulo VIII.

In illo tempore: Cum introisset Jesus Capharnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum, et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus: Ego veniam, et curabo eum. Et respondens centurio, ait: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites: et dico huic, Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit. Audiens autem Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Israël. Dico autem vobis, quod multi ab Oriente et Occidente venient, et recumbent cum Abraham, et Isaac, et Jacob in regno coelorum: filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Et dixit Jesus centurioni: Vade: et sicut credidisti, fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

Habiendo entrado Jesús, en aquel tiempo, en Cafarnaum, se llegó á él un centurion, rogándole en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa que está en la cama paralítico, y sufre grandes dolores. Y Jesús le dijo: Yo iré y le curaré: á lo cual respondió el centurion: Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solo una palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo á uno, vé, y va; y á otro, ven, y viene; y á mi criado, haz esto, y lo hace. Oyendo Jesús este discurso se admiró, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel. Pero tambien os aseguro que muchos vendrán de Oriente y Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas: allí no habrá otra cosa que llanto y crujir de dientes. Después dijo Jesús al centurion: Vé, y sucédate segun has creido. Y en aquella misma hora quedó sano el criado.

MEDITACION.

Sobre la fe viva.

Punto primero.—Considera que la fe viva es siempre poderosa porque obliga á Dios á que nada le niegue. Ella contiene en sí una tan alta y tan justa idea de las perfecciones de Dios, de su bondad, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su voluntad sincera para hacernos bien, de su ternura paternal, que no es posible á Dios, si es lícito hablar así, resistirse á sus repetidas solicitaciones. Y á la verdad solo esta fe viva es la que honra á Dios con un culto real, religioso, y proporcionado en alguna manera á nuestro ser, y al ser infinito é incomprensible de nuestro Dios. No hay ningun otro medio

saludable para conocer á Dios, para amar á Dios, para adorar á Dios, que la fe. Sin ella no hay virtud alguna, ninguna verdadera Religion, ningun verdadero culto. No hay virtud, sin que esté animada de la fe, fundada sobre la fe, emanada, por decirlo así, de aquella fe viva, sola que constituye los fieles. Sin la fe no hay esperanza, no hay devocion, no hay caridad cristiana, no hay culto religioso divino. Queriendo Dios darse á conocer, hacerse amar, y queriendo ser honrado y servido por criaturas racionales, debia necesariamente establecer una Religion, y no podia al parecer establecerla sino sobre la fe. La fe es la que ha justificado á Abraham, y á todos los Santos de la antigua Ley y de la nueva; ella es la que forma todos los héroes cristianos, es como el alma de los elegidos. Á la fe ha querido Jesucristo atribuir todos sus milagros: no solo es una disposicion necesaria para la gracia, sino que el Salvador la ha considerado como la causa y el determinativo de sus beneficios. Pero es preciso que sea una fe viva, esto es, una fe divina, que no tenga por principio y por objeto mas que á Dios; una fe animada de la caridad; una fe fecunda en buenas obras; una fe constante, generosa, universal, que no sabe lo que es dudar, consultar, temer; una fe, en fin, tal como la de un san Pedro, la del Centurion, de la Cananea; una fe que elevándose sobre los sentidos, y sobre la razon misma, no encuentre nada difícil, nada imposible para Dios. ¿Es nuestra fe de este carácter? ¿Tiene todas estas cualidades? ¿Tenemos una fe viva? Consultemos sus efectos. ¿Tenemos una fe generosa á prueba de todas las tentaciones, de todos los encantos de los sentidos, de todos los esfuerzos de las pasiones, de todas las ejecutivas solicitaciones del amor propio? Consultemos nuestra conducta y nuestra cobardía.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el orígen de nuestra poca devocion, poco fervor y poco celo, que el principio de nuestra cobardía, de nuestras infidelidades, de nuestros desarreglos, de nuestras recaidas, no es otro que nuestra poca fe. No creemos mas que á medias, dudamos, tememos, no tenemos confianza en Dios, desconfiamos aun de su bondad, de su misericordia, de su ternura paternal: ¿debemos extrañar si á la menor agitacion de las olas, al menor viento, á la menor tempestad perdemos el ánimo, nos sumergimos? ¿En qué consiste que creemos tan poco? ¿De qué proviene que estando persuadidos, que confesando nosotros mismos, que si somos tan imperfectos, tan indevotos, tan cobardes en el servicio de Dios, no es sino porque no tenemos mas que una fe lánguida, una sombra de fe,

no se aviva mas nuestra fe, no se hace mas generosa, mas perfecta? Esto consiste en que no queremos descompadrar con nuestros sentidos, romper con nuestras pasiones, entristecer nuestro amor propio. No queremos romper los lazos que nos atan á la criatura. Somos esclavos de nuestras pasiones, y nos complacemos en nuestros yerros y en nuestra esclavitud. Ardorosos para satisfacernos en todo, rehusamos á Dios los menores sacrificios; y hé aquí lo que extingue nuestra fe, lo que debilita tanto nuestra confianza: Dios se ha dignado declararnos de mil modos diferentes, que de nada tiene tanto deseo como de hacernos bien; se ha dignado invitarnos, solicitarnos, urgirnos á que pongamos en él toda nuestra confianza; se ha dignado imponernos un precepto de que le pidamos todo lo que necesitemos, hasta reprender nuestra timidez, y quejarse de nuestra gran reserva en pedirle. En fin, para excitar, para avivar nuestro deseo nos promete oir nuestros votos, y concedernos nuestras peticiones; y todas estas solicitaciones amorosas, todas estas expresiones tan interesantes no bastan para reanimar nuestra confianza. ¿En qué consiste tan extraordinaria timidez? ¿en qué esta falta de confianza? Todo esto procede de la memoria experimental de nuestras ingratitudes con un Dios tan bueno, tan liberal, tan benéfico. Nosotros le rehusamos todo lo que nos pide; aun cuando nada nos pida que no sea muy fácil, que no sea para nuestro bien, para hacernos felices, nosotros se lo rehusamos todo; y hé aquí lo que debilita nuestra fe, lo que sufoca toda nuestra confianza. ¿Queremos tener una fe viva; queremos pedir á Dios con valentía y con confianza; queremos que Dios nos conceda nuestras peticiones, que oiga nuestras súplicas, que prevenga nuestras necesidades? Sirvámosle con celo, con fervor, con fidelidad; cumplamos las obligaciones de nuestro estado; guardemos con puntualidad nuestras reglas mas pequeñas. Entonces sentirémos crecer nuestra fe, revivir nuestra confianza, y nos verémos colmados todos los dias y con la mayor abundancia de sus beneficios.

Yo reconozco, Señor, la triste causa de mi poca fe. En vano os pediria que la aumentáseis, si yo no cesase en mi ingratitud con Vos. Voy, mediante vuestra gracia, á serviros con una fidelidad extrema, y estoy seguro que entonces aumentaréis mi confianza y mi fe.

Jaculatorias.—Lo he jurado, Señor; he resuelto guardar vuestros mandamientos con una fidelidad inviolable. (*Psalm.* cxviii).

Señor, aumentad en nosotros la fe. (*Luc.* xvii).

PROPÓSITOS.

1 No omitais nada para excitar vuestra confianza, y reanimar vuestra fe por medio de una corta oracion y de reflexiones saludables. Ciertamente seríamos muy pronto fervorosos, mortificados, devotos, desengañados de los bienes criados, fieles observantes de la ley cristiana, si tuviésemos una fe viva. Pidámosla muchas veces á Dios, y siempre por la intercesion de la santísima Vírgen y del apóstol san Pedro. Acostumbraos á obrar por un espíritu de fe. Dad con frecuencia señales de vuestra fe en vuestras palabras y en toda vuestra conducta. Cuanto mas molestos son los accidentes, tanto mas generosa y constante debe mostrarse vuestra fe. En medio de las olas agitadas y de las tempestades es cuando es preciso que brille vuestra fe. Principalmente debe manifestarse en la iglesia en presencia del santísimo Sacramento; vuestro respeto religioso y vuestra modestia deben ser una prueba visible de ella. Lo mismo debeis procurar que se vea en vuestras oraciones y en todos los actos de Religion.

2 Haced muchas veces actos de fe, de esperanza y de caridad. Comenzad todas vuestras acciones, vuestras buenas obras, y sobre todo vuestros ejercicios de paciencia y de piedad con una fe viva. Al dar limosna, practicando alguna penitencia, mortificándoos, sufriendo con paciencia alguna injuria, reanimad vuestra fe; por medio de estas piadosas industrias vuestra fe se hará de dia en dia mas viva, y sentiréis que se os aumenta.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA.

La Iglesia siempre atenta á las necesidades espirituales de sus hijos, empeñada en procurarles todas las ventajas que puedan sacar de las prácticas y deberes de Religion que ella les prescribe, se aplica en estos primeros dias de Cuaresma á prevenirles sobre todo lo que podria hacer su ayuno infructuoso, y á enseñarles el secreto y el medio de hacer su penitencia saludable. Toda la misa de este dia no se dirige mas que á esto. El introito, la Epístola y el Evangelio son una leccion importante, por la cual el Espíritu Santo nos instruye acerca de lo que debemos evitar, y de lo que debemos hacer, para que nuestro ayuno sea agradable al Señor, y que hagamos en este santo tiempo frutos dignos de penitencia.

La misa empieza por estas consolatorias palabras del salmo XXIX:

El Señor me ha oido, se ha compadecido de mí; el Señor me ha socorrido; tambien yo os alabaré, ó Dios mio, porque habeis cuidado de mí, y no habeis consentido que mis enemigos tuviesen el placer de verme sucumbir. Cualquiera que sea el sentido literal de este salmo, ya que sea un cántico de accion de gracias, compuesto para cantarse, ó en la dedicacion del tabernáculo de Sion erigido por David, ó en la dedicacion del templo edificado por Salomon, ó en la dedicacion del segundo templo en tiempo de Zorobabel, ó para la dedicacion de su palacio que construyó en el monte Sion después de haber tomado á Jerusalen; ó en fin, con motivo de la dedicacion de la era de Aran, para la ereccion de un altar que David hizo levantar después de haber cesado la peste que habia asolado todo su reino; segun las diferentes opiniones de los intérpretes, el sentido moral y alegórico, al cual atiende la Iglesia, es dar gracias á Dios por la proteccion especial que el Señor concede á aquellos que le sirven con fidelidad, y que nada omiten para satisfacer á su justicia por la penitencia.

La Epístola es una de las mas importantes lecciones que da Dios á su pueblo por boca de Isaías para que evite todo lo que puede hacer inútil y defectuoso el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu se debe ayunar y mortificarse, á fin de que se verifique que se hacen dignos frutos de penitencia. Es muy triste el macerar su carne y mortificar sus sentidos para hacerse todavía mas criminales delante de Dios, é irritar aun mas su justicia y su cólera en lugar de apaciguarla por los rigores de la penitencia. Sin embargo esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros, con pasiones poco mortificadas. Se ayuna; pero ¿de qué sirve esta maceracion del cuerpo, esta abstinencia observada hasta con rigor, si se mantiene en el corazon una codicia que todo lo quisiera devorar, pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que consume? ¿de qué sirve ayunar cuando se hace ostentacion del ayuno? Hipócritas, todo cuanto os mortificais es perdido. *Clama sin cesar*, dice Dios á su Profeta: haz resonar tu voz como una tempestad que se oiga por todas partes, para anunciar á mi pueblo que yo miro mas al corazon que á un exterior imponente que solo puede engañar á los hombres. Vosotros estais cargados de crímenes, vuestro corazon está manchado con mil culpas, las pasiones reinan en él con imperio. El amor del mundo ha extinguido en él el amor de Dios, estais del todo hinchados de orgullo; un vil interés, una venganza inveterada os hacen objetos de horror á mis ojos, y vosotros pretendeis

agradarme y ganarme por un exterior enlucido, por una artificiosa penitencia. Se pretende en vano honrarme con una máscara de piedad, como si yo fuese capaz de dejarme engañar, y de tomar una cosa por otra. Estos hipócritas se lisonjean de buscarme de dia en dia, cuando me obligan á alejarme mas de ellos; ellos quieren conocer mis caminos, bien resueltos á no seguirlos. ¿Quién no ve que hay un modo de buscar á Dios que es malo, como cuando uno pretende buscarle, y se busca á sí mismo; y que se le busca en apariencia, cuando se conserva en el corazon lo que nos impide el encontrarle; cuando de dia en dia nos alejamos mas de él por el desarreglo del corazon, y por la iniquidad de la conducta que observamos? Ellos me buscan sin quererme encontrar, puesto que no quieren domar las pasiones que les dominan, reformar las costumbres tan poco religiosas que les hacen cada dia mas criminales á mis ojos: me buscan, pero es de un dia para el otro, dilatando siempre á otro tiempo su conversion; dicen que quieren conocer mis caminos, saber mi voluntad, entender lo que mando y lo que exijo de ellos; devocion puramente especulativa, conocimiento infructuoso, vanos y frívolos deseos: se quieren saber los caminos de Dios; ¿es para seguirlos? pues ¿en qué consiste que nos apartamos tanto de ellos? El Evangelio nos enseña con bastante claridad los caminos del Señor, pocos los ignoran, todos los dias nos los predican: confesemos que no nos alejamos de ellos por ignorancia, sino por pura malicia, por un espíritu de libertinaje. Se quieren conocer los caminos de Dios, y para esto nos dirigimos á directores ilustrados, á doctores hábiles; pero si este deseo es sincero, ¿en qué consiste que se saca tan poco fruto de tantas direcciones? *Ellos quieren acercarse á Dios*. Nada mas laudable que este deseo ardiente de la perfeccion: pero ¿se ignora que solo nos santificamos por la inocencia, la pureza de corazon, la victoria de todas las pasiones, la regularidad de las costumbres, por el ejercicio de la penitencia, y que es preciso necesariamente que nos alejemos del mundo si queremos sinceramente acercarnos á Dios?

Pero ¿por qué hemos ayunado, sin que os hayais dignado hacer caso de ello, dicen á Dios esas almas cobardes, esos devotos no mas que de deseo? Hemos humillado nuestras cabezas bajo de la ceniza: nuestro aire y nuestra modestia son la señal de nuestra humillacion, y Vos no habeis fijado vuestra atencion, ni hecho alto sobre nosotros. ¡Desgraciado el que pueda quejarse de este modo! pero tal es la miserable suerte de los herejes, de los cismáticos, de los hipócritas, de todos los que pueden llamarse juguetes de la ilusion y del error, y

de las tristes víctimas de la pasion dominante. No hay herejía que no haya afectado la severidad en su moral, y que no haya hecho ostentacion de un aire de penitencia en su pretendida reforma. El cisma y la herejía claman siempre de concierto contra la relajacion. Todavía se ayuna alguna vez entre los protestantes; los griegos cismáticos ayunan aun hoy rigorosísimamente muchas cuaresmas: ninguno de ellos aunque muera en el cisma ó en el error deja de exclamar: *¿Por qué hemos ayunado, y no habeis hecho caso de ello?* ¿Era preciso sufrir tanto para perderme? ¿después de tanto ayunar, no debia tener por toda recompensa mas que el infierno? *Hemos ayunado.* Y ¿por qué, Señor, no os habeis dignado mirar nuestra penitencia? Porque no érais de mi rebaño; porque estábais fuera de mi casa; porque habeis vivido y habeis muerto separados, cortados de la Iglesia. ¡Cuántos malos católicos tendrán igual suerte! Hemos observado con toda regularidad el ayuno solemne, tambien hemos humillado religiosamente nuestras almas bajo de la ceniza. Por mas delicada que haya estado nuestra salud, por mas aversion que hayamos tenido al pecado, Vos sabeis que no nos hemos dispensado de la abstinencia de Cuaresma, hemos obedecido á la Iglesia, hemos observado religiosamente sus preceptos y su voz; y sin embargo ¿esta penitencia no vale nada, no nos sirve de ningun mérito? Siervos infieles, dice el Señor, vosotros habeis ayunado; pero ayunando, ¿os habeis abstenido de vuestras iniquidades, de vuestras impurezas, de vuestros vicios? ayunando ¿habeis restituido la hacienda mal adquirida, habeis extinguido el fuego de la concupiscencia de que estais abrasados? ayunando ¿habeis sofocado el espíritu de venganza y de pleitos? ¿el espíritu de agrura y de malignidad con vuestros hermanos? ayunando ¿habeis roto ese comercio criminal, esos lazos tan funestos á la inocencia? ¿habeis comenzado vuestros ayunos por pagar los operarios, los domésticos, los mercaderes, á quienes vuestra lentitud en pagar causa un notable perjuicio? en fin, humillándoos bajo la ceniza, ¿os habeis humillado delante de Dios, y os habeis reconciliado con él por una santa confesion, por una perfecta contricion, por una conversion sincera? Yo no me pago de un exterior mortificado, dice el Señor, ni de una penitencia puramente exterior. Esas señales y esas mojigangas de penitencia no sirven mas que para hacer al hombre mas hipócrita, y por consiguiente mas criminal. Ayunar, y permanecer siempre tan irregular en su conducta, tan indevoto en su condicion, tan irreligioso en sus sentimientos, tan escandaloso en sus costumbres, tan duro con los pobres, tan colérico con

sus domésticos, tan injusto en su comercio, tan voluptuoso, tan mal cristiano; ¿es esto lo que llamais ayuno, y dias agradables al Señor? El ayuno que yo apruebo, y que me es de verdad agradable, el que yo miro con complacencia, y que yo recompenso con liberalidad, es el que comienza siempre por la penitencia del corazon, por romper todos los vínculos de iniquidad, por la reforma de las costumbres, por una vida inocente. No basta todavía, continúa el Señor, romper los lazos criminales; no basta sustraer á la sensualidad sus alimentos; para hacer vuestro ayuno fructuoso, para hacérmele agradable, dad á los pobres lo que quitais á la mesa; acompañad vuestro ayuno con el ejercicio de las obras de misericordia. Lo que debeis quitar en este santo tiempo al juego, al lujo, á vuestros placeres, empleadlo en vestir esos pobres vergonzantes que por falta de vestido no se determinan á presentarse en público, y muchas veces ni aun se atreven á comparecer en la iglesia. Y no temais padecer escaseces, ni empobrecer vuestra familia, porque hagais limosnas y obras de caridad; antes bien todo género de prosperidades lucirá entonces, brillará en vuestra familia, como el sol en su oriente. La alegría que causa naturalmente el nacimiento de este astro no es mas que el símbolo de la que causarán en vuestro corazon las bendiciones de dulzura que Dios derramará sobre vosotros. Dios no se deja vencer en liberalidad. Ayunad, mortificaos, entrad en el espíritu de la Iglesia, acompañando vuestro ayuno y vuestra penitencia con las obras de la caridad, y yo, dice el Señor, os colmaré de todo género de bienes. Léjos de que la abstinencia y el ayuno alteren vuestra salud, por el contrario nunca la habréis disfrutado tan perfecta, ni tan floreciente: vuestras oraciones serán infaliblemente oidas, y yo mismo prevendré vuestros deseos y vuestros votos. ¡Buen Dios, qué astuto es el demonio! ¡qué bien sabe el arte de engañarnos, y de inutilizarnos los medios mas á propósito para satisfaceros! Parece á muchos el santo tiempo de Cuaresma un tiempo espantoso, sombrío, y fecundo en tristeza; tal es, en verdad, para aquellos que no le observan, ó que no le observan como deben. Pero es un tiempo de bendiciones, de consuelos y de gracias para los que hacen de él un tiempo de salud, uniendo las obras de piedad y de caridad á la penitencia: escuchemos al mismo Profeta: Si asistís al pobre con toda generosidad, y si acudís al consuelo del alma afligida, vuestra luz se dejará ver en medio de las tinieblas; vuestra religion, vuestra virtud brillará á pesar de vuestra modestia y de ese aire de reforma; y vuestras tinieblas, esto es, ese aspecto de recogimiento, de retiro y de

reforma, aparecerán como el mediodia. No hay ninguna persona religiosa, y aun pocos cristianos, que no ayunen la Cuaresma; ¿en qué consiste que se ven tan pocos frutos de este ayuno? Esto procede de que no se ayuna segun el espíritu de Jesucristo, segun la intencion de la Iglesia. No ayuneis en adelante, dice el Profeta, como lo habeis hecho hasta ahora. Ayunad de hoy mas en espíritu de penitencia, en inocencia, y con un espíritu de caridad.

Como el perdon de las injurias, y el precepto de amar á sus enemigos, son peculiares y esenciales de la ley nueva; y como todas las buenas obras y la penitencia mas austera de nada sirven sin este amor, la Iglesia, que nada desea tanto como la salvacion de sus hijos, y prevenir todo cuanto pudiera hacer infructuoso ó inútil el ayuno de Cuaresma, recuerda en el Evangelio de este dia el mandamiento que Dios nos impone de amar á nuestros enemigos, y perdonar de lo íntimo de nuestro corazon todas las injurias; y tratando al mismo tiempo de inspirarnos horror á la hipocresía, nos enseña con qué espíritu y con qué disposiciones debemos cumplir todos los deberes de la caridad.

Habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos y á todo el pueblo, que se ha dicho: amaréis á aquel con quien estais de algun modo unidos, y aborreceréis á vuestro enemigo (estas últimas palabras no se encuentran en la ley antigua, al menos en términos formales; por esto algunos intérpretes quieren que esta sea una glosa de los escribas y de los fariseos: tampoco el Salvador refiere esta máxima como un artículo de la ley, sino como una tradicion popular): tal vez me diréis, dice el Salvador, lo que muchas veces habeis oido decir, que la ley manda amar á su prójimo; pero que es permitido aborrecer á su enemigo. La ley prohibe á la verdad tener comercio con los pueblos vecinos, idólatras y enemigos del verdadero Dios; manda aun que se trate con ellos como si se les aborreciese, porque quiere que se les extermine. Sin embargo, ella no quiere que en el corazon se abrigue la enemistad contra ellos, antes ordena todo lo contrario, prohibiendo expresamente á los hebreos que se venguen, ni se acuerden de las injurias. Mas tampoco creais vosotros que me escuchais que es bastante el hacer esto.

El precepto que yo os impongo, y la ley que os prescribo, es que debeis amar á vuestros enemigos, desear el bien á los que os quieren mal, hablar bien de los que os desacreditan, hacer buenas obras en favor de los que os maltratan, rogar por los que os persiguen: *Yo soy* el que impongo esta nueva ley: yo el que os lo mando. Obrando

de este modo seguiréis el ejemplo de vuestro Padre que está en los cielos, y mereceréis que os reconozca como hijos legítimos suyos. Este Padre amable hace que todos los dias salga el sol para los malos como para los buenos, y la lluvia que envia del cielo cae sobre las tierras de sus servidores, del mismo modo que sobre las de los que le ofenden. No amar mas que á aquellos que os aman, no es un acto digno de una gran recompensa; esto es obrar como los publicanos y los usureros cuya profesion condenais vosotros, y cuyas injusticias detestais todos los dias. ¿Qué pecador, qué bárbaro aun, no ama aquel de quien es amado? ¿quién no presta á aquellos que cree le podrán pagar con un interés crecido? Si vosotros no haceis nada mas que esto, ¿qué obligacion creeis contraer con los hombres, ó qué mérito esperais tener delante de Dios? en fin, si vosotros no saludais mas que á los de vuestra nacion, como acostumbran hacerlo la mayor parte de los judíos, esto no es mas que una atencion puramente civil, una virtud de pagano. Sed, pues, perfectos, como lo es vuestro Padre celestial, dice el Salvador, imitad en la práctica de vuestra caridad la conducta de vuestro Padre celestial, y procurad, cuanto vuestra flaqueza os lo permita, arribar á la mayor perfeccion de la virtud. El ejemplo de los Santos nos espanta, y desesperamos de llegar á ellos; atendamos á otro modelo que Jesucristo nos propone, dándonos la perfeccion de Dios mismo por regla de la nuestra, para darnos á entender por la infinita sublimidad del modelo, que con el auxilio de la Gracia debemos siempre aspirar á una virtud mas perfecta.

Como la hipocresía mas peligrosa es la que contrahace la piedad, y nada aleja tanto de la salud como una devocion fingida, el Salvador ninguna cosa recomienda tanto, ni tan frecuentemente á sus discípulos, como el que estén precavidos contra el deseo de la vanagloria, y la necia pasion de querer parecer mejor que lo que uno es: lo bueno que hiciéreis guardaos bien de hacerlo delante de los hombres para ser vistos de ellos, de otro modo no espereis recompensa delante del Padre celestial. ¡Buen Dios, qué de acciones santas, á no mirar mas que la corteza, las cuales serán perdidas para el cielo por no haber estado animadas de una intencion pura! ¡Cuántos pasan la vida en ejercicios de piedad y de celo, á quienes se dirá en la hora de la muerte: habeis recibido vuestra recompensa! Aun cuando hubiésemos tenido el don de profecía y el don de milagros, si falta la pureza de intencion, se nos dirá: retiraos, no se sabe quién sois, no se os conoce. Cuando haceis limosna, no cuideis de anunciarla á son de

trompeta. Es este un modo de hablar para indicar que debe evitarse toda ostentacion en las buenas obras. Hay aquí una alusion á lo que practicaban los charlatanes para atraer el pueblo á sus espectáculos. Por lo que hace á vosotros, continúa el Salvador, cuando dais limosna, sea tan oculta vuestra caridad, que ignore vuestra mano izquierda lo que hace la derecha. Si la obra buena se hace solo por Dios, no hay necesidad de que los hombres se enteren de ella: como no se espera la recompensa mas que de Dios, no se desean tampoco otros testigos. El justo aun á sí mismo se oculta sus buenas obras, no pensando en ellas, olvidándolas, ó si piensa en ellas, no es mas que para reprenderse lo poco que hace por Dios, la flojedad con que lo hace, el poco amor de Dios con que anima sus acciones; no fija su atencion mas que en las imperfecciones de que siempre cree llenas sus buenas obras. Ni tampoco está siempre mandado, sobre todo á los ricos, el que se oculten las limosnas; las de estos pueden ser públicas, si es público que poseen grandes bienes. Es un escándalo el ver á un cristiano que vive en la opulencia, y no saber si asiste á sus hermanos pobres é indigentes. Mas en esta caridad pública la intencion debe ser pura: como no debe esperarse recompensa mas que de Dios, no debe tenerse otra mira que agradar á Dios. De todos los vicios el mas odioso, el mas despreciable, y el mas despreciado, es la vanagloria; aun cuando todos admirasen la buena obra que habeis hecho, ¿qué os resultaria de ello?

En algunas iglesias se celebra hoy la fiesta de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo. En Paris es tambien antiguo titular de la iglesia de San Roque, que es una de las parroquias de la ciudad. Puesto que el Salvador se ha dignado conservar, después de su triunfante Resurreccion y de su Ascension gloriosa, esas llagas resplandecientes, señales consoladoras, gajes preciosos, monumentos eternos de la bondad incomprensible del Redentor con los hombres; ¿qué cosa mas justa que honrar con una fiesta particular estos signos permanentes é indelebles de nuestra salvacion? Jesucristo, dice san Bernardo, ha querido conservar eternamente estas divinas cicatrices, para que sean como otras tantas bocas que aleguen sin cesar por nosotros cerca del divino Juez, y que imploren la divina misericordia en favor de los pecadores. Pero defendiendo con tanta elocuencia nuestra causa, reprenderán eternamente á los réprobos su negra ingratitud, su imperdonable malicia, y su impiedad. Se ha elegido para la Epístola de la misa de esta fiesta el pasaje del profeta Zacarías, donde se dice, que cuando Dios hubiere derramado sobre los habitantes

de Jerusalen un espíritu de gracia y de oracion, fijarán sus ojos sobre aquel á quien ellos mismos habrán traspasado de llagas, y llorarán sobre aquel á quien ellos hirieren, como se llora un hijo unigénito. (*Zachar.* XII). Estas palabras dicen relacion directamente al Salvador en el primer literal sentido que es el único en este paso. El Evangelio refiere la historia de la crucificacion del Salvador, y en particular aquel pasaje del Evangelio de san Juan, en que se dice que uno de los soldados le abrió el costado con una lanzada, é inmediatamente salió sangre y agua.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Inchoata jejunia, quaesumus, Domine, benigno favore prosequere: ut observantiam, quam corporaliter exhibemus, mentibus etiam sinceris exercere valeamus. Per Dominum...

Favoreced, Señor, con vuestra gracia los ayunos que hemos comenzado, á fin de que continuándolos por la abstinencia corporal, los observemos al mismo tiempo con fidelidad sincera de nuestras almas. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del profeta Isaías, capítulo LVIII.

Haec dicit Dominus Deus: Clama, ne cesses: quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum. Me etenim de die in diem quaerunt, et scire vias meas volunt, quasi gens, quae justitiam fecerit, et judicium Dei sui non dereliquerit: rogant me judicia justitiae: appropinquare Deo volunt. Quare jejunavimus, et non aspexisti: humiliavimus animas nostras, et nescisti? Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra, et omnes debitores vestros repetitis. Ecce ad lites et contentiones jejunatis, et percutitis pugno impie. Nolite jejunare, sicut usque ad hanc diem, ut audiatur in excelso clamor vester: Numquid tale est jejunium, quod elegi, per diem affligere hominem animam suam? Numquid contorquere quasi circulum caput suum; et saccum et cinerem sternere? Numquid istud vocabis jejunium, et diem acceptabilem Domino? Nonne hoc est magis jejunium, quod elegi? dissolve colligationes impietatis, solve fasci-

Hé aquí lo que dice el Señor: Clama sin cesar, haz resonar tu voz como una trompeta; anuncia á mi pueblo los crímenes que ha cometido, y á la casa de Jacob los pecados en que ha incurrido. Ellos, pues, me buscan de dia en dia, y quieren saber mis caminos, como si fuese un pueblo que hubiese obrado segun la justicia, y no hubiese abandonado la ley de su Dios. Ellos me piden razon de los juicios de mi justicia y quieren acercarse á Dios. ¿Por qué hemos ayunado, dicen, y no habeis apreciado nuestros ayunos? ¿Por qué hemos humillado nuestras almas, y no habeis hecho caso de nosotros? Esto ha sido porque en vuestro ayuno va tambien envuelta vuestra propia voluntad, y porque pedís con dureza lo que os deben vuestros deudores. Ayunais para poner pleitos y querellas, y maltratais á vuestros hermanos con una violencia implacable. No ayuneis en adelante como hasta aquí, haciendo resonar vuestros gritos en el aire. ¿Por ventura el ayuno que yo pido, consiste en que el hombre aflija por un dia su alma? ¿Por ventura en que dé muchas vueltas á su cabeza, y que se cubra con el saco y la ceniza? ¿Es este el que llamais ayuno, y dia aceptable delante del Señor? ¿No es mas bien este el ayuno que yo he aprobado? romped las

culos deprimentes, dimitte eos, qui confracti sunt, liberos, et omne onus disrumpe. Frange esurienti panem tuum, et egenos, vagosque induc in domum tuam: cum videris nudum, operi eum, et carnem tuam ne despexeris. Tunc erumpet quasi mane lumen tuum, et sanitas tua citius orietur, et anteibit faciem tuam justitia tua, et gloria Domini colliget te. Tunc invocabis, et Dominus exaudiet: clamabis, et dicet: Ecce adsum: quia misericors sum, Dominus Deus tuus.

cadenas de la impiedad, aliviad la carga á los que están abrumados, dejad libres á los que oprime la servidumbre, y haced pedazos todo lo que carga sobre los otros. Da parte de tu pan al que tiene hambre, y da posada en tu casa á los pobres y á los que no tienen donde retirarse. Cuando vieres al desnudo, vístele, y no desprecies á tu propia carne. Entonces tu luz brillará como la aurora, recobrarás muy pronto tu salud, tu justicia caminará delante de tí, y la gloria del Señor te protegerá. Entonces invocarás al Señor, y te oirá; clamarás á él, y te dirá: Vedme aquí; porque yo soy el Señor tu Dios, lleno de bondad y de misericordia.

REFLEXIONES.

¿Por qué hemos ayunado, y no habeis apreciado nuestros ayunos? ¿Por qué hemos humillado nuestras almas, y no habeis hecho caso de nosotros? ¡Qué triste es y qué doloroso haber hecho en vano grandes gastos! Ayunar, macerar su carne, llevar una vida dura y austera, esto es lo que hacen todavía hoy muchos bonzos en el Japon, algunos herejes en Europa, y todos los falsos devotos y penitentes en el mundo cristiano; pero ¿qué recompensa sacan de todas estas exterioridades aflijentes? ¿qué fruto de todas estas farsas de religion? ¿qué premio de todas estas obras incómodas? Si Dios no atiende á todas estas artificiosas austeridades, porque no es él el motivo de ellas; si no se digna, ni aun mirarlas, porque no están marcadas con su sello; ¿qué valor es el suyo, qué precio, qué mérito? Separados de la Iglesia, solo son unos penitentes reprobados. Privados, desnudos de la gracia santificante por el estado de pecado, vuestras obras y vuestras austeridades no serán jamás el objeto de sus recompensas. Que os satisfaga vuestra falsa penitencia el mundo, por el cual os habeis mortificado; los hombres por quienes os habeis incomodado; el partido por cuyos intereses os habeis sacrificado. El demonio tiene sus mártires; ¿por qué no tendrá tambien sus confesores y sus penitentes? La herejía, el cisma tienen sus partidarios, que son siempre sus víctimas. Se ayuna en Londres, en Ginebra, en Amsterdam; ¿puede mirar Dios con agrado una ofrenda hecha por una mano enemiga? Le mueve poco al soberano Pastor lo que sufren las ovejas que no son de su redil; se le da muy poco al Padre de familias de los que no pertenecen á ella. Á los que les toca la desgracia de vivir y morir fuera del seno de la Iglesia ningun derecho les asiste á los

méritos y á las recompensas de Jesucristo. Ni basta estar en el seno de la Iglesia para que los ayunos y las penitencias sean meritorias; es necesario además estar en gracia del Salvador. Inútilmente se macera el cuerpo, si el espíritu se alimenta con el orgullo, si el corazon no se compadece de las miserias de sus hermanos. En vano es uno duro consigo mismo, si es tambien duro con los demás. El fin de mi precepto, dice el Señor, no es el de afligiros con esta austeridad; al ordenaros que ayuneis, no intento que extenueis vuestro cuerpo con el ayuno; lo que yo he pretendido es que macerando vuestra carne por la penitencia hiciéseis ayunar, por decirlo así, vuestras pasiones; que afligiendo vuestra alma con estos inocentes rigores tuviéseis entrañas de compasion con vuestros hermanos á quienes viéreis en la miseria. He querido que contritos por haberme desagradado, nada omitiéseis para agradarme. Qué ¿no es el ayuno que yo apruebo este? Romped los lazos de la impiedad; vivid en la inocencia; ejercitaos en la práctica de la caridad; llenad todas las obligaciones de vuestro estado con fervor, con puntualidad; sed cristianos, sed religiosos en toda vuestra conducta. ¡Buen Dios! ¡qué sentimiento, qué desesperacion para aquellas personas consagradas solemnemente al servicio de Dios, que hacen profesion de una vida penitente, una vida austera, si por no haber domado sus pasiones, por haberles faltado la devocion, por haber seguido su inclinacion, por haberse entregado á los errores del espíritu y á la corrupcion del corazon, por no haber tenido bastante delicadeza de conciencia, por no haber observado sus votos, se ven reprobadas!

El Evangelio es tomado del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Audistis, quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos: ut sitis filii Patris vestri, qui in coelis est: qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? nonne et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis?

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habeis oido que se ha dicho: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian, para que así seais hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llover para los justos y los que no lo son. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa mereceis? ¿no hacen esto tambien los publicanos? Y si solo saludáreis á vuestros hermanos, ¿qué haceis de extraordinario en esto? ¿no lo hacen tambien los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, como lo es

nonne et ethnici hoc faciunt? Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est. Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis: alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est. Cum ergo facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt in synagogis, et in vicis, ut honorificentur ab hominibus. Amen dico vobis, receperunt mercedem suam. Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua: ut sit eleemosyna tua in abscondito, et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi.

vuestro Padre que está en los cielos. Guardaos de no hacer lo bueno que hiciéreis delante de los hombres para ser vistos de ellos, porque de otro modo no tendréis recompensa de parte de vuestro Padre que está en el cielo. Cuando hiciéreis limosna, no hagais tocar la trompeta delante de vosotros, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las encrucijadas, á fin de ser honrados por los hombres. En verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Cuando, pues, vosotros deis limosna, que ignore vuestra mano izquierda lo que hace vuestra derecha, para que vuestra limosna sea oculta, y que vuestro Padre que ve lo escondido, os recompense.

MEDITACION.

Del amor que debemos tener á nuestros enemigos.

Punto primero. — Considera que el amor á nuestros enemigos es una virtud tan peculiar de nuestra Religion, que los mismos paganos la han mirado como la virtud característica del cristianismo, y por la mayor parte no se designaban los fieles de aquel tiempo sino diciendo: ved esas gentes que aman aun á sus mayores enemigos. Tan luego como somos cristianos, debemos vivir persuadidos que segun los principios del Evangelio no hay salvacion para aquellos que rehusan el perdonar á sus enemigos. Se trata aquí de una ley particular á todos los Cristianos; ninguna secta, ninguna sociedad, la religion misma de los judíos, aunque la única verdadera, no ha llevado tan léjos su moral. El perdon sincero de las injurias, el amor verdadero á los enemigos es un grado de perfeccion á donde no podria llegar la naturaleza sola; solo la ley de gracia era la que podia establecer una moral tan santa, tan justa, tan perfecta; tambien se trata aquí de un mandamiento especial y distintivo de Jesucristo: *Este es mi precepto.* Hasta aquí era bastante amar á su prójimo, hacer bien á los que os lo hacian, á los que os aman; pero yo que soy vuestro soberano Señor, vuestro Salvador y vuestro Dios, yo os digo que esto no basta ya para la salvacion; yo os impongo un mandamiento nuevo; yo quiero que ameis aun á todos los que os hubieren desobligado, que os hubieren agraviado, á todos los que os aborrecen. ¿Es necesario presentarle á un cristiano otra razon de un man-

damiento tan expreso, mas que el que Jesucristo lo ordena tan positivamente? Después de esto ¿debe haber dificultad en obedecer? ¿Habrá quien se atreva á creer que el mandamiento de un Dios es imposible? Y para quitar todo pretexto á la pasion, toda excusa, todo subterfugio al amor propio, el Hijo de Dios declara que no tiene que esperar la salud cualquiera que rehuse el perdonar las injurias. El Salvador no se ha contentado con predicarnos esta importante verdad; ha hecho de ella un precepto tan esencial, tan indispensable, como el de amar á Dios mismo. Nos declara que el mandamiento de amar á su prójimo es en todo semejante al de amar á Dios. Dios no manda nada imposible, dicen los santos Padres; pero manda lo que es perfecto: lo que un David ha hecho con respecto á Saul, su enemigo mortal, y á Absalon, hijo rebelde; lo que Jesucristo mismo ha hecho con los que le habian elevado en la cruz; lo que un san Esteban y tantos otros Santos á ejemplo de Jesucristo han hecho con los que trataban de quitarles la vida, ¿debe hacérsenos duro?

Punto segundo.—Considera que el Hijo de Dios no solamente nos ha impuesto un precepto expreso del amor de los enemigos, y del perdon de las injurias, sino que ha hecho de él un artículo especial de la oracion que debemos hacer á Dios cada dia. Perdónanos nuestras ofensas, remítenos nuestras deudas, como lo hacemos nosotros con nuestros deudores. ¿Con qué impudencia, con qué impiedad se atreverá cualquiera á hacer á Dios esta oracion, cuando tiene el corazon dañado contra su hermano, cuando conserva en el corazon la aversion y el odio contra su enemigo? No se pide á Dios solo que se muestre indiferente con nosotros, como nosotros lo estamos con los demás; se le pide que nos trate como nosotros nos portamos con los que nos han maltratado. Á la verdad no puede darse mas irreligion. Sí, mi Dios, Vos me mandais que ame á mi enemigo, y me amenazais con vuestra desgracia, y con el fuego eterno, si no perdono de buena gana el agravio y las injurias que se me han hecho; y yo teniendo delante de los ojos el ejemplo que Vos me habeis dado y el precepto que me imponeis, quiero decididamente desobedeceros: yo os ruego, os pido con todo mi corazon, que os acordeis de vuestro precepto y de vuestras amenazas; yo mismo os lo recuerdo, repitiéndoos cien veces al dia que me trateis como yo trato á mis enemigos. Os pido que me aborrezcais como yo los aborrezco; que no os digneis mirarme, así como evito yo su presencia; que no querais sino el mal para mí, como yo lo quiero para ellos; que os ne-

gueis á asistirme en mis necesidades, como yo rehuso el servirles en las suyas: ¡qué impiedad, buen Dios! ¡qué malignidad! ¡qué rabia! Eche mano enhorabuena nuestro entendimiento de todas las sutilezas, interprete esta impía conducta en todo sentido; nunca se le podrá dar á esta oracion otra interpretacion mas benigna. Pero ¿puede hacerse á Dios una oracion mas execrable? y Dios tan poderoso y tan justo ¿puede tratarnos, debe tratarnos de otra manera? Tengamos presente que no se trata aquí solamente de un precepto de religion, es tambien un mandamiento lleno de caridad y de sabiduría. El precepto es universal, y Dios lo ha prescrito en favor nuestro. ¿Tenemos envidiosos, émulos, enemigos? Si hay quienes nos agravien y nos hagan mal, no somos nosotros mas indulgentes con los demás. ¿Aquel es mi enemigo, y yo lo soy suyo? Tengo yo tambien parte en el beneficio del precepto. Si yo estoy obligado como cristiano á perdonarle y amarle, no está él menos obligado á obrar conmigo del mismo modo. ¿Me cuesta á mí repugnancia el perdonarle? no tiene él mayor facilidad en hacer un sacrificio semejante. En fin, yo quiero, yo deseo con ardor que Dios me perdone tantos crímenes como he cometido contra él y todas las injurias que le he hecho; ¿por qué me he de negar á perdonar por amor suyo todas las que se me han hecho á mí? ¿Podíamos excogitar un medio mas fácil y que estuviese mas á nuestra disposicion para obtener el perdon de nuestros pecados, que este pequeño sacrificio que Dios exige de nosotros, puesto que se obliga á tratarnos como nosotros tratáremos á nuestros hermanos? ¡Qué malicia, qué impiedad el resistir á rostro firme, por decirlo así, al Salvador mismo! ¡el desobedecer abiertamente á un mandamiento tan ventajoso, tan interesante, tan justo! ¡el mofarse aun con reflexion de este divino mandamiento!

No permita Dios que yo sea nunca culpable de un crímen semejante. Sí, Señor, yo consiento en que Vos no me perdoneis, y que no me trateis sino como yo tratare de hoy en adelante á mis enemigos; yo espero no tener una prueba mas marcada de mi perdon.

Jaculatorias. — Sí, Dios mio, yo estoy convencido que si perdono á mis enemigos las ofensas que me hubieren hecho, Vos me perdonaréis las mias; y que si no los perdono, no me perdonará el Padre celestial. (*Matth.* vi).

Perdonemos á nuestro prójimo el mal que nos ha hecho, y nuestros pecados nos serán perdonados cuando pidiéremos perdon. ¡Buen Dios, qué consoladora es esta verdad! (*Eccli.* xxviii).

PROPÓSITOS.

1 Entre todos los medios de salvacion, entre todas las señales de predestinacion no sé si hay alguna mas segura ni mejor establecida, y puede tambien añadirse que no hay tal vez virtud mas heróica, mas noble y que haga mas honor al Cristianismo, que el perdon de las injurias y el amor á los enemigos; pero ¿hay alguna otra en la que se dé mas á conocer nuestro amor á Dios, y en que se haga mas sensible la sinceridad de este amor? Haceos, pues, un punto de religion el sobresalir en esta virtud. Respetos humanos, consideraciones sobre el estado, la edad, la cualidad, la atrocidad, la malicia, la injusticia de la injuria, razones frívolas, reflexiones miserables, pretextos indignos de un cristiano: haceos superiores á todas estas sugestiones de la malignidad; ninguna ocasion mas brillante de dar pruebas de vuestra fe. No espereis que vuestro enemigo se adelante, os quitaria entonces el mérito de vuestra accion; ni aun espereis que os dé algun motivo para volver á verle, que haga él alguna diligencia para buscaros, extenuaria vuestro mérito; prevenidle vosotros; dadle señales sensibles de vuestra amistad; cread, por decirlo así, ocasiones en que servirle. ¡Cuánto asegura en la hora de la muerte una conducta tan cristiana!

2 Rogad todos los dias por vuestros enemigos. Si teneis el honor de estar elevado al sacerdocio, decid todos los meses una misa por ellos. Si os hallais en el estado religioso, haced cada mes alguna penitencia por ellos. Si estais en el mundo, comulgad cada mes una vez por ellos: haced por ellos alguna limosna. Que ellos correspondan á vuestra honradez, ó no, que se hagan mas fieros, mas insolentes, ó mas malignos, obrad como verdaderos cristianos: no son sus buenos modos los que deben ser el objeto de vuestra generosidad, es Dios mismo. Amando á vuestro enemigo, amais á Dios con un amor puro, sobrenatural, heróico. Cuanto mas brutal fuere vuestro enemigo, mas debeis hacer alarde de cristiano.

SÁBADO PRIMERO DE CUARESMA.

Este dia nada tiene de particular, ni con respecto á la circunstancia del tiempo, ni en órden á su oficio; se ha dicho ya en otra parte, que como no hay mas que treinta y seis dias de ayuno desde el primer domingo de Cuaresma hasta la Pascua, la Iglesia ha añadido los

cuatro últimos dias de esta semana, para que el número de los cuarenta dias de ayuno, á ejemplo de Moisés, de Elías, y sobre todo de Jesucristo, fuese completo.

El sábado, que es el séptimo dia de la semana, se ha considerado siempre en la Iglesia como el que se acerca mas en dignidad al domingo. Se le ha quitado, como al domingo, el nombre del planeta que le designaba entre los paganos, para darle uno mas conveniente á nuestra Religion, ó mas bien para conservarle el que tenia en el antiguo pueblo de Dios, muy propio para significar el fin de todas las obras de la creacion, hecha en los seis primeros dias, y el reposo del Criador en el séptimo. La Escritura añade que el Señor bendijo este dia séptimo, y le santificó, porque habia cesado en él de producir todas las obras que habia criado. (*Exod.* xx). Él mismo le llamó sábado, ó dia del reposo del Señor; y cuando prescribió las leyes de su culto al pueblo que se habia elegido, quiso que se llamase dia santo (*Lev.* xxiii), porque era el sábado del Señor. Prohibió á su pueblo el hacer obra alguna en este dia, y le mandó que le santificase, porque se le habia consagrado para sí. Este dia tan santo del reposo del Criador era la figura del verdadero dia del reposo del Redentor, esto es, del glorioso dia de su triunfante resurreccion, en el cual este divino Salvador habiendo acabado la grande obra de nuestra redencion, infinitamente mas gloriosa á Dios que la creacion del mundo, se puede decir que reposó; porque concluida esta grande obra, no tenia ya mas trabajos que sufrir, mas cuidados ni fatigas que tomar. El dia de su resurreccion fue propiamente y por excelencia el verdadero sábado, del cual se puede decir con mucha mas razon que del primero: *y descansó de todas las obras que habia hecho.* Esto es lo que ha obligado á la Iglesia á transferir el sábado y toda su solemnidad al domingo, para honrar en él la Resurreccion del Salvador. Habiendo pasado el pueblo de Dios de la Sinagoga á la Iglesia, llevó á ella la celebracion del sábado, esto es, la celebracion del dia del Señor. Esta traslacion no impidió en los principios que no quedase siempre en el espíritu y en el corazon de los judíos convertidos un fondo de veneracion al sábado, que hasta entonces se habia mirado por religion como dia de fiesta por excelencia. Por esto no interrumpió la Iglesia la fiesta de este dia en los principios, en que aun no estaba compuesta mas que de judíos convertidos, acostumbrados á solemnizarle con celebridad por la cesacion de toda obra servil; de suerte que en los primeros tiempos se festejaba el sábado cuási como el domingo; y por una consecuencia de religion, estaba prohibido el ayunar el sábado como el

domingo, á fin de que nada faltase á la alegría de la fiesta, y á la veneracion de este dia. Como la Iglesia primitiva estaba circunscrita al Oriente, toleró esta costumbre, y aun parece que esta prohibicion de ayunar fue mas expresa que la de la cesacion de las obras serviles; y de aquí ha venido la tenacidad de los orientales en no querer que se ayunase el sábado. Se encuentran algunos cánones antiguos llenos de amenazas contra los que ayunasen el sábado y el domingo. Era esta una precaucion que parece haber creido conveniente tomar la Iglesia de Oriente contra los Marcionitas y otros herejes, que procuraban deshonrar el dia del sábado, afectando ayunar en él, en odio ó en mofa del Criador; poco mas ó menos, como los Calvinistas de nuestros dias, que segun parece hacen un estudio en asignar sus ayunos solemnes al santo dia del domingo, en desprecio, al parecer, de la Iglesia, que prohibe absolutamente ayunar en este santo dia.

Este reglamento de la Iglesia de Oriente no era sin embargo ni tan universal ni tan absoluto que no fuese permitido á los solitarios, y á todos los que habian abrazado la vida ascética, el ayunar todos los sábados, y no interrumpir su ayuno mas que el domingo.

La costumbre de la Iglesia latina ha sido siempre diferente, tanto en órden al ayuno, como con respecto á la fiesta del sábado. Como no habia en Roma la misma razon de costumbre y de nacion aliada que en el Oriente, no se duda que el uso de ayunar el sábado no fuese ya establecido por san Pedro mismo, del cual hasta dió el ejemplo, habiendo ayunado y prescrito un ayuno á todos los fieles el sábado, que era la víspera del triunfo que debia conseguir sobre los prestigios de Simon el Mago, lo cual sucedió en domingo. No se puede decir, en efecto, que la observancia de la fiesta del sábado fuese verdaderamente de institucion apostólica, puesto que las dos primeras iglesias del mundo, esto es, la de Roma fundada por el Príncipe de los Apóstoles san Pedro, y la de Alejandría en Egipto fundada por san Marcos, no seguian esta práctica. Esto es lo que ha notado el historiador Sócrates, que escribia en el quinto siglo, y que pretende que en su tiempo la mayor parte de las iglesias solemnizaban todavía el sábado: *Á excepcion*, dice, *de la de Roma y de Alejandría, que rechazaban esta práctica, segun la antigua tradicion.* Era esto exceptuar mas de dos terceras partes de las iglesias del mundo de una costumbre que apenas subsistia mas que en el Oriente.

San Ignacio mártir, discípulo de los Apóstoles, escribiendo á los fieles de Magnesia, les dice: Nosotros no debemos observar el sábado al modo de los judíos, como si hiciésemos de él una fiesta de ociosi-

dad. El verdadero sábado de los Cristianos es el dia de la Resurreccion del Señor. Exhorta en seguida á los que estaban todavía apegados á las observancias de los judíos á que transporten el reposo y la alegría del sábado al domingo. La costumbre de ayunar el sábado en el curso del año es muy antigua en muchas comunidades religiosas y entre los solitarios. La Iglesia empero no ha hecho de ella una ley para todos los fieles, y se ha contentado con la abstinencia de carne el viernes y el sábado, en memoria de la pasion, de la muerte, de la sepultura del Salvador. El sábado se ha mirado siempre con particular veneracion entre los fieles, sobre todo desde que ha sido particularmente consagrado en honor de la santísima Vírgen, y la Iglesia le ha designado un oficio singular para rezarse en este dia. Por antigua que sea en Occidente la dedicacion de este dia en honor de la Madre de Dios, algunos quieren que todavía haya sido mas antigua en Oriente; y pretenden que mucho tiempo antes estaba establecida en Constantinopla, regularmente para todos los sábados en la iglesia de Santa María *Hodegettria*, esto es, de Nuestra Señora de las Guias, y que debia su orígen al culto particular que allí se tributaba á la célebre imágen de la santísima Vírgen, que constituia la mas célebre reliquia, y el principal ornamento de aquella iglesia, en razon de que se la miraba como obra de la mano de san Lucas, y como el instrumento de diversos milagros. Desde el siglo VIII se halla en Occidente una misa votiva en honor de la santísima Vírgen para el sábado, como hay tambien una de la santísima Trinidad, del Espíritu Santo, de la Cruz, y de los santos Ángeles, para los demás dias de la semana. Es, por fin, muy cierto que el sábado ha sido particularmente consagrado en la Iglesia, desde los primeros tiempos, para honrar de un modo especial á la santísima Vírgen. Esta devocion tan religiosa es comun á todos los verdaderos fieles, y ella subsistirá hasta el fin de los siglos entre los elegidos del Señor.

El intróito de la misa de este dia está tomado del versículo 13 del salmo XIX, y es el mismo que el de la misa del dia precedente. Como este dia ha estado largo tiempo sin tener un oficio particular, se ha tomado de la misa del viernes el intróito, y la continuacion de su Epístola. El profeta Isaías continúa haciendo ver que es preciso renunciar á la impiedad, á la hipocresía, y á su propia voluntad, para que Dios agradezca nuestras obras de justicia y de misericordia, y enseña á los israelitas el modo de honrar y de santificar el sábado, que es el dia del Señor.

Si quitais, les dice, de en medio de vosotros la cadena, ó segun

el Hebreo, el yugo con que oprimís á vuestros deudores, á los pobres, á vuestros domésticos, y á todos los que dependen de vosotros; si cesais de extender el dedo y decir palabras vanas, esto es, si cesais de señalar con el dedo á vuestros hermanos, y de usar contra ellos de discursos burlescos y despreciantes, de censurarlos malignamente, y desacreditarlos por una envidia secreta; cuando asistiéreis al pobre con grandeza de alma, y llenáreis de consuelo al alma afligida; entonces resplandecerá vuestra luz en medio de las tinieblas, y vuestras tinieblas se convertirán en un mediodia. Mil contradicciones se cruzan en esta vida, pocos son en ella los dias serenos, pocos en los que se goce de calma. Las adversidades son propias de todas las edades, de todas las condiciones, todo es nebuloso, todo está sembrado de espinas. Vosotros estaréis atribulados, pero al fin vuestra luz resplandecerá en las tinieblas: los dias de tristeza se convertirán en dias de prosperidad y alegría, y vuestras humillaciones serán un orígen de gloria. Vosotros sois exactos en el ayuno, dice Dios por su profeta; pero no conteis con vuestros ayunos, ni con la observancia de vuestras ceremonias exteriores de Religion, si no teneis caridad con vuestros hermanos. ¿Quereis que vuestras mortificaciones me sean agradables? ¿quereis complacerme con vuestros actos de Religion? Acompañadlos con obras de misericordia, compadeceos de las necesidades de vuestros hermanos, tomad parte en sus penas, aliviadles en sus necesidades, en lugar de insultarles y de portaros con dureza con los que se hallan en la miseria. Si eres compasivo, dulce, caritativo, benéfico, yo te colmaré de toda especie de bienes, nada turbará tu reposo; Dios colmará tu alma de las mas dulces consolaciones; estarás exento de aquella tristeza que seca los huesos; llegarás á ser como un jardin siempre regado, siempre florido. Serás como una fuente cuyas aguas no se agotan. No experimentarás ninguna sequedad, ninguna aridez en mi servicio. No te formes una idea espantosa de la vida santa; no hay estado tan dichoso sobre la tierra como el de las gentes de bien; nada es comparable á las delicias puras que se gozan en mi servicio. El profeta David habia declarado lo mismo que Isaías cuando decia: Dichoso aquel á quien su compasion hace atento á las necesidades del pobre y del afligido; si él mismo se encuentra en la afliccion, el Señor vendrá á socorrerle. El Señor le fortificará y le conservará en todos los peligros de la vida; le hará feliz sobre la tierra, á pesar de todo lo que el encono de sus enemigos tentare para perderle. Y si la enfermedad le entrega al dolor, el mismo Señor vendrá á consolarle y socorrerle. Lo que sigue de esta Epís-

tola no es mas que una promesa continua de todo género de bienes y de prosperidades, que hace Dios por boca de su Profeta, á todos los que guardaren sus mandamientos, y le sirvieren con fidelidad. En seguida les recomienda la observancia del dia del sábado, que quiere decir reposo: Si os absteneis de viajar el dia del sábado. Se ha dicho que el séptimo dia de la semana, que es el sábado, era un dia consagrado al Señor, como lo es entre los Cristianos el santo dia del domingo. No solamente habia prohibido Dios que se hiciese ninguna obra servil en todo este dia, sino que tampoco era permitido caminar mas de media legua; de donde viene que san Lucas para significar la distancia entre la montaña llamada Olivete y la ciudad de Jerusalen, dice que no habia mas que el camino de un dia de sábado. El domingo es el dia del Señor, él se le ha reservado, quiere que se le consagre enteramente, no debe, pues, santificarse con menos religion, con menos devocion que el sábado. ¿Cuánto no serán reprensibles aquellos que emprenden los viajes mas largos el domingo? Si vosotros no haceis vuestra voluntad en el dia que me está particularmente consagrado, dice el Señor; es decir, si no satisfaceis vuestras pasiones, si no seguís vuestras perversas inclinaciones, si no os abandonais á vuestros apetitos, si no profanais este dia tan santo con suntuosos banquetes, con diversiones irreligiosas, con desórdenes; en fin, si le mirais como un reposo delicado y delicioso, como el dia santo y glorioso del Señor: llama Dios el día del Señor un dia delicado, esto es, un dia sagrado, que requiere ser santificado, con diligencia, con fervor, con delicadeza de religion y de conciencia; un dia santo que no sufre la menor profanacion, la menor indecencia; un dia que Dios se ha reservado, y que quiere que se emplee todo en su servicio; dia respetable que no se viola jamás impunemente. ¿Qué no tienen que temer aquellos fieles que emplean tan mal el dia santo del domingo y las fiestas? El domingo y las fiestas son dias de reposo, esto es, de cesacion de toda obra servil; pero este reposo no se nos ha concedido para pasar el dia en diversiones profanas. Los que creen que se ha satisfecho al precepto cuando se ha oido una misa, ¿tendrán la misma opinion, estarán tranquilos sobre este punto en la hora de la muerte? Si guardais, por último, continúa el Señor, mis preceptos, hallaréis vuestra alegría en mí. Grandes del mundo, dichosos del siglo, pueblos ansiosos de placeres, desengañaos, no hallaréis verdaderos regocijos mas que en el Señor. Fuera de su servicio, no hay mas que enfados, disgustos, amargura, desazones. Estad enhorabuena ricos, sed poderosos, tened amigos,

ambicion, méritos: Dios solo es el que puede hacer á un hombre dichoso, solo en su servicio es en donde se puede hacer fortuna. Yo os daré, prosigue el Señor, para alimentaros la heredad de Jacob vuestro padre. Como este pueblo carnal y grosero, á quien Dios hablaba, no percibia con viveza mas que los males temporales, tampoco Dios le promete mas que recompensas temporales. Pero ¿quién no ve que estas recompensas temporales eran la figura de los bienes eternos que nos están preparados en el cielo? Como los azotes con que eran afligidos los judíos no eran mas que la imágen de las penas eternas que los pecadores sufrirán en el infierno; por esto, para librarse de esta desgracia eterna debe un cristiano ayunar la Cuaresma, y acompañar este ayuno con la inocencia, la práctica de las buenas obras y una ardiente caridad.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del sexto capítulo de san Marcos, en donde se dice que el Salvador después de haber hecho el ruidoso milagro de satisfacer con cinco panes solamente y dos pececitos á cerca de cinco mil personas; viendo que todo el pueblo, transportado de admiracion, no dudaba ya que él fuese el Mesías prometido, y que formaba entre sí la resolucion de arrebatarle para hacerle Rey, lo evitó habiendo mandado á sus Apóstoles que se reembarcasen inmediatamente, á fin de pasar primero el pequeño tránsito de Bethsaida á Cafarnaum, y atravesar en seguida el lago entero para irse á la otra orilla, á la tierra de Genesareth. Nada dijo de su designio; pero se apresuró á despedir al pueblo, y habiéndose quedado solo, se retiró á aquella misma montaña, desde donde habia venido al encuentro del pueblo, y perseveró allí en oracion hasta la tarde. Acercábase la noche cuando los discípulos separados de su querido Maestro bajaron hácia el mar, y habiendo vuelto á entrar en su barca tomaron la ruta de Cafarnaum. Sobrevino entonces una furiosa tempestad que amenazaba hacerles perecer; remaban ellos con todas sus fuerzas; pero como estaban en alta mar, y tenian el viento contrario, á cada paso creian que la barca iba á sumergirse entre las olas; el horror de la noche aumentaba su temor, y para colmo de su desdicha, Jesús, que era su único refugio, no estaba allí. No era necesario mas para que desesperasen; pero el socorro estaba mas cerca de lo que pensaban. Jesucristo no pierde jamás de vista á los que le aman y le sirven con fidelidad. El Salvador veia desde la playa del mar en donde estaba parado, su inquietud, y el trabajo que les costaba el remar contra el viento. No ignoraba el peligro, ni tampoco queria abandonarles; pero esperaba á socorrerles, cuando

hubiesen caminado dos leguas sobre un mar tan furiosamente agitado, á fin de que conociesen mejor la solicitud que tenia de ellos, la necesidad que tenian de él, y su poder soberano sobre las olas y las tempestades. Vino, pues, á ellos hácia el amanecer, que los del país llamaban la cuarta vigilia de la noche. Ellos le percibieron á lo léjos marchando sobre las aguas, y caminando tan de prisa que parecia que no solo queria llegar á ellos, sino pasar mas adelante, y dejarlos atrás. Cuanto mas se acercaba, mas temblaban de miedo, no pensando que fuese él; y su espanto fue tan grande y tan general, que tomándole por un fantasma, se pusieron todos á gritar; inmediatamente les aseguró diciéndoles: Animaos, no tengais miedo; soy yo: entró en seguida en su barca, y cesó el viento; lo que les admiró todavía mas, sorprendiéndoles de tal modo este nuevo milagro que estaban como fuera de sí mismos. Ya no pensaban en el de la multiplicacion de los panes, ó á lo menos no les parecia nada en comparacion de este, y esto fue lo que hizo, que por un repentino transporte, segun san Mateo, se arrojaran á sus piés, y le dijeran todos á una voz: En verdad que eres el Hijo de Dios. Hízose luego la travesía, y llegaron en un instante á la costa de Genesareth. Inmediatamente que desembarcaron, corrió por todo el país la noticia de que Jesús habia llegado. No fue necesario mas; al momento le trajeron en los lechos y en angarillas una infinidad de enfermos. Adonde quiera que fuese, ya fuesen ciudades, ya aldeas, encontraba siempre un gran número de ellos que le ponian delante en medio de las calles, y toda la gracia que se le pedia era que se les permitiese tocar la orla de su vestido, porque esto era bastante para quedar todos curados. ¡Qué fondo de reflexiones á cual mas consoladoras no ofrece este Evangelio! Jesucristo oraba en la montaña, y á pesar de su alejamiento no dejaba de ver el embarazo y la fatiga de sus discípulos que luchaban contra las olas. No temamos que Jesucristo ignore nunca nuestros peligros y nuestras necesidades. No temamos tampoco que nos abandone. Él cuenta tambien como nosotros el tiempo que pasamos en las pruebas, en la tentacion, en el sufrimiento; pero sabe mejor que nosotros el tiempo que la tempestad debe durar, y el momento en que debe socorrernos. Parece alguna vez que no piensa en nosotros, nos agitan falsas ideas, la poquedad de nuestra confianza acrecienta nuestra turbacion, nos creemos perdidos; no perdamos, pues, el ánimo, no cesemos de bogar contra el viento contrario y las olas agitadas, avancemos siempre á fuerza de remos, si no podemos ir á la vela; contemos con la gracia que jamás nos falta: cuando nos

creamos perdidos, será justamente aquel el momento de nuestra libertad. Soy yo, nos dice entonces este amable Salvador, soy yo, el que viene á sacaros del peligro y poner fin á vuestras penas. Notemos que mientras los discípulos de Jesucristo no le reconocieron, tomándole por un fantasma, su presencia no calmó las olas: fue necesario para esto que él les hablase, que ellos le reconociesen, y que entrase con ellos en la barca. Dios está siempre con nosotros en nuestras penas; pero para recobrar la calma en ellas es preciso reconocerle, pensar y creer que es él; es preciso oirle hablar y escucharle; es preciso conservar su presencia.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, et concede, ut hoc solemne jejunium, quod animabus corporibusque curandis salubriter institutum est, devoto servitio celebremus. Per Dominum...

Dignaos, Señor, escuchar benignamente nuestras humildes súplicas, y concedednos la gracia de que observemos con devocion este ayuno solemne, que ha sido santamente instituido para la curacion de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada de la profecía de Isaías, capítulo LVIII.

Haec dicit Dominus Deus: Si abstuleris de medio tui catenam, et desieris extendere digitum, et loqui quod non prodest. Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua, et tenebrae tuae erunt sicut meridies. Et requiem tibi dabit Dominus semper, et implevit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit, et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquae. Et aedificabuntur in te deserta saeculorum: fundamenta generationis et generationis suscitabis: et vocaberis aedificator sepium avertens semitas in quietem. Si averteris à sabbato pedem tuum, facere voluntatem tuam in die sancto meo, et vocaveris sabbatum delicatum: et sanctum Domini gloriosum, et glorificaveris eum, dum non facis vias tuas, et non invenitur voluntas tua, ut loquaris sermonem: tunc delectaberis

Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Si quitais la cadena de en medio de vosotros; si dejais de extender el dedo y decir palabras inútiles; si asistís al pobre con grandeza de ánimo, y llenais de consuelo al alma afligida, resplandecerá vuestra luz en medio de las tinieblas, y vuestras tinieblas se convertirán en un mediodia. El Señor os concederá siempre el reposo, llenará vuestra alma con sus resplandores, y librará vuestros huesos; y seréis semejantes á un jardin siempre regado, y á una fuente cuyas aguas no se agotan. Los lugares que habian estado desiertos por muchos siglos, para vosotros estarán llenos de edificios; vosotros volveréis á levantar los fundamentos abandonados por una repetida sucesion de generaciones; y se dirá de vosotros que habeis reparado los vallados, y restablecido la seguridad de los caminos. Si os absteneis de viajar el sábado, y de hacer vuestra voluntad en el dia que me está consagrado; si le mirais como un reposo delicado, como el dia santo y glorioso del Señor, en el cual le rendís el honor que le es debido, no siguiendo vuestras inclina-

super Domino, et sustollam te super altitudines terrae, et cibabo te hereditate Jacob patris tui. Os enim Domini locutum est.

ciones, no haciendo vuestra propia voluntad, ni diciendo palabras vanas, entonces hallaréis vuestra alegría en el Señor. Yo os elevaré sobre las alturas de la tierra, y os daré para alimentaros la heredad de Jacob vuestro Padre. Porque la boca del Señor ha hablado.

REFLEXIONES.

Si os absteneis de viajar el sábado y de hacer vuestra voluntad en el dia que me está consagrado; si le mirais como un reposo delicado, etc. Habiendo sido trasladada la solemnidad del sábado al dia santo del domingo, se ha trasladado tambien á él la obligacion de santificarle, de respetarle, de celebrarle con religiosidad; y si las prohibiciones no son en él tan universales ni tan rigorosas, las obligaciones de consagrarle todo entero al culto divino y á los ejercicios de religion no son en él ni menos expresas, ni menos indispensables. No se nos prescribe precisamente el número de los pasos en los paseos permitidos como en la antigua ley, no se nos interdicen ciertas obras serviles que piden las necesidades de la vida; mas ilustrados, mas instruidos, mas espirituales que aquel pueblo grosero y material, es suficiente que se nos diga en la nueva ley que el dia del sábado de los Cristianos, esto es, el domingo, es un dia santo que el Señor se ha reservado, y que quiere que se consagre enteramente á su servicio. Basta que se nos diga que este es el dia del Señor, y que habiéndose dignado Dios dejar los seis dias de la semana para que nos dediquemos á los negocios temporales, se ha reservado para sí solo este primer dia, para honrarle en él con un culto especial y público, como á nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro soberano Dueño. ¡Qué crímen y qué impiedad el faltar á un deber de religion tan esencial! ¡Qué sacrilegio aun el profanar un dia tan santo y tan sagrado con una irreligion y una desobediencia tan marcada! Si hay algun viaje que hacer por nuestro interés temporal ó por nuestro placer, se deja este viaje para el domingo. Si se nos antoja tener una fiesta de campo, armar una diversion, dar un banquete, todo se deja para los dias de fiesta ó para el domingo. Los seis dias de la semana son para emplearlos en nuestros asuntos temporales, son dias nuestros, y no hay que tocar á ellos; únicamente el domingo es el dia del Señor; y ¿qué trabajo nos cuesta el apropiárnosle, y emplearle todo entero en provecho nuestro? ¿Qué nos importa el profanarle? *Si no os absteneis de hacer vuestra voluntad*, dice el Señor, *en el dia que me está consagra-*

do. Hacemos la voluntad de otro durante la semana, nos aplicamos, trabajamos, obedecemos. ¿No se diria que Dios no nos ha prohibido el trabajo en este dia solemne, sino para indemnizarnos en este santo dia de la violencia que nos hemos hecho durante la semana? ¡Ah! en este santo dia no nos aplicamos mas que á hacer lo que nos agrada. Juegos, paseos, romerías, banquetes, espectáculos, partidas de caza, ¿qué otros son los ejercicios de la mayor parte de las gentes en este dia sagrado? ¡Buen Dios, qué manantial de remordimientos crueles y de sentimientos algun dia para unos cristianos tan irreligiosos, tan poco fieles! La cesacion de toda obra servil debe considerarse, segun la expresion del Profeta, como un reposo delicado, esto es, fácil de profanar; es un descanso indispensablemente destinado á honrar al Señor, á servirle, á escucharle, á gastarle en la meditacion, en la oracion. Aprovechad el reposo que os procuro en este dia, nos dice Dios, para contemplar mis beneficios, para admirar mi poder, para conocer mi voluntad, para rendirme el culto religioso que me es debido, para ejecutar mis órdenes. ¿Hay hoy muchos que al fin de este dia tan santo se encuentren mas devotos, mas religiosos, mas cristianos, mas fieles? La profanacion del dia santo del domingo es un crímen, ¿quién hay que piense en detestarle, en hacer penitencia de él, en confesarse de él? y ¡se extraña después de esto el que tantos se condenen!

El Evangelio de la Misa es de san Marcos, capítulo VI.

In illo tempore: Cum sero esset, erat navis in medio mari, et Jesus solus in terra. Et videns discipulos suos laborantes in remigando (erat enim ventus contrarius eis) et circa quartam vigiliam noctis venit ad eos ambulans supra mare: et volebat praeterire eos. At illi ut viderunt eum ambulantem supra mare, putaverunt phantasma esse, et exclamaverunt. Omnes enim viderunt eum, et conturbati sunt. Et statim locutus est cum eis, et dixit eis: Confidite, ego sum, nolite timere. Et ascendit ad illos in navim, et cessavit ventus. Et plus magis intra se stupebant: non enim intellexerunt de panibus: erat enim cor eorum obcaecatum. Et cum transfretassent, venerunt in terram Genesareth, et applicuerunt. Cumque

En aquel tiempo: Siendo de noche estaba la barca en medio del mar, y Jesús solo en tierra. Y viendo á sus discípulos que remaban con mucho trabajo (porque tenian el viento contrario) hácia la cuarta vigilia de la noche se dirigió á ellos caminando sobre el mar, y queria al parecer pasar de donde ellos estaban. Mas cuando ellos le vieron que andaba sobre el mar, creyeron que era un fantasma, y se pusieron á gritar. Todos, pues, le vieron, y quedaron turbados, é inmediatamente habló con ellos, y les dijo: Confiad, yo soy, no tengais miedo; y en seguida entró en su barca, y el viento cesó, lo cual les asombró todavía mas, porque no hicieron entonces reflexion sobre el milagro de los panes, y su corazon estaba fascinado. Después de esto, habiendo atravesado el lago, llegaron á desembarcar al país de Genesareth. Inmediatamente que salieron de la barca, fue conocido Jesús, y cuando recorrian

egressi essent de navi, continuo cognoverunt eum: et percurrentes universam regionem illam, coeperunt in grabatis eos, qui se male habebant, circumferre, ubi audiebant eum esse. Et quocumque introibat, in vicos, vel in villas, aut civitates, in plateis ponebant infirmos, et deprecabantur eum, ut vel fimbriam vestimenti ejus tangerent, et quotquot tangebant eum, salvi fiebant.

aquella region, los habitantes traian los enfermos en sus lechos, y los ponian por donde quiera que oian que pasaba. En donde quiera que entraba, ya en los caseríos, ya en las aldeas, ó ya en las ciudades, ponian los enfermos en las plazas públicas, y solo le suplicaban que les dejase siquiera tocar la orla de su vestido; y en efecto todos los que le tocaban quedaban curados.

MEDITACION.

De las persecuciones y tempestades que han agitado á la Iglesia en todos los siglos.

Punto primero.—Considera que una de las pruebas mas sensibles, mas claras y mas concluyentes de la verdad, de la bondad y de la divinidad de nuestra Religion son las persecuciones, el número y la cualidad de los enemigos, las olas, los huracanes y las furiosas tempestades que han agitado á la Iglesia desde su nacimiento, sin que haya sido sumergida, sin que haya ni aun envejecido, sin que haya perdido nada de su santidad, de la pureza de su fe, de su primer esplendor, de la perfeccion de su moral. Apenas habia nacido cuando toda la nacion judía se sublevó para sofocarla en su cuna. Todavía no tenia mas secuaces que doce pobres pescadores sin nobleza, sin nombre, sin estudio, sin ningun apoyo humano, todavía no contaba esta Iglesia mas que un puñado de fieles, todas gentes sencillas, groseras, idiotas, á quienes el Evangelio hacia aun todos los dias mas pobres, cuando los grandes del mundo, los sabios de la Grecia, los emperadores, todos los gobiernos de las provincias, cuando todo el universo conspiraron á su pérdida. Escandalizados por la incomprensibilidad de sus dogmas, espantados por la pureza, la santidad, la austeridad de su moral, indignados por la flaqueza, la simplicidad, la pobreza de estos nuevos predicadores y de estos doctores de una religion tan sorprendente; ¿qué no se ha hecho, qué no se ha empleado, para destruir, para aniquilar la religion cristiana? ¡Cuántos suplicios y cadalsos se han levantado, cuántas hogueras se han encendido para extirpar, para hacer olvidar hasta el nombre de cristiano! y ¿en qué ha venido á parar esta espantosa, esta universal conspiracion contra la Iglesia? Los príncipes, los grandes de la tierra han apurado las amenazas, las crueldades, los tormentos; las

potestades mundanas han pasado, y la Iglesia subsiste siempre la misma. Los patíbulos se han caido de viejos; las ruedas y los caballetes se han gastado por el largo y frecuente uso que se ha hecho de ellos; las hogueras se han consumido, y los fuegos se han extinguido; las uñas de hierro y las espadas se han embotado á fuerza de desgarrar víctimas inocentes; mas de diez y ocho millones de Mártires, de todo sexo, de toda edad, de toda condicion, han derramado arroyos de sangre en todas las provincias, en todas las ciudades del mundo; y esta sangre de los Mártires ha sido como una semilla de nuevos cristianos. La religion cristiana se ha acrecentado, se ha fortificado, ha triunfado del paganismo. La Grecia ha sometido su pretendida sabiduría, tan ponderada, á la santa locura de la cruz. Esta cruz hasta entonces mirada como un objeto de infamia y de horror es ensalzada, ella ha sido elevada hasta sobre el trono del imperio romano; todos los pueblos del mundo, los mas sensuales, los mas disolutos, han recibido el yugo de la fe; los mas espantosos desiertos, las soledades mas horribles, se han poblado de santos penitentes. La Iglesia se ha levantado por su propia virtud, por su pura santidad, sobre las ruinas soberbias de tantos templos de ídolos. Buscad un motivo de credibilidad mas divino. Escoged una prueba de nuestra Religion mas concluyente y mas invencible. ¡Qué dicha la nuestra de estar criados en esta santa Religion! ¡qué gracia y qué consuelo el vivir y morir en el seno de esta Iglesia! Pero ¡qué desgracia el ser cristiano, y no guardar las leyes de tal! ¡qué desdicha el ser hijos de la Iglesia, y no vivir segun las máximas del Evangelio!

Punto segundo. — Considera que de todas las persecuciones que ha sufrido la Iglesia, las mas crueles y las mas formidables han sido las que le han suscitado sus propios hijos; y que las tempestades que ha sufrido mas peligrosas y mas temibles son las que se han formado y han nacido en el seno mismo de la Iglesia. Sus enemigos domésticos han sido mas temibles que los extraños; ¿qué sociedad podrá jamás sostenerse, si sus columnas se bambolean, se desmoronan? Sin embargo la Iglesia se ha sostenido siempre contra esta persecucion doméstica. Los vientos mas furiosos, las olas mas irritadas, las tempestades mas violentas no han podido estremecerla; léjos de sumergirse, ella ha visto levantarse y concluirse las tempestades que debian haberla tragado cien veces; ha visto nacer y ha visto morir todas las sectas que habian jurado su pérdida. Ninguna ha habido que no se haya vanagloriado de que era la verdadera Iglesia. Ninguna

que al rebelarse contra la Iglesia de Jesucristo, no haya mirado como un punto capital el degradar al Vicario de Jesucristo, y destruir la Santa Sede. Ninguna que engañando á los incautos, y ganando á los libertinos, no se haya hecho un partido poderoso, y no haya empeñado en sus intereses á las mismas potestades. Qué de príncipes poderosos, qué de hombres sabios, qué de grandes prelados, respetables por su saber, por una exterior regularidad de costumbres, por la dignidad de sus sillas se han sublevado desde los primeros siglos contra la Iglesia: su trama, su rebelion engrosada por un pueblo infinito se han hécho tanto mas temibles, cuanto que sus pretextos han sido siempre mas especiosos, y sus motivos mas plausibles. Ellos acusaban á la Iglesia de que habia caido en el error. Ellos no atacaban, á creerles, mas que al error y á la relajacion; no clamaban todos mas que por la reforma. Arrianos, Nestorianos, Eutiquianos, Pelagianos, Luteranos, Calvinistas, ¿qué no se prometia esta nube de enemigos de la Iglesia? ¿qué máquinas no han movido? ¿qué artificios no han puesto por obra? Todo el infierno se ha sublevado, se ha armado contra la Iglesia en su favor; esta pobre navecilla agitada en medio de las olas, batida por vientos feroces, parecia que debia sumergirse á cada paso. Se hubiese aun dicho que el Salvador la habia abandonado al furor de los vientos y de las olas, ó al menos que dormia durante la mayor tempestad: *Confiad, no temais.* Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. En efecto, todos estos vientos impetuosos han calmado, todas estas nubes han estallado y se han disipado. Las sectas heréticas y cismáticas se han levantado con gran ruido, se han extendido como torrentes, y después de un número de dias han sido destruidas, sin que la Iglesia de Jesucristo haya recibido la menor mancha. Ninguna ha dejado de ser enemiga de la Santa Sede, porque del Vaticano es de donde parten los rayos contra todos los errores. Pero ¿qué han producido después de diez y ocho siglos tantos partidos y tantos errores? La Iglesia no ha perdido nada de su primer brillo; ella conserva la misma verdad de sus dogmas, la misma pureza de su moral, la misma santidad de sus prácticas, la misma perseverancia en su unidad, la misma invariabilidad en la fe, la misma integridad en su doctrina. Tantos enemigos no han hecho ni harán otra cosa que demostrar mas su infalibilidad. Jesucristo se ha obligado solemnemente á defenderla; tantas victorias conseguidas sobre todo el infierno prueban invenciblemente su santidad, su unidad, su universalidad, y no sirven mas que para su triunfo.

Gracias infinitas os sean dadas, Señor, por haberme colocado en

vuestra Iglesia, en esta barca sin la que y fuera de la que no se puede llegar al puerto de salvacion. Yo declaro, Señor, que quiero vivir y morir verdadero hijo de esta sola verdadera Iglesia: que detesto todas las sectas rebeldes al Papa, vuestro vicario en la tierra, y que estoy persuadido y creo firmemente que fuera de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, no puede haber salvacion.

JACULATORIAS.—Señor, ¿á quién irémos? Vos teneis palabra de vida eterna, y solo hablais en la verdadera Iglesia. (*Joan.* VI).

Acordaos, Señor, de vuestra Iglesia, que habeis formado, y á la cual habeis prometido vuestra asistencia particular, y con la que os habeis obligado á estar hasta el fin de los siglos. ((*Psalm.* LXXIII).

PROPÓSITOS.

1 No hay salvacion fuera de la Iglesia; no hay hijo alguno de la Iglesia que no esté enteramente sumiso á sus oráculos y á sus decisiones. En este redil es donde están las ovejas del divino Pastor; fuera de él no oyen ya su voz, y tarde ó temprano son infaliblemente devoradas. Aquellos á quienes siguen no son mas que mercenarios que se les da muy poco de su triste suerte. Luego que no oye uno ya la voz del Pastor, se extravia; y ¿qué salud tiene que esperar estando descarriado? Antes morir, que salir jamás de este redil. Mantengámonos toda nuestra vida en esta barca; ella no tiene nada que temer, ni de las olas, ni de los vientos. El Hijo de Dios ha prometido su espíritu al piloto que la conduce, esto es, al soberano Pontífice su vicario. Habrá vientos contrarios que la agitarán horriblemente; se encontrará alguna vez cubierta por las olas; confiemos: las demás barcas perecerán; pero esta nada tiene que temer. Atengámonos firmemente á esta columna de la verdad; los esfuerzos de todo el infierno armado serán siempre vanos; puede hacer gran ruido, puede gritar, amenazar, nada será capaz de trastornar la Iglesia. Creámonos dichosos porque somos del número de sus hijos, tengamos una sumision profunda á todas sus decisiones, á todos sus oráculos. Tengamos toda nuestra vida un respeto humildísimo al soberano Pontífice su jefe; sean nuestra ley todos sus preceptos. No hablemos jamás del Papa sino con veneracion, escuchémosle como al mismo Jesucristo de quien es vicario. Este respeto, esta docilidad, esta profunda sumision, esta religiosa deferencia han caracterizado en todos tiempos á los elegidos de Dios.

2 No tengais comercio con los que están fuera de la Iglesia, á

menos que seais encargado de Dios para tratar de convertirlos y reducirlos. Las conversaciones frecuentes con los enemigos de la Iglesia son siempre de temer, porque siempre son contagiosas; evitadlas cuidadosamente si quereis conservar una fe pura. El error y el cisma es un veneno sutil, que se insinúa igualmente en el entendimiento y en el corazon, por mas precavido que uno esté contra la sorpresa. El entendimiento de las personas del otro sexo es mas susceptible de él; y los espíritus vanos, los corazones orgullosos ó dañados por alguna pasion secreta y dominante, se defienden de él con dificultad. Siempre hay algun pretexto especioso que impone ó que seduce. Renovad diariamente los actos de fe y de sumision á la Iglesia. Ateneos al tronco; las ramas se doblan y se rompen, el tronco está siempre firme y resiste á todos los vientos. ¿Sois ignorante? someteos ciegamente á la Iglesia y decid sin cesar: yo creo todo lo que la Iglesia cree, yo detesto todo lo que la Iglesia condena. ¿Sois sabio? desconfiad de vuestras luces, nada hay mas sujeto al error que el espíritu particular, someted vuestras luces y vuestras razones á las decisiones de la Iglesia; ella sola tiene, como propio patrimonio, el espíritu de Dios; siguiendo una guia semejante no podréis extraviaros; no leais nunca ningun libro sospechoso.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

El primer domingo de Cuaresma es celebrado en la Iglesia con una celebridad y veneracion singular; es uno de los dias mas privilegiados y mas solemnes. Su oficio no cede al de ninguna otra fiesta; todo en él es instructivo y misterioso; todo predica la penitencia, de la cual viene á ser como la fiesta solemne: en la Iglesia latina se llama simplemente domingo de Cuaresma; entre los griegos domingo de los santos ayunos ó de la ortodoxia.

Antes del siglo X de la Iglesia era costumbre en Occidente llamar á este dia el domingo de los *blandones*, esto es, de las luces, á causa de que era el dia en el que los que se habian divertido con algun exceso durante el carnaval venian á presentarse en la iglesia con un cirio ó antorcha en la mano, como para dar satisfaccion pública de los malos ejemplos que habian dado, y pedir que les purificasen por la penitencia que se les imponia por los pastores por toda la Cuaresma hasta el Jueves Santo en que recibian la absolucion ordinaria. Aun cuando esta ceremonia se haya después adelantado al miércoles

de ceniza en que se comienza el ayuno de la santa cuarentena, no ha dejado de conservar este primer domingo de Cuaresma el nombre de dia de los blandones, porque siempre se ha supuesto que en él los verdaderos fieles no dejaban de purificarse de sus manchas por medio de una santa confesion.

Aunque la penitencia sea propia de todos los dias de la vida, puesto que no hay dia en la vida en que no seamos pecadores, con todo la Cuaresma se puede considerar como la estacion de la penitencia, es decir, como el tiempo en que produce mas frutos; sea á causa de la multiplicidad de las oraciones y de los socorros espirituales, sea por la obligacion que la Iglesia ha vinculado á ella de los cuarenta dias de ayuno. Los cuarenta dias de ayuno de Jesucristo no son solo un ejemplo, sino tambien un precepto para todos los Cristianos. No hay ninguno que no esté sujeto á esta ley, y la relajacion no constituyó jamás un derecho para dispensarse de ella. El fervor puede entibiarse, la fe puede debilitarse por la corrupcion de las costumbres; pero la doctrina y la moral de Jesucristo jamás se alterarán. Por mas flojos que sean los fieles, la ley del ayuno y de la penitencia no podrá perder nunca nada de su vigor, y la estrecha obligacion de ayunar la Cuaresma bajo pena de pecado mortal siempre es la misma.

San Epifanio dice (*Haer. 75*) que el heresiarca Arrio fue condenado porque queria que los ayunos de Cuaresma fuesen arbitrarios. El concilio de Langres fulmina el anatema contra los que sin necesidad se dispensan de ellos. San Cirilo pregunta á su pueblo, si quiere mejor arder eternamente que ayunar la Cuaresma; y san Ambrosio dice que el quebrantar el ayuno un solo dia es un pecado mortal; pero que el no ayunar la Cuaresma es un sacrilegio. (*Serm. 37*). La Cuaresma, dice el Crisólogo, no es una institucion humana, es Dios mismo el que la ha ordenado; y yo creo, dice san Agustin, que lo que ha obligado al Señor á imponernos una ley expresa del ayuno es, que así como Adan en el paraíso terrenal habia perdido la gloria de la inmortalidad por la intemperancia, ha querido el segundo Adan que fuese reparada esta pérdida por la abstinencia y el ayuno. (*Serm. 77 de temp.*).

Nada fue mas religiosamente observado en toda la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles que el ayuno de Cuaresma. Los primeros cristianos de Alejandría del tiempo de san Marcos, segun Eusebio, le observaban con un fervor que servia de modelo á todos los fieles. Sozomeno asegura que en la Iliria, en el Occidente, en toda el África, en el Egipto y en la Palestina, que componian entonces toda la

Iglesia, se ayunaba con una rigidez religiosa las seis semanas en la Cuaresma, y muchos aun ayunaban siete. (*Lib.* 7). No hay variacion, no hay diversidad de opinion en cuanto á la exacta é indispensable observancia de una penitencia tan marcada. Nosotros ayunamos una Cuaresma, dice san Gerónimo, segun la tradicion apostólica, y ayunamos en el tiempo que la Iglesia ha juzgado á propósito para esto. (*Epist. ad Marc.*). Por espiritual, por loable que fuese el sentido de aquellos que se proponian ofrecer á Dios el diezmo de todo el año con el ayuno de treinta y seis dias en las seis semanas, no era sin embargo capaz de asegurarles á vista del ejemplo del Salvador que habia ayunado cuarenta. Y esto fue, como se ha dicho ya, lo que obligó á la Iglesia á añadir cuatro dias, fijando el principio de Cuaresma al miércoles de ceniza.

Nada condena mas nuestra flojedad y nuestra delicadeza que la religion y el rigor de los ayunos de los primeros cristianos. No solo no se hacia mas que una sola comida al dia y siempre por la tarde después de la hora de vísperas, sino que léjos de tratar de lisonjear el gusto y la sensualidad, solo se comia lo precisamente necesario para no morir. No solo se ha creido consistir la exactitud del ayuno de Cuaresma en la cercenacion, la diminucion y el retraso de la comida, sino tambien en la abstinencia de alimentos demasiado crasos, y de viandas que lisonjeen el gusto. Muchas personas en el mundo no hacen mas que una comida al dia por puro principio de salud, por gusto, sin que pretendan ayunar por esto. Por comer menos muchas veces, no son ni menos sensuales ni mas sobrios. La abstinencia es inseparable del ayuno; la mas generalmente recibida ha sido siempre la de excluir el uso de la carne, de la leche, de los huevos y del vino. San Agustin constituye el ayuno en esta doble abstinencia, pretendiendo que esta abstinencia comprendia la de toda suerte de delicadeza en la comida. En esto consistia, segun parece, todo lo que hacia el comun de los fieles; pero los que deseaban llevar el ayuno hasta la perfeccion, se privaban hasta del pescado y del uso del aceite, reduciendo al pan y al agua la única refeccion del dia, que no se tomaba nunca hasta la tarde. Este era, al parecer de san Gerónimo, el mayor rigor con que se ha podido observar el ayuno legítimo y reglado por la prudencia (*Ép. ad nepot.*); no aprobando la práctica de aquellos que pasaban los dos y los tres dias sin comer ni beber, en razon de que por esta imprudente singularidad se veian obligados después á buscar alimentos menos comunes y mas delicados; una mortificacion mas constante, no interrumpida y menos se-

ñalada, es siempre de mayor mérito delante de Dios. Y si en la sucesion de los tiempos se ha creido que debia dispensarse en órden á la abstinencia del vino, no así en órden á la de la carne, que siempre ha permanecido en toda especie de ayunos; y san Gerónimo alaba á santa Marcela, porque estando precisada á beber vino á causa de sus grandes enfermedades, lo tomaba en tan poca cantidad que apenas se enrojecia el agua. Los licores y toda especie de bebidas deliciosas no están menos proscritos que el vino. Contra este abuso exclama fuertemente san Gerónimo. *Hay tambien*, dice el Santo, *quienes no beben vino; pero mas por placer que por causa de salud, se procuran sustancias y licores de manzanas y otros*. Condena tambien la intemperancia de los que no alimentándose mas que con legumbres, exceden en la cantidad. Fácilmente se ve que prohibiendo el uso de la carne y del vino en el ayuno, se han pretendido prohibir todas las delicadezas del gusto y los esmeros de la sensualidad; tambien se condenaban las salsas demasiado exquisitas en las legumbres, no siendo la intencion de la Iglesia tanto el sustraer al cuerpo su alimento por el ayuno, como el cercenar al cuerpo y al alma los atractivos del deleite. La sensualidad puede hallarse en la abstinencia misma. Pero la Iglesia condena todas las delicadezas, decia con indignacion san Gregorio de Nisa.

La flojedad y la delicadeza de los cristianos de estos últimos tiempos se espantaria si se refiriese con qué exactitud y con qué severidad ayunaban la Cuaresma los fieles de los primeros siglos. No solo las personas religiosas, sino tambien las gentes del mundo de toda edad, de todo sexo, de toda cualidad, los grandes como el pueblo, el príncipe como el artesano, se privaban con frecuencia hasta del uso del pescado; muchos ayunaban toda la Cuaresma á pan y agua; en los seis dias de la Semaná Santa no se tomaba otro alimento, dice san Epifanio, sino pan seco, sal y agua, lo cual se llamaba *xerofagia*, y algunos pasaban aun dos dias sin comer. ¡Qué diferencia, buen Dios, de ayuno á ayuno, si se compara el ayuno de los primeros fieles con el ayuno de los cristianos de este tiempo! Los mas regulares no son siempre los mas austeros; ¡qué diversidad en los manjares! ¡qué suntuosidad en la abstinencia misma! ¡qué sensualidad en los guisos! ¿basta acaso la diversidad de alimentos para el ayuno, si el gusto, si la voluptuosidad misma, llevan á ella la delicadeza hasta la demasía?

Hasta principios del siglo XIII no ha permitido la Iglesia que se adelantase al mediodia la comida que todavía entonces no se hacia

en los dias de ayuno de Cuaresma hasta la tarde después de vísperas. San Bernardo y Pedro de Blois, que vivian en el siglo XII, aseguran que durante la santa cuarentena todos los fieles ayunaban como ellos hasta la tarde, sin que nadie de cualquiera condicion que fuese se atreviese á comer á hora mas cómoda. (*Serm. 3 in Quadrag.*). Para conservar siempre la idea de esta antigua disciplina ordena la Iglesia que durante la Cuaresma se digan vísperas antes de comer en los dias de ayuno. Esta indulgente anticipacion de la hora de la comida ha dado ocasion á lo que se llama colacion en los dias de ayuno. Al principio no se permitió mas que el beber un trago de vino á la noche, bien persuadidos de que el espíritu del ayuno eclesiástico requiere que se ayunen las veinte y cuatro horas. El temor de que dañase á la salud si se bebia sin comer, hizo que se añadiese un pedacito de pan. Se llamó colacion esta pequeña templanza, desde que los religiosos la fijaron al tiempo de la noche que precedia á la lectura de las colaciones ó conferencias de los antiguos monjes, que se hacia todas las noches antes de completas. Conducidos por un espíritu de una regularidad mas exacta, se estableció en los mas santos monasterios, sobre todo en el de Cluni, que en lugar de hacer esta lectura en los dias de ayuno, en el claustro, ó en el capítulo, como se hacia en los demás dias, se hiciese en el refectorio; y desde entonces la palabra colacion se comunicó insensiblemente de la lectura de las conferencias ó colaciones á esta pequeña comida que precedia inmediatamente á la lectura. *Establecemos*, dicen los estatutos de la Congregacion de Cluni, *y mandamos que todos acudan á la hora de la bebida nocturna que entre ellos se llama colacion*. La tolerancia de la Iglesia autoriza suficientemente el uso universalmente recibido de la colacion; pero no pretende que esta colacion sea una segunda comida: y no hay duda que la colacion, tal como la hacen muchos en el dia, quebranta el ayuno. San Carlos en las reglas que hizo para sus domésticos, les permite solo onza y media de pan y un poco de vino para su colacion en Cuaresma. Se cuenta de san Espiridion, obispo de Tremitunta en Chipre, y del santo solitario Marciano, que quebrantaron el ayuno por caridad, con motivo de algunos extranjeros que habian venido á visitarlos: pero este era un ayuno de devocion y de reglas. El ayuno de la regla es libre, se le respondió al abad Casiano; pero la caridad es la perfeccion de la ley divina. Así lo que se llama la regla del Maestro, porque es Jesucristo el que habla en ella, dice positivamente que los ayunos de Cuaresma son in-

violables, sin que los excuse ningun pretexto, ni valga para ello consideracion ninguna por la llegada de huéspedes algunos.

Ni son tampoco los únicos deberes de Religion que Dios exige de los Cristianos durante la Cuaresma, la abstinencia y el ayuno. La oracion, el uso frecuente de los Sacramentos, la limosna, deben acompañar al ayuno, y singularmente la inocencia y la pureza. Abstengámonos particularmente del pecado, dice san Agustin, no sea que nuestros ayunos sean infructuosos como los de los judíos, y Dios no los apruebe. ¿Quereis santificar el ayuno, dice en otra parte? llenad los deberes de misericordia y de caridad. Lo que cercenais á vuestra sensualidad, dice san Gregorio de Niza, lo que ahorrais por vuestro ayuno, dadlo al pobre que padece hambre. El ayuno, dice san Crisóstomo, no debe mirarse como un tráfico indecente: no es el fin de la abstinencia el ahorrar, es preciso que el pobre se alimente con lo que vosotros disminuís á vuestra mesa. De este modo sacaréis de vuestro ayuno una ventaja doble, por una parte el haber ayunado, y por otra el haber satisfecho al pobre. Por fin el ayuno, dice san Agustin, no consiste solamente en abstenerse de los manjares que deseamos, sino de todos los placeres y las diversiones, las cuales debemos considerar como entredichas para nosotros en el santo tiempo de penitencia. Hay muchos, añade el mismo Santo, que son mas bien voluptuosos que religiosos observadores de la Cuaresma. (*Serm. 171, de divers.*). ¡Qué error mas lamentable! No es esto guardar la abstinencia, es sí mudar los alimentos del deleite.

La misa de este dia contiene todo el misterio del santo tiempo de Cuaresma. Comienza por este versículo del salmo xc: *El justo me llamará en su ayuda, y yo le oiré;* estaré con él en el tiempo de la tribulacion, y le sacaré de ella con gloria. No hay una cosa mas á propósito que todo este salmo para inspirar ánimo á los fieles en la penosa carrera de Cuaresma, y en el ejercicio de la penitencia y de la tentacion.

La Epístola es una viva y patética exhortacion á fin de que no inutilicemos los dias consagrados á la penitencia, y un tiempo que puede llamarse el reinado por excelencia de la misericordia del Señor. Está tomada del sexto capítulo de la segunda carta de san Pablo á los Corintios. Hé aquí, les dice, el tiempo de gracia, ahora son los dias de salud. Yo os exhorto con todo mi corazon á que no recibais en vano la gracia de Dios. No obstante que Dios sea misericordioso en todos tiempos, con todo la Cuaresma es un tiempo privilegiado en que todo

concurre á mover mas á Dios en favor nuestro : las oraciones multiplicadas de toda la Iglesia, la abstinencia y el ayuno con el cual es siempre mas eficaz la oracion; todo concurre á hacer mas segura y mas fácil nuestra conversion.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la Cuaresma de Jesucristo en el desierto, como que ella es el orígen, y debe ser el modelo de la nuestra. Jesús acababa de recibir el bautismo de mano de san Juan, cuando el Espíritu Santo, de quien él era templo vivo, le inclinó á que se retirase al desierto para prepararse allí á su vida pública por un retiro y un ayuno continuo de cuarenta dias y de cuarenta noches, y por una victoria insigne del tentador y de todas sus astucias. Este desierto se extendia en la tribu de Benjamin, desde la ribera del Jordan, hasta el territorio de Jericó por una parte, y hasta el mar Muerto por la otra. Se llamaba Ruban, y en lo sucesivo le dieron los orientales el nombre de cuarentena, para indicar el tiempo que habia estado allí el Salvador. Bella leccion para todos los hombres apostólicos, en que les enseña que el retiro, el ayuno y la oracion, deben ser como el preludio de sus funciones, y como los primeros ensayos de la vida apostólica. El Hijo de Dios habia venido allí para entrar en lid con el demonio, y comenzar su mision por aterrarle. Quiso ser tentado, dice san Agustin, para enseñarnos á vencerle. (*In Psalm.* xc). El Salvador pasó allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber. Este ayuno de cuarenta dias antes de la predicacion del Evangelio habia sido figurado por el ayuno de Moisés sobre el monte Sinai, durante los cuarenta dias que precedieron á la promulgacion de la antigua Ley. Para honrar y para imitar en algun modo esta abstinencia del Salvador, se ha instituido y observado en todos tiempos en la Iglesia la Cuaresma. Al cabo de este ayuno tan largo, Jesús tuvo hambre, es decir, hizo cesar el milagro, en fuerza del que no la habia sentido hasta entonces. Este momento fue como la señal del permiso que el Salvador dió al demonio para que viniese á tentarle, para saber si él era el Mesías; porque dudaba de ello, y queria tener pruebas mas ciertas de su divinidad, dice san Gerónimo. San Agustin cree que era el príncipe de los demonios el que se atrevió á tentar á Jesucristo para saber quién era, y que el Salvador no descubrió á este príncipe de las tinieblas mas de lo que juzgó á propósito. (*Lib.* IX. *de Civ.*). El demonio no conoció perfectamente que Jesucristo era Dios é Hijo de Dios hasta despues de su resurreccion. Este espíritu maligno se presentó al Salvador bajo una forma humana, y le dijo : ¿Por qué te dejas consumir de hambre?

Si eres Hijo de Dios, ¿por qué no conviertes estas piedras en pan? El mayor de los milagros no te costará mas que una palabra. El Salvador se contentó con responderle que estaba escrito que no era el pan solo el que mantenia la vida del hombre, sino tambien toda palabra que sale de la boca de Dios; esto es, una obediencia perfecta á todo lo que Dios manda. Por esta respuesta, sin negar Jesucristo que fuese Dios, prueba muy bien que era hombre, y despide al tentador tan incierto de su divinidad como estaba antes. El demonio en seguida le llevó á la ciudad santa, le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo que si era Hijo de Dios se echase abajo, pues nada tenia que temer en razon de que estaba escrito: que Dios habia encargado á sus Ángeles que cuidasen de su persona, é impedirian que se hiciese mal alguno. Pero Jesús respondió á este pasaje de la Escritura por otro, y le dijo: que la misma Escritura prohibia el tentar á Dios. Es admirable que el Hijo de Dios haya permitido al demonio que le llevase por el aire hasta lo mas alto del templo; pero el poder que el Salvador dió después á los verdugos ministros de Satanás sobre su persona, es tan admirable como el que dió aquí al demonio. Por lo demás, es verosímil que en las dos últimas tentaciones se hizo Jesucristo invisible á aquellos judíos que hubieran podido advertirlo. El demonio, aunque confuso, no desistió: volvió á tomar á Jesucristo, y le llevó todavía sobre una montaña muy alta, y desde allí mostrándole de una parte el imperio romano, de otra el imperio de los persas, aquí la Siria, allá las Indias, etc.: Yo soy el dueño de estos Estados, le dijo, como príncipe del mundo, y dispongo de ellos á mi antojo; serán tuyos desde ahora si quieres postrarte delante de mí, y adorarme con el culto de latría. La facilidad con que el Salvador se habia dejado llevar y volver á llevar por el demonio, dió á este encantador la desvergüenza y la insolencia de hacer esta impía proposicion á Aquel que por entonces creia un puro hombre. Mas Jesucristo indignado á vista de un atrevimiento tan abominable, le dijo con firmeza: Retírate, Satanás, porque está escrito: adorarás á tu Dios y Señor, y á él solo servirás. Entonces el demonio desapareció lleno de confusion por su derrota, y tan poco instruido acerca de lo que deseaba saber, como antes de la tentacion. Así es que no cesó de perseguir al Salvador hasta que precipitó á los judíos á que le quitasen la vida. Inmediatamente vinieron los Ángeles y le sirvieron de comer. De este modo nos colma Dios de consolaciones y de alegría después que hemos combatido por él con esfuerzo. Tengamos presente en la tentacion que el cielo toma parte en nuestros comba-

tes, y que él debe coronar nuestras victorias. El espíritu maligno puede muy bien ladrar, aullar, amenazar, dice san Agustin, pero no podrá nunca mordernos si nosotros no queremos.

HIMNO DE VÍSPERAS EN EL OFICIO CUADRAGESIMAL,

POR SAN GREGORIO.

Audi, benigne Conditor,
Nostras preces cum fletibus
In hoc sacro jejunio
Fusas quadragenario.

Benigno Criador, oye piadoso
Nuestros ruegos mezclados con el llanto,
Hechos en este ayuno sacrosanto
Del tiempo de Cuaresma misterioso.

Scrutator alme cordium,
Infirma tu scis virium:
Ad te reversis exhibe
Remissionis gratiam.

Tú, que patentes ves los corazones,
Conoces de las fuerzas la flaqueza;
Al que á tí se convierte y endereza,
Te pedimos humildes, le perdones.

Multum quidem peccavimus,
Sed parce confitentibus;
Ad nominis laudem tui
Confer medelam languidis.

Mucho en realidad hemos pecado,
Perdona al que confiesa arrepentido;
Da salud al enfermo desvalido
En honor de tu nombre tan sagrado.

Concede nostrum conteri
Corpus per abstinentiam,
Culpae ut relinquat pabulum
Jejuna corda criminum.

Concédenos que el cuerpo se marchite
Con la abstinencia y falta de alimento,
Para que el corazon de culpa exento
El cebo y el manjar del vicio evite.

Praesta, beata Trinitas,
Consede, simplex Unitas,
Ut fructuosa sint tuis
Jejuniorum munera.
Amen.

Concédenos, Señor, Dios Trino y Uno,
Que sean á tus siervos provechosos,
Meritorios, aceptos y fructuosos
Estos humildes dones del ayuno.
Amen.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam annua quadragesimali observatione purificas: praesta familiae tuae: ut quod à te obtinere abstinendo nititur, hoc bonis operibus exequatur. Per Dominum...

Ó Dios, que purificais vuestra Iglesia por el sagrado tiempo de Cuaresma que ella observa religiosamente en cada un año; haced que vuestros hijos se esfuercen á obtener por medio de las buenas obras, la gracia que os piden por su abstinencia. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo VI *de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Exhortamur vos, ne in vacuum gratiam Dei recipiatis. Ait enim: Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies sa-

Hermanos mios: Os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios. Porque nos dice: Os he oido en el tiempo de gracia, y os he ayudado en el dia de salud. Hé aquí ahora el tiempo de gracia, ahora son los dias de

lutis. Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum: sed in omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiae à dextris et à sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tamquam nihil habentes, et omnia possidentes.

salud. No demos á ninguno motivo alguno de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio: mostrémonos al contrario en todo tales como deben ser los ministros de Dios, manifestando mucha paciencia en las tribulaciones, en las miserias, en las angustias, en las llagas, en las prisiones, en medio de las sediciones, entre los trabajos, por las vigilias, por los ayunos, por la castidad, por la ciencia, por la constancia en sufrirlo todo, por la dulzura, por la virtud del Espíritu Santo, por una caridad sincera, por la palabra de verdad, por el poder que viene de Dios, por las armas de la justicia á derecha é izquierda; ya estemos tratados con honor, ó con abyeccion; ya seamos difamados ó tengamos buena reputacion; como si fuésemos tenidos por seductores, por mas veraces que seamos; como si fuésemos desconocidos, aunque todos nos conozcan; como prontos á morir, no dejando de vivir; como gentes á quienes se castiga, pero no se mata; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo á muchos; como quien no tiene nada, y todo lo posee.

REFLEXIONES.

Os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios. Nada hay tan importante ni tan precioso como la gracia; es el precio de la sangre y de la muerte de Jesucristo: luego es de un precio infinito; sin ella las acciones mas laudables no tienen mérito para el cielo; con ella las menos brillantes son preciosas. Ella es aquella semilla divina que tiene la virtud de producir el céntuplo para la bienaventurada eternidad, es aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. La gracia es propiamente el talento dado á todos, puesto que sin ella no se puede hacer bien alguno, aunque dado mas ó menos liberalmente, conforme á la sabiduría y á la economía admirable de la divina Providencia. Que se reciba poca ó mucha, la obligacion indispensable de hacerla valer es la misma para todos. El siervo bueno y fiel que no ha negociado mas que con los dos talentos que habia recibido, es tan alabado y á proporcion tan recompensado como el que habia granjeado con los cinco y aun con los diez. Mas la prision de las tinieblas es el patrimonio del siervo infiel, que habiendo recibido uno, lo enterró, y así lo hizo infructuoso por su pereza. ¡Qué pérdida, buen Dios, mas temible y de mayor consecuencia que la de la

menor de las gracias! ¡Cuántos hay reprobados por haber recibido en vano este precioso don! La falta de fidelidad y de correspondencia á una inspiracion santa, á un piadoso movimiento interior, á una gracia pasajera, no condena precisamente por sí misma, puesto que no siempre es un pecado grave; pero algun dia se verá que aquella pequeñita centella era la que debia encender en el corazon el fuego divino que debia haberle abrasado; se verá que aquella pequeña luz que apagamos debia ser seguida de una gran luz, de que nos hemos privado. Se verá que esta gota de agua que se ha dejado secar, debia ser en los designios de la Providencia una fuente inagotable, sola capaz de refrigerarnos, la cual debia saltar hasta la vida eterna. Ella era como el primer anillo que junto á los demás debia formar el encadenamiento de toda la economía de nuestra salud: se ha dejado caer, por decirlo así, este primer anillo, y con él ha caido toda la cadena. ¡Qué desgracia hubiera sido para la Samaritana, si no hubiese ido á sacar el agua en el momento que el Salvador estaba sentado al borde de la fuente! ¡Qué desgracia para los reyes Magos, si en el momento que vieron la estrella, hubiesen hecho lo que tantos otros, que habiendo advertido este nuevo fenómeno, no se cuidaron de penetrar su sentido y mucho menos de seguirle! ¡Qué desgracia en fin para los Apóstoles mismos, si en el instante en que el Salvador les llamaba, hubiesen dejado para otro dia el responder á la vocacion! Hay momentos felices en la vida, en que la luz de la gracia luce, en que se deja oir la voz del divino Pastor: no perdamos de vista de cuánta consecuencia es para nuestra salvacion el no recibir esta gracia en vano. Si el ciego que estaba cerca de Jericó no se hubiera aprovechado del momento afortunado en que Jesucristo pasaba, ¡ah! él hubiera vivido y hubiera muerto ciego; y si la mujer Cananea hubiese deferido á las amonestaciones poco saludables de los que trataban estobarla el que importunase al Salvador, jamás hubiese obtenido su conversion, ni la curacion de su hija. Dios es bueno, Dios es misericordioso en todo tiempo; pero no todos los tiempos son igualmente destinados para el triunfo de su misericordia. Hay tiempos de gracia, hay dias de salud; tal es por excelencia el santo tiempo de Cuaresma. Conozcamos bien cuánto importa aprovechar este santo tiempo.

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, capítulo IV.

In illo tempore: Ductus est Jesus in desertum à Spiritu, ut tentaretur

En aquel tiempo: Fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser

à diabolo. Et cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, postea esuriit. Et accedens tentator, dixit ei: Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant. Qui respondens, dixit: Scriptum est: Non in solo pane vivit homo; sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. Tunc assumpsit eum diabolus in sanctam civitatem, et statuit eum super pinnaculum templi, et dixit ei: Si Filius Dei es, mitte te deorsum. Scriptum est enim: Quia Angelis suis mandavit de te, et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. Ait illi Jesus: Rursum scriptum est: Non tentabis Dominum Deum tuum. Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde: et ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum, et dixit ei: Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me. Tunc dicit ei Jesus: Vade, Satana. Scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies. Tunc reliquit eum diabolus: et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei.

tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre. Y llegándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. Jesús le respondió, diciendo: Está escrito que no es el pan solo el que mantiene la vida del hombre, sino tambien toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo le llevó á la ciudad santa, y poniéndole sobre lo mas alto del templo, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque está escrito: Que ha encargado á sus Ángeles que cuiden de tu persona, que te lleven en sus manos, para que las piedras no ofendan á tus piés. Respondióle Jesús: Igualmente está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. El diablo le tomó todavía y le llevó á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, con toda su gloria, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote me adorares. Entonces le dijo Jesús: Retírate, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. Entonces le dejó el diablo, y en el mismo momento vinieron los Ángeles, y le sirvieron.

MEDITACION.

Sobre las tentaciones.

Punto primero. — Considera que nuestra vida es una guerra continua con enemigos tanto mas temibles, cuanto que atacan á nuestra salvacion, y son sumamente astutos para hacerlo. Estos enemigos son lisonjeros, dulces, insinuantes, arteros, y cuási todos domésticos. Inclinaciones viciosas, natural avieso, pasiones nacidas con nosotros, amor violento del placer, codicia, concupiscencia, un corazon corrompido, cuyo espíritu es siempre el engaño; sentidos sobornados, que tan fácilmente seducen al corazon, objetos que tientan, ejemplos que autorizan el vicio, y que favorecen tanto la inclinacion; ¿es extraño, con todo esto, que durante la vida todo sea peligro, todo tentacion, todo lazo? El demonio que ha jurado nuestra perdicion no duerme jamás, y mucho menos se cansa. Él no presenta mas que

placeres, no pide mas que el consentimiento, no nos ataca mas que por el lado mas flaco. Nuestra resistencia no le abate; solicita, urge, y como está de inteligencia con el corazon, el amor propio y los sentidos, al fin persuade. No hay edad en que no sea poderoso. En la juventud enciende sus fuegos; en una edad mas madura multiplica las ocasiones; la vejez cuási no obra mas que por sus hábitos. Todo torrente se engruesa á medida que se aleja de su fuente; puede decirse muy bien hoy, que la infancia no es ya la edad de la inocencia. La corrupcion del corazon parece prevalerse en el dia de la debilidad de la razon. No hay lugar alguno en donde la tentacion no se deslice, y en donde no haga estrago. Como nosotros mismos somos nuestros mas peligrosos tentadores, la tentacion se halla en todas partes á donde nosotros vamos. Soledad sombría, desiertos espantosos, claustros rodeados de cercas y murallas, provistos de toda especie de armas y de municiones: en todas partes donde nos hallamos nosotros, allí está el enemigo de nuestra salud. Desgraciado el que cuente demasiado con su valor ó con sus resoluciones; el que no añada la oracion á la vigilia continua. La gracia, en verdad, es siempre mas fuerte que la tentacion; pero ¿cómo se resiste á la tentacion, cuando hay tan poco interés por esta gracia, cuando se cuida tan poco de pedirla sin cesar al Señor, cuando hasta se resiste á todas las impresiones de la Gracia? ¿Cómo se resiste á la tentacion, cuando se expone uno voluntariamente á ella, cuando se la busca? Los lugares mas retirados, los mas santos estados de la vida, las comunidades mas regularizadas, no son abrigos ni asilos contra la tentacion; y gentes medio vencidas por el tentador, ¿se exponen con placer á la tentacion, corren sin armas á los mayores peligros, caminan sin guia y con los ojos cerrados por medio de los mas grandes precipicios? Bailes, espectáculos profanos, asambleas mundanas, entretenimientos delicados, reunion de objetos á cual mas tentadores, ocasiones peligrosas y próximas, ¿respetaréis vosotros la inocencia? Y después que el demonio se ha atrevido á tentar al Hijo de Dios en el mas espantoso desierto, después de un ayuno de cuarenta dias, entre los ejercicios de la piedad mas heróica, ¿estarémos nosotros seguros, no tendrémos nada que temer, ni en el claustro, ni en el mundo?

Punto segundo. — Considera que todas las tentaciones son peligrosas; pero las mas temibles son las domésticas, estas son las mas delicadas y menos tumultuosas, y de las que se desconfia menos: ra-

ras veces ataca el demonio á fuerza abierta y con gran ruido. Obrar con tanto estruendo es advertir al enemigo. Entonces se guarda, toma sus precauciones, se pone en defensa. El enemigo de la salud es muy hábil y muy astuto para que obrase con tal torpeza; observa el tiempo en que uno vive mas confiado, está atento á las circunstancias del lugar, aprovecha las ocasiones, prepara con cuidado los objetos, estudia el natural, el espíritu, las inclinaciones, el humor, la propension, y sobre todo la pasion dominante; y este es el resorte principal de que se sirve. Ninguna de estas tentaciones afectadas deja de tener un motivo plausible y especioso, siempre conforme á la pasion que domina. No son mas que conversaciones de cortesía, de correspondencia, de civilidad, las que insensiblemente hacen tragar el veneno que mata al alma. Pretendidas obligaciones de sostener con esplendor un empleo, un estado, una familia, son las que hacen emprender un comercio injusto, tomar á manos llenas, sacrificar su conciencia á sus propios intereses. La nombradía que se tiene, el rango en que uno se halla, el cargo que se desempeña, un establecimiento que se quiere plantear, es siempre el pretexto que autoriza las asambleas mundanas, de las que nunca se sale sin menoscabo del espíritu cristiano, los espectáculos profanos á los que jamás se asiste sin pecado, el juego, en donde la pérdida menor es la del tiempo. Aun en los mismos que son inclinados á la piedad se ve por lo comun que la devocion está, por decirlo así, ingerida en el natural. De aquí tantas ilusiones, tanto orgullo, tanto mal humor, tanta sensualidad en aquellas personas que se creen y que se llaman devotas. Alguna vez se encuentra el celo, junto con un temperamento vivo, bullicioso, vanidoso, disipado. ¡Buen Dios, qué lamentable disipacion! ¡qué alejamiento del retiro y de la oracion! ¡qué apego al propio parecer! ¡qué desarreglo en su interior! ¡qué indiferencia con respecto á las obligaciones ordinarias de su estado y de la regla! Y hé aquí las tentaciones mas temibles, y de las que sin embargo se desconfia menos; tentaciones que pierden á tantas almas.

Concededme, Señor, la desconfianza saludable de mi entendimiento, de mi corazon, y de mi amor propio, y cuanto mas sutil, artificiosa y delicada sea la tentacion, tanto mas resuelto estoy yo, mediante vuestra gracia, á velar, temer y orar.

Jaculatorias. —Yo espero, Señor, que con el auxilio de vuestra gracia evitaré tantos peligros, y apoyado en vuestra asistencia no habrá dificultades que yo no rompa. (*Psalm.* XVII).

Dad, Señor, una señal brillante de vuestra bondad conmigo; vean mis enemigos que me socorreis, y queden con esto ellos mismos cubiertos de confusion. (*Psalm.* LXXXIII).

PROPÓSITOS.

1 No atribuyamos siempre al demonio nuestras caidas: por grande que sea su malicia, nuestra derrota en las tentaciones no es siempre obra suya; nosotros mismos nos tentamos muchas veces; mas peligrosamente y con mas malignidad que él lo haria. ¿Para qué quiere emplear sus armas contra gentes que en su fondo se alimentan del contagio que las debe hacer perecer, y que son mas industriosas para emponzoñarse, que él solícito y empeñado para perderlas? ¿Qué necesidad tiene de encender un fuego que jamás está extinguido, que se nutre con empeño, y que arde sin cesar? Se corre á los espectáculos, al teatro, á los entretenimientos escandalosos, á las reuniones donde reina el vicio sin disfraz; las mas licenciosas diversiones constituyen hoy una de las mas serias ocupaciones de las gentes del mundo. El lujo ostenta todos los dias todo lo que hay de mas tentador, causa rubor el nombre de cristianos; y después de esto ¿habrá quien se atreva á decir que el demonio nos tienta? Huid con ardor de todas estas ocasiones de pecado. Sed continuos en la oracion, mortificad vuestros sentidos, domad vuestras pasiones, vivid como cristianos, y la tentacion será para vosotros un motivo de victoria y de mérito.

2 No os expongais al peligro, y no pereceréis en él. Desconfiad siempre de vuestro natural, y mirad como vuestro principal enemigo á vuestro amor propio. Por mas santo que sea vuestro estado, desconfiad de vuestro propio corazon. Las mejores tierras abundan regularmente en malas yerbas si les falta la cultura. Si os hallais en el estado religioso, guardad con puntualidad vuestras reglas; desconfiad de un celo demasiado impetuoso; observad con exactitud todas vuestras prácticas de piedad; no descuideis el exámen de conciencia; aprovechad el uso de los Sacramentos. Con estas sabias precauciones, pidiendo continuamente el socorro del cielo, las tentaciones léjos de dañar vuestra virtud la purificarán.

LUNES PRIMERO DE CUARESMA.

Como nada hay mas á propósito para animar los fieles á la penitencia, al ejercicio de las buenas obras y á la reforma de las costum-

bres que el temor de los juicios de Dios; la Iglesia siempre atenta al bien de sus hijos les hace en el Evangelio de este dia una pintura viva y espantosa del último juicio, que Dios debe hacer al fin del mundo; pero al mismo tiempo templa este temor con el retrato que nos presenta en la Epístola del buen Pastor, extraordinariamente solícito de sus ovejas, y que nada deja de hacer para impedir que perezcan. Si el Evangelio inspira un santo temor, la Epístola reanima la confianza, y el uno y la otra sirven maravillosamente para estimular á que se principie con ánimo y con alegría la penosa carrera de la penitencia. Esto es lo que la Iglesia parece proponerse en esta primera semana. El temor sin la confianza conduce á la desesperacion, y la confianza sin el temor inspira la presuncion.

La misa comienza por aquellas hermosas palabras del salmo CXXII: Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de su señor, cuando esperan en el socorro de sus necesidades; así nuestros ojos están puestos en el Señor nuestro Dios, hasta que se digne tener lástima de nosotros.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo XXXIV de Ezequiel, en donde habiendo el Profeta declamado vivamente contra los malos pastores de Israel, promete de parte del Señor un pastor único, que reunirá sus ovejas, y las conducirá á los mejores pastos. Describe aquí los cuidados y el empeño con que, no fiándose ya de los siervos que habia enviado para apacentarlas, viene él mismo en persona á conducir el rebaño: yo mismo vendré, dice el divino Pastor, á buscar mis ovejas, y yo mismo las visitaré. Yo las reuniré de todas partes, en donde habian estado dispersas en los dias de tinieblas y de oscuridad, esto es, en el tiempo de las persecuciones y de las pruebas. Durante los dias de oscuridad y de nieblas es fácil que las ovejas se extravien y se pierdan. Los lobos se aprovechan siempre de las tinieblas de la noche para robar y devorar. Yo mismo apacentaré mis ovejas, continúa el Profeta; yo mismo las haré reposar, dice el Señor nuestro Dios. Yo iré á buscar las que estaban perdidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortificaré las que estaban flacas, conservaré las que estaban gruesas, y las conduciré en la rectitud y en la justicia. ¿Quién no ve que es el mismo Salvador, soberano Pastor de nuestras almas, el que habla? pero ¿hay ninguna cosa en toda la Escritura que sea mas á propósito para excitar el amor y la confianza en este divino Pastor, que ha hecho su retrato en esta Epístola, así como el que él mismo ha hecho en el Evangelio del buen Pastor?

Si esta Epístola debe animarnos, el Evangelio de este dia debe hacernos temer. Dos dias antes de la última Pascua que el Salvador celebró con sus discípulos, habiendo venido al templo, después de haber confundido á los escribas y á los fariseos, instruyó al pueblo sobre las verdades mas importantes de la Religion, y sobre diversos puntos de moral. Entre las diversas instrucciones que dió al pueblo, se extendió mucho sobre el juicio último, y les hizo de él una pintura muy viva. En aquel gran dia, les decia, el que ahora no aparece mas que Hijo del hombre, será reconocido Hijo de Dios, porque vendrá con todo el resplandor de su gloria, acompañado de sus Ángeles. Se sentará sobre el trono de su majestad, y todos los pueblos de la tierra comparecerán delante de él, como delante de su rey y de su juez. ¡Qué diferencia, buen Dios, entre Jesucristo naciendo en un establo, y muriendo en una cruz, y Jesucristo revestido de gloria, acompañado de todos los Ángeles, sentado sobre una nube resplandeciente que le sirve de trono, viendo á todos los hombres á sus piés, que esperan su decision sobre su eterna suerte! Nosotros reconocemos dos venidas de Jesucristo, que la Iglesia nos propone como dos grandes objetos de nuestra fe, y sobre las cuales rueda, por decirlo así, toda la religion cristiana. Ha venido este Dios-hombre en el misterio adorable de su Encarnacion; y debe todavía venir en el dia terrible de su juicio universal. En la primera venida ha tomado la cualidad de Salvador; pero en la segunda tomará la cualidad de Juez. Si la justicia humana inspira tanto pavor, ¿qué no debe temerse de la justicia divina? En aquel momento los hombres desengañados de las ilusiones de la mentira, abriendo en fin los ojos á la verdad, libres de las preocupaciones que retienen á la fe y la razon como esclavas, verán brillar sobre las nubes la majestad de su Juez soberano. Los grandes del mundo confundidos entonces con sus mas viles vasallos; los dichosos del siglo mezclados con el pueblo mas abyecto, descubrirán el vacío y la nada de todas las grandezas de la tierra. Entonces el hereje convencido de sus errores; el mundano desengañado de sus falsos placeres; el libertino persuadido de su quimérica felicidad; todos cubiertos de una amarga confusion, todos espantados con la memoria opresora de sus crímenes, se estremecerán, crujirán los dientes, desearian no haber existido jamás, ó haber sido aniquilados antes de este dia terrible de cólera. Pero antes de pronunciar la sentencia decisiva de su felicidad, ó de su desgracia eterna, continúa el Salvador, este soberano Juez los separará á todos los unos de los otros, lo mismo que el pastor que teniendo

reunido su rebaño, pone las ovejas á una parte, y los cabritos á otra. Colocará los buenos á su derecha, y á estos llamará ovejas suyas, á causa de su inocencia. Á su izquierda serán puestos los malos, á quienes compara con los cabritos, animales sucios y lascivos, á causa de la corrupcion de sus costumbres, y de la fealdad de su alma. *Contad, pesad, separad,* decia aquel decreto mudo que el impío Baltasar vió grabado en la pared de su palacio, cuando se entregaba á su mas suntuosa glotonería: hé aquí la forma y como el compendio del juicio último. Durante esta vida ignoramos el número de nuestros pecados, le disminuimos, los confundimos aun con nuestras virtudes aparentes; en el tribunal de Dios, á los piés de este soberano y temible Juez nuestros pecados aparecerán con toda claridad. Al presente ignoramos su número; entonces ni uno solo escapará á este severo exámen, que será como la primera parte del último juicio. *Contad.* Disminuimos su peso y su gravedad; *pesad,* dirá el Juez, y comprended toda la enormidad y la malicia de ellos. Confundimos al presente los pecados con nuestras pretendidas virtudes, para cubrir los unos con las otras, y tranquilizarnos con esto. Entonces, *separad,* dirá el Juez, lo que habeis confundido hasta aquí; tiempo es ya de que se quite á los pecados la máscara, y sean despojados de las exterioridades hipócritas. Job nos representa á Dios como un acreedor severo que no deja escapar nada, y nosotros unos deudores descuidados, insensatos, de mala fe; de dia en dia acumulamos deudas, sin apurarnos por satisfacerlas; y midiendo la extension infinita del entendimiento de Dios por la flaqueza del nuestro, porque nosotros perdemos la memoria de nuestros pecados, nos figuramos que Dios los olvida, ó que no los mirará sino como nosotros los miramos. No se duda, conforme al pasaje de Joel, que el teatro de este dia terrible debe ser el valle de Josafat. *Yo juntaré un dia todos los pueblos,* dice el Profeta, *y los llevaré al valle de Josafat, en donde entraré en juicio con ellos.* Los Setenta leen el valle del juicio. El venerable Beda coloca este valle entre Jerusalen y el monte de las Olivas. Allí en medio del silencio profundo y de la consternacion de todos los hombres, este Rey de reyes, este Juez soberano dirá á los que estarán á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que se os ha preparado desde la creacion del mundo.* ¡Qué alegría, dice san Crisóstomo, qué consuelo, qué honor en estas palabras para aquellos á quienes irán dirigidas! Jesucristo no les dice: recibid el reino, sino poseedle como heredad vuestra, como una herencia que os toca, que habeis recibido de vuestro Padre, y que se os debe en

todo tiempo; porque yo os la he preparado aun antes que estuviéseis en el mundo; porque yo sabia en toda la eternidad que seríais lo que sois, y que siendo fieles á la Gracia, habríais conservado la caridad. Porque he tenido hambre y me habeis dado de comer; lo cual, segun san Agustin, es como si Jesucristo dijese: Vosotros érais deudores á la justicia divina, porque habeis pecado; entrad, sin embargo, en mi reino, yo os hago misericordia, porque he tenido hambre y me habeis dado de comer. No os abro, pues, el cielo, porque no hayais nunca pecado, sino porque con vuestras limosnas habeis redimido vuestros pecados. En vano es uno acusado por sus pecados, dice san Pedro Crisólogo, cuando se excusa con el pobre: dando al pobre se hace uno un deudor de su mismo juez. Después dirigiéndose á los que estarán á la izquierda: *Id, malditos, léjos de mí,* les dirá con un tono fulminante, *id al fuego eterno que está preparado para el demonio y para sus ángeles.* Como si Jesucristo les dijese, segun san Crisóstomo: No soy yo el que os ha preparado este fuego. Lo que yo os habia preparado era un reino; solo para los demonios estaban preparadas estas llamas. Vosotros solos debeis acusaros de vuestra desgracia; vosotros os habeis precipitado voluntariamente en estos abismos. Y ¿quién al oir esto encontrará demasiado largos los ayunos de Cuaresma, y duro el rigor de la penitencia? *Id al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles.* Notemos que no habla del suplicio eterno, como ha hablado de la recompensa eterna: *que os ha sido preparado desde la creacion del mundo;* porque el fuego eterno y la condenacion no han sido nunca su primera idea, ni su primer designio; condena á los pecadores á este último suplicio, dice san Crisóstomo, en cierto modo, á pesar suyo. La muerte, dice el Sabio, ha entrado en el mundo únicamente por la malicia del demonio; Dios no se complace en la pérdida de los malos. Los pecadores se atraen la muerte y los suplicios eternos por su pura malicia; ninguno perece sino aquel que quiere perecer. Se ha dicho ya en otra parte, y nunca se dirá bastante, que los Santos deben á la misericordia de Dios y á los méritos de Jesucristo su salvacion y la gloria de que gozan en el cielo; mas ninguno de los reprobados hay que no sea el artífice de su reprobacion eterna: la reprobacion es la obra del hombre pecador, y esta verdad no será por toda la eternidad el menor de los sentimientos de las almas reprobadas. Jesucristo castiga á los malos con fuego, y con un fuego eterno; y este fuego no es quimérico, ni alegórico y pasajero, sino un fuego real, corporal, que no se extinguirá jamás. El suplicio de los malos no ten-

drá fin ni disminucion; obrará eternamente sobre su alma y sobre su cuerpo; y como serán eternamente culpables, serán eternamente castigados. ¡Buen Dios! ¡quién no se estremece á la sola idea de una eternidad desgraciada! ¡quién puede sostener mucho tiempo este pensamiento! Sin embargo, se expone uno á ella á todas horas por el interés mas ligero, por un falso placer de un momento, por la satisfaccion mas pequeña.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Converte nos, Deus salutaris noster: et ut nobis jejunium quadragesimale proficiat, mentes nostras coelestibus instrue disciplinis. Per Dominum...

Convertidnos, ó Dios Salvador nuestro, y para que el ayuno de Cuaresma nos sea provechoso, ilustrad nuestras almas con celestiales instrucciones. Por Nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del capítulo XXXIV *del profeta Ezequiel.*

Haec dicit Dominus Deus: Ecce ego ipse requiram oves meas, et visitabo eas. Sicut visitat pastor gregem suum in die, quando fuerit in medio ovium suarum dissipatarum: sic visitabo oves meas, et liberabo eas de omnibus locis, in quibus dispersae fuerant in die nubis et caliginis. Et educam eas de populis, et congregabo eas de terris, et inducam eas in terram suam, et pascam eas in montibus Israël, in rivis, et in cunctis sedibus terrae. In pascuis uberrimis pascam eas, et in montibus excelsis Israël erunt pascua earum: ibi requiescent in herbis virentibus, et in pascuis pinguibus pascentur super montes Israël. Ego pascam oves meas; et ego eas accubare faciam, dicit Dominus Deus. Quod perierat, requiram; et quod abjectum erat, reducam; et quod confractum fuerat, alligabo; et quod infirmum fuerat, consolidabo; et quod pingue et forte, custodiam: et pascam illas in judicio, dicit Dominus omnipotens.

Hé aquí lo que dice el Señor nuestro Dios: Yo mismo vendré á buscar mis ovejas, y las visitaré. Como un pastor hace la revista de su rebaño, cuando ve sus ovejas dispersadas, así tambien yo visitaré á mis ovejas, y las libraré de los lugares por donde andaban dispersas en los dias de nubes y de oscuridad. Yo las sacaré de entre los pueblos idólatras, las reuniré de diversos países, y las haré volver á su propia tierra; las haré pastar en las montañas de Israel, en las riberas de los arroyos y en todos los sitios habitables del país. Las apacentaré en los pastos mas fértiles, y las altas montañas de Israel serán el lugar de su apacentamiento; ellas reposarán allí sobre la verde yerba, y se apacentarán en las montañas de Israel con los pastos mas pingües. Yo mismo apacentaré mis ovejas, y yo haré que descansen, dice el Señor nuestro Dios. Yo buscaré las que estaban perdidas, y levantaré las que estaban caidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortificaré las que estaban flacas, conservaré las que estaban gruesas y fuertes, y las conduciré en la rectitud y la justicia, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Yo mismo apacentaré mis ovejas, iré á buscar las que estaban perdidas, levantaré las que estaban caidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, etc. ¿Podia el Profeta hacer un retrato mas semejante de Jesucristo buen Pastor? y ¿no es toda esta Epístola la pintura mas justa de él? ¡Qué cuidado no se toma por volver á llevar al aprisco sus ovejas que se han extraviado durante los dias de nubes y de oscuridad! Nuestro corazon es un fondo de donde nacen muchas nieblas, y nuestras pasiones levantan en él muchas nubes. El alma se halla muchas veces en la oscuridad, y no se necesita mas que una pasion dominante para oscurecerlo todo. ¡Cuántos pasos falsos en medio de las tinieblas! ¡qué modos de obrar tan engañosos! La pasion, cualquiera que sea, lleva siempre mas léjos de lo que se queria ir; la noche impide que se perciba cuánto se extravia uno. Esos excesos de disolucion, esos monstruos de irreligion y de impiedad, esas ruidosas rebeliones contra la Religion, ese tenaz endurecimiento en el error, esas detestables herejías, que han desolado el rebaño, que han arruinado los reinos mas florecientes, y que hacen todavía gemir á toda la Iglesia, todos esos espantosos desarreglos en materia de religion y de costumbres son el efecto de algunos pasos falsos durante las tinieblas. No se ha advertido este horrible extravío hasta que ha apuntado el dia. Se hace mucho camino, cuando no se deja de andar en toda la noche. Se atraviesan vallados, barrancos, arroyos, cuando se camina en las tinieblas fuera del camino real: la débil luz de las estrellas, el dia mismo no encamina ya, cuando se ha ido mas allá de donde se iba, y cuando no tiene uno mas que su propio parecer por guia. La ceguera espantosa de los judíos, el lamentable extravío de tantos pueblos paganos, las tristes extravagancias de tantos herejes son una prueba deplorable de esto. No hay ninguno que se propusiese ir tan léjos en el nacimiento de su error; pero la pasion no tiene límites. Admiremos la bondad, la misericordia, el amor de este amable Pastor. Nada omite el Salvador divino para volver á traer todas las ovejas extraviadas. Las busca él mismo para reunirlas, quiere conducirlas á los mejores pastos: yo mismo las haré reposar, dice el Señor. Hé aquí cómo trata el buen Pastor á sus ovejas que se habian perdido, y cómo va él mismo á buscarlas; no se sirve de amenazas, ni las reprende con amargura de su extravío. Su dulzura, su bondad, el gozo que tiene por haberlas traido, le inspiran una conducta mucho mas obligante. Levanta á aquellas que

habian caido, y las carga él mismo sobre sus espaldas para ahorrarlas el trabajo de caminar: venda las llagas de las que estaban heridas. ¿Qué Padre mas tierno? ¿qué Pastor mas diligente? ¿qué Médico mas compasivo, mas caritativo? y después de esto ¿puede el pecador, por mas extraviado que esté, por mas criminal que sea, dejar de tener confianza en la misericordia de un Salvador semejante? y ¿deberá hacerse sordo á la voz de un pastor tan bueno? ¿deberá obstinarse en sus extravíos? ¿deberá rehusar el volver al redil, después de tantas amorosas invitaciones, solicitaciones é impresiones de la gracia? Si la bondad de Dios con el pecador es ciertamente incomprensible, ¿es mas fácil comprender la malicia y la impía tenacidad de un pecador que difiere el convertirse?

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, capítulo XXV.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum venerit Filius hominis in majestate sua, et omnes Angeli cum eo, tunc sedebit super sedem majestatis suae: et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hoedis: et statuet oves quidem à dextris suis, hoedos autem à sinistris. Tunc dicet Rex his, qui à dextris ejus erunt: Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi. Esurivi enim, et dedistis mihi manducare: sitivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me. Tunc respondebunt ei justi, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, et pavimus te? sitientem, et dedimus tibi potum? quando autem te vidimus hospitem, et collegimus te? aut nudum, et cooperuimus te? aut quando te vidimus infirmum, aut in carcere, et venimus ad te? Et respondens Rex, dicet illis: Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. Tunc dicet et his, qui à sinistris erunt: Discedite à me, maledicti, in

En aquel tiempo: Dijo Jesús á sus discípulos: Cuando viniere el Hijo del hombre rodeado del esplendor de su majestad, y todos los Angeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su grandeza, y todas las naciones se reunirán delante de él, y separará los unos de los otros como un pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará las ovejas á su derecha, y los cabritos á su izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me habeis dado de beber; no tenia en donde alojarme, y me habeis recogido en vuestra casa; estaba desnudo, y me habeis vestido; enfermo, y me habeis visitado; entre prisiones, y habeis venido á verme. Entonces le responderán los justos, y le dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos? ¿sediento y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos sin hospedaje y te recogimos en nuestra casa? ¿ó cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte? Y el Rey les responderá: En verdad os digo, que cuantas veces hicísteis todo esto con uno de mis hermanos mas pequeños, lo habeis hecho conmigo mismo. Entonces dirá tambien á los que estarán á su izquierda: Id léjos de mí, malditos, al fuego eterno, que ha sido preparado para el demonio y para sus ángeles;

ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus. Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare: sitivi, et non dedistis mihi potum: hospes eram, et non collegistis me: nudus, et non cooperuistis me: infirmus, et in carcere, et non visitastis me. Tunc respondebunt ei et ipsi, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, aut sitientem, aut hospitem, aut nudum, aut infirmum, aut in carcere, et non ministravimus tibi? Tunc respondebit illis, dicens: Amen dico vobis: Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis. Et ibunt hi in supplicium aeternum: justi autem in vitam aeternam.

porque tuve hambre, y no me dísteis de comer; tuve sed, y no me dísteis de beber; no tenia donde alojarme, y no me dísteis abrigo; estaba desnudo, y no me vestísteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitásteis. Dirán tambien ellos á su vez: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó sin hospicio, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te hemos asistido? Entonces él les responderá: De verdad os digo, que toda vez que dejásteis de hacerlo con el menor de estos, me lo negásteis á mí. É irán estos á los suplicios eternos, y los justos á la bienaventuranza eterna.

MEDITACION.

Del juicio universal.

Punto primero. — Considera que no es lo que precederá inmediatamente al juicio último lo que le hace espantoso y temible. La caida de las estrellas, los eclipses de la luna y del sol, el incendio general que abrasará toda la tierra, la confusion de todos los elementos, que reducirá el mundo á un nuevo caos, todos estos fenómenos prodigiosos, estas ruidosas señales, que sorprenderán á toda la naturaleza, y que formarán como el aparato y el preludio del último juicio, inspirarán el espanto, harán temblar de miedo al ánimo mas intrépido, todo esto producirá un pavor general; mas este aparato no durará mucho, solo inspirará sobresalto, no el sentimiento ni la confusion. Lo que hace el juicio último tan espantoso, tan horroroso, tan terrible, es el juicio mismo; exámen rigoroso de todos los pecados de la vida, manifestacion de las conciencias, sin que puedan sustraerse del conocimiento, ni de la vista de todo el universo, la menor falta, la mas ligera circunstancia, el motivo mas sutil, la menor imperfeccion. ¡Qué confusion! ¡qué vergüenza! Si los crímenes secretos, que con tanta solicitud se procuran ocultar á los ojos del público durante esta vida, se descubriesen é hiciesen públicos en toda una ciudad, en toda una provincia, ¡buen Dios, qué confusion, qué pesadumbre! En el dia del juicio se desenvolverán todos los pliegues y repliegues de la conciencia; serán puestos en claro todos los misterios de iniquidad; todas las envidias secretas, las venganzas disi-

muladas, las pasiones vergonzosas, cubiertas alguna vez con una máscara de reforma, de modestia, de celo, de piedad, se mostrarán con toda su malignidad á los ojos de todos los hombres, desde Adan hasta el último que hubiere espirado sobre la tierra. Y no solo se manifestarán los pecados cometidos en la última edad, sino tambien todos los de la vida desde el primero de que nos hicimos culpables, desde el primer momento en que tuvimos el uso de la razon, hasta nuestro último suspiro; los pecados olvidados, los pecados excusados, los pecados cuási imperceptibles. No solo nuestros pecados graves, nuestros pecados propios, nuestros pecados efectivos y positivos, sino tambien los pecados que se han escapado á nuestra atencion y á nuestra confesion; los pecados ligeros, los pecados de omision, los pecados de otro. ¡Buen Dios! ¿quién tendrá serenidad y fortaleza bastante para sostener esta horrible investigacion, esta manifestacion de las conciencias, este conocimiento claro y distinto de la malicia, de la gravedad, de la enormidad de cada pecado? Durante esta vida no tenemos mas que una idea confusa, una idea imperfecta, una idea débil, superficial, una semi-idea de la naturaleza, de la malignidad del pecado; en el último juicio el genio mas limitado, el entendimiento mas grosero, el mas inútil, será vivo, penetrante, despejado, y formará una idea justa y perfecta de toda la malicia, de toda la iniquidad de cada pecado; esta sola vista será uno de los mas espantosos y aterradores objetos que allí se descubrirán. Á este conocimiento claro y distinto de la malicia y de la fealdad del pecado se agregará la comparacion odiosa é importuna de la bondad, de la misericordia infinita de un Dios, y de sus innumerables beneficios, con nuestra negra y escandalosa ingratitud. Comparacion de la grandeza y de la majestad inefable de un Dios, con el menosprecio con que la hemos mirado; comparacion de aquella grandeza infinita con nuestra nada; comparacion de su omnipotencia con nuestra bajeza. Comprended, si es posible, la confusion, la indignacion contra nosotros mismos, el sentimiento, el despecho, el dolor y el suplicio que causará en una alma este conocimiento, esta confesion.

Punto segundo.—Considera qué tormento, qué temblor, qué desesperacion, qué rabia causará en los reprobados su separacion de los elegidos, que seguirá á esta conviccion y á este exámen: cuando vendrán los Ángeles á sacar de entre la multitud confusa de todos los mortales, los dichosos predestinados para colocarlos á la derecha del soberano Juez, mientras que pondrá á la izquierda las víctimas des-

graciadas de la justicia divina para ser condenadas al fuego eterno del infierno. Con qué ojos, con qué sentimiento se verán aquel padre y aquella madre, separados para siempre, y con una suerte tan diversa, de sus hijos amados; aquellos hijos de su querido padre; aquel esposo de su esposa; aquel príncipe de sus vasallos; aquel grande del mundo de sus favoritos; aquel amigo, aquel conciudadano, de aquellos con quienes habia vivido; aquella persona religiosa, aquel sacerdote, aquel prelado, de su pueblo. Si es para ser colocados á la derecha, ¡buen Dios! ¡qué consuelo, qué alegría, qué triunfo! Pero si es para ser puestos á la izquierda, si es para ser confundidos con la multitud innumerable de paganos, de turcos, de herejes, de malvados, ¡ó Dios! ¡qué cruel desesperacion! ¡qué suplicio! ¡Qué sensacion experimentarán entonces aquellas pobres gentes, despreciables, y en tanta manera despreciadas; aquellas gentes de la hez del pueblo, oscuras, afligidas, perseguidas, si son del número de los predestinados! Todas las ideas de grandeza mundana, de nacimiento ilustre, de riquezas, de empleos brillantes, de prosperidades, representándose como las sombras en la pintura, la memoria entonces de lo que uno ha sido, de lo que es, y de lo que va á ser, fatiga, desespera, y es tanto mas amarga, cuanto que queda mas perseverante, y mas inmutablemente grabada. Comprended, si se puede, el rigor indecible de este espantoso suplicio. Pero representémonos, si es posible, lo que producirá en el alma la sentencia definitiva de este espantoso juicio. Hecho ya el exámen y la separacion; habiéndose hecho cada uno justicia sobre el número y la gravedad de sus pecados; sin vislumbre de esperanza; sin la idea siquiera de ninguna misericordia, porque ya ha pasado el tiempo; el soberano Juez, brillando con el esplendor mas admirable, revestido de toda su majestad, pronunciará aquel decreto fulminante, cuya terrible ejecucion debe durar tanto como Dios mismo: *Id, malditos, léjos de mí al fuego eterno*. Es un Dios el que arroja á los reprobados de su presencia: y ¿dónde puedo yo ir, exclamaba el Profeta, que no os encuentre? *Si bajare al infierno allí estais*. Sí, Dios está en el infierno; pero está allí, no como Padre, no como Salvador, únicos nombres, únicas cualidades que le agradan, sino que está como Juez para castigar eternamente á los condenados; y esta cualidad no es de su gusto, por decirlo así, porque la misericordia es su virtud favorita, y porque no habia criado á nadie para condenarle. *Apartaos de mí*, y en este momento decisivo serán precipitados todos los réprobos en el infierno. ¡Ó Dios! ¿creen esta espantosa verdad los que os ofenden? ¡Ah, Se-

ñor! juzgadme ahora, castigadme con todo el rigor que quisiéreis, sed para mí ahora un Juez severo, para que en el último dia no seais sino mi Salvador.

JACULATORIAS.—¡Ah! Señor, no permitais que sea confundido con los reprobados en aquel dia terrible. (*Psalm.* XXV).

Señor, castigadme en esta vida, y no reserveis mi castigo para el dia de vuestra cólera. (*Psalm.* VI).

PROPÓSITOS.

1 Es admirable que se crea una verdad tan terrible como la del último juicio, y que se viva como viven la mayor parte de los fieles. Los Santos no perdian jamás de vista este dia terrible. San Gerónimo asegura que le parecia oir dia y noche el sonido de aquellas trompetas que harán salir de sus sepulcros á todos los muertos, para presentarse al soberano Juez y oir el decreto de su destino eterno. Practicad vosotros lo mismo; pensad continuamente en este último dia. No os contenteis con tener hoy solo esta importante meditacion; leedla por lo menos una ó dos veces cada semana. No podeis hacer una lectura de piedad mas útil; y tened sin cesar presente á vuestro entendimiento el dia del último juicio.

2 Se queja uno alguna vez, ó á lo menos se admira de ver á la mayor parte de las gentes timoratas en la oscuridad y en la afliccion, al paso que los mas insignes pecadores nadan en la abundancia, viven entre los honores, y todo parece que les prospera. La fe de los incautos se ejercita con frecuencia en esta diferencia de condicion; pero esto mismo debe hacerles conocer la verdad, la necesidad de este juicio último en que las condiciones serán bien diferentes, y en que Dios hará justicia con imparcialidad á los elegidos y á los réprobos. Cuando os viéreis en las adversidades, pensad en el último juicio, asegurad vuestra fe, y reanimad vuestra confianza. Ninguno habrá entonces que no quiera haber tenido parte en las humillaciones y en los sufrimientos del Salvador. Decíos muchas veces con el Apóstol: juzguémonos aquí sin misericordia, á fin de experimentar la divina misericordia en el dia del último juicio.

MARTES PRIMERO DE CUARESMA.

La misa de este dia comienza por el primer versículo del salmo LXXXIX: Señor, que sois antes de todos los siglos, y que seréis

eternamente, Vos habeis sido nuestro refugio en todo tiempo. Segun san Gerónimo, el que habla en este salmo es Moisés. Representa á Dios en él las miserias y la brevedad de la vida del hombre, y le suplica que se reconcilie con su pueblo. Lo que ha inclinado á san Gerónimo y á los que son del mismo parecer que él atribuir este salmo á Moisés, es que tiene por título estas palabras: *Oracion de Moisés, hombre de Dios*. San Agustin y muchos otros no creen que Moisés sea su autor. Se cree que ha sido compuesto durante la cautividad de Babilonia, ó por alguno de los descendientes de Moisés, ó por algun otro, que para hacer este salmo mas respetable quiso poner á su cabeza el nombre de este santo legislador, como piensa el venerable Beda. Sea lo que quiera, pocos salmos hay de un estilo mas elevado, mas devoto, ni mas patético. El autor implora la misericordia de Dios sobre un pueblo afligido y pecador, y funda principalmente su confianza sobre las pruebas que hay de esta misericordia con los pecadores, y sobre la flaqueza del hombre y la brevedad de su vida. Señor, dice, Vos habeis sido nuestro refugio en todo tiempo. Nosotros hemos experimentado tantas veces los efectos de vuestra proteccion y de vuestra misericordia, ó Dios mio, desde que habeis escogido la raza de Abraham para pueblo vuestro, que á pesar de nuestros pecados nos atrevemos todavía á dirigirnos á Vos en el estado miserable en que nos hallamos. No hay una oracion que mejor convenga que esta á los Cristianos en este tiempo de penitencia.

La Epístola está tomada del capítulo LV de la profecía de Isaías, en la cual convida el Profeta á todos los pueblos y á todas las naciones del mundo á la fe y á la penitencia, y declara que Dios es infinitamente misericordioso; que no rechaza á ningun pecador, á menos que el pecador no rehuse su gracia, y que nada desea tanto como nuestra conversion. Que aunque todos los dias de la vida sean dias de misericordia, hay tiempo en que el Señor se rinde con mucha mas facilidad á escuchar los votos, á compadecerse de nuestros extravíos y de nuestras desgracias, á dejarse ablandar mas fácilmente de nuestro llanto, y á perdonarnos nuestros desórdenes. Y ¿quién no ve que este tiempo de indulgencia es la Cuaresma? Buscad al Señor mientras que se le puede encontrar, dice el Profeta; invocadle mientras que está cerca. Á los judíos era á quienes principalmente se dirigia Isaías con estas palabras; y el Espíritu Santo que hablaba por boca de este Profeta, las dirigia generalmente á todos los pecadores. Pueblo judío, apresúrate á recurrir al Señor; invócale mientras que está cerca de tí. Vendrá tiempo, y no está muy léjos, que se reti-

rará de tí, y pasará á los gentiles, y llamarálos á la fe, dejándote en una ceguera y en un endurecimiento deplorable. Precaveos contra esta desgracia; deje el impío su camino, y el injusto sus malos deseos y sus pensamientos criminales; vuelva sin demora al Señor, y él le tratará con misericordia; porque nuestro Dios se complace en perdonar, cuando ve un corazon contrito y humillado. No imagineis, continúa, que Dios piensa como nosotros, y que un simple y estéril proyecto de conversion lo recibe como si fuese una conversion eficaz y sincera. Vosotros creeis que todo está hecho con decir que quereis convertiros. Dios juzga de otra manera que nosotros de la sinceridad de nuestros deseos y de nuestras resoluciones tan frecuentemente ineficaces. Si quereis convertiros verdaderamente, dice el Señor nuestro Dios, mudad de conducta; observad cuál ha sido la mia, y conformad la vuestra con ella. Abandonad vuestros caminos para entrar en los mios: vosotros sois vengativos, violentos, iracundos; y yo soy dulce, compasivo, misericordioso. Volveos, pues, á mí con una entera confianza, y no temais que el número ni la enormidad de vuestros crímenes sean un obstáculo insuperable para recibir el perdon de ellos. No temais que queden sin efecto las promesas que os hago de una entera reconciliacion; antes subirán á lo alto del cielo la lluvia y la nieve, que deje de cumplirse mi palabra. Yo seré tan fiel como generoso en mis promesas, y solo consistirá en vosotros el que tengan su debido cumplimiento. No pongais obstáculo á ellas. Mi palabra es como la lluvia y la nieve que fecundizan la tierra, y hacen brotar el grano que se ha sembrado en ella con tal que esté bien preparada. Así mi palabra no volverá á mí sin fruto, sino que producirá el efecto para el cual la he enviado. ¿Qué cosa mas consolatoria para el pecador? ¿qué cosa mas á propósito para inspirarnos confianza que este pasaje de la Escritura?

No es menos interesante la instruccion que nos ofrece el Evangelio. Viendo Jesucristo que se acercaba el tiempo en que habia determinado acabar la grande obra de la redencion de los hombres, *hizo* su entrada triunfante en la ciudad de Jerusalen cinco dias antes de su muerte. Por el camino habia recibido las aclamaciones de los pueblos que con palmas en las manos le habian salido al encuentro, clamando: *Hosanna al Hijo de David*, esto es, salvad, os rogamos, al Hijo de David; viva el Hijo de David; sean dadas toda suerte de bendiciones y prosperidades al que viene en el nombre del Señor. Cuando hubo entrado ya en Jerusalen, toda la ciudad se puso en movimiento, y todos preguntaban: ¿Quién es ese? Á lo cual respondia

la multitud que venia en rededor de él: Este es Jesús, el Profeta de Nazareth en Galilea. Entró Jesús en seguida en el templo, es decir, en la lonja ó pórtico de Salomon. Allí encontró una especie de mercado, donde se vendia y se compraba sin escrúpulo. En los tiempos de las grandes fiestas, y principalmente en la de la Pascua, se tenia en aquella parte anterior del templo una especie de feria donde se vendian los animales para los sacrificios. San Gerónimo dice que tambien se prestaba allí dinero bajo de caucion á los que no tenian para comprar las cosas necesarias durante la fiesta, de modo que era aquello una especie de cambio ó banco en favor del público. Los sacerdotes que habian dejado introducir esta perversa costumbre, acaso sacaban de ella un gran provecho. Viendo el Hijo de Dios este comercio indigno, se armó de celo y arrojó á todos aquellos mercaderes de iniquidad que profanaban el templo santo, diciéndoles: Está escrito: mi casa será llamada casa de oracion, casa por consiguiente de liberalidad y de gracia, donde se pide, donde se obtiene, donde se derraman los dones del cielo abundantemente sobre los hombres; y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones, donde robais á Dios los homenajes que espera de vuestro reconocimiento; al prójimo la edificacion que espera de vuestra piedad; á vosotros mismos los socorros que debeis á vuestra alma. Vosotros habeis hecho de la casa de Dios una caverna de ladrones, donde cometeis por vuestras usuras toda suerte de latrocinios. Un castigo tan público, tan solemnemente producido, reiterado por dos veces, en tiempos elegidos de intento, y ejercido por la mano del Hijo de Dios, no puede dejarnos duda acerca de la enormidad del crímen. Pero ¿de qué se trataba? se trataba del respeto debido por los hombres á la casa del Señor, y violado por la insolencia de los mismos hombres. Puede decirse que el celo de la casa del Señor hace salir en algun modo al Salvador de su carácter de dulzura, de paciencia, de bondad. En efecto, ver á Jesucristo de quien el Profeta habia dicho que no sabria enojarse, y que nos le habia figurado como un hombre incapaz de vocear, de contradecir y ni aun de acabar de romper una caña cascada; verle, digo, con el azote en la mano desplegar su celo sobre los que traficaban en el templo, tirar al suelo el dinero y las mesas de los cambistas, esparcir el terror y la confusion en el pueblo; ¿qué cosa mas propia ni mas eficaz para hacernos comprender cuán grave es el crímen de faltar al respeto y profanar las iglesias? Esta señal de autoridad tiene algo de maravilloso; y san Gerónimo mira como uno de los mayores milagros del Salvador la pronta obediencia de los mer-

caderes y de los banqueros, y el silencio inesperado de los fariseos y de los sacerdotes. Cree este Padre que en aquella ocasion Jesucristo por la majestad de su rostro, y por el resplandor divino que apareció en su persona, imprimió tal espanto y tales sentimientos de respeto en el espíritu de los unos y de los otros, que no se atrevieron á resistirle. Esta es la sola vez que el Salvador ha hablado y obrado con algun tono de alteracion para enseñar á los simples fieles hasta qué punto debe llegar el respeto á los lugares santos; y á los ministros del santuario cuál debe ser su fervor cuando se trata de procurar el respeto que es debido á estos mismos lugares. ¿Qué desgracia á la verdad seria si ministros cobardes é interesados convirtiesen todavía hoy nuestras iglesias en abrigos de ladrones, por el tráfico indigno que hiciesen de las cosas santas? pero ¿cuántos libertinos y mujeres mundanas las profanan puede ser mas indignamente todavía? ¿cuál será su castigo? Es admirable, decia el sabio Pico de la Mirándula, que de tantas religiones como se han esparcido por el mundo y que han dominado en él por tanto tiempo, no haya habido mas que la religion de Jesucristo, es decir, no haya habido mas que la sola verdadera Religion, cuyos templos hayan sido profanados por sus propios profesores. Se ha visto á los romanos violar el templo de los judíos, se ha visto á los Cristianos hacer pedazos á los ídolos del paganismo; pero ¿se ha visto jamás á los paganos que ellos mismos atacasen á sus dioses y hayan manchado los sacrificios que les ofrecian, por mas falsos, por mas supersticiosos que fuesen estos sacrificios? Se ha visto á los herejes profanar nuestros templos santos; pero ¿se les ha visto faltar al respeto en los suyos? y ¿por qué esta diferencia? Porque el enemigo de nuestra salud no tienta á los paganos ni los perturba en medio de sus sacrificios, en razon de que son sacrificios falsos, y es él mismo el que recibe el incienso que se quema en ellos. Aquellos templos están ya bastante profanados, sin necesidad de inspirar á sus adoradores el que los profanen; al paso que emplea todas sus fuerzas y todos sus artificios para destruir el culto que se rinde al verdadero Dios; para apartarnos del sacrificio adorable de nuestros altares; para hacernos perder el fruto de él; para impedirnos recibir las gracias y favores singulares que derrama abundantemente sobre todos los que vienen á adorarle en su templo, en donde oye sus oraciones y sus votos; y hé aquí lo que mueve al demonio para hacernos cometer tantas irreverencias en el lugar santo. Los milagros que el Salvador hizo inmediatamente después en el templo mismo, le atrajeron nuevas aclamaciones. Los niños no cesaban

de clamar: *Hosanna al Hijo de David,* mientras que los príncipes de los sacerdotes y los escribas, esto es, los intérpretes de la Ley, reventaban de despecho contra él. Cosa extraña: los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la Ley veian á Jesucristo obrar milagros, y en lugar de imitar á los niños que le dan gloria, no pueden disimular el sentimiento que tienen de verle honrado. Jesucristo les dejó, y se salió de la ciudad para ir á Bethania en donde se hospedó. Hé aquí el triste efecto del endurecimiento de los judíos, y la causa funesta de su reprobacion. Las exhortaciones del Salvador no les conmueven; sus milagros les hacen todavía mas obstinados; resisten tenazmente á las eficaces solicitaciones de la gracia: el Salvador, en fin, les deja y se va á hospedar á casa de gentes mas dóciles y mas religiosas. Ejemplo terrible del castigo mas espantoso. Libertinos, mujeres mundanas, gentes sin religion, vosotros resistís á las mayores gracias; nada os conmueve, rehusais con arrogancia el convertiros: Dios no deja de tener almas dóciles que le indemnizarán bien de vuestra pérdida. Dios calla, Dios se retira, y vosotros moriréis en vuestro pecado.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Respice, Domine, familiam tuam, et praesta: ut apud te mens nostra tuo desiderio fulgeat, quae se carnis maceratione castigat. Per Dominum...

Mirad, Señor, á vuestros siervos, y haced que nuestra alma, que se castiga por la maceracion de la carne, brille delante de Vos por la pureza de sus deseos. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo LV *de la profecía de Isaías.*

In diebus illis: Locutus est Isaias propheta, dicens: Quaerite Dominum, dum inveniri potest: invocate eum, dum prope est. Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum, et miserebitur ejus: et ad Deum nostrum, quoniam multus est ad ignoscendum. Non enim cogitationes meae, cogitationes vestrae: neque viae vestrae, viae meae, dicit Dominus. Quia sicut exaltantur coeli à terra, sic exaltatae sunt viae meae à viis vestris, et cogitationes meae à cogitationibus vestris. Et quomodo descendit imber et nix de coelo, et illuc ultra non revertitur, sed inebriat ter-

En aquellos dias: Habló el profeta Isaías á los de su nacion, y les dijo: Buscad al Señor mientras puede hallarse, invocadle mientras está cerca. Deje el impío sus caminos, y el injusto sus pensamientos, y vuélvase al Señor que se compadecerá de él, y á nuestro Dios, porque está lleno de bondad para perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice el Señor. Porque tanto como los cielos están elevados de la tierra, otro tanto mis caminos están elevados sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos. Y como la lluvia y la nieve

ram, et infundit eam, et germinare eam facit, et dat semen serenti, et panem comedenti: sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo: non revertetur ad me vacuum, sed faciet quaecumque volui: et prosperabitur in his, ad quae misi illud, ait Dominus omnipotens.

bajan del cielo y no vuelven mas allá, sino que empapan la tierra, la fecundizan y la hacen brotar, y que dé semilla para sembrar, y pan para mantenerse, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá á mí sin fruto, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquellos para quienes la he enviado, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Tanto como los cielos están elevados de la tierra, otro tanto mis caminos están elevados sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos. Dios piensa muy de otra manera que nosotros de las verdades de la Religion, del valor de los bienes criados, de todo lo que está al alcance de los sentidos, de las vanas ideas de grandeza, de felicidad, de fortuna; en una palabra, de todo lo que deslumbra y lleva en pos de sí el entendimiento y el corazon humano. Nosotros no apreciamos mas que lo que lisonjea á la ambicion, lo que alimenta la codicia, lo que halaga al amor propio. Los puestos mas elevados dispiertan nuestras pasiones, los placeres encantan nuestros sentidos, y nos embriagan los honores. Por el contrario, se tiene horror á la pobreza, se miran las adversidades como azotes de Dios, y las humillaciones como desgracias. Una vida oscura es despreciada; no se alaba mas que lo que brilla; no se hacen votos sino por la prosperidad. Echad una mirada sobre lo que se llama hoy gran mundo: ¿qué lugar ocupa la Religion en su espíritu y en su corazon? ¿qué estima se hace en él de las máximas del Evangelio? No digo ya entre las mujeres mundanas, y entre tantos jóvenes libertinos, sino aun entre los que hacen profesion de cristianos y procuran llevar una vida bastante arreglada. Los oráculos de Jesucristo sobre el precio y el mérito de la humildad, sobre el valor y el mérito de los sufrimientos, ¿hacen grande impresion sobre los corazones? Se pasma uno de las perniciosas máximas del mundo: ¿se gusta mucho en él de las máximas del Evangelio? ¿está bien penetrado de las terribles verdades de la Religion? ¿seria bien recibido en él, si se hiciese el elogio de la modestia cristiana, de la regularidad ejemplar, de la mortificacion? Lo que se alaba en él es una moda, un equipaje suntuoso, una continuacion de placeres y de fiestas mundanas, que la moral cristiana reprueba. ¡Qué diferencia, buen Dios! ¡qué oposicion entre los pensamientos del Criador y los nuestros! ¡entre nues-

tras máximas y las de Dios! Necesariamente uno de los dos vive en el error, ¿quién es el que se engaña? y si la ilusion y el error están de nuestra parte, ¿á dónde irán á parar esos proyectos de ambicion, todas esas francachelas, todos esos sistemas de felicidad, todos esos planes imaginarios de elevacion, de mundanidad y de fortuna? ¿qué será de esos partidarios del mundo, de esas víctimas de las pasiones, de esos tristes esclavos de un señor quimérico? ¡Buen Dios! ¡qué irracionales son los hombres cuando se trata de su verdadero bien! ¡qué lamentable es su ceguera!

El Evangelio de la Misa es tomado de san Mateo del capítulo XXI.

In illo tempore: Cum intrasset Jesus Jerosolymam, commota est universa civitas, dicens: Quis est hic? Populi autem dicebant: Hic est Jesus propheta à Nazareth Galilaeae. Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in templo, et mensas nummulariorum, et cathedras vendentium columbas evertit: et dicit eis: Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum. Et accesserunt ad eum caeci et claudi in templo, et sanavit eos. Videntes autem principes sacerdotum et scribae mirabilia, quae fecit, et pueros clamantes in templo, et dicentes: Hosanna Filio David; indignati sunt, et dixerunt ei: Audis quid isti dicunt? Jesus autem dixit eis: Utique. Numquam legistis: Quia ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem? Et relictis illis, abiit foras extra civitatem in Bethaniam: ibique mansit.

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesús en Jerusalen, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este? Á lo que la multitud respondia: Este es Jesús, el profeta de Nazareth en Galilea. Y Jesús entró en el templo de Dios, y arrojaba á todos los que vendian y á los que compraban en él, y echó al suelo tambien las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendian palomas. Está escrito, les dijo: que mi casa se llamará casa de oracion; y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones. Al mismo tiempo se llegaron á él dentro del templo los ciegos y los cojos, y los sanó. Viendo, pues, los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que acababa de hacer y que los niños clamaban en el templo: Hosanna al Hijo de David, se llenaron de indignacion, y dijeron á Jesús: ¿Oyes lo que dicen estos niños? Sí, les dijo Jesús, y vosotros, ¿no habeis leido nunca que de la boca de los niños y de los que lactan, sacaste la alabanza perfecta? Y habiéndoles dejado se salió de la ciudad para ir á Bethania, donde permaneció.

MEDITACION.

Del respeto debido á las iglesias.

Punto primero. — Considera que nuestras iglesias son la casa del Dios vivo, el santuario de la divinidad, el templo augusto donde reside, no el arca del Antiguo Testamento, sino la divina Eucaristía, de la cual el arca era solo una figura débil; son las iglesias el lugar mas santo que puede haber sobre la tierra, por la presencia real de

Jesucristo que reside en ellas; por el divino sacrificio que allí se ofrece, y por la eleccion especial que Dios ha hecho de ellas para escuchar allí nuestros votos y recibir nuestro culto. Para hacer santo cualquiera lugar que sea, basta que esté destinado para honrar á Dios en él; desde el momento en que ha sido solemnemente consagrado para este uso, se hace venerable á los Ángeles, y terrible á los demonios; y ¿cuán respetable no debe ser desde entonces á los hombres? Toda la santidad que el nacimiento del Hijo de Dios comunicó al establo de Belen; toda la que su sangre comunicó al Calvario, y su cuerpo muerto al sepulcro, todo esto se halla en las iglesias de los Cristianos. No es ya una nube milagrosa la que hace formidables nuestras iglesias como en el templo de Jerusalen, es el mismo Jesucristo el que hace en ellas su asiento, del mismo modo que del cielo el asiento de su gloria; si pues cuando yo entro en nuestras iglesias, cuando me acerco á los altares, no me siento penetrado de aquel santo pavor de que uno se siente poseido cuando se acerca á los lugares mas santos; si no me siento conmovido de aquellos mismos sentimientos que hacen correr lágrimas dulces de los ojos de aquellos que tienen la dicha de ver el pesebre en que nació Jesucristo; si no experimento en mí aquellos transportes de amor y de alegría que han hecho espirar á algunos subiendo á la montaña en que el mismo Dios fue crucificado, ó besando los vestigios que dejó al subir al cielo, esto no es que me falte la fe, es indevocion, es el efecto de una insensibilidad poco cristiana. Pensad que en nuestras iglesias reposa el cuerpo adorable del Salvador, que no estuvo mas que nueve meses en el seno de María, pocos dias en el establo, tres horas en la cruz, tres dias en el sepulcro, y que por esta poca morada en todos estos lugares sagrados, los ha hecho tan dignos de nuestra veneracion, de nuestros respetos y de nuestro culto: este mismo Salvador, este mismo Dios, es el que está dia y noche en nuestras iglesias: á la verdad, él está allí continuamente adorado de una multitud innumerable de Ángeles, de Arcángeles y de Serafines que componen su corte; pero y ¿no habrá mas que los Cristianos, por cuyo amor ha escogido el Salvador nuestros templos para su palacio, que no se dignen venirle á adorar en ellos, ó que tal vez se atrevan á no venir allí sino para insultarle? Los demonios se estremecen á la sola vista del lugar santo; los Cristianos le profanan con una insolencia que hubiera causado horror á los mismos paganos. ¿Qué se diria si se viese un cristiano en el Calvario, en pié ó sentado, tan inmodesto como en un mercado, si se le viese hablar, reir, requebrar, en el mismo sitio en

donde el Salvador fue crucificado? pero ¿cuánto mas horrible hubiera sido todo esto, si se hubiera hecho cuando el Salvador espiraba allí? ¡Oh abominacion de la desolacion! Nuestras iglesias son tan sagradas como el Calvario, Jesucristo renueva en ellas todos los dias su sacrificio inmolándose sin cesar por nosotros al eterno Padre; y ¿qué de irreverencias, qué de profanaciones se cometen durante este sacrificio? ¿hubo jamás un escándalo mas espantoso, una profanacion mas horrorosa, una abominacion mas impía? pero ¿hubo jamás un crímen menos perdonable á los Cristianos?

Punto segundo. — Considera si es posible llevar mas léjos la impiedad, si puede haber una impiedad que irrite, que encienda mas la cólera divina. Las casas de los particulares son un asilo contra los insultos de sus enemigos. Cada uno está seguro en su casa; y ¿qué crímen no es el faltar al respeto en el palacio de un príncipe? y ¿ha de ser solo Jesucristo el que en su propia casa no esté al abrigo de la insolencia, de las irreverencias, de los insultos de sus propios vasallos? ¿Con qué aires tan desvergonzados, tan vanos, tan inmodestos, tan insolentes, no se entra hoy en las iglesias? ¿con qué indecencia no se presentan á los piés de los altares? ¿con qué impudencia, con qué impiedad no se comportan en el lugar santo? Si el demonio tomase un cuerpo, no tendria jamás el atrevimiento de estar en nuestras iglesias con la misma irreligion con que se presentan en ellas la mayor parte de los Cristianos. ¿Qué escándalo no dan esas mujeres mundanas que con todo desahogo vienen allí medio desnudas, y con esos trajes huecos, cuyo primer uso es debido á los farsantes? ¿qué escándalo no dan esos libertinos que vienen allí á renovar todos los dias las irrisiones, los oprobios, de que Jesucristo fue lleno por aquellos impíos soldados que le tratáron como rey de teatro? ¿qué escándalo no dan aquellas personas que permiten allí á sus hijos lo que no les sufririan en las casas particulares? En fin ¿qué irreverencias por todo género de gentes que están en el lugar santo con menos compostura, con menos reserva, con menos respeto que estarian en los lugares mas profanos? Comparad aquellos cumplimientos, aquella cortesía, aquella modestia respetuosa, aquellas consideraciones infinitas que se tienen en una visita de civilidad, en una reunion de gentes honradas, y cuántas veces se presenta uno delante del príncipe, con la inmodestia, la negligencia, la disipacion, la displicencia, la irreligion con que se está á la vista de Jesucristo en las iglesias. ¿Se extrañará después de esto si Dios está irritado; si abandona

los pueblos enteros al error; si está sordo é insensible á nuestros votos? ¿se extrañará el desarreglo de las estaciones, la intemperie del aire, y todos los acontecimientos espantosos que nos afligen?

Sí, Señor, yo reconozco que estais justamente irritado contra vuestro pueblo. Las irreverencias solas que se cometen todos los dias en el lugar santo encienden vuestra cólera; yo he pecado, Señor, yo reconozco mi falta, pero yo espero con el auxilio de vuestra gracia que el respeto y la devocion con que estaré de aquí adelante en las iglesias os inclinará á perdonarme.

Jaculatorias. — Yo comprendo, Señor, con qué respeto tan profundo debe uno presentarse en vuestro templo, y con qué piedad debe estarse en el lugar santo. (*Psalm.* XCII).

Conozco, ó Dios mio, cuán terrible es este lugar; aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo. (*Genes.* XXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Hay pocos pecados que tarde ó temprano castigue Dios con mas severidad que la falta de respeto y las irreverencias que se cometen en las iglesias. Acordaos siempre que nuestros templos son la casa de Dios, y el lugar santo por excelencia, especialmente destinado á dar á Dios en él un culto religioso, y donde el Señor quiere que le representeis vuestras necesidades: el lugar donde se ha obligado á oir vuestras oraciones; pero no las hagais infructuosas por vuestra falta de respeto. Jamás entreis en las iglesias sin un pavor santo que os mantenga en ellas con un respeto religioso, y con una modestia ejemplar. Estad siempre allí con una postura decente, humilde, edificante, tal como es consiguiente en personas que creen que están á la vista de Jesucristo realmente presente. No hableis allí nunca, ni permitais que se os hable; salíos del templo cuando haya necesidad de hablar algo.

2 Inspirad á todos vuestros hijos y á vuestros domésticos este profundo y religioso respeto. Acostumbrad desde sus primeros años á vuestros hijos á respetar un lugar tàn temible. Estais encargados de alguna iglesia, ó de alguna capilla, cuidad de que todo esté decente en ella y aun magnifico; no escaseeis nada. Ninguna cosa contribuye tanto para inspirar la veneracion y el respeto como esta religiosa magnificencia. Los palacios de los grandes están tan ricos; todo es brillante aun en las casas de los particulares, y las iglesias están muchas veces espantosas, tan descuidadas están. En fin, no esteis jamás

en la iglesia sin pensar que estais en la casa de Dios. Vuestro respeto y vuestra modestia deben ser la prueba de vuestra fe, de vuestra religion, y de vuestra piedad.

MIÉRCOLES PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO TAMBIEN MIÉRCOLES DE LAS TÉMPORAS.

La Iglesia ha fijado á esta primera semana de Cuaresma las témporas de primavera. Se ha dicho ya en otra parte, que los ayunos de las témporas son ayunos que la Iglesia prescribe de tres en tres meses, los miércoles, viernes y sábados de una misma semana. Esta práctica de religion estaba ya establecida en la Iglesia Romana antes del siglo V, y san Leon, que vivia en este tiempo, dice que los ayunos de las témporas son de tradicion apostólica, habiendo querido consagrar el Espíritu Santo cada estacion del año por la penitencia de algunos dias.

Pregunta san Agustin por qué ha escogido la Iglesia particularmente el miércoles y el viernes para los dias de ayuno; y responde, que ha sido porque el miércoles fue cuando los judíos formaron el designio execrable de dar la muerte al Autor de la vida, lo cual ejecutaron el viernes. Se ayuna, pues, el miércoles, porque en este dia quedó convenida la muerte del Salvador; así como se ayuna el viernes, que fue el dia en que se verificó esta muerte. San Fulgencio, obispo de Ruspe, en África, en el siglo V, ordenó que los eclesiásticos, las viudas, y entre los legos los que pudiesen hacerlo, ayunasen regularmente todos los miércoles y los viernes.

La misa de este dia comienza por estas afectuosas palabras del salmo XXIV: Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, que tantos siglos hace ejercitais con nosotros; no permitais nunca que los enemigos de nuestra salud consigan ventaja alguna sobre nosotros. Libradnos, ó Dios mio, de todas las angustias y de los males que nos afligen. Este salmo es una oracion devota hecha por un hombre afligido. Es verosímil que este salmo fuese compuesto durante la rebelion de Absalon. David implora el auxilio de Dios en su afliccion, y considerando sus males como penas justas de sus pecados, concibe los mayores sentimientos de penitencia. Nosotros podemos aplicarnos este salmo en todas nuestras aflicciones, pero sobre todo cuando nos vemos mas combatidos por los enemigos de nuestra salud. A tí, Señor, debemos decir con David, levanto yo mi corazon; en tí, ó Dios

mio, pongo yo mi confianza; no experimente yo la confusion de verme abandonado de Vos.

En la misa del miércoles de las témporas se leen siempre dos Epístolas. Las dos de la misa de este dia nos presentan las figuras del ayuno que Jesucristo practicó en su retiro en el desierto después del Bautismo, y demuestran que la institucion que la Iglesia ha hecho de la Cuaresma para honrar y representar en alguna manera aquella Cuaresma misteriosa del divino Salvador, puede autorizarse por la Ley y por los Profetas, del mismo modo que lo está por el Evangelio.

La primera Epístola está sacada del Éxodo. Habiendo referido Moisés al pueblo las leyes de Dios, y bajo de qué condiciones se habia Dios dignado hacer alianza con su pueblo, recibió órden para volver á subir solo á la cima de la montaña del Sínai, para recibir allí la ley y los mandamientos que Dios habia grabado en dos tablas de piedra. Apenas hubo llegado arriba, cuando quedó por espacio de seis dias envuelto en la nube resplandeciente que la cubria, y que formaba un turbion de luz donde residia la gloria del Señor. Lo que aparecia de esta gloria del Señor, era como un fuego ardiente en lo mas alto de la montaña que se elevaba hácia los cielos, y se dejaba ver de todos los hijos de Israel. Un pueblo tan grosero como aquel necesitaba de alguna cosa sensible que le hiriese. Moisés pasó al través de la nube para ir á donde Dios le llamaba. Estuvo allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber, pasando todo este tiempo en comunicaciones íntimas con Dios, las cuales de un simple pastor que era, hicieron de él un tan santo y tan ilustrado legislador. En el ayuno y en la oracion es donde Dios se comunica al alma.

En la segunda Epístola de la misa de este dia leemos que el profeta Elías espantado con las amenazas que Jezabel, reina de Israel, le habia hecho, de que le trataria como él habia tratado á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, á quienes habia quitado la vida cerca del torrente de Cison, huyó á los confines del reino de Judá. Habiendo llegado á Bersabee despidió á su criado, y se retiró al desierto de la Arabia Petrea, á una legua de la ciudad. Sintiéndose fatigado se sentó á la sombra de un enebro, en donde abandonándose á la tristeza hubiera deseado morir, para no ver por mas tiempo los crímenes que se cometian. Y anegado el corazon de amargura: Señor, exclamó, sacad mi alma de mi cuerpo, porque yo no soy mejor que mis padres. En medio de esta opresion se tendió en el suelo y se durmió. Entonces un Ángel tocándole, le despertó y le dijo: Levántate y come. Elías luego que despertó, vió cerca de sí un pan

ó torta cocida bajo de la ceniza, y un vaso de agua. Comió y bebió de aquello, y se volvió á dormir. Volvió el Ángel por segunda vez, le tocó, y habiéndole despertado le dijo: Levántate y come, porque te queda mucho camino que andar. Entonces sintiéndose con mas fuerza y vigor que nunca, anduvo cuarenta dias y cuarenta noches sin tomar ningun alimento, y al dia cuadragésimo llegó á la montaña de Sínai, ú Horeb, sostenido durante todo este largo ayuno por la virtud milagrosa del pan que el Angel le habia traido. En este pan milagroso reconocen todos los santos Padres y los intérpretes la figura de la Eucaristía.

No está menos lleno de instruccion y de maravillas el Evangelio de este dia. Acababa el Salvador de librar al poseido, ciego y mudo, y de confundir la malignidad de sus émulos, que decian que si arrojaba los demonios era en virtud de Belcebub; cuando algunos escribas y fariseos, como si ignorasen los milagros brillantes que habia hecho, y de que todo el mundo era testigo, le pidieron uno que fuese nuevo y sin ejemplar, que llamase igualmente la atencion á la vista que al espíritu. Siempre fue propia la incredulidad de cierta especie de sabios orgullosos que cierran voluntariamente los ojos á la luz: buscan nuevas razones para creer, y lo que deberian tratar de adquirir es la docilidad y la humildad de corazon. Regularmente se carece de fe cuando no hay humildad. El Hijo de Dios les respondió con firmeza; pero dirigió su respuesta al pueblo que le rodeaba: No solo es una vana curiosidad de estas gentes, les dice, el exigir de mí algun prodigio ruidoso en el cielo ó en el aire, sino tambien una insigne malicia. La peticion que me hace esta nacion perversa, no le será concedida del modo que ella lo desea. No carecerá, en verdad, de milagros; pero el mayor, y el que ella espera menos, será aquel cuya figura fue el profeta Jonás, quiero decir, mi muerte y mi resurreccion. Nadie ignora que Jonás fue arrojado al mar para apaciguar la tempestad que se habia movido por su causa, y que Dios dispuso que un monstruo marino (se cree que fuese una ballena) se hallase allí para tragarle. Tres dias estuvo Jonás en el vientre de este animal, que al tercero le arrojó á la ribera sano y salvo, y desde allí fué á predicar la penitencia á los ninivitas, los cuales se convirtieron todos. El engullimiento del Profeta y su salida del vientre de la ballena, después de haber estado allí tres dias, indican visiblemente la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo debia estar en el sepulcro, y su resurreccion gloriosa. Este modo de responder figurado, siempre ha sido ordinario á los orientales, y singularmente á los

judíos; así que comprendieron fácilmente lo que les queria decir. Y si el milagro que se obró en la persona de Jonás ha podido obligar á los ninivitas á recibirle como quien venia de parte de Dios, y creer su palabra, ¿qué no debe hacer un prodigio tan nuevo como el de la resurreccion gloriosa del Hijo del hombre? ¿No será esta una prueba manifiesta de que es Dios quien le ha enviado al mundo para la salvacion de su pueblo? En efecto, de la prueba incontestable de este prodigio de la resurreccion se han servido los Apóstoles para convertir á todo el mundo. Por esto, continuando el Salvador la alegoría, añade: Los ninivitas se levantarán en el juicio contra esta nacion, y la condenarán. Porque ellos hicieron penitencia inmediatamente que Jonás les predicó, y estos no se convierten aunque yo que soy el Hijo de Dios, y la verdad misma, les predico y les convenzo por la razon y por los milagros. Terrible comparacion la que se hará en el dia del juicio entre el bárbaro convertido y el cristiano nacido en el seno de la Iglesia; entre las personas que viven bien en el siglo y las personas consagradas á Dios: menos auxilios y mas fidelidad de una parte, mayores socorros y menos fidelidad de la otra. Hagamos ahora esta comparacion para evitar la vergüenza y la condenacion que nos atraeria en aquel dia.

La reina de Sabá que vino de tan léjos, prosigue el Salvador, esto es, segun se cree comunmente, que vino de la Arabia Feliz, situada al mediodia de la Judea, para ver y para admirar á Salomon, de quien habia oido contar tantas maravillas (esta expresion, vino de los extremos de la tierra, no significa por lo comun en la Escritura mas que un país lejano); esta Reina se levantará contra esta nacion; y ¿qué tendrá que responder? En efecto, el ejemplo de aquella Princesa á quien el deseo de ver un rey famoso por su sabiduría aleja de sus Estados, y le hace emprender un viaje tan penoso, es muy capaz de confundir al pueblo judío, que rechaza la doctrina que el Hijo de Dios le anuncia en persona, y que autoriza con los milagros mas pasmosos. Pero ¿y el ejemplo de esta misma Reina no debe tambien confundirnos á nosotros?

Lamentándose en seguida el Hijo de Dios sobre el endurecimiento de los judíos, les predice la reprobacion que iban á atraer sobre sí por su mucha malicia, y les propone á este fin la parábola siguiente: Cuando el espíritu inmundo se ve obligado á salir de un cuerpo de que se habia apoderado, se halla en la propia situacion de un hombre arrojado de su propia casa. Lleno de desesperacion este hombre anda errante de una parte en otra, y busca algun paraje á donde re-

tirarse. Fastidiado, por fin, de su destierro, toma la resolucion de volver á su antigua habitacion. Hallándola vacía, limpia y adornada, pero mal guardada, porque no se creia que el demonio pensase en volver á ella, juzga que le será fácil volverla á poseer; mas para no ponerse á peligro de volver á ser arrojado de ella otra vez, va y toma otros siete espíritus peores que él (la palabra siete en la Escritura significa un gran número), y aprovechándose del descuido y de la ausencia de los que debian guardarla, entra en ella con este refuerzo formidable, se establece, y permanece allí seguro de todo insulto. ¿Quién no ve que la última condicion de esta alma, figurada por esta casa de que se han apoderado los espíritus inmundos, es peor que la primera? El fin de esta parábola es mostrar que los fariseos, fiándose demasiado de su pretendida justicia, y creyéndose Santos porque tenian un exterior imponente, eran mas lamentables por su odio contra Jesucristo, que aquellos que vivian visiblemente en los mayores desórdenes. Queria tambien el Salvador darles á entender, que habiendo la divina bondad librado á aquella perversa nacion del yugo de Satanás, con preferencia á los demás pueblos del mundo, si volvian á sujetarse otra vez á este soberbio y cruel tirano, rehusando el reconocer al Mesías, su legítimo Rey, y único capaz de defenderlos contra un enemigo tan poderoso, serian por fin condenados á una eterna servidumbre.

Mientras que el Salvador instruia de este modo al pueblo, se le vino á decir que su Madre y sus hermanos estaban fuera, y querian hablarle. Pero queriendo enseñarnos con su ejemplo á reprimir el demasiado amor á los parientes: ¿quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? respondió al que le hablaba; y señalando entonces á sus amados discípulos: Hé aquí, les dice, mi madre y mis hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, añadió, este es mi hermano, mi hermana y mi madre. Queriendo decir que aquellos que le siguen, y que guardan sus preceptos, tienen mas crédito para con él, que el que podria tener un hermano, ó una hermana para con su hermano, y aun el de una madre para con su hijo. Como los judíos no miraban al Salvador mas que como un puro hombre; el Salvador, por esta respuesta, que en otras circunstancias hubiera parecido demasiado dura (era entonces necesaria), Jesucristo quiso enseñar á los judíos á que no le mirasen simplemente como hijo de María, y á que reconociesen en su persona alguna cosa sobrehumana. La santísima Vírgen, que comprendia perfectamente el sentido de estas palabras, y que sabia el misterio de la Encarnacion, ni le

pasó por la imaginacion el ofenderse de ellas. Se sabe tambien que los hebreos daban el nombre de hermanos á los que nosotros llamamos primos. Aquellos de quienes aquí se trata eran los sobrinos ó de san José, ó mas bien de la santísima Vírgen, Santiago el Menor, Judas, Simon y José. ¿Podia indicar mas sensiblemente el Salvador, á los ministros del Evangelio, hasta qué punto deben estar desprendidos de la carne y de la sangre, y que las afecciones humanas no deben jamás introducirse en las funciones de su ministerio, ni separarles de él un solo momento?

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Preces nostras, quaesumus, Domine, clementer exaudi: et contra cuncta nobis adversantia dexteram tuae majestatis extende. Per Dominum nostrum...

Te rogamos, Señor, que oigas benigno nuestras oraciones, y que extiendas el brazo de tu majestad para librarnos de todo lo que nos puede dañar. Por Nuestro Señor, etc.

La primera Epístola es tomada del libro del Éxodo, capítulo XXIV.

In diebus illis: Dixit Dominus ad Moysen: Ascende ad me in montem, et esto ibi: daboque tibi tabulas lapideas, et legem, ac mandata quae scripsi, ut doceas filios Israël. Surrexerunt Moyses et Josue minister ejus: ascendensque Moyses in montem Dei, senioribus ait: Expectate hic donec revertamur ad vos. Habetis Aaron et Hur vobiscum: si quid natum fuerit quaestionis, referetis ad eos. Cumque ascendisset Moyses, operuit nubes montem, et habitavit gloria Domini super Sinai tegens illum nube sex diebus: septimo autem die vocavit eum de medio caliginis. Erat autem species gloriae Domini, quasi ignis ardens super verticem montis, in conspectu filiorum Israël. Ingressusque Moyses medium nebulae, ascendit in montem: et fuit ibi quadraginta diebus, et quadraginta noctibus.

En aquellos dias: Dijo el Señor á Moisés: Sube á lo alto de la montaña, donde yo estoy, y permanece allí, y te daré las tablas de piedra en que he escrito la ley y los mandamientos, á fin de que los enseñes al pueblo de Israel. Levantáronse Moisés y Josué su ministro, y al subir Moisés al monte de Dios, dijo á los ancianos: Esperad aquí, hasta que volvamos á vosotros. Quedan con vosotros Aaron y Hur: si sobreviniere alguna dificultad ellos la resolverán. Habiendo subido Moisés, cubrió la nube la montaña, y la gloria del Señor descansó sobre el Sínai, ocultándole una nube por seis dias, y el séptimo dia llamó Dios á Moisés de en medio de aquella oscuridad. Lo que representaba la gloria del Señor, á la vista de todos los hijos de Israel, era como un fuego ardiente sobre la cima de la montaña. Introducido Moisés por medio de la nube, subió á la montaña, y estuvo allí cuarenta dias y cuarenta noches.

REFLEXIONES.

¿Para qué todo este aparato? Dios no tenia necesidad de todo este estruendo, de todos estos adornos exteriores y sensibles para la promulgacion de su ley; ¿para qué todas estas nubes milagrosas sobre la cima de la montaña en donde quiere hacer patente á Moisés su voluntad? ¿para qué todos estos fuegos, estos relámpagos deslumbradores, estos truenos que introducen el espanto en todo el pueblo? ¡Qué admirable es Dios en todos sus caminos! ¡qué lleno está de bondad y de una misericordia la mas tierna! Él se acomoda á la flaqueza, al alcance, á la grosería, á los sentidos mismos de los hombres cuando se trata de instruirles y declararles su voluntad; cuando se trata de inspirarles una idea de la divinidad misma. Solo Jesucristo Dios y hombre era el que podia amansar, por decirlo así, su espíritu del todo terreno y como material, y solo él el que pudo espiritualizar á los hombres. Era esta la obra de un Dios encarnado; así vemos que antes de su encarnacion, los mas religiosos y los mas santos entre aquel pueblo escogido y privilegiado, tenian necesidad de los objetos sensibles para nutrir su religion, y para avivar su culto. Queriendo, pues, Dios inspirar á aquel pueblo grosero una idea brillante de la ley que le iba á dar, y un religioso respeto á sus sagrados preceptos, era necesario que aquel pueblo quedase persuadido por medio de alguna cosa sensible, de la eleccion que Dios hacia de Moisés su siervo, para declarar su voluntad á los hijos de Israel, naturalmente desconfiados é indóciles. El camino seguro é infalible de conocer á Dios por la fe, de adorarle en espíritu y en verdad, y de darle un culto que le fuese agradable estaba reservado al tiempo del Mesías. Eran, pues, necesarios fuegos, relámpagos, truenos, en un tiempo de calma y con un cielo sereno, para hacer conocer á aquellos corazones duros y materiales, á aquellos espíritus ofuscados é intratables, la majestad del divino Legislador, la mision milagrosa de su fiel siervo, la sumision respetuosa con que debia recibirse esta divina Ley, el temor religioso que se debe tener de infringirla. *La gloria del Señor sobre la montaña era como un fuego ardiente á la vista de todos los hijos de Israel.* Pero esta misma gloria no se manifiesta en lo sucesivo sino por una nube resplandeciente y majestuosa. Cuando el Señor quiso como tomar posesion de su templo de Jerusalen edificado por Salomon, no era necesario ya el terror para mover á un pueblo humanizado y ya menos indócil, y mas religioso á fuerza de ver una tan larga sucesion de maravillas. No

convenia tampoco el terror en un templo en el que Dios no queria derramar sino favores, y en donde trataba de excitar al amor y á la confianza. La gloria y la majestad del Señor se ha manifestado siempre entre nubes, luminosas á la verdad, pero siempre nubes, esto es, oscuras, mas con una oscuridad majestuosa, mezclada con un fuego interior, que resplandecia en el fondo de la nube, y que se hacia notar en medio de la oscuridad; así es que Salomon no dudó que no fuese este el símbolo de la divinidad, exclamando inmediatamente que la vió: *El Señor ha dicho que habitará en una nube.* El mismo prodigio sucedió en la dedicacion del templo en el desierto. Siempre se ha hecho Dios sensible á su pueblo bajo de este símbolo, para enseñarnos que solo por la fe podemos conocer al Señor sobre la tierra. Estas mismas nubes luminosas y oscuras á un tiempo, son el símbolo de nuestra fe. Todo es misterioso en el Antiguo Testamento, todo en él es la figura del Nuevo, todo es tambien allí una leccion para los fieles.

La segunda Epístola es tomada del tercer libro de los Reyes, capítulo XIX.

In diebus illis: Venit Elias in Bersabee Juda, et dimisit ibi puerum suum, et perrexit in desertum, viam unius diei. Cumque venisset, et sederet subter unam juniperum, petivit animae suae ut moreretur, et ait: Sufficit mihi, Domine: tolle animam meam: neque enim melior sum, quam patres mei. Projecitque se, et obdormivit in umbra juniperi: et ecce Angelus Domini tetigit eum, et dixit illi: Surge, et comede. Respexit, et ecce ad caput suum subcinericius panis, et vas aquae: comedit ergo, et bibit, et rursum obdormivit. Reversusque est Angelus Domini secundo, et tetigit eum, dixitque illi: Surge, comede: grandis enim tibi restat via. Qui cum surrexisset, comedit, et bibit, et ambulavit in fortitudine cibi illius quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei Horeb.

En aquellos dias: Vino Elías á Bersabé de Judá, y despedido su criado, se internó una jornada de camino en el desierto. Y habiendo llegado bajo de un enebro se sentó allí, y deseando morir le dijo á Dios: Basta, Señor, saca mi alma de mi cuerpo, porque no soy yo mejor que mis padres. Entonces se tendió en el suelo y se durmió á la sombra del enebro: en el mismo tiempo un Ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate, y come. Miró Elías, y vió cerca de su cabeza un pan cocido bajo de la ceniza, y un vaso de agua: comió, pues, y bebió, y se volvió á dormir. Habiendo venido segunda vez el Ángel del Señor, le tocó y le dijo: Levántate, come, porque te queda un gran camino que andar. Y habiéndose levantado comió y bebió; fortificado con aquel alimento anduvo cuarenta dias y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, llamada Horeb.

REFLEXIONES.

Fortificado con este alimento anduvo cuarenta dias y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, llamada Horeb. Si la montaña de Horeb, que se llama la montaña de Dios, es la figura de la mansion de los bienaventurados; el pan misterioso que da tanta fuerza y vigor para llegar á ella, es la figura de la divina Eucaristía. La tierra es un desierto con respecto á la patria celestial, tenemos un desierto espantoso que pasar, y precision de andar mucho camino. ¡Qué flaqueza no sentimos, y aun qué desfallecimiento! la tristeza, la amargura, el enfado dominan en un corazon agitado por mil pasiones, en una alma cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salud. ¡Qué indigencia no sentimos; qué decaimiento no experimentamos alguna vez en este espantoso desierto en donde el alma se encuentra muchas veces reducida, obligada á desconfiar de su propio corazon, á estar continuamente alerta contra las ilusiones del espíritu y de los sentidos, á tener siempre las armas en la mano para combatir; tantas son sus necesidades! Jesucristo ha provisto á ellas instituyendo la divina Eucaristía. Ella es el pan de los fuertes por cuya virtud nuestros enemigos quedan tan debilitados, como nuestra alma fortalecida. ¡Qué desgracia el estar privado de ella! ¿quién puede sin este socorro emprender felizmente una carrera tan penosa? Por el vigor que da este divino alimento, por el valor que inspira este pan divino, por las gracias que nos procura, es por lo que se sobrepujan todos los obstáculos de la salud. Cuando nos falta este pan de los Ángeles, luego desfallece uno, se apura, se muere de hambre. Esto es lo que se propone el enemigo de la salvacion, alejando de esta santa mesa á los unos por indevocion, á los otros por pusilanimidad, á la mayor parte por disgusto, á un gran número por el apego voluntario á sus malos hábitos. ¡Qué ilusion el privarse de este socorro bajo el pretexto de respeto! ¿Se cree uno indigno de acercarse á él? Las almas mas puras no han creido nunca que eran dignas; pero se han persuadido de que tenian una necesidad urgente de este divino alimento para conservarse en la inocencia y en la pureza. Tanto menos indigno es uno, cuanto mas conoce su indignidad. Por mas especiosos pretextos que se aleguen en el fondo, no es nunca mas que un motivo muy imperfecto el que nos retira de la santa mesa. Se sabe y se conoce que para comulgar con frecuencia es necesario reformarse en la conducta y en las costumbres, y se quiere mejor alejarse de Jesucristo que hacer esta reforma. Se quiere mas privarse del cuerpo

y de la sangre de Jesucristo, que privarse de muchas satisfacciones que condena la conciencia. ¿De cuál de los dos quereis privaros? La comparacion es odiosa, escandaliza, es verdad; pero es justa, es real. Barrabás es siempre preferido al Salvador.

El Evangelio de la Misa es de san Mateo, capitulo XII.

In illo tempore: Responderunt Jesu quidam de scribis et pharisaeis, dicentes: Magister, volumus à te signum videre. Qui respondens, ait illis: Generatio mala et adultera signum quaerit: et signum non dabitur ei, nisi signum Jonae prophetae. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terrae tribus diebus et tribus noctibus. Viri Ninivitae surgent in judicio cum generatione ista, et condemnabunt eam: quia poenitentiam egerunt in praedicatione Jonae: et ecce plus quam Jonas hic. Regina Austri surget in judicio cum generatione ista, et condemnabit eam: quia venit à finibus terrae audire sapientiam Salomonis: et ecce plus quam Salomon hic. Cum autem immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida, quaerens requiem, et non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meam, unde exivi. Et veniens, invenit eam vacantem, scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus secum nequiores se, et intrantes habitant ibi: et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus. Sic erit et generationi huic pessimae. Adhuc eo loquente ad turbas, ecce mater ejus, et fratres stabant foris, quaerentes loqui ei. Dixit autem ei quidam: Ecce mater tua et fratres tui foris stant quaerentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait: Quae est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit: Ecce mater mea, et fratres mei. Quicumque enim fecerit vo-

En aquel tiempo: Algunos de los escribas y fariseos interpelaron á Jesús diciendo: Maestro, queremos que nos hagas ver algun prodigio. A los cuales respondió: Esta generacion mala y adúltera pide un prodigio, y no se le dará otro prodigio sino el de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, del mismo modo el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. Los ninivitas se presentarán en el juicio contra esta generacion, y la condenarán; porque luego que Jonás predicó á aquellos, hicieron penitencia. Y hé aquí que estos tienen á quien es mas que Jonás. La Reina del Mediodía se levantará en el juicio contra esta generacion, y la condenará; porque aquella vino de los confines de la tierra á oir la sabiduría de Salomon, y estos tienen consigo á quien es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del cuerpo de un hombre, anda por los lugares áridos buscando donde reposar, y no hallando dónde, dice entonces: Volveré á mi casa de donde salí. Y volviendo á ella la encuentra vacía, limpia y adornada. Parte inmediatamente, y tomando consigo otros siete espíritus peores que él, entran y habitan en ella, y el último estado de este hombre es peor que el que tuvo primero. Asimismo sucederá á esta nacion tan perversa. Aun estaba Jesús hablando á la multitud, cuando su madre y sus hermanos que estaban fuera, solicitaron hablarle, y llegándose uno á él, le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera, y te buscan. Mas él le respondió al que se lo decia: ¿Quién es mi madre, y quién son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Hé aquí mi madre y mis

luntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

Sobre la recaida.

Punto primero.—Considera que lo mismo sucede con la recaida en el pecado, que con la recaida en las enfermedades; una misma es la causa, y uno mismo el peligro. Es indudable que las recaidas en las enfermedades las ocasionan por lo comun los mismos humores que habian alterado el cuerpo la primeza vez, los cuales no habian sido purgados del todo: lo mismo puede decirse de los pecados en que se vuelve á caer después de haberse confesado; es muy temible que estos nuevos pecados sean efectos de los antiguos, cuya absolucion no habia sido mas que aparente por falta de contricion. Un sentimiento vivo, un dolor penetrante, un sincero arrepentimiento de una falta grave, cuási nunca son ineficaces; juzguémoslo por el arrepentimiento natural que tenemos de un exceso que ha faltado poco para causarnos la muerte, de una imprudencia que nos ha hecho desgraciados, de una empresa que ha arruinado nuestra fortuna. ¿Son vanos los propósitos que entonces se hacen? ¿son ineficaces las resoluciones que se toman? Sabios á nuestras expensas, ¿qué horror no se concibe por aquella indiscrecion, por aquella pasion, por aquella tontería, que nos ha desacreditado tanto, y que nos ha sido tan nociva? ¿con qué cuidado se evitan las causas y las ocasiones que la produjeron? ¿con qué sabia tenacidad se resiste á las invitaciones mas ejecutivas? ¿con qué ánimo se renuncia á todos aquellos falsos atractivos? Por duro, por desagradable que sea aquel régimen de vida, se guarda sin embargo escrupulosamente por el temor de recaer en la enfermedad. Por mas que lisonjee el gusto, por mas que agrade aquella bebida, se priva uno toda la vida de ella, desde el momento en que se ha conocido por una triste experiencia que es un veneno. El comercio nos ha arruinado; se prefiere el no tener bienes jamás á volver al comercio. La complacencia no va nunca tan léjos que nos vuelva á empeñar en lo que tan mal nos ha salido. ¿Se descubre este carácter de arrepentimiento en la penitencia cuando es inmediatamente seguida de la recaida? ¿es posible que haya habido un dolor sobrenatural, un sentimiento penetrante y amargo, una contricion verdadera de un pecado para el que se buscan las ocasiones,

y que se comete pocos dias después de una confesion cuási forzada? No, el corazon no muda nunca tan apresuradamente. Nada prueba mas sensiblemente una falsa penitencia que una pronta recaida; ella demuestra por lo menos que lo que ha condenado el crímen ha sido solo la razon y el entendimiento, pero que el corazon no lo ha detestado. Dios ha tenido poca parte en una conversion que ha sido tan poco duradera. El pecado de recaida hace, por decirlo así, reaparecer aquel que una penitencia aparente habia como ocultado, sin haberle destruido. La tentacion no hace propiamente mas que volver á llamar los objetos, despertar las disposiciones, excitar un fuego que la falsa penitencia habia solo cubierto de cenizas. ¡Mi Dios! ¡cuántos pecados encierra, por decirlo así, un pecado de recaida!

Punto segundo.—Considera que la recaida en el pecado no solo es un motivo para creer que no está uno bien convertido, sino que es tambien motivo para temer que no se convertirá, tal vez, jamás. Apenas se ha detestado el pecado, confesado el pecado, y hecho el propósito de no cometerle mas, se vuelve á caer en él: señal evidente que aquel dolor ha sido fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la penitencia nula; porque aun cuando haya sido verdadera, sin embargo, la cobardía es la que le ha hecho á uno recaer, y puede muy bien temerse que sea para no levantarse jamás. Porque el demonio, como dice el Salvador, no vuelve á entrar en el lugar de donde habia sido arrojado sino con nuevas fuerzas, para estar en estado de hacer una resistencia mas vigorosa. Él está mucho mas cuidadoso y mas vigilante después de haber vuelto á ganar el puesto, que lo estaba antes de haberle perdido. Ha aprendido por la experiencia, por dónde puede tener acceso la gracia, y no deja de cerrar cuanto le es posible las avenidas, y de fortificarse en aquellos parajes que ha reconocido mas débiles; en fin, ello es indudable que emplea todas sus fuerzas y todas sus astucias para evitar la confusion de una segunda sorpresa, para impedir la conversion. Todo el mundo sabe que la recaida en las enfermedades es muy peligrosa, y que ordinariamente es mortal, porque debilitada la naturaleza por los primeros ataques del mal, tiene menos fuerza para sostener el segundo, y para segundar el arte de los médicos, que nada pueden sin ella: lo mismo sucede con los pecados reiterados: con dificultad se vuelve á levantar de ellos; la recaida conduce naturalmente á la impenitencia final. Por la recaida se ha aumentado en nosotros la inclinacion natural que tenemos al mal, mucho mas que hubiera podido tal vez

aumentarse por ciento y por mil actos reiterados antes de nuestra penitencia. Para volver á caer en el mismo pecado después de una conversion verdadera ha sido necesario sofocar todas las luces que nos habian retirado del mal, todas las gracias que se habian recibido, todos los buenos deseos que se habian formado; se ha pecado á la vista de todo lo que puede hacer difícil el pecado; se han hecho inútiles todos los obstáculos que podian atravesarse en este mal designio, se ha determinado uno á pecar á la vista del infierno, á pesar de todas las amenazas de un Dios irritado, de todos los remordimientos, de todas las amonestaciones de la conciencia, ¿qué estrago no hará un torrente que ha podido romper unos diques tan fuertes? y si es verdad que después de una accion de piedad magnánima es difícil condenarse, ¿no puede tambien decirse que después de una recaida semejante la salud es como imposible?

Preservadme, Señor, de esta desgracia; quitadme la vida antes que permitir que yo pierda la gracia despues de haberla recobrado. Preservadme por vuestra gracia de toda recaida, y haced que yo evite en adelante toda ocasion de pecado.

Jaculatorias. — Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que me lleva á Vos, no sea que llegue á vacilar en él. (*Psalm.* xvi).

No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia, ni permitais nunca que se retire de mí vuestro espíritu. (*Psalm.* l).

PROPÓSITOS.

1 El cuidado que se tiene para prevenir é impedir una recaida en un enfermo convaleciente, y la atencion que pone el mismo convaleciente para no recaer enfermo, deben servirnos como de regla y de modelo para prevenir toda recaida después de la conversion. Estás ya curado, dice el Salvador, guárdate de pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Por esto sed solícitos en huir las menores ocasiones de recaer. Examinad todo lo que ha podido serviros de ocasion de pecado, para evitarlo. Comportaos después de vuestra conversion como los enfermos que salen de una gravísima enfermedad, qué cuidado y qué reserva; qué sobriedad; qué temor á las comidas dañosas, al aire nocivo; qué fidelidad en guardar un régimen de vida. Pensad que el demonio nunca nos tiende tantos lazos, como cuando acabamos de salir de aquellos con que nos tenia atados, y que á menos de que no estemos con una extrema vigilancia, no tardará en volvernos á enredar. Vuestra caida os ha ense-

ñado de lo que sois capaces; habeis visto cuán flacos sois en la ocasion; lo que el mundo y las compañías pueden en vuestro corazon y en vuestro espíritu; el peligro que hay en los espectáculos, en las conversaciones, en el juego, en la mesa, en las partidas de placer, en las visitas: alejaos de todos esos peligros, si no quereis perecer.

2 Recurrid con frecuencia á Dios con una entera confianza. Confesaos á menudo, y familiarizaos con el uso de la comunion; pero siempre con un nuevo fervor. Decid muchas veces á Dios con los Apóstoles, sobre todo en el tiempo de la tentacion: Señor, soy perdido, si no acudís en mi auxilio: aplicaos, Dios mio, á socorrerme; apresuraos, Señor, á asistirme. Renovad todas las mañanas la resolucion que habeis tomado en vuestra última confesion de no pecar mas. Pensad muchas veces que una recaida podria ser tal vez la causa de vuestra reprobacion. Si advertís que la tentacion se renueva, recurrid á la oracion; consultad con vuestro confesor, declaradle el peligro: en todos estos socorros encontraréis nuevas fuerzas, decid á Dios: He dejado, Señor, el pecado; pero me quedan todavía las pasiones, y yo conozco ya que aquel primer ardor se entibia. Conservad vuestra obra, y no permitais que yo sea vencido.

JUEVES PRIMERO DE CUARESMA.

El intróito de la misa de este dia está tomado del versículo 6 del salmo xcv. La gloria y la majestad le rodean siempre; su santidad y su grandeza se dan á conocer en su tabernáculo: el Profeta habla aquí del verdadero Dios. Habia dicho en el versículo precedente, que todos los dioses que adoran los gentiles no son mas que demonios, y solo el Dios que nosotros adoramos es el que ha criado los cielos. El único soberano Criador, dueño absoluto, solo omnipotente, la fuente de todos los bienes y de todas las gracias; al paso que las divinidades paganas no subsisten mas que en la imaginacion de sus adoradores, ni tienen mas esplendor, mas gloria ni mas poder que lo que quieren atribuirles los pueblos que los adoran. Este salmo es una parte del que compuso David para la ceremonia de la traslacion del Arca al monte Sion. Exhorta el santo Rey á los judíos á que alaben á Dios, y á los gentiles á que vengan á adorarle en el nuevo tabernáculo. Este nuevo tabernáculo era la figura de la Iglesia, cuyo establecimiento está aquí predicho, lo mismo que el reino de Jesucristo.

La Epístola de la misa de este dia es una profecía de las mas conso-

latorias, y cuyo cumplimiento vemos después de la muerte del Salvador. Habia entre los judíos un proverbio antiguo que decia: Los padres han comido los racimos verdes, y los hijos han tenido dentera. Este proverbio estaba fundado en lo que dice Moisés en el Éxodo y en el Deuteronomio: Que Diós venga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generacion. La mayor parte de aquellos á quienes hablaba el profeta Ezequiel experimentaban la verdad de este proverbio. Vivian cautivos en castigo de los pecados y de las abominaciones de sus predecesores, un Achab, un Manasés, y tantos otros malos judíos que habián vivido en tiempo de estos príncipes impíos. Queriendo Dios consolar á este pueblo afligido le envia á decir por su Profeta, que no se verificará siempre este proverbio, y que en lo porvenir no tendrán motivo para servirse de él. Que cada uno sufrirá la pena de su pecado, y que á la vuelta de la cautividad quedarán borradas las antiguas iniquidades. Que el crímen del padre no recaerá ya sobre el hijo, y que el hijo no será castigado por la iniquidad del padre. Lo que el Profeta predecia á los judíos, se entendia literalmente de la cautividad en que gemian; pero esta promesa no debia cumplirse hasta la nueva alianza, y bajo el reinado del Salvador. Jesucristo sin distincion de judíos y de gentiles, sin ninguna aceptacion de personas, sin consideracion á las faltas pasadas, ha venido para salvar á todos los hombres; ha dado su vida y su sangre generalmente por todos; y ha declarado que la inocencia de noventa y nueve justos no le causaba tanto placer como la conversion de un solo pecador. Él abre su Iglesia á todas las naciones, admite á su mesa á los pobres, á los cojos, á los paralíticos y á los ciegos. Este proverbio ha cesado propiamente por el Bautismo, puesto que por él recibimos todos el perdon del antiguo pecado, de aquella falta original que era propiamente el racimo verde, cuya acidez dió dentera á todos los descendientes de Adan, para hablar con el lenguaje del Profeta. Dios declara que todas las almas son suyas, que á todas ama, puesto que han costado la sangre de un Dios; y así que en adelante solo morirá aquella que hubiere pecado, y que hubiere querido perseverar en el pecado. Yo castigaré, dice, ó recompensaré segun el mal ó el bien que cada uno hubiere hecho; la iniquidad del padre no dañará á la justicia del hijo, y la justicia del hijo no justificará al padre. Si un hombre es justo, si guarda mis mandamientos, si no come sobre los montes (debe entenderse esto de las viandas inmoladas á los ídolos, á los que los judíos, siempre inclinados á la idolatría, iban á ofrecer sacrificios sobre los montes á ejemplo de los gen-

tiles); en fin, si no hace agravio á nadie, si marcha por el camino de mis preceptos y guarda inviolablemente mi ley, *este es justo, y vivirá la vida eterna*, dice el Señor. Nosotros vemos cumplida esta profecía en la nueva ley; cada uno es castigado ó recompensado segun su mérito. Los que hubieren hecho buenas obras, dice el Salvador, resucitarán para vivir; mas los que las hubieren hecho malas resucitarán para ser condenados. (*Joan.* v). Dichosos los muertos que mueren en el Señor, dijo el Angel que hablaba á san Juan en el Apocalipsis, porque les seguirán sus obras. (*Apoc.* xv). Es preciso que todos nos presentemos ante el tribunal de Jesucristo, dice san Pablo, á fin de que cada uno reciba lo que se debe á su cuerpo, segun el bien ó el mal que hubiere hecho. (*II Cor.* v).

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo xv del Evangelio, segun san Mateo; comprende la historia de la mujer Cananea, y la Iglesia nos propone en ella el modelo mas instructivo de la oracion mas perfecta. Como el ayuno debe ir acompañado y sostenido de la oracion, la Iglesia en el principio de la Cuaresma nos enseña á orar proponiéndonos este Evangelio. Jesucristo, indignado de los celos y del odio de los fariseos, fatigado de sus malignas interpretaciones, cansado de sus peticiones capciosas, les dejó apresuradamente, y se retiró hácia los confines de Tiro y de Sidon, en donde al parecer queria vivir desconocido. En efecto, se retiró en silencio con sus discípulos á una casa, en donde es probable que no se esperaba su venida. Sin embargo, no tardó mucho en hacerse pública en los países vecinos. Una mujer cananea (los judíos daban este nombre á los de Tiro, de Sidon y de todos sus contornos, porque descendian de los antiguos cananeos, en razon de que Sidon, hijo de Canaan, habia fundado con su nombre la ciudad capital del país) era la mujer pagana como lo eran todos los de aquella comarca. San Marcos dice que aquella mujer era sirofeniciana, esto es, de Fenicia de Siria, en donde estaban Tiro y Sidon. Habiendo oido aquella mujer que el Salvador estaba en el país, vino desde la frontera en donde habitaba, y le trajo á su hija poseida del demonio, no dudando que si Jesús queria quedaria infaliblemente libre. Los judíos, dicen los Padres, rechazan á Jesucristo despues de haberle visto obrar un número infinito de maravillas; y hé aquí una mujer extranjera que á la sola relacion de sus milagros sale de un país infiel para venir á adorarle, y le da todas las señales de la fe mas viva. Esta mujer que habia sabido por los judíos que su Mesías debia ser hijo de David, habiendo oido hablar de las maravillas que el Salvador obra-

ba., no dudó que este fuese el Mesías tan esperado. Entró, pues, en la casa donde se habia aposentado, y manteniéndose detrás de los discípulos que rodeaban al Salvador, decia sin cesar en alta voz: Señor, hijo de David, tened compasion de mí; mi hija está muy atormentada del demonio. El Salvador aparentando que no la oia, continuaba hablando con sus discípulos. Ella sin desanimarse por esto, y viendo que el Maestro no queria escucharla, no cesó de importunar á los discípulos que, cansados de sus ruegos y de sus lágrimas, rogaron al Salvador que la despachase para librarse de la importunidad de su demanda. Jesús les respondió, que él no habia sido enviado para predicar á los gentiles, sino solo á las ovejas de la casa de Israel, y que solo en favor de estas hacia los milagros. En efecto, el desprecio con que los judíos han recibido á Jesucristo ha hecho que el Evangelio se haya predicado á los extranjeros. Viendo aquella mujer que no habia sido oida, se adelantó, se echó á los piés del Salvador, y le suplicó con sus clamores y con sus lágrimas que no le negase la gracia que le pedia. Por dura que pareciese la respuesta de Jesucristo, no dejaba sin embargo de estar admirado y enternecido de una perseverancia tan generosa. Espera, la dijo el Salvador, que los hijos de la casa estén plenamente satisfechos; no se han de preferir los extraños á los domésticos, ni es tampoco racional el tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los perros: este era el término de que se servian ordinariamente los judíos hablando de los gentiles. Aprovechándose la mujer de la comparacion, respondió: Estoy, Señor, con lo que decís, no hay cosa mas justa, y yo consiento en ser colocada en el número de los perros; pero tambien en esta cualidad tengo derecho al menos á vivir de las migajas que caen de la mesa de los señores. El Salvador no pudo ya disimular por mas tiempo la satisfaccion que le causaba una fe tan viva: ¡Oh mujer, exclama, grande es tu fe! Tus palabras y tu perseverancia lo prueban bien. Anda, y que sea cumplido lo que tú deseas. Las palabras del Salvador fueron eficaces. El espíritu maligno salió al instante del cuerpo de su hija; y san Marcos añade, que cuando volvió la madre á su casa la encontró acostada en el lecho como si jamás hubiese estado poseida.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Devotionem populi tui, quaesumus, Domine, benignus intende: ut qui per abstinentiam macerantur in corpore,

Señor, mirad benigno la devocion de vuestro pueblo, á fin de que los que mortifican su cuerpo por la abstinen-

per fructum boni operis reficiantur in mente. Per Dominum nostrum...

cia, sean fortalecidos en el espíritu por el fruto de las buenas obras. Por Nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del capítulo XVIII *del profeta Ezequiel.*

In diebus illis: Factus est sermo Domini ad me, dicens: Quid est quod inter vos parabolam vertitis in proverbium istud in terra Israël, dicentes: Patres comederunt uvam acerbam, et dentes filiorum obstupescunt? Vivo ego, dicit Dominus Deus, si erit ultra vobis parabola haec in proverbium in Israël. Ecce omnes animae meae sunt; ut anima patris, ita et anima filii mea est: anima quae peccaverit, ipsa morietur. Et vir si fuerit justus, et fecerit judicium et justitiam, in montibus non comederit, et oculos suos non levaverit ad idola domus Israël, et uxorem proximi sui non violaverit, et ad mulierem menstruatam non accesserit, et hominem non contristaverit: pignus debitori reddiderit, per vim nihil rapuerit, panem suum esurienti dederit, et nudum operuerit vestimento: ad usuram non commodaverit, et amplius non acceperit: ab iniquitate averterit manum suam, et judicium verum fecerit inter virum et virum: in praeceptis meis ambulaverit, et judicia mea custodierit, ut faciat veritatem: hic justus est, vita vivet, ait Dominus omnipotens.

En aquellos dias: Me habló el Señor, y me dijo: ¿De dónde viene que entre vosotros os servís de aquella parábola que habeis llegado á convertir en proverbio en Israel: Los padres, decís, han comido racimos agraces, y á los hijos les ha dado dentera? Yo juro por mí mismo, dice el Señor vuestro Dios, que esta parábola no pasará ya entre vosotros como proverbio en Israel. Porque todas las almas me pertenecen á mí; del mismo modo que el alma del padre así tambien es mia el alma del hijo; y solo morirá el alma que pecare. Si un hombre es justo; si obra segun la equidad y la justicia: si no comiere sobre los montes; si no levantare sus ojos á los ídolos de la casa de Israel; si no violare la mujer de su prójimo; si no se acercare á su mujer en el tiempo de la menstruacion; si no contristare á nadie; si vuelve á su deudor la prenda que él le habia dado; si no quitare con violencia nada; si diere de su pan al que tiene hambre y vistiere al que está desnudo; si no prestare con usura ni recibiere mas de lo que ha dado; si apartare su mano de la iniquidad, é hiciere un juicio recto entre los que contienden; si marchare por el camino de mis preceptos y observare mis mandatos, para obrar segun la verdad, este es justo, vivirá con una vida perfecta, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Todas las almas me pertenecen á mí. Dios es el que habla; todos nosotros le pertenecemos por muchos títulos; somos de Dios por derecho de creacion, de redencion, de conservacion, de adopcion; pero ¿somos suyos por voluntad, por inclinacion, por amor, y por una decision inviolable? Somos todo de nuestros placeres, de nosotros mismos, de nuestros negocios temporales. Somos del mundo hasta la servidumbre; somos de los grandes hasta la bajeza; somos de nuestros amigos hasta sacrificar en su favor nuestro tiempo y nuestro re-

poso; pero ¿somos de Dios con esta universalidad de dependencia? Un señor manda, y es obedecido; un príncipe da á entender su voluntad, ¡buen Dios! con qué empeño se trata hasta de prevenir sus órdenes: un general de ejército ordena que se guarde un puesto, ó que se suba al asalto; se corre, se vuela. La vista del peligro, la exposicion á la muerte, lo arduo de la empresa excitan el ánimo, y equivalen á la recompensa. ¿Y Dios es servido con la misma fidelidad? ¿es obedecido con el mismo fervor, con la misma puntualidad? ¿con el mismo empeño, con el mismo ánimo? Dios habla, Dios manda; ¿y es muy escuchado? Hace leyes; ¿y quién las guarda? ¿Se duda de su autoridad? ¿se ignora su poder? De ninguna manera, porque esto seria dudar de su existencia. Sin embargo, ¿hubo un padre menos amado? ¿hubo un señor mas mal servido? ¿hubo un soberano menos respetado por aquellos que le deben el ser y la vida? ¿Nos conmueven mucho sus beneficios? ¿nos espantan mucho sus castigos? ¿nos llaman mucho la atencion el esplendor y el precio de sus recompensas? El número de los que le sirven es pequeño; con todo, en este pequeño número ¡cuán pocos son los siervos fieles! ¿Tenemos acaso muchos dueños soberanos á quienes contemplar, muchos salvadores á quienes amar? ¿tenemos muchos árbitros de nuestra suerte eterna á quien temer? Si alguno encuentra exagerado este pormenor de reflexiones, que ponga en paralelo la regla de las costumbres y el Evangelio, y la conducta de la mayor parte de los cristianos; que se consulte cada uno á sí mismo. ¿Se obedece á Dios con puntualidad, con prontitud? ¿se le ama con ternura? ¿se le teme como soberano Juez? ¿se le sirve con fidelidad? ¡Ah! se violan sus mandamientos cuási sin remordimiento, se desprecian sus preceptos con arrogancia; se miran cuási con desprecio las máximas del Evangelio; se avergüenzan de la cualidad de cristianos y del nombre de devoto; mientras que las perniciosas máximas del mundo son aplaudidas universalmente. ¿Hay quien se avergüence de ser mundano? ¡Ah! falta poco para que no se haga honor de ser libertino: á lo menos es este hoy un título para ser bien recibido donde quiera, que es como una reprobacion del ser devoto, y poseer eminentemente el espíritu del mundo. Nosotros pertenecemos á Dios; este carácter es indeleble, este derecho no puede enajenarse; nosotros pertenecemos á Dios, pero ¿no servimos á otro señor? ¿somos verdaderamente siervos de Dios?

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XV de san Mateo.

In illo tempore: Egressus Jesus, secessit in partes Tyri et Sidonis. Et ecce mulier Chananaea à finibus illis egressa clamavit, dicens ei: Miserere mei, Domine fili David: filia mea male à daemonio vexatur. Qui non respondit ei verbum. Et accedentes discipuli ejus, rogabant eum, dicentes: Dimitte eam; quia clamat post nos. Ipse autem respondens, ait: Non sum missus nisi ad oves, quae perierunt domus Israël. At illa venit, et adoravit eum, dicens: Domine, adjuva me. Qui respondens, ait: Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus. At illa dixit: Etiam Domine: nam et catelli edunt de micis, quae cadunt de mensa dominorum suorum. Tunc respondens Jesus, ait illi: O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis. Et sanata est filia ejus ex illa hora.

En aquel tiempo: Habiendo salido Jesús, se retiró hácia Tiro y Sidon. Y hé aquí que una mujer cananea que habia venido de los confines de aquella tierra, empezó á clamar y decirle: Señor, Hijo de David, compadeceos de mí, porque mi hija es muy maltratada por el demonio. Á la cual no la respondió una sola palabra. Llegándose entonces sus discípulos, le rogaban y le decian: Despachadla, porque viene gritando detrás de nosotros. Mas él les respondió diciendo: No soy enviado sino para las ovejas que se han perdido de la casa de Israel. Ella, sin embargo, se adelantó á él y le adoró diciéndole: Señor, socorredme. No es racional, la respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Es verdad, Señor, dijo ella; pero tambien los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. Entonces Jesús la dijo: ¡Oh mujer! ¡grande es tu fe! Sucédate como deseas. Y desde aquel momento quedó sana su hija.

MEDITACION.

Sobre la oracion.

Punto primero.—Considera cuál es la dignidad, el mérito, cuáles las ventajas y los auxilios de la oracion: con razon se ha dicho que la oracion es el recurso mas seguro de los cristianos en todas sus necesidades. No es necesario ir á la montaña ni á Jerusalen para orar con mérito; no cuesta tanto la oracion: el verdadero culto depende, por decirlo así, de nuestra disposicion: nosotros hallamos á Dios en todas partes, y siempre pronto para proveer á nuestras necesidades. Solo pide que se le expongan, y una de las mas esenciales condiciones para ser oidos es el creer firmemente y sin dudar que lo serémos. ¡Qué consolatorio es esto! Si no fuera necesario mas que esta confianza para obtener de los grandes de la tierra los socorros que se les piden, ¿qué ruegos quedarian sin fruto? La multitud no nos impide el acercarnos á Jesucristo. Por grande que sea el número de los que suplican, cada uno tiene cuando quiere una audiencia particu-

lar, y siempre es á nosotros á quienes toca el determinar su duracion. No hay precision de esperar á un tiempo desocupado; el tiempo del Señor es siempre el nuestro; podemos estar á sus piés cuanto queramos, sin que Marta tenga derecho para quejarse. No hay discípulo alguno que reprenda nuestra importunidad; ningun fariseo cuya censura haya que temer; todo favorece nuestra piedad. No hay tampoco que extrañar que Dios tenga tanta consideracion á las oraciones de los hombres, cuando se hacen como se debe. Para rechazarlas seria necesario que tuviese, ó menos bondad, ó menos poder que el que creen los que le ruegan, puesto que no nos dirigimos á él en nuestras necesidades sino porque estamos persuadidos que su poder no tiene límites, y que su liberalidad es infinita, de modo que es preciso necesariamente que nuestra fe y nuestra confianza le obliguen á oirnos. Rogar á Dios, es ejercitarse en un acto de religion, por el cual se le hace el honor mas grande, por decirlo así, que puede recibir de una criatura; es rendir á la grandeza y á la bondad de su ser el testimonio mas ventajoso que somos capaces de darle, y hé aquí el orígen verdadero de la eficacia de la oracion. Por esto es comparada al sacrificio, por el cual se reconoce la soberana majestad, la grandeza inmensa, la bondad infinita, y la omnipotencia de Dios. Comprendamos bien la virtud, la dignidad y el mérito de este acto de religion. Pero ¿en qué consiste que no son oidas todas nuestras oraciones? Esto consiste en que oramos mal, en que ni aun pensamos en que estamos orando. Porque, ¿cuál es el hombre tan poco religioso que mientras está hablando con Dios, se atreviese á hablarle con tan poco respeto, con tan poca atencion, de un modo aun tan indecente, como lo hacemos nosotros? La oracion no solo es la prueba de nuestra confianza, es tambien la prueba de nuestra fe; ¿qué acto, pues, de la religion debe interesarnos mas? La oracion es, en medio de tantas borrascas á que estamos expuestos, el abrigo mas seguro y el mas pronto. La oracion hace igualmente inútiles las astucias y los esfuerzos del enemigo de la salvacion, y no es posible que se ore bien, y que no se le venza. ¡Qué desgracia para aquellos para quienes llega á ser inútil este poderoso socorro! Pero, seamos ingenuos, ¿rogando á Dios como se le ruega, pensamos que la oracion debe servirnos de un grande auxilio?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si no somos oidos, es porque nosotros mismos impedimos que Dios nos oiga. Se extraña que después de todo lo que el Salvador ha dicho acerca de la infalibilidad de

la oracion, sean oidos tan pocos; ¿habria menos motivo para sorprenderse, si orando tan mal como lo hacemos, fuesen mas eficaces nuestras oraciones? No acusemos al Señor de que restringe sus promesas, y de que encarece sus gracias: nuestros motivos, nuestras disposiciones, nuestra poca religion, aun en nuestras oraciones, le fuerzan, por decirlo así, á no escucharnos. La oracion pide un espíritu humilde y respetuoso. ¿Se descuida uno jamás en órden al respeto, cuando se presenta una peticion al príncipe? ¿Qué pretendiente olvida hasta los menores deberes de la urbanidad? Cuando se pide á los hombres se hace uno naturalmente modesto, respetuoso, hasta culto; solo cuando se pide á Dios nos dispensamos de estos deberes esenciales. Esas posturas poltronas y desaliñadas; esos aires vanos, inmodestos, y tan poco cristianos; esa disipacion, esa inatencion, ese disgusto, y esos enfados que acompañan nuestras oraciones, ¿son por ventura señales de un corazon humilde, religioso, y lleno de Dios? Queremos que Dios nos escuche, y nosotros no nos escuchamos á nosotros mismos; queremos que Dios haga caso de las oraciones, de que nosotros mismos no lo hacemos cuando las dirigimos. Son los labios los que honran á Dios; ¿qué parte tiene el corazon en unas oraciones que solo se recitan por rutina? Puede asegurarse que se dice una oracion, no que se hace. La precipitacion con que se ora, las posturas tan poco decentes con que se está, las distracciones que se consienten orando, ¿indica todo esto un gran respeto, un gran fondo de religion, una fe viva? ¿Se atreveria uno á pasearse ó á sentarse cuando se pide alguna gracia á un príncipe? ¿se atreveria uno á rogar á un hombre con la misma indecencia con que se le ruega á Dios? Le importan poco al Señor las alabanzas que se le dan, y los votos que se le hacen con un espíritu extraviado. Dios no niega nada á una oracion perseverante. Quiere ser instado, importunado. ¿De qué procede, pues, que nuestra confianza es tan flaca, sino de que nosotros somos tambien flojos en su servicio? Nosotros le negamos todos los dias lo que él nos pide; no podemos por tanto tener una firme confianza, y persuadirnos que debe concedernos lo que le pedimos. Los que no faltan en cuanto al respeto y á la atencion en sus oraciones, pecan muchas veces en el motivo. Hay pocos que no sean interesados y demasiado naturales, todavía menos que sean conformes á la voluntad de Aquel que no nos quiere conceder sino lo que es útil á nuestra salvacion y para su gloria. Vosotros no sabeis lo que pedís, decia el Hijo de Dios á la madre de los hijos del Zebedeo; y ¿son acaso mas rectas nuestras miras, nuestras intenciones? Sean

siempre cristianas nuestras oraciones, y serémos infaliblemente oidos.

Esta es, Señor, la gracia que yo os pido, haced que yo sea oido.

JACULATORIAS.—Señor, enseñadnos á orar. (*Luc.* XI).

Dignaos escuchar mi oracion, Vos que sois mi Rey y mi Dios. (*Psalm.* V).

PROPÓSITOS.

1 No hay acto de religion mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ninguno en que Dios sea menos honrado. Todo resuena con las alabanzas del Señor, y con los votos que se le hacen; pero el corazon y el espíritu ¿oran de concierto con los labios? Puede decirse que se recitan muchas oraciones, pero que se hacen pocas. Aun cuando no se consultase mas que el buen sentido, y la idea que se debe tener de este santo ejercicio, ¿podria verse friamente con qué distraccion del entendimiento, con qué tibieza, con qué indecencia se desempeña por lo comun? ¿No habria derecho para preguntar, si cuando oramos es para insultar, para irritar á Dios? La oracion es un tratamiento con Dios, en el que el alma, admitida, por decirlo así, é introducida en el santuario, expone al Señor sus necesidades, le representa lo que necesita, le descubre sus tentaciones, sus flaquezas; y penetrada de los sentimientos mas vivos de respeto, de amor y de reconocimiento, trata de honrarle, tanto por una profunda sumision á sus órdenes, como por su confianza y sus votos fervorosos. Un acto de religion tan perfecto ¿podrá consistir en una práctica puramente exterior? Y si en el momento en que se trata con Dios se extravia el espíritu hasta perder voluntariamente la devocion, ¿será esto rogar á Dios? Reglad vuestra conducta sobre esta reflexion.

2 No oreis nunca sino con un profundo respeto, y en una postura de cuerpo que convenga á la oracion. No oreis jamás con precipitacion, porque esta es siempre irreligiosa; vale mas hacer menos oraciones, y hacerlas como se debe. Alejaos de todo lo que puede distraer cuando orais. *Cuando oreis*, dice el Salvador, *entrad en vuestro aposento, y cerrando la puerta, orad á vuestro Padre en secreto, y vuestro Padre os recompensará.* (*Matth.* VI).

VIERNES PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO TAMBIEN VIERNES DE LAS CUATRO TÉMPORAS.

Todos los oficios de Cuaresma no se dirigen mas que á inspirarnos una gran compuncion de corazon, y una viva confianza en la misericordia de Dios, y á enseñarnos á orar con humildad, con fervor y con perseverancia. El intróito de la misa de este dia es una corta oracion, que contiene todos estos objetos, y que deberia sernos muy comun. Está tomado del salmo XXIV, el cual es una oracion de las mas devotas que pueden hacerse á Dios, y de las mas propias para obtener el perdon de los pecados. No aguardeis mas, Señor, á librarme de mis penas. Considerad mi abatimiento y los males que sufro, y concededme que pueda á lo menos con ellos expiar todos los pecados que he cometido. Es verosímil que este salmo se hiciese, como ya se ha dicho, durante la rebelion de Absalon. Él es una oracion afectuosa de un hombre que está afligido, y que abrumado de tristeza, y partido el corazon de dolor, recurre á Dios, lleno de confianza en su misericordia.

La Epístola que se lee en la misa es una continuacion de la del dia precedente. El profeta Ezequiel nos reitera la misma verdad, á saber: que cada uno sufrirá la pena de su pecado, y que ninguno será castigado por otro. El hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo. En efecto, Dios no ha imputado jamás á nadie los pecados de otro. Es muy justo y muy misericordioso para que repruebe á un alma inocente. Si nosotros sufrimos la pena del pecado original, es porque verdaderamente este pecado es tambien nuestro. Si permite alguna vez en este mundo que el inocente sufra con el culpable, y que sea envuelto en el mismo castigo, este azote en los designios de Dios es una prueba que puede ser una fuente de bienes para el hombre inocente, y no una pena para castigar un culpable. Estos azotes con que Dios aflige á los justos á causa de los pecadores son mas bien favores de su parte, que efectos de su venganza. Las cruces y las adversidades en el cristianismo son beneficios, y no azotes. No era lo mismo en la antigua ley, al menos en la idea del pueblo. Los judíos no podian mirar las penas de esta vida sino como verdaderos males; y como todo mal es una pena del pecado, concluian de aquí, que si ellos no habian merecido las penas que sufrian, las sufrian en castigo de los pecados de sus padres.

De donde procede que en sus oraciones pedian perdon á Dios no solo de sus propios pecados, sino tambien de los de sus padres. Yo os suplico, Señor, decia Daniel (*Dan.* IX), que aparteis de vuestra ciudad vuestra ira y vuestra indignacion, porque Jerusalen y vuestro pueblo están hoy mirados con oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. *¿Quiero yo por ventura la muerte del impío*, dice el Señor? Dios quiere en verdad la conversion del pecador, y no su muerte; quiere nuestra salvacion, y no nuestra pérdida. ¡Qué consolatorio es este artículo de nuestra fe! pero ¡qué aflictiva será eternamente esta verdad para aquellos que se condenen! No hay ningun reprobado que no sea el artífice de su reprobacion. Hé aquí la conducta que yo observo, dice el Señor, en la economía de la salvacion de los hombres. Yo deseo que todos los hombres se salven, y á todos les doy yo mi gracia para ello. Si el justo, á pesar de todos mis auxilios, pierde su justicia, y muere en su pecado, yo olvidaré para siempre todas sus buenas obras pasadas, y se condenará. Si el pecador se convierte de buena fe, si hace penitencia, y muere en estado de gracia, yo no le echaré en cara sus iniquidades pasadas, y se salvará. ¿Diréis despues de esto, dice el Señor, que mis caminos no son justos?

El Evangelio de este dia no es ni menos consolante ni menos instructivo. Despues de haber predicado Jesucristo y hecho muchos milagros en las ciudades y en las aldeas, se fué á Jerusalen al tiempo de la fiesta de los judíos. Créese que era la fiesta de las Suertes, que se celebraba el 14 del mes Adar, que era el último mes del año judáico. Habia en Jerusalen una piscina, llamada en griego *probática*, esto es, piscina para las reses; y en hebreo *bethsaida*, que quiere decir casa de misericordia. Era una fuente grande y anchurosa colocada cerca de una puerta de Jerusalen, por donde entraban los rebaños; y en la que, segun san Gerónimo, se lavaban los intestinos de los animales que se sacrificaban en el templo. Al rededor de esta piscina habia cinco pórticos ó galerías, en los cuales habia en todo tiempo un gran número de enfermos; muchos ciegos, cojos y paralíticos acostados en sus camillas, todos los cuales esperaban que el agua fuese removida por un Ángel que en un tiempo determinado no dejaba nunca de bajar á esta fuente y de remover el agua de ella, y entonces el primero de los enfermos que entraba en ella quedaba infaliblemente curado de cualquiera enfermedad que tuviese. Todo el mundo era testigo hacia mucho tiempo de esta maravilla. El Salvador fué á visitar este hospital, y entre una muchedumbre extraordi-

naria de enfermos percibió un paralítico que hacia treinta años estaba tendido en un lecho sin poderse mover. El Hijo de Dios se acercó á él, y le preguntó si queria curar. Parecia inútil esta pregunta, mas el Salvador queria enseñarnos que quiere ser rogado, y que la curacion del pecador es siempre voluntaria, aun cuando siempre sea efecto de su pura bondad. El enfermo, que no conocia la omnipotencia de aquel que le hablaba, respondió que hacia mucho tiempo que deseaba su curacion, pero que no tenia nadie que le echase en la piscina inmediatamente que el agua era movida, y que por mas que él se esforzase para echarse en ella, siempre se le adelantaba otro. Levántate, le dijo Jesús, toma tu lecho y vete con él. Entonces el paralítico, conociendo que estaba sano, se levantó, cargó su lecho á cuestas y se fué con él, con grande asombro de todo el pueblo.

Este milagro, que al paso que era una señal sensible de la bondad del Salvador, era tambien una prueba brillante de su poder, fue inmediatamente condenado por los judíos como una profanacion, y una violacion de la ley, porque habia sido hecho en sábado. Con esta falsa apariencia de piedad, con que coloreaban ordinariamente su odio y sus celos, inquietaron al paralítico sobre su curacion, y le hicieron un crímen de su obediencia. Verdadero carácter del falso celo. Se apura por las observancias exteriores de la ley, mientras que deja fomentar en el corazon las pasiones mas criminales, y que en él se alimente un odio mortal. El Hijo del hombre, dice san Mateo, es el señor del sábado; y era muy propio de la sabiduría del Salvador, dice el abad Ruperto, que sus milagros que eran una prueba de su divinidad, fuesen conocidos en Jerusalen de un gran número de personas, y por esto sin duda los obraba ordinariamente el Salvador en sábado. No era para convertirse para lo que deseaban los judíos saber el autor del milagro. Del mismo modo los herejes han rehusado siempre reconocer la verdadera Iglesia, aun cuando no hayan ignorado los grandes milagros que han hecho muchos de sus hijos. Viendo el Salvador el abuso que los judíos hacian de una maravilla tan poderosa para convertirlos, se retiró de la multitud. Esto es lo que Dios hace muchas veces cuando se abusa de sus mayores gracias. ¡Qué castigo, Señor, es este funesto abandono! Jesús, que no curó el cuerpo sino para curar el alma, habiendo encontrado después á este hombre en el templo: ya estás curado, le dijo, guárdate bien en adelante de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Este hombre reconoció entonces á su divino Bienhechor, y queriendo que fuese conocido y honrado de todo el mundo, fué á decir á los judíos que era

Jesús á quien debia su salud. Mas ¿qué honor podia Jesús esperar de aquellos que formaban ya un poderoso partido para perderle?

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Esto, Domine, propitius plebi tuae: et quam tibi facis esse devotam, benigno refove miseratus auxilio. Per Dominum nostrum...

Sed, Señor, favorable á vuestro pueblo, y así como por vuestra gracia haceis que se consagre á Vos, fortificadle con el dulce auxilio de vuestra misericordia. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es sacada del capítulo XVIII *del profeta Ezequiel.*

Haec dicit Dominus Deus: Anima, quae peccaverit, ipsa morietur: filius non portabit iniquitatem patris, et pater non portabit iniquitatem filii: justitia justi super eum erit, et impietas impii erit super eum. Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit judicium et justitiam, vita vivet, et non morietur. Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor: in justitia sua, quam operatus est, vivet. Numquid voluntatis meae est mors impii, dicit Dominus Deus, et non ut convertatur à viis suis, et vivat? Si autem averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem secundum omnes abominationes, quas operari solet impius, numquid vivet? Omnes justitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur: in praevaricatione, qua praevaricatus est, et in peccato suo, quod peccavit, in ipsis morietur. Et dixistis: Non est aequa via Domini. Audite ergo, domus Israël. Numquid via mea non est aequa, et non magis viae vestrae pravae sunt? Cum enim averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem, morietur in eis: in injustitia, quam operatus est, morietur. Et cum averterit se impius ab impietate sua, quam operatus est, et fecerit judicium et justitiam; ipse animam suam vivificabit. Considerans enim, et

Hé aquí lo que dice el Señor nuestro Dios: El alma que pecare, ella misma morirá: el hijo no será responsable de la iniquidad del padre, ni el padre responderá de la iniquidad del hijo; la justicia del justo le aprovechará á él, y la impiedad del impío á él le dañará. Mas si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados que habia cometido; si guardare todos mis mandamientos, y obrare segun la equidad y la justicia, vivirá una vida verdadera, y no morirá. No me acordaré mas de todas las iniquidades que él habia cometido, y vivirá en las obras justas que hubiere hecho. ¿Quiero yo por ventura la muerte del impío, dice el Señor nuestro Dios, y no mas bien que se convierta de sus caminos malos, y que viva? Mas si el justo retrocediere de su justicia, y se entregare á la iniquidad en todas las abominaciones que suele cometer el impío, ¿vivirá entonces? Quedarán olvidadas todas las obras de justicia que habia hecho; morirá en la perfidia en que ha caido, y en el pecado que ha cometido. Después de todo esto habeis dicho: El camino del Señor no es equitativo. Escucha, pues, casa de Israel: ¿por ventura mis caminos no son justos, y no son mas bien los vuestros perversos? Porque cuando el justo se hubiere apartado de su justicia, y cometiere la iniquidad, morirá en ellos, morirá en la injusticia que él ha cometido. Y cuando el impío se apartase de

avertens se ab omnibus iniquitatibus suis, quas operatus est, vita vivet, et non morietur, ait Dominus omnipotens.

su impiedad en que ha vivido, y obrase conforme á la equidad y á la justicia, él mismo volverá la vida á su alma. Porque considerando su estado, y apartándose de todas las iniquidades que ha cometido, vivirá una vida cierta, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

La justicia del justo le aprovechará á él, y la impiedad del impío á él le dañará. En materia de salvacion cada uno hace para sí. Nuestras obras nos siguen, y no podemos hacer cesion de ellas á otro. Admiremos la sabiduría infinita del Señor y su misericordia sin límites. Con qué paciencia sufre los extravíos de los pecadores, y con qué bondad los recibe luego que vuelven á la casa del padre. Su alegría, sus liberalidades, la fiesta que hace á la vuelta de este hijo pródigo son tan extraordinarias, que llegan á causar celos al hijo mayor. ¿No era justo que yo diese á conocer la alegría que me causa su vuelta, dice este buen padre? Tales son los sentimientos de Dios con respecto á un pecador penitente. La obra de mis manos, mi imágen, mi semejanza, el precio de mi sangre habia perecido, y yo entro hoy en posesion de este bien. *Habia muerto;* era una alma desesperada, abandonada, con la cual yo no contaba ya; solicitada cien veces, instada, buscada, me arrojaba de sí, me despreciaba; inútilmente habia tentado reducirla, todo habia sido perdido; estaba sepultada en el sueño del pecado; hoy contra todo lo que se presentaba, este impío ha prestado el oido á mi voz, se ha rendido á las amorosas solicitaciones de mi gracia, se ha retraido de la impiedad en que habia vivido; avergonzado de sus aficiones criminales, viene á arrojarse á mis piés, y yo le recibo entre mis brazos, y yo entro en este corazon sumiso, enternecido, dócil. Vuelvo á ver á este hijo rebelde, que detesta de todo su corazon su rebeldía, que implora mi misericordia, que recurre á mi bondad; ¿puedo dejar de regocijarme de una conquista semejante? Yo me veia obligado á perderle, á pesar del amor que le tenia, y ya él quita el obstáculo que me impedia satisfacer al deseo que tengo de hacerle feliz; ¿qué alegría mas sensible puede dar una criatura al autor de su ser? El justo, por el contrario, después de haber sido colmado de mis beneficios, después de haber gustado á placer de las dulzuras de mi terneza, después de haber experimentado de las dulzuras que se hallan en mi servicio; si llega á

disgustarse de los favores y de las caricias del mas amable de todos los señores, del mas tierno de todos los padres, si muere en sus extravíos, si muere en mi desgracia; ¿no debo castigarle como un hijo rebelde, y abandonarle eternamente á la desgraciada suerte de los réprobos? Él ha olvidado mis gracias, mis beneficios, ¿no es justo que yo olvide sus buenas obras? ¿no es justo que yo le trate como á los impíos, puesto que ha muerto en su pecado? La suerte de todos los condenados es deplorable; pero ¡qué dolor, qué desesperacion, qué rabia la de un hombre que ha llevado una parte de su vida en la piedad, y que ha muerto en el pecado! ¡qué desesperacion, qué rabia por toda una eternidad para una persona que habia gustado de Dios, que habia pasado algun tiempo en el servicio de Dios, y que se ve reprobada! ¡qué desesperacion, qué rabia para un sacerdote, para una persona religiosa, que ha meditado cien veces las grandes verdades de la Religion, que las ha predicado y explicado á los demás, que ha contribuido con su celo á la salvacion de tantas almas, de quien Dios se ha servido para convertir tantos pecadores, que ha contribuido tanto con sus obras de piedad, con sus sabios pareceres, hasta con sus buenos ejemplos, para que tantos impíos se retirasen de los últimos extravíos; si él tiene la desgracia de pervertirse, de morir en pecado, de condenarse! ¡qué desesperacion, qué rabia para aquellos sagrados ministros de los altares, que alimentados con el cuerpo y con la sangre adorables de Jesucristo se han emponzoñado voluntariamente con las amargas delicias del mundo con que han querido apacentarse, y después de haber retirado á tantas ovejas de estos malos pastos, se han alimentado con ellos, ellos mismos! En fin, ¡qué desesperacion y qué rabia para aquellos médicos saludables que después de haber curado tantos enfermos desesperados no han querido curarse á sí mismos de la misma enfermedad; para aquellos directores que después de haber conducido á tantas almas por los caminos de la salud y de la justicia tuvieren la desgracia de extraviarse ellos mismos, y morir en sus extravíos!

El Evangelio de este dia es tomado del capítulo v *del Evangelio segun san Juan.*

In illo tempore: Erat dies festus Judaeorum, et ascendit Jesus Jerosolymam. Est autem Jerosolymis Probatica piscina, quae cognominatur hebraice Bethsaida, quinque porticus habens. In his jacebat multitu-

En aquel tiempo se celebraba una de las fiestas de los judíos, y Jesús subió á Jerusalen. Hay en Jerusalen una piscina llamada *Probática*, que en hebreo se llama *Bethsaida*, rodeada de cinco galerías. En ellas estaban tendi-

do magna languentium, caecorum, claudorum, aridorum expectantium aquae motum. Angelus autem Domini descendebat secundum tempus in piscinam, et movebatur aqua. Et qui prior descendisset in piscinam post motionem aquae, sanus fiebat à quacumque detinebatur, infirmitate. Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit ei: Vis sanus fieri? Respondit ei languidus: Domine, hominem non habeo, ut cum turbata fuerit aqua, mittat me in piscinam: dum venio enim ego, alius ante me descendit. Dicit ei Jesus: Surge: tolle grabatum tuum, et ambula. Et statim sanus factus est homo ille; et sustulit grabatum suum, et ambulabat. Erat autem sabbatum in die illo. Dicebant ergo Judaei illi, qui sanatus fuerat: Sabbatum est, non licet tibi tollere grabatum tuum. Respondit eis: Qui me sanum fecit, ille mihi dixit: Tolle grabatum tuum, et ambula. Interrogaverunt ergo eum: Quis est ille homo, qui dixit tibi, Tolle grabatum tuum, et ambula? Is autem, qui sanus fuerat effectus, nesciebat quis esset. Jesus enim declinavit à turba constituta in loco. Postea invenit eum Jesus in templo, et dixit illi: Ecce sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Abiit ille homo, et nuntiavit Judaeis quia Jesus esset, qui fecit eum sanum.

dos un gran número de enfermos, ciegos, cojos y perláticos, que esperaban el movimiento del agua. Pues un Ángel del Señor bajaba en cierto tiempo á la piscina y movia el agua; y el primero que bajaba á la piscina después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Habia allí cierto hombre que habia ya treinta y ocho años que sufria su enfermedad. Viendo Jesús á este hombre tendido, y sabiendo que habia ya mucho tiempo que padecia, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondióle el enfermo: Señor, no tengo hombre, que cuando fuere movida el agua, me eche dentro de la piscina: así es que cuando yo llego, baja otro antes que yo. Levántate, le dijo entonces Jesús, toma tu lecho, y echa á andar. Inmediatamente quedó el hombre curado, y tomando su camilla á cuestas echó á andar. Era sábado aquel dia. Los judíos, pues, decian á aquel que habia sido curado: Hoy es sábado, y no te es lícito llevar tu lecho. Entonces él les respondió: El que me ha sanado, me ha dicho, toma tu lecho, y marcha. ¿Quién es, le preguntaron, ese hombre que te ha dicho, toma tu lecho y marcha? Mas el que habia sido curado, no sabia quién fuese, porque Jesús se habia separado de la multitud que allí habia. Después le encontró Jesús en el templo, y le dijo: Ya estás sano; no vuelvas á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Fué inmediatamente aquel hombre á decir á los judíos que era Jesús el que le habia sanado.

MEDITACION.

Sobre que no se debe contar sino con Dios.

Punto primero.—Considera cuán poco hay que contar con los hombres; apoyo caduco, frágil, flojo, frívolo, vano. Nada es capaz de fijar la ligereza de un corazon veleidoso, extravagante y mudable. Las protestas mas sinceras de amistad, los ofrecimientos mas

francos de servir, aun las obligaciones mas formales, todo esto se disipa al menor viento; todo se desvanece á la primera apariencia de un nuevo sistema. ¡Desgraciado el que cuenta con semejantes afectos! No hay cosa mas mudable que el corazon humano; nada, en efecto, cambia con mas frecuencia ni con mas prontitud que este móvil de nuestros sentimientos, de nuestras acciones, y aun de nuestros juicios y de nuestra estima. Como el amor propio y las pasiones son su principal resorte, no debemos extrañar el que la conducta de los hombres siga sus caprichos. Se os estima, se os alaba, se os protege, se os ama; ¿es vuestra virtud, son vuestras bellas cualidades, es vuestro mérito lo que os atraen esos amigos, lo que os procuran la estima y la proteccion de los grandes, los que os distinguen en el mundo? Nada mas justo, nada mejor fundado, nada os asegura mas un crédito, un favor, una fortuna mas durable. Sin embargo no os fieis; basta un espíritu de partido, un mal suceso, un nuevo interés, una enfermedad aun para debilitar todos esos apoyos, para romper todos esos nudos, para que desaparezcan todas esas muestras de benevolencia. Pero ¿vuestra virtud persevera, vuestras bellas cualidades subsisten, vuestro mérito no se ha extinguido? Es verdad, pero los resortes han cambiado, los pasos se han alterado, no es ya la misma mano la que tiene la balanza. Un nuevo sistema de cosas ha mudado las ideas; nuevos motivos han hecho nacer nuevos sentimientos; no se necesita mas que una envidia, un terror pánico, una nueva pasion, para dar un nuevo aspecto á las cosas. Se desconfia de vuestra virtud, demasiado austera; se la estima, pero se la teme. Se os cree opuesto á sus intereses particulares, censor demasiado claro de sus defectos; vuestra regularidad demasiado religiosa embaraza; no es menester mas para desacreditaros, para mancillaros. ¿Se os juzga ya inútiles á sus intereses ó á sus designios? Se os olvida. Aquella amistad, que parecia tan bien cimentada, se desmiente; ya no hay con vosotros mas que indiferencia, frialdad; ya ni aun se quiere que tengais aquella virtud, aquel mérito, aquellas buenas cualidades que merecian su estima, porque de este modo es muy fácil justificar una mudanza que condena la razon y el buen sentido. ¿Se os ve en la desgracia? Muy pronto caeis en el olvido. Un nuevo objeto ó un nuevo protector entra en lugar vuestro. ¡Buen Dios, qué digno de lástima es el que cuenta mucho sobre un fondo semejante!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que aun cuando los hombres fuesen ó menos ingratos, ó menos injustos, ó menos mudables, no se de-

beria contar con su crédito ni con su benevolencia. Los hombres pueden servirnos para que prosperemos, pero no para hacernos felices. El mayor favor no puede procurarnos un dia de salud, un cuarto de hora de tranquilidad, una media hora de vida. ¿Qué apoyo puede dulcificar nuestras penas? ¿qué crédito puede contentar un corazon insaciable? Todo el apoyo de los hombres no es mas que una caña débil que no solo se dobla, sino que se rompe. Aun cuando su voluntad no fuese mudable, nada hay mas caduco que su duracion. ¿Son por ventura dueños de sus dias? La persona con quien contais, no puede ella contar con vivir mañana. Desapareciendo una vez este apoyo, ¿en qué vienen á parar todas nuestras esperanzas? Aunque debiésemos sobrevivir á todos nuestros señores, á todos nuestros protectores, ¿qué socorros pueden darnos en la hora de nuestra muerte? ¿qué bienes pueden hacernos para la otra vida? Todo su poder, toda su buena voluntad, se limita á este puñado de dias que tenemos que vivir; y ¿qué servicio pueden hacernos durante la eternidad? No sucede lo mismo con la confianza que tenemos en Dios, ni con los socorros y ventajas que hallamos en su servicio. Inmutable, incapaz de mudanza, exento de pasiones, la sabiduría, la equidad, la bondad misma; solo nuestra pura malicia es la que puede hacerle mudar, por decirlo así, con respecto á nosotros. En todo tiempo hallamos en él un fondo inagotable de bondad y de poder, que no está nunca sujeto al humor ni al capricho. Único dueño de todos los acontecimientos, fuente de todos los bienes, no podemos dejar de ser dichosos, ni de estar contentos mientras que somos agradables á él. Múdense los hombres, Dios no puede mudarse; dejen los hombres de ser, Dios subsiste. En él encontramos siempre un protector omnipotente, un amigo tierno, liberal, magnífico, un Señor indulgente, compasivo, un buen Padre. Él conoce todas nuestras necesidades y previene nuestras oraciones para proveer á ellas, basta que nosotros le amemos, y estemos seguros de su ternura; y ¿qué no puede el amor que nos tiene? Desencadénense contra nosotros todas las criaturas; declárenos todo el infierno la guerra, nada tenemos que temer mientras estemos bajo de su proteccion. En medio de las mas furiosas tempestades, expuestos á las borrascas mas violentas, agitados por las olas, basta que estemos con él, los vientos y la mar le obedecen. No hay enfermedad alguna que no sea un don de su parte, ninguna adversidad que no sea un presente de su mano, ningun enemigo de nuestra salvacion que no lo sea suyo, ningun acontecimiento en fin, que no lo permita para nuestro bien. No

solo durante esta vida podemos contar con su proteccion y su bondad, él solo es nuestro consuelo en la hora de nuestra muerte; nuestra fuerza, nuestro asilo en este último momento, en que todas las criaturas nos abandonan, en que todo el mundo nos es inútil. Dios solo constituye nuestra felicidad y nuestra alegría. ¡Qué placer mas exquisito! ¡qué consuelo mas encantador y mejor fundado que espirar entre sus brazos! Dios solo puede hacer nuestra dicha por toda la eternidad. ¿Qué se pensará entonces de la engañosa confianza que se ha tenido en la proteccion de los hombres?

No, Señor, esto es hecho, yo no tendré nunca mas confianza que en Vos solo, yo conozco visiblemente la flaqueza y la nada del crédito que puede hallarse en los hombres, para no contar mas con otro apoyo que el vuestro.

JACULATORIAS.—Yo he puesto toda mi confianza en el Señor; ¿por qué, pues, me decís: vuela con el pájaro á los montes? (*Psalmus* x).

He esperado en Vos; no permitais que sufra la confusion de haber esperado en vano. (*Psalm.* xxx).

PROPÓSITOS.

1 Reconociendo la flaqueza, lo caduco, lo falso de todos los apoyos humanos, concluid que es una extraña locura el contar con el poder y la benevolencia de los hombres, y que toda nuestra confianza debe ponerse en Dios solo. No conteis mas que con él, y reanimad todos los dias vuestra confianza en su bondad y en su omnipotencia. No deben despreciarse los socorros de los amigos y de los grandes; pero no conteis con ellos, porque vuestra esperanza podria ser vana. No os aflijais si los hombres os olvidan ú os desprecian. Acordaos muchas veces de aquellas palabras del Profeta rey: Mis mas próximos parientes me han dejado; pero Dios se ha dignado encargarse de mí; ¿qué tengo yo que temer?

2 Poned toda vuestra confianza en Dios, sobre todo en las adversidades. Sed fieles en su servicio, estad con él, y él estará con vosotros: con semejante apoyo no podrán dañaros los vientos mas furiosos. Reanimad vuestra confianza todas las mañanas y muchas veces en el dia; y cuando la prudencia cristiana exigiere que os sirvais del crédito y de la benevolencia de vuestros protectores, decid á Dios, que sin embargo de lo que haceis, solo en él poneis toda vuestra confianza. Tenedla muy singular en la proteccion de la santísi-

ma Vírgen; confiar en ella es confiar en Dios. La confianza en nuestro Ángel de la guarda y en los Santos es tambien muy útil. Son protectores seguros, y amigos con quienes podemos contar seguramente.

SÁBADO PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO COMUNMENTE DE LAS CUATRO TÉMPORAS.

Todo es misterioso en los oficios de Cuaresma, todo es instructivo en ellos, y todo concurre á inspirarnos el espíritu de penitencia. La misa de este dia comienza por aquellas hermosas palabras del salmo LXXXVII: Señor, llegue mi oracion hasta Vos, aplicad vuestro oido á los votos que yo os dirijo. Señor, mi Dios, mi libertador, yo no ceso dia y noche de importunaros con mis clamores para que me ayudeis. David perseguido por Absalon, y representando á Dios sus males en la oracion, es una figura sensible de Jesucristo que ruega á su Padre en el tiempo de su pasion. Todo este salmo es una imágen profética, y al mismo tiempo una viva expresion de los sentimientos del corazon de Jesucristo, tan ignominiosamente tratado, tan cruelmente perseguido por un pueblo de quien era el rey y el padre.

En la misa de este dia se leen seis lecciones, segun se acostumbra hacer en todos los sábados de las cuatro témporas. Este uso es muy antiguo en la Iglesia. Queda dicho ya en el sábado de las cuatro témporas de diciembre, por qué se habia dado al sábado de las cuatro témporas el nombre de *dia de las doce lecciones*. Aunque el ayuno de las cuatro témporas en las cuatro estaciones del año sea de institucion apostólica, sin embargo, hasta el undécimo siglo, en tiempo del papa san Gregorio VII, no se fijaron las cuatro témporas de primavera á la primera semana de Cuaresma, y las del estío á Pentecostes; lo cual fue confirmado por un nuevo decreto diez años despues, en el concilio de Clermont en Auvergne, dado por el papa Urbano II que presidió en él.

La primera de las seis lecciones destinadas á la misa de este dia es tomada del libro del Deuteronomio, en donde Dios ordena á su pueblo el pago de un diezmo particular, pero trienal, es decir, solo de tres en tres años (*Deuter*. XXVI), para el mantenimiento de los levitas ó ministros del templo, y para asistir á los extranjeros, las viudas y los huérfanos. Cumplido este deber, les prescribe Dios una es-

pecie de fórmula, por la cual se obligan solemnemente delante de él á no tener jamás otro Dios ni otro Señor; y Dios tambien les protesta haberles elegido para que sean su pueblo particular y la nacion privilegiada.

La segunda está tomada del mismo libro, en la que promete Dios á su pueblo, que si es fiel en observar el precepto que le ha impuesto de amar al Señor su Dios, marchar por todos sus caminos, y de estar inviolablemente adherido á su servicio, exterminará á su vista todas las naciones mas poderosas y mas fuertes que él, y le pondrá en posesion del país que ellas habitaban; y después de haberle hecho rico y poderoso, le hará formidable á toda la tierra. (*Deuter.* XI). Todas estas recompensas materiales no eran mas que la figura de las recompensas espirituales prometidas al pueblo de la nueva alianza, á esta nacion santa, que son los Cristianos.

La tercera leccion está sacada del segundo libro de los Macabeos: contiene la oracion que los sacerdotes después de la vuelta de la cautividad de Babilonia hicieron á Dios con Nehemías, durante el sacrificio que consumia el fuego sagrado, que se habia ocultado en el hondo de un pozo antes de la cautividad, y que se habia vuelto una agua lodosa y espesa; la cual habiendo sido derramada sobre la leña y la víctima que se habia colocado sobre el altar, se convirtió milagrosamente en fuego luego que salió el sol. Mientras el fuego milagroso consumia el sacrificio, Nehemías, Jonatás, y los demás sacerdotes, hacian la oracion contenida en esta tercera leccion.

La cuarta está tomada del libro del Eclesiástico, en donde el autor de este libro dirige á Dios una fervorosa oracion para suplicarle que se compadezca de su pueblo afligido, disperso, y en todas partes maltratado. Cuando el autor del libro del Eclesiástico escribia, estaba la nacion judía dispersa en Egipto, en la Siria, y en todas las provincias de Oriente, y aun los mismos que estaban en Judea y en Jerusalen eran oprimidos por los príncipes vecinos bajo quienes estaban subyugados. Como todas estas adversidades eran la figura de las que debian afligir algun dia á los fieles, la Iglesia renueva á Dios las mismas oraciones por todos sus hijos.

La quinta, que es la última de las que se toman del Antiguo Testamento, está sacada del profeta Daniel, y refiere la maravilla de los tres niños hebreos, que arrojados en un horno ardiendo, por haber sido fieles á Dios, hallaron refrigerio en medio de las llamas, y cantaron allí las alabanzas de Dios, que la Iglesia repite aquí en esta leccion.

En fin, la sexta, que es propiamente la Epístola de la misa de este dia, es una instruccion que el apóstol san Pablo da á los cristianos de Tesalónica en la primera carta que les escribe, y con motivo de ellos á todos los fieles. Puede decirse que es un compendio de toda la moral de Jesucristo, y el resúmen mas suave de la doctrina del Evangelio. *Corregid á los chismosos,* les dice: el Apóstol habla de aquellos espíritus inquietos, orgullosos, turbulentos, que no pueden vivir en reposo, ni dejar vivir en él á los demás: que introducen la disension en las sociedades mas santas, de las cuales son el azote; gentes de partido, susceptibles de todos los errores, y que parecen no haber nacido sino para sembrar en todas partes la zizaña, la division, y el cisma. *Sufrid á los flacos* y á los imperfectos; *consolad á aquellos que se desaniman* á vista de las menores dificultades. La caridad que debe caracterizar á todos los Cristianos es paciente, compasiva, todo lo sufre, no es aceptadora de personas. No haya animosidad, ni deseo de venganza; no os dejeis vencer por el mal, antes bien tratad de vencer el mal que se os hace por el bien que hiciéreis á los demás. No persigais la injuria sino con beneficios. La alegría espiritual es el fruto del Espíritu Santo. Dios no quiere siervos disgustados y tristes. En cualquiera estado en que os halleis, en la pobreza, en la adversidad, en la miseria, recibidlo todo como venido de su mano, bendecidle por todo. Levantad sin cesar vuestro corazon á Dios; hacedlo todo para gloria suya; adorad su providencia en todo lo que os suceda, dadle gracias tanto en la prosperidad como en la adversidad, puesto que todas las cosas contribuyen al bien para aquellos que le aman. Un gran motivo para regocijarse, y para dar gracias á Dios de todo lo que sucede, es que, fuera del pecado, todo lo que sucede, sucede por la voluntad de Dios en Jesucristo con cuya imágen debemos conformarnos. No extingais la luz del Espíritu Santo en vosotros por el pecado, no sufoqueis sus inspiraciones resistiendo á la gracia; y bajo el pretexto de que hay entre vosotros falsos profetas, guardaos mucho de rechazar las instrucciones de los que os hablan de parte de Dios. Examinad todas las cosas, y abrazad aquello que es bueno. No os dejeis sorprender por falsas preocupaciones; imitad, dice san Cirilo explicando este pasaje, imitad á los buenos cambistas, no os dejeis deslumbrar por un brillo falso, por un exterior que impone, desechad todo lo que tiene el cuño falso, y no recibais mas que lo que es bueno, y de buen peso. No basta ser inocente á los ojos de Dios, es preciso evitar hasta la apariencia, hasta la sombra del mal, para no escandalizar á na-

die; á todos les debemos el buen ejemplo, y este deber no es la menor de nuestras obligaciones.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo XVII de san Mateo, y contiene la historia de la transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo sobre la montaña del Tabor. Hacia algun tiempo que el Salvador, instruyendo á sus discípulos en los principales misterios de la Religion, les habia hecho una pintura bastante viva de las humillaciones y de las ignominias de su pasion, y de lo que ellos mismos tendrian que sufrir, duro y humillante de parte de los hombres. Estas imágenes tristes eran muy á propósito para llenar de susto á unos hombres todavía materiales é imperfectos. Para sostener sin duda su fe todavía débil, y reanimar su valor descaecido, les dijo el Salvador que algunos de los que estaban allí presentes no moririan sin que hubiesen visto aparecer el Hijo del hombre en su gloria. En efecto, cerca de seis dias despues, Jesucristo eligió tres de sus apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, y los llevó á solas sobre una alta montaña, que se cree fue el Tabor. Como no queria que este misterio fuese conocido, ni se hiciese público antes de su resurreccion, no llevó consigo mas que un pequeño número de personas: tomó tres de sus apóstoles; era este el número mas completo que pedia la ley para hacer firme un testimonio. Escogió por testigos de su gloria, los que debian serlo bien pronto de su agonía; para enseñarnos, que si queremos tener parte en su gloria, debemos tener parte en sus sufrimientos y en sus humillaciones. Habiendo subido á la cima de la montaña, se retiró un poco aparte y se puso, en oracion. Entonces se transfiguró, esto es, apareció con todo el esplendor de su majestad; no ya como un simple hombre, sino como un hombre Dios. El resplandor de su divinidad y la gloria de su alma bienaventurada aparecieron visiblemente en su cuerpo, por algunos rayos producidos por aquella luz admirable que hasta entonces habia tenido oculta en su fuente. Su rostro se puso luminoso como el sol, sus vestidos blancos como la nieve; no se mudaron esencialmente, dice san Gerónimo, solo recibieron un brillo deslumbrador, de la luz viva que resaltaba de todo su cuerpo. Puede decirse en cierto sentido, que la vida comun de nuestro Salvador, y su bajeza exterior, era propiamente una verdadera transfiguracion, puesto que en ella aparecia en un estado extraño á su naturaleza; así que era necesario un milagro continuo para suspender el resplandor de su gloria y de su majestad sobre su rostro, y bastaba solo suspender el milagro para mostrarse tal como apareció entonces. Su cuerpo era pro-

piamente como una nube al rededor del sol. Naturalmente debia estar todo brillante por la luz que tenia como envuelta. En este estado de majestad, Jesús no quiso aparecer solo. Moisés y Elías aparecieron á sus lados conversando con él. Jesucristo quiso que el mismo legislador, y uno de los mas ilustres profetas, diesen testimonio á los Apóstoles de que él era á quien convenia todo lo que la ley y los Profetas habian indicado ó predicho del Mesías. Hé aquí una señal del cielo, dice san Gerónimo, tal como la habian pedido los fariseos algunos dias antes, pero de la que no merecian ellos ser testigos. Elías, dicen los Padres, estaba todavía vivo, y apareció con su cuerpo natural; Moisés resucitó para esta ceremonia, y en seguida volvió á dormir en el Señor. El asunto de la conversacion de Jesucristo con Moisés y Elías era acerca de los suplicios y de la muerte que debia sufrir en Jerusalen. Los Apóstoles quedaron poseidos de un dulce asombro, causado por la admiracion y la alegría que les inspiraba la vista de esta maravilla. Entonces san Pedro transportado todo de amor, abandonándose al regocijo que le absorbia en una especie de éxtasis: ¡Ah, Señor! exclama, qué bien se está aquí; ¿quereis que establezcamos aquí nuestra morada? En ninguna parte podemos estar mejor; permitid que no salgamos de aquí, nosotros formarémos aquí tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías. San Pedro no consulta aquí mas que su buen corazon, y se deja transportar de su vivacidad ordinaria, y del ardor de su devocion. Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa les envolvió, y al mismo tiempo salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; escuchadle como á vuestro maestro; obedecedle como á vuestro rey. Esta voz no se oyó hasta que Moisés y Elías hubieron desaparecido, á fin de que estando solo Jesús, dice san Crisóstomo, no quedase duda de que se dirigia á él. El esplendor de esta nube, y el sonido de esta voz, trastornaron de tal modo á los Apóstoles, que poseidos del miedo, cayeron pegado el rostro contra el suelo, y en el mismo instante toda aquella gloria desapareció. Acercándose entonces Jesús á ellos les dijo: Levantaos y no tengais miedo. Inmediatamente levantaron los ojos, y viéndole á él solo, se serenaron. Ya se les hacia tarde para ir á contar á los demás Apóstoles lo que acababa de suceder; pero Jesús cuando bajaban de la montaña les mandó que no hablasen de ello con nadie hasta despues de su resurreccion.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Populum tuum, quaesumus, Domine, propitius respice, atque ab eo flagella tuae iracundiae clementer averte. Per Dominum...

Mirad, Señor, propicio á vuestro pueblo, y apartad de él, por vuestra bondad, los azotes de vuestro enojo. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es sacada de la primera carta del apóstol san Pablo á los de Tesalónica, capítulo v.

Fratres: Rogamus vos, corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patientes estote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper quod bonum est sectamini in invicem, et in omnes. Semper gaudete. Sine intermissione orate. In omnibus gratias agite: haec est enim voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis. Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite spernere. Omnia autem probate: quod bonum est tenete. Ab omni specie mala abstinete vos. Ipse autem Deus pacis sanctificet vos per omnia; ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur.

Hermanos mios: Os rogamos que corrijais á los inquietos, que consoleis á los pusilánimes, que sostengais á los flacos, tened paciencia con todos. Cuidad de que ninguno vuelva á otro mal por mal, antes bien tratad de haceros bien los unos á los otros, y á toda suerte de personas. Estad siempre alegres; no ceseis de orar; dad gracias á Dios en todo acontecimiento; porque esto es lo que Dios quiere de todos vosotros en Jesucristo. Guardaos de extinguir el espíritu. No desprecieis las profecías. Examinad todas las cosas, y abrazad aquello que es bueno. Absteneos de todo lo que tiene apariencia de mal. El mismo Dios de la paz se digne santificaros en todas las cosas, á fin de que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se mantengan sin ninguna tacha para el dia en que vendrá Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Guardaos de extinguir el espíritu. El Espíritu Santo es, por decirlo así, el fuego divino que el Salvador ha venido á traer á la tierra para que todos los corazones se abrasasen en él. Este fuego es el que ilustra el entendimiento, y nos hace ver todas las cosas como son en sí; y al mismo tiempo el que acalora los corazones mas frios, los abrasa en el amor de Dios, y les hace soprepujar sin trabajo los mayores obstáculos. Todo es fácil á quien está abrasado con este fuego ardiente. En tal caso la virtud tiene atractivos que encantan; el Evangelio tiene máximas y consejos que agradan; nada hay mas ligero, nada hay mas dulce que el yugo del Señor. Este fuego divino es el que consume el orin, por decirlo así, de nuestras imperfecciones; el que quema los lazos del amor propio; el que dulcifica la amargura de las adversidades; el que modera las pasiones; el que purifica el alma. *Guardaos de extinguir el espíritu.* Porque este espíritu se extin-

gue en el alma por el pecado; se extingue por la continuacion en la tibieza; por la infidelidad reiterada; por una tenaz resistencia á la gracia que concluye por sufocarla. ¡Qué desgracia entonces para el alma entregada á sí misma y á sus pasiones, privada de un auxilio tan poderoso, de una luz tan necesaria! La fe se debilita siempre, cuando este espíritu se debilita, y la corrupcion del corazon extingue en él muy pronto hasta la menor chispa de devocion. ¿Se busca la causa funesta de aquella pesantez, de aquella inaccion, de aquella flojedad, que se experimenta en el servicio de Dios? Es muy temible que el orígen sea la extincion de este espíritu. ¿De dónde procede aquella diferencia de gusto, de sentimientos, de conducta, de cristiano á cristiano? ¡Con qué fervor, con qué facilidad, con qué alegría sirven los unos á Dios; con qué indiferencia, con qué frialdad, con qué tristeza y con qué disgusto desfallecen tantos otros en su servicio! ¡Qué diversidad de conducta entre las gentes de una misma familia, de una misma comunidad religiosa, de una misma sociedad! Una jóven es idólatra del mundo, no gusta mas que de sus máximas, no estima mas que sus leyes, no atiende mas que á sus placeres; mientras que su hermana encuentra estas mismas máximas y estos placeres enfadosos, insípidos, vacíos, y aun amargos é indignos de un corazon y de un espíritu cristiano: esta diferencia de sentimientos viene necesariamente de la oposicion de los espíritus que las animan. El espíritu del mundo es el que reina en aquella persona mundana, en tanto que la otra no está animada mas que del epíritu de Dios. ¿Cuál será, pues, la suerte y la eternidad destinada á estas dos personas?

El Evangelio de la Misa está tomado del capítulo XVII *de san Mateo.*

In illo tempore: Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse: si vis, faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliae unum. Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obum-

En aquel tiempo: Tomó Jesús en su compañía á Pedro, á Santiago, y á Juan su hermano, y los llevó á la cima de un monte muy encumbrado, y se transfiguró delante de ellos. Su rostro apareció resplandeciente como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Inmediatamente se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Tomando Pedro la palabra dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si quereis, hagamos aquí tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías. Aun estaba

bravit eos. Et ecce vox de nube, dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde. Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis: Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, praecepit eis Jesus, dicens: Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.

hablando cuando una nube luminosa los envolvió, y luego salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; oidle á él. Al oir estas palabras, los discípulos llenos de espanto cayeron con el rostro contra el suelo. Llegándose luego á ellos Jesús, les tocó y les dijo: Levantaos, y no tengais miedo. Entonces levantando los ojos vieron que Jesús estaba solo. Y cuando bajaban del monte les intimó Jesús este precepto, y les dijo: A nadie digais lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre que no podemos ser felices ni aun en esta vida, sino estando con Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hace ya mucho tiempo que se busca inútilmente el ser felices sobre la tierra, porque la felicidad, aun la de esta vida, no es fruto de la tierra en que habitamos. Desde la maldicion que atrajo sobre ella el pecado del primer hombre, no lleva mas que abrojos, ni produce mas que espinas. La amargura está esparcida en todos sus frutos. En efecto, el mundo, aunque magnífico en sus promesas, no ha podido hacer hasta aquí mas que desgraciados. Los mejor librados, los que han sacado mas parte de los bienes de esta vida, son aquellos que conocen mas el vacío de todos los bienes criados; Salomon, el mas rico, el mas dichoso, el mas poderoso de todos los príncipes, confiesa ingenuamente su indigencia. En medio de la abundancia misma, y de la mas floreciente y mas continuada prosperidad, no puede menos de confesar que todo ello no es mas que ilusion y vanidad. Para ser feliz es preciso que el corazon esté tranquilo, que esté contento, que todo en él esté en calma; y esta paz del corazon no puede ser un presente del mundo: en medio de los bienes, de los honores, y de los placeres, es donde se goza menos quietud; solo Jesucristo es el que puede mandar á las olas y á los vientos. Las pasiones son los tiranos del corazon del hombre, la prosperidad las hace fieras, se fortifican con la edad, y nunca son tan violentas como cuando la edad nos debilita y han decaido nuestras fuerzas. La abundancia de los bienes criados es una fuente

fecunda de cuidados y de inquietudes; la multiplicidad de los placeres es necesariamente una necesidad siempre progresiva de disgustos y de pesadumbres; no hay ninguno, cualquiera que sea, que no esté empapado en amargura. Los honores lisonjean, pero no deslumbran mas que á quellos que los ven en otro. Qué de nieblas, qué de tiempos sombríos, qué de tempestades aun hasta sobre el trono; en una palabra, las cruces nacen en todas partes; ningun estado, ninguna condicion hay en el mundo, ningun particular, ninguna familia que estén exentos de ellas; tal vez son mas abundantes en donde hay mas comodidades. Si se las quiere arrancar, se pica uno con sus espinas, y como todo esta sembrado de ellas, si se arranca una, se ven muy pronto nacer otras muchas. ¿Queremos ser felices? Es preciso apartarse del tumulto; no basta, es preciso subirse á la cima de una alta montaña: y porque á todas partes nos llevamos á nosotros, y con nosotros llevamos á todas partes la fuente y la causa de todas nuestras penas, esto es, nuestro natural, nuestro humor, nuestras pasiones, nuestras disposiciones, nuestro amor propio, si Jesucristo no está con nosotros para apaciguar los vientos, para sosegar la mar, para producir la calma, en todas partes somos desgraciados.

Punto segundo. — Considera que solo allí en donde se halla Jesucristo es en donde reina la calma, la paz y la abundancia. Si se halla en la barca agitada de los vientos y de las olas, no hay nada que temer; la calma viene desde el momento en que él se muestra. Si se halla en un desierto estéril, acompañado de una multitud innumerable de pueblos, sin otra provision que cinco panes, no tiene mas que bendecirlos, y los multiplica hasta quedar muchas canastas de sobra, después de satisfecha la multitud. Si los discípulos se ven oprimidos de temor y de perplejidades, no es necesario mas que el que se les aparezca anunciándoles la paz, y se la da y les tranquiliza. En fin, si sube sobre la cima de una alta montaña, aunque no hable mas que de su pasion y de las humillaciones de su muerte, aunque los Apóstoles estén abrumados de tristeza y de pesar, no necesita mas que hacer que aparezca un débil rayo de su gloria para hacer de aquel lugar escarpado, solitario y espantoso, un paraíso en la tierra, y para colmar á todos los que están con él de tantas dulzuras, que exclamen : que ya no hay que pensar en ir á buscar la dicha y la felicidad á otra parte, y que se tendrian por dichosos en permanecer eternamente allí donde están, con tal que Jesucristo permaneciese tambien allí. Por mas que se acumulen tesoros sobre tesoros, se reu-

nan todos los placeres, y se multipliquen los honores todos del mundo, todos estos encantos son exteriores; el corazon no está menos sujeto á sus pesadumbres, ni menos entregado á sus inquietudes mortales; á lo mas no es otra cosa que una víctima cubierta de flores en la víspera de ser inmolada. Solo el pensamiento de la muerte turba todas las fiestas, y empapa de una amargura cruel todos los placeres. Solo pertenece al servicio de Dios el hacer que desaparezcan todas estas nieblas; no hay mas que el amor que se tiene á Jesucristo, y que Jesucristo nos tiene á nosotros, que produzca las dulzuras de una paz que el hombre carnal no puede comprender. Esta paz dulce de que goza el alma, es un gusto anticipado de los regocijos del cielo: comparad la modestia, la dulzura inalterable de las gentes buenas, con el humor siempre fastidioso, arrebatado y sombrío de los mas dichosos del siglo. Se derraman lágrimas á los piés de un Crucifijo; pero ¡qué alegría, qué dulzura encierran estas lágrimas! Se derraman en el mundo, son inagotables las fuentes de donde nacen entre los mundanos; y ¡qué amargura, qué angustia, inseparable de todos estos llantos, tanto mas amargos, cuanto mas secretos y mas estériles! Búsquese, estúdiese, consúmanse los hombres por hallar ni aun una sombra de felicidad sobre la tierra; no puede decirse, yo soy feliz, sino en tanto que estoy con Jesucristo.

Hacedme, Señor, sensible esta verdad por mi experiencia. Yo veo todo mi bien, ó Dios mio, en unirme á Vos.

Jaculatorias.—Mi alma se une á Vos, Señor, y vuestra diestra me protege. (*Psalm.* lxii).

Sí, Dios mio, yo reconozco que toda mi felicidad consiste en unirme á Vos, y en poner en Vos, mi esperanza. (*Psalm.* lxxii).

PROPÓSITOS.

1 Es extraño que después que se confiesa, y que se conoce que los bienes criados, los honores y los placeres no pueden hacer á un hombre dichoso sobre la tierra, no se busque en otra cosa que en ellos la felicidad; ó que habiéndola encontrado no se fije allí la ambicion, los deseos y la fortuna. Este estado tan dichoso, y único á propósito para hacer dichosos á los hombres, es el estado de un verdadero cristiano que guarda los mandamientos de Dios, que es verdadero discípulo de Jesucristo, y que regla su conducta sobre las máximas del Evangelio. No tengais otro deseo, otra ambicion que fijaros en este estado. Nuestra felicidad, por decirlo así, depende de nosotros, puesto

que en nosotros consiste ser tales como debemos ser. Persuadidos que solo en la escuela de Jesucristo es en donde se aprende la ciencia de los Santos, estudiad con aplicacion y con constancia en esta escuela. Solo en el servicio de Dios es uno dichoso; no tengais, por decirlo así, otro Señor. Imponeos una ley de seguirle, de escucharle, y de obedecerle. Sed fieles discípulos suyos, y no dejaréis de ser dichosos.

2 Toda la majestad de Jesucristo se halla en la divina Eucaristía. Allí está como transfigurado bajo las apariencias de pan, de un modo á la verdad diferente que sobre el Tabor, pero tan realmente como sobre aquella montaña. Allí no se encontraron mas que los tres apóstoles privilegiados; nosotros podemos todos, en alguna manera, tener el mismo privilegio á los piés de los altares. Id con frecuencia á hacer estacion al lugar santo, con una fe viva y una devocion perseverante. Jesús os comunicará allí parte de sus dulzuras, y aun se puede decir, de su gloria, comunicándose á vuestra alma, con tal que halle en vosotros un corazon cristiano. Podeis decirle allí con tantas almas fieles: ¡qué bueno es el estar aquí! No paseis ningun dia sin ir á visitarle por lo menos media hora. Muy pronto experimentaréis cuán dulce es el estar de continuo á los piés de Jesucristo.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.

Este segundo domingo de Cuaresma ha sido vacante por espacio de muchos siglos en la Iglesia; esto es, ha estado sin oficio particular, porque el del sábado precedente, que era extraordinariamente largo á causa de la ordenacion, ocupaba á los fieles toda la noche; de suerte que muchas veces no se acababa la misa hasta cerca de la salida del sol. Esto es lo que ha hecho decir á muchos, que las oraciones y las ceremonias de la ordenacion, la cual no comenzaba hasta después del oficio de las cuatro témporas, esto es, el sábado por la tarde, y á las que asistian todos los fieles, era el verdadero *oficio del* segundo domingo de Cuaresma. El ayuno del sábado duraba hasta el domingo por la mañana; y desde la comida del ayuno del viernes, hasta la mañana del domingo, se pasaba sin tomar nada. Habiéndose hecho en lo sucesivo dañoso á la salud de muchos la fatiga de este doble ayuno, junta á la de la vigilia de toda la noche y á la de la ordenacion, la Iglesia, esta buena Madre, siempre atenta á las necesidades aun corporales de sus hijos, redujo las ordenaciones á los sábados de las cuatro témporas, dejando por consiguiente libre todo

el oficio del domingo. Esta nueva disposicion dejó al segundo domingo de Cuaresma en un vacío, por decirlo así, que fue necesario llenar con un oficio particular. Por de pronto se contentó con repetir el oficio y la misa del sábado precedente, quitando las lecciones del Antiguo Testamento, y así permaneció hasta algunos años antes de establecer una uniformidad en el oficio. En algunas iglesias se observó todavía algun tiempo el uso que se practicaba en Francia, de leer la parábola del Hijo pródigo para el Evangelio de la misa del dia; en otras partes se adoptó del oficio del jueves precedente el Evangelio de la Cananea; y esto es lo que indica el uso que aun se sigue en algunas iglesias antiguas de predicar hoy el Evangelio de la Cananea con preferencia al Evangelio del dia. Por último, todos se han convenido en la eleccion del Evangelio del sábado precedente, el cual contiene la historia de la Transfiguracion. La iglesia de Milan guarda todavía su antigua costumbre de leer en la misa de este dia el Evangelio de la Samaritana. Tambien se llamó comunmente este segundo domingo *Reminiscere*, tomado de la primera palabra del intróito de la misa.

Este intróito está tomado del salmo XXIV, que como hemos dicho ya, fue compuesto por el santo Profeta rey cuando la rebelion de su hijo Absalon le obligó á salir de Jerusalen y salvarse á pié abandonado cási de todo el mundo. El Espíritu Santo se sirvió de esta afliccion y de esta humillacion para inspirarle los mas devotos y mas interesantes sentimientos de penitencia, y una confianza la mas viva en la misericordia de Dios: tambien hallamos en todo este salmo la oracion mas cristiana que puede hacer un pecador, principalmente cuando se halla mas combatido de los enemigos de la salud.

Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, de aquellas misericordias que tantos siglos hace ejercitais; no permitais que caigamos jamás bajo el poder de los enemigos de nuestra salvacion. Libradnos, Dios mio, de todos los peligros que nos amenazan. San Agustin traduce estas últimas palabras de este modo: Libradme, ó Dios de Israel, de todos los motivos de mis aflicciones. En todo este salmo David pondera y exalta la misericordia del Señor como el motivo principal de su confianza en él, á pesar del número y la gravedad de sus pecados. Considera el Profeta la misma gravedad de su pecado como un motivo particular de su grande confianza: *Me perdonarás mi pecado, porque es muy grande*. Como si dijera: Vuestra misericordia, Señor, es infinita, y me atrevo á decir que no hay nada que os haga tanto honor, y que dé una idea mas alta de vuestra gran-

deza infinita y de vuestro poder sin límites, como vuestra excesiva bondad. Tampoco hay por lo mismo cosa alguna mas á propósito para que brille esta bondad, que el perdon que me concederéis de todos mis pecados, por grande que sea su número. Es bien claro que lo que ha obligado á todos los Profetas, y singularmente á David en los Salmos á admirar y exaltar sin cesar con expresiones enfáticas la misericordia de Dios sobre todos sus atributos, es el haberse dignado hacerse hombre para rescatar á los hombres por su muerte de cruz. En efecto, la encarnacion y la redencion son misterios incomprensibles; pero muy á propósito para excitar nuestra confianza y nuestro arrepentimiento.

Con respecto á la Epístola que se ha aplicado al nuevo oficio de este domingo, no se ha creido oportuno el repetir la del oficio del sábado precedente; pero se ha tomado un asunto semejante entre las instrucciones que san Pablo da á los tesalonicenses en la misma carta para enseñar á los fieles á vivir santamente en el mundo, y adelantarse en los caminos de la perfeccion. Os suplicamos, dice el Apóstol, y os conjuramos por el amor de Jesucristo, que marcheis sin cesar ni aflojar en lo mas mínimo por los caminos de Dios, y en la exacta observancia de sus mandamientos, para que así le agradeis siempre como os lo hemos enseñado. No basta haber comenzado bien, es preciso perseverar y adelantar mas cada dia. Vosotros sabeis cuáles son los preceptos que os hemos intimado de parte de Dios, y lo que él espera de vuestra fidelidad en su servicio. ¡Qué verdad mas consoladora y mas á propósito para animar vuestro celo hácia vuestra perfeccion, que saber que nada desea Dios tanto como vuestra santificacion! No hay uno entre vosotros al cual no llame Dios á la santidad. Tál fue su designio cuando os llamó á su servicio; y por esto el divino Salvador exhorta en tantos parajes á todos los Cristianos á que vivan de una manera tan pura, tan santa, tan irreprensible, de una manera, en suma, digna de su vocacion. Absteneos de toda impureza: la menor culpa contra esta delicada virtud *mancilla* el alma y la hace horrible á los ojos de Dios. Acordaos, continúa, que vuestros cuerpos son los templos del Espíritu Santo; no los profaneis con la mas pequeña mancha. Un cristiano debe tener una especie de veneracion y de respeto á su cuerpo como miembro que es de Jesucristo. ¿No sabeis, dice el mismo Apóstol á los de Corinto (*I Corinth.* VI), que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo? ¿Ignorais que vosotros mismos sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (*I Corinth.* III). ¡Qué crímen el ar-

rojarle de él por una profanacion sacrílega! No sigais el ejemplo de los paganos que no tienen mas regla para obrar que sus pasiones, de las cuales son esclavos. Nadie use de violencia ni de superchería con respecto á su hermano, en cualquiera negocio que sea, y cualquiera que sea la razon para ello, porque dice: el Señor es á quien toca la venganza de estas cosas. La rectitud y la buena fe deben formar en parte el carácter de los Cristianos. ¿Qué se gana con el disimulo y los artificios? Los hombres que no ven el corazon pueden ser sorprendidos por las apariencias; pero Dios penetra el fondo del corazon (*Psalm.* VII), descubre todos nuestros artificios. (*I Reg.* XVII). Dios no nos ha llamado para que seamos impúdicos, sino para que lleguemos á ser Santos. ¡Qué glorioso es para nosotros este fin!

Como el Evangelio de la misa de este dia es el mismo que el de la del precedente, no se repite aquí la historia de la transfiguracion del Salvador del mundo, contentándonos con añadir algunas reflexiones sobre este misterio.

Se entiende por la transfiguracion del Salvador aquella mutacion milagrosa que obró Jesucristo sobre su cuerpo, en presencia de san Pedro, de Santiago y de san Juan sobre la montaña del Tabor, en donde apareció con el esplendor brillante de su gloria, en medio de Moisés y de Elías, con quienes conversó algun tiempo acerca de la ignominia de su muerte. La gloria de que gozaba el alma de Jesucristo desde el primer instante de su encarnacion debia naturalmente pasar á su cuerpo, y solo un milagro continuo tenia suspendida y como retenida esta gloria dentro de su alma, para que no apareciese nada de ella sobre su cuerpo durante todo el curso de su vida mortal. El fin que se habia propuesto en su encarnacion, y la eleccion que desde la eternidad habia hecho de rescatar á los hombres por las humillaciones de su pasion, y por la ignominia de la cruz, exigian este milagro. Si durante su vida hubiese resaltado esta gloria en su cuerpo, ¿se hubiera jamás pensado en maltratarle? ¿se hubieran nunca atrevido á crucificar al Señor de la gloria? Jesucristo sobre la montaña en el dia de su transfiguracion hizo que cesase por algunos momentos este milagro. Dejó salir sobre su cuerpo algunos rayos de aquella gloria de que su alma gozaba. Su rostro y todo su cuerpo apareció entonces mas resplandeciente que el sol, y sus vestidos mas brillantes y mas blancos que la nieve. El brillo que salia de todo su cuerpo era tan extraordinario, que deslumbrados los Apóstoles, y no pudiéndolo sufrir con sus ojos, se echaron á tierra con el rostro contra el suelo. Parecia haber caido el sol sobre la cima de aquella mon-

taña, y si esto hubiese sucedido en la noche mas oscura, el esplendor del cuerpo de Jesucristo la hubiera convertido en el dia mas brillante. La transfiguracion del Salvador fue como un preludio de la gloria con que poco tiempo después debia ser glorificado, y el testimonio que dió en este dia el Padre eterno de la divinidad de su Hijo, en quien desde la eternidad tenia sus mas caras delicias, hace este misterio uno de los mas interesantes y de los mas instructivos de la religion cristiana.

Santo Tomás prueba que era conveniente que Jesucristo se transfigurase para hacer así mas incontrastables la fe y la esperanza de los Apóstoles. La una y la otra debian verse expuestas á pruebas extrañas á vista de los oprobios, de los sufrimientos, y de la muerte ignominiosa del Salvador. Los Apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo no tenian mas que una idea grosera de la Religion. Su fe era muy imperfecta, y su esperanza muy débil. Los milagros que hacia el Hijo de Dios eran un motivo poderoso de credibilidad; pero al fin, un Moisés, un Elías, y tantos otros Profetas sin ser Dios, habian hecho milagros semejantes; era necesario alguna cosa mas extraordinaria que fuese una prueba visible de su divinidad, y que les diese una idea mas justa de la felicidad eterna que debia ser su recompensa; y esto es lo que se halla sensiblemente en la transfiguracion del Salvador.

Jesucristo llevó consigo á san Pedro, dice san Juan Damasceno, porque debia ser el Pastor de la Iglesia universal; y porque habia ya confesado la divinidad del Salvador, dócil á las luces que habia recibido del eterno Padre. Llevó á Santiago, porque debia ser el primero entre los Apóstoles que firmaria con su sangre la divinidad de su divino Maestro; en fin, llevó á san Juan, como el que entre sus evangelistas debia publicar de una manera mas clara y mas precisa su divinidad. El Verbo, dice al comenzar su Evangelio, era ya en el principio; el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Mas si Jesucristo los hace testigos de su gloria en el Tabor, quiere que tambien lo sean de su agonía en el huerto de los Olivos. El Salvador no da parte de sus dulzuras sino á aquellos que toman parte en las amarguras de su pasion.

Separadamente, y sobre una montaña muy elevada, hace Jesucristo á los discípulos testigos de su transfiguracion. Así es como se descubre aun todos los dias á las almas fieles que atrae al retiro, y que por medio de la oracion se elevan sobre los objetos criados. Aquellas almas flojas que toda su vida andan arrastrando por la tierra,

son indignas de estos favores celestiales que Dios no hace sino á aquellos que aspiran á la perfeccion de la virtud. El cuerpo desfigurado hoy, abatido, consumido por los rigores de la penitencia, brillará como un sol por toda una eternidad. Este pensamiento es el que sostiene entre los rigores de una vida austera á tantos cristianos fervorosos, á tantos santos religiosos. Las dulzuras espirituales, aun en esta vida, son frutos de la cruz. En medio de aquella gloria que resalta por todas partes, en medio de aquel dia brillante que puede llamarse un dia de triunfo para la sagrada humanidad de Jesucristo, este divino Salvador no habla mas que de las humillaciones de su muerte y de sus tormentos; toda la gloria, pues, de un cristiano sobre la tierra debe consistir en la mortificacion y en las cruces, decia el Apóstol. Jesucristo prohibe á los testigos de su gloriosa transfiguracion el que hablen de ella hasta despues de su resurreccion: tanto temia el impedir su pasion por la publicacion de esta maravilla. ¡Cosa admirable! Jesucristo para hacer brillar su gloria, escoge una montaña retirada; lleva consigo muy pocos testigos; y todavía les previene que guarden silencio sobre lo que han visto. Mas cuando se trata de sufrir una muerte vergonzosa, elige una montaña expuesta á la vista de toda Jerusalen. Así confundís ¡oh Salvador mio! nuestro orgullo con vuestro ejemplo.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui conspicis omni nos virtute destitui: interius exteriusque custodi: ut ab omnibus adversitatibus muniamur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum...

Ó Dios, que veis que no tenemos fuerza alguna de nosotros mismos, guardadnos interior y exteriormente, á fin de que seamos preservados de todas las adversidades que puedan afligir el cuerpo, y de todos los malos pensamientos que pueden manchar el alma. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses, capítulo IV.

Fratres: Rogamus vos et obsecramus in Domino Jesu: ut quemadmodum accepistis à nobis, quomodo oporteat vos ambulare, et placere Deo, sic et ambuletis, ut abundetis magis. Scitis enim quae praecepta dederim vobis per Dominum Jesum. Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra: ut abstineatis vos à fornicatione, ut sciat unusquisque

Hermanos mios: Os rogamos y os conjuramos por el Señor Jesús, que os conduzcais de modo que os hagais agradables á Dios, segun habeis aprendido de nosotros que conviene hacerlo, de suerte que os aprovecheis mas y mas. Sabeis bien cuáles son los preceptos que os he intimado en nombre del Señor Jesús. Porque la voluntad de Dios es que os hagais santos: que os abstengais de la fornicacion: que cada uno sepa usar de su cuerpo santamente y

vestrum vas suum possidere in sanctificatione et honore; non in passione desiderii, sicut et Gentes, quae ignorant Deum: et ne quis supergrediatur, neque circumveniat in negotio fratrem suum: quoniam vindex est Dominus de his omnibus, sicut praediximus vobis, et testificati sumus. Non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem: in Christo Jesu Domino nostro.

con respeto, no segun el desarreglo de la concupiscencia, como lo hacen los gentiles que no conocen á Dios: que ninguno use de violencia ni de supercheria con su hermano, en cualquiera negocio que sea; porque, como os lo hemos dicho ya, y testificado, el Señor es el vengador de todas estas cosas. Así que, Dios no os ha llamado para que seais impúdicos, sino para que llegueis á ser santos en Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

La voluntad de Dios es que os hagais santos. Dios quiere que nos hagamos santos; ¿en quién consiste que no lo seamos? Dos voluntades es preciso que concurran necesariamente á nuestra santidad; la de Dios, sin cuya gracia y auxilio no podríamos salvarnos; y la nuestra sin la que no podríamos trabajar en nuestra salvacion. Todos fueron convidados por el Padre de familias al banquete que les habia preparado, pero ninguno se halló en él de cuantos se excusaron. Dios no fuerza á nadie, no da su paraíso mas que á aquellos que le quieren, ni quiere en su servicio mas que gentes que le sirvan por amor. Desde que crió Dios las criaturas racionales, las ha dejado libres, sobre todo en órden á la salvacion. Habiéndolas dotado de conocimientos, de discernimiento, y de una fuerte é inenajenable inclinacion á ser felices, ha querido que ellas lo fuesen; se ha contentado, dice el Sabio, con presentarlas el agua y el fuego, la vida y la muerte, una felicidad eterna y una eternidad desgraciada, y las ha dejado la eleccion. ¿Podia temer que hallasen dificultad en la eleccion, que estuviesen perplejas para deliberar sobre ella, y que amándonos naturalmente tanto como nos amamos, pudiésemos engañarnos en esto? ¿Podia Dios asegurar mas la salvacion eterna de las personas libres, que haciéndola depender de su eleccion? Hubiera sido arriesgado, lo confieso, hacer depender nuestra salvacion del mejor de nuestros amigos; del mas afecto de nuestros parientes; de un padre, de una madre los mas tiernos; hubiera sido fundado el temor; hay intervalos de frialdad; hay altos y bajos en la mejor cimentada amistad; no podemos contar con nada, no hay sobre qué fijarse cuando depende una cosa de la voluntad, del humor, del capricho de otro. Pero Dios no podia hacernos menos incierta nuestra salud, que haciendo él mismo todos los gastos para

ella, y dejándola dependiente de nuestra propia voluntad; sin embargo este negocio tan importante de nuestra salud se desgracia, por la culpa, por la extravagancia, por la malicia de nuestra propia voluntad. Dios quiere verdaderamente, Dios quiere sinceramente que seamos santos; y á nosotros no nos agrada el serlo: Dios quiere que evitemos el fuego del infierno, que no habia encendido mas que para los ángeles rebeldes; y á nosotros nos agrada ser condenados: Dios quiere que no carezcamos de ninguno de los medios necesarios para llegar á nuestra patria celestial; y nosotros porque se nos antoja, hacemos por ser desterrados de ella; Dios no cesa de ofrecernos su amistad, aun después de habernos rebelado contra él, y haberle desobedecido; y nosotros no cesamos de incurrir en su desgracia por nuevos pecados. Cuando se reflexiona sobre esta verdad, nuestro espíritu se alarma; parece increible; sin embargo, conocerémos por toda una eternidad que nada ha habido mas cierto.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XVII *de san Mateo, pág. 302.*

MEDITACION.

Sobre el misterio de la transfiguracion.

Punto primero.—Considera que el primer designio del Salvador mostrándose á sus Apóstoles revestido de gloria, y despidiendo resplandores de luz, fue el hacerles ver un rayo de aquella gloria que tenia oculta bajo el velo de su cuerpo mortal, y de la que preparaba en su reino para los que se dedicaren á su servicio. Queria tambien animarles á llevar la cruz, y enseñarles que Dios alguna vez, aunque de paso, hace gustar á los Santos aun en este mundo las dulzuras y alegrías del otro. Así es que la vida de los que siguen á Jesucristo es á la verdad una cruz; pero una cruz que hacen agradable los consuelos celestiales y las delicias del espíritu, verificándose lo que él mismo dice, que su yugo es suave, y su carga ligera. Después de esto ¿tendrémos dificultad de consagrarnos al servicio de un Señor tan liberal, sabiendo que gozarémos un dia de él en su gloria, y que tal vez nos dará desde ahora algun gusto anticipado de la felicidad que nos prepara en el cielo?

Consideremos el modo con que el Salvador se transfiguró. Fue permitiendo que la gloria de su alma, que habia siempre tenido oculta, brillase y se derramase por todo su cuerpo. No bien hubo aparecido,

cuando se puso resplandeciente como el sol. El Evangelista hubiera dicho mas resplandeciente que el sol, si hubiese habido alguna cosa en el mundo mas luminosa á que hubiese podido compararla. Pero demos mil acciones de gracias á este divino Salvador, porque por amor nuestro ha privado hasta aquí á su cuerpo de la gloria que le era debida: hoy le hace justicia, dejándole gozar de su derecho, aunque solo por un poco tiempo, á fin de poder continuar la obra de nuestra salvacion. ¿Podia Jesucristo testificarnos mayor amor que el que nos manifiesta privando á su sagrado cuerpo de una gloria tan justa, tan grande, tan legítima, y esto con la sola mira de sacrificarle por nosotros en la cruz? ¡Ó mi divino Salvador, que no pueda yo renunciar, por amor vuestro, á todas las alegrías del mundo! ¡Cuán ventajosamente recompensado seria algun dia en la estancia de los bienaventurados!

Moisés y Elías aparecen á los lados del Salvador, como para dar testimonio de que en él era en quien se habian cumplido la ley y las profecías. La pasion y la muerte de este divino Redentor hicieron todo el asunto de su conversacion, como que era la grande obra y el fin de todas las maravillas que Dios habia de obrar en favor de su pueblo. ¡Buen Dios, qué de prodigios en uno! ¡qué de misterios en un solo misterio!

Punto segundo. — Considera cuál debe ser la gloria y la felicidad de los Santos en el cielo, cuando algunos rayos de la de Jesucristo, sensibilizada solo por algunos momentos, colman á los que son testigos de ella de una alegría tan pura, tan llena, tan inefable. Los tres Apóstoles quedan absortos. Bien estamos aquí, exclama san Pedro en nombre de todos. ¿Qué cosa mejor nos podeis dar que esta? ¿Dónde podemos estar mejor? ¿Qué placer mas dulce ni mas exquisito, qué lleno de felicidad hallarémos en ninguna otra parte comparable con el que nos causa el brillo deslumbrador de vuestra gloria? Por mas súbito que fuese su transporte de admiracion, de amor y de alegría, no por eso era menos racional ni menos justo. ¿Puede uno estar con Jesucristo, puede uno ser discípulo suyo, sin ser amado de él? Y ¿puede uno ser amado de Jesucristo, sin experimentar un contento, una alegría sensible? Pero ¿san Pedro piensa bien lo que dice, prevé los inconvenientes y las incomodidades de lo que propone? ¿Quién les pondrá á cubierto del rigor de las estaciones sobre aquella roca? ¿quién les alimentará en aquella espantosa soledad? pero ¿qué hay que temer cuando se está con Jesucristo? ¿qué bien puede faltar-

nos cuando se posee la fuente de ellos? Con él es uno perfectamente feliz, sobre la montaña, en la llanura, en el desierto: sin él es sobremanera desdichado, aun cuando uno estuviese en los palacios de los grandes, y sobre el trono. Pero no se habla mas que de cruces en su compañía, no se ambiciona otra cosa que las humillaciones, no se alimenta mas que con las adversidades; en ella debe uno mortificarse, huir del mundo, tener horror á sus máximas; pero esto mismo prueba que allí es donde uno es sólidamente dichoso. Porque en un estado tan aislado, en medio de todo lo que es contrario á los sentidos, de todo lo que incomoda tanto á la naturaleza, ¿quién puede causar una alegría tan inalterable, dulzuras tan suaves, ni contento tan colmado? Es preciso que la alegría sea muy sólida, que la dicha sea muy real, cuando es tan sensible y tan permanente en el retiro. ¿Se halla una tranquilidad semejante en el gran mundo? La felicidad es un fruto extraño, desconocido á las gentes del mundo, decimos nosotros mismos. Solo en el servicio de Dios y en seguimiento de Jesucristo es en donde se la ve nacer, y en donde se gusta de ella á todo placer.

Concededme, Señor, por vuestra gracia, que yo haga constantemente la dulce experiencia de ello; yo quiero estar inseparablemente con Vos todo el tiempo de mi vida; comprendo por el misterio de vuestra gloriosa transfiguracion, que es preciso estar léjos del tumulto, amar la mortificacion, vivir en el recogimiento y el retiro, para tener parte en vuestra gloria, y este es puntualmente el partido que yo tomo desde ahora.

JACULATORIAS.—Sí, Dios mio, yo pongo toda mi felicidad en unirme á Vos. (*Psalm.* LXXII).

No hay verdadera desgracia sino al alejarse de Vos, Dios mio. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 La separacion del gran mundo, la mortificacion y el retiro son absolutamente necesarios para gustar las dulzuras de las comunicaciones con Dios, y para sacar mucho fruto de la abstinencia y del ayuno. Si quereis hacerle útil, tomad estos medios. La soledad es amarga, es aun insoportable á los mundanos, porque necesitan del tumulto y de la disipacion para calmar los disgustos y los remordimientos interiores de que son víctimas. Vivid en la inocencia y amaréis el retiro; mortificad vuestros sentidos, y Dios os dará parte en

las dulzuras que son el patrimonio de sus siervos. Huid las grandes reuniones y el gran mundo, sobre todo durante el tiempo de Cuaresma, y vivid en el recogimiento si quereis gustar el fruto de la penitencia.

2 Una de las principales astucias del enemigo de la salvacion durante este santo tiempo, es el hacer mas sensible y menos dulce el fruto del ayuno por el tráfago de los negocios temporales; no los descuideis, pero arregladlos de modo que no obsten para el negocio de la salud, ni impidan el recogimiento interior. Allí mismo en donde estais, tened un dia cada semana, por decirlo así, como de retiro. Jesucristo os hará gustar la dulzura que se halla en su servicio si vuestro corazon no está dividido entre él y el mundo, su grande enemigo. Pasad hoy una media hora por lo menos en la tarde delante del santísimo Sacramento, considerando la dicha de los tres Apóstoles que fueron testigos de su transfiguracion gloriosa. Observad esta práctica todos los domingos de Cuaresma, haciendo media ó una hora de oracion todas las tardes.

LUNES SEGUNDO DE CUARESMA.

La misa de este dia comienza por estas palabras del salmo xxv: Tened misericordia de mí, Señor, y libradme de mis enemigos, porque yo he seguido siempre el camino recto de vuestros mandamientos, y yo espero que no cesaré nunca de alabar vuestras misericordias en las asambleas de los justos. David, perseguido por Saul, se habia refugiado entre los filisteos ó entre los moabitas. Sus enemigos se aprovecharon de esta retirada para publicar mil calumnias contra él. Decian altamente que era rebelde á su Príncipe é infiel á su Dios; que habiéndose retirado entre los infieles tomaba parte en sus supersticiones, en sus impiedades y aun en su idolatría, y que por tanto debia ser proscrito para siempre. David vivamente conmovido por una calumnia tan negra, no recurre mas que á Dios poniéndole por testigo de su inocencia, y pidiéndole justicia contra sus enemigos. Los buenos pueden aplicarse este salmo cuando se ven perseguidos por los malos, y servirse de él como de una santa oracion muy á propósito para obtener la paciencia y un nuevo esfuerzo en las adversidades.

La Epístola de la misa de este dia contiene una parte de la fervorosa oracion que el profeta Daniel hizo á Dios antes que el arcángel

Gabriel le descubriese el tiempo preciso de la venida del Mesías y de la entera ruina de Jerusalen en el fin de las setenta semanas de años. Este Profeta, conmovido de las desgracias de su nacion, se sirve de todos los motivos que cree á propósito para apaciguar el enojo de Dios, y para lograr que concluyese la larga cautividad en que gemia su pobre pueblo habia ya setenta años. La sola lectura de esta Epístola ofrece un modelo perfecto de la oracion mas viva, mas enérgica, mas interesante y mas patética que puede hacerse á Dios en una calamidad pública y en el tiempo de los mayores azotes. Oidnos, Señor; aplacad, Señor, vuestro enojo: fijad en nosotros vuestros ojos, y obrad. No lo dilateis mas, Dios mio, por amor de Vos mismo; porque esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria y la ventaja de perteneceros de un modo mas especial que el resto de las naciones de la tierra. No lleven en vano el nombre de pueblo de Dios. Apartad, Dios de misericordia, vuestro enojo y vuestra indignacion de vuestra ciudad de Jerusalen y de vuestra montaña santa. Porque es verdad, yo lo confieso, que Jerusalen y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Pero yo me atrevo á decirlo que es contra vuestro honor y vuestra gloria, el que los enemigos de vuestro santo nombre tengan la maligna satisfaccion, y se glorien de haber arruinado para siempre vuestro santo templo; dignaos, Señor, oirnos, y dejaos ablandar por nuestras lágrimas, por nuestros gemidos y por nuestros votos, etc.

El Evangelio requiere una oracion semejante. En él se refieren las terribles imprecaciones que Jesucristo hacia á los judíos por su impenitencia, y la amenaza espantosa de abandonarlos y dejarlos morir en su pecado, porque se obstinaban en no querer reconocerle despues de todas las señales que les daba de su mision y de su divinidad.

El Salvador acababa de representar á los judíos el daño que se hacian con su tenaz obstinacion y su endurecimiento en el pecado, y el castigo terrible que iban á atraer sobre sí por su impenitencia; hace ya cerca de tres años que nada omito para convenceros de la verdad por mis milagros; para convenceros por mis palabras; para convertiros por mis inspiraciones y por las piadosas solicitaciones de la Gracia; y nada puede ablandar vuestros corazones, y haceros dóciles á mi voz. *Yo me voy;* yo estoy ya á punto de dejaros; el pertinaz abuso que haceis de mi gracia me obliga á abandonaros á vuestra triste suerte, y á callar. No me veréis mas entre vosotros; no os solicitaré mas por las vigorosas inspiraciones, por las invitaciones amo-

rosas, por las dulces impresiones de la Gracia. Vuestra resistencia á todas mis instrucciones tan saludables y á todas mis solicitaciones interiores han cansado en fin mi paciencia. Yo soy la luz que he venido á ilustraros, y vosotros os obstinais en cerrar los ojos á ella: yo soy el camino que conduce á la vida, y vosotros tercos rehusais el entrar en él; yo mismo soy la verdad, y vosotros no quereis escucharme ni creerme: esta luz se os va á quitar, no hallaréis mas este camino, y la verdad que no cesaba de hablaros y de instruiros, va á callar. Vosotros conoceréis un dia, pero demasiado tarde, el tesoro que poseíais, y de que no os habeis querido servir: dentro de poco caeréis en la desesperacion por no haberme querido obedecer ni seguir: me buscaréis entonces, y moriréis en vuestro pecado, en el cual habeis vivido. Los judíos han experimentado demasiadamente la verdad de este oráculo: pero ¡cuántos cristianos lo experimentan aun todos los dias! Dios habla interiormente al pecador; no cesa de reprenderle sus desarreglos, su impiedad, su poca fe, su libertinaje. Dios habla por medio de los remordimientos de la conciencia, por el temor del juicio último, por los espantos de la muerte, por accidentes funestos y sorprendentes, por revoluciones que abruman. Dios habla por los oradores sagrados, por los libros de piedad, por ciertos movimientos piadosos, deseos aunque pasajeros de conversion, por aquellas inspiraciones secretas que son el lenguaje de la Gracia. En fin, Dios habla por las aflicciones y las enfermedades, y tambien por la prosperidad. Y nosotros somos duros, insensibles á todos estos dardos. Dios se retira, calla, todas estas voces enmudecen despues de cierta continuacion de resistencia, después de cierto abuso reiterado de las inspiraciones y las gracias; y si este Dios habla después de esta última amenaza es para predecir á los pecadores obstinados que morirán en la impenitencia final, en su pecado. No hay nadie sobre la tierra, añade el Salvador hablando á los judíos, que sea capaz de sacaros de este infeliz estado, ni de llevaros á donde yo voy. Esta palabra les sorprendió, dice san Juan, de suerte que se preguntaban los unos á los otros: ¿Qué quiere decir cuando dice que no podrémos ir á donde él va? El Hijo de Dios penetrando su pensamiento, les dió á entender que hablaba de la mansion de los bienaventurados en el cielo, del reino de los cielos, de la celestial Jerusalen, en donde está propiamente su reino, y que hubiera sido el de ellos, si no se hubiesen desterrado de él voluntariamente, rehusando reconocerle por el Mesías. Pero ¿quién eres tú, le dijeron los judíos? Yo soy, les respondió Jesús, el que es antes de todas las

cosas, y por quien todas las cosas han sido hechas. Yo tengo muchas cosas que decir de vosotros, añade, y sobre que condenaros; pero cuando hubiéreis exaltado al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién es el que ahora os habla, y á quien vosotros no quereis conocer. Vosotros conoceréis después de mi muerte en la cruz que yo soy Dios: que en todo lo que yo hago, obro de concierto con mi Padre, y conforme á su voluntad.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut familia tua, quae se, affligendo carnem, ab alimentis abstinet, sectando justitiam, à culpa jejunet. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que así como vuestros fieles para macerar la carne se abstienen de las viandas, se abstengan tambien de pecar, ejercitándose en obras de justicia. Por Nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del capítulo IX *del profeta Daniel.*

In diebus illis: Oravit Daniel Dominum, dicens: Domine Deus noster, qui eduxisti populum tuum de terra Aegypti in manu forti, et fecisti tibi nomen secundum diem hanc: peccavimus, iniquitatem fecimus, Domine, in omnem justitiam tuam, avertatur obsecro ira tua, et furor tuus à civitate tua Jerusalem, et à monte sancto tuo. Propter peccata enim nostra, et iniquitates patrum nostrorum, Jerusalem et populus tuus in opprobrium sunt omnibus per circuitum nostrum. Nunc ergo exaudi, Deus noster, orationem servi tui, et preces ejus: et ostende faciem tuam super sanctuarium tuum, quod desertum est, propter temetipsum. Inclina, Deus meus, aurem tuam, et audi: aperi oculos tuos, et vide desolationem nostram, et civitatem, super quam invocatum est nomen tuum: neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Exaudi, Domine, placare, Domine: attende et fac: ne moreris propter temetipsum, Deus meus; quia nomen tuum invocatum est super civi-

En aquellos dias hizo Daniel al Señor esta oracion: Señor Dios nuestro, que habeis sacado á vuestro pueblo del Egipto con mano poderosa, y que entonces os adquirísteis un nombre que dura hasta hoy: confieso que hemos pecado, que hemos cometido la iniquidad contra todos vuestros preceptos; pero yo os conjuro conforme á toda vuestra justicia, que aparteis vuestra ira y vuestro furor de vuestra ciudad de Jerusalen, y de vuestro monte santo; porque Jerusalen y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Ahora, pues, escuchad, Señor Dios nuestro, los votos y la oracion de vuestro siervo, y haced que resplandezca vuestro rostro sobre vuestro santuario que está desierto, y hacedlo por Vos mismo. Dignaos, ó Dios mio, inclinar vuestros oidos á nosotros, y escucharnos. Abrid vuestros ojos y considerad nuestra desolacion, y la ruina de aquella ciudad que ha tenido el honor de llevar vuestro nombre. No os dirigimos nuestras preces, postrados en vuestra presencia, confiando en nuestra propia justicia, sino en la multitud de vuestras misericordias. Oidnos, Señor; aplacad, Señor, vuestra ira; fijad vuestros ojos en nosotros, y obrad. No tardeis mas, mi Dios, por amor de Vos mismo, porque esta ciu-

tatem, et super populum tuum, Domine Deus noster.

dad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria de llevar vuestro nombre, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

Á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. El Profeta reconoce y confiesa de buena fe que todos los males que afligen á su pueblo son el efecto de sus pecados; la misma causa es la que atrae hoy sobre nosotros todos los azotes que nos hacen gemir; ¿por qué no tenemos los mismos sentimientos? ¿por qué no hacemos la misma confesion? ¿por qué, convencidos de ello, no tenemos el mismo arrepentimiento? Se atribuye una desgracia, una enfermedad, un revés de fortuna, la pérdida de un pleito, una desdicha que aflige, una calamidad pública, á la malicia de un enemigo, á la envidia de un concurrente, á una indiscrecion, á la ineptitud, á la imprudencia de un factor, al trastorno de las estaciones, á la intemperie del aire, á causas puramente naturales; ¡que no convengamos desde luego, y pensaríamos con acierto, que son nuestros pecados los que causan todas nuestras aflicciones! ¡que el orígen de todos los males consiste en esos hábitos criminales, esas comuniones sacrílegas, esos desórdenes escandalosos, esos pecados enormes y secretos! ¡que no convengamos, que lo que enciende la ira de Dios y atrae todos los azotes que hacen lamentar á los pueblos, es esa irreligion, esas profanaciones tan comunes de los dias santos del domingo y de las fiestas, esa falta de respeto en el lugar santo, esas simonías, esas usuras! ¡que no nos persuadamos que esos hijos tan malcriados, tan impíos, tan corrompidos, son la causa de aquel naufragio, de la pérdida de aquel pleito, del mal éxito de aquel negocio, de la quiebra de aquel comercio, de aquel monton de adversidades, de aquellas desgracias que han arruinado aquella familia! en fin, ¡que no nos convengamos que aquel juego, aquel lujo, aquella indevocion, aquella poca fe y religion son la triste causa de aquella muerte precipitada é imprevista que todo lo ha trastornado; la fuente funesta de todos aquellos accidentes pesados que nos hacen derramar tantas lágrimas! No acusemos ya las pasiones de los hombres, las revoluciones frecuentes en la naturaleza, el humor, el capricho, la malignidad de aquellos con quienes vivimos, todos los demás resortes que desarreglan toda la máquina, y que no son, á lo mas, otra cosa que los instrumentos de que Dios se sirve para castigarnos. Reconozcamos lo que es verdad, que nuestras pasiones son nuestros ti-

ranos, que nuestras infidelidades son la fuente fatal de todas nuestras desgracias, y que no tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad, de nuestro reposo, de nuestra fortuna misma, que nuestros propios pecados. De nosotros depende el hacer que se seque una fuente tan maligna; concibamos un verdadero arrepentimiento, y no dilatemos nuestra conversion. ¿Qué cortesano desgraciado habria que no hiciese cesar prontamente la causa de su desgracia, si dependiese de él como depende de nosotros el no estar mas en la desgracia del Señor?

El Evangelio de la Misa de este dia es de san Juan, capítulo VIII.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judaeorum: Ego vado, et quaeretis me, et in peccato vestro moriemini. Quo ego vado, vos non potestis venire. Dicebant ergo Judaei: Numquid interficiet semetipsum, quia dicit, Quo ego vado, vos non potestis venire? Et dicebat eis: Vos de deorsum estis, ego de supernis sum. Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis, quia moriemini in peccatis vestris: si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei: Tu quis es? Dixit eis Jesus: Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et judicare. Sed qui me misit, verax est: et ego, quae audivi ab eo, haec loquor in mundo. Et non cognoverunt quia Patrem ejus dicebat Deum. Dixit ergo eis Jesus: Cum exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum, et à meipso facio nihil; sed sicut docuit me Pater, haec loquor: et qui me misit, mecum est, et non reliquit me solum: quia ego, quae placita sunt ei, facio semper.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Donde yo voy, vosotros no podeis venir. Decian, pues, los judíos: ¿Se matará acaso él mismo, pues que dice, Donde yo voy, vosotros no podeis venir? Y él les decia: Vosotros sois de acá abajo, yo he venido de lo alto: vosotros sois de este mundo, yo no pertenezco á este mundo. Por esto os he dicho que moriréis en vuestros pecados; porque si no creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Decíanle, pues: ¿Tú quién eres? Jesús les respondió: El que es antes de todas las cosas, y que habla con vosotros. Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y sobre que condenaros; pero el que me ha enviado dice siempre la verdad, y lo que yo publico en el mundo es lo que he aprendido de él. Y no conocieron que era Dios á quien llamaba su Padre. Díjoles, pues, Jesús: Cuando hubiéreis exaltado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que digo las cosas como el Padre me las ha enseñado; y el que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre aquellas cosas que le agradan.

MEDITACION.

Sobre la impenitencia final.

Punto primero. — Considera que el vivir en el pecado es la desgracia mas funesta; pero que el colmo de todas las desgracias es el morir en el pecado.

El pecado sin la muerte es un gran mal, y hablando con propiedad, es el único mal que se debe temer; pero este mal no excluye la esperanza de todo bien; puede aun servir de materia á las virtudes mas excelentes; puede ser, como lo ha sido en muchos grandes Santos, el motivo de la penitencia mas asombrosa. Mas el supremo mal es el pecado con la muerte. El pecado imprime á la muerte el carácter de su malicia, la muerte pone el último sello á la impenitencia del pecador. El pecado hace á la muerte para siempre funesta: ¡qué consecuencia tan terrible! La muerte hace al pecado para siempre irremisible: ¿qué suerte mas triste y mas espantosa?

La muerte en el pecado extingue todo rastro de esperanza: ya no hay gracia que pedir, no hay cielo que esperar, no hay Salvador á quien implorar, no hay misericordia en que confiar. La ternura maternal de María con los pecadores, la compasion de la Iglesia con sus hijos, el precio infinito de la sangre de Jesucristo; todo se extingue, todo cesa, todo es perdido para el pecador por la muerte en pecado; la impenitencia final le arroja para siempre de la asamblea del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en el pecado la divina justicia imprime en el desgraciado un carácter indeleble de reprobacion, los demonios forman su pueblo, el infierno es su morada eterna, el fuego y todos los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su destino y su suerte. ¡Impenitencia final! Muerte horrorosa en pecado ¡cuán espantosa eres! Hé aquí, sin embargo, la suerte de cuási todos los que viven en delicias, de esos libertinos aturdidos, de esos grandes del mundo tan poco cristianos, de esas mujeres sin religion, de esos pecadores que trasladan á la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del príncipe en el polvo, en el abandono; morir poseido de la tristeza, en la infamia misma, entre los dolores, es un mal grande; pero no es sin recurso ni sin consuelo, si no se halla unido con el pecado y la muerte; pero la muerte en el pecado, la muerte con el pecado, la muerte como sucede muchas veces, por el pecado; buscad, imaginad una desolacion, una desgracia mas espantosa. Y ¿se teme hoy, ó mi dulce Jesús, se teme mucho este tremendo mal?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en el momento que se muere en pecado, todo el mal que se ha hecho se hace eterno en sus castigos y en su malicia, y todo el bien que se habia hecho queda perdido y eternamente olvidado.

Acciones de probidad, servicios hechos, limosnas distribuidas, actos de religion, porque al fin no es uno ateo, ayunos, oraciones, buenas obras, rango de calidad, nombre de distincion, talentos, gloria, mérito, todo muere, todo queda aniquilado en el pecador que muere impenitente. El tesoro de las misericordias queda cerrado para él, la fuente de ellas queda seca. Jesucristo olvida, por decirlo así, la cualidad y el nombre de Padre, de Salvador, de Rey, para tomar eternamente la severidad de Juez, de Dios irritado, de Dios de venganza; y ¿quién puede resistir, Señor, contra el justo terror de vuestro enojo encendido y de vuestra venganza infinita? ¿Quién puede? Un número prodigioso de pecadores que viven en el crímen, y morirán en la impenitencia. Yo mismo que hago aquí todas estas pavorosas reflexiones, si soy tan desgraciado que llegue á morir en pecado.

Y ¿cómo no morir en pecado, si se deja para la muerte la penitencia? Cuando se vive en pecado, es raro que la muerte no sea semejante á la vida. El pecador espira, pero no el pecado.

Dios mio, ¡cuántos trabajan en su reprobacion! La muerte en el pecado acaba esta obra funesta. El mundo está lleno de estos desgraciados obreros; no hay condicion, no hay estado que no tenga muchos; los grandes del mundo saben demasiado este arte; los dichosos del siglo con dificultad tienen otra suerte; los que llevan una vida blanda y ociosa difícilmente la llevan inocente; y aun las mismas personas consagradas á Dios que con sus relajaciones deshonran la santidad de su estado, ¿no viven tambien en pecado? Todas estas personas tan familiarizadas con el pecado, que envejecen la mayor parte en el pecado, ¿morirán en estado de gracia? Los remordimientos de la conciencia se embotan; el alma se endurece; Dios se venga. ¡Espantoso, pero justo castigo de Dios!

Pocos son los que mueren de repente; pero pocas muertes hay que no sean súbitas é imprevistas. Y cuando no se hace penitencia mientras dura la vida; ¿se hace, ni aun se está en estado de hacerla en la muerte? Jamás tiene el hombre mas ardor por los objetos que mantienen su codicia, que cuando estos objetos se le escapan, ó cuando una fuerza superior se los arranca, ó le arranca á él de ellos. En la hora de la muerte no hay que esperar mas que una penitencia forzada, penitencia natural, penitencia del todo humana. Después de esto, contad con la penitencia que se hace en la hora de la muerte.

Y ¿se vive tranquilamente en el pecado, Señor? y ¿hay quien pase sus dias en la alegría, viviendo en la impenitencia? ¡Qué, Dios

mio! ¿hay otro objeto que me interese mas que este? ¿hay otra desgracia que me deba espantar mas? ¿No os pido yo á todas horas la gracia de no morir en pecado? ¡Ah, mi Dios! ¿quién debe temer mas que yo esta impenitencia final? Desde ahora, pues, comienzo ya mi penitencia, mi dulce Jesús, y espero con vuestra gracia tenerla hecha antes de morir.

Jaculatorias. —¡Ah! que el tiempo de venganza llega y se apresura, y el dia funesto en que el pecador muera impenitente no está muy léjos: ¿quién nos asegura? (*Deut.* xxxii).

No son, Señor, los que mueren en el pecado los que cantarán vuestras alabanzas, sino los que viven todavía, y que como yo comienzan hoy mismo á glorificaros. (*Isai.* xxxviii).

PROPÓSITOS.

1 ¿Quereis evitar la desgracia de la impenitencia final? haced penitencia durante la vida, y no la remitais jamás para la muerte. ¿Es acaso tiempo de convertirse ó de reformarse, cuando se va á dejar de vivir? ¿Es tiempo de pensar en ser hombre de bien, cuando se comienza cuási á no ser ya hombre? ¿es tiempo, en fin, de hacer penitencia, cuando se va á morir? ¿Es Dios entonces el objeto y el motivo de aquellos temblores, de aquellos sentimientos y de aquellas lágrimas, que el puro temor de los suplicios y la espantosa vista del peligro arrancan de los corazones mas endurecidos y menos penitentes? ¡Qué desgracia y qué señal mas visible de reprobacion, si despues de haber leido todo esto, dejais para la muerte vuestra conversion y vuestra penitencia! Judas reconocia su crímen á la hora de la muerte: Antíoco lloraba, prometia, se afligia en la última hora, y los dos murieron impenitentes. Ó teneis necesidad de convertiros ó de reformaros. No os contenteis con determinaros á la conversion ó á la reforma. No seria quizá la primera vez que lo habeis hecho. Determinaciones ineficaces é ilusorias; en materia de conversion y de reforma, la práctica debe ser la determinacion. Comenzad por arrodillaros á los piés de vuestro Crucifijo, y allí trayendo á la memoria vuestros desórdenes, ó vuestra relajacion, formad un vivo y punzante arrepentimiento de vuestras infidelidades pasadas, y decidle á Dios en la amargura de vuestro corazon.

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva (*Ezech.* iii), haced que este dia sea el de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi penitencia; yo

comienzo por vuestra misericordia la una y la otra lleno de confianza en los méritos de Jesucristo, y en la proteccion de la santísima Vírgen; yo espero que me libraréis de la desgracia de morir impenitente.

2 No basta orar, es preciso obrar. Teneis una confesion extraordinaria que preparar; id en este dia mismo á declarar vuestra necesidad y vuestra resolucion al confesor que hubiéreis elegido. Comenzad inmediatamente vuestra reforma cercenando cierta superfluidad de adornos, cierta demasía de delicadeza; comenzad por quemar ciertos libros, quitar ciertas pinturas, volver á tomar ciertos aires de modestia, ciertas prácticas piadosas de que os habíais dispensado. Haced hoy alguna penitencia ó mortificacion corporal; alguna obra de misericordia, ó alguna limosna. Los pobres presos están muy abandonados, y no están en estado de llegar á representaros sus necesidades y miserias. Otro tanto puede decirse de ciertas familias vergonzantes, cuyas miserias son tanto mas sensibles cuanto que son menos conocidas. Estos preludios de conversion y de reforma son como las arras de una perseverancia cristiana, y alejan de vosotros la muerte en el pecado. Cuando supiéreis algun accidente funesto, ó la muerte de alguna persona conocida, tened cuidado de deciros á vosotros mismos: no hay desgracia alguna en la vida sin recurso y sin remedio, ningun mal hay irremediable sino la muerte en el pecado.

MARTES SEGUNDO DE CUARESMA.

La Iglesia comienza la misa de este dia por este versículo del salmo XXVI: Mi corazon en defecto de mi voz os ha expuesto muchas veces sus penas, y por mudo que sea, no dejais, Señor, de entenderle, y de conocer cuáles son sus votos y sus deseos. Por lo que hace á mí, Dios mio, no suspiro mas que por una sola de vuestras miradas; dignaos, Señor, mirarme con ojos favorables; la mayor de todas mis desgracias seria si apartáseis los ojos de mí. El texto Hebreo dice: No escondais de mí vuestro rostro. Este salmo XXVI es una oracion que hacia á Dios David perseguido por Saul; pero intrépido en medio de los peligros por su confianza en la bondad del Señor que le sostenia y le protegia. Errante para evitar el furor de aquel Príncipe colérico, suspira por la vista del tabernáculo. De este modo suspira por la patria celestial una alma justa, combatida sin cesar por el enemigo de su salvacion. Como el tiempo de la persecucion que sufrió David fue muy largo, no puede fijarse á qué circunstancia en parti-

cular debe referirse esta oracion. Teodoreto y Nicéforo quieren que este salmo haya sido compuesto por David cuando fué á Nobé en busca del gran sacerdote Abimelech, y recibió de él los panes de proposicion que habia quitado de delante del Señor; pretenden que el Profeta hace alusion á este acontecimiento, cuando dice en los versículos 5, 6 y 9, que aun cuando viese á todos sus enemigos reunidos y prontos á caer sobre él, nada temeria, puesto que el Señor le ha ocultado en su tabernáculo, y le ha tomado bajo su proteccion.

La Epístola de este dia contiene la historia del retiro que el profeta Elías hizo por órden de Dios en casa de una viuda de la ciudad de Sarepta, en Fenicia, en el territorio de los sidonios, durante la sequedad que ocasionaba el hambre que afligia á todo el país de los israelitas, en tiempo del rey Achab, cuya impiedad atraia estos azotes sobre todo el pueblo. Elías era natural de Thesbos, en la tierra de Galaad; vivia en el reinado de Achab, rey de Israel, y de Josafat, rey de Judá, hácia el año del mundo de 3090, novecientos y catorce años antes de Jesucristo. Este santo hombre no pudo sufrir las impiedades de Achab y de su mujer Jezabel. Abrasado del celo ardiente de que estaba animado, predijo al Rey una sequedad que debia durar tres años y medio, y que causó una hambre que desoló todo el país. Este Profeta, conforme á la órden que habia recibido de Dios, tuvo el cielo cerrado, por decirlo así, durante todo este tiempo, y esto de un modo tan absoluto y con un poder tan entero, que declaró al Rey que no caeria una gota de agua, ni de rocío, sin su órden. El suceso verificó la prediccion. Sin embargo, el Señor mandó al Profeta que se retirase á un desierto próximo al torrente de Carith, á la parte del Jordan, en donde Dios le alimentó por algun tiempo enviándole unos cuervos que le traian todos los dias que comer. Habiéndose agotado por la sequedad el torrente de donde tomaba el agua para beber, vino de órden de Dios á Sarepta, que es una ciudad entre Tiro y Sidon, en donde reinaba el padre de la reina Jezabel. Habiendo llegado cerca de la puerta de Sarepta, vió una mujer que hacia leña, y acercándose á ella le pidió agua para apagar su sed. Inmediatamente se preparó para írsela á buscar. Una caridad tan pronta con un extranjero, hizo creer á Elías que podria ser muy bien que aquella mujer fuese la viuda que debia mantenerle, segun que el Señor se lo habia indicado. Pidióle, pues, que le trajese tambien un pedacito de pan; mas ella le protestó que solamente tenia en una olla un puñado de harina, y algunas gotas de aceite en un pequeño vaso, y que en esto consistia toda su provi-

sion : que habia venido á aquel sitio á fin de juntar unos palos de leña para componer su comida para ella y su hijo, sin que les quedase otro recurso que morir de hambre, después de haber consumido el resto de harina y de aceite. Hazme, sin embargo, la dijo el Profeta, una pequeña torta cocida bajo la ceniza, y no te apures por lo que sucederá. Era, en efecto, exponer la fe y la caridad de aquella mujer á una prueba extraordinaria; no obstante, ella obedeció; mas Dios recompensó superabundantemente esta gran caridad por el milagro que hizo el Profeta multiplicando tanto aquella harina y aquel poco de aceite, que tuvo suficientemente para alimentarse ella y su hijo hasta el fin del hambre.

En el Evangelio de este dia nos previene Jesucristo que creamos lo que nos dicen los ministros del Señor, y que practiquemos lo que nos enseñan en materia de salvacion, sin detenernos en los malos ejemplos que puedan darnos. Acababa el Salvador de confundir la envidia y la malicia de los escribas y fariseos, y de demostrarles que él no solo era Hijo de David, sino Hijo de Dios; y esto se lo habia manifestado de un modo tan convincente, que no habian sabido qué responderle; así que no se atrevieron ya desde aquel tiempo á hacerle ninguna pregunta : como lo que acababa de decir podia inspirar al pueblo y á sus discípulos alguna indignacion contra los doctores de la ley, quiso enseñar á todo el mundo una verdad muy importante; esto es, que debia siempre practicarse lo que los ministros del Señor nos predican, sin detenernos en lo que hacen, no confundiendo jamás sus costumbres con su doctrina. Los escribas y los fariseos, les decia, están encargados de enseñar y de explicar la ley de Dios al pueblo. No atendais mas que á lo que os enseñan. Y supuesto que ocupan este lugar y que de ellos debeis recibir la instruccion; poned en práctica los preceptos que ellos os expliquen, aun cuando ellos mismos no los observen. Su conducta desmiente su moral, nada hacen menos que lo que ordenan á los otros; pero la ley de Dios no deja de obligar porque la expliquen géntes que no la guardan. Aunque el heraldo que publica la ley del príncipe la viole, la ley no pierde nada de su autoridad. ¡ Buen Dios! ¡ cuán pronto estaria el mundo convertido si los ministros del Señor predicasen tanto con sus ejemplos como con sus palabras! Inútilmente aconseja un padre de familias la virtud á sus hijos y á sus domésticos, si sus costumbres corresponden mal á su moral. Nada hay mas elocuente ni mas persuasivo que el ejemplo. Las palabras sin el ejemplo hieren los oidos; pero el ejemplo aun sin las palabras, habla al corazon y le conmueve. La palabra de Dios, lo

mismo es palabra de Dios en la boca de un apóstol infiel, que en la boca de un discípulo fervoroso; pero ¿qué no puede esta misma palabra de Dios en la boca de un ministro poderoso en palabras y en obras? Si el pastor quiere perderse, aprovechémonos siempre de sus instrucciones para salvarnos. La corrupcion de sus costumbres no disminuye en nada la santidad de la ley que predica; así como la santidad de la ley que predica no autoriza nunca la corrupcion de sus costumbres. Ellos imponen cargas pesadas y que no se pueden soportar, añade el Salvador; abruman á los demás, pero ellos ni aun quieren aplicar un dedo. Los mas relajados en su conducta son por lo comun los mas severos en su moral. Es muy fácil aumentar la carga que no se hace ánimo de llevar. Jesucristo refiere en seguida muchos hechos que muestran el orgullo desmesurado de los fariseos y de los escribas; ellos afectan una apariencia religiosa, un aire devoto, un exterior austero, y ocultando bajo de este sepulcro blanqueado un corazon corrompido y una alma la mas negra, no tratan mas que de engañar al público con singularidades estudiadas. Ellos pretenden ocupar los primeros puestos, y ser tratados como maestros, y su orgullo se ostenta en todas partes. Por lo que hace á vosotros, añade el Salvador, tomad en todas partes el último lugar, y poned toda vuestra gloria en pasar por los últimos de mis siervos. Huid todos esos títulos de honor que jamás dan el mérito, no ambicioneis mas que la cualidad de hijos de Dios, y sostenedla con la pureza de vuestras costumbres. Vosotros no teneis mas que un Padre, el cual está en el cielo. Aprenda de aquí el grande á no ensoberbecerse con su estado, y á mirar al pobre como su hermano; y no menos debe aprender el pobre á no envidiar la suerte del grande, puesto que tiene á Dios por padre, lo mismo que él, y que está destinado á la misma herencia en el cielo: herencia mucho mas segura para los pobres que para los ricos; en donde las primeras plazas no se dan sino á los mas humildes, y donde no se entra sino despues de haberse hecho pequeños como los niños. En fin, el Salvador concluye su instruccion por este oráculo, el cual contiene una verdad práctica que sirve de base á todas las virtudes cristianas, que cualquiera que se ensalzare será humillado, y cualquiera que se humillare será ensalzado. El polvo no se levanta sino para caer, y solo se levanta pisándolo. El orgullo es el mayor enemigo de nuestro reposo, y el tirano del corazon humano: no nos solicita á subir muy alto sino para hacernos dar mayores caidas. No hay verdadero mérito, ni por consiguiente verdadera gloria, sino en la humildad.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Perfice, quaesumus, Domine, benignus in nobis observantiae sanctae subsidium: ut quae te auctore facienda cognovimus, te operante impleamus. Per Dominum...

Continuad, Señor, dándonos por vuestra bondad la asistencia de que necesitamos para observar perfectamente el santo ayuno, á fin de que conociendo cuáles son las cosas que exigís de nosotros, las hagamos con el auxilio de vuestra gracia. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola está sacada del tercer libro de los Reyes, capítulo XVII.

In diebus illis: Factus est sermo Domini ad Eliam Thesbiten, dicens: Surge, et vade in Sarephta Sidoniorum, et manebis ibi: praecepi enim ibi mulieri viduae, ut pascat te. Surrexit, et abiit in Sarephta. Cumque venisset ad portam civitatis, apparuit ei mulier vidua colligens ligna, et vocavit eam, dixitque ei: Da mihi paululum aquae in vase, ut bibam. Cumque illa pergeret ut afferret, clamavit post tergum ejus, dicens: Affer mihi, obsecro, et buccellam panis in manu tua. Quae respondit: Vivit Dominus Deus tuus, quia non habeo panem, nisi quantum pugillus capere potest farinae in hydria, et paululum olei in lecytho: en colligo dua ligna ut ingrediar, et faciam illud mihi et filio meo, ut comedamus, et moriamur. Ad quam Elias ait: Noli timere, sed vade, et fac sicut dixisti: verumtamen mihi primum fac de ipsa farinula subcinericium panem parvulum, et affer ad me: tibi autem et filio tuo facies postea. Haec autem dicit Dominus Deus Israël: Hydria farinae non deficiet, nec lecythus olei minuetur usque ad diem, in qua Dominus daturus est pluviam super faciem terrae. Quae abiit, et fecit juxta verbum Eliae: et comedit ipse et illa et domus ejus: et ex illa die hydria farinae non defecit, et lecythus olei non est imminutus, juxta verbum Domini, quod locutus fuerat in manu Eliae.

En aquellos dias le dirigió el Señor su palabra á Elías Thesbita y le dijo: Levántate, y vé á Sarepta, ciudad de los sidonios, y estate allí, porque yo he mandado á una mujer viuda de allí que te alimente. Levantóse inmediatamente Elías, y fué á Sarepta. Cuando llegó á la puerta de la ciudad, apercibió á la mujer viuda que hacia leña; la llamó y la dijo: Dame un poco de agua en un vaso para beber. Cuando ella hubo vuelto la espalda, encaminándose para traérsela, la llamó y la dijo: Tráeme tambien, te ruego, en la mano un pedacito de pan. A lo cual ella respondió: Vive el Señor tu Dios, que no tengo pan, y solo tengo en una olla la harina que cabe en un puñado, y un poco de aceite en una redoma. Ahora vengo á recoger aquí dos palos de leña para componerlo, y que nos lo comamos yo y mi hijo, y después echarnos á morir. Repuso, pues, Elías á la mujer, diciéndola: No temas, haz lo que has dicho; pero antes haz para mí de la misma harina un panecito, cocido bajo de la ceniza, y traémele, y después harás para tí y para tu hijo. Porque hé aquí lo que dice el Señor Dios de Israel: La harina que está en la olla no faltará, ni se disminuirá el aceite que hay en la ampolla, hasta el dia en que el Señor debe hacer que caiga el agua sobre la tierra. Esta mujer fué é hizo lo que Elías la habia dicho; y comió él, ella y su familia; y desde aquel dia no faltó la harina de la olla, ni se disminuyó la ampolla del aceite, conforme á lo que el Señor habia predicho por medio de Elías.

REFLEXIONES.

Esta mujer fué, é hizo lo que Elías la habia dicho. Esta fe y esta sumision ciega, en una mujer pagana, á la palabra de un extranjero y de un desconocido, confunde la poca fe y la poca docilidad de los Cristianos, después de haber confundido y condenado la incredulidad y la indocilidad de un pueblo, en el cual habia nacido Elías y que era de la misma religion que el Profeta. ¿Podia exponerse á una prueba mas fuerte la fe y la caridad de esta viuda con un extranjero? Ella no tiene mas harina que la que basta para no morir con su hijo en uno ó en dos dias; y Elías, á quien esta viuda no habia visto jamás, de quien nunca habia oido hablar, exige de ella que le dé por caridad todo lo que ella tiene para vivir; y esto sobre una simple promesa que la hace, de que el verdadero Dios, al que ella no conocia, sabrá indemnizarla cumplidamente. ¡Qué bien prueba esto el poder de la gracia sobre un corazon que no la pone obstáculo! Puede decirse que todo el Antiguo Testamento es una figura del Nuevo, *porque todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion.* (*Apost. ad Rom.* XXV). Pocos hechos hay en la Escritura que no sean una leccion para nosotros; pocos que no encierren algun misterio. La fe que Dios inspira á esta mujer todavía pagana, es la primera y la mas preciosa recompensa que recibe por su hospitalidad: ¡y de cuántos otros milagros no fue seguido este primer don! La harina y el aceite se multiplican en su mano; su hijo muere, y Elías le resucita. ¡Buen Dios! ¡cuánto poder tienen con Vos una fe viva y una confianza á toda prueba! pero ¡cómo seca esta fuente de gracias la falta de confianza! Por mas que el Hijo de Dios nos haya declarado de la manera mas clara, la mas precisa, la mas marcada, que recompensará centuplicadamente la mas pequeña caridad, los ricos son cada vez mas incrédulos en órden á este artículo. Los menos acomodados son mas caritativos. Pobres gentes parten de buena gana con Jesucristo lo poco que tienen para subsistir, mientras que otros que abundan en bienes, ó por mejor decir, rebosan de ellos, le niegan la mas pequeña limosna. ¡Cosa extraña! se ven gentes magníficas en los equipajes, espléndidas en las mesas, brillantes en el fausto y en el lujo que prefieren el mantener caballos, que dar á los pobres lo que tal vez impediria que muriesen de hambre. Se ven gentes sin familia, ó cuyos herederos son opulentos, gentes cuyas rentas son superiores á su gasto, y que sin embargo tienen siempre las manos y la bolsa cerradas para los desdichados, que quedarian

ricos con una parte de lo superfluo. Se ven ricos beneficiados, gentes ricas con el patrimonio de los pobres, y que segun el espíritu de la Iglesia y de los fieles, no son, propiamente hablando, mas que los ecónomos de sus gruesas rentas, negar á los pobres la porcion mas pequeña de ellas, y consumir en gastos disparatados, no solo su propia hacienda y la de los pobres, sino tambien, con mucha frecuencia, la de los acreedores. Y ¿se extraña, después de esto, el ver tantos azotes, tan poca religion, tanto desarreglo en este siglo?

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XXIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Locutus est Jesus ad turbas, et ad discipulos suos, dicens: Super cathedram Moysi sederunt scribae et pharisaei. Omnia ergo quaecumque dixerint vobis, servate, et facite: secundum opera vero eorum nolite facere: dicunt enim, et non faciunt. Alligant enim onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum: digito autem suo nolunt ea movere. Omnia vero opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus: dilatant enim phylacteria sua, et magnificant fimbrias. Amant autem primos recubitus in coenis, et primas cathedras in synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab hominibus Rabbi. Vos autem nolite vocari Rabbi: unus est enim Magister vester, omnes autem vos fratres estis. Et patrem nolite vocare vobis super terram: unus est enim Pater vester, qui in coelis est. Nec vocemini magistri: quia Magister vester unus est, Christus. Qui major est vestrum, erit minister vester. Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur.

En aquel tiempo: Habló Jesús á las tropas que le seguian, y á sus discípulos, y les dijo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no hagais como ellos, porque ellos dicen y no hacen. Porque ellos amontonan cargas pesadas, y que no se pueden llevar, y las echan sobre las espaldas de los hombres, sin que apliquen ni siquiera un dedo para ayudarles. Por lo demás todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ellos llevan muy largas sus cintas, y muy anchas las franjas. Aspiran á los primeros asientos en las comidas, y á las primeras sillas en las sinagogas; quieren ser saludados en las plazas públicas, y ser tratados como maestros por los hombres. Mas vosotros sabed, que no hay mas que uno que sea vuestro Maestro, vosotros todos sois hermanos. Y no llameis á ninguno sobre la tierra padre vuestro; porque no teneis mas que un Padre que está en el cielo. No sufrais que se os trate como maestros; porque uno solo es vuestro maestro, Jesucristo. El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo; mas el que se exaltare será humillado, y el que se humillare será exaltado.

MEDITACION.

Sobre el falso celo.

Punto primero.—Considera que el falso celo tiene toda la malignidad, toda la hiel, y todo el veneno de las pasiones mas violentas, y todo esto bajo la máscara de una caridad muy ardiente y de

un amor de Dios apasionado. ¿Qué se debe esperar de un orígen semejante?

El falso celo no es propiamente otra cosa que una pasion violenta que el amor propio disfraza para impedir que uno lo advierta, y ponerle en estado de hacer tantos mas estragos cuanto mas se fie de él. El orgullo es como su primer principio. No hay falso celo que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí viene el desprecio con que se mira el objeto del pretendido celo. Un odio maligno, una envidia amarga, y hasta un espíritu de venganza agrio y mordaz, son como los resortes que encienden la bílis de los falsos celosos, y que les ponen de tan mal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. De aquí es que no hay hereje que no declame contra la relajacion, y que no acompañe sus declamaciones con injurias; seria, en efecto, demasiado grosero el error, si no se sirviese del pretexto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta sus mas furiosos arrebatos. Bajo este motivo especioso, y con tan bello nombre, las calumnias mas negras, las mentiras mas atroces, las injusticias mas clásicas, las durezas, las persecuciones, todo pasa, todo es aplaudido, todo se autoriza. No se obra mas que por resentimiento, por pasion, por venganza, y se cree todavía que se hace un servicio á Dios: ¡cuántas pasiones é injusticias alimenta esta imaginacion! pero ¿nos juzgará Dios segun nuestros frívolos pensamientos? ¿no tengo yo nada que reprenderme sobre este artículo? El verdadero celo no fue nunca parcial ni amargo. ¿Hay amargura, hay acritud, hay desprecio, hay dureza? Falso es, pues, este celo. Esos devotos celosos que querrian desde luego hacer que cayese fuego del cielo para exterminar los pecadores, no están animados del espíritu de Jesucristo. ¿Cuál es el principio de donde proceden mis arrebatos y mi cólera? ¿Es un verdadero celo el que produce mis aversiones y mis vivezas?

Profundícese en el corazon, remóntese hasta el orígen de ese celo impetuoso, que no parece sino un pedrisco, y se verá que esa *nube* cargada de granizo y de rayos no se ha formado mas que de exhalaciones malignas: un mérito regularmente brillante y muy real que nos hace sombra; una razon de familia, de interés, ó de partido; un disgusto que se ha recibido, una afrenta, un despique, una envidia secreta, son el verdadero y el primer móvil de todos esos arrebatos que se cubren con el nombre de celo y de caridad. Pero Dios, que descubre el fondo de los corazones, que desenvuelve todos sus pliegues, que tiene tan poca consideracion á nuestras sutilezas, ¿qué jui-

cio es el que hace de ellos? ¡Buen Dios! ¡qué de fatigas perdidas! ¡qué de pecados graves disfrazados! ¡qué de talentos mal empleados! Y ¡qué desgraciada es una persona animada de un celo falso! ¡qué digna de lástima! Y ¡cuán raro es que vuelva en sí de un tan lamentable extravío!

Punto segundo. — Considera que hay todavía un celo falso mas mitigado y mas sutil. Por mas que se haga, se encuentra en todas partes donde uno está; y es muy raro que el celo sea tan puro que no esté acompañado de algun retroceso á nosotros mismos; es raro que la inclinacion, el humor, el natural, el amor propio, no sean como el alma de lo que se llama celo ó fervor.

Se persuade uno á sí mismo, y se quiere persuadir á los demás que no es mas que la gloria de Dios lo que se busca y lo que hace obrar. Pero si no se trata mas que de agradar á Dios en los ejercicios del celo, ¿por qué esas predilecciones por los empleos; esas direcciones espirituales de distincion y de eleccion, por lo comun tan lucrativas? ¿Por qué se limita el fervor y el celo á las buenas obras de esplendor, á la salud del alma de cierta especie de gentes? ¿Por qué no querer dejar aquel empleo y aquel puesto, cuando la voluntad de los superiores no deja duda de que no es ya grato á Dios el que permanezcamos en él? ¿Por qué solicitar el favor y el apoyo para mantenerse en él? ¿Tememos que padezca la gloria de Dios, si cedemos nuestro lugar á otro? ¡Ah, Dios mio! ¡cuántos misterios de iniquidad desenvolverá la muerte á nuestros ojos! ¿pero será tiempo entonces de descubrir con utilidad estos misterios?

Es sin duda tener un gran celo el dedicarse mucho al trabajo; mas si en esa multiplicidad de trabajos no se trabaja mas que por Dios, es extraño que se tenga tanto empeño en dar continuamente á entender al público cuánto se trabaja, y mendigar por una vana ostentacion de sus sudores una indigna é inútil compasion. Se quiere muchas veces hacerlo todo; pero todo solo: y ¿no es tal vez esto porque se teme un concurrente, y se imagina que acaso se dividan los aplausos si otro toma parte con nosotros en las fatigas? ¡Dios mio, cuán sutil es el amor propio, y cuán cierto que somos siempre el juguete de él, si no tenemos un corazon muy puro, un espíritu muy recto! Una prueba indudable de un celo falso es el mirar con disgusto las satisfacciones de los demás. ¿Es mi celo mas puro?

El verdadero celo es el primer fruto de la caridad, y no puede nacer de ninguna otra fuente. Es dulce, compasivo, benéfico, es hu-

milde. El primer objeto de nuestro celo deben ser nuestros propios defectos. La piedad edificante de un hombre celoso debe ser el primer artificio de que se ha de servir para mover los corazones. Dios mio, ¡qué sentimiento, qué desesperacion en la hora de la muerte, cuando en toda la vida no ha sido uno otra cosa que un bronce que suena, ó una campana que no hace mas que ruido! Pero ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos echado los demonios en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestro nombre? Entonces yo les diré abiertamente, dice el Señor: Jamás os he conocido, retiraos de mi presencia. (*Matth.* VII). ¡Qué decreto, qué golpe de rayo para un predicador aplaudido, para un director espiritual de gran reputacion, para un superior rígido, para un señor vigilante, para un gran prelado, que habiendo hecho cumplir con su obligacion á las personas que dependian de ellos, hubieren descuidado su salvacion!

No permitais, mi dulce Jesús, que yo sea nunca de este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi celo, y sea siempre conforme á vuestro espíritu el que tuviere con los demás. No tenga mi celo acritud ni amargura sino para mí mismo, tenga la caridad por primer móvil, y por fin vuestra pura gloria.

Jaculatorias.—Concededme, Señor, aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, sin la que no es posible agradaros. (*Psalm.* L).

Mi celo me ha hecho secar de dolor, cuando veo el desprecio que se hace de vuestra ley. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Tened celo, porque es señal de una fe muerta y de una caridad fria el no tenerle; pero que no sea jamás vuestro celo acre ni indiscreto. El verdadero celo es siempre sabio, humilde, compasivo y moderado. Si es contra el vicio contra lo que tanto nos indignamos, nuestros propios defectos son objetos dignos de nuestro enojo. Debemos lamentarnos al ver la licencia de las costumbres; pero cuando uno no está instituido para corregir los defectos de otro, ¿por qué reprender con tanta acritud y amargura? Comencemos por reformarnos á nosotros mismos, y tendrémos entonces el consuelo de haber trabajado eficazmente en la reforma de las costumbres. El modo de reprender la licencia de las costumbres por medio de una vida arreglada y edificante, es el único que conviene á aquellos que no están encargados

de la conducta de ninguno, y el único tambien que no queda jamás sin fruto. Considerad hoy sobre lo que debe extenderse vuestro celo, y cuáles son sus cualidades. ¿Velais sobre toda vuestra familia, sobre todos vuestros domésticos, y sobre las personas que dependen de vosotros? ¿sois tan atentos, tan vivos para exigir de ellos el que cumplan con puntualidad sus obligaciones de Religion, como las que os deben á vosotros? Vosotros no sufriríais que se os hablase fuera de tiempo, que se os faltase al respeto; ¿teneis el mismo celo con respecto á Dios? Vosotros responderéis de la salud de los que están á vuestro cargo; no os fieis demasiado en su buena fe. No digais que tienen bastante edad para conocer sus obligaciones. ¿Razonais del mismo modo cuando se trata de vuestro servicio? Tened celo, y no seréis tan indolentes; y desde este dia observad las reglas siguientes: 1.ª Que el buen ejemplo sea la primera leccion de vuestro celo; no hay natural, ni hábito, ni humor, ni inclinacion que no se rinda á este género de instruccion. 2.ª Descended al pormenor de la conducta de vuestros hijos y de vuestros domésticos; informaos de tiempo en tiempo si sus conversaciones son alguna vez licenciosas, si el todo de su conducta es cristiano. Sabed si frecuentan los Sacramentos todos los meses; si hacen oracion á Dios regularmente á la mañana y á la noche; si leen libros contrarios á las buenas costumbres; si están en la iglesia con respeto; si frecuentan lugares sospechosos; si se juntan con malas compañías. No perdoneis este género de faltas. No os fieis en la vigilancia de un preceptor ó de un ayo.

2 Sed rígidos sin ser amargos ni austeros: no reprendais jamás con términos injuriosos ni agrios; un poco de vivacidad y mucha firmeza, no dice mal al celo; hacedlo de modo que todos se persuadan que vuestro celo es cristiano, y por consiguiente inseparable de la caridad.

3 Si estais á la cabeza de un cuerpo ó de una comunidad, sed celosos por la regularidad, no sufrais la menor relajacion; pero advertid con dulzura, corregid con moderacion y con decoro, imponed con vuestras palabras, y singularmente con vuestro ejemplo. ¡Cuántos superiores estarán horriblemente castigados en la otra vida por no haber sido bastante rígidos, ó por no haber sido bastante ejemplares! ¿No teneis nada que reprenderos sobre este punto? Sois un particular; no prediqueis la reforma de la comunidad sino por la vuestra. No os perdoneis nada, sed exactos, no os dispenseis de la menor regla, y entonces habréis ya comenzado la reforma de vuestra comunidad. Todo celo inquieto, acre ó mordaz es un falso celo; sea el

vuestro dulce benéfico y caritativo. Nos engañamos si nos lisonjeamos de tener celo por la salud de otro, si no le tenemos por nuestra propia perfeccion; no amamos por cierto al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que se llama entonces celo, no es propiamente mas que una vivacidad del natural, y un puro efecto del orgullo.

MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA.

El intróito de la misa de este dia se compone de los dos últimos versículos del salmo XXXVII, y es una oracion corta que cada uno puede hacer á Dios muchas veces al dia. Debe notarse que los versículos del intróito de todas las misas de la Cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas para entre el dia. La misa de este comienza por estas palabras: Dios y Señor mio, de quien únicamente debo esperar mi salud, no os alejeis de mí, ni me dejeis sin auxilio á merced de mis enemigos. Este salmo, que comienza por estas palabras: *Señor, no me arguyais en vuestra ira,* puede mirarse como un modelo de oraciones en la penitencia, en el tiempo de enfermedad y en todo género de aflicciones; así es que es uno de los que se llaman salmos penitenciales, y era uno de los que se cantaban todos los sábados en la sinagoga. Se cree que David le compuso durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados le habian atraido aquella desgracia. Este religioso Príncipe, perseguido por su propio hijo, trata de apaciguar la justicia de Dios, exponiéndole las penas que ha sufrido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que las ha recibido. Pide y espera el auxilio del cielo contra sus enemigos, siempre pronto, sin embargo, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra Dios, y el pecador es un hijo rebelado contra su padre, parece que el dárnoslo á conocer es la mira que tiene la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de penitencia mas que las palabras de los salmos que David compuso en la persecucion que sufria de su hijo Absalon.

La Epístola de este dia se compone de la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Esther, reina de los persas, por la libertad de su nacion, condenada á perecer en virtud de un decreto del rey Asuero, que Aman, su favorito y su primer ministro, habia obtenido para que fuesen muertos todos los judíos esparcidos en todos sus Estados. Esta oracion fue oida. No hay una cosa mas á propósito para un tiempo de penitencia, cual es el de la Cuaresma, en que la

Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia por todos los hombres condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Jair, de la tribu de Benjamin, de la estirpe de Saul, siendo niño fue sacado de su país y transportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el jóven rey Jeconías y toda la nacion judía. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, Mardoqueo fue enviado á Susa, ciudad capital de la Persia, y allí se estableció con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abigaíl, el cual tenia una hija que se llamó Esther; en su mas tierna infancia perdió á su padre y á su madre, lo que obligó á Mardoqueo, su tio, á llevársela á su casa y adoptarla por hija suya. Encargado de su crianza, la educó en el temor del Señor, en el amor de la Religion, en la observancia exacta de los mandamientos de Dios, y en una gran delicadeza de conciencia por las prácticas de la ley de Moisés. Habiendo Asuero, que reinaba entonces sobre los persas y los medos, repudiado á la reina su mujer, llamada Vasthi, resolvió con el parecer de sus cortesanos casarse con otra que no le cediese ni en hermosura, ni en todas las otras bellas cualidades. Dió órden para que se buscasen en todas las provincias del imperio las doncellas mas cabales que se pudiesen hallar. Esther fue llevada entre otras muchas. Agradó al Rey, el cual dispuso que inmediatamente se le diesen todos los atavíos necesarios para adornarla, y siete doncellas para que la sirviesen. Mardoqueo, menos interesado por la fortuna de su sobrina, que por los peligros en que se hallaba en la corte, redoblaba su solicitud. Entre los avisos saludables que la habia dado, la habia recomendado mucho que no dijese que era judía; pero sin desmentir jamás los deberes de su religion. Pasaba cuási todo el dia delante del vestíbulo del palacio en donde estaba su sobrina para saber lo que la sucedia. Habiéndose presentado Esther delante del Rey, aun cuando no habia cuidado mucho de componerse, le agradó tanto, que aquel Príncipe la puso la diadema sobre la cabeza, y la hizo proclamar reina en lugar de Vasthi. Esta ceremonia se hizo en todo el imperio con gran solemnidad. El Rey en el dia de las bodas disminuyó los impuestos, é hizo grandes liberalidades al pueblo y á los grandes de la corte, y por todas partes no se oia mas que publicar las raras cualidades y el mérito extraordinario de la reina Esther.

Su elevacion no mudó sus sentimientos ni en órden á su religion, ni respecto de su tio Mardoqueo, el cual continuó aun mas en acudir al vestíbulo del palacio de la Reina, para estar mas en proporcion de asistirla con sus consejos. Habiendo en este tiempo Mardo-

queo descubierto la conspiracion de dos capitanes de la guardia que habian resuelto asesinar al Rey, advirtió de ello á la Reina; fueron presos los dos oficiales, los cuales habiéndolo confesado, fueron ahorcados en el mismo dia. En este mismo tiempo comenzó el favor de Aman, á quien el Rey habia hecho su primer ministro, elevándole sobre los príncipes y sátrapas del imperio, mandando que á este favorito se le hiciesen los primeros honores de la corte despues de él. En efecto, Aman no se presentaba jamás en público, sin que todos doblasen la rodilla delante de él; Mardoqueo solo no lo hacia, creyendo que la ley de Dios, de que era exacto observador, no se lo permitia. Advirtiólo Aman; supo que Mardoqueo le negaba este honor porque era judío, y de tal modo se irritó, que á mas de la resolucion que concibió de hacer que pereciese Mardoqueo, determinó tambien vengarse de este desprecio en toda la nacion judía, esparcida en todas las provincias del imperio, y formó el designio de hacer que en un mismo dia fuesen degollados en todas partes todos los judíos. No le fue difícil arrancar del Príncipe una órden tan cruel. Le representó que habia un cierto pueblo aborrecido de todos los demás, dispersado por todo el reino, y muy poco sumiso; que interesaba al Estado exterminar una nacion enemiga de las leyes y de la religion del país, y que le suplicaba que mandase por un edicto que todos los judíos que se encontrasen en el imperio fuesen muertos en un mismo dia. El Rey, sacando de su dedo el anillo de que se servia para sellar sus edictos, lo dió á Aman dejando á su arbitrio todo este negocio. El cruel ministro se aprovechó de todo su crédito. Hizo extender un edicto en nombre del Rey para exterminar toda la nacion judía, esparcida por todo el imperio. En él se mandaba á todos los sátrapas ó gobernadores de las provincias, á todos los jueces y magistrados que hiciesen asesinar generalmente á todos los judíos que se hallasen en su distrito, sin distincion de edad ni de sexo, el dia 13 del mes de Adar.

Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia este cruel edicto, desgarró sus vestiduras, se cubrió con un saco, y puso ceniza sobre su cabeza, sin cesar dia y noche de llorar y pedir al Señor que se compadeciese de su pueblo. Informada la Reina de la desolacion en que se hallaba su tio, quiso saber el motivo. Mardoqueo se lo escribió, enviándola una copia del edicto; y la dijo que no podia perderse tiempo, que era preciso hablase al Rey, y que hiciese todos los esfuerzos para salvar al pueblo. Esther le representó que estaba prohibido á toda persona bajo pena de muerte el entrar á la cámara del Rey

sin ser llamada por una órden expresa. Que, sin embargo, poniendo toda su confianza en Dios, estaba resuelta á exponer su dignidad y su vida por salvar á su pueblo, y que le rogaba que hiciese juntar todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias, y que pidiesen á Dios por ella. Mardoqueo puso en ejecucion esta órden de la Reina, y durante estos dias de penitencia y de devocion fue cuando hizo á Dios la oracion que la Iglesia ha escogido en este dia para la Epístola de la misa. Señor Dios, Rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad: si habeis resuelto salvar á Israel, á pesar del poder de nuestros enemigos y de todas las medidas que han podido tomar para perdernos, nada tenemos que temer. La reina Esther por su parte se encerró, se puso las vestiduras de luto, se cubrió con ceniza, pasó los tres dias en un ayuno continuo, y maceró su cuerpo con el cilicio. Después de lo cual, habiéndose ataviado con todo esmero, fué á presentarse al Rey que estaba en su trono. Debilitada por el ayuno, deslumbrada con el esplendor de un Príncipe, que entonces brillaba por todas partes con el oro y la pedrería, espantada pensando en la libertad que se habia tomado de presentarse delante del Rey sin haber sido llamada, no bien lo reflexionó, cuando asombrada por la majestad grave de un Príncipe, cuyo aire solo inspiraba espanto, cayó desmayada. Conmovido el Rey de este accidente, bajó de su trono, la sostuvo hasta que volvió á recobrar su espíritu, la aseguró, y haciéndola tocar el cabo de su cetro, la dijo: ¿Qué temes, mi querida Esther? yo soy tu hermano; la ley que prohibe á todos presentarse delante de mí, sin ser llamados, no se ha hecho para tí. Es bien sabido lo demás de esta historia. Aman fue colgado en la misma horca que habia hecho levantar en el patio de su casa para Mardoqueo; el edicto que proscribia á todos los judíos fue invalidado por un nuevo edicto, que á mas les concedia en todo el imperio grandes privilegios; Mardoqueo fue nombrado gran maestre del palacio, y después fue instituido la segunda persona en el imperio.

El Evangelio de la misa del dia contiene la prediccion que el Salvador hizo á sus Apóstoles de su pasion y de su muerte, y de todas las humillantes circunstancias de que debia estar acompañada.

Habiéndose puesto Jesucristo en camino para ir á Jerusalen á celebrar su última Pascua, ocho ó diez dias antes de la fiesta; viéndose rodeado de una multitud del pueblo, tomó aparte á sus Apóstoles, y entabló con ellos una conversacion particular de todo lo mas ignominioso que debia sufrir en aquella capital dentro de pocos dias. Vo-

sotros veis, les decia, que vamos á Jerusalen; allí es donde el Hijo del hombre será vendido y entregado en manos de los príncipes, de los sacerdotes, de los doctores y de los magistrados, quienes contra toda justicia le tratarán del modo mas infame, y le condenarán como culpable del último suplicio; y porque el derecho de vida y muerte se les ha quitado por los romanos, le entregarán para que sea tratado por ellos con irrision, para que sea azotado y crucificado, y todo esto á la vista de todo el pueblo. Pero no temais nada; este Hijo del hombre tan maltratado resucitará al tercer dia con todo el esplendor de su gloria. Era esta la tercera vez que les predecia su muerte, pero nunca lo habia hecho de un modo tan circunstanciado. Por mas aflictiva que fuese esta prediccion, era necesaria para prevenirles contra el escándalo de su pasion; pero los Apóstoles estaban tan llenos de las ideas de gloria, de poder y de felicidad, bajo las cuales se representaban los judíos al Mesías, que todo lo que les dijo el Salvador de su pasion y de su muerte fue para ellos como un enigma, y nada comprendieron. Esto lo dieron bien á entender Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, en la peticion que inmediatamente hicieron á Jesucristo por medio de su madre Salomé de las dos primeras sillas para ellos. Esta mujer sugerida por sus hijos que tenia al lado, se presentó delante de él, le adoró con respeto, y le suplicó que no llevase á mal el que le pidiese una gracia; habiéndoselo permitido Jesucristo: Maestro, le dijo ella con mucha confianza, á lo que parece, muy pronto estaréis ya á punto de entrar en vuestra gloria; cuando estuviéreis, pues, en ella, yo os pido que concedais á mis dos hijos las dos primeras plazas de vuestro reino, haciendo que sean colocados á vuestros dos lados, dándoles la preferencia sobre todos vuestros discípulos. El Salvador excusó la ternura maternal y la pequeña ambicion que era el efecto de ella, y dirigiéndose á los dos hermanos les hizo entender que las plazas en el cielo no se conceden al simple favor, sino al mérito, aunque sea verdad que no haya ningun mérito sin la gracia : vosotros tendréis lo uno y lo otro, añadió el Salvador : vosotros combatiréis, conseguiréis la victoria, y recibiréis la corona que mi Padre y yo os tenemos preparada desde la eternidad. La peticion que acababa de hacer la madre de los dos discípulos causó unos pequeños celos y aun alguna indignacion en los otros diez que estaban presentes, lo que obligó al Salvador á darles aquella preciosa leccion de humildad tan opuesta al espíritu del mundo, en la que les declara que el medio de obtener el primer lugar en su reino es el de tomar el último en todas las demás partes; y que si uno quiere ser

mayor que los otros, es preciso que se constituya su siervo, y se haga mas pequeño que ellos. En esto debe estribar toda vuestra ansia: tomad ejemplo de mí, añade, yo debo ser vuestro modelo; yo no he venido aquí abajo para ser servido, sino para servir á los otros, y para dar la vida á los mismos que me darán la muerte.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Populum tuum, quaesumus, Domine, propitius respice: et quos ab escis carnalibus praecipis abstinere, à noxiis quoque vitiis cessare concede. Per Dominum...

Señor, mirad á vuestro pueblo con ojos favorables, y haced que aquellos á quienes mandais que se abstengan de las carnes, cesen tambien en los vicios que dañan á sus almas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es sacada del libro de Esther, capítulo XIII.

In diebus illis: Oravit Mardochaeus ad Dominum, dicens: Domine, Domine Rex omnipotens, in ditione enim tua cuncta sunt posita: et non est qui possit tuae resistere voluntati, si decreveris salvare Israël. Tu fecisti coelum et terram, et quidquid coeli ambitu continetur. Dominus omnium es, nec est qui resistat majestati tuae. Et nunc, Domine Rex Deus Abraham, miserere populi tui, quia volunt nos inimici nostri perdere, et haereditatem tuam delere. Ne despicias partem tuam, quam redemisti tibi de Aegypto. Exaudi deprecationem meam, et propitius esto sorti et funiculo tuo, et converte luctum nostrum in gaudium, ut viventes laudemus nomen tuum, Domine; et ne claudas ora te canentium, Domine Deus noster.

En aquellos dias hizo Mardoqueo oracion al Señor, diciendo: Señor, Señor y Rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad, si hubiéreis resuelto salvar á Israel. Vos habeis hecho el cielo y la tierra, y todas las criaturas que están bajo el cielo. Vos sois el Señor de todas las cosas, y no hay quien resista á vuestra majestad. Ahora, pues, ó Señor y Rey, ó Dios de Abraham, compadeceos de vuestro pueblo; porque nuestros enemigos han resuelto perdernos, y exterminar vuestra heredad. No desprecieis este pueblo que habeis hecho propio, y que habeis rescatado de Egipto para que sea vuestro. Oid mi oracion; mostraos favorable á una nacion que habeis hecho vuestra heredad. Convertid, Señor, nuestras lágrimas en alegría, á fin de que empleemos la vida que nos conserváreis en alabar vuestro santo nombre, y no cerreis la boca de los que os alaban, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

A fin de que empleemos la vida que nos conserváreis en alabar vuestro santo nombre. La vida no se nos concede mas que para emplearla en amar, en servir, en alabar á Dios; no es otro el fin de nuestra creacion, ni tampoco nuestra conservacion tiene otro. Dios podia muy bien no habernos criado, pero no podia criarnos para otro fin. Dios puede enviarnos la muerte en cada momento, pero no puede conser-

varnos la vida sino para emplearla en su servicio; hacer otro uso de ella es alejarnos de nuestro fin. No hay en esto prescripcion que temer. El desarreglo de nuestras costumbres puede muy bien hacernos olvidar nuestra obligacion, pero no puede mudar nuestro fin último. Por mas desarreglados que seamos, será siempre verdad que no estamos en el mundo para juntar en él grandes bienes, para adquirir honor, para gozar muchos placeres, ni para hacer una gran fortuna; nosotros no estamos en él, Dios no nos deja en él, sino para servirle. Los reyes y los pueblos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, no tienen vida sino con este fin. Es esta una verdad fundamental de nuestra Religion, y Dios no podria dispensarnos de esta obligacion ni una sola hora. ¡Buen Dios! ¿á cuántas gentes hará el proceso esta verdad eterna? Dios no nos prolonga nuestros dias, no nos libra de aquel accidente, no nos conserva la vida sino para su gloria. ¿Es este el motivo porque la ordenamos nosotros? ¿No vivimos mas que para la gloria de Dios? ¿Empleamos nuestra vida, pasamos á lo menos la mayor parte de nuestros dias en su servicio? Si no hubiese habido mas que un solo dia, una sola hora en este dia mal empleada, serémos examinados de ello, se nos pedirá cuenta de este tiempo perdido: y ¿de cuántos dias, de cuántos meses, de cuántos años perdidos serán responsables á la justicia divina esas gentes de placeres, esos ociosos de profesion, esas gentes de negocios? ¿Cuántos al fin de una vida larga se encontrarán en la muerte sin haber dado al servicio de Dios dos dias enteros? ¿Qué espanto, qué sentimiento no experimenta en una enfermedad peligrosa aquella persona, cuyos primeros años se han consumido en los desórdenes y en los placeres, cuya edad mas avanzada no ha sido tampoco mas cristiana, cuya salud se ha gastado por una multiplicidad disipadora de negocios? ¡Qué tristeza, digamos mejor, qué temor, qué tribulacion, qué desesperacion la de aquella mujer del gran mundo, la de aquel jóven libertino, abrasados por el ardor de una calentura, á punto de concluir una vida que Dios no les habia concedido sino para él, y que ellos no han empleado y consumido sino para sí; al fin de una carrera que no ha sido mas que un continuo extravío; en la víspera de ir á presentarse delante de un Dios á quien se ha ofendido, y á quien se ha despreciado toda su vida; á la puerta de una eternidad ó feliz ó desdichada, segun el buen ó mal uso que se ha hecho del tiempo! ¿Quién puede entonces aquietar una conciencia justamente alarmada? ¿qué pena no se siente, y qué propósitos no se hacen? El decreto está á punto de pronunciarse, una alma va á ser

precipitada á las llamas eternas. Pero Dios se deja ablandar de las lágrimas de este moribundo, de las oraciones de las gentes buenas, Dios le conserva todavía la vida, vuelve á la salud; y ¿vuelve á obrar mejor? ¿Esa sanidad recobrada cuási por milagro, es siempre seguida de una verdadera conversion? ¿Es uno mas cristiano despues de haber estado largo tiempo enfermo? ¿De cuántos se puede decir después de su convalecencia, la última condicion de este hombre es peor que la primera? ¡Dios mio! ¡cuán temible es la corrupcion del corazon humano! ¡Á qué pocos convierte la enfermedad!

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XX *de san Mateo.*

In illo tempore: Ascendens Jesus Jerosolymam, assumpsit duodecim discipulos secreto, et ait illis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget. Tunc accessit ad eum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic, ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo. Et audientes decem, indignati sunt de duobus fratribus. Jesus autem vocavit eos ad se, et ait: Scitis quia principes gentium dominantur eorum: et qui majores sunt, potestatem exercent in eos. Non ita erit inter vos: sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister: et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Sicut Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam redemptionem pro multis.

En aquel tiempo: Caminando Jesús á Jerusalen, tomó aparte los doce discípulos, y les dijo: Hé aquí que vamos á Jerusalen, y el Hijo del hombre va á ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, quienes le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, para que sea tratado con irrision, azotado, y crucificado, y al tercer dia resucitará. Entonces se acercó á él la madre de los hijos del Zebedeo, acompañada de ellos, adorándole, y haciéndole cierta peticion. ¿Qué quieres, la dijo él? A lo que ella respondió: Ordenad que estos dos hijos mios se sienten, uno á vuestra derecha, y otro á la siniestra, en vuestro reino. Mas Jesús dijo en contestacion: No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? Dijeron, pues, ellos: Podemos. Entonces repuso: En verdad, vosotros beberéis el cáliz que yo debo beber; pero el estar sentados á mi derecha, ó á mi izquierda, no me toca á mí el concedéroslo; esto es para aquellos á quienes mi Padre lo ha destinado. Oyendo esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos: mas Jesús los hizo venir, y les dijo: Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones tienen en ellas el primer lugar, y los que son mayores ejercen su poder sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; antes bien, cualquiera que entre vosotros quisiere hacerse el mayor, dedíquese á serviros; y cualquiera que quisiere tener la primacía, constitúyase como esclavo vuestro. Á la manera que el Hijo del hombre que no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida por la redencion de muchos.

MEDITACION.

Sobre la estimacion que debemos hacer de las adversidades.

Punto primero.—Considera que los Cristianos no deberian hallar placer sino en las aflicciones. Ningun otro fruto deberia ser de su gusto mas que el de la cruz; la sangre de Jesucristo la ha quitado toda la amargura. La cruz se ha convertido en el árbol de la vida; el que un fruto tan excelente no agrade, es señal de una mala disposicion.

Si no se escucha mas que á los sentidos, si no se consulta mas que á los ojos, á la razon humana, y al amor propio, las adversidades son un objeto de horror; pero ¿es buen juez en esta materia el hombre animal? ¿Qué nos enseña la fe? ¿qué nos dice el Evangelio? Ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su propia gloria. Desgraciados de vosotros, ricos, que teneis vuestro consuelo (*Luc.* VI) en las riquezas; desgraciados de vosotros, dichosos del siglo, que vivís alegres y entre la abundancia; de vosotros, grandes del mundo, á quienes todo se rie. ¿Quereis, por el contrario, tener una justa idea de la felicidad; quereis hallar un hombre feliz, dice el Salvador del mundo? Buscadlo en las adversidades. Toda la Religion, por decirlo así, se resiente, cuando se llaman desgracias á las cruces; y sin embargo ¿bajo qué otro aspecto se las mira hoy en el mundo? Que un pagano mire una quiebra en sus bienes, un pleito perdido, un revés de la fortuna, como un mal, no es extraño, él raciocina conforme á sus principios; pero un cristiano ilustrado con las luces de la fe, educado en la escuela de Jesucristo, instruido en su doctrina, ¿puede ignorar que las adversidades de esta vida son como las arras de la eternidad bienaventurada; que las cruces son el contrapeso de las pasiones; el remedio eficaz contra las hinchazones del corazon, y las enfermedades del espíritu; que todas tienen su precio, y que las aflicciones presentes, como dice san Pablo, que *no duran* mas que un momento, y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria, en un alto grado de excelencia, y mas allá de toda medida? Hé aquí lo que el Salvador del mundo nos propone como un objeto digno de nuestra estima y de nuestro amor; hé aquí lo que todo cuanto ha habido de sabio y de virtuoso entre los fieles ha buscado con empeño; hé aquí lo que toda la Iglesia, lo que Dios mismo estima, honra y recompensa tan liberalmente en los fieles. ¿Son menos preciosas las cruces, porque sean desagradables á los

sentidos? ¡Ah! se desea un remedio, por mas amargo que sea, y se compra muy caro, cuando nos persuadimos que él debe prolongarnos algunos dias esta vida; la esperanza de ganar alguna cosa, el deseo de tener un empleo, inducen á aceptar, á hacer que se deseen hasta los peligros de los viajes por el mar, hasta los penosos trabajos de la guerra. El cielo es siempre el premio seguro de las aflicciones sufridas con un corazon cristiano; el mismo Dios quiere ser la recompensa. No hay otro camino para ir al cielo; ellas son el patrimonio de los elegidos de Dios; en las enfermedades y en las adversidades es propiamente en donde un Amadeo, y todos los Santos han fabricado sus coronas. Y ¿no tendrán jamás las cruces un atractivo para mí? ¿Las he de mirar siempre con disgusto? Y ¿por qué título esperaré entonces una recompensa eterna?

Punto segundo.—Considera que en las cruces sucede como en los árboles, cuyos frutos son de un gusto exquisito, aunque la corteza del árbol sea áspera y escabrosa. No es cierto que solo se encuentre amargura en el llanto; no todas las lágrimas son amargas. Si los dichosos del siglo tienen cruces invisibles, ¿por qué no habrá alegrías interiores mucho mas dulces que las que hacen tanto ruido? Las dulzuras espirituales no son las menos exquisitas. El corazon solo es el asiento del regocijo. Es preciso que la serenidad y la calma reinen en el alma para hacerla dichosa; las acusaciones ó las alarmas de la conciencia turban siempre las fiestas de los dichosos del siglo: su felicidad, hablando con propiedad, no consiste mas que en aturdirse, y de aquí procede que en las prosperidades de esta vida no se halla mas que una falsa alegría. Las almas verdaderamente cristianas gustan de un regocijo lleno y tranquilo, de una dulzura pura y deliciosa en sus cruces. ¡Cuán dulce es el estar seguros de que se marcha por el camino del cielo! ¡Cuán dulce el encontrar en su suerte y en su estado lo que hace el carácter de los predestinados, lo que ha sido y es todavía el objeto de las ansias de los mayores Santos! ¡Cuán dulce el no gloriarse sino en la cruz de Jesucristo; dulzura que se hace sentir en el fondo del corazon mientras dura la vida, que se aumenta siempre en la muerte, y que se extiende aun hasta la eternidad! Imaginad un motivo de consuelo mas real, ni mas sólido.

Las aflicciones son amargas, es verdad, y las aguas de Mará lo eran tambien antes que Moisés arrojase en ellas el madero que Dios le mostró (*Exod.* xv); pero por la virtud de aquel madero misterio-

so, aquellas aguas amargas se convirtieron en deliciosas para beber. Sabe Dios muy bien el secreto de endulzar las cruces. Antes de la muerte de Jesucristo se decia: Maldito todo hombre que es clavado en una cruz; pero después que Jesucristo ha querido ser clavado en ella, nos ha librado de la maldicion, y ha dado á este tronco una virtud maravillosa.

De este principio han nacido los ardientes deseos de sufrir que se admiran en todos los Santos. De esta fuente proceden los torrentes de delicias interiores, superiores á todo sentido, y que inundan las almas purificadas por los sufrimientos. ¡Ah, Dios mio! ¡cuán poco estimado es este secreto! ¡cuán escondido está este tesoro á los sabios del siglo! Pero se conocerá en la muerte, se sabrá por toda la eternidad, cuán precioso era este tesoro, cuán estimable era este secreto. Dadme una alma ilustrada con las luces de la fe, dadme un corazon que ame á Dios, decia san Agustin, y él entenderá lo que yo digo, conocerá esta verdad, y gustará maravillosamente esta doctrina.

¡Ah, Señor, y cuándo seré yo de este número! ¿Me contentaré no mas que con confesar estas verdades, aplaudir estas reflexiones, no estimar las adversidades mas que en los otros? ¿Acaso no quiero yo ser del número de vuestros discípulos? Y ¿cómo ser discípulo vuestro si no se lleva la cruz, si no se ama la cruz, si no está uno unido toda su vida á la cruz? Concededme, Señor, este amor de la cruz, y hacedme fastidioso, insípido, cualquiera otro gusto que el de la cruz. Dadme vuestro amor, y yo amaré la cruz.

Jaculatorias. — Sí, Salvador mio Jesucristo; yo me complazco en mis enfermedades, en las adversidades, en las persecuciones, en los extremos disgustos que sufro por Vos. (*II Corinth.* XII).

Esté yo de continuo cerca de Vos, y en vuestra presencia, y después de esto que cualquiera se arme contra mí. (*Job*, XVII).

PROPÓSITOS.

1 No hay nadie que no tenga su cruz. Las espinas nacen en todas partes, son de todas las estaciones, y crecen en todos los terrenos; nacen aun hasta sobre el trono mismo. No hay condicion, no hay estado que no tenga sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no son siempre las menos pesadas aunque sean menos visibles. Es una locura el buscar un abrigo contra todos los vientos y las borrascas; ¿qué edad no tiene sus disgustos? ¿qué fortuna no tiene sus reveses? ¿qué condicion no tiene sus desazones? ¿qué empleo no

tiene sus cargas? Hay cruces domésticas, y las hay extrañas; y en defecto de las unas y de las otras, nuestro humor, nuestro natural, nuestro entendimiento, nuestro corazon, son fondos inagotables de muchas cruces. Considerad la que mas os inquieta en el dia, y haceos de ella un motivo de mérito. ¿Quereis hacerla ligera? Amadla. Cuantos mas esfuerzos hiciéreis para sacudirla, mas pesada se os hará. Aun cuando encontráseis el secreto de descargaros de ella, entrará en su lugar otra que os inquiete mas. ¿Quereis hacerla dulce? Observad los avisos siguientes: 1.° Aceptad de buena gana todas las cruces que Dios fuere servido daros, y jamás dejeis de decirle todos los dias en la oracion de la mañana: Divino Salvador mio, puesto que para ser discípulo vuestro es preciso llevar cada uno su cruz, yo acepto con todo mi corazon la que Vos quereis que yo lleve; yo os pido la gracia necesaria, á fin de que yo haga un buen uso de ella para gloria vuestra y salvacion mia. 2.° Cuando nuestro amor propio se rebele, y la amargura se derrame en el corazon, decid con el Salvador: Qué ¿no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha dado? (*Joan.* XVIII). 3.° Cuando tengais alguna afliccion, alguna pérdida, algun motivo de desazon, cuando supiéreis alguna mala noticia, decid aquellas hermosas palabras de Job: Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, ¿por qué no recibirémos tambien los males? (*Job*, II).

2 Es una práctica de piedad muy útil y muy santa, no solo el aceptar todas nuestras aflicciones en satisfaccion de la pena debida por nuestros pecados, sino tambien el pedirle al confesor que nos dé nuestras propias cruces por penitencia; hechas entonces parte del Sacramento, son de un precio mas elevado y reciben un nuevo mérito. Nada hay mas á propósito para desempeñarnos de nuestras deudas con Dios que este género de satisfaccion; ella es siempre de su gusto, puesto que es de su eleccion. Está uno seguro de que esta es la moneda, por decirlo así, con que quiere ser pagado en esta vida. Nos serviria extraordinariamente un poco de paciencia, de sumision, y aun de alegría, en las adversidades inevitables de esta vida; no se sufriria por eso mas, se sufriria aun menos, puesto que se sufriria con menos disgusto, y el provecho nos indemnizaria bien de la pena. Cosa extraña: se siente todo el peso de la cruz, se siente toda su amargura, y por falta de un poco de buena voluntad y de industria se pierde todo el fruto.

JUEVES SEGUNDO DE CUARESMA.

La Iglesia ha escogido el principio del salmo LXIX para el intróito de la misa de este dia. Es aquella oracion tan interesante que la Iglesia pone al principio de todos sus oficios, y por la que pide á Dios su asistencia y su auxilio particular en todas las oraciones que hace, para que comprendamos la necesidad extrema que tenemos de la Gracia, sin la que ninguna accion por laudable que fuese podria ser meritoria para el cielo. Aplicaos, Dios mio, á socorrerme; daos prisa, Señor, á asistirme. Cubrid de confusion y de vergüenza á los enemigos de mi salvacion que quieren quitarme la vida del alma. Tambien era durante la persecucion de su hijo Absalon, cuando David dirigia á Dios esta oracion. Hemos dicho que la Iglesia, conducida en todo por el Espíritu Santo, ha cuidado de elegir para la misa de cuási todos los dias de Cuaresma algunos versículos de los salmos que David habia compuesto durante la insurreccion de aquel hijo rebelde que causó á su tierno padre una afliccion de las mas sensibles, y de las mas amargas que tuvo jamás. Sin duda lo ha hecho así para inspirarnos nuevos sentimientos, y un arrepentimiento mas grande, acordándonos que jamás hemos pecado que no nos hayamos rebelado contra Dios, nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro amable y buen Padre.

La Epístola asignada á la misa de este dia está tomada de la profecía de Jeremías al cap. XVII, en donde amenaza á los judíos con la pérdida de sus bienes y la ruina de su país, porque olvidaban y abandonaban á Dios por recurrir á los hombres. Pronuncia en ella una maldicion contra el hombre que pone su confianza en el hombre. Aun cuando el Profeta hubiese podido hacer relacion á la confianza que los judíos tenian en el auxilio de los egipcios, cuya proteccion habian implorado en vano, en las desgracias de que estaban amenazados de parte de los príncipes de Babilonia; el sentido espiritual y moral mira á la confianza que nosotros tenemos en los socorros humanos, en los diversos accidentes de esta vida, en perjuicio de la que debemos tener en Dios.

Jeremías acababa de reprender á los judíos su impiedad y su irreligion, que llegaba hasta hacer alarde de sus mayores crímenes. El pecado de Judá está escrito, les decia, con un buril de hierro y una punta de diamante; está grabado sobre la tabla de su corazon,

y sobre los extremos de sus altares. Lo mismo que si dijera, que para hacer como un trofeo de sus desórdenes, léjos de avergonzarse de ellos, los grababan sobre los extremos de sus altares profanos, á ejemplo de los paganos, á fin de que nadie pudiese ignorarlos. Ni aun trataban de disimular su idolatría con el temor, ni encubrirla con la vergüenza: se gloriaban de ella; era pública y declarada; procuraban en algun modo que su maldad pasase á la posteridad por medio de inscripciones: sus hijos, dice el Profeta, han impreso en su memoria sus altares, sus grandes bosques consagrados á las divinidades paganas. Esto es lo que irritó tanto la ira de Dios contra ellos. Hé aquí lo que dice el Señor, exclama: Maldito es el hombre que pone su confianza en el hombre. Esas medidas tan bien tomadas, esos resortes tan bien montados, esos apoyos manejados con tanto artificio, son fundamentos sobre arena. En vano tomais esas precauciones, dice el Profeta, que os sugiere la prudencia de la carne; á Dios es á quien se ha de recurrir: en su auxilio es en el que habeis de poner vuestra confianza. Mudad de conducta, apaciguad su ira, y si lo haceis así, no temais á vuestros enemigos. Todo hombre, añade, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazon se retira del Señor, será semejante al tamariz que está en el desierto; y permanecerá en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal, y donde no se puede habitar. El tamariz salvaje, de que habla aquí Jeremías, tiene siempre un verde pálido, y por mucha agua que le caiga está siempre seco. Leño inútil, fruto que no es bueno para nada: tal es la prudencia de la carne, tales son los frutos de la industria humana sola. Mucha sal en esas obras del talento, en esas medidas tomadas con tanto arte, en esas precauciones, en esas protecciones tan bien manejadas: tamariz salvaje, arbusto desnudo, leño inútil, tierra llena de nitro, de una esterilidad eterna; al paso que aquel que pone toda su confianza en Dios es dichoso. Este se parece á un árbol fructuoso, plantado en un terreno excelente, regado continuamente con aguas vivas; que no teme ni la sequedad ni la escarcha, cuyas hojas no pierden jamás el verde de primavera, y cuyos frutos son de una dulzura exquisita. Pocos corazones hay que no estén corrompidos, aun cuando el disimulo los encubra; pero yo, dice el Señor, soy el que profundiza los corazones, el que desenvuelve todos sus pliegues, el que corre el velo á todos sus misterios. Yo no me dejo deslumbrar por las exterioridades engañosas é imponentes; conozco todos los rodeos y todos los artificios de una política refinada: así que, no recompensaré mas que la verdadera virtud y el verdadero

mérito; y en las obras mas plausibles no atenderé mas que al motivo que las produce.

Desde el octavo siglo ha sido el Evangelio de este jueves la historia del mal rico y del pobre Lázaro. Habia un hombre rico, decia el Salvador á sus discípulos, que vestia de escarlata y de finísimo lienzo; que nada negaba á sus sentidos; que tenia todos los dias una mesa espléndida; sin perdonar cosa alguna para sus placeres, y pasando su vida deliciosamente. Habia al mismo tiempo un pobre llamado Lázaro, cubierto por todas partes de úlceras, que estaba tendido á la puerta del rico pidiendo las migajas que caian de su mesa, creyéndose dichoso si hubiese podido obtener este socorro tan débil para apaciguar su hambre, y mas bien para retardar su muerte que para sostener su vida; pero no habia ninguno que quisiese hacerle este pequeño servicio, mientras que los perros estaban abundantemente mantenidos en una casa en donde reinaban la suntuosidad y la abundancia. El único consuelo que recibia este pobre en su extrema miseria, era de aquellos viles animales que se acercaban alguna vez á él y le lamian sus llagas. Es chocante el contraste que hacen estas dos condiciones tan opuestas: ¡qué diferencia entre estas dos vidas! mas al fin, la muerte vino muy pronto á terminar las delicias de la una y las miserias de la otra; pero ¡qué diferencia de suerte! Lázaro muere en su pobreza; pero su muerte es preciosa á los ojos de Dios, y los Ángeles llevan su alma á aquel lugar de paz y de alegría, á donde las almas santas, libres de las ataduras del cuerpo, y exentas de toda miseria, reposan con Abraham, como los hijos entre los brazos y en el seno de su padre. Y ¿no se creeria Lázaro entre las manos de los Ángeles, y seguro de su felicidad eterna, bien pagado de todo lo que habia sufrido? ¿Hubiese él entonces querido haber sido dichoso en la tierra, y ser condenado? El rico no le sobrevivió mucho tiempo. La muerte vino en medio de sus dias mas floridos á concluir aquella vida tan deliciosa. Muere el rico. Aquel cuerpo tan acostumbrado á los placeres, alimentado en el lujo y en la molicie, es dado como presa á la podredumbre y á los gusanos, al mismo tiempo que el alma, hasta entonces esclava de los sentidos y del cuerpo, es precipitada en el infierno para ser eternamente presa de las llamas. ¡Qué sorpresa! pero ¡qué rabia y qué desesperacion, pasar en un momento de la prosperidad mas brillante, del estado mas floreciente, de la region de las delicias á la region de las tinieblas y del llanto, al centro de la desolacion, á los fuegos eternos, á la estancia de todos los suplicios! Desde lo profundo de los infiernos

aquel desgraciado vió en espíritu al patriarca Abraham, y á Lázaro que brillaba como el sol, al lado de este Patriarca. Este espectáculo redobló sus penas y su desesperacion. En medio de la fuerza de sus tormentos se dirigió á Abraham, y con gritos lamentables, hijos del dolor mas vivo y de la desolacion mas cruel, le hizo esta súplica: Padre Abraham, que me veis en este lastimoso estado, tened compasion de mí, y enviadme á Lázaro, á fin de que mojando la punta de su dedo en agua, me deje caer una gota en la lengua que tengo penetrada toda de fuego. No negueis este pequeño consuelo á un desgraciado que en medio de estas llamas crueles sufre dolores inconcebibles. Se desprecian los pobres en este mundo; apenas hay quien se digne fijar en ellos la vista; un rico creeria deshonrarse si se detuviese á conversacion con un pobre; en la otra vida los que fueron mas dichosos en el siglo mendigan sus sufragios, piden sus ruegos, envidian su fortuna, y querrian estar en lugar de aquellos á quienes han despreciado tanto. Hijo mio, le respondió Abraham, acuérdate que mientras has vivido has disfrutado del placer, y que por el contrario Lázaro ha estado siempre sufriendo. Ahora se ha cambiado esta escena: una alegría que nada puede alterar, una felicidad llena, pura y satisfactoria, es el patrimonio de este pobre que has despreciado con tanta dureza; y el tuyo es la reunion de todos los tormentos imaginables, sin que tengas que esperar jamás de él el menor consuelo. No hay comercio alguno de caridad entre los elegidos y los réprobos; toda comunicacion les está entredicha. Vosotros ardeis y ardereis para siempre, sin que nunca recibais el menor refrigerio. Á lo menos, replicó el rico desgraciado, os suplico que le envieis á la casa de mi padre para que avise á mis cinco hermanos del deplorable estado en que me hallo, á fin de impedir que vengan á arder conmigo en este lugar de tormentos, donde sus suplicios aumentarian los mios, pues que su triste suerte seria el fruto de mis malos ejemplos. Tienen, dijo Abraham, los libros de Moisés y de los Profetas, y esto les basta; no tienen que hacer mas que lo que estos maestros les enseñan; que los escuchen, y se salvarán. No, repuso aquel desgraciado, con ese solo socorro no se harán mas sabios; mas si va á visitarlos algun muerto y les representa lo que se sufre en este lugar de suplicios, se espantarán y se convertirán. Te engañas, respondió Abraham. Si no quieren oir la voz de Dios, ¿creerán mas á la voz de un fantasma? Y si los hombres han llegado hasta despreciar las divinas Escrituras, ¿deferirán mejor al testimonio de los muertos?

Si esta relacion no contiene una historia verdadera, como lo creo

san Ireneo, san Ambrosio, Tertuliano y san Gregorio el Grande, no se puede negar al menos que el discurso del mal rico con Abraham no sea una parábola por la cual el Salvador ha querido hacernos una pintura sensible de los crueles pero inútiles sentimientos que tienen los condenados en la otra vida, y al mismo tiempo enseñarnos que no debemos esperar instrucciones de nuestros deberes por caminos extraordinarios, sino por la revelacion de las verdades que él nos ha hecho conocer en sus Escrituras. En efecto, ¿qué podrian decirnos los muertos vueltos del otro mundo, que no hallemos en el Evangelio? No busquemos fuera de nosotros mismos el orígen de nuestra impenitencia. Sabemos bien lo que debemos hacer y lo que debemos temer; no hay, pues, que instruir al entendimiento; lo que se necesita es domar un corazon rebelde.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta nobis, quaesumus, Domine, auxilium gratiae tuae: ut jejuniis et orationibus convenienter intenti, liberemur ab hostibus mentis et corporis. Per Dominum...

Concedednos, Señor, los auxilios de vuestra gracia para que aplicándonos, como debemos, á los ayunos y á la oracion, seamos libres de los enemigos de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo XVII *de la profecía de Jeremías.*

Haec dicit Dominus Deus: Maledictus homo, qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et à Domino recedit cor ejus. Erit enim quasi myricae in deserto, et non videbit cum venerit bonum; sed habitabit in siccitate in deserto, in terra salsuginis et inhabitabili. Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Et erit quasi lignum quod transplantatur super aquàs, quod ad humorem mittit radices suas, et non timebit cum venerit aestus. Erit folium ejus viride, et in tempore siccitatis non erit sollicitum, nec aliquando desinet facere fructum. Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud? Ego Dominus scrutans cor, et probans renes: qui do unicuique juxta viam suam, et juxta fructum adinventionum suarum: dicit Dominus omnipotens.

Esto es lo que ha dicho el Señor: Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazon se retira del Señor. Será semejante al tamariz que está en el desierto; no experimentará nunca el bien, sino que habitará en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal é inhabitable. Dichoso el hombre que pone su confianza en el Señor, y de quien el Señor hace la esperanza. Será semejante á un árbol trasplantado á la orilla de las aguas, que extiende sus raíces á favor de su humedad, y que no teme cuando llegare el calor del estío. Su hoja estará siempre verde, y ningun incómodo sentirá en el tiempo de la sequedad, ni dejará nunca de dar fruto. El corazon de todos los hombres está corrompido; es impenetrable; y ¿quién es capaz de conocerle? Yo, que soy el Señor, que sondeo los corazones y que distingo los afectos; que doy á cada uno segun su conducta, y conforme al fruto de sus pensamientos y de sus obras, dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre. No es extraño que haya tantos desgraciados en el mundo; no lo es tampoco el ver aun todos los dias esas revoluciones tan súbitas de familias que veia ya el Profeta en su tiempo. Yo he visto, decia, un hombre muy desreglado en sus costumbres, muy irregular en su conducta, un hombre que teniendo poca religion, apoyándose en un brazo de carne y retirando su corazon del Señor, que no se apoyaba mas que en la proteccion de los grandes, en el número de sus amigos, en su habilidad, en sus talentos, en su industria, é importándole poco el auxilio del cielo, ponia toda su confianza en el hombre; yo he visto á este hombre brillando en la prosperidad, elevado como los cedros del Líbano, colocado en el mas alto grado de fortuna. Todo se le reia, todo le prosperaba, todo le prometia una continuacion de dichas sin medida; pero ¡ah! no hice mas que pasar, y ya no existia. Aquel grande y soberbio coloso habia caido en un instante, y aquella preciosa masa, aquel ídolo de la felicidad humana trabajado con tanto arte, elevado con tantos resortes y tanto trabajo, sostenido por tantos apoyos, afirmado, al parecer, contra la violencia de todas las tempestades, se ha desmoronado, se ha hecho pedazos, ha sido reducido á polvo en un abrir y cerrar de ojos, y aquel dichoso del siglo ha desaparecido con tanta precipitacion, que no he podido ni aun encontrar el lugar que ocupaba. Tal es la suerte de esos dichosos mundanos, de esos artífices de su fortuna. Hé aquí el hombre que no ha tenido necesidad del auxilio del cielo: él ha confiado en el favor de los grandes, en la multiplicidad de sus recursos, en la grandeza de sus riquezas, débiles apoyos, brazos de carne, fundamentos caducos. ¿Quién no hubiese creido que aquella familia estaba al abrigo de todas las borrascas, que era superior á todas las revoluciones de los tiempos? Las herencias se apoyaban sobre la vida de un tan gran número de herederos; las sustituciones iban, por decirlo así, mas allá de los siglos; los tesoros se acumulaban diariamente; las nuevas posesiones que se adquirian todos los dias, aseguraban una fortuna que no debia jamás envejecer, y aumentaban los títulos. Los piés de barro de una estatua compuesta de tantos metales (bella figura de la confianza que se pone en el hombre) han faltado; no ha sido necesario mas que una pequeña piedra para trastornarle, para reducir á polvo aquel coloso. Aquella fortuna extraordinaria, tan prontamente hecha, no ha pasado á la segunda generacion; se han

visto caer aquellos cedros al primer golpe de viento; se han visto pobres los hijos de un padre tan rico. Todo brazo de carne se enflaquece; todo edificio sobre arena tarde ó temprano se conmueve, se desmorona. En vano se toman las medidas mas justas; se cimenta el edificio por todo género de medios; se multiplican los lazos que estrechan y que unen; solo Dios es superior á todas las revoluciones; solo Dios es el que eterniza y asegura la prosperidad. Dichoso el que ha puesto en Dios toda su confianza. (*Psalm.* XXXIX). Los que ponen su confianza en el Señor, son incontrastables como la montaña de Sion. (*Psalm.* CXXIV). Sabed, dice el Sabio, que ninguno de los que han esperado en el Señor ha sido confundido en su esperanza. (*Eccli.* II). Cualquiera que pone su confianza en el hombre, dice Isaías, la pone en la nada. Por mas que se lisonjee y se prometa una continuacion de prosperidades; error, vanidad, mentira. Desgraciado del que se apoya en un brazo de carne.

El Evangelio de la Misa es tomado de san Lucas, del capítulo XVI.

In illo tempore: Dixit Jesus Pharisaeis: Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso: et epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat; sed et canes veniebant, et lingebant ulcera ejus. Factum est autem ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis in sinum Abrahae. Mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno. Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham à longe, et Lazarum in sinu ejus: et ipse clamans, dixit: Pater Abraham, miserere mei, et mitte Lazarum, ut intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma. Et dixit illi Abraham: Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala: nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris. Et in his omnibus, inter nos et vos chaos magnum firmatum est: ut hi, qui volunt hinc transire ad vos,

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: Habia un hombre rico que se vestia de escarlata y de finísimo lienzo, y diariamente tenia magnífica mesa. Habia tambien un pobre llamado Lázaro, que estaba tendido á su puerta cubierto de llagas, el cual se hubiera contentado para saciar su hambre con las migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; y solo los perros se le acercaban y lamian sus úlceras. Sucedió, pues, que murió el mendigo, y fue llevado por los Ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno. Levantando, pues, sus ojos cuando estaba en los tormentos vió de léjos á Abraham y á Lázaro en su seno, y exclamó: Padre Abraham, compadeceos de mí, y enviad á Lázaro, para que metiendo la punta de su dedo en agua refrigere mi lengua, porque estoy cruelmente atormentado en este fuego. Hijo mio, le dijo Abraham, acuérdate que has sido colmado de bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro ha sufrido muchos males; ahora, pues, él está lleno de regocijo, y tú sufres. Además de todo esto, hay entre vosotros y nosotros un espacio muy vasto, de suerte que no es posible ni el ir ninguno desde aquí á vosotros, ni de vosotros aquí. Padre, dijo entonces el rico, yo te ruego que le

non possint, neque inde huc transmeare. Et ait: Rogo ergo te, Pater, ut mittas eum in domum patris mei. Habeo enim quinque fratres, ut testetur illis, ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum. Et ait illi Abraham: Habent Moysen, et Prophetas: audiant illos. At ille dixit: Non, Pater Abraham; sed si quis ex mortuis ierit ad eos, poenitentiam agent. Ait autem illi: Si Moysen et Prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.

envíes á casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos y quiero les avise á fin de que no vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moisés y los Profetas, le dijo Abraham; óiganlos. No, padre mio Abraham, repuso el rico, porque si volviese á ellos alguno de los muertos, harán penitencia. Contestóle por último Abraham: Si no oyen á Moisés y los Profetas, tampoco creerán aun cuando cualquiera de los muertos resucitare.

MEDITACION.

Del infierno.

Punto primero.—Considera que á fuerza de oir hablar del infierno, nos acostumbramos insensiblemente á esta palabra y á lo que significa, y de aquí es, que no nos conmueve ni aun nos espanta. Hay un infierno; y algunos de mis parientes, algunos de mis amigos, muchos conocidos mios, están ahora sumidos en aquellos estanques de fuego, en aquel centro de todos los suplicios, donde están condenados y saben que lo están por toda la eternidad. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, poder concebir qué tormento es el perderle sin esperanza de volverle á poseer. Esta pérdida nos interesa poco al presente, pero se juzga de ella muy de otra manera cuando efectivamente se ha verificado. Pensar eternamente que ha habido un Redentor, y que yo no he querido aprovecharme del precio de la redencion; pensar hasta qué punto me ha amado Jesucristo, y pensar que no puedo amar ya á Jesucristo, ni ser ya jamás amado de él. ¡Ó cruel memoria! ¡Ó suerte, ó desgracia incomprensible!

Yo estoy condenado, dice un réprobo; yo que tenia tantas razones y tantos medios para ser del número de los elegidos. ¡Yo estoy condenado, yo que he sido tan distinguido sobre la tierra por mi nacimiento, por mis empleos, por mis riquezas, por mis talentos, y me veo confundido con todos los malvados, y la mas vil y mas infame canalla del universo! Yo que he sido alimentado en las delicias, y que no amaba mas que el placer, me veo condenado á un fuego eterno; todos los tormentos son mi herencia, y el infierno mi habitacion por toda la eternidad. ¡Ó Dios! ¡y no nos sobrecogemos so-

bre el porvenir! ¡y nos dejamos fascinar por lo presente! ¡y no pensamos cuál será nuestra suerte en la otra vida!

Pensar eternamente en el bien infinito que se ha perdido, en los males innumerables en que uno se ha precipitado, en los medios fáciles y frecuentes que uno tenia para evitarlos. Tener sin cesar delante de los ojos la vanidad y la poca duracion de todo lo que nos ha separado de Dios; las dulzuras inefables que hubiéramos hallado en su servicio; las penas reales que se han sufrido, aun para condenarse; la diferencia infinita de las que nos habrán retraido de la virtud, y las penas que se sufren en medio de aquellas llamas; *la diferencia* entre la duracion imperceptible de algunos insípidos placeres criminales, y la duracion eterna de las penas que les siguen; tener eternamente en el entendimiento el pensamiento de la espantosa eternidad, sin poder jamás apartarle ni un solo momento: ¡qué suplicio, buen Dios! ¡qué rabia! ¡qué desesperacion! ¿Comprendo yo bien todo esto? y si lo comprendo, ¿cómo puedo yo hallar gusto en los placeres? ¿cómo puedo vivir en el pecado y dilatar el hacer penitencia?

Punto segundo. — Considera que después de haber sufrido un condenado en aquellas prisiones de fuego un transcurso incomprensible de tiempo, todo ello no será, por decirlo así, ni un instante de la eternidad. El tiempo habrá arruinado las casas que hubiéreis edificado, habrá destruido las ciudades que os habrán visto nacer, trastornado los Estados en que hubiéreis vivido, el fin de los siglos habrá sepultado el universo en sus propias cenizas; habrán aun pasado después del fin del mundo tantos millones de siglos como momentos habrá durado el mundo, y todavía no habrá pasado nada de esta eternidad espantosa. Después de todas las revoluciones de los siglos y de millones de siglos; después de esta duracion inmensa, inimaginable de tiempo en la cual se pierde el entendimiento, *si habeis* sido condenados, tendréis tanto que sufrir como teníais *en el* primer momento que habeis sido hundidos en aquellas llamas. ¡Eternidad, eternidad! ¡incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte y vivir un solo momento en el pecado? ¿y diferir un medio dia, un solo instante su penitencia? ¿Y se mira después de esto como un acto muy heróico cuando un príncipe desciende de su trono para irse á sepultar en un desierto, ó deja su palacio para pasar sus dias en el claustro? Es sin duda un acto muy generoso, es una accion grande, es un acto de virtud de un gran mérito; pero si concebimos lo

que es la eternidad desgraciada, lo que es un infierno, no hallarémos de admirable en este hecho sino lo raras que son estas virtudes en el Cristianismo. Desgraciadas víctimas de la cólera del Omnipotente, vosotras no solo haréis estas tristes y aterradoras reflexiones, sino que las experimentaréis todos los momentos, y en cada momento durante esta eternidad inconmensurable. Abismos de fuego inextinguible, encendidos por la omnipotencia de Dios para castigar al pecador; infierno, caos infinito de tormentos eternos, ¿puede concebirse que seas tú objeto de nuestra fe y que vivamos en la impenitencia? Hé aquí lo que no creen esas personas que viven tranquilamente en la molicie y en el pecado. Esa mujer mundana para quien el mundo es un ídolo, ¿cree los espantosos suplicios del infierno? Esos libertinos, cuya vida es un encadenamiento de pecados, que se mofan de las prácticas mas santas de la piedad, que se burlan del infierno mismo y de los que le temen, esos libertinos ¿creen el infierno? Esas gentes de placeres, que pasan su vida en un continuo olvido de Dios, que no tienen mas que una ligera superficie de Religion, todas esas gentes ¿creen el infierno y la eternidad de sus penas?

¡Ah, Señor! imprimidme una idea tan viva de esta tan terrible verdad, que jamás mientras me dure la vida pierda de vista el infierno para no conocerle después de mi muerte, mediante vuestra santa gracia.

Jaculatorias.—Penetrad mi carne de vuestro temor, ó Dios mio, á fin de que esté mas en estado de evitar vuestros terribles juicios. (*Psalm.* CXVIII).

¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorante? ¿quién podrá subsistir entre las llamas eternas? (*Isai.* XXXIII).

PROPÓSITOS.

1 Hay un infierno, esto es, un lugar destinado por la omnipotencia de Dios para atormentar eternamente con el fuego y con todos los suplicios posibles á los ángeles rebeldes, y á todos los que mueren en desgracia de Dios, es decir, en pecado mortal. Estos suplicios no deben nunca tener fin, ni los condenados tener jamás ningun alivio. Muchos conocidos mios con quienes he vivido están al presente en el infierno. Muchos de los que ahora viven conmigo tendrán la desgracia de ser condenados, y yo seré de este número si muero en pecado. Hé aquí lo que muchos grandes Santos se decian

á sí mismos cuási todas las horas del dia. Tened tambien vosotros la misma práctica.

2 Hay un infierno: no hagais nada, no digais nada, no emprendais nada, que no lo ajusteis, por decirlo así, á este pensamiento. Decíos á vosotros mismos en estas ocasiones: ¿No hay nada en este proyecto, en este designio, en este negocio, en esta diversion, en este comercio, que deba costarme el infierno? y ¿qué me serviria el haber salido bien en todas mis empresas, si soy condenado? Luego que sepais la muerte de alguno, pensad inmediatamente que el mundo ha concluido para él; que ha entrado en la eternidad: yo quiero creer que Dios le haya tratado con misericordia y que se ha *salvado*; pero ¿y si se ha condenado? Haced muchas veces estas reflexiones, porque son muy útiles.

VIERNES SEGUNDO DE CUARESMA.

El intróito de la misa de este dia está tomado del último versículo del salmo xvi: Por lo que á mí toca, me presentaré siempre puro delante de Vos, y no estaré plenamente contento hasta que os viere perfectamente glorificado: ó segun otra version, hasta que me colocáreis en vuestra gloria. De este modo concluye David este salmo, que compuso durante la cruel persecucion de Saul, y al cual se ha dado por título, *Oracion de David,* porque este Profeta pide en él á Dios con una confianza y con un fervor particular, y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja en él vivamente de la injusticia de sus perseguidores y de las calumnias de que se le carga. Seguro de su inocencia, apela al soberano Juez, y le toma por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo; calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, á pesar de la multitud de sus beneficios y de la evidencia de su inocencia. Sobre todo conviene al oficio de este dia, que nos representa, si bien bajo de dos figuras distintas, al Hijo de Dios maltratado y rechazado por los hombres á quienes habia sido enviado por el eterno Padre. La una de estas figuras está tomada en el Génesis de la persona de José, hijo muy querido del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos, y vendido por ellos á los egipcios: la otra en el Evangelio, en donde se refiere la parábola del hijo de un padre de familias, que habiendo enviado á su propio hijo, el heredero del reino, á unos vasallos rebeldes, le vió todavía

mas maltratado que todos sus favoritos, á quienes les habia enviado antes para traerlos á su deber. La historia de José, figura de Jesucristo, es el asunto de la Epístola.

José, el mas jóven de los hijos de Jacob y de Raquel, fue entre todos sus hermanos el que su padre amó mas, no solo porque le habia tenido en su vejez, y era el mas bien formado de todos sus hijos, sino principalmente á causa de su modestia, de su dulzura y de su sabiduría, que era muy superior á su edad. Esta prediccion excitó contra él la envidia y el odio de sus hermanos, que se aumentó por algunos sueños que José les contó en presencia de su padre, y con motivo de una vestidura que el santo viejo le habia hecho de lino fino y de varios colores, lo cual no habia hecho jamás con ninguno de sus hermanos. José habia soñado que atando con ellos las gavillas en tiempo de la cosecha, su gavilla estaba derecha, y las de ellos se inclinaban delante de ella como para adorarla: en otra ocasion creyó ver en sueño el sol, la luna y once estrellas que bajaban del cielo á la tierra, y se postraban delante de él como para rendirle homenaje. En toda la narracion que hizo de estas visiones, se echa de ver el candor y la inocente simplicidad de José, que sin recelarse de la mala voluntad de sus hermanos, les cuenta sencillamente unos sueños, cuyo sentido comprendieron demasiado, y que no podian menos de agriarlos mas cada dia contra él. Aunque Jacob reconoció en estos sueños alguna cosa misteriosa y sobrenatural, previendo, sin embargo, el mal efecto que esta narracion podia producir en unos corazones envidiosos, y ya ulcerados, de los que no salian en todas las ocasiones que se ofrecian mas que palabras duras, le reprendió, censurando su pequeña presuncion, si tal vez llegaba á creer que su madre, sus hermanos y él debiesen honrarle algun dia como á su señor y su dueño. Como la madre de José murió antes de su elevacion, san Agustin hace ver que estos sueños, tomados en el rigor de la letra, no se cumplieron perfectamente en José, sino solo en la persona de Jesucristo, de quien José era la figura. Sus hermanos llevaron mas léjos su odio; resolvieron, pues, deshacerse de él para librarse de un censor enfadoso, que segun parece alguna vez les habia desacreditado contándole á su padre sus malas costumbres. Bien pronto se les presentó la ocasion. Un dia en que Jacob le habia enviado para que le trajese noticias de ellos, no bien advirtieron que venia, cuando despertándose su envidia y su ojeriza se propusieron matarle: se cree que Simeon fue el primero de este parecer; así fue tambien él castigado despues en su familia y en su per-

sona. Ellos hubieran ejecutado su pernicioso designio, si Ruben no les hubiese apartado de él por sus ruegos y sus amonestaciones. No pudiendo quitársele de entre las manos, les aconsejó que le echasen en una cisterna vieja; era una especie de pozo, abierto en medio de la campaña, que estaba entonces seco, y en donde reuniéndose las aguas de las lluvias y de las nieves derretidas servian durante los grandes calores para dar de beber al ganado, y apagar la sed los pastores: el designio de Ruben era dejar pasar el primer fuego de la cólera de sus hermanos, concediendo alguna cosa á sus arrebatos, y después sacar á José de la cisterna, y volverle á su padre. Siguieron, en efecto, su parecer; el jóven José fue echado en el pozo, sin que les enterneciesen ni sus gemidos ni sus lágrimas. A muy poco le sacaron de allí para venderle á unos mercaderes ismaelitas ó árabes, segun el texto Hebreo, que venian de Galaad con sus camellos cargados de resina, de mirra, de bálsamo y de todo género de aromas, que llevaban á Egipto, y recibieron por él veinte siclos, esto es, cerca de treinta libras de nuestra moneda, ó segun algunos ejemplares antiguos, treinta piezas de plata: *Triginta argenteis;* que es el precio en que debia ser vendido Jesucristo, del que José era figura. Estos mercaderes le vendieron en Egipto á Putifar, jefe de la milicia, ó capitan de los guardias de Faraon, el cual viendo que su esclavo nada tenia de servil en sus costumbres, y descubriendo en él cierto aire de nobleza y mucho fondo de sabiduría y de probidad en sus palabras, en sus maneras y en toda su conducta, descargó en él el cuidado de su casa, de la cual le dió la superintendencia. Nadie ignora los acontecimientos de José, la calumnia con que fue ennegrecido, su prision, de donde no salió sino para llegar á ser el señor de todo Egipto. ¿Qué figura mas semejante de los malos tratamientos que el Salvador ha recibido de los judíos, que los que recibió José de sus hermanos, y qué figura tampoco mejor marcada del triunfo de Jesucristo que el de José? La malignidad del corazon humano y la envidia de un espíritu de partido parece durante algun tiempo que triunfan por algunos sucesos engañosos, y como que se turba toda la economía de la Providencia, y ésta misma divina Providencia se sirve de sus pretendidos triunfos para llegar á sus fines. La inhumanidad, la barbarie de los hermanos de José son los caminos de que Dios se sirve para hacerle subir al trono, así como el horrible deicidio de los judíos ha sido el medio de que Jesucristo se ha servido para manifestar á toda la tierra su divinidad.

El Evangelio de la misa de este dia tiene una relacion perfecta con

la Epístola. Acababa el Hijo de Dios de echar en cara á los judíos los malos tratamientos que habian hecho á todos aquellos que Dios les habia enviado para convertirles y para instruirles, cuando les contó una parábola que era la verdadera imágen del indigno comportamiento que debian tener con él mismo, con el cual iban á poner el sello á su reprobacion.

Habiendo un padre de familias, les dijo, plantado una viña, la circundó con un seto, hizo en ella un lagar, y edificó una torre; después arrendó su viña á unos viñadores, y emprendió un viaje á un país muy remoto, en donde permaneció mucho tiempo. Esta viña que el padre de familias habia puesto en estado de recibir el cultivo, y de dar mucho fruto, es la Sinagoga ó la nacion judía, que Dios habia elegido para que fuese su pueblo favorito, á quien habia dado su ley y provisto de todas las cosas necesarias para que diese frutos de justicia en abundancia. Los judíos eran los viñadores por quienes debia ser cultivada, ó mas bien los que debian cultivarse á sí mismos por la observancia de la ley y la práctica de las virtudes que esta misma ley les prescribia. El padre de familias se habia alejado después de haber alquilado su viña, esto es, que Dios habia dado á su pueblo todo el tiempo necesario para hacer valer este fondo, y juntar los frutos que debia exigirles de su cultura. La cerca que debia defenderle de los animales y de los pasajeros eran sus mandamientos, que bien observados la defendian del contagio del mal ejemplo de las naciones extranjeras. Habia edificado un lagar y una torre, esto es, su templo y su altar, que debian ponerla á cubierto de todo insulto. Nada le faltaba á esta viña para llegar á ser muy fértil. ¿Qué he debido hacer por mi viña, dice el Señor, que no haya hecho? y esto por espacio de muchos siglos. Llegado el tiempo de recoger los frutos de la viña, envió el padre de familias sus criados á los viñadores para que se los pagasen: mas los viñadores en lugar de recibirlos con honor, como enviados de su señor, se apoderaron de ellos, los trataron con la mayor infamia, hiriendo á unos, matando á otros, aporreando á muchos. El padre de familias envió todavía otros criados en mayor número que los primeros, y tampoco fueron mejor tratados. Estos siervos del propietario que han venido á exigir los frutos son los profetas que Dios ha enviado en diversos tiempos á los judíos, y que ellos han maltratado y muerto, como Isaías, Jeremías, Zacarías y otros en mayor número que se llaman profetas menores, y que han sucedido á los mayores. En fin, el padre de familias, continúa el Salvador, sabiendo con qué desprecio y crueldad

habian tratado los viñadores á sus criados, resolvió enviarles la persona mas amada que tenia, esto es, su hijo único, esperando que tendrian á lo menos respeto al heredero, que por lo mismo era su señor; pero se engañó en su esperanza. Aquellos desdichados viendo venir al hijo único de su señor, sin que les quedase duda de que era él, resolvieron matarle con la idea de hacerse dueños de sus bienes, y mantenerse en posesion de su viña. En efecto, habiéndole aprehendido, le echaron fuera de la viña, y le asesinaron. Cuando viniere, pues, el dueño para castigar aquellos rebeldes y asesinos, les dice el Salvador, ¿con qué pena pensais que los castigará? Entonces exclamaron todos que no habia bastantes suplicios para castigar unos atentados tan horribles, y que no dejaria de hacer en ellos un castigo ejemplar; que era muy claro que alquilaria su viña á otros viñadores que observasen una conducta muy diferente, y que le pagasen sus frutos á su debido tiempo. Se cree que fueron los sacerdotes los que dieron esta respuesta, y Jesucristo confirmándola les dió bastante á entender que habian pronunciado esta sentencia contra sí mismos. Era difícil no reconocerse en este retrato. Porque ¿quién no ve que los judíos estaban visiblemente designados por los viñadores, y Jesucristo por la persona del hijo único? El sentido de esta parábola fue muy pronto aclarado y probado, cuando á pesar de las pruebas que los sacerdotes y los fariseos tenian de la divinidad del Hijo de Dios y de su cualidad de Mesías, le condenaron á muerte, á fin de permanecer como señores entre el pueblo, y de conservar su crédito en la Sinagoga. Jesucristo fue arrojado de su viña cuando fue conducido fuera de Jerusalen para ser crucificado: la analogía es del todo exacta. En fin, la sentencia fulminada por los mismos judíos contra los viñadores se ha verificado por la reprobacion de los judíos y por la vocacion de los gentiles. ¡Qué equitativo es Dios en sus juicios, pues que fuerza á sus enemigos á que se hagan justicia, y que ellos mismos pronuncien el decreto de su condenacion! Ellos conocian bien dentro de su conciencia que toda esta parábola hacia relacion á ellos; así que añadieron, dice san Lucas, esta súplica: *Absit;* no permita Dios que nos suceda tal cosa; Dios nos guarde de una desgracia semejante. Sin embargo, el Salvador, que echándoles en cara su crímen, estaba siempre animado del deseo de su salvacion, les trajo á la memoria un pasaje de la Escritura que venia admirablemente á su asunto. Era este aquel en que el Profeta, representándonos la Iglesia bajo la figura de un gran palacio que Dios ha construido con sus propias manos, dice que la piedra que ha sido

desechada por los que edificaban, es con la que se ha formado la punta del ángulo que reune todo el edificio. Como si dijese el Salvador: Vosotros me habeis rechazado como inútil, habeis despreciado mi persona y mi doctrina; pero el Señor se burlará de vuestra mala eleccion; él sabrá colocarme en el ángulo del edificio; yo llegaré á ser la piedra de enlace que reunirá entre sí los dos muros: esto es, el judío y el gentil en una misma ley, como dice san Pablo, la Sinagoga y la Iglesia. Esta piedra del ángulo es Jesucristo, fundamento incontrastable de la Iglesia. Los arquitectos que la han rechazado son los escribas y fariseos, que han impedido que los judíos estableciesen su fe y su confianza en el Mesías.

Era fácil la aplicacion de este discurso; pero los doctores de la ley eran demasiado orgullosos para que se condenasen á sí mismos, y por tanto se vió Jesús obligado á decirles abiertamente: A vosotros es á quien se dirige todo este discurso; y os aseguro que en castigo del desprecio que haceis de las gracias del cielo, el reino de Dios que hasta aquí ha estado entre vosotros, no lo estará ya mas, y se os quitará, tanto porque vuestra ley y vuestro sacerdocio serán abolidos, como porque vosotros no tendréis parte en los bienes de la ley de gracia (era principalmente á los fariseos y á los sacerdotes á quienes Jesús hablaba): vosotros seréis privados de la luz del Evangelio; esta será llevada á los gentiles, y la Sinagoga quedará enteramente destruida. Los bienes espirituales que yo pensaba derramar sobre vosotros, serán transportados á otros mas reconocidos y mas fieles. Por fin, el Salvador concluyendo este importante discurso, sabed, les dijo con un tono de maestro, sabed que el que cayere sobre esta piedra se hará pedazos, esto es, aquellos que continuaren en despreciarme, y que rehusaren reconocerme; esos espíritus incrédulos, orgullosos, para quienes mi cruz será un escándalo, mi doctrina una locura; esos hombres que no tendrán otro espíritu que el del mundo, y que chocarán contra mí en su ceguera, serán hechos pedazos, perdidos, reprobados: y esta misma piedra aplastará á aquellos sobre quienes cayere, esto es, en el juicio último en el que mi brazo omnipotente se agravará sobre todos los pecadores, y les hará sentir todo el peso de mi indignacion y de mi cólera. Esta parábola no solo mira á los judíos: ninguno de nosotros hay que no pueda hallar en ella un fondo de instrucciones saludables y un motivo de confusion. Todos tenemos una viña, por decirlo así, que cultivar, esta es nuestra alma. Dios por el Bautismo la ha puesto en estado de rendir en lo sucesivo mucho fruto: ¡qué de socorros para

ello en los Sacramentos, en los ejercicios de piedad, en la oracion! las instrucciones no nos han faltado. Dios no ha dejado de enviarnos sus siervos; ¡qué celosos predicadores! ¡qué sábios y santos directores! ¡qué inspiraciones tan fuertes! ¡qué lecciones tan saludables en los libros de piedad y en los buenos ejemplos! todo esto lo ha despreciado y hecho inútil nuestra malicia. Jesucristo mismo ha venido realmente á nosotros en la Eucaristía; pero ¿ha sido mejor recibido? ¿por cuántas comuniones sacrílegas no ha visto renovar en este adorable Sacramento los oprobios de su pasion y de su muerte ignominiosa? Temamos que Dios cansado por nuestras infidelidades, y justamente irritado, nos repruebe, y dé á otros mas reconocidos y mas fieles la recompensa y los bienes espirituales que nos habia destinado.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut sacro nos purificante jejunio, sinceris mentibus ad sancta ventura facias pervenire. Per Dominum...

Haced, os rogamos, ó Dios omnipotente, que purificados por el sagrado ayuno, podamos celebrar las próximas fiestas con la fidelidad de un corazon sincero. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo XXXVII *del libro del Génesis.*

In diebus illis: Dixit Joseph fratribus suis: Audite somnium meum, quod vidi: putabam nos ligare manipulos in agro: et quasi consurgere manipulum meum, et stare, vestrosque manipulos circumstantes adorare manipulum meum. Responderunt fratres ejus: Numquid rex noster eris? aut subjiciemur ditioni tuae? Haec ergo causa somniorum atque sermonum, invidiae et odii fomitem ministravit. Aliud quoque vidit somnium, quod narrans fratribus, ait: Vidi per somnium, quasi solem, et lunam, et stellas undecim adorare me. Quod cum patri suo, et fratribus retulisset, increpavit eum pater suus, et dixit: Quid sibi vult hoc somnium quod vidisti? num ego, et mater tua, et fratres tui adorabimus te super terram? Invidebant ei igitur fratres sui: pater vero rem tacitus considerabat. Cumque fratres illius in pascendis gregibus patris morarentur in Sichem, dixit

En aquellos dias, dijo José á sus hermanos: Escuchad el sueño que he tenido: parecíame que estábamos todos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla como que se elevaba y estaba derecha, mientras que las vuestras rodéandola la adoraban. Dijéronle sus hermanos: ¿Qué acaso serás tú nuestro rey, ó es que hemos de estar sujetos á tu imperio? Estos sueños y estos discursos dieron pábulo á la envidia y al odio de sus hermanos. Otro sueño tuvo todavía, el cual contó tambien á sus hermanos: Ví, les dijo, entre el sueño, el sol, la luna y once estrellas que se postraban delante de mí. Y habiendo referido este sueño á sus hermanos y á su padre, este le reprendió y le dijo: ¿Qué quiere decir ese sueño que has tenido? ¿acaso yo, tu madre y tus hermanos te hemos de adorar sobre la tierra? Así es que sus hermanos habian concebido una violenta envidia contra él, mas su padre consideraba todo esto en silencio. Un dia que los hermanos de José estaban

ad eum Israël: Fratres tui pascunt oves in Sichimis: veni, mittam te ad eos. Quo respondente, Presto sum, ait ei: Vade, et vide si cuncta prospera sint erga fratres tuos, et pecora, et renuntia mihi quid agatur. Missus de valle Hebron, venit in Sichem: invenitque eum vir errantem in agro, et interrogavit quid quaereret. At ille respondit: Fratres meos quaero: indica mihi ubi pascant greges. Dixitque ei vir: Recesserunt de loco isto: audivi autem eos dicentes: Eamus in Dothain. Perrexit ergo Joseph post fratres suos, et invenit eos in Dothain. Qui cum vidissent eum procul, antequam accederet ad eos, cogitaverunt illum occidere: et mutuo loquebantur: Ecce somniator venit: venite, occidamus eum, et mittamus in cisternam veterem, dicemusque: Fera pessima devoravit eum: et tunc apparebit quid illi prosint somnia sua. Audiens autem hoc Ruben, nitebatur liberare eum de manibus eorum, et dicebat: Non interficiatis animam ejus, nec effundatis sanguinem; sed projicite eum in cisternam hanc, quae est in solitudine, manusque vestras servate innoxias: hoc autem dicebat, volens eripere eum de manibus eorum, et reddere patri suo.

en Sichem, donde guardaban los rebaños de su padre, Israel dijo á José: Tus hermanos están en Sichem con nuestros rebaños; ven y te enviaré á ellos. Pronto estoy, dijo José. Vé, y mira si tus hermanos se portan bien, y si los ganados están en buen estado, y vuelve á decirme lo que hay. Partió, pues, José del valle de Hebron á Sichem. Habiéndose extraviado en la campiña, le encontró un hombre, y le preguntó qué era lo que buscaba. Busco á mis hermanos, respondió; díme, te ruego, dónde apacientan los rebaños. Díjole, pues, aquel hombre: Se han ido de este sitio; mas les oí decir: Vamos á Dothain. Fuése luego José en busca de sus hermanos, y los halló en Dothain. Apenas percibieron que venia á lo léjos, antes que llegase formaron el designio de matarle, y se dijeron los unos á los otros: Ya viene el soñador; venid, matémosle, y echémosle en esa cisterna vieja, y dirémos que una fiera pésima le ha devorado, y entonces verémos de qué le han servido sus sueños. Mas habiendo oido esto Ruben, buscaba el medio de librarle de sus manos, y al efecto les decia: No le quiteis la vida ni derrameis su sangre; echadle en esa cisterna que está en el desierto, y conservad vuestras manos puras: esto lo decia con el objeto de librarle de sus manos y volverle á su padre.

REFLEXIONES.

Estos discursos dieron pábulo al odio y á la envidia que ya le tenian sus hermanos. Apenas se encuentran la una sin la otra estas dos malignas y bajas pasiones; las dos nacen de un mismo principio, el odio sigue á la envidia; y como tienen el mismo principio, tienen tambien el mismo motivo, el mismo objeto y el mismo fin. La envidia es la pasion de las almas bajas, de los genios mezquinos y de los malos corazones. Es necesario tener todo esto para afligirse de la felicidad de los demás; el gozar de prosperidad basta para ofender á un envidioso. ¡Pudo darse jamás una pasion mas irracional! las buenas cualidades de otro le irritan; su malignidad no se estrella de ordinario mas que en la virtud. Es un odio sombrío y enfadoso del mé-

rito de los demás: no habria envidiosos si el envidioso no hallase persona que tuviese mas mérito y mas virtud que él. Son semejantes á los animales nocturnos, los cuales no pueden sufrir la luz porque descubre lo disformes que son, y hé aquí lo que irrita su hiel y su cólera; el canto mas melodioso de los otros pájaros, la variedad y el brillo encantador de su plumaje les avinagra. El envidioso estaria contento si no viese ninguno que no fuese mas malo y mas despreciable que él. ¡Qué pasion, buen Dios, tan odiosa! Se engañará cualquiera que pretenda apaciguarla ó endulzarla á fuerza de hacerla bien; al contrario, no hay cosa que mas la exaspere. La moderacion misma en la prosperidad, la hace mas mordaz y mas fiera. Lo que gana el corazon de las gentes la indigna; la buena fortuna la desagrada; la modestia misma la hiere; la reputacion de otro forma su suplicio; basta que cualquiera no sea desgraciado ó que tenga mérito para que sea culpado en su tribunal. Sospechas injuriosas, interpretaciones malignas, burlas picantes, murmuraciones, negras calumnias, supercherías, afrentas, todo lo que puede deslucir, todo cuanto puede dañar, de todo se sirve; la injusticia mas atroz es uno de los artificios que pone en movimiento, cuando no le salen bien los demás resortes de que se vale. La envidia es tan antigua como el mundo: Abel ha sido su primera víctima: José ha experimentado toda su malignidad. Por mas que se haga, mientras que haya virtud, habrá envidia: jamás se reconciliará con la gente honrada; pero la gente honrada debe temer mucho una pasion tan despreciable y tan injusta, sobre todo después que no ha respetado ni tenido atencion al Salvador del mundo. (*Matth.* XXVII). La virtud es su enemigo irreconciliable, y la virtud es tambien siempre su escollo. De la hinchazon de un corazon ulcerado es de donde se forma siempre el veneno con que trata de emponzoñar las mejores acciones. Nunca hubo envidia sin orgullo; pero un orgullo vil, maligno, enemigo, que no tiende tanto á ensalzarse como á ennegrecer, á desacreditar, á abatir el mérito. No es un amor de la gloria el que la *anima*, sino el despecho de hallarle en otro. Alabar á alguno en presencia de un envidioso es encender su bilis: ¿qué rodeos malignos para que no se perciba sino á media luz la virtud de los demás! ¡qué de artificios para rebajar el mérito! Su indignacion pasa hasta aquellos que piensan con mas justicia, ó al menos mas caritativamente que él. Jamás mira con buenos ojos todo lo que brilla. La demasiada luz hiere los ojos enfermos. Óbrese enhorabuena por los motivos mas puros; un envidioso escudriña el corazon y quiere siempre hallar en él

intenciones defectuosas; no puede persuadirse que los demás sean mejores que él. Y no creamos que la amistad mas natural y mejor cimentada sea un baluarte contra sus tiros. ¡Que estragos no hace en las sociedades y en las familias mas religiosas! Su venenó se esparce por todas partes. ¡Qué horror no se debe concebir contra una pasion tan opuesta al espíritu de la Religion, y á la tranquilidad de la vida civil.

El Evangelio de la Misa es del capítulo XXI *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judaeorum, et principibus sacerdotum parabolam hanc: Homo erat paterfamilias, qui plantavit vineam, et sepem circumdedit ei: et fodit in ea torcular, et aedificavit turrim, et locavit eam agricolis, et peregre profectus est. Cum autem tempus fructuum appropinquasset, misit servos suos ad agricolas, ut acciperent fructus ejus. Et agricolae, apprehensis servis ejus, alium caeciderunt, alium occiderunt, alium vero lapidaverunt. Iterum misit alios servos plures prioribus, et fecerunt illis similiter. Novissime autem misit ad eos filium suum, dicens: Verebuntur filium meum. Agricolae autem videntes filium, dixerunt intra se: Hic est haeres, venite, occidamus eum, et habebimus haereditatem ejus. Et apprehensum eum, ejecerunt extra vineam, et occiderunt. Cum ergo venerit dominus vineae, quid faciet agricolis illis? Ajunt illi: Malos male perdet: et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis. Dixit illis Jesus: Numquam legistis in Scripturis: Lapidem, quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli? A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris. Ideo dico vobis, quia auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus. Et qui ceciderit super lapidem istum, confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum. Et cum audissent princi-

En aquel tiempo: Dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Habia un hombre, padre de familias, que plantó una viña, la circundó con un seto, abrió en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó á unos viñadores, y se marchó á un país lejano. Habiendo llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los viñadores para que les entregasen el fruto, mas habiendo los labradores hecho presos á estos criados, á uno hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Envióles segunda vez otros criados en mayor número que los primeros y los trataron del mismo modo. Ultimamente les envió á su hijo, diciendo dentro de sí: Respetarán al menos á mi hijo. Mas los colonos viendo al hijo, dijeron para sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos harémos con su heredad. Y habiéndole aprehendido le arrojaron fuera de la viña y le mataron. ¿Cuándo viniere, pues, el señor de la viña, qué hará con aquellos viñadores? A esos miserables, le dijeron, les hará perecer miserablemente, y alquilará su viña á otros viñadores que le paguen su fruto en su debido tiempo. Díjoles entonces Jesús: ¿No habeis leido nunca en las Escrituras: La piedra que han reprobado los que edificaban, esta es la que se ha puesto en la punta del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y no puede menos de ser admirable á nuestros ojos. Por tanto, yo os digo, que se os quitará el reino de Dios, y se dará á otro pueblo que produzca sus frutos; y el que cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y aplastará á aquel sobre quien cayere. Habiendo, pues, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos oido esta parábola, reconocieron que hablaba de ellos; y tra-

pes sacerdotum et pharisaei parabolas ejus, cognoverunt quod de ipsis diceret. Et quaerentes eum tenere, timuerunt turbas; quoniam sicut Prophetam eum habebant.

tando de prenderle, no se atrevieron, porque temieron al pueblo, el cual miraba á Jesús como un Profeta.

MEDITACION.

Sobre el precio de la salvacion.

Punto primero. — Considera cuál es el precio de la sangre adorable de Jesucristo: esto es justamente lo que vale mi salvacion; tal es el precio de la salvacion de mi alma. Pero ¿es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion?

Es un tesoro puesto que encierra todos los bienes y la fuente misma de todos los bienes en la posesion de Dios mismo; pero que puede muy bien llamarse tesoro escondido, en razon de que son pocos los que reconocen su precio, oculto, puesto que no se quiere dar nada, no se quiere hacer cuási nada para comprarlo; oculto, puesto que se pierde sin pena, sin embargo de que todo el mundo conviene que somos desgraciados desde que lo hemos perdido. ¡Qué lamentable es nuestra conducta! ¿Hemos obrado nuestra salvacion? ¿Nada tenemos ya que sentir? ¿ya somos soberanamente dichosos? ¿no hay ya nada que temer? ¿Nos hemos condenado? Aun cuando durante nuestra vida hubiésemos salido bien en todo lo que hubiéremos emprendido; aun cuando hubiéremos sido los mas dichosos, los únicos dichosos de todos los mortales, todo se ha perdido, nada se ha hecho; nuestro patrimonio es el supremo mal, el conjunto de todos los males y de todos los males eternos. ¿Qué os parece? ¿Es de algun precio la salvacion? ¿merece nuestras solicitudes? ¿será mucho sacrificar alguna cosa para conseguir nuestra salvacion?

¡Dios mio! ¿en qué consiste nuestra sabiduría? ¿qué se ha hecho nuestra razon? ¿dónde está el buen sentido? y ¿á qué se reduce nuestra creencia? Se hacen gastos inmensos, se agota, se desparrama aun mucho mas de lo que se tiene para comprar un cargo, para tener una tierra, para adquirir muchas veces un nuevo fondo de inquietud, de penas y de disgustos; y por el cielo, para adquirir este fondo inagotable de felicidad, esta fuente perenne de bienes eternos, se rehusa con frecuencia el dar aun lo superfluo; no se querria dar á los pobres lo que se pierde al juego; una abstinencia, un ayuno de Cuaresma parecen preceptos muy pesados. ¡Á cuántos les parece que la salud eterna es demasiado costosa! y sin embargo, ¡qué propor-

cion hay, buen Dios, entre la bienaventuranza, la felicidad eterna, y todo lo que podemos hacer y sufrir en esta vida!

¡Dios mio, qué caro nos cuestan nuestros errores, y cuán lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra creencia! Saber lo que es la salud eterna, creer lo que ha costado mi salvacion, y decir que es demasiado lo que se pide para salvarse: ¡qué extravagancia mas impía ni mas execrable!

PUNTO SEGUNDO.—Considera lo que los Santos han hecho, y lo que han sufrido para salvarse. Los unos desesperando de obrar su salvacion en el mundo, se han ido á buscar en los desiertos mas espantosos un asilo á su inocencia; los otros precisados por su estado á permanecer en él, han envidiado la suerte de los solitarios, han vivido en una vigilancia continua, se han considerado como gentes combatidas por la borrasca, y siempre en peligro de perderse. Hé aquí unas personas sabias que han tenido una idea justa del precio y de la importancia de la salvacion: ¿somos nosotros tan ilustrados, ó mas ilustrados que estas grandes almas? Una santa Perpetua, una santa Felícitas, tantos millones de Mártires, han estado persuadidos que se les daba el cielo por nada, aun cuando les costase toda su sangre. Nosotros rehusamos una ligera mortificacion, ni aun queremos verter una lágrima por él. ¿De cuándo acá ha valido tan poco el cielo?

Dios no nos ha impuesto un precepto de que lo demos todo para obtener el cielo; pero ¿no hay uno que nos manda preferir á todo nuestra salvacion? y el mismo Dios ¿podria dispensarnos de este precepto? ¿De qué sirve al hombre ganar todo el universo, si llega á perderse; ó qué daria en cambio por sí mismo, si se pierde?

Estas grandes verdades han hecho esos excelentes modelos de santidad, esos grandes ejemplos de mortificacion, de desprendimiento, de penitencia. Pero ¿qué impresion hacen hoy sobre mi corazon y sobre mi espíritu? Ellas hacen aun todos los dias conversiones, y ¿por qué no seré yo del número de los que se convierten? ¿Creo yo haber hecho bastante para salvarme? Y si yo me veo obligado á confesar que no he hecho cuási nada todavía para ello, ¿por qué no empezaré desde ahora? ¿Creo yo que me salvaré á menor precio, ó que lo que yo he hecho sea de gran mérito?

Pero Dios es bueno: Jesucristo ha merecido el cielo para nosotros; su muerte por todos los hombres les da á todos un derecho á su gloria. ¡Qué bello es este principio, y qué saludable nos seria si supiésemos sacar de él consecuencias mas justas! Dios es bueno; y ¿por

qué somos nosotros tan malos? Dios es bueno; y ¿por qué le ofendemos? Jesucristo ha muerto para salvarnos; y ¿por qué rehusamos trabajar en nuestra salvacion? Bella correspondencia seria por cierto decir al Hijo de Dios: Señor, ¿no habeis trabajado bastante? y ¿era razon que yo tambien trabajase? Vos habeis muerto por mí, ¿para qué era necesario que yo viviese por Vos? ¿Se atreveria nadie á prevalerse de su pasion, mientras fuese así enemigo de la cruz? Apliquémonos el mérito de ella como el Apóstol. ¿Cuándo dirémos como él: Yo lleno en mi carne lo que falta á los tormentos de Jesucristo?

Desde este momento, mi dulce Jesús, desde ahora ya no lo difiero. Lo que habeis hecho para salvarme me da una justa idea del precio de mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme vuestra gracia, Señor, para que no sean inútiles todas estas resoluciones. Desde este momento todo va á ceder á mi salvacion.

JACULATORIAS. — Hacedme entender dentro de mí que Vos mismo sois mi salud. (*Psalm.* XXXIV).

¡Qué alegría, Dios mio, cuando pienso que nuestras aflicciones presentes, que no duran mas que un momento y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria! (*II Corinth.* IV).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay verdadera gloria, ni bien real sin la salvacion, y que la salvacion es la posesion de Dios mismo, ¿podrá creerse excesivo cualquier precio que se la dé? ¿Qué idea no debemos formar de ella? ¿qué caso no debemos hacer de ella? ¿Es mucho vender todos sus bienes para comprar este tesoro? ¿es mucho sacrificarlo todo para obtener esta perla? (*Matth.* XIII). ¿Qué bien no tendrémos cuando poseyéremos á Dios? ¿qué faltará á nuestra dicha si nos salvamos? ¿Qué objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿qué gloria mas brillante? No se puede atinar si es falta de fe ó de buen sentido el no comprender esta verdad; ciertamente es lo uno y lo otro. Cesad desde este momento de ser tan poco cristianos y tan poco sabios. Concebid una idea justa de vuestra salvacion, y obrad conforme á esta idea. No emprendais nada sin haber consultado este plan. Pesadlo todo en el peso de la salvacion; medidlo todo por esta regla. Asuntos, empresas, comercio, viajes, establecimiento, condicion, fortuna, cargos, empleo: refiérase todo á Dios, ordénese todo á la salvacion: no hagais nada, siguiendo el consejo del Apóstol, que

no os sirva para la otra vida. Decid á vuestra concupiscencia, ó mas bien al tentador: Este placer ilícito, este empleo adquirido por tan malos medios, esta hacienda mal habida; todo esto ¿vale mi salvacion? Y la posesion de todo esto, que durará hasta la muerte, ¿me indemnizará de la pérdida de mi alma? ¡Qué pocas faltas se cometerian; qué poco habria de qué arrepentirse, si se raciocinase siempre así! Se os ha dado ya una regla semejante; ¿la habeis seguido? ¿os aprovecharéis mas de esta?

2 Tened presente el aprecio que los Santos han hecho de su salvacion, y de todo lo que podia contribuir á merecerles una eternidad bienaventurada. ¿Por qué otra fortuna han suspirado? Y para hacerse acreedores á esta felicidad verdadera ¡qué de sacrificios, qué de combates, qué de victorias! Recorred todas las edades y todos los estados, por todas partes, ¡qué ejemplos tan grandes de virtud, de modestia, de mortificacion! ¡qué excelentes modelos de todas las condiciones! Todos estos grandes Santos á quienes nos parecemos tan poco, han sido sabios en no haber sido tan cobardes y tan imperfectos como nosotros. ¿Somos nosotros igualmente sabios en no ser tan devotos, tan humildes, tan mortificados como ellos? ¿Nos atreveríamos á decir que han hecho demasiado para ser Santos? ¿nos atreveríamos á pensar que hacemos bastante para merecer la misma recompensa? Es visible que nosotros llevamos un camino muy diferente que el de ellos; ¿llegarémos al mismo término? y si nuestro destino es tan diferente del suyo, cuanto nuestra vida es desemejante á la de estos grandes modelos, ¿en qué vendrémos á parar? Pasad á lo menos un cuarto de hora hoy ó mañana en meditar sobre estas verdades del todo prácticas, masticad despacio todas estas importantes reflexiones. No os contenteis con confesar friamente, como hacen tantos, que no hacemos nada por nuestra salvacion; que los negocios temporales nos absorben todo el tiempo y todo el cuidado, y que no nos ocupan mas que los entretenimientos de esta vida. Todo esto es verdad, esta confesion está fundada en razon; pero ¿de qué serviria si no va seguida de una mudanza de conducta? Reformad vuestras costumbres, domad vuestras pasiones, poned en práctica estas instrucciones, y comenzad desde hoy á llevar una vida cristiana.

SÁBADO SEGUNDO DE CUARESMA.

Es tanta la relacion que tienen entre sí la parábola del Evangelio de este dia, y la historia que se refiere en la Epístola, que no es posible dejar de ver que la intencion de la Iglesia en esta eleccion es, que no solo celebremos hoy la vocacion de los gentiles á la fe, sino tambien su preferencia sobre los judíos, después que este pueblo colmado de bienes se ha hecho indigno, por decirlo así, de su derecho de primogenitura: este es el sentido alegórico, tanto de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien marcada en la predileccion del hijo segundo con preferencia al primogénito. Y como nuestra salvacion la hemos de obrar por la observancia de la ley divina, por tanto la Iglesia en el intróito de la misa de este dia presenta el carácter y el elogio de esta misma divina ley.

La ley del Señor es pura, brillante, irreprensible, convierte al alma reformando las costumbres, y arrebata á todos los que la contemplan. Ella es fiel en sus promesas; muda el corazon, y da la sabiduría á los mas simples. El salmo XVIII de donde está tomado este intróito es una excelente pieza de moral. David confiesa desde luego que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia de Dios que los ha criado; y toda la idea que da en seguida de la santidad de su ley, es la mas á propósito para hacer santos é irreprensibles á los siervos de Dios. Los Apóstoles y los Padres han aplicado este salmo parte á Jesucristo, parte á los predicadores del Evangelio. Teodoreto reconoce en él tres especies de leyes ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres. Son, dice, tres voces que nos enseñan cada una en su lengua particular á conocer, amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza que nos habla en las obras del Criador; la segunda es la de la ley escrita que nos explica mas por menor su voluntad y nuestros deberes; la tercera es la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que todas las otras.

La Epístola que leemos en la misa de este sábado nos representa la historia de Jacob, cuyo nombre se interpreta: *el que suplanta*. Era hijo de Isaac y de Rebeca: vino al mundo con su hermano Esaú el año 2168, y antes de Jesucristo 1838 ó 40. Aun cuando eran geme-

los, habiendo nacido Esaú el primero tenia el derecho de primogenitura; pero muy poco después vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por una escudilla de lentejas; este derecho, tan precioso en el Antiguo Testamento, dicen los Padres, consistia en el sacerdocio que estaba anejo á la persona de los primogénitos; en una doble porcion en la sucesion de los bienes paternos, y en una superioridad sobre todos sus hermanos. Habiéndose casado Esaú con una jóven cananea, llamada Judith, contra la voluntad de sus padres, perdió mucho de la gracia del padre y de la madre. Sin embargo habiendo llegado Isaac á ser muy viejo y ciego, le hizo venir para darle su bendicion, mirándole siempre como el primogénito; por esta ceremonia entraban los primogénitos en posesion de sus prerogativas. Mas como Esaú era gran cazador, le dijo el santo viejo, que no le daria esta solemne bendicion hasta que le hubiese traido alguna cosa de su caza, y se la hubiese compuesto á su gusto. Oido esto por Rebeca, dejó que partiese Esaú, y habiendo llamado á Jacob le declaró el designio que tenia de procurarle esta solemne bendicion de su padre. Para conseguirlo era necesario adelantarse á la vuelta del cazador, y presentarse como si fuera él. Rebeca dijo á Jacob, que fuese y tomase prontamente dos de los mejores cabritillos del rebaño, á fin de que ella los preparase para comerlos su padre, del modo que ella sabia que le gustaba: esta propuesta era demasiado ventajosa al segundo para que dejase de agradarle; pero Jacob temia que si se descubria el artificio le dañase: Vos sabeis, dijo á su madre, que mi hermano tiene el cuerpo velludo, y que yo soy lampiño. Si mi padre llega á tocarme, y cae en ello, no dejará de creer que yo he querido engañarle, y tengo miedo de atraer sobre mí por esto su maldicion en lugar de su bendicion, y de este modo me arriesgo á incurrir en su desgracia. No temas nada, hijo mio, replicó su madre, yo misma me cargo con esta maldicion; haz pues lo que te he dicho; tú ignoras el misterio. Es visible que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacia obrar y hablar de este modo era la confianza que tenia de ver cumplido lo que el Señor la habia dicho en el tiempo de su preñez, que el mayor estaria sujeto al menor.

Jacob obedeció, y habiendo traido los dos cabritillos los dió á su madre, la cual los aderezó á su padre conforme ella sabia que le gustaban: en seguida hizo poner á Jacob los mas preciosos vestidos de Esaú, que ella guardaba, le puso al rededor del cuello y cubrió sus manos con la piel de los cabritillos. Así disfrazado, entró en la cámara llevando lo que su madre habia guisado. Isaac preguntó quién

era: Yo soy Esaú vuestro hijo primogénito, respondió Jacob; he cumplido lo que me habeis ordenado; comed de mi caza como lo deseais, á fin de que me deis en seguida vuestra bendicion. Él podia sin mentira llamarse el primogénito, después que Esaú le habia vendido ó donado su derecho de primogenitura. Lo demás, dicen los Intérpretes, con respecto á las promesas de Dios, no consistia mas que en circunstancias figuradas que eran necesarias para acompañar y sostener la verdad principal. Convenimos en el misterio; pero es difícil justificar de mentira á Jacob, cuando asegura que es Esaú. Todo lo que se puede decir con san Gerónimo, san Agustin, y otros muchos sabios intérpretes, es que Dios permite alguna vez faltas en los Santos, de las cuales no deja de sacar su gloria, y aun servirse de ellas para la ejecucion de los designios de su providencia, singularmente en el Antiguo Testamento en que la virtud era menos acendrada. Era aquel un estado de servidumbre, un estado imperfecto, y no es extraño que lo que no era mas que la simple figura de la ley pura, inmaculada, irreprensible de Jesucristo, se hallase alguna vez acompañado de circunstancias defectuosas. Solo la ley de gracia es la que excluye todo pecado en sus misterios sagrados. Volvamos á tomar la historia de nuestra Epístola.

Sorprendido Isaac al oir á su hijo, le preguntó cómo habia podido hallar tan pronto la caza que habia ido á buscar. Dios ha querido, respondió Jacob, que se me presentase inmediamente lo que deseaba. Era muy ordinario en el Antiguo Testamento el referir á Dios todo lo que sucedia ventajoso durante la vida. Acércate, hijo mio, le dijo su padre, á fin de que yo te toque y reconozca si eres mi hijo Esaú; acercóse Jacob, y habiéndole palpado Isaac, dijo: Por lo que hace á la voz, es la voz de Jacob; pero las manos, son las manos de Esaú. Es muy verosímil que Isaac reconociese entonces el misterio, y que aun cuando hubiese caido en el error á favor del segundo, quiso bendecirle, y por su bendicion establecerle superior sobre su hermano, y transferir á su persona todas las ventajas que pertenecian al primogénito; como la Iglesia de Jesucristo, aunque segunda, por decirlo así, con respecto á la Sinagoga, debia obtener toda la herencia, y todas las bendiciones del cielo, que parecian pertenecer á esta hija primogénita, y los gentiles aunque los últimos que han venido, entrar en lugar de los judíos en el reino de Dios. Esta es la realidad cuya figura era la historia de Jacob.

No bien habia salido Jacob de la habitacion de su padre, cuando entró Esaú, presentándole lo que acababa de prepararle de su caza,

y pidiéndole su bendicion. Isaac le respondió que su hijo segundo se le habia adelantado, y que su bendicion con todas las ventajas y prerogativas anejas á ella estaba ya dada. Esaú desolado empezó á dar grandes gritos, lloró, se quejó, se enfureció. Isaac, que ilustrado con la luz del Espíritu Santo descubria en todo esto la conducta de la divina Providencia, ni se conmovió, ni menos se indignó. Trató solamente de consolarle, y no pudiendo revocar lo que habia hecho, se contentó con desearle alguna prosperidad temporal. Tu bendicion, le dijo, consistirá en lo pingüe de la tierra, y en el rocío del cielo. Tales son de ordinario las prosperidades y las bendiciones de los impíos. Dios les concede prosperidades temporales en esta vida, que son seguidas en la otra de la desgracia eterna. Así se ponen á engordar, dice san Gregorio, los bueyes que deben llevarse dentro de pocos dias á la carnicería.

La parábola del hijo pródigo que hace el asunto del Evangelio de este dia tiene mucha relacion con la historia contenida en la Epístola. El Salvador, que habia venido especialmente por los pecadores, acababa de animarles y convidarles á que se convirtiesen, declarando á todos los que le escuchaban la alegría que causa en el cielo la conversion de una alma pecadora. Y para interesarles mas añadió la parábola que sigue:

Cierto hombre, les dijo, tenia dos hijos. La mayor parte de los Padres antiguos creen que estos dos hijos representan los judíos y los gentiles, mas esto no impide que esta parábola pueda tambien aplicarse á los justos y á los pecadores; en efecto, todos los pasos del pecador aparecen perfectamente marcados en toda la conducta del hijo desordenado. El mas jóven de estos dos hijos le dijo á su padre que le diese su porcion, ó su legítima, esto es, dicen los Padres, la libertad de vivir al antojo de sus pasiones. La libertad porque suspiran los hijos, no es, propiamente hablando, otra cosa que el libertinaje. Por mas que se doliese el padre, viendo el mal partido que tomaba su hijo, tuvo la condescendencia de concederle lo que pedia. Dios no deja nunca de hacer sentir al pecador, por medio de inspiraciones secretas, la desgracia en que va á precipitarse, alejándose de la casa de su padre; pero Dios no quiere nunca forzar nuestra voluntad. El jóven libertino dejó sin sentimiento alguno á su padre; y habiendo salido de su casa, se fué muy léjos á una tierra extranjera. Cuando uno ha vivido por algun tiempo en la inocencia y deja á Dios, no se aleja nunca á medias. Se alejó lo mas que pudo de la vista de aquel buen padre, y un jóven libertino evita con todo esmero todo

cuanto podria traerle á Dios á la memoria. Ya no hay frecuencia de Sacramentos, ya no hay ejercicios de piedad, el trato con personas virtuosas se le hace odioso y pesado. No bien se habia introducido con otros libertinos como él, cuando soltando libremente la brida á sus pasiones, no tardó mucho en disipar todos los bienes que le quedaban; perdió todos los frutos de una educacion la mas bella, todas las inclinaciones laudables del mejor natural; perdió hasta la memoria de las obligaciones mas comunes de la Religion, y se entregó á los mayores excesos y á los mas espantosos desórdenes. El libertinaje no es propio para poder sustentarse mucho tiempo. Después que el pródigo lo hubo comido todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y él se encontró en una indigencia horrible. El pródigo no hubiera jamás conocido la indigencia, si hubiera permanecido en la casa de su padre. El pecador deja á Dios porque cree que va á ser dichoso, y no hay estado ni condicion mas desgraciada; en un solo dia tiene mas desazones que devorar, y mas sinsabores que aguantar, que todo lo que ha tenido que sufrir en el servicio de Dios por espacio de muchos años. El pródigo engañado por el mundo, abandonado de todos sus compañeros en el vicio, que no son amigos mas que de la bolsa de los jóvenes locos, no sabiendo ya qué hacerse, se puso á servir á uno de los habitantes del país, que le envió á su alquería á que guardase los puercos. Le habia parecido demasiado duro al pródigo el vivir bajo de las leyes del mejor de los padres; y por haberle abandonado se ve reducido á la mas vergonzosa esclavitud: tal es la rigorosa esclavitud en que gime el pecador por haber sacudido el yugo de la divina ley; él tiene tantos señores como pasiones le dominan. Pero ¡ah, qué señores! Señores duros, implacables, que exigen de él las acciones mas bajas, que no le dejan reposo alguno, que le reducen hasta desear el mas despreciable alimento. ¡Un jóven acostumbrado al regalo de su casa, reducido á mantenerse con las sobras de la comida de los puercos! Pecadores, impíos, libertinos, disimulad cuanto quisiéreis vuestro lastimoso estado: vuestra condicion no es mejor. Él se hubiera dado por contento, si hubiera podido *satisfacer* su hambre con lo que comian los cerdos; pero no habia quien se lo diese. *Ex siliquis.* Algunos explican este alimento de los puercos, diciendo que eran vainas de habas ó garrofas, que es lo que suelen comer estos viles animales. La extrema miseria á que se ve reducido le hace entrar dentro de sí mismo, ó digámoslo mejor, la misericordia de Dios que le sigue en todos sus extravíos tiene cuidado de derramar tanta amargura en todos sus placeres, que le obliga por fin á entrar

en sí mismo: feliz todavía por no haber sufocado esta luz de la gracia, ni haberse endurecido contra estos piadosos movimientos. Comparando entonces lo que ha perdido con lo que ha encontrado; comparando la paz, la dulzura, y todas las ventajas que gustaba en la casa de su padre, en aquella vida cristiana, vida igual, vida devota, con el estado horrible de su humillante servidumbre, encuentra la suerte del menor de los criados de su padre infinitamente preferible á la suya, y lleno de aquella confianza que la gracia inspira, se determina, en fin, á irse á arrojar entre sus brazos. Hé aquí el primer paso que debe dar el pecador que piensa en convertirse. Un rayo de esperanza que resplandece al través de las tinieblas de sus extravíos, acaba, por decirlo así, la obra de su conversion. Representándose en su imaginacion los rasgos de bondad que ha visto en su padre, se apodera de él un afecto de confianza, y aunque á su padre es á quien únicamente ha ofendido, únicamente en su padre es en quien espera. Y ¿no piensa en buscar algun asilo entre los amigos que habia podido adquirir durante el curso de sus devaneos? Falsos amigos, amigos infieles, que después de haberse aprovechado de sus desórdenes, hubieran sido los primeros que habrian censurado su vuelta. Sí, yo quiero ir á mi padre, yo conozco su corazon; tan pronto como me vea entrar en mi deber, lo olvidará todo. Si yo no tuviese mas recurso que en los hombres me desesperaria; envanecidos con su imaginaria virtud, insultarian mi miseria; mas yo encontraré en el corazon de mi Padre celestial un fondo de bondad, que mis ofensas contra él no han enervado ni menos agotado. Me amenaza, es verdad, con el fuego eterno; pero teme él mas que caiga en él, que yo mismo. Hé aquí los verdaderos sentimientos de una alma penitente; y si los extravíos del hijo pródigo son el verdadero retrato de los extravíos del pecador, su vuelta y todos sus pasos son la verdadera imágen de una alma de verdad penitente.

La vuelta del hijo pródigo sigue inmediatamente á su resolucion. Voy á partir, dice, y parte; iré á ver á mi padre, y hélo ya á los piés de su padre. Toda dilacion en materia de conversion es perniciosa: no se convierte el que difiere convertirse. Estaba todavía léjos cuando le apercibió su padre, y movido de compasion, corrió á él, le abrazó, y le besó. Dios hace aquí su retrato después de haber hecho el del hijo pródigo. Por grande que hubiese sido la alegría de este padre por la vuelta de su hijo, ¿no debia disimularla? ¿no debia, á lo menos, reprender á este jóven libertino su alejamiento y sus desórdenes? Así es como piensan y obran los hombres mas dul-

ces y mas compasivos; pero Dios obra de otro modo: apenas da tiempo al pecador convertido para decirle: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y delante de vos; yo no merezco que se me llame ya hijo vuestro; tratadme como uno de vuestros criados. Prontamente, dice el padre, tráigasele su primera vestidura; póngasele luego un anillo en el dedo; désele el calzado mas primoroso. ¡Buen Dios! ¡qué misterioso es este pormenor! ¡qué consolador! ¡qué de cosas dice! ¿Podrá el demonio servirse del número y de la enormidad de nuestros pecados, de la severidad misma de la justicia de Dios, para precipitarnos en la desesperacion, y para extinguir nuestra confianza? ¡Ah! la liberalidad sucede á la ternura; en la hora misma que entra en su deber, se le restablece en sus derechos, se le viste tan suntuosamente como si no hubiese disipado su legítima; si el hijo vuelve pronto de su rebelion y de sus desórdenes, el padre es todavía mas pronto para volverle á su amistad. Aun quiere que su alegría se dé á conocer por una fiesta. Traed el becerro mas gordo, comamos y regalémonos; porque mi hijo que estaba muerto, ha resucitado; estaba perdido, y se ha vuelto á encontrar. ¡Qué ventajosas son para mí, Señor, estas figuras! Os habeis complacido en pintaros en ellas á Vos mismo; en daros á conocer por estos rasgos de bondad que os son tan propios y que forman vuestro carácter. Vuestras caricias, vuestras liberalidades en favor de un pecador convertido son tan excesivas, que llegan, por decirlo así, á dar celos á los justos.

Estaban á la mesa, y la música acompañaba la espléndida comida, cuando volviendo el hijo mayor del campo, oyó el sonido de los instrumentos y se impuso del motivo de la fiesta. Entró en celos, manifestó su extrañeza, y aun dió algunas quejas á su padre. Pero el padre, que lo era igualmente del uno que del otro, después de haber indicado al primero la consideracion que le tenia, comenzó á abogar por el segundo. ¿Podia yo menos, le dijo, de regalar á tu hermano en una coyuntura como la presente? ¿No era preciso darle á entender la alegría que tengo por su vuelta? Pero ¿qué necesidad, dices, de hacer una fiesta por un sugeto tan indigno? Tú hablas como extraño; no adviertes que yo soy su padre, y que él es mi hijo: él estaba perdido para mí, yo no le contaba ya en el número de los mios, y recibo este hijo que habia llorado tanto, cuya pérdida la creia segura, y le veo revivir contra toda esperanza. ¿Podia el Salvador animar, solicitar, urgir de un modo mas amoroso y mas eficaz al pecador á que se convierta? ¿podia descubrirnos los sentimientos de su corazon para con los pecadores de un modo mas atractivo? ¡Oh! que

esto prueba evidentemente lo que este amable Salvador nos habia dicho en otra parte: que hay mas regocijo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella. Pero y viendo como el pródigo es recibido de su padre, y con qué prontitud es revestido de su primera ropa en el instante mismo de su vuelta, ¿se hallarán ministros de Jesucristo que despidan con dureza al pecador; que le rehusen por un tiempo infinito su reconciliacion con Dios, y que hagan que se frustre su conversion por durezas y dificultades que Dios condena? No deben, sin embargo, censurarse las dilaciones sabias con que los ministros de la Iglesia difieren tambien alguna vez la reconciliacion del pecador. Ellos no ven como el Señor el fondo del corazon, y hay circunstancias en que deben asegurarse por las obras.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Da, quaesumus, Domine, nostris effectum jejuniis salutarem: ut castigatio carnis assumpta ad nostrarum vegetationem transeat animarum. Per Dominum...

Conceded, Señor, os rogamos, un efecto saludable á nuestros ayunos, para que la mortificacion á que hemos sujetado nuestro cuerpo sirva para mantener el vigor y la salud de nuestras almas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXVII *del libro del Génesis.*

In diebus illis: Dixit Rebecca filio suo Jacob: Audivi patrem tuum loquentem cum Esau fratre tuo, et dicentem ei: Affer mihi de venatione tua, et fac cibos ut comedam, et benedicam tibi coram Domino antequam moriar. Nunc ergo, fili mi, acquiesce consiliis meis: et pergens ad gregem, affer mihi duos hoedos optimos, ut faciam ex eis escas patri tuo, quibus libenter vescitur: quas cum intuleris, et comederit, benedicat tibi priusquam moriatur. Cui ille respondit: Nosti quod Esau frater meus homo pilosus sit, et ego lenis: si attrectaverit me pater meus, et senserit, timeo ne putet me sibi voluisse illudere, et inducam super me maledictionem pro benedictione. Ad quem mater: In me sit, ait, ista maledictio, fili mi: tantum audi vocem meam, et pergens, affer quae dixi. Abiit, et attulit, de-

En aquellos dias: Dijo Rebeca á su hijo Jacob: He oido á tu padre que hablaba con tu hermano Esaú, y le decia: Tráeme alguna cosa de tu caza y compónmela para que yo la coma, y te bendiga en la presencia del Señor antes de morir. Ahora, pues, hijo mio, sigue mi consejo, y yéndote al rebaño, tráeme dos cabritos de los mejores, para componerlos yo á tu padre, y que los coma con gusto; á fin de que cuando se los hubieres llevado, y comiere de ellos, te bendiga antes que muera. Respondió, pues, Jacob á su madre: Tú sabes que mi hermano Esaú es hombre velludo, y yo lampiño; si mi padre me tocare y me conociere, temo no crea que le he querido engañar, y atraiga sobre mí su maldicion en lugar de la bendicion. Repúsole Rebeca: Caiga sobre mí esta maldicion, hijo mio; segunda ahora mi consejo, y marchando luego, trae lo que te he dicho. Fué, pues, y trajo los cabritos, y los dió á su madre, la cual los preparó, como sabia que le gustaban á su pa-

ditque matri. Paravit illa cibos, sicut velle noverat patrem illius. Et vestibus Esau valde bonis, quas apud se habebat domi, induit eum; pelliculasque hoedorum circumdedit manibus, et colli nuda protexit. Deditque pulmentum, et panes, quos coxerat, tradidit. Quibus illatis, dixit: Pater mi? At ille respondit: Audio. Quis es tu, fili mi? Dixitque Jacob: Ego sum primogenitus tuus Esau: feci sicut praecepisti mihi: surge, sede, et comede de venatione mea, ut benedicat mihi anima tua. Rursumque Isaac ad filium suum: Quomodo, inquit, tam cito invenire potuisti, fili mi? Qui respondit: Voluntas Dei fuit ut cito occurreret mihi quod volebam. Dixitque Isaac: Accede huc, ut tangam te, fili mi, et probem utrum tu sis filius meus Esau, an non. Accessit ille ad patrem, et palpato eo, dixit Isaac: Vox quidem, vox Jacob est: sed manus, manus sunt Esau. Et non cognovit eum, quia pilosae manus similitudinem majoris expresserant. Benedicens ergo illi, ait: Tu es filius meus Esau? Respondit: Ego sum. At ille: Affer mihi, inquit, cibos de venatione tua, fili mi, ut benedicat tibi anima mea. Quos cum oblatos comedisset, obtulit ei etiam vinum. Quo hausto, dixit ad eum: Accede ad me, et da mihi osculum, fili mi. Accessit, et osculatus est eum. Statimque ut sensit vestimentorum illius fragrantiam, benedicens illi, ait: Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus. Det tibi Deus de rore coeli, et de pinguedine terrae abundantiam frumenti et vini. Et serviant tibi populi, et adorent te tribus: esto dominus fratrum tuorum, et incurventur ante te filii matris tuae: qui maledixerit tibi, sit ille maledictus: et qui benedixerit tibi, benedictionibus repleatur. Vix Isaac sermonem impleverat: et egresso Jacob foras, venit Esau, coctosque de venatione ci-

dre; le vistió con los vestidos preciosos de Esaú, que ella guardaba en su casa; envolvió las manos de Jacob con las pieles de los cabritos, y con las mismas cubrió su cuello; después le dió lo que habia compuesto para comer, y los panes que ella habia cocido; todo lo cual lo presentó Jacob á su padre, y le dijo: ¿Padre mio? Qué hay, respondió Isaac; ¿quién eres tú, hijo mio? Yo soy, dijo Jacob, tu hijo primogénito Esaú; hice conforme me mandaste; levántate, siéntate, y come de mi caza, para que tu amor me bendiga. Volvióle, pues, Isaac á preguntar á su hijo: ¿Cómo, hijo mio, pudiste encontrar tan pronto que cazar? A lo que él respondió: Dios ha querido que se me presentase inmediatamente lo que buscaba. Entonces le dijo Isaac: Llégate acá para que yo te toque, hijo mio, y pruebe si eres tú mi hijo Esaú, ó no. Llegóse en efecto al padre, y habiéndole palpado, dijo Isaac: La voz en verdad es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. Y no le conoció, porque como tenia sus manos cubiertas con la piel, se semejaban á las del mayor. Habiendo, pues, Isaac de bendecirle, le dijo: ¿Eres tú mi hijo Esaú? Respondió él: Sí, yo soy. Entonces volvió Isaac á decirle: Tráeme, hijo mio, la comida de tu caza, á fin de que mi alma te bendiga. Jacob le presentó la comida, y después que la hubo comido, le presentó tambien vino para que bebiese, y habiéndolo bebido, le dijo: Acércate á mí, hijo mio, y dame un ósculo; Jacob se llegó y le besó, é inmediatamente que Isaac percibió el buen olor de sus vestidos, dijo al bendecirle: Hé aquí el olor de mi hijo, que es semejante al olor de un campo fértil y colmado de la bendicion del Señor. Derrame Dios sobre tus campos el rocío del cielo, y dé la fertilidad á tus tierras, para que produzcan abundancia de trigo y de vino. Sírvante los pueblos, y adórente las tribus: seas el señor de tus hermanos, é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. El que te maldijere, sea él maldito; y el que te bendijere, sea colmado de bendiciones. Apenas Isaac habia acabado de hablar, y Jacob se habia salido fuera, vino Esaú, y trajo á su padre manjares compuestos de lo que habia cazado: Levántate, dijo, padre mio, y come de lo que ha cazado tu hijo

bos intulit patri, dicens: Surge, pater mi, et comede de venatione filii tui, ut benedicat mihi anima tua. Dixitque illi Isaac: Quis enim es tu? Qui respondit: Ego sum filius tuus primogenitus Esau. Expavit Isaac stupore vehementi, et ultra quam credi potest, admirans, ait: Quis igitur ille est, qui dudum captam venationem attulit mihi, et comedi ex omnibus priusquam tu venires? benedixique ei, et erit benedictus. Auditis Esau sermonibus patris, irrugiit clamore magno: et consternatus, ait: Benedic etiam et mihi, pater mi. Qui ait: Venit germanus tuus fraudulenter, et accepit benedictionem tuam. At ille subjunxit: Juste vocatum est nomen ejus Jacob: supplantavit enim me en altera vice: primogenita mea ante tulit, et nunc secundo surripuit benedictionem meam. Rursumque ad patrem: Numquid non reservasti, ait, et mihi benedictionem? Respondit Isaac: Dominum tuum illum constitui, et omnes fratres ejus servituti illius subjugavi: frumento et vino stabilivi eum: et tibi post haec, fili mi, ultra quid faciam? Cui Esau: Num unam, inquit, tantum benedictionem habes, pater? mihi quoque obsecro ut benedicas. Cumque ejulatu magno fleret, motus Isaac, dixit ad eum: In pinguedine terrae, et in rore coeli desuper erit benedictio tua.

para que me bendiga tu alma. Díjole Isaac: Pues ¿quién eres tú? Yo soy, le respondió, tu hijo primogénito Esaú. Sorprendido Isaac de un asombro vehemente, mayor de lo que puede creerse; admirando todo esto le dijo: ¿Quién es, pues, aquel que hace poco me trajo de la caza que habia cogido, y comí de todo lo que me presentó antes que tú vinieses? Le bendije, y será bendito. Oidas por Esaú estas palabras de boca de su padre, empezó á rugir y dar grandes alaridos, y lleno de consternacion dijo á su padre: Bendíceme tambien á mí, padre mio. A lo que Isaac le respondió: Vino tu hermano con engaño, y recibió tu bendicion. Entonces dijo Esaú: Con razon se ha llamado Jacob, porque ya me ha suplantado en otra ocasion; antes de ahora se llevó mi primogenitura, y ahora por segunda vez me ha arrebatado mi bendicion. Dirigiéndose, pues, de nuevo á su padre: ¿No me habeis, le dijo, reservado á mí alguna bendicion? Respondióle Isaac: Le he constituido tu señor, y he sujetado bajo de su dominio á todos sus hermanos; le he dado la abundancia del trigo y del vino; después de esto, hijo mio, ¿qué puedo yo hacer por tí? A lo cual replicó Esaú: ¿Qué, padre mio, no tienes mas que una bendicion? Yo te ruego tambien que me bendigas. Y como llorase dando grandes gritos, movido Isaac de compasion le dijo: Tu bendicion consistirá en la fertilidad de la tierra, y en el rocío del cielo que viene de lo alto.

REFLEXIONES.

Díjole Rebeca á su hijo Jacob. En el Antiguo Testamento todo es un misterio, todo es una figura del Nuevo. Esaú y Jacob, hermanos mellizos, llevados á un tiempo en el mismo seno, nacidos en una misma hora, ¿qué suerte tan diversa no le ha cabido á cada uno? El primogénito se ve privado del derecho de primogenitura y de todas las prerogativas y bendiciones que podia esperar legítimamente, y de que su padre queria colmarle, y el menor entra en todos los derechos del mayor, y ocupa su lugar. ¿Quién no ve claramente representados en esta figura al pueblo judío y los gentiles? Dios en to-

da la eternidad ha sido padre comun de todos los hombres; pero la predileccion la habia siempre obtenido el pueblo judío. Era este el hijo primogénito en la casa del padre de familias: todos los favores, todos los privilegios eran para él. Él solo estaba ilustrado con el conocimiento del verdadero Dios; él solo era el depositario de sus secretos y de sus misterios; él solo estaba consagrado á su verdadero culto; ¡qué de maravillas obrara el cielo en su favor! ¡qué bondad la de Dios con esta nacion privilegiada! todo esto no obstante la grosería de su parte, la perversidad de su natural, la indocilidad de su espíritu, la ingratitud de su corazon, la extravagancia de toda su conducta. Mas al fin, habiendo puesto el colmo á su iniquidad por el deicidio cometido en la persona adorable del Mesías, se ha visto suplantada, por decirlo así, por los gentiles, á los cuales se puede decir que habia como vendido su derecho de primogenitura por su idolatría, dando tantas veces un culto sacrílego á sus falsos dioses. Los gentiles convertidos á la fe han podido decirle á Dios como Jacob: Nosotros somos vuestro hijo mayor; esto es, nosotros hemos entrado en posesion de todos los favores que le habíais designado, si hubiese guardado vuestros mandamientos, si hubiese querido reconocer al Mesías. Habiéndose él hecho indigno de vuestros beneficios, hemos entrado nosotros en su lugar. A la verdad, nosotros hemos venido á la última hora; pero prontos á obedeceros, hemos sometido nuestro espíritu á la fe desde que hemos visto aparecer su luz, y hemos ido al trabajo desde el punto en que nos habeis llamado. Revestidos con los mas preciosos vestidos de Esaú, pero que él no llevaba ya, esto es, apoderados de los Libros santos, de que los judíos no hacian ya mas que un mal uso, hemos reconocido en ellos el carácter del Espíritu Santo, de que los judíos no estaban ya animados. Aprovechándonos, pues, de lo mas precioso que tenian los judíos, y de que ellos ya no se servian, no hemos podido dejar, Señor, de agradaros; y hechos los queridos de vuestra Iglesia, figurada, por decirlo así, en Rebeca, os hemos presentado los manjares que ella misma habia preparado segun vuestro gusto: estos manjares os han agradado lo mismo que nuestra prontitud en obedeceros, nuestro empeño por agradaros, y nos habeis bendecido. *La voz en verdad es la voz de Jacob; pero las manos son las manos de Esaú.* No son las palabras agradables las que atraen las bendiciones; á las manos está lo que se atiende, por las obras se conoce el hijo bien quisto. No será nadie justificado porque discurra bien de las cosas buenas, sino porque las practique. En materia de salvacion las manos son mas

elocuentes y mas persuasivas que la lengua. La voz engaña: por los frutos se conoce el árbol. Solo aquel es sincero que pone en práctica las verdades; á este es, dice Santiago, al que hará feliz su conducta.

El Evangelio de la Misa es tomado de san Lucas, capítulo XV.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisaeis et scribis parabolam istam: Homo quidam habuit duos filios: et dixit adolescentior ex illis patri: Pater, da mihi portionem substantiae, quae me contingit. Et divisit illis substantiam. Et non post multos dies congregatis omnibus, adolescentior filius peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose. Et postquam omnia consummasset, facta est fames valida in regione illa, et ipse coepit egere. Et abiit, et adhaesit uni civium regionis illius. Et misit illum in villam suam ut pasceret porcos. Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant: et nemo illi dabat. In se autem reversus, dixit: Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo! Surgam, et ibo ad patrem meum, et dicam ei: Pater, peccavi in coelum, et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis. Et surgens, venit ad patrem suum. Cum autem adhuc longe esset, vidit illum pater ipsius, et misericordia motus est, et accurrens, cecidit super collum ejus, et osculatus est eum. Dixitque ei filius: Pater, peccavi in coelum, et coram te, jam non sum dignus vocari filius tuus. Dixit autem pater ad servos suos: Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum ejus, et calceamenta in pedes ejus: et adducite vitulum saginatum, et occidite, et manducemus, et epulemur: quia hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et in-

En aquel tiempo: Dijo Jesús á los fariseos y á los escribas esta parábola: Cierto hombre tenia dos hijos; el mas jóven de ellos dijo á su padre: Padre mio, dadme la parte de herencia que me pertenece; y en efecto el padre le dividió la herencia. No mucho tiempo después el jóven hijo, reunidas todas sus riquezas, se partió á un país muy distante, y allí disipó todo su caudal viviendo en los desórdenes. Después que todo lo hubo consumido, sobrevino una grande hambre en aquella region, y él se vió reducido á la miseria, de modo que tuvo que acomodarse á servir á uno de los habitantes de aquel país; el cual le envió á una heredad suya, para que guardase los puercos; en donde hubiera deseado satisfacer su hambre con los hollejos que comian los puercos, pero ni aun esto le daba nadie. Entrado, pues, en sí mismo, dijo: ¿Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí perezco de hambre? Voy, pues, á marcharme; iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; tratadme como uno de vuestros jornaleros; y partiendo luego, fué á buscar á su padre. Cuando todavía estaba léjos, le vió su padre, y movido de compasion corrió á él, le echó sus brazos al cuello, y le besó. Padre mio, exclamó el hijo, he pecado contra el cielo y delante de tí, no merezco ya que se me llame hijo tuyo. Entonces dijo el padre á sus criados: Traed pronto su primera vestidura, y vestidle con ella; ponedle un anillo en su mano, dadle el calzado para sus piés, y luego traed el becerro mas grueso, y comamos y regalémonos, porque este hijo mio habia muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y lo he vuelto á

ventus est. Et coeperunt epulari. Erat autem filius ejus senior in agro: et cum veniret et appropinquaret domui, audivit symphoniam et chorum; et vocavit unum de servis, et interrogavit, quid haec essent. Isque dixit illi: Frater tuus venit, et occidit pater tuus vitulum saginatum, quia salvum illum recepit. Indignatus est autem, et nolebat introire. Pater ergo illius egressus, coepit rogare illum. At ille respondens, dixit patri suo: Ecce tot annis servio tibi, et numquam mandatum tuum praeterivi, et numquam dedisti mihi hoedum ut cum amicis meis epularer: sed postquam filius tuus hic, qui devoravit substantiam suam cum meretricibus, venit, occidisti illi vitulum saginatum. At ipse dixit illi: Fili, tu semper mecum es, et omnia mea tua sunt: epulari autem, et gaudere oportebat, quia frater tuus hic mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.

encontrar. Y empezaron á regalarse. Estaba, pues, el hijo mayor en el campo, y al volver, cuando se acercaba á su casa, oyó tocar la música y cantar, y llamando á uno de los criados le preguntó qué era aquello; y él le respondió: Vino tu hermano, y tu padre hizo matar el becerro mas gordo, porque le ha recobrado sano y salvo. Al oir esto se llenó de indignacion, y no queria entrar. Salió luego su padre al encuentro, y comenzó á rogarle que entrase; mas él contestando dijo á su padre: Tantos años hace que te sirvo; nunca he traspasado tus preceptos, y jamás me diste un cabritillo para que me regalase con mis amigos; y apenas vino este hijo tuyo, que ha disipado su herencia con las prostitutas, hiciste matar para él el becerro mas gordo. Hijo mio, le dijo el padre, tú siempre estás conmigo, y todo lo que yo tengo es tuyo; era preciso, pues, regalarse y alegrarse, porque este hermano tuyo habia muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha encontrado.

MEDITACION.

Sobre la parábola del hijo pródigo.

Punto primero. —Considera en cuántos errores y en qué desgracias se precipita todo el que, disgustado del servicio de Dios, sacude el yugo dulce y ligero del mejor de todos los padres, para no seguir mas que su propio capricho, su propension y la inclinacion viciosa de su propia libertad, que muy pronto degenera en libertinaje. Jesucristo nos ha descrito con la mayor exactitud todos los pasos del pecador en la parábola del hijo pródigo; el mas jóven dijo á su padre: *Padre mio, dadme mi herencia,* y el padre consintió en ello. Siempre fué la juventud la edad mas funesta para la inocencia. La poca madurez, la falta de experiencia, la vivacidad y el ardor de las pasiones, la ligereza, el mal ejemplo, todo concurre en una persona jóven para hacerla sacudir el yugo de la dependencia y descarriarla. ¿Qué motivo tenia aquel jóven para dejar á su padre? Mantenido deliciosamente, servido por un gran número de criados, querido, respetado, vivia en la abundancia y sin cuidado. Se prevenian hasta sus mas pequeñas necesidades; todo concurria á hacerle dichoso y tranquilo, y la esperanza de una rica herencia ponia el colmo

á su felicidad; cuando por un capricho insensato renuncia á todas estas ventajas, y cansado de una dependencia que constituia todo su bien, deja la casa de su padre, y quiere ser solo, por decirlo así, el artífice de su fortuna y de su suerte. De este modo obra todos los dias el pecador; cansado de ser dichoso en el servicio de Dios, se fastidia de llevar una vida arreglada. Una tranquilidad muy duradera le disgusta, y cree hallar en los devaneos un placer de un gusto nuevo. Deja la fuente de agua viva, para ir á excavar cisternas llenas de cieno. ¡Qué tranquilidad mas dulce, qué suerte mas dichosa que la de un hombre de bien! No bien hubo perdido de vista el hijo pródigo á su padre, cuando olvidó sus beneficios. En poco tiempo anduvo mucho camino, y luego se halló en una tierra extranjera, en donde no reteniéndole ya ningun resto de religion, de decencia, ni de honor, se abandonó á sus pasiones, y vino á parar en ser triste víctima de ellas. Ninguno se aleja nunca de Dios, que no se extravie muy léjos. El primer paso es siempre una caida funesta. Desde que el hombre no se afianza ya en esta piedra inmoble, es luego arrastrado por el torrente. El descenso es rápido, la declinacion violenta; luego que se ha dado el primer paso, ya no se camina, se corre, se precipita al abismo. Las personas que han sido mas piadosas, si llegan á pervertirse, dan en los mayores excesos. Se olvida uno de Dios, se olvida de sí mismo. La fe se extingue, la razon se debilita, la pasion sola es la que reina; y ¿qué desórdenes no causa en una alma cuando llega á ser esclava de la pasion? Se disgusta una persona religiosa de su estado; se desvia de su profesion; se aleja de Dios por una vida poco regular; ¡qué extravíos, Señor, en pocos dias! la ceguera, la insensibilidad, el abandono de Dios siguen de cerca á los primeros desórdenes. Se ve uno muy pronto reducido á la última miseria. La necesidad y la pobreza tan poco conocida en la casa de su padre, obligó al pródigo á ponerse á servir para no morir de hambre. Tal es la suerte de los que dejan á Dios; se mira su servicio como demasiado incómodo: ¡ah, Señor! ¡qué esclavo vil hay mas incomodado ni mas atormentado que un libertino! ¡Feliz, si á lo menos la vista de su miseria le inspirase un sincero retroceso!

Punto segundo. — Considera con qué bondad, con qué sabiduría ordena Dios todas las cosas para la conversion de un pecador. El hijo pródigo empieza á entrar en sí mismo: este es el primer paso del pecador, que tocado de la gracia, piensa seriamente en convertirse. Nada temen tanto los mundanos y los libertinos como el entrar

dentro de sí mismos; ellos ven entonces tantos desbarros que les espantan, oyen tantos remordimientos que les alarman, y por esto se vive en el mundo en un bullicio continuo: diversiones, reuniones, paseos, espectáculos profanos, juego. ¿Con qué ojos mirará una mujer mundana algunos dias de retiro? ¡Oh Dios mio! ¡qué amable es vuestra misericordia! Al tiempo que mas os olvida el pecador, y se aleja mas de Vos, Vos os acercais mas á él; las reflexiones saludables que hace el pródigo sobre el lastimoso estado á que se ve reducido, la patética comparacion de lo que es léjos de su casa, y de lo que era en la casa de su padre, le hacen conocer su locura y su miserable extravío. ¡Dichoso momento en el que el pecador á favor de esta luz sobrenatural descubre sus errores, y considera despacio la indignidad de su esclavitud! Representaos un enfermo que ha estado algun tiempo delirante, después que sosegada ya su sangre, y calmados los espíritus, descubre ó se le dicen sus extravagancias. Suponed que uno de los puntos de su locura consistia en imaginarse que era rey; él afectaba el aire de soberano, hablaba y mandaba como príncipe, mientras que estaba encadenado como un esclavo, y todos los hombres de juicio y sus verdaderos y sabios amigos se lamentaban de oir sus extravagancias, y deploraban su desgracia. Cuando la razon no está cautivada por la pasion, por poco juicio que se tenga se condenan los desórdenes de una vida desarreglada; ¿un buen talento puede encontrar gusto en lo que debe causarle horror, y hacerle gemir por toda la eternidad? ¡Ah, Señor! ¡que un poco de reflexion sobre las desgracias inevitables que acompañan al estado de pecador, aun en esta vida, reduciria á muchas almas de sus extravíos! y ¿por qué no he de hacer estas reflexiones en el tiempo que puedo aprovecharme de ellas? ¿espero á hacerlas á la hora de la muerte, ó durante la eternidad, cuando me serán inútiles, cuando no servirán mas que para aumentar mis tormentos, mi rabia y mi desesperacion? Pero ¡qué eficaces son las que hace el pródigo! Esto es hecho, no hay mas dilacion, no hay mañana. Se determina á partir para volverse á su padre, y parte. Proyectos de reforma, conversiones determinadas para mas adelante, flores sin fruto, engaño que adormece al pecador, y le pierde. *Iré á mi padre*. Una verdadera contricion inspira siempre la confianza. Yo soy pecador, es verdad, Dios mio, pero Vos sois mi padre; merezco que me castigueis, y tendríais sobrada razon para perderme; pero ¿dejaréis por esto de salvarme? ¿podríais olvidar lo que os he costado? mirad que es un hijo el que reclama vuestra misericordia; y si á pesar de todos mis des-

órdenes no habeis dejado de ser mi padre, por criminal que yo sea, os acordaréis tambien de que yo soy vuestro hijo. El Salvador, despues de habernos hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, nos hace el suyo en la del padre de este hijo convertido. Apenas el padre del pródigo percibe á lo léjos á su hijo que vuelve, corre á abrazarle, y léjos de echarle en cara su ingratitud y sus devaneos, se regocija tanto con su vuelta, que no puede contener su alegría. Diversion, banquete, festejos, á esto se reduce todo el enojo, por decirlo así, de un padre tan justamente irritado. La liberalidad acompaña á la ternura. Se le restablece en todos sus derechos al momento que vuelve á entrar en su deber. ¡Oh Dios mio! y ¡despues de esto hay pecadores que rehusen volverse á Vos por falta de confianza!

No seré yo, Señor, puesto que sin demora, y sin temor vuelvo á Vos, para no separarme jamás de Vos con el auxilio de vuestra gracia.

Jaculatorias.—¡Oh el mejor de todos los padres! Yo no quiero permanecer ya mas tiempo en mi alucinamiento, y me vuelvo á Vos para siempre. (*Luc.* xv).

Dichosos, ó Dios mio, los que no se alejan nunca de Vos. (*Psalmus* lxxxiii).

PROPÓSITOS.

1 Reconozcamos en esta parábola del hijo pródigo la locura y los desbarros del pecador, y la bondad infinita del Padre de las misericordias. Pero detestando los unos, y admirando la otra, comprendamos el sentido que en sí encierran. No diferais vuestra conversion, y volveos inmediatamente á Dios, quien siempre recibe bien, cuando uno se vuelve á él de buena fe. Repetid muchas veces esta meditacion, leedla de tiempo en tiempo; nada hay mas á propósito para reanimar nuestra confianza, y excitarnos á una verdadera contricion. Decíos muchas veces á vosotros mismos: yo tengo necesidad de convertirme, ciertamente que no querria morir en mi error, y en desgracia de mi Dios, de mi padre; yo quiero volverme á él; y si he de hacerlo algun dia, ¿por qué no hoy? ¿temo acaso que sea demasiado pronto, si lo hiciese en este mismo dia? ¿temo volver demasiado presto á su gracia, si entro en ella menos tarde? ¿temo que me perdone muy pronto mis extravíos, si me los perdona sobre la marcha?

Estas reflexiones son concluyentes, son sólidas. Hacedlas muchas veces.

2 No permanezcais jamás en pecado ni un momento. Si habeis tenido la desgracia de haber caido en él, pedid perdon de todo vuestro corazon en el momento mismo, y no paseis el dia, si puede ser, sin confesaros. ¡Qué error, y al mismo tiempo qué peligroso es el dilatar su conversion á un domingo ó á un dia de fiesta! ¡Cuántos se han condenado, solo por haber diferido su conversion no mas que un dia! Guardaos bien de contar demasiado sobre la bondad de Dios, esperando encontrarla siempre pronta para recibiros á penitencia. Esta no es una confianza, es sí una presuncion criminal, que de ordinario es seguida de la impenitencia final. Observad una conducta mas cristiana. Contad con la misericordia del Señor, pero no abuseis de ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LAS DOMINICAS.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo de las Dominicas.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE.

